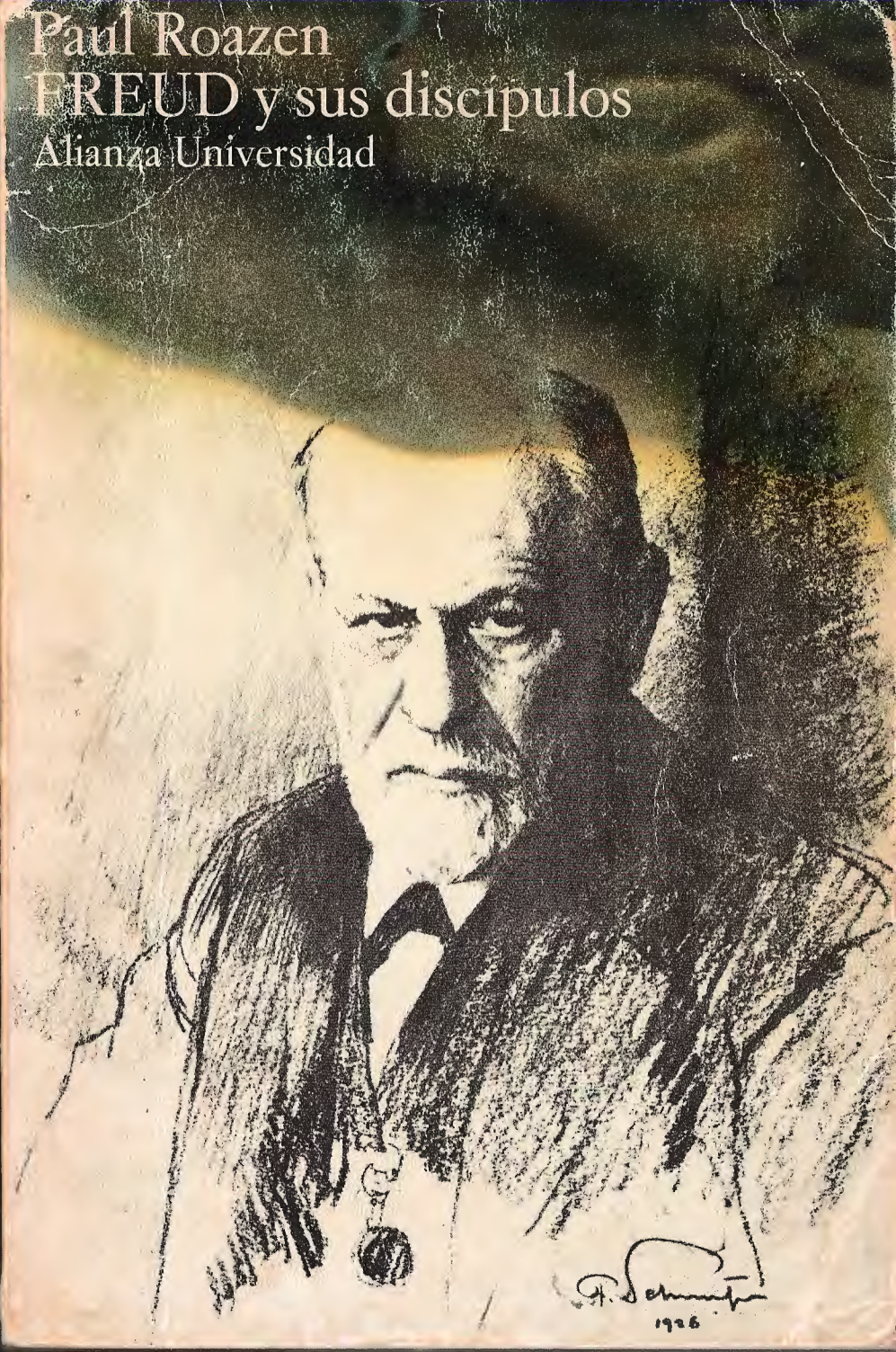
Paul Roazen

FREUD y sus discípulos

Alianza Universidad



CANCHITA

Alianza Universidad

Paul Roazen

Freud y sus discípulos

Versión española de
Carlos Manzano

Alianza
Editorial

Título original:
Freud and his Followers.
Esta obra ha sido publicada en inglés por Alfred A. Knopf., Inc., Nueva York

© 1971, 1972, 1974 by Paul Roazen
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2201-X
Depósito legal: M. 42.159-1977
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L. - Ronda de Toledo, 24 - Madrid-5
Printed in Spain

NOTA DEL EDITOR ESPAÑOL

La versión castellana de las citas de las obras de Sigmund Freud se ha hecho directamente del texto inglés. La razón es que el autor ha utilizado como fuente la *standard edition*, preparada por John Strachey, que no se corresponde con la edición de Obras Completas publicadas en castellano. Por lo demás, Alianza Editorial ha publicado, en la colección «El Libro de Bolsillo», una gran parte de los escritos de Freud, traducidos directamente del alemán en la versión ya clásica de Luis López-Ballestero y de Torres, aprobada y elogiada por el propio Freud. Para la referencia en el cuerpo del texto de los títulos de los libros y trabajos de Freud se utilizan siempre los de estas ediciones.

Se incluye a continuación, por orden de numeración dentro de «El Libro de Bolsillo», las obras de Sigmund Freud aparecidas en esta colección. Cuando se trata de recopilaciones de trabajos varios, éstos se detallan por extenso.

Psicopatología de la vida cotidiana ***[LB 19]***

La interpretación de los sueños ***[LB 34, 35 y 36]***

Tótem y Tabú ***[LB 41]***

Ensayos sobre la vida sexual y la Teoría de las neurosis ***[LB 62]***

Introducción al psicoanálisis *[LB 82]*

La histeria *[LB 96]*

El chiste y su relación con lo inconsciente *[LB 162]*

Autobiografía. Historia del movimiento psicoanalítico *[LB 172]*

Psicología de las masas. Más allá del principio del placer. El porvenir de una ilusión *[LB 193]*

Psicoanálisis del arte *[LB 224]*

Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci. El «Moisés» de Miguel Angel. El delirio y los sueños en la «Gradiva», de W. Jensen. Un recuerdo infantil de Goethe en «Poesía y verdad». Dostoievski y el parricidio.

Escritos sobre judaismo y antisemitismo *[LB 256]*

Moisés y la religión monoteísta. Carta sobre la posición frente al judaísmo. Mensaje para la inauguración de la Universidad hebrea. Antisemitismo en Inglaterra. Un comentario sobre el antisemitismo.

El malestar en la cultura y otros ensayos *[LB 280]*

El malestar en la cultura. Sobre la conquista del fuego. Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte. Metapsicología.

Paranoia y neurosis obsesiva *[LB 303]*

Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica *[LB 359]*

Tres ensayos sobre teoría sexual *[LB 386]*

Tres ensayos sobre teoría sexual. Fetichismo. Sobre los tipos libidinales. Sobre la sexualidad femenina.

Sexualidad infantil y neurosis *[LB 404]*

La ilustración sexual del niño. Teorías sexuales de los niños. Dos mentiras infantiles. Pegan a un niño. Asociación de ideas de una niña de cuatro años. La organización genital infantil. Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Historia de una neurosis infantil.

Nuevas aportaciones a la interpretación de los sueños *[LB 423]*

Un sueño como testimonio. Sueños con temas de cuentos infantiles. Representación de la «gran hazaña» en el sueño. Complementos a la teoría onírica. El sueño y la telepatía. Observaciones sobre la interpretación onírica. J. Popper-Lynkeus y la teoría onírica. Carta a Maxim Leroy sobre un sueño de Descartes. Mi relación con Josef Popper-Lynkeus. Revisión de la teoría de los sueños. Sueño y ocultismo.

Introducción al narcisismo y otros ensayos *[LB 444]*

Introducción al narcisismo. Ejemplos de cómo los neuróticos revelan sus fantasías. El significado de la aliteración de vocales. Experiencias y ejemplos de la práctica analítica. La novela familiar del neurótico. Contribuciones al simposio sobre la masturbación. Algunas consecuencia psíquicas de la diferencia sexual anatómica. Análisis terminable e interminable. Construcciones en psicoanálisis. Sobre la psicología del colegial. Lo perecedero.

El yo y el ello *[LB 475]*

El yo y el ello. Inhibición, síntoma y angustia. Los dos principios del suceder psíquico. Neurosis y psicosis. Escisión del yo en el proceso de defensa. La negación. La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis. La neuropsicosis de defensa. Nuevas observaciones sobre la neuropsicosis de defensa. Obsesiones y fobias.

Escritos sobre la histeria *[LB 496]*

Análisis fragmentario de una histeria. La etiología de la histeria. Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas. Agregados a «Estudios sobre la histeria». Aportaciones a los «Estudios sobre la histeria» (1892).

Proyecto de una psicología para neurólogos y otros escritos *[LB 523]*

Proyecto de una psicología para neurólogos. La sexualidad en la etiología de la neurosis. Los recuerdos encubridores. Un caso de curación hipnótica. La neurastenia y la «neurosis de angustia». La herencia y la etiología de la neurosis. Crítica de la neurosis de angustia.

Esquema del psicoanálisis y otros servicios de doctrina psicoanalítica *[LB 539]*

Esquema del psicoanálisis. Compendio del psicoanálisis. Múltiple interés del psicoanálisis. El diagnóstico de los hechos y el psicoanálisis. Los actos obsesivos y las prácticas religiosas. El doble sentido antitético de las palabras primitivas. Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica. Una dificultad de psicoanálisis. La cuestión del análisis profano. Epílogo a «la cuestión del análisis profano». Las resistencias contra el psicoanálisis. La peritación forense en el proceso Halsmann. Personajes psicopáticos en el teatro. Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad.

Los orígenes del psicoanálisis *[LB 582]*

Indice

Prefacio 9

Introducción. Los encuentros con los pacientes y discípulos de Freud 13

Capítulo 1. La tradición oral en el psicoanálisis 27

1. La leyenda de Freud 27
2. Las averiguaciones sobre Freud como hombre 38

Capítulo 2. El ambiente y el carácter 44

1. Toda la obstinación y todas las pasiones 44
2. Infancia y juventud 57
3. El amor y el matrimonio 69
4. La vida familiar 77

Capítulo 3. Una ciencia de los sueños 85

1. "Las luchas por el reconocimiento" 85
2. El primer mentor: Josef Breuer 94
3. El autoanálisis 101
4. Wilhelm Fliess 107
5. El inconsciente 116
6. La curación por la palabra 129

Capítulo 4. Freud como terapeuta 140

1. La técnica de la neutralidad 140
2. Los objetivos de la investigación 150
3. El carácter y los síntomas 160
4. La dignidad 168
5. La contratransferencia y el valor de la iluminación 178
6. Las palabras y el poder 188

Capítulo 5. Las controversias públicas: Alfred Adler y Wilhelm Stekel 199
1. La colaboración 199
2. El deseo de poder 207
3. Las prioridades 217
4. El revisionismo 228
5. Tánatos 239

Capítulo 6. El principe heredero: Carl Gustav Jung 252
1. La ciencia de la psiquiatría 252
2. Lo oculto 260
3. Edipo 270
4. El padre primitivo 281
5. La psicología analítica 293
6. Posteriormente 308

Capítulo 7. El movimiento leal 325
1. Los estadistas veteranos 325
2. Victor Tausk 339
3. Los apóstoles 350
4. La cacería desenfrenada 358
5. Ernest Jones: el precursor 366
6. Ernest Jones y Sandor Ferenczi: la rivalidad 379
7. Sandor Ferenczi: la técnica y la víctima histórica 386
8. Los americanos: J. J. Putnam y H. W. Frink 395
9. Los americanos: A. A. Brill y el futuro de la causa 404

Capítulo 8. Otto Rank: Hijos y padres 415
1. El trauma del nacimiento 415
2. Una pena prematura 424
3. La voluntad y el artista 432

Capítulo 9. Las mujeres 443
1. Ruth Mack Brunswick: "Al rabino le está permitido" 443
2. Ruth Mack Brunswick: Dependencia y adicción 450
3. Anne Freud: El análisis del niño 459
4. Anne Freud: Las damas de compañía 469
5. Anne Freud: La psicología del yo 475
6. Helene Deutsch: El club de baraja "El gato negro" 481
7. Helene Deutsch: La teoría de la feminidad 488
8. Melanie Klein: "La escuela inglesa" 499

Capítulo 10. La vejez 509
1. La enfermedad 509
2. Los disidentes 520
3. Erikson y Hartman 531
4. Una identidad mas amplia 538
5. El exilio y la muerte 549

Lista de personas entrevistadas 560

PREFACIO

¿Por qué otro libro sobre Freud y sus discípulos? Al parecer, ya están perfectamente claros los rasgos principales de la carrera de Freud, y su obra como fundador del psicoanálisis ya ha pasado a la historia. Indudablemente, todavía sigue culpándose a Freud de muchos males de la vida contemporánea, y la crítica más reciente por parte de una figura prominente ha sido la que le ha dirigido el Papa Pablo VI al considerarlo el causante principal del libertinaje sexual moderno. Durante este siglo las actitudes hacia la sexualidad han experimentado realmente una revolución, que resulta totalmente evidente si consideramos una ilustración casual de un caso clínico por parte de Freud y la comparamos con la forma como se visten las mujeres en la actualidad: "Suponiendo... que una mujer histérica tenga una fantasía de seducción en la que esté sentada leyendo en un parque con la falda ligeramente levantada, de modo que se le vea el pie..."[1] Pero la monumental biografía de Freud en tres volúmenes, obra de Ernest Jones y publicada de 1953 a 1957, debería haber acabado con las interpretaciones erróneas existentes de la contribución de Freud a la ciencia y a la vida intelectual. Jones concluyó su carrera de analista británico famoso trabajando durante siete años en la tarea de exponer el genio de Freud. Contó con

[1] "Some General Remarks on Hysterical Attacks" ["Generalidades sobre el ataque histérico"], *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. James Strachey (Londres: Hogart Hogarth; 1953-), Vol. 9, p. 231. A partir de aquí vamos a citar esta edición de las obras de Freud como *Standard Edition*.

la colaboración total de la familia Freud, especialmente Anna Freud, el único de los hijos de Freud que siguió su trayectoria profesional y actualmente su discípula principal. También contó Jones con la ayuda de muchos otros psicoanalistas, quienes le enviaron sus recuerdos del maestro, le prestaron reproducciones de la correspondencia de Freud e hicieron comentarios sobre las primeras redacciones del manuscrito. Al final, el libro de Jones consiguió no sólo invalidar todas las descripciones anteriores de la vida de Freud, sino también presentar una historia del movimiento psicoanalítico.

No obstante, en general la perspectiva desde la que Jones vio la vida de Freud y sus muchas controversias siguió siendo la del propio Freud. Jones cumplió su misión fundamental de biógrafo oficial, al establecer gran cantidad de cuestiones factuales y al explayarse sobre la concepción que tenía Freud de sus realizaciones. Como ha ocurrido con otras notables biografías autorizadas, gran parte de lo que los futuros historiadores conocerán sobre Freud lo ha proporcionado la documentación de Jones.

Hablar de Freud dentro del marco de sus propias categorías es una forma de empezar a exponer su obra adecuadamente; un enfoque eficaz de la valoración de un gran pensador es trabajar al principio dentro de su sistema. Gran parte de mi propia comprensión procede también de la obra de Freud, y el hecho de que, incluso sin intenciones acríticas, resulte tan difícil concebir los primeros tiempos del psicoanálisis con conceptos diferentes de los suyos constituye un tributo al vigor de su mente. Y, sin embargo, cuanto más grande es un escritor, más diversas son las interpretaciones posibles de su obra; y la visión que un hombre tiene de su propia vida ha de ser por fuerza, como mínimo, limitada.

Para obtener una perspectiva nueva sobre lo que ya había aparecido en libros, en el otoño de 1964 empecé a verme con el mayor número de pacientes y discípulos de Freud que pude encontrar y a entrevistarlos. No empecé a hacerlo con el fin de corregir posibles parcialidades de Jones; al contrario, no estaba seguro de comprender a Freud porque, como ajeno que era a aquellos acontecimientos sucedidos mucho tiempo atrás, temía no haber apreciado los matices que rodearan al mundo de Freud. Entrando en contacto con el mayor número de los analistas de los primeros momentos que pudiera encontrar, esperaba entender el entorno humano en que las ideas de Freud surgieron y se difundieron por primera vez.

De 1964 a 1967 conseguí entrevistar a más de setenta personas que conocieron personalmente a Freud, además de otras cuarenta aproximadamente que o bien estaban interesadas profesionalmente en la historia del psicoanálisis o bien habían participado personalmente en los comienzos del movimiento psicoanalítico. Más adelante, conseguí entrevistarme con veinticinco de los pacientes analizados por Freud, con una cuñada suya que todavía no había muerto, con dos de sus nueras y con tres de sus hijos. Desgraciadamente, más de cuarenta y tres de esas personas ya han muerto. Los nombres de todos aquellos que me concedieron entrevistas aparecen

citados en el Apéndice, pero quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento por su paciencia, hospitalidad y estímulo, aunque es de esperar que pocos de ellos estén de acuerdo con mis interpretaciones.

Mis viajes en busca de los pacientes y discípulos de Freud completaron mi aprendizaje del pensamiento psicoanalítico. Anteriormente, en 1963, había comenzado un libro sobre las consecuencias morales y filosóficas de las ideas de Freud (posteriormente publicado con el título de *Freud: Political and Social Thought*[2] [*El pensamiento político y social de Freud*]. Como teórico político interesado en la historia de las ideas, pensaba que la revolucionaria obra de Freud todavía no había pasado a formar parte del discurso común de mis colegas. Durante todo el tiempo en que realicé mis entrevistas y continué mis lecturas, tuve muy presentes los usos futuros que podrían darse a la psicología moderna para entender la vida política y social.

El hecho de conseguir acceso a los documentos de Ernest Jones en el verano de 1965 representó una etapa crucial de mi trabajo. Jones había fallecido poco después de ver publicado el volumen final de su biografía (y antes de concluir su autobiografía). A nadie se le había ocurrido la previsora idea de seleccionar (o censurar) todo el material en bruto que había utilizado para componer su biografía. El psicoanalista encargado de los archivos de Jones en el Instituto de Psicoanálisis de Londres no dio la menor importancia a que yo consultara aquellos documentos, que él mismo no había examinado cuidadosamente. Aquellos archivos resultaron ser un depósito fascinante de cartas y notas privadas. Había por allí dispersas docenas de cartas originales de Freud, que no se devolvieron a la familia Freud hasta que las recopilé[3].

Los archivos de Jones me sirvieron no sólo para mi primer libro, sino también para mi *Brother Animal: The Story of Freud and Tausk* [*Hermano animal. La historia de Freud y Tausk*][4]. Llegué a convencerme de que las ideas preconcebidas dificultan prácticamente a todo el mundo la visión de la historia del psicoanálisis. Pensé que con el caso de Tausk, figura importante a la que no se había tenido en cuenta, podría resultar más fácil convencer a los especialistas de la necesidad de reconsiderar su concepción de Freud. Como la historia de Freud y Tausk me parecía conmovedora por sí misma, decidí publicarla por separado, aparte del presente estudio total de Freud y su círculo; para evitar repetirme, me he visto obligado a excluir muchos detalles de *Hermano animal* en este libro.

---

2 Nueva York: Knopf; 1968. Londres: Hogarth; 1969. Nueva York: Vintage; 1970.

3 Algunas de ellas se han publicado ahora. Cf. "Some Early Unpublished Letters of Freud", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 50, Parte 4 (1969), pp. 419-27.

4 Nueva York: Knopf; 1969. Londres: Pengouin; 1970. Nueva York: Vintage; 1971. Londres: pelican; 1973. (Trad. esp., *Hermano animal. La historia de Freud y Tausk*. Madrid, Alianza Editorial —Libro de Bolsillo, nº 427—, 1973). Véase un comentario más amplio sobre Tausk en Paul Roazen, "Reflections on Ethos and Authenticity in Psychoanalysis", *The Human Context*, Vol. 4, Nº 3 (Otoño de 1972), pp. 577-87.

La descripción de Freud y su mundo que presento a continuación presta tanta atención a los dramas humanos abarcados como a las teorías que desarrollaron los participantes en ellos. No he intentado examinar detalladamente todas las ideas que los discípulos disidentes de Freud elaboraron posteriormente, sino que he comentado sólo las concepciones que atañen directamente a un intento de entender su relación con su ex maestro. Aunque recientemente ha habido mucha convergencia entre todas las escuelas de la psicología profunda, en sus orígenes las diferencias teóricas despertaron pasiones del carácter más profundo. Sin un conocimiento de las personalidades de los primeros analistas y de su comprensión de sí mismos, no se pueden apreciar plenamente sus ideas y lo que los compromisos intelectuales significaban para ellos. No me ha sido posible tratar de todos y cada uno de los miembros del círculo de Freud ni de todos aquellos que pudieron haber adquirido conocimientos gracias a un encuentro con Freud; pero he intentado examinar las vidas y la obra de las personas más importantes en la carrera de Freud.

Estoy muy agradecido a los hospitales, clínicas y asociaciones profesionales que me han invitado a hablar sobre Freud. Siempre que he tenido que pronunciar una conferencia, he tenido que preguntarme: "Vamos a ver: ¿qué hay que decir para describir a Freud a quienes no lo hayan conocido personalmente?" Freud tenía muchas facetas: la del aventurero audaz, el revolucionario en psicología; la del científico cauto al desarrollar su técnica; la del filósofo social, un profeta moderno; la del profesor y terapeuta de gran capacidad de trabajo; la del dirigente de un movimiento en desarrollo; la del caballero burgués con muchos prejuicios de su época; la del fumador constante de puros; la del conversador ingenioso, un narrador consumado de chistes judíos; y también un aspecto demoníaco, pues podía ser a veces tan irracional como racionalista en grado sumo. Estoy en deuda por lo que aprendí en el intercambio con el Hospital Bethe Israel de Boston, el Hospital del Estado de Boston, la Asociación Psicoanalítica Canadiense (Ontario), la Facultad de Medicina de la Universidad de Cincinnati, el Instituto Clarke de Psiquiatría de Toronto, el Servicio de Sanidad de la Universidad de Harvard, el Centro Sanitario Mental de Massachusetts, el Hospital McLean de Belmont, Massachusetts, el Departamento de Psiquiatría de la Universidad McMaster, el Instituto Nacional de Salud Mental, el Centro Médico de Nueva Inglaterra, el Hospital Roosevelt de Nueva York, el Hospital St. Michaels de Toronto y la Sociedad Psicoanalítica de Washington.

Agradezco su ayuda económica a la Fundación para la Investigación Psiquiátrica, al Comité de Subvenciones del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, al Instituto Nacional de Salud Mental, a la Sociedad Psicoanalítica de Boston, a la Fundación para la Investigación Psicoanalítica y a las Fundaciones Canady y Milton de la Universidad de Harvard.

Para la preparación de la edición de este libro he tenido, una vez más, la suerte de disponer del talento de mi esposa, Deborah Heller Roazen. Mi editor, Ashbel Green, me ha prestado una ayuda infatigable.

INTRODUCCION: LOS ENCUENTROS CON LOS PACIENTES Y DISCIPULOS DE FREUD.

¿Cómo era Freud realmente? Esta fue una pregunta fundamental que me propuse responder, cuando empecé a entrevistar a aquellos de sus pacientes y discípulos que todavía vivían. Veía con claridad que a los testigos de aquella revolución en la historia de las ideas no les quedaban muchos años de vida. Cada profesión tiene sus tradiciones, relatos y formas de concebir el pasado orales que nunca se incluyen en los libros de texto que introducen a los estudiantes a un dominio; la participación en esas enseñanzas y dichos constituye una parte de la identidad de todos los psicoanalistas.

En la tradición del sistema de pensamiento de Freud, hablé con sus discípulos todavía vivos y escuché lo que tenían que contar de sus experiencias. Un analista muy anciano desechó mis juveniles esperanzas de entender los primeros tiempos del psicoanálisis: "¿Cómo puede usted escribir sobre aquello? ¡Si no lo vivió!" Todos los que participaron en aquel acontecimiento histórico compartían cierto grado comprensible de autoalabanza. Y, sin embargo, pronto llegué a convencerme de que aquellos discípulos no habían empezado a hacerse las preguntas más elementales sobre Freud o sobre su participación en el movimiento fundado por éste.

Muchas preguntas obvias parecían extrañas a quienes habían vivido el desarrollo del psicoanálisis. Les resultaba difícil estimar la validez e intensidad de lo que ya se había publicado, pues abordaban esos libros con mentes ya bien aprovisionadas con sus propios recuerdos. El hecho, por

ejemplo, de que Jones no atribuyera importancia a una figura particular en su biografía podría no resultar manifiesto de forma inmediata para alguien que daba por sentado el lugar ocupado por dicha figura.

Podemos ilustrar la ventaja de un extraño en esas entrevistas con lo que ocurre en el tratamiento psicoterapéutico moderno. Un observador gana en discernimiento por su falta de participación en las cuestiones tratadas. Lo que a un participante puede parecérle trivial para un extraño puede indicar aspectos importantes, pero no expresados, de la cuestión.

Durante dos años aproximadamente, intenté encontrarme con todos los miembros vivos del movimiento psicoanalítico, cuando éste estaba en sus inicios, y con algunos de los familiares cercanos de Freud. Generalmente, pasé unas horas con cada persona, hablando de su asociación con Freud. Sin embargo, una analista me concedió doscientas horas, y en otros pocos casos me concedieron más de veinte horas. Aunque a veces sólo pude ver a un individuo una vez, generalmente pude concertar nuevas visitas para ampliar o corregir mis impresiones. En algunas ocasiones un intercambio de cartas iba a ser suficiente, y en unos pocos casos entablamos una larga correspondencia sobre Freud. En todos los casos intenté verificar la información que recogí confrontando unos testimonios con otros. (Aquellas personas podían estar equivocadas con respecto a ciertos hechos, como fechas y órdenes de sucesión de acontecimientos; un número inusitado de analistas de edad creían, por ejemplo, que el cáncer de Freud había sido anterior a su teoría del instinto de muerte.) En general, lo que obtenía en una entrevista solía intentar usarlo en la siguiente.

Mis entrevistas fueron tan abiertas como fuera posible, pero no por ello dejaban de estar estructuradas. Como nadie había hablado con aquellas personas con los mismos objetivos, al principio me sentía inseguro con respecto a las preguntas que debía hacer[1]. Aunque con el paso del tiempo fui sintiéndome más seguro con respecto a lo que debía preguntar, mis preguntas estaban destinadas siempre tanto a mantener la continuidad del flujo de recuerdos como a obtener respuestas a cuestiones específicas.

1 Muchos años antes de mi proyecto, Kurt Eissler, en nombre de los archivos de Freud, realizó entrevistas grabadas en magnetofón con analistas y pacientes todavía vivos de la primera época. En parte con el fin de convencerles para que cooperaran, prometió que su material quedaría sellado en la Biblioteca del Congreso durante de cincuenta a cien años; a consecuencia de ello, tanto lo inofensivo como lo puramente privado ha quedado fuera de nuestro alcance. Algunas de las personas a las que entrevisté afirmaron no conocer esa restricción a su material, y otras no ponían objeciones a que se pusiera a disposición de los eruditos. Eissler envió a Ernest Jones ejemplares de sus entrevistas con Paul Klemperer y Albert Hirst (archivos de Jones). Véase un ejemplo publicado de la técnica entrevistadora de Eissler en *Reich Speaks of Freud*, ed. Mary Higgins y Chester M. Raphael (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux; 1967), pp. 3-128 (trad. esp.: *Reich habla de Freud*. Barcelona: Anagrama; 1970). He visto algunas otras entrevistas de Eissler (algunos de los entrevistados conservaron copias que aquél les había enviado), y he sacado la conclusión que mi propio enfoque como entrevistador es más activo que el suyo. También hay un proyecto en marcha sobre la historia del psicoanálisis en el departamento de Historia Oral de la Universidad de Columbia.

Cuando el interés o la energía de mi informador empezaba a decaer, una pregunta o dos podrían estimular sus pensamientos de nuevo.

Las entrevistas variaron mucho en cuanto a lo que me enseñaron. Al cabo de un tiempo, aprendí lo suficiente como para unificar más o menos mis preguntas. Antes de aquello, estaba tan absorbido por el proceso de obtener nuevas visiones, que mis preguntas estaban cambiando constantemente; por consiguiente, difirieron considerablemente entre el primer período de mis entrevistas y el final del primer año aproximadamente de mi trabajo.

Al comienzo del segundo año mis preguntas estaban bastante estabilizadas, por lo que puedo dar aquí una ilustración del tipo de cuestionario que usé. La mujer que entrevisté era una doctora americana (hoy ya fallecida), que contaba unos setenta años de edad y vivía en la ciudad de Nueva York. Había estado analizándose tanto con C.G. Jung (en 1925) como con Freud (en 1930), lo que hacía que una entrevista con ella resultara especialmente interesante. Tiempo atrás había practicado el análisis en Boston, pero cuando la vi hacía años que se había retirado. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos europeos, no tenía fotografías, grabados ni otros recuerdos de Freud en su piso.

Estos simples datos pueden ayudar a explicar algunas de mis preguntas. Además de éstas, voy a incluir ejemplos muy abreviados de sus respuestas, y en algunos casos mis propios comentarios sobre ellas, para hacer que el encuentro parezca menos unilateral y para dar una idea aproximada de cómo actuamos recíprocamente. Sin embargo, no voy a intentar transcribir una relación completa de todas sus respuestas a lo largo de la entrevista.

¿Cuándo había tenido ocasión de conocer por primera vez las ideas psicoanalíticas? Cuando estaba estudiando en la Facultad de Medicina de John Hopkins en 1917. *¿Cómo se concertó su análisis con Freud?* A través de un antiguo amigo, que ya estaba analizándose con Freud. *¿Y cómo se concertó el análisis con Jung? ¿Le preguntó Freud algo sobre Jung?* Aunque en 1925 hacía ya bastante tiempo que Jung criticaba a Freud, éste no se preocupaba demasiado de Jung en 1930. Su resentimiento no se había apagado, pero no parecía un problema muy importante para Freud. *¿Comentó Freud con ella algunas de las historias del psicoanálisis? ¿Conocía Freud a algún psiquiatra de Boston? ¿Quiénes eran sus discípulos favoritos, cuando ella lo conoció? ¿Quién gustaba menos a Freud?* (Debía la formulación de esta última pregunta a un informador anterior, a quien le resultaba más fácil de responder, y más importante, que la pregunta anterior.)

¿Conoció a algunos otros pacientes de Freud de aquella época? ¿O a cualquier otra persona analizada por Freud en cualquier otra época? ¿Qué clase de terapeuta era? ¿Qué tal hablaba inglés? Su dominio del inglés era muy elegante e incluía todo el argot. Por lo que se refiere a su pronunciación, daba la impresión de haber vivido en Inglaterra por algún tiempo.

Su habla —como su mente— lo abarcaba todo; nunca le faltaba una palabra para expresar algo.

¿Estaba muy interesado por ella? Estaba tan atento, que parecía que fuera su primer paciente, y, sin embargo, no a causa de ella personalmente. Cuando ella volviera a América, podría hacer algo por él y su causa; además de su práctica como analista, ella realizó pequeños encargos, como ir a ver a las familias de antiguos pacientes de Freud, colectar dinero para su editorial y garantizar que los discípulos especiales de Freud recibieran la acogida apropiada cuando llegaran a Estados Unidos. Su marido era sobrino de un antiguo defensor del psicoanálisis, y esa clase de asociación siempre era importante para Freud. Ella misma tenía una actitud inmensamente favorable hacia Freud; admiraba su amplitud de miras y su buena disposición para explorar y descubrir cosas nuevas. (Posteriormente, me enteré por otras fuentes de que, después de su análisis, Freud había enviado cartas entusiastas a América referentes a ella. Conviene añadir que había muchas razones por las que ella y Freud se llevaron tan bien: ella era extraordinariamente inteligente e intelectual, recta, concienzuda, rica y estaba bien relacionada socialmente; también era una mujer de mentalidad independiente, afecta a Freud y a su psicoanálisis.)

¿Cuánto le pagaba? Veinticinco dólares por hora. (Por aquel entonces sus discípulos de Viena estarían recibiendo diez dólares por hora de pacientes americanos.) *¿Quién le ayudó más, Jung o Freud, y de qué formas?* No podía haber habido dos personas más diferentes que Freud y Jung; por lo menos, sería difícil creer que dos personas que trabajasen en el mismo campo pudieran ser más diferentes. Indudablemente, el análisis de Freud le ayudó. La puso en el camino de aprender más sobre sí misma, y él esperaba que ella aceptara la responsabilidad por todo lo que ocurriera en su vida. *¿Sabía algo sobre Víctor Tausk? ¿Sobre Siegfried Bernfeld? ¿Sobre Wilheim Reich? ¿Sobre Herbert Silberer? ¿Qué sabía de la esposa de Freud? ¿O de su cuñada Minna?* (La relación de Freud con Minna fue un tema obvio de investigación antes incluso de la publicación de la historia de una presunta relación sexual entre Freud y su cuñada). *¿Qué sabía de Anna Freud? ¿O de las hermanas de Freud? ¿Pensaba que Freud hablaba de sus pacientes con su mujer? ¿O con cualquier otra persona? ¿Qué miembros de su familia leían sus obras? ¿Habló alguna vez de la transmisión del pensamiento o de la telepatía con él? ¿O del análisis de los niños? ¿Parecía Freud susceptible con respecto a la cuestión de las prioridades? ¿O con respecto a la del plagio? ¿Cómo era con los psicóticos? ¿Qué clase de diagnosticador era?*

¿Vió alguna vez señal alguna de neurosis en él? Nunca, a pesar de que lo intentó. (Fuera lo que fuese lo que sucedía en el alma de Freud, mantenía un autocontrol extraordinario y poco hubiera trascendido.) *¿Cuál es el mejor libro sobre él? ¿Qué pensaba de los libros de Jones?* Que presentaban a un hombre diferente del que ella había conocido. *¿Cuál fue la ocasión en que vio a Freud más enfadado que nunca? ¿O más deprimido?*

¿O más contento? ¿Habló Freud de Otto Rank con ella? ¿O de Sandor Ferenczi? ¿Se notaba su enfermedad física? ¿En qué forma consideraría las teorías psicológicas de Freud como consecuencia de su personalidad? ¿Cómo refleja el psicoanálisis sus idiosincrasias? Tuvo que ser así, es inevitable, y uno buscaría señales de ello; y, sin embargo, nunca sintió la más mínima falta de objetividad en él. *¿Cuáles eran sus relaciones con sus hijos? ¿Sabía cómo riñeron Isidor Sadger y Sandor Rado con Freud? ¿Trató alguna vez a alguno de los pacientes anteriores de Freud? ¿Con qué tipos de casos era mejor?*

¿Le ayudaba o le perjudicaba como terapeuta su falta de "ortodoxia" en la técnica? En general, Freud hablaba de todo lo existente bajo el sol... pero también la analizó. Para entonces ya había quedado claro que ella iba a dedicarse a la práctica psicoanalítica, cuando regresara a su país. Freud nunca intentó justificar lo que hacía; todo ocurría de forma natural. Y, sin embargo, dirigió el análisis de la forma más rigurosa; éste no tenía nada de social, no introducía nada en él que no fuera pertinente. *¿Qué nacionalidades admiraba? ¿Ha conocido ella algún síntoma emocional que haya seguido determinada pauta cultural?*

¿Qué pensaba Freud del grupo psicoanalítico de Viena? ¿Le dio alguna fotografía? ¿Dió alguna vez golpes sobre el sofá? ¿Le citó alguna novela? ¿Le dio algun consejo sobre su hijo? ¿Qué pensaba de la masturbación? ¿Habló alguna vez de política? ¿Conoció ella a alguno de los amigos de su familia? ¿Le impresionó el hecho de que fuera judío? ¿Recibió alguno de los hijos de los amigos de ella el nombre de alguno de los miembros de la familia de él? ¿Qué quieren decir quienes se refieren a la "intolerancia" de Freud? Por otro lado, Freud solía preguntarle qué era lo que, según ella, iba a permanecer del psicoanálisis. Siempre fue el mejor crítico de sí mismo. Pero, al mismo tiempo, si alguien proponía algo destructivo para sus ideas, se lo consideraría intolerante. Su estilo era así: "Hoy siento profundamente que esto es así y esto no".

¿Fue Melanie Klein como Jung y Alfred Adler para Freud? ¿Tenía alguna carta de él? ¿Sabía si Freud había analizado personalmente a su hija Anna? Si. ¡Qué poco ortodoxo se puede llegar a ser! *¿Cuál era su actitud hacia la homosexualidad? ¿Cuál era su favorito de entre sus discípulos de América? ¿Veía el psicoanálisis como un imperio? ¿Le importaba mucho el dinero? ¿De qué formas era generoso? ¿Qué pensaba del hecho de que las mujeres tuvieran relaciones sexuales extramatrimoniales? ¿Era discreto? ¿Podía recomendarme a alguién más? ¿Qué otras preguntas debería haberle hecho?*

Desde luego, es difícil comunicar el tono de una entrevista de este tipo, por no decir lo que aprendí en ella. Las preguntas representan sobre poco más o menos las que llevé preparadas, y las pocas contestaciones que he seleccionado dan idea por lo menos de lo más característico de sus respuestas. Pero esta relación excluye necesariamente la mayor parte del

intercambio espontáneo entre nosotros, a medida que sorbíamos el jerez que tuvo la amabilidad de servir. A partir de la información que me proporcionó pude formular libremente otras preguntas. Los mejores tipos de preguntas fueron las que no eran del todo una sorpresa para ella y enlazaban con aquello con lo que ya estaba familiarizada, pero no conocía tan bien como para dar una respuesta exacta. Para mí era ideal ver funcionar su mente mientras intentaba decidirse por una de las alternativas. Seguí más la lista de las preguntas preparadas hacia la segunda parte de la entrevista, cuando empezó a escasear su propio material.

Quizás la finalidad principal de llevar preguntas preparadas de antemano fuera la de mantener viva la entrevista hasta que se agotó su paciencia. He escogido este conjunto de preguntas como ilustración, porque esta entrevista se desarrolló aproximadamente de acuerdo con un plan, y fui pasando de un punto a otro a medida que ella parecía haber acabado con lo que podía aportar. Pero, aunque la lista sea representativa en líneas generales, al cabo de un mes aproximadamente algunas cuestiones habían quedado tan claras en mi mente, que no volví a preguntar sobre ellas. Pero recuerdo haber examinado ese grupo de preguntas en varias ocasiones, cuando estaba preparándome para otras entrevistas. Como algunos temas se convirtieron en temas de conversación regulares, pude intentar apreciar el sesgo que el carácter y la experiencia de cada entrevistado imponían a su perspectiva.

Retrospectivamente, esta entrevista en particular resulta más ordenada de lo habitual. Había superado mi primera etapa de vacilaciones y había empezado a concentrar mi atención en determinados problemas que me parecía la merecían y que aquella persona estaba especialmente calificada para comentar.

No era precisamente la respuesta precisa a una pregunta lo que me interesaba, sino su tono de voz, sus gestos y la expresión de sus ojos que la acompañaba. (Recuerdo lo reveladora que fue la respuesta de una analista que, con los ojos brincándole en la cara, exclamó, refiriéndose a Freud: ¡''Oh, qué capacidad tenía para odiar!''.) Deseaba hechos, pero sobre todo deseaba comprender. Por lo tanto, la más mínima asociación libre entraba dentro de mis objetivos. Si hubiera deseado una reproducción verbal exacta de la entrevista, habría sido necesario un magnetófono. Pero, como estaba tratando con un material humano bastante íntimo, un magnetófono podría haber vuelto más rígida la actitud del entrevistado y haberme colocado a la defensiva. (En lugar de usar un magnetófono[2], mi procedimiento consistía

[2] Con una persona intenté usar un magnetófono, pues tenía uno y sugirió que lo usáramos. Rápidamente compré un aparato, pero el siguiente entrevistado se negó a que lo usásemos. Estoy convencido de que los europeos ancianos habrían considerado el magnetófono como una técnica vagamente nazi. Tuve muchos problemas prácticos con mi única entrevista grabada; además del gasto del mecanografiado profesional, muchos nombres —como era inevitable— aparecieron transcritos erróneamente, y la larga entrevista produjo un manuscrito voluminoso en el que me resultó difícil localizar detalles específicos.

en tomar notas y después reconstruir la entrevista. Pero, en el caso de muchos de los entrevistados y de determinados temas, ni siquiera era posible tomar notas, y hasta inmediatamente después de la entrevista no podía transcribir las conversaciones.)

Cualquier estudioso, por imparcial que sea, ha de hacer valoraciones para saber qué es lo que vale la pena presentar. Así que mis preguntas se basaban en lo que había aprendido hasta entonces y estaban destinadas a ayudarme para mi investigación futura. Y, para ese fin, cualquier matiz expresivo, cualquier pausa o risa, quedó grabado en mi mente como parte de una respuesta. Quería aprender todo lo que pudiera en un espacio de tiempo dado, en este caso aproximadamente tres horas de una tarde.

A medida que avanzaban mis entrevistas, empecé a entender a Freud, y en cierto modo eso no es posible mediante la simple lectura de sus libros. Después de un período de entrevistas prolongadas, me vi a mí mismo respondiendo a los comentarios que, según me informaban, había hecho mediante la observación para mi fuero interno: ''El habría dicho eso''. Gradualmente, empecé a poder concebir a Freud como una persona.

Aun cuando presentara ahora la relación completa que he conservado de esta entrevista, resultaría menos viva de como la recuerdo. Indudablemente, lo que aprendí en una tarde gracias a aquella señora tan cooperadora fue importante. Pero fue del mayor valor para mí en función de mi reacción ante su personalidad total y de cómo aquello me permitió completar su información con lo que me dijeron los demás entrevistados. (Para ilustrar todavía más mi forma de actuar, diré que después de la entrevista volví a ponerme en contacto con ella para resolver una duda y para darle las gracias. Respondió a mi pregunta y aludió a que había escrito a una antigua amiga para recomendarle que me prestara su colaboración.)

Al comienzo, no esperaba poder conseguir la cooperación de todas las personas que me recibieron. Entre ellas había analistas, y sabido es que éstos adoptan una actitud extraordinariamente defensiva hacia los extraños. A distancia todos los movimientos parecen monolíticos, pero desde dentro pueden verse fácilmente todas las tensiones, los puntos de vista opuestos y las perspectivas rivales. Con todo, era inevitable que quienes participaron en las primeras batallas en favor de Freud y del psicoanálisis compartieran una inseguridad constante con respecto a si su lugar en la historia había quedado reconocido finalmente, y que conservaran una cohesión como grupo que contrarrestaría con fuerza cualquier traición a la causa de alguno de ellos. (Los primeros pacientes y los analistas retirados estaban más o menos libres de esas coerciones, así como de las presiones del interés económico propio, pues no obtenían ingresos del psicoanálisis que, en caso contrario, habrían quedado comprometidos al decir lo que pensaban.)

No obstante, aquellas personas tenían motivos para hablar libremente conmigo. Muchos de ellos pensaban —y así lo manifestaron explícitamente en algunos casos— que estaban pagando una deuda de gratitud a Freud.

No costó gran esfuerzo convencerles de que sus recuerdos eran fuentes históricas valiosas. Además, es humano pensar que se está apreciando la importancia de uno. Sería comprensible que muchos cooperaran porque el hacerlo halagaba su legítima vanidad.

El hecho de hablar conmigo proporcionó también a aquellas personas la oportunidad de expresar algunos de sus sentimientos ambivalentes, conscientes y también inconscientes, sobre su conexión con Freud. Con un extraño podían dar rienda suelta a sus quejas, que años de fervor habían contenido. Freud, como él mismo reconoció posteriormente, había sido reació a analizar las reacciones negativas de sus primeros pacientes[3]. En cualquier época, adular a Freud habría sido imposible. Convencido como estaba de su importancia en la historia intelectual, habría interpretado que la mayor devoción y el mayor aprecio de un discípulo estaban justificados por la realidad de su grandeza.

La actitud de Freud era comprensible. Como genio incomprendido e inapreciado, y terapeuta de gran capacidad de trabajo que era, creía tener derecho a la aprobación íntegra de sus pacientes. Sin embargo, también hubo un aspecto antagónico en la relación de sus discípulos con él, que se desarrolló y se volvió contra el mundo exterior; el enemigo pasó a serlo el público que durante tanto tiempo no había apreciado adecuadamente las contribuciones de Freud. Lo que Freud dejaba sin analizar se comunicaba a los demás, y aquellas emociones sin interpretar llegaron a alcanzar proporciones tremendas y alarmantes. En esto podemos encontrar una de las causas de la actitud protectora de los discípulos de Freud hacia la vida privada de éste; una vez que hubieron transformado su hostilidad hacia Freud en resentimiento contra el mundo exterior, con lo que rechazaban sus propios sentimientos ambivalentes, les resultó fácil sobreestimar la disposición de los extraños a captar cualquiera de las debilidades de Freud.

El hecho de hablar conmigo fue para algunos de ellos una licencia para expresar, aunque fuera por vías oblicuas, los sentimientos de ofensa que podían haber tenido con respecto a su compromiso con el maestro y con su círculo. Tardé algún tiempo en comprenderlo. Comencé mi investigación con tal respeto hacia Freud, que no advertí que algunos de sus discípulos podrían desear que volviera otra vez para hablar más. Durante un tiempo, su reverencia hacia Freud aumentó todavía más mis inhibiciones. Sin embargo, tan pronto como me dieron algunos pretextos para comentar los aspectos menos constructivos de su vinculación con Freud, pude ayudar

3 "Analysis Terminable and Interminable" ["Análisis terminable e interminable"], *Standard Edition*, Vol. 23, pp. 221-22. Cf. también James Strachey, "The Nature of the Therapeutic Action of Psichoanalysis", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 15, Partes 2-3 (abril-julio de 1934), p. 130. Resulta bastante pasmoso ver a Theodor Reik al final de su vida diciendo: "La transferencia positiva no se intepreta nunca lo más mínimo. Sólo cuando se vuelve negativa. La transferencia positiva es la cascada que impulsa el molino. ¿Por qué habríamos de interpretarla?" Erika Freeman, *Insights: Conversations with Theodor Reik* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall; 1971), p. 52.

a mis informadores a abandonar en parte su reticencia; al mismo tiempo, mi propia cautela a la hora de inquirir sobre él empezó a desaparecer y pude seguir una dirección más objetiva.

Ellos advirtieron inmediatamente que iban a hablar con alguien que tenía un profundo respeto hacia el significado de Freud. Sus discípulos podían hacer comentarios críticos sobre Freud y sobre su psicoanálisis, porque sentían que yo apreciaba plenamente su genio y, en consecuencia, era improbable que interpretase inadecuadamente lo que me dijeran. Hacía extensiva a ellos mi admiración por Freud, y debieron de notar mi respeto hacia sus vidas y sus obras.

En algunas ocasiones, me preocupaba la cuestión de incitar a aquellas personas a volver a penetrar tan profundamente en sus pasados. Pero uno de los aspectos más atractivos de su motivación a la hora de ayudarme era su sensación de estar haciendo una contribución a la historia. Si el hecho de narrar aquellos acontecimientos lejanos podía contribuir a instruir a un hombre joven, y a través de éste a quienes no habían tenido contacto personal con Freud, en ese caso su pérdida de tiempo y sus esfuerzos parecían válidos. La mayoría de ellos eran muy ancianos y muchos ya se habían retirado parcialmente; casi todos frisaban en los setenta y los ochenta años.

Como acontecimientos sociales, aquellas entrevistas carecieron relativamente de inhibiciones. Para demostrar el alcance de mis conocimientos, y pasar por alto ciertas reglas a la hora de hablar sobre Freud, con frecuencia insertaba en los primeros momentos de una entrevista alguna nueva información que me hubiera comunicado recientemente alguno de los entrevistados. Cuanta más confianza cogían conmigo los discípulos de Freud, más fácil resultaba asegurar que una futura entrevista sería informativa. Estaba deseoso de aprender todo lo que pudieran enseñar, sin las restricciones procedentes de haber participado en rencillas pasadas.

Aunque unas pocas entrevistas fueron superficiales, en general fueron intercambios extraordinariamente intensos. Para mí, fue una aventura intelectual estimulante. Para mis sujetos, las cuestiones planteadas tenían auténtica significación. Aquellas entrevistas les afectaron. Por ejemplo, dos personas contaron posteriormente que no habían podido dormir la noche después de que los vi. Y, sin embargo, ninguna de las dos pareció resentirse de que les hubiera despertado aquella agitación. La señal de que había llegado el momento de dejar de celebrar mis entrevistas fue la aparición de una tendencia a invertir nuestros papeles; la información e interpretaciones que yo aportaba empezaron a enseñar a mis entrevistados en la misma medida en que yo estaba aprendiendo, a cambio.

Las entrevistas tuvieron también sus tensiones. Ante todo, comencé sin una idea clara de lo que haría posteriormente con lo que averiguase. Si hubiera conocido las cuestiones cruciales en el comienzo, no habría tenido demasiado sentido iniciar la tarea siquiera. En el estudio como en la vida, el problema más difícil es siempre el de conocer las cuestiones correctas.

No obstante, era penoso estar tan desorientado como estaba al principio, y se sumaba a los problemas inherentes a mi investigación.

Los sujetos de mis entrevistas estaban todavía menos seguros sobre lo que debía ser de interés. Muchos de ellos se inclinaban por proteger algunos datos personales, determinadas experiencias privadas de interés trivial para un historiador. Pero a veces resultaba difícil aclarar la confusión de lo que me interesaba, ya que yo mismo estaba bastante inseguro. Inevitablemente, tropecé con el escándalo, pero, aunque en muchos casos era importante para mí llegar a conocer algunos pormenores delicados, no es necesario publicar diferentes calamidades y desastres humanos.

Con frecuencia, lo que una persona no estaba dispuesta en absoluto a comentar, otra lo sacaba a colación con toda libertad. A medida que progresaban mis entrevistas, adquirí la intuición para saber quién sería quien sabría algo sobre una cuestión determinada. A medida que aumentaba mi habilidad, en plena entrevista era capaz de encauzar la conversación por una dirección diferente para pasar a un sector productivo. Un individuo podía negarse a comentar algo en un contexto y sentirse estimulado a hablar de ello en otro.

Aunque cada entrevista planteó problemas especiales, pueden sacarse algunas conclusiones generales sobre las dificultades que encontré. Para ciertos fines los disidentes solían ser las mejores fuentes de información, y eso parece concordar con un principio bien conocido en las investigaciones sociológicas y antropológicas sobre el terreno. Quienes sienten haber recibido un trato injusto suelen estar dispuestos a hablar de temas que otros considerarían indiscretos y a ofrecer interpretaciones que los más leales podrían considerar sediciosas. Sin embargo, los descontentos de hoy pueden haber estado excluidos en el pasado, y pueden deber su perspectiva a su falta de familiaridad íntima.

Cuanto menos conocía una persona a Freud y a su círculo, más fácilmente podía organizar sus ideas para el entrevistador. Una de mis dificultades era la disposición de los individuos a hablar sin parar. Al comienzo de una entrevista tenía que dar una indicación de lo que ya sabía para no perder demasiado tiempo. En esos casos la referencia a un hecho curioso o fortuito era lo que sugería que yo era alguien con quien valía la pena que hablasen y lo que les animaba a hablar de su propia experiencia y no de lo que prescribiría el conocimiento convencional.

Mis peticiones fueron mayores a quienes sabían más sobre la historia del psicoanálisis. Les resultaba difícil objetivar sus experiencias para un extraño, dar sentido a la confusión de sus recuerdos personales. Les parecía difícil aceptar explicaciones simples de los acontecimientos pasados, y se veían obligados a volver a reflexionar sobre lo que conocían a la luz de lo que yo les aportaba. En relación con algunos temas, les resultaba difícil revisar sus ideas; casi sin excepción, todos se mostraban crédulos sobre los aspectos lejanos de la historia del psicoanálisis, mientras que hablaban con exactitud e independencia de lo que habían experimentado personalmente.

La mayoría de ellos eran más adaptables en sus ideas privadas de lo que era de esperar por sus compromisos públicos. No es sorprendente que, cuanto mejor hubieran conocido a Freud personalmente, más abiertos estuvieran a nuevas sugerencias de posibles explicaciones.

Mi estrategia al entrevistar consumió una enorme cantidad de tiempo. La norma principal era: cuanto más tiempo pasara con aquellas personas, más valioso sería el entendimiento que surgiera a la larga. Tuve que viajar mucho y a grandes distancias, y podía ser una experiencia extraña la de recorrer varios miles de kilómetros para reanudar con una persona la misma discusión que acababa de concluir con otra. Freud producía un efecto casi hipnótico en sus parientes y discípulos; algunos de ellos, que vivían muy alejados mutuamente, comentaban la misma cuestión con las mismas palabras exactamente, y no le cabía duda a uno de que estaban usando las propias frases de Freud. Mi trabajo obligó a todos ellos a ejercer al máximo su hospitalidad. Aunque su receptividad a mis preguntas variaba, y podía mostrarme más atrevido con unos que con otros, en general se mostraron extraordinariamente abiertos, cooperadores y generosos. Su inteligencia y gama emocional diferían, pero, casi sin excepción, constituyó un placer realizar las entrevistas. No obstante, hay que reconocer que los vieneses en particular son expertos en usar el encanto y permanecer a un tiempo muy distantes.

El momento crucial en función del cual distinguir entre quienes conocieron a Freud personalmente se produjo en 1923, el año en que contrajo el cáncer que atormentó los últimos dieciséis años de su vida y le fue obligando gradualmente a apartarse del mundo. Quienes entraron en contacto con Freud después de su enfermedad lo conocieron mucho peor que quienes lo habían hecho antes, y después de su enfermedad Freud fue en muchos sentidos un hombre diferente. Y, sin embargo, psicoanalistas que fueron dirigentes del movimiento en sus países o desempeñaron un papel estratégico en un centro psiquiátrico o que Freud aceptó analizar personalmente —aun cuando entraran en escena relativamente tarde— solían ser todavía excelentes fuentes de información.

Para quienes conocieron a Freud y entraron íntimamente en su vida y en su mente, dentro de los límites que ponía su profunda reserva, muchas de mis preocupaciones tenían por fuerza que parecer cuestionables. En la vida hay habladurías cuyas distorsiones son justificadamente sospechosas. Sin embargo, en el caso de Freud, como en el de cualquier sujeto histórico importante, nuestros criterios para juzgar lo que es pertinente deben ser amplios. (El propio Freud se quejó en cierta ocasión de que no se hubiera transmitido determinada información oral sobre Dostoievski: "Los biógrafos y los investigadores científicos no pueden sentir gratitud", escribió, "por esa discreción"[4].) Sabiendo como sabía que se han omitido tantas

[4] "Dostoyevsky and Parricide" ("Dostoievski y el parricidio"), *Standard Edition*, Vol. 21, p. 182.

cosas en los testimonios escritos sobre Freud y que muchas otras cosas podían no haberlas manifestado quienes vivieron aquellos acontecimientos, tuve que sacar la conclusión de que el respeto excesivo hacia los testimonios publicados constituiría un error.

También tuve que estar en guardia para no dejarme extraviar por los caprichos de la memoria humana en relación con el pasado. Pero, en la medida en que me fue posible comprobar la exactitud de los recuerdos inevitablemente selectivos de mis informadores, pude asimilar los matices de contacto de quienes habían tenido comunicación directa con Freud. Podían contar muchas cosas nuevas sobre los períodos en que habían participado personalmente. Una investigación de este tipo puede ser algo irregular y está sujeta a excentricidades. Y, sin embargo, la alternativa sería declarar "respetable" la historia del psicoanálisis sólo después de que no quede nadie vivo que pueda refutar cualquier cosa con veracidad.

Una obra como ésta puede amenazar la intimidad. A pesar de ello, unas pocas personas no tuvieron dificultad para hablar de los síntomas sexuales que les habían inquietado antes de sus análisis con Freud, y muchas hablaron con libertad sobre las clases de problemas que se plantearon en su tratamiento con Freud. Mi propósito no era descubrir secretos sobre los primeros análisis. Mi objetivo era averiguar lo que no aparecía en los libros: ya fueran los detalles que nadie se hubiera tomado la molestia de establecer claramente o cualquier cosa que se hubiera dado por sentada hasta el punto de no considerarla digna de anotarse. Sin embargo, la búsqueda de lo que no se ha dicho armoniza de algún modo con la búsqueda de lo que se ha omitido conscientemente. Pronto resultó claro que muchas informaciones no figuraban en los libros porque algunas personas no lo deseaban.

No pude ver a algunos estudiantes de Freud; por una u otra razón, no hubo forma de hacer coincidir sus horarios con el mío. Entre quienes aceptaron recibirme, sólo en una ocasión tropecé con un muro infranqueable de tácticas obstruccionistas. Aquella entrevista con un anciano analista vienés fue desastrosa. Su beatería llegaba hasta el extremo de tener un ramo de flores frescas ante un aguafuerte de Freud en su sala de espera. Consideré mi primera pregunta lo más inofensiva posible: "¿Cuándo se incorporó usted a la Sociedad Vienesa?" Respondió que no era asunto mío y que no estaba dispuesto a decírmelo. El resto de la entrevista fue casi tan productivo. "¡No va usted a hacerse con nuestros secretos!", exclamó en determinado momento. Me pareció sorprendente que, aunque mantuvo la misma actitud en toda la conversación, hubiera aceptado recibirme. Pero, gracias a mi persistencia y a la intervención de un antiguo amigo suyo, me recibió una vez más. Y en aquella ocasión conseguí obtener unas pocas respuestas a cuestiones apremiantes. Aunque mi contacto con aquel hombre fue excepcional, cierta atmósfera de incomodidad pesó efectivamente

sobre mis entrevistas, que podría resumirse en la siguiente sensación por su parte: "¿De qué es de lo que se ha enterado usted?".

Quizás el resultado más valioso de mis entrevistas fuera simplemente el de llegar a conocer a aquellas personas. Para mí, el hecho de entrar en contacto con quienes formaban parte de la historia dió plausibidad y significación humana a las relaciones publicadas. El contacto con ellos proporcionó modelos a mi mente para entender lo que había ocurrido en el pasado. Gradualmente un sentido pleno de la realidad fue sustituyendo a lo que había parecido insulso en los libros.

Su sentido de la historia, y lo que aquellas entrevistas pudieran significar para mí, abarcaba una amplia gama de sutilezas. Algunos consideraban todo lo que pertenecía a su conocimiento personal como material "privado" que no debía figurar en los libros. Si bien casi todos señalaban la necesidad de detenernos, cuando nos acercábamos a lo que querían omitir por considerarlo "personal", algunas personas bondadosas y benévolas estaban empeñadas en presentarlo todo por su mejor aspecto. Sin embargo, quedaban contrapesadas por los tipos más maliciosos que no tenían nada bueno que decir de nadie.

Muchos ignoraban la literatura publicada más de lo que hubiera sido de esperar ingenuamente: había uno que sólo había leído unas pocas páginas de la biografía de Jones, otros sólo uno de los tres volúmenes. Por otro lado, la mujer cuya entrevista he descrito parcialmente fue tan diligente como para leer un libro sobre el cual esperaba que le preguntara. Algunos eran conscientes de que lo único que podía contar con obtener de ellos era su propia versión de lo que había ocurrido. Para otros, la distancia en el tiempo y los cambios en el pensamiento psiquiátrico proporcionaban cierto grado de objetividad a sus descripciones del pasado. Como dijo una analista, estaba mirando su pasado por dos ventanas: una, cuando estaba participando en el círculo de Freud; y la otra, ahora que estaba alejada de todo aquello. Sin embargo, en casi todos los casos por esclarecido que fuera su sentido de la historiografía, la relación entre nosotros era posible simplemente a partir de lo que significaba la historia del psicoanálisis.

Cuando Freud comenzó en la década de 1890 a describir el papel desempeñado por los sentimientos reprimidos y especialmente por la sexualidad reprimida en el origen de las neurosis, no pensaba que estuviera comunicando algo esencialmente nuevo. Cuando una de las máximas de su maestro reveló que el viejo conocía el papel desempeñado por la frustración sexual, Freud pensó: "Pero bueno, si lo sabe, ¿por qué no lo dice nunca?"[5]. El compromiso de Freud para con la ciencia entrañaba que todo el conocimiento importante se usara y se pusiera a disposición de los demás. Los discípulos de Freud han conocido en gran parte las inadecuaciones tanto como los aspectos sólidos de su enfoque; y, sin embargo, gran parte

5 "On the History of the Psychoanalytic Movement", ["Historia del movimiento psicoanalítico"], *Standard Edition*, Vol. 14 (a partir de aquí citado como "On the History"), p. 14.

de esa información no se ha comunicado al público en general. Freud ha llegado a ser un héroe de tal talla, que muchos no quieren hacer comentario alguno sobre los orígenes humanos y personales de su contribución a la historia. Y, sin embargo, el propio Freud fue un revolucionario en el mundo de las ideas, un enemigo inveterado de las mentiras y la hipocresía. Y con ese espíritu es con el que realicé mi trabajo.

Al publicar la mayor cantidad posible del material sobre Freud y su círculo que reuní, he intentado no cargar mi narración con demasiadas interpretaciones. Espero que con la información que mi investigación reveló otros se sientan estimulados para volver a reflexionar sobre los problemas básicos y que lleguen incluso a conclusiones diferentes de las mías. No he pretendido encontrar el "secreto" del genio de Freud, sino contar la historia de su relación con sus discípulos. Todos somos discípulos de Freud. Abandonando nuestras versiones no realistas del pasado, podemos llegar a sentirnos más seguros de nuestra capacidad para vivir en el presente.

Capítulo 1

LA TRADICION ORAL EN EL PSICOANALISIS

1. La leyenda de Freud.

Sigmund Freud, indiscutiblemente uno de los más grandes psicólogos de la historia, ha revolucionado nuestra forma de pensar sobre nosotros mismos. Sus ideas han calado en nuestro mundo de tantas formas, evidentes y sutiles, que el reconocimiento de su importancia apenas requiere una declaración de lealtad. En particular, su repercusión en Estados Unidos, donde el público en general ha estado educando a sus hijos durante las últimas décadas de acuerdo con los manuales del Dr. Spock, ha sido enorme.

Desde luego, todavía sigue debatiéndose la obra de Freud. Pero, mientras que las críticas de sus teorías están personalizadas y etiquetadas exactamente, la aceptación de las diferentes partes de su sistema está tan difundida, que es casi anónima[1]. Aportó a la ciencia el descubrimiento del significado de los sueños y con ello expuso los mecanismos mediante los que solemos engañarnos a nosotros mismos. Mediante una serie de conceptos sobre nuestra vida inconsciente, como los de transferencia, sexualidad infantil, agresión, defensa, identificación, regresión, y mediante la técnica de la asociación libre, Freud transformó nuestra idea del hombre. Aun

[1] Cf. Hans Herma, Ernst Kris y Joel Shor, "Freud's Theory of the Dream in American Textbooks", *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, Vol. 38, Nº 3 (julio de 1943), pp. 328, 331.

cuando estimemos su significación por sus aspectos más conservadores, cualquiera cuyos errores hayan tardado tanto en corregirse sigue siendo una figura dominante en la historia intelectual.

Pocos se atreverían a negar que el psicoanálisis ha obtenido un éxito enorme en el sentido mundano. En América, los psicoanalistas han estado en la vanguardia de la profesión psiquiátrica, al cobrar los honorarios más altos y atraer a los terapeutas más ambiciosos a su redil. Pero los hombres y mujeres que se han preocupado de la vida interior del psicoanálisis, no simplemente de sus triunfos en el folklore popular y en la psiquiatría médica, han conocido una serie de decepciones. Tantas personas creativas participaron en los inicios del psicoanálisis como movimiento, y sus objetivos eran tan altos, que cierto desencanto era inevitable.

Los psicoanalistas comenzaron con la audaz esperanza de liberarnos de nuestros conflictos mentales. Sin embargo, su historia registra una serie de retiradas en sus pretensiones de eficacia terapéutica. Originalmente, Freud propuso aplicar la psicología profunda a todas las ciencias humanas. Pero en el momento actual la mayoría de los psicoanalistas se contentan con limitar su profesión a una especialidad médica. Mientras que Freud y sus discípulos inmediatos tenían —y hacían concebir— esperanzas radicales, y se consideraban enfrentados a la sociedad convencional, en la actualidad el éxito ha engendrado un grupo diferente de psicoanalistas.

En la antigua Viena los ingresos de los psicoanalistas eran inseguros y su prestigio social mínimo. De hecho, algunos estudiantes de Freud pagaron un precio elevado, desde el punto de vista de sus carreras psiquiátricas, por sus nuevas creencias. Pero tenían un motivo para enorgullecerse: el de haber reconocido con audacia la importancia de las enseñanzas del maestro. Sin embargo, en América, donde viven ahora la mayoría de los psicoanalistas, la profesión psicoanalítica coloca automáticamente a quienes la ejercen económica y socialmente en la clase media alta. No es de extrañar que los partidarios americanos del psicoanálisis hayan tendido a ser conservadores en su pensamiento profesional y hayan carecido de la audacia que inspiró a sus antecesores.

Resulta tentador rememorar aquellos primeros tiempos como una época heroica. Aun descontando la posibilidad de romantizar el pasado, actualmente el psicoanálisis como rama intelectual es incapaz de atraer a personas tan originales y —todo hay que decirlo— tan indisciplinadas como las que se incorporaron a él hace medio siglo. Basta con echar un vistazo a las listas de antiguos miembros de los grupos psicoanalíticos de Viena y Berlín para hacerse una idea de lo grande que debió de ser su importancia[2].

[2] Por ejemplo, a comienzos de la década de 1930 la lista de miembros de la Sociedad de Viena incluía a August Aichhorn, Lou Andreas-Salomé, Edward Bibring, Helene Deutsch, Erik Erikson, Paul Federn, Anna Freud, Heinz Hartmann, Ernst Kris, Herman Nunberg, Wilhelm Reich, Theodor Reik, y Paul Schilder. En torno a 1930 la Sociedad de Berlín contaba con Franz Alexander, Otto Fenichel, Erich Fromm, Frieda Fromm-Reichmann, Georg Groddeck, Karen Horney, Melanie Klein, Sandor Rado, Hanns Sachs, y René Spitz.

Cuando Hitler llegó al poder, los analistas de la Europa continental empezaron a huir en busca de lugares más seguros, y la mayoría de ellos acabaron instalándose en América. Mientras que en Europa habían sido miembros de un movimiento clandestino y se habían visto marginados de la psiquiatría académica y de los cargos universitarios, en América rápidamente alcanzaron posiciones de autoridad psiquiátrica y consideración intelectual.

En Estados Unidos se había preparado bien el camino para la llegada de los analistas europeos; las ideas de Freud ya estaban empezando a ser aceptadas tanto en el pensamiento en general como en el psiquiátrico. La superior habilidad conceptual de los europeos y su experiencia terapéutica especial, combinadas con su profundo sentido de la dedicación a una causa común, los colocaron en la vanguardia de la psiquiatría americana. Dentro del mundo psiquiátrico, era como si Napoleón hubiera enviado a sus mariscales a gobernar en diferentes puestos avanzados a través del país.

Psicoanalistas que en Viena o Berlín habían descollado relativamente poco se convirtieron en directores de los departamentos psiquiátricos de hospitales en América. Autores que habían estado al margen de la comunidad psicoanalítica encontraron un auditorio sensible a su obra. Dentro de los propios centros de aprendizaje psicoanalítico, los europeos se reunieron con los analistas americanos que anteriormente habían ido a Europa a estudiar con ellos. Los psiquiatras americanos que anteriormente habían sido reacios a lanzarse al aprendizaje psicoanalítico en aquel momento estaban deseosos de aprender de aquel pequeño grupo de discípulos de Freud.

El éxito del psicoanálisis en América se debió a muchos factores. Algunos rasgos del carácter americano bien conocidos —el optimismo y la creencia en el individualismo, por ejemplo— debieron de contribuir a la aceptación de una terapia basada en la confianza en que sea posible que las personas se cambien a sí mismas con sus propios esfuerzos. Una cultura centrada en el niño respondió favorablemente a la idea de que las pautas infantiles afectan al comportamiento adulto y a la tendencia a idealizar la espontaneidad propia de los niños frente a las coerciones de la civilización. La riqueza y el ocio americanos, y la falta de una cultura nacional coherente, debieron de favorecer también al psicoanálisis; una sociedad más pobre, o con centros de enseñanza institucionalizados de forma más rígida, se habría mostrado menos receptiva a una influencia nueva como la de Freud. Y en la medida en que América es una nación de inmigrantes, separados de las raíces extranjeras, cada americano debe construir una historia individual para compensar la indeterminación de su pasado colectivo. Por último, los americanos a diferencia de los franceses o de los suizos, carecían de una tradición psiquiátrica propia y floreciente. Y no hace falta decir que las habilidades genuinas de aquellos estudiantes de Freud contribuyeron a asegurar su inmenso éxito.

Puesto que los discípulos de Freud, que contribuyeron a difundir las enseñanzas que iban a modificar la opinión mundial sobre la psicología

humana, tuvieron una repercusión tan profunda en la vida cultural del siglo XX y en la psiquiatría moderna, resulta tanto más interesante intentar entender qué significó para ellos el hecho de haber estado próximos al maestro. Rememorando otros casos históricos de relaciones entre maestro y discípulos, resulta difícil extraer un modelo que sea aplicable a todos. En años recientes Ludwig Wittgenstein tuvo su grupo de discípulos fervientes. Anteriormente, Karl Marx y Jeremy Bentham tuvieron sus círculos de estudiantes; en la antigüedad Platón y Aristóteles estuvieron rodeados de discípulos[3]. Incluso en la vida académica actual vemos que un maestro conocido suele atraerse a un grupo de seguidores. La relación entre maestro y discípulo, las formas como este último aprende y se desarrolla, así como la frustración y la asfixia del talento, no son lo suficientemente conocidas, o no existe el suficiente acuerdo con respecto a ellas, como para proporcionar fórmulas fáciles para entender el caso de Freud y sus discípulos.

Freud fue un maestro estimulante, del tipo de un filósofo griego o un gran rabino. Sus escritos, sus conferencias, y su terapia, sumados al magnetismo de su personalidad, atrajeron y retuvieron a seguidores leales durante su vida y lo siguen haciendo también hoy, más de treinta años después de su muerte. Y, aunque los paralelos históricos con la relación entre Freud y sus estudiantes no pueden ilustrar lo que, a fin de cuentas, fue una experiencia única, lo que sí hacen es recordarnos que el discipulado, parte normal del proceso de aprendizaje, se ha producido repetidas veces en épocas de creatividad.

Evidentemente, la relación de Freud con sus discípulos y su propia experiencia como estudiante fueron importantes para él, pues habló de ellas repetidas veces. En sus artículos y libros sobre el desarrollo del psicoanálisis, Freud contó cómo hizo sus descubrimientos e identificó a los maestros que tuvieron una importancia decisiva para su obra. Y relató una y otra vez la historia de aquellos de sus estudiantes que lo abandonaron, los que demostraron ser aliados y partidarios indignos.

Freud consiguió que su versión de aquellas luchas pasara a los libros de historia antes de que pareciera especialmente importante a los demás. Conocía el poder de la leyenda. Incluso a los pacientes que acudían a él en busca de tratamiento, por no citar a quienes iniciaban el aprendizaje, Freud volvía a relatarles la saga de los orígenes y de las luchas de sus primeras ideas[4]. Si Freud se convirtió en una leyenda viva durante su vida, él mismo había contribuido a crear las historias que surgieron en torno a él.

[3] Refiriéndose a los libros de Freud, Fritz Wittels escribió que "entendíamos plenamente su importancia, y estábamos tan orgullosos de nosotros mismos como los discípulos de Aristóteles antes de que las obras del filósofo hubieran llegado a ser ampliamente conocidas". Fritz Wittels, *Sigmund Freud* (Nueva York: Dodd, Mead; 1924), pp. 130-31.

[4] Por ejemplo, en 1909 habló a un paciente sobre sus derechos a la prioridad en el descubrimiento de los usos de la cocaína. Entrevista con Albert Hirst, 21 de enero de 1966.

Al mismo tiempo, Freud procuró distinguir entre su propia personalidad y la ciencia que había descubierto. Escribió y habló sobre los comienzos de su carrera, no por el mezquino deseo de autoglorificarse, sino para el fin más vasto de establecer la práctica del psicoanálisis en el mundo. Freud estaba convencido con razón de que los conceptos psicoanalíticos debían entenderse en el contexto de su desarrollo histórico. Deseaba que se recordaran los errores de sus discípulos "extraviados", para que no se repitieran sus equivocaciones. Pero el procedimiento de crear mitologías y leyendas puede ser injusto y provocar confusiones. Las dificultades de Freud no eran simplemente científicas, sino también temperamentales. Aunque la presentó como el avance inexorable de la ciencia, la historia de sus ideas estuvo teñida, de hecho, por un componente muy personal.

En un sentido Freud fue franco sobre el origen de sus conceptos en su experiencia personal. *La interpretación de los sueños* es uno de los grandes estudios autobiográficos de la historia de la humanidad; en él utilizó abundantemente su vida interior para intentar construir un sistema psicológico aplicable a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, intentó trazar una divisoria clara entre su obra y su personalidad. El psicoanálisis fue creación suya; sin embargo, quería mantener que sus luchas de los comienzos no formaban parte de su biografía personal, sino de la historia de una nueva ciencia. De modo, que procuró poner límites a la especulación biográfica relativa a él. "Me parece", escribió en una carta en 1923, "que al público no le incumbe mi personalidad, y que no puede aprender nada de una descripción de ella..."[5]. En 1935, cuatro años antes de su muerte, escribió amargamente sobre las intrusiones en su vida personal:

> El público no tiene derecho a enterarse de ningún otro detalle de mis asuntos personales... He sido... más abierto y franco en algunos de mis escritos... de lo que suelen ser quienes describen sus vidas para sus contemporáneos o para la posteridad. Me lo han agradecido muy poco, y por mi experiencia no puedo recomendar a nadie que siga mi ejemplo[6].

Pocos han sido los dominios en que una mente haya cobrado mayor importancia, y menos aún aquellos en que las características personales del

En 1922 Freud dijo a otra paciente, la hermana de un personaje importante del movimiento psicoanalítico, que acababa de ir a verlo un joven que años antes había sido el sujeto de un famoso historial clínico ("El pequeño Hans"). Entrevista con Edoardo Weiss, 25 de junio de 1966. Freud acostumbraba a hacer comentarios sobre fases anteriores de su obra que serían de interés para los estudiantes que estaban formándose con él. Habló a James Strachey de las reacciones de Josef Breuer ante "Anna O". Carta de James Strachey a Ernest Jones, 24 de octubre de 1951 (archivos de Jones). Freud habló durante un análisis de su admiración por James Jackson Putnam. Entrevista con Edith Jackson, 30 de agosto de 1966. Y Freud habló de la demostración por parte de Bernheim de la sugestión posthipnótica durante el análisis de Wortis. Joseph Wortis, *Fragment of an Analysis with Freud* (Nueva York: Charter; 1963), p. 159. Cf. también Smiley Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud* (Nueva York: Hawthorn; 1971), y Roy R. Grinker, "Reminiscences of a Personal Contact with Freud", *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. 10 (1940), p. 852.

[5] "Letter to Fritz Wittels" ["Carta a Fritz Wittels"], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 286.

[6] "An Autobiographical Study" ("Autobiografía"), *Standard Edition*, Vol. 20, p. 73.

fundador hayan desempeñado un papel más decisivo. Por consiguiente, no debería haber extrañado que uno de los discípulos de Freud acometiera la empresa de escribir una biografía oficial de él. Durante algunos años Ernest Jones había estado tratando de conseguir que se le asignara esa misión[7]. La renuencia de la familia de Freud a actuar en contra de la aversión de su padre hacia una biografía acabó por ceder ante la acumulación de estudios no autorizados que hacían retratos que sus discípulos consideraban engañosos[8]. Cualesquiera que fueran las órdenes de Freud con respecto a que no se escribiera una biografía suya, nos enseñó a respetar el pasado a causa del control que puede ejercer sobre el futuro. Las culturas viven gracias a mitos sobre sus historias y Freud entendió la necesidad del hombre de reaccionar ante la experiencia en función de símbolos establecidos. Así, que Jones con la total cooperación de la familia Freud, intentó ejercer el poder de la reconstrucción histórica.

Nadie que estudie la vida de Freud o la historia del psicoanálisis puede dejar de reconocer la enorme realización de Jones, parte de ella a pesar de su mala salud. Sus libros consiguieron presentar una descripción constantemente fascinante de la vida y de las luchas de Freud. El logro de Jones puede ser instructivo para los historiadores en general. Como otros biógrafos oficiales, examinó partes de la correspondencia de Freud que no se harán públicas (por razones de tacto, así como de censura) hasta dentro de varias décadas. Jones llenó la biografía con profusión de detalles valiosos. Fue minucioso hasta el punto de llegar a inhibir a quienes escriban después de él. Un criterio para juzgar la importancia de una biografía puede ser la cantidad de tiempo que se necesita para asimilarla o la cantidad de energía de que hay que hacer acopio para superar sus interpretaciones.

Y, sin embargo, la obra de Jones tenía sus limitaciones. A pesar de lo que su biografía puede hacer pensar al lector, la relación de Jones con Freud fue relativamente lejana. En primer lugar, Jones era un gentil, y Freud podía recelar de los no judíos. (También podía exagerar el valor de su apoyo, lo que constituye el reverso de la misma moneda.) Además, Jones estaba en Londres y, por esa razón, no vivió los acontecimientos de Viena. Sin embargo, estaba próximo a Freud en lo referente a la política del movimiento psicoanalítico. Pero, en general, Jones carecía del talento y la intuición psicológicos de aquellos a quienes Freud amaba profundamente y en quienes tenía puestas sus esperanzas de cara al futuro del psicoanálisis. Entre el grupo de los seis escogidos por Freud en torno a la Primera

7 En textos impresos Jones parece reacio, al dar "las razones por las que, a pesar de todo, acepté la sugerencia de que emprendiera" la tarea biográfica. Pero, por lo menos en una carta a un editor (cuyo contenido Jones no deseaba que se revelara, especialmente a otros analistas) ofrecía anhelantemente sus capacidades para hacer de biógrafo de Freud. Compárese Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmun Freud* (Nueva York: Basic Books; 1953), [trad. esp., *Vida y obra de Sigmund Freud.* Buenos Aires: Editorial Nova] (a partir de aquí citado como *Sigmund Freud;* la paginación difiere en las ediciones americana e inglesa), Vol. I, p. xiii, con la carta de Jones al Sr. Bassett del 1 de octubre de 1946 (archivos de Jones).

8 Carta de Ernest Jones a E. Philp, 13 de septiembre de 1955 (archivos de Jones).

Guerra Mundial para promover la causa del psicoanálisis (Jones, Sandor Ferenczi, Otto Rank, Karl Abraham, Hanns Sachs y Max Eitington), Jones no sobresalía por la originalidad de sus contribuciones psicoanalíticas. Su talento especial estribaba en la popularización de las ideas de Freud y en la colaboración en el movimiento como organización.

La historia se escribe accidentalmente. Jones fue el que más vivió de aquellos seis hombres, y como superviviente dijo la última palabra. Su pluma era incansable, y su capacidad para odiar considerable. Pero su enfoque de la vida de Freud fue demasiado dogmático como para abarcar completamente las complejidades de un hombre como Freud. Como Jones afirmó con cierta razón: "He intentado presentar de la forma más imparcial posible tanto los rasgos fuertes como los débiles de su personalidad, así como los de las personas a las que más trató. Como ha habido muchas críticas a las relación de Freud con otras personas, ése era un tema en que nada que no fuera la verdad y nada más que la verdad, buena o mala, podía justificar mi tarea"[9]. Jones se sintió tentado por la ilusión de que él —o cualquier otro— podía escribir la versión definitiva de la vida de Freud. Mediante la publicación de extensos fragmentos de las cartas de Freud, Jones confiaba en obstruir cualquier intento de publicar la correspondencia íntegra de Freud[10].

Cosa bastante curiosa, la biografía de Jones no es muy compleja psicológicamente. Por ejemplo, a pesar de las pruebas que permiten suponer que, en grados diferentes, todo el mundo carece de perspectivas para la autocomprensión, Jones aceptó de buen grado la descripción hecha por Freud de su infancia y de la relación con sus padres. Y Jones siempre consideró las peleas de Freud con sus estudiantes desde el punto de vista del maestro; entre otras palabras, Jones desestimó la perspectiva de los discípulos que estaban luchando por realizarse. A lo largo de todo su libro, Jones escribio con una serie de tabúes inconscientes. A propósito de la vida de cualquier otro hombre, habría tenido más libertad para usar las penetrantes visiones que Freud nos legó. (¿De qué otro ser humano habría declarado que a la edad de cuarenta y cinco años había llegado a la "madurez completa"[11], cualquiera que sea el significado de esa expresión?)

Jones señaló efectivamente varias tendencias neuróticas en la vida de Freud, muchas de las cuales no se habían conocido antes; actualmente el material sobre Freud comprende prácticamente los datos más penetrantes y precisos que se hayan reunido nunca sobre una persona[12]. Pero cualesquiera que fueran los rasgos neuróticos que Jones encontró, los separó de las

9 "Letter to the Editor", *American Journal of Psychotherapy,* Vol. 10, Nº 1 (enero de 1956), p. 110.

10 Carta de Ernest Jones a Anna Freud, 10 de marzo de 1954 (archivos de Jones).

11 Jones, *Sigmund Freud,* Vol. II (Nueva York: Basic Books; 1955), p. 3.

12 Debo este detalle a Henry A. Murray.

relaciones de Freud con otras personas. Por ejemplo, Jones nunca consideró las flaquezas de Freud tan importantes como los problemas emocionales no resueltos de sus estudiantes. Otros miembros del círculo de Freud compartían las anteojeras de Jones. Necesitaban ver a Freud como el triunfador de los conflictos que podían obstaculizar sus vidas.

Podríamos pensar que los discípulos de Freud han de haber escrito ya virtualmente todo lo que podía decirse sobre los primeros tiempos del psicoanálisis. Y es cierto que se ha publicado un torrente de material sobre la historia del psicoanálisis. Y, sin embargo, relativamente pocos de los estudiantes de Freud escribieron sobre su asociación con él. Al estudiar la historia, conviene recordar quién escribió y quién decidió guardar silencio.

Quienes escribieron sobre Freud generalmente lo hicieron cuando estaban en una posición marginal o relativamente alejados del maestro. Al parecer, la lejanía en el tiempo o en el espacio ayudó, como lo hizo la "defección" con respecto a las filas del psicoanálisis de Freud. Los que guardaron silencio fueron a veces quienes habían permanecido más próximos a Freud. No es de extrañar que les resultara especialmente difícil escribir sobre experiencias vividas y profundamente sentidas. Freud se había convertido hasta tal punto en una parte de sus vidas, y una parte tan sagrada, que el intento de objetivar sobre el papel la relación cargada emocionalmente podría haber excluido la vida de los propios recuerdos.

Otros obstáculos impidieron a sus estudiantes escribir sobre Freud como persona. Hasta cierto punto, la lealtad a Freud significaba respetar el deseo de intimidad de éste. Y, para conservar la estima de sus colegas, los analistas debían ser prudentes a la hora de aprovechar su asociación con Freud. Indudablemente, los discípulos de éste tendrían que suprimir cualquier interpretación que consideraran objetable. Quizás fuera más fundamental el hecho de que los posibles autores se sintieran cohibidos por la comprensión de hasta qué punto tendrían que mostrar sus propias vidas privadas. A lo largo de la historia del psicoanálisis lo científico y lo personal se entremezclan hasta tal punto, que resulta difícil hablar de lo uno sin entrar a comentar lo otro.

Todos los que han escrito sobre Freud desde su muerte, y que ocuparon una posición de importancia en el movimiento psicoanalítico, han debido tener presente a su hija menor, Anna, mientras escribían. Esta examinó los libros de Jones sobre su padre línea por línea; sin su ayuda y cooperación el libro de aquél no habría avanzado. Pero las familias de los grandes hombres con frecuencia han abrigado la esperanza de salirse con la suya en los dos terrenos: su héroe merece su lugar en la historia y, sin embargo, confían plenamente en poder retenerlo dentro de los límites de la familia. Sin embargo, siempre resulta imposible establecer a un hombre en la historia sin comprometer su intimidad.

El propio Freud no se hacía ilusiones con respecto a eso. Cuando Arnold Zweig hizo la sugerencia de convertirse en su biógrafo (lo que entrañaría inevitablemente la reanudación de la discusión sobre algunas de las famosas disputas públicas en la carrera de Freud), provocó la respuesta horrorizada de éste:

> ¡Usted que tiene tantas cosas más atractivas e importantes que hacer, que puede nombrar reyes y reconocer la brutal locura de la humanidad desde la altura de una atalaya! No, lo aprecio demasiado a usted como para permitir algo así. Cualquiera que se convierta en biógrafo se compromete con las mentiras, con el encubrimiento, con la hipocresía, con la adulación, e incluso a ocultar su propia falta de comprensión, pues la verdad biográfica es inalcanzable, y, aunque lo fuera, no puede usarse. La verdad es inasequible, la humanidad no la merece, y, a propósito, ¿acaso no estaba en lo cierto nuestro Príncipe Hamlet, cuando se preguntaba si podría alguien librarse de los azotes, en caso de que recibiera su merecido?[13]

Freud no sólo predijo lo que ocurriría con los estudios biográficos sobre él, sino que, además, entendió hasta qué punto puede ser parcial la historia. Como escribió una vez sobre los comienzos de la conciencia de un grupo,

> Era inevitable que aquella historia primitiva fuera una expresión de las creencias y deseos presentes más que una descripción verdadera del pasado; pues muchas cosas se habían borrado del... recuerdo, mientras que otras se deformaron, y se dió una interpretación errónea de algunos restos del pasado para que se ajustaran a las ideas contemporáneas. Además, el motivo de los hombres para escribir la historia no era la curiosidad objetiva, sino el deseo de influir en sus contemporáneos, de estimularlos e inspirarles, o de colocar un espejo delante de ellos[14].

Al interpretar las relaciones escritas sobre Freud, hay que tener en cuenta la fiabilidad y posición de los testigos, las inhibiciones inconscientes de su pensamiento, así como sus posibles fines partidistas. Además, Anna Freud ha mantenido una postura deliberada (y quizás comprensible) de protección a su padre; su actitud posesiva con respecto a los manuscritos de éste puede ser reflejo de un miedo legítimo a que hubiera quienes se aprovecharan de ellos, así como del deseo de dedicar su tiempo al futuro científico del psicoanálisis. Sin embargo, James Strachey compartía la reverencia de aquélla hacia la memoria de su padre, y, por esa razón, basó su inapreciable edición oficial de las obras de Freud en las versiones publicadas de sus escritos; con pocas excepciones, Strachey no consultó los manuscritos en posesión de Anna Freud[15]. Otros discípulos de su padre sometieron rutinariamente a la consideración de Anna copias de sus manuscritos antes de publicarlos; y algunos artículos sobre Freud no se publicaron para respetar los deseos de su hija[16]. La posición de Anna Freud en

---

13 S. Freud, *Letters* ["Cartas"], ed. Ernest Jones, (Nueva York: Basic Books; 1960) (a partir de aquí citado como *Letters;* la paginación difiere en las ediciones americana e inglesa), p. 430.

14 "Leonardo da Vinci", *Standard Edition*, Vol. II. pp. 83-84.

15 "General Preface", *Standard Edition*, Vol. I, p. xv.

16 Cf. Felix Deutsch, "Reflections on Freud's One Hundredth Birthday", *Psychosomatic*

la psicoterapia moderna, como teórico y como médico clínico, está firmemente reconocida en el momento actual; es, casi con toda seguridad, la principal terapeuta infantil del mundo actual. Y, sin embargo, su generosidad y tacto en lo concerniente a su padre han rayado en la falsedad histórica.

Como las cartas en inglés de Freud a Jones no eran elegantes o perfectamente gramaticales, Anna Freud consideró apropiado corregir los errores más enojosos[17]. Sin embargo, Strachey puso el grito en el cielo en una carta a Jones relativa a la sugerencia de la hija de Freud: si iban a empezar a mejorar las obras del viejo, decía Strachey, en ese caso él también tenía una serie de sugerencias que hacer[18]. No obstante, no hay muchas formas de saber en qué casos sus criterios de corrección se han cobrado su tributo en las cartas de su padre. Por ejemplo, por el bien del movimiento psicoanalítico quedó de acuerdo con Jones en no publicar las observaciones desfavorables de su padre sobre América[19]. Esa clase de manipulaciones hacen que resulte difícil no impugnar la afirmación de Jones de que se propuso decir toda la verdad. Aunque Jones fue capaz de ser extraordinariamente honrado en su biografía, a fin de cuentas no pudo por menos de cooperar en los engaños que el propio Freud había previsto.

Por otro lado, la familia Freud, con Anna a la cabeza, tuvo el valor de fomentar, estando tan reciente la muerte del padre, las publicaciones de que ahora disponemos. Cualquier otra familia de un gran hombre podría haberse mostrado mucho más defensiva contra las intrusiones de los extraños. El propio Freud, por ejemplo, había expresado su deseo de que no se publicara su correspondencia íntima con su amigo Wilhelm Fliess, y, sin embargo, la familia cooperó en su publicación. Pusieron a disposición del autor de la biografía que Freud había desdeñado incluso las cartas de amor de éste a su futura esposa. Pero, si bien contravinieron los deseos de su padre, lo hicieron con la conciencia turbia. Expurgaron las cartas a Fliess; ni siquiera permitieron a Freud hacer bromas con respecto a sí mismo[20]. A lo largo de toda la correspondencia publicada de Freud[21], no siempre queda claro dónde se han hecho cortes; se han hecho supresiones sin indicarlo

Medicine, Vol. 18, Nº 4 (julio-agosto, 1956), p. 279, que se refiere a un artículo sobre la enfermedad de Freud que no se publicó. Una copia de "Reflections on the Tenth Anniversary of Freud's Death", que debía haber aparecido en *The American Imago*, de no haber sido por las objeciones que puso a ello Anna Freud, se encuentra en los archivos de Jones. Carta de Felix Deustch a Ernest Jones, 31 de enero de 1956.

17 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, 8 de abril de 1954 (archivos de Jones).

18 Carta de James Strachey a Ernest Jones, 13 de mayo de 1954 (archivos de Jones).

19 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, 4 de marzo de 1957 (archivos de Jones).

20 Strachey enmendó uno de los retoques en su *Standard Edition*, Vol. I, p. 259. Max Shur emprendió la publicación de otros fragmentos de la correspondencia con Fliess. Cf. *Freud: Living and Dying* (Nueva York: International Universities Press; 1972).

21 En el volumen publicado recientemente de las cartas entre Freud-Jung, la correspondencia de Freud ha aparecido intacta por primera vez.

tipográficamente, y no se puede percibir principio coherente alguno, como podría ser el de la discreción médica[22].

A finales de la década de 1920, Freud colaboró con el embajador William C. Bullit en un libro evidentemente polémico sobre el presidente Woodrow Wilson, y, cuando el manuscrito reapareció por fin en 1965, el primer impulso de la familia Freud fue editar el libro hasta entonces inédito mejorándolo. Cuando Bullit rechazó con razón cualquier clase de alteración del texto, dado que uno de los autores había muerto, los leales seguidores de Freud pensaron que la forma de mostrar su devoción al maestro era disociarlo de su participación en el libro. Freud representaba el ideal de honradez. El psicoanálisis como terapia se basa en la convicción de que la verdad puede liberar a los hombres. Semejante actitud defensiva hacia las obras de Freud demuestra simplemente una falta de confianza en su capacidad para resistir el escrutinio histórico.

* * *

En la medida en que Freud merece ser un héroe para nuestro tiempo, nos hemos visto privados de sus posibilidades plenas como modelo. Tal como Freud se lamentó en cierta ocasión, "gracias a su propia discreción y a la falsedad de sus biógrafos, nos enteramos de pocas cosas íntimas sobre los grandes hombres que son nuestros modelos..."[23] Desgraciadamente, Jones nos presentó una versión tan racionalizada de las luchas de

22 Por ejemplo, Jones incluyó en su biografía de Freud un comentario mordaz de Freud a Arnold Zweig sobre la muerte de Alfred Adler. Aunque ahora se ha publicado el resto de esa carta en la correspondencia Freud-Zweig, ese pasaje se ha expurgado sin indicarlo mediante puntos suspensivos. Compárese Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III (Nueva York: Basic Books; 1957), p. 208, con *The Letters of Sigmund Freud and Arnold Zweig*, ed. Ernst Freud, (Nueva York: Harcourt, Brace y World; 1970) (a partir de aquí citado como *Letters of Freud and Zweig*), pp. 131-33. Cf. Paul Roazen, "Dear Father Freud", *The Nation*, Vol. 210, N.º 20 (25 de mayo de 1970), pp. 631-32.

23 "Introductory Lectures on Psychoanalysis" ["Introducción al Psicoanálisis"], *Standard Edition*, Vol. 16 (a partir de aquí citado como "Introductory Lectures"), p. 260. Al lector pueden interesarle otras reflexiones de Freud sobre nuestro interés por la biografía: "Es... la necesidad de adquirir relaciones efectivas con esos hombres, de sumarlos a los padres y maestros ejemplares que hemos conocido o cuya influencia ya hemos experimentado, con la esperanza de que sus personalidades sean tan excelentes y admirables exactamente como las obras de arte de ellos que poseemos. Aun así, podemos admitir que existe otro motivo que nos impulsa a ello... Es cierto que el biógrafo no quiere destronar a su héroe, pero sí quiere aproximarlo a nosotros. Eso significa... reducir la distancia que lo separa de nosotros: influye en el sentido de una degradación. Y resulta inevitable que, al familiarizarnos con la vida de un gran hombre, nos enteremos también de ocasiones en que no actuó de hecho mejor que nosotros, en que realmente se aproximó más a nosotros como ser humano. No obstante, creo que podemos declarar legítimos los esfuerzos de la biografía". "Address Delivered in the Goethe House at Frankfurt" ["Discurso en la casa de Goethe en Frankfurt"], *Standard Edition*, Vol. 21, pp. 211-12.

Freud, que no hemos visto todas sus profundidades. Y, sin embargo, la minimización de lo que Freud tuvo que superar no hace sino limitar la importancia de sus logros. Y la mitologización de Freud como un hombre en pleno control de todas sus emociones equivale a privarnos de la oportunidad de identificarnos con él como innovador esforzado.

Lo que es sorprendente del uso que se hace de Freud en la psiquiatría contemporánea es el modo como se lo invoca para justificar el *status quo.* Nadie parece deseoso de identificarse con el Freud que prescindió de todo lo que se había dicho y escrito anteriormente, que se atrevió a intentar entender lo que antes se habían considerado como totalmente carente de sentido. Freud escribió y pensó cosas escandalosas. El Freud de la historia, con sus grandes errores y sus grandes victorias intelectuales, es una figura mucho más interesante que el Freud de la leyenda, y no puede prestar servicio a su memoria el hecho de verlo como una persona más insignificante y más de tamaño natural que el genio intrépido que fue.

2. Las averiguaciones sobre Freud como hombre.

Cualquier historiador que pretenda entender a Freud como hombre ha de comenzar por el hecho de que era de edad bastante avanzada —contaba cuarenta y tantos años—, cuando hizo sus grandes descubrimientos. Freud, nacido en 1856, contaba casi cincuenta años, edad que hace medio siglo era mucho más avanzada que hoy, cuando cualquiera de sus discípulos lo conoció. El paciente más antiguo de Freud que entrevisté estuvo en tratamiento con él en 1908, cuando las ideas de Freud ya estaban muy desarrolladas. Hay que basarse en fuentes testimoniales indirectas para inferir cómo era en su período de mayor creatividad.

Es necesario un salto de la imaginación para entender cómo era Freud incluso hace sesenta años. El mundo occidental ha cambiado tanto desde entonces, que la reconstrucción del clima en que Freud trabajó en aquella fecha bastante avanzada de su carrera requiere un esfuerzo especial. Aunque Freud escribió con franqueza sobre el papel desempeñado por la sexualidad en los conflictos mentales, nunca abandonó del todo muchas actitudes victorianas. Cuando uno de sus hijos adolescentes acudió a él con preocupaciones sobre la masturbación, Freud aconsejó al muchacho que no la practicara. La conversación produjo malestar en el muchacho, y, según ha dicho, le impidió tener un contacto tan próximo a su padre como el que había tenido su hermano mayor[24]. Probablemente Freud consideraba la masturbación como un síntoma, como el resultado de conflictos inconscientes, ya que no como un vicio. Y, sin embargo, cuando se veía enfrentado con el mismo problema a mayor distancia, Freud podía parecer liberado de las gazmoñerías convencionales: Según cuentan, dijo que el problema de la masturbación consiste en que hay que saber practicarla bien[25].

[24] Entrevista con Olivier Freud, 22 de abril de 1966.

Indudablemente, Freud era capaz de bromear; su gracia era un reflejo de su disfrute de la vida. Una parte tan grande de su carrera estuvo absorbida por la lucha en favor de la aceptación de sus ideas, que resulta fácil olvidar su notable sentido del humor. Compartía la ironía mordaz de los mejores satíricos vieneses. Por ejemplo, antes de que los nazis le permitieran abandonar Viena en 1938, le pidieron que firmara una declaración en el sentido de que había recibido buen trato. Freud lo hizo, y después añadió la postdata, a la vez desafiante e irónica: "Tengo razones para recomendar de todo corazón la Gestapo a todo el mundo"[26].

A pesar de las reglas técnicas aburridas que sugirió a los demás, la propia práctica de Freud como analista estuvo animada por ilustraciones maravillosamente divertidas. Los ejemplos que usó en su libro *El chiste y su relación con lo inconsciente* dan una idea de ese aspecto de su mente. (Un analista vienés judío, Hanns Sachs, al trasladarse a América y tratar a más pacientes gentiles estaba preocupado por cómo podría seguir analizando sin los cuentos judíos. La solución que encontró fue sustituir al rabino por un pastor en los cuentos: "Bauticé los cuentos"). Los pacientes todavía recuerdan con deleite el modo como Freud podía ilustrar los dilemas humanos mediante anécdotas judías.

Pocos de los allegados a Freud se atrevieron alguna vez a considerarlo objetivamente. Para sus discípulos inmediatos y (en grado decreciente) para las sucesivas generaciones de psicoanalistas, Freud tenía que estar libre de las imperfecciones humanas[27]. En la época en que sus discípulos lo conocieron borraron cualquier clase de señales de neurosis que vieran. Y, aunque la publicación de gran parte de la correspondencia de Freud en años recientes ha hecho que sea más difícil desconocer algunos de sus conflictos internos, como su angustia ante la muerte, la necesidad de creer en una figura que conocía todas las respuestas persiste. Cualquier observador imparcial convendría en que un objetivo central de la investigación sobre la vida de Freud es el determinar hasta qué punto y en qué formas pudieron verse teñidos los preceptos del psicoanálisis por sus propios problemas personales. No obstante, varios entrevistados declararon que realmente creían que ningún aspecto de la psicología de Freud refleja una propensión subjetiva por su parte.

[25] Carta de Edward Hitschmann a Ernest Jones, 26 de marzo de 1954 (archivos de Jones).

[26] Jones, *Sigmund Freud,* Vol. III, p. 226. Cf. carta de Franz Bienenfeld a Ernest Jones, 28 de enero de 1956 (archivos de Jones). Cf. también Martin Freud, *Glory Reflected* (Londres: Angus y Robertson; 1957), p. 217.

[27] Aunque en aquella época los discípulos más leales no habrían soñado nunca con analizar la personalidad del maestro, por dos veces encontré a analistas absolutamente fascinados con un paciente suyo cuya estructura caracteriológica pensaban se parecía a la de Freud, lo que en mi opinión representaba una substitución de su interés por Freud.

Durante su vida, se conoció a Freud en su círculo como el "Profesor". Hoy, más de treinta años después de su muerte, quienes estuvieron próximos a él, incluso algunos de sus parientes, siguen hablando de él y considerándolo como el "Profesor". (Además, la utilización de esa palabra por parte de alguien, significa que mantuvo relaciones estrechas con Freud.) Ningún extraño podría suponer la majestuosa autoridad con que resonaban todas sus palabras. Como lo ha expresado Theodor Reik, "retrospectivamente, palabras que había pronunciado en su vida cotidiana adquirían una significación insospechada; observaciones casuales resonaban posteriormente en nuestras mentes durante años[28]. No hay duda de que Freud cambió la vida de aquellas personas.

En la actualidad, gran parte de aquel respeto ha pasado a mostrarse hacia Anna Freud. Por una serie de accidentes todos los discípulos principales de Freud consiguieron neutralizarse o expulsarse mutuamente. A la larga, su hija más joven se convirtió en su apoyo principal para el futuro del psicoanálisis. Así como Freud fue el "Profesor", con toda la magia y la capacidad para infantilizar que entraña el hecho de ser el dirigente de un movimiento, así también Anna Freud es ahora la "Señorita Freud". Reina en el lugar de él; para algunos, la "Señorita Freud" comunica exactamente el mismo aura que el "Profesor".

Ha habido quienes han reconocido los elementos de un culto en el psicoanálisis. Pero los autores de libros sobre Freud han tenido dificultades para mostrarse simultáneamente a favor y en contra, equilibrando su admiración con la penetración crítica que puede proporcionar la distancia. Quienes han participado en el psicoanálisis pueden haberse visto movidos por los mismos impulsos religiosos que otros canalizan de formas más convencionales, pero los psicoanalistas profesionales han hecho también contribuciones científicas reales.

El hecho de que se pueda ir de la clínica de Anna Freud en Londres a los centros para tratamiento de niños en Nueva York o Cleveland sin tener la más mínima impresión de haber cambiado de lugar —así es de uniforme el enfoque de los niños— constituye un tributo no sólo a la participación emocional de sus discípulos en lo que Anna Freud ofrece, sino también a la comprensión positiva por parte de ésta de los conflictos emocionales de la infancia. Desde el comienzo, el psicoanálisis ha presentado el doble aspecto de deformación subjetiva y descubrimiento objetivo. La realización de Freud ha sido tal, que debemos tener mucho cuidado a la hora de ofrecer formulaciones alternativas.

En la medida en que el tratamiento psicológico puede equipararse con una experiencia educativa, nuestro entendimiento de la terapia aumentará con el estudio de Freud y de sus discípulos. El propio Freud recurrió a analogías educativas para explicar su nueva técnica terapéutica. Como dijo

28 Theodor Reik, *From Thirty Years with Freud* (Nueva York: Farrar y Rineheart; 1940), p. 27.

más de una vez, el análisis "actúa como una segunda educación del adulto, como una corrección a la educación que recibió de niño"[29].

Cuanto más entendemos a Freud como maestro, mejor podemos comprender sus intenciones como terapeuta. Para Freud, los pacientes eran "estudiantes" para quienes el analista era un "guía". El propio proceso analítico era una actividad educativa; el psicoanálisis aspiraba a educar el yo[30]. Indudablemente, algunos pacientes no eran educables y, por tanto, eran menos adecuados para la atención del analista. Freud pensaba que en todos los análisis llegarían momentos decisivos en que el analista tenía que actuar como un modelo para sus pacientes y a veces directamente como un profesor. Pero previno contra la instrucción indiscriminada: "debemos educar al paciente a liberar y realizar su propia naturaleza, no a parecerse a nosotros"[31].

Al investigar el pensamiento psicoanalítico, sería difícil exagerar la importancia de interpretar el carácter de Freud. Entre quienes estuvieron en contacto personal con él se ha producido un proceso preconsciente de criba. Al leer los escritos de Freud o al comentar sus ideas, dan por sentada una separación entre aquello de lo que vale la pena hablar por ser científico y lo que es resultado de las idiosincrasias de Freud. Pero, a medida que va desapareciendo esa primera generación de psicoanalistas, nos resulta todavía más difícil penetrar a través de lo que había de subjetivo en el sistema de Freud, fuera lo que fuese. Su manto ha caído sobre todos los psicoterapeutas posteriores. Consciente o inconscientemente, todos se han identificado en parte con él. Por el bien tanto de los pacientes como de los terapeutas, nuestras mentes deben estar tan libres de ilusión como sea posible.

Podemos dar por sentado sin miedo a equivocarnos que la comprensión de Freud como persona tendrá consecuencias inevitables para la teoría y para la terapia psicoanalíticas. De lo contrario, podría parecer extraño que haya tanto interés en la personalidad de Freud. A fin de cuentas ¿acaso no debe ser independiente una ciencia del carácter de su iniciador? ¿Acaso no es algo engañoso el término "genio" aplicado a un científico? La creación científica, por oposición a la literaria, presupone que un descubrimiento particular acabará por hacerse tarde o temprano: si no lo hace un hombre lo hará otro.

Y, sin embargo, la obra de Freud, que sin lugar a dudas fue en parte una gran realización literaria, estuvo íntimamente relacionada con su propio carácter desde el principio. Decir que su pensamiento fue autorrevela-

29 "Psychoanalysis", *Standard Edition*, Vol. 20, p. 268.

30 "Recommendations to Physicians Practicing Psychoanalisis" ["Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico"], *Standard Edition*, Vol. 12, p. 117. "A Difficulty on the Path of Psychoanalysis" ["Una dificultad del psicoanálisis"], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 143.

31 "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy" ["Los caminos de la terapia psicoanalítica"] *Standard Edition*, Vol. 17, p. 165.

dor y resultado de su autocomprensión no quita mérito a lo que logró; el hecho de que una teoría parta de un origen subjetivo no disminuye necesariamente su validez objetiva. La fuerza de Freud como psicólogo estribó en el uso de su autoconocimiento en sus escritos; escribió con sentimiento, en pro de la ciencia impersonal, sobre algunas de sus experiencias más íntimas. Como en el caso de otros grandes escritores, la riqueza de su yo le permitió recrear una versión de la experiencia humana a partir de su autobiografía. Si hubiera sido cualquier otro hombre, nunca habría podido hacer los descubrimientos que hizo.

Una vez concedido que la obra de Freud fue por lo menos en parte autobiográfica, la investigación sobre la historia del psicoanálisis requiere un enfoque especial. Hemos de reconocer, por ejemplo, el papel que la historia personal de Freud desempeñó en el desarrollo del análisis, mientras vivió. Sin embargo, a veces Freud se esforzó extraordinariamente para separar su personalidad de lo que descubrió. En una anécdota reveladora, uno de sus estudiantes hizo a Freud la observación en la década de 1930 de que era un gran hombre. "No soy un gran hombre", respondió Freud, "hice un gran descubrimiento"[32]. No era falsa modestia por parte de Freud. El mismo distanciamiento le había permitido convertir su propia vida en la matriz de su psicología. Desde luego, Freud trabajó con sus pacientes; fueron los problemas de éstos lo que se propuso entender y aliviar. Ahora bien, a través de sus pacientes pudo conocerse más a fondo a sí mismo. Al objetivar partes de sí mismo a través de sus esfuerzos terapéuticos en favor de los demás, pudo vencer parte de su propia resistencia interior al autoconocimiento.

Freud tuvo que insistir en la distinción entre su personalidad y su obra; no quería que se le considerara primordialmente como una figura literaria. De lo contrario, su ciencia podría no sobrevivir a su muerte. Y, por esa razón, como hemos visto, creía que las biografías de él eran innecesarias. Quería demostrar que su personalidad no tenía nada que ver con el psicoanálisis como ciencia. En una conferencia que pronunció en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1936, con ocasión del octogésimo aniversario de Freud, Anna Freud llevó un mensaje de su padre: que sus estudiantes no debían identificar el análisis con él, sino que debían considerarlo como un *corpus* independiente de conocimientos[33].

El miedo de Freud a que el psicoanálisis pareciera demasiado íntimamente asociado con su propia vida ha demostrado ser realista, y sus propias relaciones de la fundación del psicoanálisis han sido responsables en parte de que así fuera. Todavía existe un interés enorme por la vida de Freud, aunque todavía no se haya usado sistemáticamente el material biográfico para aclarar su sistema psicológico. A medida que las obras de un

32 Citado en Rudolf M. Loewenstein, *Freud: Man and Scientist* (Nueva York: International Universities Press; 1951), p. 17.

33 Entrevista con Edward Kronold, 19 de septiembre de 1966.

pensador ganan en importancia, tenemos tendencia a considerarlas como una persona y no simplemente como una colección de volúmenes. Hablamos de Platón y de Aristóteles, así como de pensadores menos importantes, cuando nuestra intención es referirnos a sus escritos. Por difícil que pueda ser descubrir la personalidad de Freud en su obra, siempre sentimos en ella el sello distintivo de su mente. Precisamente porque su sistema fue tan intensamente personal, y al mismo tiempo de tanta importancia para los demás, fue capaz de atraer a tantos seguidores.

Todo eso era enojoso para sus discípulos; era posible sentirse seducido por la inmortalidad de los descubrimientos de Freud y, sin embargo, enajenado por la falibilidad del hombre. Para una primera generación de analistas Freud *significó* el psicoanálisis, y resultaba imposible concebir éste independientemente de aquél y viceversa. Reñir con Freud era dejar de ser un analista, y aquello era una cuestión de definición más que de cómo se practicaba la terapia. A él le resultaba muy fácil pensar que un desacuerdo personal representaba una diferencia científica, y que una disputa científica constituía una deslealtad personal. Podía ser tan difícil para Freud como para sus discípulos distinguir nítidamente la ciencia del hombre.

La fuerza de Freud como escritor y como psicólogo estribó en su capacidad de llegar a partir de un alma a los corazones de todos los hombres. Examínate a tí mismo, decía Freud, mira en tus profundidades, y comprueba si lo que es cierto en mi caso lo es también en el tuyo. Y la forma como el mundo respondió a Freud fue tan personal como la invocación de éste. Un psiquiatra al que entrevisté dijo haber conocido a Freud a principios de la década de 1920; quería decir que había sido entonces cuando había leído por primera vez un libro suyo. (Aquello resultaba particularmente sorprendente, ya que no había conocido a Freud realmente hasta 1936.) De forma semejante, algunas personas hablaron de enemigos de Freud y habitualmente se referían a individuos que disentían de él científicamente, no a enemigos personales. Para sus discípulos Freud podía tener el significado personal más intenso; llegaron a recordar fechas de su vida mejor que la mayoría de los hijos con respecto a sus padres.

Y, sin embargo, a la larga el psicoanálisis llegó a ser efectivamente algo diferente de Freud personalmente. A medida que se extendió el movimiento, se introdujeron cambios en el pensamiento psicoanalítico que habrían sido totalmente extraños para el propio Freud. Trabajando con el método que él les transmitió, investigadores posteriores revisaron algunas de sus posiciones más apreciadas. Una preocupación exagerada por el punto de vista personal y los prejuicios de Freud podría impedirnos ver las posibilidades de revisión inherentes a sus ideas.

Capítulo 2

EL AMBIENTE Y EL CARACTER

1. Toda la obstinación y todas las pasiones.

Muchas veces he sentido como si hubiera heredado toda la obstinación y todas las pasiones con que nuestros antepasados defendieron su Templo y podría sacrificar con gusto mi vida por un gran momento de la historia.

En reflexiones autobiográficas y con autoinspección disciplinada, Freud prestó más atención a su pasado que la mayoría de las figuras que estimulan la imaginación de los historiadores. Ese hecho, junto con su insistencia en la importancia fundamental de los primeros años de la vida para todo el desarrollo posterior de la personalidad, sugiere por lo menos como mínimo un punto de partida para abordar la propia biografía de Freud. Y, sin embargo, sigue existiendo el misterio del talento, y nunca es fácil distinguir el hecho biográfico de la ficción esmerada. A lo largo de la vida entera de un hombre, lo mítico puede volverse histórico con mucha frecuencia.

Freud nació en 1856 de padres judíos que eran miembros de una minúscula minoría religiosa en Freiberg, Moravia, que entonces era una sección abrumadoramente católica del Imperio Austro-Húngaro y ahora forma parte de Checoslovaquia. Parece apropiado, o por lo menos no incongruente, que un judío fundara el psicoanálisis. Una minoría sufrida está en perfectas condiciones para entender la situación de desarraigados

como los neuróticos, y su posición social marginal animó a los judíos a correr los riesgos iniciales que entrañaba la entrada en la nueva profesión del análisis. En años posteriores, un porcentaje desproporcionadamente amplio de los miembros del movimiento psicoanalítico fueron judíos. Los judíos parecen haber tenido una afinidad especial con la psicología de Freud. Es imposible exagerar la importancia de la naturaleza judía de Freud, ya que fue el elemento concreto más importante de su ambiente[1].

En sus años de madurez Freud declaró abiertamente su ateísmo, si bien siguió siendo sensible a su identidad de judío y con frecuencia afirmó la importancia que tenía para él. Nunca perdió el interés por la psicología de las creencias religiosas; junto con otros escritos, Freud dedicó tres libros (*Tótem y tabú* en 1913, *El futuro de una ilusión* en 1927, y *Moisés y el monoteísmo* en 1938) a la elucidación de las emociones religiosas[2]. Habitualmente, recalcó el componente infantil que se esconde en la religión, al afirmar que los hombres necesitan la fe en Dios y las prácticas ceremoniales como un sostén para el desvalimiento humano. Freud consideraba la religión como una compensación ilusoria de las debilidades infantiles que nunca llegaban a superarse con el tiempo. Sabía que la religión podía mitigar los sentimientos de culpabilidad, especialmente los conectados con los impulsos agresivos, y podía proporcionar un medio para afrontar el problema de la muerte. Pero a Freud le parecía ésa una forma neurótica de tratar los conflictos humanos inevitables. Su audaz denuncia de la religión era una expresión de sus firmes esperanzas en favor de la humanidad. No había duda de que los hombres podían vivir mejor que en el pasado, con tal de que renunciaran a la superstición, la ignorancia y la neurosis.

La comprensión de la motivación religiosa por parte de Freud no carecía de insuficiencias; los aspectos del miedo y de la defensa en la creencia religiosa destacaban en su mentalidad mucho más que el del amor. No obstante, Freud se vio obligado a enfrentarse al influyente papel desempeñado por la religión en la historia anterior y a las consecuencias problemáticas para la vida occidental del hundimiento de las normas de comportamiento aceptadas anteriormente. A pesar de su escepticismo, con los pacientes individuales en tratamiento Freud pensaba que la religión podría servir como una resolución constructiva de los conflictos internos. A veces lamentó incluso la incapacidad cada vez mayor de los hombres modernos para creer en Dios; pensaba que eso era una causa de la extendida angustia mental.

Sin embargo, la obra de Freud representó un desafío al pensamiento religioso tradicional. Consideró explícitamente el psicoanálisis como un modo científico (y opuesto) de enfrentarse a problemas con respecto a los

[1] Cf. Ernest Simon, "Sigmund Freud, the Jew", *Yearbook II*, ed. Robert Weltsch (Londres; Leo Baeck Institute; 1957), pp. 270-305. Cf. también Karl Menninger, "The Genius of the Jew in Psychiatry", *A Psychiatrist's World* (Nueva York: Viking; 1959), pp. 415-24.

[2] Cf. Roazen, Freud: *Political and Social Thought*, Cap. 3.

cuales la religión había usado anteriormente la magia. Como judío que era, Freud mantuvo alguna distancia con respecto a los valores cristianos convencionales. En *El malestar en la cultura*, por ejemplo, escogió la máxima "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" para mostrar que no era realista ni deseable psicológicamente; Freud era opuesto a negar la inevitabilidad del egocentrismo y la legitimidad de la agresión[3].

Freud reprochó a la cultura gentil algunos de los obstáculos que habían encontrado sus ideas. A la acusación de que sus ideas estaban estrechamente limitadas a una cultura y que la sexualidad vienesa no podía encontrarse en ningún otro sitio, Freud dijo que "entre líneas puede leerse que los vieneses no sólo somos puercos, sino también judíos"[4]. Al comienzo de su carrera psicoanalítica, Freud fue ridiculizado a veces por sus ideas, y aquello hizo que considerara confirmada su sospecha con respecto a la cultura cristiana. Como escribió a un compatriota judío, Karl Abraham, cuando estaba intentando moderar un conflicto entre sus partidarios leales y los analistas suizos (y gentiles), incluido Carl G. Jung:

> Abrigo la sospecha que el antisemitismo contenido de los suizos que hace una excepción conmigo se desvía con mayor fuerza hacia vosotros. Pero creo que nosotros, los judíos, si deseamos participar, debemos desarrollar un poco de masoquismo, estar dispuestos a sufrir algún agravio. En caso contrario, no habrá forma de llevarse bien. Puede usted estar seguro de que, si mi nombre fuera Oberhuber, a pesar de todo mis innovaciones habrían encontrado mucha menos resistencia[5].

Fuera cual fuese su tendencia a exagerar la oposición, el antisemitismo, aunque no en la variedad sanguinaria, desempeñó un papel real en toda la vida de Freud. Uno de sus recuerdos íntimos era la descripción hecha por su padre de su reacción pasiva, cuando en cierta ocasión le insultaron en la calle:

> Yo podía tener diez o doce años, cuando mi padre empezó a llevarme con él en sus paseos y a revelarme con su charla sus opiniones sobre las cosas del mundo en que vivimos. Así fue como, en una de aquellas ocasiones, me contó una historia para mostrar cuánto mejor era la situación entonces de lo que lo había sido en su época. "Cuando era joven", dijo, "salí de paseo un sábado por las calles de tu ciudad natal; iba bien vestido, y llevaba una gorra de piel nueva en la cabeza. Un cristiano se me acercó y de un solo golpe tiró mi gorra al barro y gritó: '¡Judío, sal de la acera!' " "¿Y qué hiciste tú?", pregunté. "Salí a la calzada y recogí la gorra", respondió tan tranquilo. Aquello me pareció una conducta nada heroica por parte del hombre alto y fuerte que tenía cogida la mano del niño. Comparé aquella situación con otra que se ajustaba mejor a mis sentimientos: la escena en que el padre de Aníbal... hizo jurar al niño ante el altar familiar que se cobraría venganza sobre los romanos. A partir de entonces Aníbal... ha ocupado siempre un lugar en mis fantasías[6].

3 "Civilization and Its Discontents" ["El malestar en la cultura"], *Standard Edition*, Vol. 21, p. 109.

4 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 116.

5 *A Psychoanalitic Dialogue: Letters of Sigmund Freud and Karl Abraham*, ed. Hilda Abraham y Ernst Freud, (Nueva York: Basic Books; 1965) (a partir de aquí citado como *Letters of Freud and Abraham*), p. 46.

6 "The Interpretation of Dreams" ["La interpretación de los sueños], *Standard Edition*, Vol. 4, p. 197.

La reacción de su padre ante el insulto que recibió un *sabat* decepcionó profundamente a Freud y, cuando creció, no heredó en absoluto aquella pasividad ante la opresión social. Su hijo Martin citó un incidente en que Freud arremetió con valor contra una multitud hostil que había estado lanzando insultos antisemitas, actitud curiosamente inversa a la de su padre[7]. Freud siguió siendo susceptible al antisemitismo y cauteloso en relación con todos los gentiles. Estaba convencido de que en el fondo no había ninguno que no fuera antisemita[8].

En sus escritos Freud no prestó demasiada atención a la emoción de la vergüenza, a pesar de que trató por extenso el problema de la culpabilidad; pensaba que la vergüenza era un rasgo específicamente femenino. No obstante, resulta fácil creer que hizo suya en parte la poca valoración que la sociedad había dado al hecho de ser judío. Ser judío significaba, entre otras cosas, ser pasivo, incapaz de heroicidades, débil, y esas características no podían formar parte de un sentido adulto del yo con el que Freud se hubiera encontrado a gusto. En 1935 un chiste cruel hablaba de que los judíos de Berlín estaban desfilando con carteles que decían: "Expulsadnos". Freud interpretó erróneamente aquel brutal ejemplo de autoironía judía —dirigido a los judíos que aceptaban todo lo que los nazis les ordenaban hacer— como si fuera un hecho real, y se mostró profundamente indignado ante lo que consideró autohumillación y falta de dignidad judías[9].

La psicología de Freud tiene muy poco en cuenta el carácter nacional; para él, cualquier diferencia entre los pueblos tenía connotaciones racistas. A pesar de haberse criado en una religión que acentuaba sus diferencias con las demás, a Freud le costaba trabajo apreciar la obra de quienes, como los antropólogos culturales, no necesitan insistir en las uniformidades psicológicas[10]. (Karl Marx fue otro judío que subestimó la fuerza del nacionalismo en el mundo moderno.)

Al mismo tiempo, Freud siempre estaba dispuesto a afirmar su carácter judío, aunque no practicaba el judaísmo y su lealtad hacia él tenía a veces carácter voluntarista. Aparte de su gusto por los chistes judíos, Freud atribuía su intransigencia —su capacidad para alejarse de las opiniones comúnmente sostenidas, a medida que seguía independientemente el camino de sus ideas— a un orgullo y un distanciamiento derivados de su

7 Martin Freud, *Glory Reflected*, pp. 70-71.

8 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 163, 44; Vol. III, p. 185.

9 *Ibid.*, Vol. III. p. 198. Los pasajes relativos a este incidente se han suprimido sin indicación tipográfica en la edición publicada de la correspondencia de Freud, Cf. *Letters of Freud and Zweig*, pp. 107-08.

10 Geofrey Gorer, en *Psychoanalysis Observed*, ed. Charles Rycroft (Londres: Constable; 1966), p. 41.

carácter judío. Como declaró en un discurso a su capítulo de B'nai B'rith: "Por ser judío, me he visto libre de muchos prejuicios que impedían a otros el uso pleno de su intelecto; y, como judío, he estado dispuesto a incorporarme a la Oposición y a prescindir de la conformidad con la 'mayoría compacta'"[11].

Por entonces en la Europa central la organización judía B'nai B'rith era un grupo minoritario, cuyos miembros ocupaban una posición social bastante elevada. Freud asistía regularmente a sus reuniones e incluso hizo algunas disertaciones psicoanalíticas ante el grupo. "Fuisteis mi primer auditorio", les recordó en el mismo discurso de 1926. Perteneció a la organización por la razón específica de que era judía, y aquella participación representaba una declaración de su compromiso constante con el judaísmo.

La vida de Freud siguió algunas pautas judías tradicionales. Se convirtió en el jefe oficial de su familia: hijos, parientes políticos, tías, tíos, sobrinas, sobrinos y primos estaban muy unidos. La familia de Freud tenía mucha importancia para él, y siempre estaba dispuesto a ofrecer su dinero o sus consejos a sus miembros. (El movimiento psicoanalítico fue una extensión de la familia de Freud, y éste rigió aquella profesión nueva en forma muy parecida.) Puede ser significativo que ninguno de sus hijos se convirtiera ni casara con gentiles, y su hijo Ernst fue sionista. No obstante, a pesar de las opiniones de su esposa sobre la cuestión, Freud no creía en la observancia de las prácticas judías tradicionales. No celebraba una fiesta como la de la Pascua judía, aunque los padres de Freud solían hacerlo. (Su madre "no hablaba alto alemán, sino yiddish de Galitzia"[12].)

También políticamente Freud se alineaba con los judíos y se alejaba de las actitudes típicas de sus conciudadanos. Es cierto que al comienzo de la Primera Guerra Mundial por algún tiempo Freud adoptó la actitud patriotera de apoyar a Alemania y a las potencias centrales; el 26 de julio de 1914, escribió que "por primera vez en treinta años me siento austríaco y deseo dar otra oportunidad a este Imperio no muy esperanzado"[13]. Para un vienés, Inglaterra y Francia eran cómplices del zar, y los austríacos, más libres que los rusos, despreciaban a éstos por considerarlos bárbaros. Y, sin embargo, cuando posteriormente Freud preguntó a uno de sus discípulos italianos, que estaba entonces en el ejército austro-húngaro, qué pensaba de la guerra en conjunto, el hombre, en su respuesta, se desentendió del conflicto: "Oh, Profesor", se excuso, "ya sabe usted que soy

11 "Address to the Society of B'nai B'rith" ["Discurso a los miembros de la Sociedad B'nai B'rith"], *Standard Edition*, Vol. 20, p. 274. También en Marx puede oírse la voz de "un miembro de una raza humillada durante mucho tiempo"; "la opresión secular de un pueblo de parias... es lo que parece hablar por su boca". Sir Isaiah Berlin, "Benjamin Disraeli, Karl Marx and the Search for Identity", *Midstream* (agosto-septiembre de 1970), p. 46.

12 Freeman, *Insights*, p. 80.

13 *Letters of Freud and Abraham*, p. 186.

judío". A Freud le agradó aquella respuesta, pues también él se sentía algo alejado de las potencias militares contendientes[14].

Un incidente con connotaciones religiosas de la primera infancia de Freud le pareció posteriormente de la mayor importancia. Cuando era un niño, antes de que lo llevaran a Viena, se hacía cargo de él una niñera católica que le impresionó profundamente. Era "fea, vieja, pero lista", le proporcionaba "los medios para vivir y sobrevivir", y, según él escribió, le hizo concebir "muy buena opinión sobre mis propias capacidades". Le llevaba regularmente a los oficios religiosos y le enseñaba cosas sobre el catolicismo, y de ella aprendió el significado del cielo y del infierno. Posteriormente su madre recordó los discursos que pronunciaba ante su familia sobre el modo como "Dios administraba Sus asuntos"[15].

Cuando Freud tenía dos años y medio despidieron bruscamente a aquella niñera, a pesar del gran afecto que sentía por ella, porque la habían cogido robando a la familia. Le había obligado a entregarle las pequeñas cantidades de dinero que había recibido como regalos, y le "animaba a robar dinero para ella"[16]. Uno de los hermanos mayores de Freud, Philipp, denunció ante la policía a la niñera, y ésta tuvo que cumplir una condena de diez meses. Podría ser perfectamente que el niño no hubiera dejado de quererla, independientemente de lo que le dijeran después de que la expulsasen. Aquel pudo haber sido el primero de sus —como el mismo Freud escribió posteriormente— repetidos desengaños con las personas; durante sus luchas en defensa del psicoanálisis sufrió muchas sensaciones de deserción. ¿O se había sentido decepcionado Freud antes incluso, al descubrir que el Dios de su niñera no era el mismo que el Dios judío? La cuestión del robo, transmutada al nivel de una preocupación por las prioridades científicas y la acusación de plagio, desempeñó un papel importante en las posteriores relaciones científicas de Freud.

La familia de Freud abandonó Freiberg camino de Leipzig, Sajonia, en octubre de 1859, y unos meses después se trasladó a Viena. Las razones de aquellos cambios no están del todo claras. Si bien la familia había sido en un tiempo próspera, cambios económicos a largo plazo, además de un

14 Entrevista con Edoardo Weiss, 8 de mayo de 1965. Estando en París en 1886, Freud contó una conversación sobre política en la que alguien predijo una "guerra de la mayor ferocidad" entre Francia y Alemania. En aquella época Freud escribió: "Me apresuré a explicar que yo era judío, por lo que no era partidario ni de Alemania ni de Austria". "Pero", añadía, "esa clase de conversaciones son siempre muy violentas para mí, pues siento agitarse en mi interior algo alemán que hace mucho tiempo decidí reprimir". *Letters*, p. 203. En otro lugar Freud se refirió a "una fase de nacionalismo alemán por la que pasé en mi juventud, pero después la superé". *The Interpretation of Dreams* [La interpretación de los sueños], Vol. 4, p. 2 323.

15 S. Freud, *The Origins of Psychoanalysis* [*Los orígenes del psicoanálisis*], ed. Marie Bonaparte, (Londres: Imago; 1954) (a partir de aquí citado como *The Origins of Psychoanalisis*), pp. 219-21.

16 Schur, *Freud*, p. 120.

grave revés financiero (los hermanos mayores de Freud, Emanuel y Philipp, habían hecho inversiones equivocadas en granjas sudafricanas dedicadas a la producción de plumas de avestruz[17]) acabaron por arruinar a Jakob, padre de Freud, que era comerciante en lana. En años posteriores Freud sintió la tentación de rememorar aquel período de Freiberg como un idilio pastoril de seguridad económica y emocional.

Con tres hombres en edad militar en la familia, puede ser también que los Freud estuvieran intentando eludir la prestación del servicio militar con aquellos traslados. La familia abandonó el territorio austro-húngaro camino de Leipzig después del estallido de la guerra entre Austria e Italia, y regresó a Austria (Viena) después de que se declaró la paz. Posteriormente, los dos hermanos de Freud se establecieron en Inglaterra. En aquella época, el servicio militar era una gran penalidad para los judíos; la vida militar no sólo significaba un trato especialmente severo por parte de los oficiales, sino que, además, impedía vivir de acuerdo con las costumbres judías tradicionales[18].

* * *

A pesar de las privaciones económicas relativamente severas que la familia de Freud iba a padecer entonces, Viena estaba en su apogeo cultural. Desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, la ciudad experimentó un renacimiento cultural; hubo realizaciones memorables en música, filosofía, literatura, matemáticas y economía. En aquel fermento intelectual general, la búsqueda de las realidades ocultadas por la fachada de un imperio en decadencia, los judíos educados y emancipados estaban en una posición ideal para percibir la hipocresía, pues tenían poco que ganar de la aceptación de la opinión oficial[19].

La minoría intelectual de Viena era notablemente cosmopolita. Como Freud, muchos de los que pasaron a ser representantes destacados de la cultura de la antigua Viena no habían nacido en la ciudad. Como centro del extenso y antiguo Imperio Habsburgo, Viena era un imán que atraía a los talentos con aspiraciones. El fuerte conflicto cultural entre el este y el oeste que tenía su vórtice en Viena, la sensación de que la cultura liberal estaba a punto de quedar destruida, y el uso de la ironía para penetrar a través del velo de la estructura de las creencias formales, se reflejaron en todo el pensamiento posterior de Freud. Gran parte de su sensación de fatalidad, de que la civilización se había agotado, puede encontrarse también en otros escritores del período.

17 Entrevista con Edward Bernays, 28 de noviembre de 1965.
18 Carta de Leslie Adams a Ernest Jones, 29 de noviembre de 1953 (archivos de Jones).
19 Cf. Roazen, *Freud: Political and Social Thought*, pp. 257-68.

Históricamente, los judíos se habían visto expulsados de Viena en tres ocasiones. Sin embargo, con el industrialismo del siglo XIX los judíos regresaron, y en las décadas de 1850, 1860 y 1870 se elevaron a una posición prominente. Los judíos, que constituían aproximadamente el 10 por ciento de los dos millones, más o menos, de vieneses, llegaron a controlar gran parte de la banca, así como casi todos los periódicos. Después de superar la discriminación religiosa, recibieron también muchos cargos académicos en la Universidad de Viena, y llenaban las filas de doctores y abogados. A medida que pasaba el tiempo y los judíos prosperaban, el antisemitismo se agravó, en parte a causa de sus éxitos evidentes. El anciano emperador, Francisco José, detestaba el antisemitismo: Karl Lueger (uno de los héroes de Hitler) resultó elegido por tres veces en 1895-96, pero el emperador se negó a confirmar su elección. En honor de la postura del emperador en aquella época, Freud se lanzó a fumar con exceso, adición que estaba intentando vencer entonces. Hasta que no se vió acometido en las calles a los gritos de "Emperador de los judíos", no capituló Francisco José, en 1897, y confirmó a Lueger en su cargo.

Bajo las circunstancias restrictivas en que se crió Freud, los judíos inevitablemente encontraban dificultades especiales para controlar su agresividad. Freud sentía una poderosa necesidad de independencia, y sus realizaciones posteriores se debieron tanto a su valor como a su beligerancia. A Freud "le gustaba la lucha, y era un revolucionario nato... Le gustaba desempeñar el papel de abogado del diablo"[20]. Freud recogió poca de la cortés insinceridad vienesa; sus modales eran más que nada rudos y bruscos, aunque, igual que los demás, fuera capaz, especialmente por el bien de su causa, de mostrarse encantador e incluso hipócrita. Una carta a su futura esposa describe la naturaleza de las aspiraciones de Freud en el contexto de su especial educación. Cuenta que uno de sus maestros más queridos (Josef Breuer)

> descubrió que, escondido bajo la superficie de la timidez, había en mí un ser humano extraordinariamente audaz e intrépido. Yo siempre lo había creído así, pero no me había atrevido a decírselo a nadie. Con frecuencia he sentido como si hubiera heredado toda la obstinación y todas las pasiones con que nuestros antepasados defendieron su Templo y podría sacrificar con gusto mi vida por un gran momento de la historia[21].

A lo largo de la vida de Freud pueden encontrarse muchas pruebas de su profundo impulso a convertirse en un luchador vigoroso. Cuando contaba poco más de cuarenta años, tuvo un sueño que le recordó profecías anteriores sobre él. "Cuando nací, una vieja campesina había profetizado a mi orgullosa madre que con su primer hijo había traído al mundo a un gran hombre". "¿Podría haber sido eso", se preguntaba Freud, "el

20 Wittels, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 348.
21 *Letters*, p. 202.

origen de mi sed de grandeza?''[22] Cuando era un niño de once o doce años, un poeta en un parque había predicho que, cuando se hiciera mayor, llegaría a ser ministro. (Entonces había algunos ministros judíos.) Esa clase de predicciones sobre un niño no son inhabituales; sin embargo, es sorprendente que después de tantos años todavía aparecieran en los sueños de Freud.

Por la época de *La interpretación de los sueños* (1900), Freud confesó, en un momento de extravagancia, que no era ''en realidad un hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador, ni un pensador. No soy sino un *conquistador** por temperamento —un aventurero, si hemos de traducir la palabra— con la curiosidad, la audacia y la tenacidad propias de esa clase de ser''[23]. Cuando los nazis expulsaron, por fin, de Viena a Freud en 1938, tenía ochenta y dos años de edad y estaba débil y enfermo, y, sin embargo, durante el viaje nocturno de París a Londres soñó con que estaba desembarcando en Pevensey. Como explicó Freud a uno de sus hijos, Pevensey era el lugar donde Guillermo el Conquistador había desembarcado en 1066[24].

Aníbal y Napoleón fueron dos de los héroes constantes de Freud, y eran importantes para él en el contexto de su origen y ambiente judíos. Aníbal fue un semita que odiaba a Roma y casi la destruyó. Freud tenía sentimientos ambiguos con respecto a Roma, y durante años fue reacio a visitar la sede del catolicismo. Ahora bien, una vez que lo hizo, volvió una y otra vez con inmenso placer.

Napoleón, quien, como Aníbal, había atravesado los Alpes, respondía también al ideal marcial de Freud. Cuando era niño, Freud pegaba etiquetas en las espaldas de sus soldados de juguete con los nombres de los mariscales de Napoleón; el favorito de Freud era Masséna, de quien se pensaba entonces que tenía orígenes judíos. El Freud maduro tomó como modelo conscientemente para sus sentencias las de Napoleón. ''Podríamos decir aquí'', observó Freud una vez sobre la sexualidad, ''modificando una conocida frase de Napoleón: 'La anatomía es el destino' ''[25]. Más de una vez Freud se refirió al ''gran Napoleón'' ''quien, por cierto'', como él propio Freud, ''nunca tenía el más mínimo problema para dormir...''[26]. Freud explicó a un paciente que se necesitaban tres cosas para triunfar en un análisis: la primera era valor, la segunda era valor y la tercera era valor. (Freud creía que Napoleón había dicho que tres cosas eran necesarias

* En castellano en el original.

22 *The Interpretation of Dreams* Vol. 4, p. 192.

23 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 348.

24 *Ibid.*, Vol. III, p. 228.

25 ''On the Universal Tendency to Debasement in the Sphere of Love'' [*Sobre una degradación general de la vida erótica*], *Standard Edition*, Vol. II, p. 189.

26 *The Interpretation of Dreams*, Vol. 4, p. 233; Vol. 5, p. 554. ''Psychoanalitic Notes on an Autobiographical Account of a Case of Paranoia (Dementia Paranoides)'' [''Observaciones sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) autobiográficamente descrito''], *Standard Edition*, Vol. 12, p. 58.

para hacer una guerra: dinero, dinero y dinero[27]; Danton había pensado que era una cuestión de audacia, audacia y audacia.) Freud escribió, refiriéndose a un viaje a la Acrópolis con su hermano menor, que le había recordado un comentario de Napoleón a un hermano suyo, probablemente (según suponía Freud) José, cuyo tocayo bíblico era un intérprete de sueños: ''Así también, si se me permite la comparación... de un acontecimiento insignificante con otro más grandioso, Napoleón, durante su coronación como Emperador en Notre-Dame... observó: '¿Qué habría dicho *Monsieur notre Père* ante esto, si hubiera podido estar aquí hoy?' ''[28].

Napoleón podría parecer un héroe extraño para alguien que llevó una vida tan sedentaria como Freud. E, indudablemente, para algunos el nombre de Napoleón es sinónimo de autocracia. Pero para Freud —como para muchos otros— Napoleón era el hijo de la Revolución Francesa, el libertador de los judíos, y el modelo del hombre que triunfa gracias a su propio esfuerzo. (Otro héroe de Freud era Cromwell, quien, además de abogar por el parlamentarismo y las libertades británicas, había permitido a los judíos regresar a Inglaterra. Freud dio su nombre, Oliver, a uno de sus hijos.) Napoleón había obligado al emperador austríaco a entregarle su hija en matrimonio, y para alguien como Freud cualquier humillación a los Habsburgo constituía un dato a favor de Napoleón. En aquella época un vienés culto se habría sentido profundamente insultado si le hubieran llamado patriota, pues el patriotismo suponía hipocresía, servilismo hacia una monarquía corrompida y ceguera ante los males. La forma de gobierno austríaca era un absolutismo mitigado únicamente por la ineficacia y la negligencia.

Freud decidió llevar a cabo su lucha en el mundo del intelecto. Obtener un gran logro intelectual (en lugar de militar) no sólo concordaba más con la cultura judía, sino que, además, era suficiente por sí mismo para afirmar la superioridad del espíritu judío sobre el filisteo mundo gentil. El punto de vista general de Freud quedaba reflejado en un pasaje de una carta escrita durante su largo noviazgo: ''Durante el resto del tiempo que pase en el hospital voy a vivir como los *goyim**, modestamente, aprendiendo las cosas ordinarias sin esforzarme por hacer descubrimientos o por alcanzar las profundidades. Lo que vamos a necesitar para nuestra independencia puede conseguirse mediante el trabajo honrado constante y sin esfuerzos titánicos''[29]. Freud fundó un gran movimiento, por el cual, en cierto sentido, intentó socavar los valores gentiles. No cabe duda de que,

27 Entrevista con Edoardo Weiss, 10 de mayo de 1965.

28 ''A Disturbance of Memory on the Acropolis'' [''Un trastorno de la memoria en la Acrópolis''], *Standard Edition*, Vol. 22, p. 247. Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 342, y Emil Ludwig, ''A Visit'', en *Freud As We Knew Him*, ed. por Hendrik Ruitenbeek (Detroit: Wayne State Univ. Press; 1973), pp. 214-15.

29 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 171. Cf. también *Letters*, p. 54.

**goyim*: gentiles.

una vez que Freud se vio en la línea de grandes descubridores como Darwin, Copérnico y Kepler, había realizado por fin su sueño de tener su "gran momento en la historia".

Freud habría sido el primero en convenir que su temperamento combativo debió de tener sus orígenes en su ambiente familiar, cuando era niño. El mismo escogió una relación de su infancia que es pertinente aquí, si bien, como en el caso de la descripción que hizo de su niñera, hemos de recordar que era el adulto Freud quien estaba descubriendo el significado de los acontecimientos de su infancia. Freud tenía un sobrino, Juan, un año mayor que él, el hijo de su hermano Emanuel, y Freud pensaba que su relación con Juan había sido una premonición de todo su desarrollo. "Hasta finales de mi tercer año de vida, habíamos sido inseparables. Nos habíamos querido y habíamos luchado el uno contra el otro; y aquella relación infantil... tuvo una influencia determinante en todas mis relaciones posteriores con los contemporáneos". "Tuvo que haber ocasiones", Freud estaba seguro de ello, "en que me trató muy mal y debí de mostrar valor ante mi tirano...". Freud recordaba "escenas de riña" con Juan "desde mi más tierna infancia"[30]. Freud era el "más débil" de los dos niños; pero su entereza ante la tiranía exterior lo preparó para los años posteriores cuando tuvo que hacer frente a lo que acabó por llamar su "tirano" interior, la psicología.

Freud sostuvo que aquella vinculación primera con Juan "se había convertido en la fuente de todas mis amistades y todas mis enemistades".

> En cierto modo todos mis amigos han sido reencarnaciones de aquella primera figura... Mi vida emocional ha insistido siempre en que debía tener un amigo íntimo y un enemigo odiado. Siempre he podido disponer nuevamente de ambos, y con frecuencia ha ocurrido que se reprodujera tan completamente la situación infantil, que amigo y enemigo han estado representados por el mismo individuo, aunque desde luego no los dos a un tiempo ni con oscilaciones constantes, como pudo haber sido en el caso de mi infancia.

Freud consideraba una fuente de satisfacción el hecho de que siempre pudiera encontrar sucesivas substituciones para esa figura procedente de su infancia: en consecuencia, "nadie era insubstituible"[31].

A pesar de la atención que Freud prestó en *La interpretación de los sueños* a esa relación familiar inhabitual, no escribió nada sobre la mayoría de sus hermanos. De los siete de éstos, cinco eran mujeres. Es sabido que a Freud le desagradaba la más mayor de sus hermanas, que nació cuando él tenía dos años y medio. Durante el sobreparto de su madre con Anna fue cuando se descubrieron los robos de su niñera, y es posible que la memoria de Freud relacionara el significado de la marcha de su niñera con la

30 "The Interpretation of Dreams"; Vol. 5, p. 424; Vol. 4, p. 231.

31 *Ibid.*, Vol. 5, pp. 472, 483, 486.

pérdida temporal de su madre. Poco después de aquello, la familia marchó a Leipzig y después a Viena, y el sobrino de Freud, Juan, fue con sus padres a vivir a Inglaterra. El odio pudo ser consecuencia de la angustia ocasionada por aquellas separaciones, y podría ser que Freud hubiera tenido que decirse a sí mismo que nadie es "insubstituible".

Freud citó a sus dos hermanos menores y su importancia para su vida emocional. Uno de ellos, Julius, nació cuando Freud tenía once meses, pero sólo vivió ocho meses. Freud escribió en una carta que creía haber "recibido a mi hermano un año menor... con malos deseos y auténtica envidia infantil, y... su muerte dejó el germen de la culpabilidad en mí"[32]. Freud era más capaz de controlar sus emociones, cuando el hijo de su madre, un varón, nació, pues entonces Freud contaba diez años de edad; se escogió para él el nombre de Alexander por sugerencia de Freud, en memoria y en honor de Alejandro el Grande. (Posteriormente, al escribir su *Introducción al psicoanálisis*, Freud observó correctamente que "cuando Alejandro el Grande inició sus conquistas, su séquito incluía a los más famosos intérpretes de sueños"[33].) Naturalmente, entre los dos hermanos surgió cierta rivalidad; Freud se preocupaba, por ejemplo, por cuál sería el primero que obtuviera una cátedra[34]. Pero Freud y su hermano (que murió a edad avanzada en Canadá) se llevaron perfectamente; cuando eran adultos, con frecuencia viajaron juntos en vacaciones. Pensando en Alexander, Freud solía decir que su familia era como un libro: "nosotros somos las tapas y las muchachas son las hojas que hay entre aquéllas"[35]. Esa galantería protectora concuerda con el resto de las características anticuadas de Freud.

No es sorprendente que, como hermano mayor con cinco hermanas, actuara como un padre para con ellas, por ejemplo, al decidir cuáles eran las lecturas adecuadas para las muchachas. También era habitual que los padres judíos de aquella época mostraran favoritismo hacia sus hijos varones. Cuando era joven, Freud se tomó muy en serio sus estudios. Tenía una memoria fotográfica e invariablemente ocupaba el primer puesto de la clase. Pero, cuando su hermana Anna empezó a tomar lecciones de piano en casa, Freud consideró aquello una gran molestia para él y para sus estudios.

Freud tenía una actitud extraña hacia la música; le irritaba, y, sin embargo, amaba la ópera, con su texto e interés dramático, y tenía un gusto operístico refinado. Las óperas de Mozart *Don Juan, Las bodas de Fígaro* y *La flauta mágica* eran sus favoritas. Aun cuando despreciaba a Ricardo Wagner, le gustaba *Die Meistersinger*, y a finales de la década de

32 *The Origins of Psichoanalysis* [*Los orígenes del psicoanálisis*], p. 219.

33 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 86.

34 "The Psychopathology of Everyday Life" ["Psicopatología de la vida cotidiana"], *Standard Edition*, Vol. 6, p. 270.

35 Entrevista con Oliver Freud.

1920 pudo señalar muchos aspectos de dicha obra que habían pasado desapercibidos por lo menos a un paciente que era un gran entendido en música[36].

Freud llegó a sentirse mucho más interesado por la magia de las palabras que por el poder de los medios de comunicación no verbales. De todas las artes, quizás sea la música la más cercana a ello, y sin una guía procedente de la parte más racional de su mente Freud se sentía incómodo. Por ser incapaz de analizar los efectos de la música sobre él, Freud no podía disfrutarla; esa cerrazón era semejante a su incapacidad para entender ciertos estados religiosos místicos. Era inhabitual que a un vienés no le gustara la música, y Freud insistía en contar a todo el mundo su defecto. Por lo que se refiere a su hermana Anna y a sus juveniles lecciones de música, sacaron de la casa el propio piano y, posteriormente, a ninguno de sus hijos se le permitió tampoco practicar la música en casa.

Para comprender los años adolescentes de Freud tenemos que confiar principalmente en sus propias relaciones; pero era suficientemente introspectivo como para que podamos bosquejar por lo menos una imagen plausible. No hay señal de que se produjera un cataclismo tempestuoso en Freud durante aquellos años. Posteriormente, en una carta a su futura esposa, Freud habló de su "inaccesibilidad y mal humor con los extraños" y observó que "creo que las personas ven algo hostil en mí y creo que la razón auténtica de ello es que en mi juventud no fui nunca joven y ahora que estoy entrando en la madurez [treinta] no puedo madurar adecuadamente"[37]. Freud no armonizó con las experiencias "apropiadas para la edad" en la mayor parte de su vida, y, aunque aquello le hizo sufrir mucho, también contribuyó a asegurar su viveza mental y su productividad.

Uno de los grandes rasgos de talento de Freud, que ejerció durante toda su vida, fue la capacidad para escribir. A pesar de su incapacidad para apreciar la música, al escribir mostraba un profundo sentido del ritmo. Ya en su período escolar era un escritor fascinante, quizás porque obtenía su inspiración de su soledad interior. Algunas cartas de aquel período adolescente se han conservado, y, cualquiera que fuera su desarraigo con respecto al mundo que lo rodeaba, era un maestro en el arte de narrar lo que veía. Un pasaje de una carta escrita a la edad de diecisiete años es especialmente notable, por lo que revela sobre las capacidades distintivas de Freud como escritor, así como por lo que comunica sobre sus primeros vislumbres de la inmortalidad. Freud escribió a un amigo nada más acabar el ejercicio escrito de *Matura* (el examen exigido para la entrada en la universidad):

36 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.
37 *Letters*, p. 202.

mi profesor me dijo —y ha sido la primera persona que se ha atrevido a decirme esto— que tengo lo que Herder llama exactamente un estilo *idiotish*, es decir, un estilo a la vez correcto y característico. Ese hecho tan asombroso me ha impresionado satisfactoriamente y no vacilo en comunicar el feliz acontecimiento a la mayor cantidad de personas posible: a ti, por ejemplo, que probablemente hasta ahora no hayas sabido que has estado intercambiando cartas con un estilista alemán. Y ahora, como amigo, no como parte interesada, te aconsejo que las guardes, las mandes encuadernar, tengas mucho cuidado de ellas: nunca se sabe[38].

2. Infancia y juventud.

Al final de su período escolar, Freud tenía intención de ser abogado, con lo que podría llegar a ser una figura pública. "Bajo la poderosa influencia", explicó en 1924, "de la amistad escolar con un muchacho bastante mayor que yo, que llegó a ser un político conocido, concebí el deseo de estudiar derecho como él y participar en las actividades sociales"[39]. Cuando aquel antiguo amigo murió en 1927, su viuda escribió a Freud para pedirle que le ayudara a preparar un volumen conmemorativo. Freud contestó que había

conocido a Heinrich Braun durante el primer año de instituto el día que recibimos nuestras primeras "calificaciones" y que pronto éramos amigos inseparables. Todas las horas que quedaban libres después de la escuela las pasaba con él, la mayoría en su casa, especialmente mientras su familia no estaba todavía en Viena y, él vivía con su hermano mayor... y un preceptor privado. Su hermano intentó obstaculizar nuestra relación. Sin embargo, nosotros nos llevábamos maravillosamente bien. No recuerdo pelea alguna entre nosotros ni momentos en que estuviéramos enfadados mutuamente, cosa que ocurre con tanta frecuencia en esas relaciones juveniles. Después de tantos años resulta difícil imaginar lo que hacíamos y lo que hablábamos. Creo que él reforzó mi aversión a la escuela y a lo que se enseñaba en ella; despertó gran cantidad de tendencias revolucionarias en mí y los dos nos reforzamos mutuamente en la sobreestimación de nuestras críticas y de nuestros superiores conocimientos. El me hizo interesarme por libros como la *Historia de la civilización* de Buckle y una obra semejante de Lecky, que admiraba enormemente. Yo lo admiraba a él: por su aplomo y confianza en sí mismo; por su independencia de juicio; en secreto lo comparaba con un joven león y estaba firmemente convencido de que algún día en el futuro llegaría a una posición de dirigente en el mundo. No era un hombre de letras, pero eso no me importaba, aunque yo pronto llegué a ser *Primus* y seguí siéndolo; con la imprecisa opinión de aquel tiempo comprendí que él tenía algo más valioso que cualquier éxito escolar y que después he aprendido a llamar "personalidad"[1].

Ni los fines ni los medios de nuestras ambiciones estaban muy claros para nosotros. Posteriormente he llegado a conjeturar que sus fines eran esencialmente negativos. Pero una cosa era indudable: que yo colaboraría con él y que nunca abandonaría su "bando"...

Nuestra relación sufrió su primera interrupción —creo que fue durante... el penúltimo curso—, cuando abandonó la escuela, desgraciadamente no por su propia voluntad. Durante el primer año de universidad él estaba allí también. Pero yo estudiaba medicina y él derecho... Nuestros caminos fueron separándose poco a poco: él siempre tenía más relaciones con personas que yo y a él siempre le resultaba fácil entablar nuevas relaciones. Probablemente el

38 *Ibid.*, p. 4.
39 "An Autobiographical Study" [*Autobiografía*], p. 8.

contacto conmigo había dejado de ser una necesidad para él mucho antes. Así, que durante los últimos años de los estudios lo perdí de vista completamente[40].

Incluso mucho después de la época en que recibió aquella "poderosa influencia", cuando escribió *La interpretación de los sueños*, los sueños de Freud lo mostraban identificándose con un parlamentario victorioso y también preguntándose si preferiría cambiar su situación por la del jefe del gobierno. Sin embargo, Freud no estudió derecho. Justo antes de entrar en la universidad escuchó en una conferencia pública la lectura de un ensayo sobre la naturaleza, que pensó era obra de Goethe. Aquello acabó con sus vacilaciones a la hora de escoger carrera y decidió "dedicarse al estudio de la ciencia natural"[41].

En la Universidad de Viena, Freud fue "esclavo" de sus libros; sintió una necesidad urgente de comprarlos y coleccionarlos. Posteriormente, Freud repudió aquel carácter libresco, y afirmó haberse "mantenido fiel al hábito de estudiar siempre las cosas en sí mismas antes de buscar información sobre ellas en los libros..."[42] Freud tuvo siempre una gran capacidad de trabajo; posteriormente fue tan concienzudo en su terapia y estuvo tan entregado a sus escritos como diligente había sido tiempo atrás en sus estudios.

No obstante, Freud prolongó sus estudios en la universidad durante ocho años. Quizás sus numerosos intereses le impidieron avanzar más deprisa.

Los cinco años prescritos para los estudios de medicina eran... demasiado pocos para mí. Continué mi trabajo con calma durante varios años más; y en mi círculo de amistades estaba considerado como un holgazán y dudaban de que llegara a acabar nunca. Ante lo cual, decidí pasar mis exámenes y aprobarlos a pesar del retraso[43].

Freud nunca perdió su curiosidad por una amplia gama de cuestiones, pero a partir de entonces intentó enfocar su atención intelectual sobre sectores particulares, característica que más adelante le hizo preocuparse por su "unilateralidad"[44]. En 1924 observó que su constancia a la hora de estudiar una sola cuestión sorprendía también a los demás: "En total contraste con el carácter difuso de mis estudios durante mis primeros años de universidad, entonces estaba desarrollando una inclinación a concentrar

40 Cf. Martin Grotjahn, "A Letter by Sigmund Freud with Recollections of His Adolescence", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. IV, N. 4 (octubre de 1956), pp. 647-48. Cf. también *Letters*, pp. 378-80.

41 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 441.

42 "On the History", p. 19.

43 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 450.

44 *Ibid.*, p. 444.

mi trabajo exclusivamente en un tema o problema único. Esa inclinación ha persistido y después ha hecho que me acusen de unilateralidad"[45].

Al trazar el desarrollo de sus intereses en su esbozo autobiográfico de 1924, después de mencionar que fue "indudablemente negligente en mis estudios de medicina", Freud se refería al sensato consejo de un profesor al que admiraba (Ernst Brücke), quien, en vista de la situación económica de su alumno, le instó a abandonar una carrera científica teórica por la práctica terapéutica de doctor. En opinión de Freud, aquel aviso corrigió la "generosa imprevisión" de su padre[46]. Evidentemente, Freud consideraba que su padre había sido negligente al no guiar por una dirección más práctica su carrera.

Los testimonios confirman sólo en parte esa crítica implícita de Jakob Freud por parte de su hijo. Un ensayo muy anterior de Freud cuenta que, cuando tenía diecinueve años, su padre y su hermano Emanuel habían "ideado un plan por el cual debía cambiar el abstruso tema de mis estudios por otro de valor más práctico... Indudablemente, cuando vieron lo convencido que estaba de mis intenciones, abandonaron el plan..."[47] Dicho "plan" incluía el matrimonio de Freud con la hija de Emanuel y que vivieran en Inglaterra. Pero Jakob Freud, hombre bondadoso y benévolo y también impresionado por el talento de su hijo, no era el tipo de persona que pudiera ofrecer demasiada guía a su hijo ni que insistiese en que acabara sus estudios universitarios con mayor rapidez. En la cuestión de presentarse a los exámenes, como en la de hacer frente al antisemitismo, Freud iba a tener posteriormente un comportamiento contrario al de su padre; el hijo de Freud, Oliver, agradeció a su padre que le hubiera animado firmemente a pasar los exámenes finales sin retraso[48].

Freud se sintió descontento con respecto a su hogar y a su familia, a medida que fue comprendiendo cada vez mejor que iba a tener que formarse a sí mismo con sus propios recursos. No podía reprimir la idea de que "si hubiera sido la segunda generación, hijo de un profesor o de un *Hofrat* [consejero áulico], no hay duda de que habría avanzado más rápido"[49]. Tal como Freud describió una vez a su padre, éste había estado "en los negocios" y "no había recibido la enseñanza secundaria..."[50]. Una sobrina cuenta que en su vejez Jakob Freud pasaba gran parte de su tiempo estudiando el Talmud[51]. Pero en su obra teórica madura Freud consideraba a su padre como un obstáculo que tenía que superar.

45 "An Autobiographical Study", p. 11, Cf. Roazen, *Freud: Political and Social Thought*, pp. 91-95.

46 "An Autobiographical Study", p. 10.

47 "Screen Memories" [*Los recuerdos encubridores*], *Standard Edition*, Vol. 3, p. 314.

48 Entrevista con Oliver Freud.

49 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 438.

50 "A Disturbance of Memory on the Acropolis", p. 247.

51 Cf. Judith Bernays Heller, "Freud's Mother and Father", *Commentary*, Vol. 21, Nº 5 (mayo de 1956), pp. 418-21.

Freud veía la ambición como la conquista del padre. "[L]a esencia del éxito", escribió en una ocasión, es "haber llegado más lejos que el padre de uno... como si el hecho de superar a nuestro propio padre fuera todavía algo prohibido"[52]. Dos recuerdos de la infancia traían a la memoria de Freud su ambición y la asociación de ésta con su padre. "[C]uando tenía tres años todavía orinaba ocasionalmente en la cama, y, cuando me regañaron por ello, consolé a mi padre prometiéndole comprarle una nueva cama roja en N., la ciudad más próxima de alguna importancia". Freud relató aquel incidente, no por su encanto, sino para mostrar cómo estaba íntimamente relacionado con una humillación que tuvo un significado doloroso y duradero para sus futuras aspiraciones:

> Cuando tenía siete u ocho años, hubo otra escena doméstica que recuerdo con mucha claridad. Una noche, antes de ir a dormir, hice caso omiso de las reglas que prescribe el recato y obedecí a las exigencias de la naturaleza en el dormitorio de mis padres, mientras éstos estaban presentes. Durante su reprimenda, mi padre soltó las palabras: "Este niño no va a llegar a nada". Aquello debió de ser un golpe terrible para mi ambición, pues referencias a esa escena siguen reapareciendo constantemente en mis sueños y siempre van unidas a una enumeración de mis logros y éxitos, como si pretendiera decir: "Lo ves, *he* llegado a algo"[53].

(Según Jung, la incontinencia de la orina siguió molestando a Freud hasta bien entrada su edad adulta[54]).

Freud siguió dando gran importancia al papel del padre en el desarrollo de la personalidad. En sus primeros años, a pesar de que otros consideraban la idea anticuada, a Freud le parecía verosímil que los neuróticos tuvieran padres sifilíticos[55]. Esa crítica implícita de los padres era simplemente la otra cara de su idealización por parte de Freud: "No puedo imaginar una necesidad mayor en la infancia", escribió en 1929, "que la necesidad de la protección de un padre"[56]. Freud insistió también en la frecuencia con que los niños temen que sus padres los coman y castren. Freud hizo remontar la tendencia a exaltar la importancia del padre a un

52 "A Disturbance of Memory on the Acropolis" [*Un trastorno de la memoria en la Acrópolis*], p. 247.

53 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 216.

54 Entrevista con Henry A. Murray, 10 de noviembre de 1965. John Bilinsky, "Jung and Freud", *Andover Newton Quarterly*, Vol. 10, Nº 2 (noviembre de 1969), p. 42. Cf. más abajo, Schur cita la "molestia prostática (frecuencia) durante su estancia en Estados Unidos". *Freud*, p. 255. Sobre referencias a los temas de la uretra en los escritos de Freud, cf. "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 469; "From the History of an Infantile Neurosis" [*Historia de una neurosis infantil*], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 76; "Civilization and Its Discontents" [*El malestar en la cultura*], p. 90; "The Adquisition and Control of Fire" [*Sobre la conquista del fuego*], *Standard Edition*, Vol. 22, pp. 187-93.

55 Cf. "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria" [*Análisis fragmentario de una histeria*], *Standard Edition*, Vol. 7, pp. 20-21. Cf. también la entrevista de Kurt Eissler con Albert Hirst, 16 de marzo de 1952 (archivos de Jones). Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 291-92; Vol. III, pp. 307-08.

56 Civilization and Its Discontents, p. 72.

deseo subyacente de liberarse de él y ser el propio padre de uno. Pues el muchacho se siente "mucho más inclinado a sentir impulsos hostiles hacia su padre que hacia su madre y tiene un deseo mucho más intenso de liberarse de *él* que de *ella*"[57]. Según pensaba Freud, cualquier subvaloración del padre se remonta a una sobreestimación de la primera infancia.

En realidad, Jakob Freud no era en absoluto el hombre enérgico que sería de esperar como padre del descubridor del complejo de Edipo. Como tampoco era el potente yo ideal que Freud podría haber deseado ser a veces. El deseo de un padre más fuerte puede haber desempeñado un papel no sólo en la formulación de Freud del complejo de Edipo, sino también en su aceptación por parte de muchos que hayan estado en una posición paralela a la de Freud, preocupados con respecto a su pasado y, aun así, avergonzados de repudiarlo.

Jakob Freud no fue buen provisor para su familia, aunque no parece que Freud llegara a sufrir auténticas privaciones en su infancia. La familia de su madre contribuía también a que la familia saliera adelante. Los detalles financieros son difíciles de conseguir, de modo que no está claro de qué vivió la familia de Freud después de su traslado de Freiberg a Viena; en un momento determinado tuvieron que coger un huésped, y parece ser que Jakob recibió ayuda de sus hijos de Inglaterra. En consecuencia, de joven Freud fue pobre, aunque indudablemente orgulloso. Como escribió muchos años después:

> Cualquiera que haya probado las miserias de la pobreza en su juventud y haya experimentado la indiferencia y arrogancia de los acomodados debe estar libre de la sospecha de no entender o no tener buenos deseos con respecto a los intentos de luchar contra la desigualdad de la riqueza entre los hombres y todas sus consecuencias[58].

Aunque, de adulto, Freud fue generoso con el dinero, las imágenes comerciales de sus escritos reflejan la pobreza de su juventud y el carácter de clase media de sus esfuerzos: pues Freud utilizó expresiones como "sacrificios" y "compensaciones" psicológicos, "balances", "inversiones", "gastos", "depreciación", "especuladores" y "especulaciones", "amortización", "transferencia" y "pérdida" mentales, y habló incluso de "alquilar" una hora analítica.

Si Jakob perdió su negocio en Freiberg en parte porque consideró que debía salir fiador de sus dos hijos mayores, Emanuel y Philipp, ante su fracaso comercial, eso coincidiría con lo que sabemos de su bondad. En una ocasión el propio Freud lo describió en "términos como una persona que 'siempre tenía confianza en que algo ocurriría' "[59].

Freud conoció a su padre cuando ya era un hombre relativamente viejo; Jakob acababa de cumplir los cuarenta años cuando Sigmund nació.

57 "Family Romances", *Standard Edition*, Vol. 9. p. 238.

58 "Civilization and Its Discontents" (*El malestar...*), p. 113.

59 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 2.

Había estado casado dos veces antes, primero a la edad de diecisiete años; tuvo un hijo (Emanuel) el primer año de su matrimonio, señal de "imprevisión" en aquella época. Poco se sabe de su segunda esposa[60]. Jakob se casó por tercera vez con Amalie Nathanson, madre de Freud, en 1855, tres años después de que muriera su primera esposa.

Cualesquiera que fuesen las virtudes y las deficiencias del padre de Freud, de acuerdo con la costumbre judía de aquel tiempo Freud mostró devoción filial hacia él. Debió de ser difícil para Freud relatar e interpretar un sueño que tuvo la noche después de la muerte de Jakob. Freud sostuvo que la muerte del padre causa a un hombre un trauma especial. Freud tenía cuarenta años, cuando su padre murió en 1896 a la edad de casi ochenta y un años, y aun así Freud pensó que había "revolucionado" su alma[61]. En consecuencia, se sintió libre para escribir *La interpretación de los sueños*, y después pensó que la muerte del padre era "el acontecimiento más importante, la pérdida más grave, de la vida de un hombre"[62].

Freud recordó durante un sueño que le había parecido extraordinario "lo mucho que se parecía a Garibaldi" su padre "en su lecho de muerte". Para Ernest Jones aquello significaba literalmente que Jakob Freud "tenía cierto parecido con Garibaldi", lo que constituye un ejemplo de que cualquier fantasía de la mente de Freud podía aparecer en los libros como hecho histórico[63]. Más probable es que ese recuerdo de Freud representara algún aspecto de la propia concepción que tenía de sí mismo o lo que hubiera deseado que Jakob fuera. Las fechas siempre fueron importantes para Freud, y, como el año del nacimiento del padre de Freud (1815) era el mismo que el de Bismarck, éste fue siempre un personaje fascinante para él[64]. Freud explicó su preferencia por el mariscal de Napoleón Masséna "por el hecho de que mi cumpleaños correspondía al mismo día que el suyo,

60 R. Gicklhorn y J. Sajner, "The Freiberg Period of the Freud Family", *Journal of the History of Medicine*, Vol. 24 (1969), pp. 37-43.

61 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 20.

62 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. xxvi.

63 *Ibid.*, Vol. 5, p. 428. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 2. Hasta críticos tan sutiles como Lionel Trilling y Stephen Marcus aceptaron sin discusión, en su edición abreviada de la biografía, la versión que da Jones de esta cuestión. Lionel Trilling and Stephen Marcus, eds., *The Life and Work of Sigmund Freud*, by Ernest Jones (Nueva York: Basic Books; 1961), p. 4 (trad. esp.: *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama, 1970).

64 Freud incluyó en una edición revisada de la *Interpretación de los sueños* el siguiente pasaje procedente de un artículo de Hanns Sachs: "A Bismarck debió de resultarle fácil compararse con una caballo; y, de hecho, así lo hizo en muchas ocasiones, por ejemplo, en su conocida máxima: 'Un buen caballo muere al pie del cañón' (literalmente: "Con la montura puesta"))" Freud adoptó la máxima de Bismarck como una de sus favoritas. "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 379. Cf. también Ernest Jones, "Book Review of Wittel's *Freud*", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 5 (1924), p. 485.

exactamente cien años después"[65]. Y el embajador Bullit, al dar los antecedentes del libro sobre el presidente Wilson en el que él y Freud habían colaborado, aludió a que Freud "se había interesado por Wilson desde el momento en que descubrió que los dos habían nacido en 1856"[66].

La madre de Freud, por lo menos a partir de los escritos de éste, constituye un enigma más que su padre. En el estudio autobiográfico que Freud escribió cuando contaba casi setenta años omitió su infancia y las personalidades de sus padres para pasar a rememorar el desarrollo del psicoanálisis. En muchas otras observaciones autobiográficas que están esparcidas por toda la obra de Freud, Amalie Freud aparece mencionada con mucha menos frecuencia que Jakob. Quizás esa omisión se deba a la reserva decimonónica sobre las mujeres, y las madres en particular. Y, sin embargo, independientemente de los comentarios de Freud, podemos averiguar más cosas sobre su madre que sobre su padre, dado que era una muchacha de diecinueve años, cuando se casó, y vivió hasta los noventa y nueve; murió en 1930, y todavía hay personas vivas que tienen recuerdos e impresiones de ella, por lo menos de cuando era una anciana.

Evidentemente, Amalie Freud fue una mujer muy maternal; dio a luz ocho veces en el plazo de diez años, y se ganó la devoción de todos sus hijos. Lo único que podemos hacer es especular sobre lo que debió de parecerle al primer hijo de aquella joven madre ver aparecer con tanta regularidad a los pequeños intrusos. Puesto que Freud llegó a ser tan ferozmente contencioso, quizás no sea forzado atribuir parte de esa tendencia a la presencia de todos aquellos hermanos, aun cuando la mayoría de ellos fueran muchachas, que (además del tierno marido al que amaba) exigían tanta atención a su madre. La ambición de Freud debió de verse incitada por los primeros años de su vida familiar, si bien la presencia de hermanos más jóvenes debió de proporcionar oportunidad más que nada para sus tendencias conquistadoras. Consiguió conservar la posición que ocupaba con respecto a su madre a pesar incluso de su hermano menor, Alexander, pues, aunque no fuera el único hijo varón, seguía siendo el primero. Gran parte de este razonamiento sobre Freud y sus hermanos tendría menos sentido, si no hubiera sido por sus angustias posteriores con respecto a que los demás podrían conseguir arrebatarle lo que intelectualmente le pertenecía con todo derecho.

Pero Freud describió la relación con su madre como libre de inseguridades o de dudas. Se consideraba el favorito de su madre, y encontró en ello, igual que en su carácter judío, una fuente de autoconfianza. "He descubierto", escribió, "que las personas que saben que son preferidas o favorecidas por su madre manifiestan en su vida una especial confianza en

65 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 198. En realidad Masséna nació en 1758.

66 S. Freud y William C. Bullit, *Thomas Woodrow Wilson: A Psychological Study* (Boston: Houghton Mifflin; 1967), p. vi.

en sí mismas y un optimismo inconmovible que a veces parecen atributos heroicos y proporcionan éxito efectivamente a sus poseedores''[67].

Freud daba por sentada una concepción anticuada (y, sin embargo, imponente) de los sentimientos de una madre hacia su hijo. ''[L]a relación entre... madre e hijo... constituye el ejemplo más puro de un afecto invariable, no empañado por consideraciones egoístas de ninguna clase''[68].

Una madre sólo recibe satisfacción ilimitada de su relación con un hijo; ésa es la más perfecta, la más libre de ambivalencias de todas las relaciones humanas. Una madre puede transferir a su hijo la ambición que se ha visto obligada a sofocar en sí misma, y puede esperar de él la satisfacción de todo lo que haya quedado en ella de su complejo de masculinidad[69].

A Freud le preocupaba constantemente la idea de que, como se iba haciendo viejo y padecía cáncer, podría morir antes que ella. En época tan temprana como 1918, antes incluso de su enfermedad, escribió: ''A veces pienso que me sentiré algo más libre, cuando ella muera, pues la idea de que podría llegar el momento en que hubiera que decirle que he muerto es una idea espantosa''[70]. Freud esperaba proteger a su madre del sufrimiento. Y, sin embargo, quizás pueda intepretarse también su comentario a otro nivel como la opinión profundamente arraigada de que, si él moría, en ese caso también ella, de quien se sentía tan allegado, debía morir.

Semejante deseo, aunque no necesariamente consciente para Freud, sería coherente con sus emociones y comportamiento a la muerte de ella en 1930. A principios de 1929 había escrito que ''mi madre, que pronto cumplirá noventa y cuatro años, sigue con buena salud, aunque eso obstruye el camino que un hombre viejo debería tener abierto''[71]. Antes de sucumbir por fin el año siguiente, tuvo que soportar penosos sufrimientos. En una carta a Sandor Ferenczi, Freud escribió que

este gran acontecimiento me ha afectado de una forma peculiar. Ni dolor ni aflicción, lo que probablemente pueda explicarse por las circunstancias especiales: su elevada edad, mi compasión por su desamparo hacia el final; al mismo tiempo una sensación de liberación, de alivio, que también creo entender. Yo no tenía libertad para morir, mientras ella estuviera viva, y ahora la tengo. Los valores de la vida deben de haber cambiado de algún modo y de forma perceptible en las capas más profundas[72].

67 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 398. Cf. también ''A Childhood Recollection from *Dichtung und Wahrheit*'', [''Un recuerdo infantil de Goethe en 'Poesía y verdad' ''], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 156.

68 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 206.

69 ''New Introductory Lectures on Psychoanalisis'' (Nuevas aportaciones al psicoanálisis), *Standard Edition*, Vol. 22 (a partir de aquí citado como ''New Introductory Lectures''), p. 133. Cf. también ''Group Psychology and the Analysis of the Ego'', *Standard Edition*, Vol. 18, p. 101.

70 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 196.

71 Citado en Ludwig Binswanger, *Sigmund Freud: Reminiscences of a Friendship* (Nueva York: Grune y Stratton; 1957), p. 85-88.

72 *Letters*, p. 400.

Freud escribió con talante semejante a Jones, y añadía: ''No asistí al entierro; una vez más Anna me representó como en Frankfurt. Apenas puede intensificarse su valor para mí''[73]. El mes anterior, Anna Freud había leído una alocución de Freud para agradecer la concesión del Premio Goethe de literatura que le había concedido la ciudad de Frankfurt. A los setenta y cuatro años la salud de Freud ya no era buena y no le habría resultado fácil viajar. Sin embargo, el entierro de la madre de Freud, a diferencia de aquella ceremonia convencional y pública, se celebró en Viena; a pesar de su fervorosa descripción de las relaciones entre las madres y los hijos, Freud decidió no asistir y consideró apropiado enviar a su hija para que lo ''representara''.

En la descripción que hizo de la vinculación madre-hijo, y en el caso de su madre en particular, Freud recalcó en gran medida lo que la madre hace por el hijo, aunque indudablemente un hijo podía satisfacer, indirectamente, la ambición de la madre. Su sensación de mayor libertad personal después de la muerte de su madre concuerda con la orientación general de Freud sobre el tema, que era, por detrás del idealismo, bastante egoísta. Freud no ocultó su narcisismo; al contrario, sostuvo que ''un alto grado de... amor a uno mismo constituye el estado de cosas primordial y normal''[74]. ''Mi amor es algo valioso para mí que no debo desechar sin reflexión''[75]. Su teoría de los sueños expresaba la creencia de que todo el mundo desea satisfacer deseos egoístas; el valor y la honradez con que fue capaz de reconocer algunos de esos motivos menos aceptables fueron extraordinarios. Creía que hasta la compasión tenía un origen narcisista[76]. Freud tenía un fondo de dureza en su interior. ''Puedo decir, con respecto a mí,'' escribió durante la Primera Guerra Mundial, ''que he dado más al mundo de lo que éste me ha dado a mí''[77]. Es difícil decir si el aspecto rudo del carácter de Freud (que tanto contribuyó a animarlo en sus innovaciones) indica indulgencia materna cuando era niño o bien una oscura privación.

Freud anotó un sueño dominado por la angustia sobre la muerte de su madre, de cuando tenía siete u ocho años; en correspondencia, también ella contó un sueño sobre la muerte de su hijo. Entonces era una anciana, para quien la muerte no era una perspectiva lejana. En su sueño estaba en el entierro de Sigmund, y en torno a su ataúd estaban situados los jefes de estado de las naciones europeas más importantes[78]. No es improbable que

73 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 152.

74 ''Two Encyclopaedia Articles''; *Standard Edition*, Vol. 18, p. 257.

75 ''Civilization and Its Discontents'', p. 109.

76 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 88.

77 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 152.

78 Sobre el sueño de Freud, cf. ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 583. Sobre el sueño de su madre, cf. Lancelot Whyte, *Focus and Diversions* (Nueva York: Braziller; 1963), pp. 110-11. En una carta que me escribió (17 de octubre de 1971), Whyte expresaba la opinión de que era probable que la madre de Freud hubiera tenido un sueño durante la noche, en lugar del sueño estando despierta que cuenta en su libro.

una madre anciana, incluso judía, tuviera semejante sueño, pero el hecho de que permitiera que el relato de haber soñado semejante catástrofe saliera de sus labios revela efectivamente algo sobre la naturaleza de sus propios anhelos que habían quedado satisfechos gracias a la carrera de su hijo.

Amalie debió de alimentar las heroicas profecías que se hicieron sobre Freud en sus primeros años. De forma más personal, para ella aquel sueño, por lo menos según la teoría de su hijo, pudo haber expresado también un significado oculto mediante una polaridad temática. Pues puede ser que, mediante la multiplicación de las figuras del padre, estuviera acentuando lo contrario del contenido manifiesto del sueño; que, en realidad, Freud sólo le pertenecía a ella y que era más su hijo que el hijo de su marido. Simultáneamente, pues los sueños pueden tener muchos niveles, aquel sueño pudo ser un intento de compensar la pérdida de su hijo; podía ser que ella hubiera perdido a su hijo, pero tenía la seguridad de que seguía existiendo para el mundo.

Jones declaró que "nunca en su vida acusó Freud a una mujer de haberlo traicionado o decepcionado". Hizo especulaciones sobre el pasado infantil de Freud en el sentido de que "debió de ser un hombre quien conociera los secretos y simplemente fingiera comunicárselos" y, por esa razón, era improbable que una mujer fuera un modelo de rival[79]. A Freud le costaba mucho reconocer para sí mismo hostilidad alguna hacia su madre (ni tampoco antagonismo alguno hacia las mujeres ni envidia de ellas). Freud tenía la anticuada tendencia a idealizar a las mujeres y, a pesar de ello, a denigrarlas también. Nunca habló de los deseos matricidas de un hijo. En el mundo de Freud las mujeres aparecen tratadas como objetos, raras veces como sujetos; y, sin embargo, nunca aparecen tampoco como malas madres o malas hijas. El convencimiento de Freud de que era el favorito de su madre y de que ése era el origen de su autoconfianza, pudo haber sido una forma de engañarse a sí mismo, una forma de ocultar sus sentimientos positivos de estar en deuda para con su padre. Freud podía admitir públicamente muchos de sus rasgos peores; ahora bien, a pesar de que podía llegar hasta el extremo de describir sus impulsos parricidas, le resultaba más difícil reconocer sentimientos conflictivos con respecto a su madre, incluidas sus dependencias.

Uno de los héroes sobre los que Freud escribió un libro, Leonardo da Vinci, también tuvo una madre joven. El tema del gran hombre que se desarrolla sin padre fascinaba a Freud; tanto Edipo como el Moisés de la leyenda se criaron, como Leonardo, separados de sus padres naturales. En las fantasías de Freud el padre resulta ser un hombre de alto rango; así como en el caso de Edipo era un rey, así también Freud hizo que en el caso de Moisés fuera un aristócrata. Freud creía también que Shakespeare no era un hombre de orígenes humildes, sino el Conde de Oxford. Esos modelos alentaban a Freud en su obra.

79 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 434.

Al comentar el caso de Leonardo, Freud rememoró la leyenda egipcia de los buitres preñados por el viento; Leonardo era el hijo de un buitre por haber sido criado en su primera infancia sólo por su madre, de acuerdo con una supuesta fantasía infantil de Leonardo en el sentido de que un buitre había introducido su cola en su boca. Ahora bien, en eso Freud había cometido un error. La conexión entre el hecho de que los antiguos egipcios hubieran escogido el buitre como símbolo de la maternidad y las circunstancias de la vida de Leonardo era irrelevante, aunque quizás tuviera significado para Freud personalmente. En los libros alemanes sobre Leonardo el ave aparece traducida correctamente *Hünnergeier* —cometa—, pero Freud debió de ver sólo la última parte de la palabra, *Geier*, que significa efectivamente buitre[80]. (Algunas de las traducciones que Freud siguió también usaban erróneamente la palabra *Geier* para traducir la palabra italiana relativa a cometa.)

Los sentimientos francamente edípicos, amor hacia uno de los padres —el del sexo opuesto— y hostilidad hacia el otro —el del mismo sexo—, pueden ser defensivos y ocultar emociones muy diferentes. De hecho, parece ser que Freud, con mirada retrospectiva y con la ayuda de sus propios conceptos, sintió miedo de sus propias dependencias y, en particular, de su sumisión a las mujeres. Le resultaba difícil aceptar lo que había de maternal en él, y, a pesar de que hay un núcleo maternal inevitable en el arte de la psicoterapia, Freud tuvo tendencia a minimizar la importancia de ese aspecto de sus actividades de analista. Lo maternal está también conectado inextricablemente con lo infantil, y en eso (como en su actitud hacia la música) Freud era absolutamente frío. En cualquier relación humana profunda existe el peligro del agobio; el vínculo entre madre e hijo no es tan exageradamente magnífico como Freud pretendía dar a entender.

Existen toda clase de indicios de que Amalie Freud era una persona vigorosa. A pesar de las condiciones de aquella época, consiguió vencer la tuberculosis[81]. Era, por lo menos en sus últimos años, terca, quisquillosa, si no presumida con respecto a su indumentaria, y un tirano para sus hijas: en resumen, tenía las clásicas características matriarcales de las madres judías. Uno de sus nietos recordó que "no era fácil vivir con ella". Amalie tenía "gran vitalidad y mucha impaciencia; tenía sed de vivir y un espíritu indómito"[82]. Conservó suficiente gusto como para mandar, todavía a los noventa años de edad, que tapizaran de nuevo sus

80 Carta de Ernest Jones a James Strachey del 11 de enero de 1954. Cf. también carta de James Strachey a Ernest Jones del 20 de enero de 1954 (archivos de Jones). Cf. Meyer Schapiro, "Leonardo and Freud", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 17 (1956), pp. 147-78.

81 Cf. carta de Dorothy Burlingham a Ernest Jones del 6 de junio de 1951 (archivos de Jones).

82 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 11. Cf. también Martin Freud, "Who was Freud?", en Josef Fraenkel, ed., *The Jews of Austria* (Londres: Vallentine, Mitchell; 1967), p. 202.

muebles. Su sentido del humor nos recuerda la ironía de Freud. El día de su nonagésimoquinto cumpleaños una foto suya apareció en un periódico; opuso el reparo de que no le gustaba: "me hace aparentar cien años"[83].

La madre de Freud fue probablemente el prototipo de la mujer majestuosa y altanera que Freud fue capaz de admirar y entender en su vida adulta. Una nieta en particular se sintió ofendida por sus modales tiránicos y egoístas, y otros nietos coinciden en que era dominante, por lo menos con los parientes próximos; muchos miembros de su familia sufrieron a causa de su carácter autoritario[84]. Según dicen los familiares, su hija menor, Dolfi, no pudo tener una vida propia; se entregó a cuidar a su madre, quien incluso siendo una anciana era "un huracán". En el caso de Dolfi, tal como el hijo de Freud, Martin, contó, "la asistencia constante a Amalie había inhibido su personalidad hasta el punto de reducirla a una situación de dependencia de la que nunca se recuperó"[85]. (Freud describió en una ocasión a Dolfi como "la más dulce y mejor de mis hermanas... [con] una gran capacidad para sentir profundamente y, desgraciadamente, una sensibilidad demasiado delicada"[86].) Quizás Freud y su hermano Alexander habrían podido disponer alguna otra solución para que su madre estuviera atendida; sólo lo que ellos dijeran habría tenido influencia en la familia, pero ninguna de sus esposas quería hacerse cargo de ella.

No existen testimonios de que Amalie fuera nunca dictatorial directamente para con Freud, cuya belleza de joven le gustaba recordar. Pero aquella clase de mujer pudo perfectamente inspirar a Freud el tipo de emociones intensas que posteriormente iba a llamar edípicas. Dicen que tenía un cortejo a su alrededor. No sólo acudía la familia a verla los domingos; también Freud llevó a algunos de sus discípulos preferidos para presentárselos. Con ocasión del septuagésimo cumpleaños de Freud en 1926 se celebró en su piso una recepción en su honor. Aunque era fatigoso para él, pues ya estaba enfermo, Freud se mostró visiblemente emocionado en el momento de recibir a los invitados vestidos de chaqué. Su madre estaba presente, y había llevado de regalo una bolsa de mimbre llena de huevos frescos; era un regalo humano y apropiado, entre los muchos otros que recibió. La madre Amalie se limitó a anunciar, por lo menos a un estudiante de Freud: "Yo soy la madre"[87].

Freud y Alexander ayudaban a mantener a su madre y la visitaban regularmente los domingos por la mañana. Constituía una broma decir que

83 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 3.

84 Judith Bernays Heller, "Freud's Mother and Father". Entrevista con Edward Bernays, 2 de diciembre de 1965. Entrevista con Hella Bernays, 3 de abril de 1967. Entrevista con Oliver Freud. Entrevista con Judith Bernays, 23 de diciembre de 1965.

85 Martin Freud, *Glory Reflected*, pp. 11, 16. Cf. también Martin Freud, "Who was Freud?", pp. 202-03.

86 *Letters*, p. 58.

87 Entrevista con Otto Isakower, 20 de septiembre de 1966.

Freud estaba indispuesto del estómago en aquellas visitas; ese "ataque de indigestión", como Jones lo llama[88], pudo haber sido también el resultado del "estreñimiento crónico" que, según dice Jones en otro lugar, padecía Freud. Este, por su parte, atribuía su periódica dolencia intestinal de poca importancia a la comida pesada que hacía regularmente en casa de un amigo donde iba a jugar a las cartas los sábados por la tarde. Quizás un observador con formación psicológica y mayor distanciamiento podría haber visto en aquella indisposición una señal de que Freud se daba el placer de volver a ser un niño pequeño en presencia de su madre, lo que constituiría una invitación a la ternura. Después, el mismo domingo, su madre y todas sus hermanas solían ir a cenar a casa de Freud.

La infancia y juventud de cualquier hombre ofrecen muchas contradicciones y sorpresas, y principalmente a la luz de lo que sabemos sobre el hombre adulto es como vemos lo que quiera que veamos en su pasado. Después de todo, lo que estamos buscando no son tanto factores determinantes, en un proceso de causa y efecto, cuanto pautas, configuraciones, paralelos o incluso contradicciones. Es más que apropiado que nuestra investigación esté guiada por lo que, según sabemos, fue importante posteriormente para Freud. El mismo se preguntó en cierta ocasión "si tenemos recuerdo alguno *de* nuestra infancia; puede ser que lo único que tengamos sean recuerdos *relativos a* nuestra infancia. Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran nuestros primeros años, no como eran, sino como se presentaban en los períodos posteriores en que surgieron los recuerdos"[89].

No obstante, es evidente que algunas afirmaciones sobre los primeros años de Freud se sostienen más que otras, y es una suerte que nos proporcionara tantos elementos de su autoobservación y que todavía haya miembros de su familia con vida que pueden dar sus propias versiones de las personas que intervinieron en aquellos acontecimientos. El niño es el origen de lo que el hombre será después sin ser lo mismo que él. Hasta que no penetramos más en la vida de Freud no pueden resultar comprensibles sus muchas facetas.

3. El amor y el matrimonio.

La mayor parte de lo que puede saberse de la vida amorosa de Freud se centra en su relación con su mujer, Martha. Cualquier exposición de ese aspecto de la personalidad de Freud tiene que ser extraordinariamente provisional. Aunque se han conservado más de novecientas cartas de Freud correspondientes a sus cuatro años de noviazgo con Martha, sólo se ha

88 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 391.

89 "Screen Memories", p. 322.

permitido la publicación de una pequeña fracción de ellas. Pero por lo menos podemos indicar claramente los aspectos externos de su noviazgo. Freud contaba veintiséis años y vivía todavía en casa de sus padres, cuando pidió la mano de Martha; escribió algunas de sus cartas de amor a ella en el papel de cartas personal de Jakob Freud, a pesar de que se comprometió sin consultar con su padre. Después de haber pasado ocho años estudiando medicina y más de un año investigando, en 1882 Freud se comprometió en matrimonio oficialmente con Martha Bernays.

Martha, que era cinco años más joven que él, había llegado también a Viena con sus padres cuando contaba pocos años de edad. Los círculos judíos vieneses de clase media constituían un mundo pequeño. Seis meses después de que Freud y Martha formalizaran su compromiso, el hermano de ella Eli, que era amigo de Freud, anunció que él y la hermana de Freud, Anna, proyectaban casarse. Para completar el cuadro de aquel pequeño universo cerrado, la hermana menor de Martha, Minna, se comprometió también con un amigo vienés de Freud.

La familia de Martha ocupaba una posición social más alta que la de Freud, desde el punto de vista de la cultura, tanto alemana como judía, y del dinero. Su abuelo había sido el Gran Rabino de Hamburgo, un intelectual y amigo de Heinrich Heine. Un tío suyo era catedrático de lenguas modernas en la Universidad de Munich, y otro enseñaba griego y latín en Heidelberg. Según una nuera de Martha, su familia se escandalizó de que se casara con Freud, quien, a pesar de ser doctor, carecía de fortuna y de un futuro particularmente prometedor[90]. Por consiguiente, Martha debió de tener valor.

Era de modales y lenguaje precisos y en sus últimos años (cuando los discípulos de Freud la conocieron) parecía bastante aburrida, un ama de casa pedante; para entonces el gran amor hacía tiempo que había muerto. Sin embargo, era culta y de joven había sido delicada y bonita. Era también de mentalidad muy judía, y Freud tuvo que ejercer enorme presión sobre ella para vencer su lealtad a las ceremonias judías tradicionales. (El propio padre de Freud había sido un librepensador, y, aunque su madre observaba las fiestas judías importantes, lo hacía con indiferencia, pues no significaban mucho para ella.) En 1938 Martha y Freud seguían teniendo una antigua discusión graciosa (y, aun así, en serio) sobre la cuestión de encender velas los viernes por la noche; Martha hacía bromas sobre la monstruosa testarudez de Freud, que le impedía celebrar el ritual, mientras que él sostenía firmemente que esa práctica era ridícula y supersticiosa[91]. En su entierro en 1951 sus hijos encargaron a un rabino que pronunciara un responso (cosa que no hicieron en el de Freud); probablemente eso significaba que su madre así lo habría deseado.

Martha, persona reservada y orgullosa, no solía mostrar mucha emo-

90 Entrevista con Esti Freud, 30 de abril de 1966.

91 Debo este relato a Sir Isaiah Berlin. Cf. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 228.

ción en público. El propio Freud comentó por escrito su timidez, incluso cuando era una mujer madura[92]. En otras palabras, era muy diferente de la madre dominante de la que puede ser que necesitara escapar. Freud pensaba que "en el caso de todas las personas, existen ciertos requisitos, habitualmente desconocidos, cuya satisfacción es la condición previa para enamorarse"[93]. Como tipo opuesto al de su madre, puede ser que Martha ayudara a Freud a escapar de Amalie.

La corte que Freud hizo a Martha fue sincera y posesiva, y la única razón de que durara tanto fue su pobreza. El carácter posesivo de Freud puede verse en las ardientes cartas que le envió. Freud tenía todo el ardor de una persona esencialmente tímida. Podía ser celoso, y le ofendía enormemente el apego de Martha a su madre, quien representaba todas las costumbres y creencias judías tradicionales que, según intentaba convencerla Freud, debía abandonar. Freud imponía exigencias increíbles a Martha: por ejemplo, le pedía que rompiera con su familia, de la que dependía económicamente, cuando él no estaba preparado para hacerse responsable de ella. En cierta ocasión, al hacer planes para su vida, pensó primero en su madre, no en Freud:

> Si es así, eres mi enemiga: si no superamos este obstáculo, no llegaremos a nada. Tienes que escoger. Si no puedes quererme lo suficiente como para renunciar por mí a tu familia, en ese caso me perderás, destrozarás mi vida y no conseguirás gran cosa de tu familia[94].

Freud conocía las exigencias inmoderadas del propio yo infantil: "el amor infantil es ilimitado; exige posesión exclusiva, no se contenta con menos que todo... está condenado a acabar en la decepción y a dar paso a una actitud hostil"[95]. Las exigencias de amor por parte de Freud a Martha dieron resultado. En aquella época, consiguió satisfacer la necesidad de atención de él, al tiempo que se mantenía en buenas relaciones con su familia, y Freud, por su parte, admitió su tendencia a ser dominante: "Indudablemente tengo un rasgo tiránico en mi carácter y... me resulta terriblemente difícil someterme"[96]. Quizás Freud tuviera que dominar de ese modo para ocultar algunos de sus miedos: a las mujeres en general o a Martha en particular. Erich Fromm ha hecho la sugerencia sagaz de que lo que estaba ocurriendo en la relación de Freud con Martha era una manifestación de la "dependencia [de Freud] con respecto a su madre", y la misma pauta iba a repetirse en sus relaciones "con los hombres, con los mayores, con los contemporáneos y con los discípulos, sobre los cuales

92 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 110.

93 *Minutes of The Vienna Psychoanalytic Society* [*"Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena"*], ed. Herman Nunberg y Ernst Federn, Vol. II (Nueva York: International Universities Press; 1967) (a partir de aquí citado como *Minutes*), p. 237.

94 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 130.

95 "Female Sexuality". *Standard Edition*, Vol. 21, p. 231.

96 *Letters*, p. 52.

transfería la misma necesidad de amor, afirmación, admiración y protección incondicionales''[97].

Semejante hipótesis no tiene por qué oscurecer todo lo que Freud aportó a Martha en su vida. La calidad literaria de la capacidad de Freud para escribir cartas era por sí misma notable; en las cartas a Martha demostró su gran talento como psicólogo nato. Una larga carta sobre el suicidio de un amigo se lee como un relato corto memorable, obra de un escritor creativo[98]. Evidentemente, Martha era tan importante para Freud, que estaba deseoso de compartir con ella las ideas serias y las experiencias importantes.

Jones estaba casi con seguridad en lo cierto al describir a Freud como casto y puritano en su compromiso con Martha. Freud dio permiso a Martha para que fuera a patinar (él, por su parte, nunca patinaba) con la condición de que no fuera acompañada. En 1885 Martha quiso hospedarse en casa de una amiga que, aunque acababa de casarse, se había ''casado antes de su boda''[99]. Freud se lo prohibió. Posteriormente, en 1915, Freud escribió que estaba ''a favor de una vida sexual infinitamente libre, aunque personalmente he usado muy poco esa libertad''. A continuación Freud añadía una salvedad a esa renuncia —''sólo en la medida en que me consideré con derecho a ello''— que invita a la prudencia a la hora de lanzar hipótesis biográficas[100].

Al comienzo de su relación, el ardor de Freud, unas veces expansivo otras veces celoso, era evidente; sus cartas no permiten abrigar la menor duda a ese respecto. Probablemente podríamos aventurar la conjetura sin miedo a equivocarnos de que, al comienzo de su matrimonio en 1886, la ternura de Freud acompañó plenamente a su apasionamiento sexual. Puede que Freud expresara en un ensayo que escribió en 1917 su visión de la posición de Martha:

> Quien sea el primero en satisfacer el deseo de amor de una virgen, contenido durante mucho tiempo y con grandes esfuerzos, y quien, al hacerlo, venza las resistencias que se han formado en ella a través de las influencias de su ambiente y de su educación, ése es el hombre que ella aceptará para una relación duradera, posibilidad que no volverá a existir para ningún otro hombre[101].

A Freud le gustaba poner de relieve la pérdida del yo en una relación amorosa, cosa que era cierta indudablemente en el caso de él con Martha. Los amantes son desinteresados. Al mismo tiempo, estar enamorado presupone un sentido firme del yo. Freud daba por sentado ese yo firme, al

97 Erich Fromm, *Sigmund Freud's Mission* (Nueva York: Harper y Row, 1959), p. 18.
98 *Letters*, pp. 58-66.
99 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 128.
100 *Letters*, p. 308.
101 ''The Taboo of Virginity'' [''El tabú de la virginidad''], *Standard Edition*, Vol. II, p. 193.

enfocar su atención en la pérdida, y ese punto de vista puede revelar algo sobre su propia personalidad.

La forma como Jones trató del matrimonio de Freud es curiosa; aunque sostuvo que la unión entre Freud y Martha fue la perfección misma (''La insuperable ternura de Freud hacia su esposa nunca se vio empañada en los cincuenta y tres años de su vida matrimonial''[102]), también observó de pasada que era ''probable que el aspecto más apasionado de la vida matrimonial se calmara en su caso antes que en el de muchos hombres''. Vale la pena citar el pasaje completo:

> Su esposa fue con toda seguridad la unica mujer en la vida amorosa de Freud, y siempre la anteponía a todos los mortales. Aunque es probable que el aspecto más apasionado de la vida matrimonial se calmara en su caso antes que en el de muchos hombres —de hecho, lo sabemos exactamente— quedó substituido por una devoción inconmovible y un entendimiento armónico y perfecto[103].

El tacto de Jones luchaba con su honradez. En una carta de Emma Jung a Freud del 6 de noviembre de 1911, que Jones mencionó en su texto, pero sólo la citó en una carta, aquélla decía que Freud le había contado que hacía mucho tiempo que su matrimonio estaba ''amortizado'' y que a partir de entonces no quedaba otra cosa que la muerte. Jones había inferido un significado semejante a partir de partes de la correspondencia de Freud en la década de 1890, y en privado pensaba que una temprana decadencia en la sexualidad de Freud estaba relacionada con su neurótico horror a la vejez y a la muerte[104].

En 1887, algo más de un año después de su matrimonio, Freud y su mujer tuvieron su primer hijo, una niña. Su primer hijo varón nació en 1889, el segundo en 1891, el tercero en 1892; otra niña nació en 1893, y una última hija, Anna, en 1895. En 1898 Freud escribió:

> constituiría uno de los mayores triunfos de la humanidad, una de las más tangibles liberaciones de las coacciones impuestas por la naturaleza a las que la humanidad está sometida, si consiguiéramos elevar el acto responsable de la procreación de los hijos al nivel de una actividad deliberada e intencional y liberarlo de su imbricación con la necesaria satisfacción de una necesidad natural[105].

102 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 228.
103 *Ibid.*, Vol. II, p. 386.
104 Cf. *The Freud/Jung Letters*, ed. William McGuire, (a partir de aquí citado como *Freud/Jung Letters*) (Princeton: Princeton University Press; 1974) p. 456. Carta de Ernest Jones a Max Shur, 6 de octubre de 1955 (archivos de Jones). Esta asociación de Jones hace eco a la propia doctrina de Freud; por ejemplo, Freud escribió que ''una restricción de la actividad sexual en una comunidad suele ir acompañada de un aumento de la angustia con respecto a la vida y de miedo a la muerte...'' ''Civilized' Sexual Morality and Modern Nervous Illness'' ['La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna''], *Standard Edition*, Vol. 9, p. 203.
105 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'' [''La sexualidad en la etiología de las neurosis''], *Standard Edition*, Vol. 9, p. 203.

En 1908 Freud consideraba una desgracia que "todos los artificios inventados para impedir la concepción perjudican al goce sexual, hieren las delicadas susceptibilidades de los esposos e incluso causan auténticas enfermedades"[106].

La potencia de Freud debió de verse influida por el desagrado que le inspiraban los métodos anticonceptivos disponibles. Como Martha quedaba embarazada con mucha facilidad, era probable que cualquier fallo en la retirada produjera hijos, e indudablemente esa probabilidad producía angustia a la pareja en relación con el coito. En 1897 (a la edad de 41 años) Freud escribió a su amigo más íntimo, Wilhelm Fliess, que "la excitación sexual ha dejado de ser de utilidad para una persona como yo"[107]. Evidentemente, un par de años antes Martha había estado esperando entrar en la menopausia (o confiaba en ello), a pesar de que sólo contaba treinta y tantos años de edad. En lugar de ello, resultó estar embarazada con Anna. No obstante, parece ser que Martha tuvo una menopausia prematura poco después[108].

Durante el período en que reunió discípulos a su alrededor, Freud no parecía interesarse especialmente por el sexo. No cabe la menor duda de que, desde la perspectiva actual, su postura era la de los mojigatos. En una ocasión Freud habló del "daño que es inherente a la sexualidad en general, por ser la sexual una de las actividades más peligrosas del ser humano"[109]. Y en una carta Freud escribió que "cualquiera que prometa a la humanidad la liberación de las [*sic*] penas del sexo será aclamado como un héroe, aunque hable de cualquier tontería que se le ocurra"[110]. En su libro sobre Leonardo, que contiene muchos indicios autobiográficos, Freud vio a su héroe "como un hombre cuyas necesidad y actividad sexuales eran extraordinariamente reducidas, como si una aspiración más elevada lo hubiera alzado por encima de la necesidad animal común de la humanidad"[111].

En concurrencia con su conversación con Emma Jung en la que ponía en relación sus sentimientos sobre la muerte con el estado de su matrimonio, en 1898 Freud había citado el relato hecho por un "colega" de que un paciente había equiparado la impotencia y la muerte: "*Herr*, debe usted saber que, si *eso* se acaba, en ese caso la vida deja de tener valor". La propia historia, escribió Freud con candor,

estaba íntimamente relacionada con sucesiones de ideas que estaban en un estado de represión dentro de mí... Tengo abundantes pruebas de que así era realmente en la época del tema de "la muerte y la sexualidad", que no necesito citar aquí, procedentes de mi propia autoinvestigación[112].

106 "'Civilized' Sexual Morality and Modern Nervous Illness", p. 194.

107 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 227. En 1894 Freud había escrito que "hace tiempo que la libido ha quedado sometida". Citado en Schur, *Freud*, p. 48.

108 Entrevistas con Esti Freud, 30 de abril y 27 de agosto de 1966. Véase la confirmación del temprano celibato de Freud en Freeman, *Insights*, p. 81.

109 *Minutes*, Vol. II, p. 561.

110 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 151.

111 "Leonardo da Vinci", p. 101.

Aunque a Freud podría gustarle pensar que había, como en su retrato de Leonardo, cierta transferencia de energía detrás del talento y, por lo tanto, alguna conexión entre la sexualidad reducida y el genio, también conservó su capacidad para la vivacidad sexual ocasional. En 1901, cuando Freud contaba cuarenta y cinco años, contó haber conocido "en la casa de unos amigos... a una joven que estaba viviendo de huésped allí y que me provocó una sensación de placer que pensaba se había extinguido hace mucho tiempo. A consecuencia de ello, me encontré en un estado de ánimo jovial, locuaz y cortés"[113].

Existen testimonios sobre el aspecto de la cuestión, a favor de una duración mayor de la vida sexual de Freud. En 1908 Freud comentó en la Sociedad Psicoanalítica de Viena un artículo que "trataba de desentrañar la naturaleza del amor". "Era una buena corazonada", felicitó Freud a Fritz Wittels, "intentarlo a través del estudio de las perversiones. Sin embargo, el problema se resolvió en realidad hace mucho tiempo". Freud dijo que él mismo estaba "proyectando un artículo sobre ese tema, pero por razones prácticas no lo publicará hasta el momento en que su propia sexualidad se haya extinguido"[114]. Pero dos años después Freud publicó el primero de los tres ensayos que más adelante iban a llevar el título colectivo de "Contribuciones a la psicología del amor".

Freud tenía ciertas inhibiciones que podrían concordar con una relativa reducción de su vida sexual después de que Martha dejara de tener hijos. "Llamamos perversa una actividad sexual", escribió durante la Primera Guerra Mundial, "en caso de que haya abandonado el objetivo de la reproducción y persiga la consecución del placer como finalidad independiente de aquélla"[115]. Jones mencionó las "predilecciones puritanas personales"[116] de Freud sin ver las consecuencias de ellas para las teorías de Freud; por ejemplo, el compromiso de Freud para con su obra lo condujo a ver la ciencia enfrentada al principio del placer. Freud pensaba, severamente, que "lo opuesto al juego no es lo serio, sino lo real"[117], y, a pesar del carácter festivo de su propia mente, menospreció firmemente el juego y no lo consideró un componente de la madurez.

Freud era pesimista con respecto a la posibilidad de la gratificación

112 "The Psychical Mechanism of Forgetfulness", *Standard Edition*, Vol. 3, pp. 292-94. Cf. también "The Psichopathology of Everyday Life", p. 3. Estoy en deuda con Meyer Shapiro por haberme indicado que los frescos de Orvieto, que eran una parte esencial de la anécdota de Freud, no sólo tenían que ver con la resurrección además de con la muerte, sino que, además, representaban a tipos masculinos excepcionalmente viriles.

113 "The Psychopathology of Everyday Life", P. 175.

114 *Minutes*, Vol. II, pp. 60-61.

115 "Introductory lectures", Vol. 16, p. 316.

116 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 5.

117 "Creative Writers and Day-Dreaming"; *Standard Edition*, Vol. 9, p. 144.

sexual: "hay algo en la propia naturaleza del instinto sexual que es adverso a la realización de la satisfacción completa". Estaba convencido de que "un obstáculo" era "necesario para intensificar la libido..."[118]. Llegó incluso a escribir que uno de los fines de la terapia analítica era "liberar al neurótico de las cadenas de su sexualidad"[119]. Al mismo tiempo, Freud sabía perfectamente que "la sensación de felicidad procedente de la satisfacción de un impulso instintivo desenfrenado y no dominado por el yo es incomparablemente más intensa que la procedente de la satisfacción de un instinto sometido"[120]. Y también escribió:

> Indudablemente, el amor sexual es una de las cosas principales de la vida, y la unión de la satisfacción mental y carnal en el disfrute del amor es uno de sus puntos culminantes. Aparte de unos cuantos fanáticos chiflados, todo el mundo sabe eso y actúa en consecuencia en su vida; sólo la ciencia es demasiado delicada como para admitirlo[121].

Freud fue audaz al reconocer el papel que la sexualidad infantil podía desempeñar en la vida adulta. Sostuvo, por ejemplo, que la masturbación era la "adición primordial" de la que las posteriores —como el tabaco, la morfina o el juego— eran substituciones. La mitología popular, escribió, ha convenido con frecuencia en que "una permanente reducción en la potencia es una de las consecuencias de la masturbación", y a partir de su experiencia médica no podía excluir esa posibilidad. Pero sus palabras sobre las ventajas de semejante reducción de la potencia sonaban prosaicas y cínicas:

> Cierta disminución de la potencia masculina y de la brutal agresividad que la acompaña es muy apropiada desde el punto de vista de la civilización. Facilita a los hombres civilizados la práctica de las virtudes de la moderación y de la integridad sexuales que son obligatorias para ellos. La virtud acompañada de la potencia plena suele sentirse como un deber duro[122].

Freud pensaba que "con el avance de la civilización, precisamente la vida sexual es la que ha de resultar víctima de la represión"[123], al tiempo que compartía el malestar de la humanidad a causa de las restricciones civilizadas.

Sufriera él o no personalmente de una reducción en su potencia, el caso es que por lo menos nos dio varias explicaciones posibles de ese estado. Una vez citó, por ejemplo a "un hombre que sufría de impotencia sexual ocasional, que tenía su origen en la intimidad de sus relaciones con

118 "On the Universal Tendency to Debasement in the Sphere of Love", pp. 188-89, 187.

119 "Two Encyclopaedia Articles", p. 252.

120 "Civilization and Its Discontents", p. 79.

121 "Observations on Transference-Love" ["Observaciones sobre el 'Amor de transferencia'"], *Standard Edition*, Vol. 12, pp. 169-70.

122 "Contributions to a Discussion on Masturbation" ["Contribuciones al simposio sobre la masturbación"], *Standard Edition*, Vol. 12, p. 252.

123 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 325.

su madre en la infancia..."[124]. Una madre insatisfecha podía "substituir a su marido por su hijito y, al provocar una maduración demasiado temprana del erotismo de éste [privarle]... de parte de su masculinidad"[125]. Al mismo tiempo, Freud sostenía que "ni siquiera un matrimonio llega a ser firme hasta que no haya conseguido la esposa convertir a su marido en su hijo y también actuar como una madre para él"[126], prescripción discutible para una relación sexual madura. Efectivamente, Martha llegó a tratar a Freud como a un niño, y el resultado de ello pudo ser su infantilización como hombre. Tampoco le ayudó para su función de padre; la relativa falta de éxito de Freud con sus hijos pudo deberse a la combinación de su importancia en el mundo y el disminuido papel en casa, lo que les privaba de un modelo masculino fuerte.

La muerte del padre de Freud en 1896 coincidió también con lo que escribió en la época de la reducción de su interés hacia el sexo. Freud citó en una ocasión a un hombre que "era el más declarado rebelde imaginable...; por otro lado, a un nivel más profundo todavía era el más sumiso de los hijos, que después de la muerte de su padre se negó a sí mismo cualquier disfrute de las mujeres a causa de un tierno sentido de culpabilidad"[127]. La trascendental teoría de Freud sobre el significado de los sueños surgió también durante aquel período de la década de 1890. Podría ser plausible creer que, de acuerdo con su propia teoría de la transferencia de las energías humanas, que, después de sus grandes descubrimientos, sus intereses libidinales pasaron a promover su causa.

4. La vida familiar.

Una vez que el movimiento psicoanalítico estuvo en marcha, al historiador le resulta más fácil verificar los detalles de la vida familiar de Freud. Los Freud vivían en un piso en la segunda planta de un edificio de Berggasse, 19; en la planta baja había una carnicería. En 1892 Freud escogió personalmente aquel piso para vivir en él, y él y su familia vivieron en aquel domicilio hasta 1938. De 1892 a 1908 Freud usó para el ejercicio de su profesión un piso aparte de tres habitaciones situado en el entresuelo, separado por unos pocos escalones de la planta baja. A finales de 1907 su hermana Rosa abandonó su piso de la segunda planta, contiguo al de la familia Freud; a partir de entonces Freud pudo usarlo para su trabajo y alquiló toda la segunda planta.

124 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 214.

125 "Leonardo da Vinci", p. 117.

126 "New Introductory Lectures", pp. 133-34.

127 "Some Neurotic Mechanisms in Jealousy, Paranoia and Homosexuality" ("Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad"). *Standard Edition*, Vol. 18, p. 228.

Martha aportó a la familia de Freud parte de la reserva de su propia familia, que contrastaba con la atmósfera pequeñoburguesa de la casa de la madre de Freud. Los Freud tenían muchos criados: "una cocinera que sólo trabajaba en la cocina... una doncella que servía la mesa y también recibía... a los pacientes... una institutriz para los hijos mayores y una niñera para los más pequeños; además, una asistenta acudía cada día para hacer el trabajo más pesado"[128]. Martha debió de ser una buena administradora, pues al parecer aquella institución funcionó perfectamente. En las cuestiones domésticas era ahorrativa, especialmente en lo relativo a sí misma. Aunque "*Frau Professor*" ("la Profesora"), como acabaron llamándola, no cocinaba nunca, era una excelente ama de casa y siempre tenía buena comida disponible. La descripción que hace Jones de la actitud de Freud en la mesa nos recuerda lo ocupado que estaba todo el día y lo preocupado que solía estar con su trabajo.

> La familia almorzaba a la una. Ese era el único momento en que la familia entera solía estar reunida; la cena la tomaban con frecuencia tan tarde, que los miembros más jóvenes ya se habían retirado a la cama. Era la comida principal del día... [Freud] disfrutaba con la comida y solía concentrarse en ella. Estaba muy taciturno durante las comidas, lo que a veces constituía un motivo de desconcierto para los visitantes, que tenían que mantener una conversación exclusivamente con la familia. No obstante, a Freud no se le escapaba nunca una palabra de la conversación familiar ni de las noticias del día... Solía apuntar en silencio... [a una] silla vacía con su cuchillo o tenedor y miraba inquisitivamente a su esposa, sentada en el otro extremo de la mesa. Esta le explicaba que el niño no venía a comer o que tal o cual cosa lo había retenido, ante lo cual Freud, una vez satisfecha su curiosidad, hacía una señal con la cabeza y seguía comiendo en silencio[129].

Martha no era en absoluto una "perfecta huéspeda"[130]. Los Freud nunca celebraban recepciones, pues a la pareja no le gustaban[131]. Tuvieron numerosos huéspedes —y con el tiempo reservaron una habitación del piso para los visitantes—, pero, a medida que pasaron los años, aquella hospitalidad se volvió más rara. Freud no era sociable y Martha no tenía mucho de animadora; era un ama de casa minuciosa que siempre estaba limpiando a fondo algún punto de la casa y preocupada por dónde irían a caer las cenizas del puro de Freud. La compañía cada vez la abrumaba más con angustias triviales.

Una vez al año solía hacer visitas convencionales a las esposas de los amigos íntimos de Freud y de sus discípulos vieneses. Servían té, y quizás la huéspeda habría preparado algún bordado para dárselo a Martha como muestra de agradecimiento por su visita. Mientras que Martha se preocupaba de que los discípulos extranjeros, especialmente las mujeres, se situaran bien, la hija mayor de Freud, Mathilda, era quien solía ayudarles a encontrar piso (y quien a veces obtenía las entradas para el teatro o para un concierto). El movimiento constituía una familia, y la familia era, a su vez, parte del movimiento.

128 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 33.
129 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 382.
130 Sobre esta afirmación de Jones, cf. *ibid.*, p. 387.
131 Comunicado por Ernst Freud a Ernest Jones, 27 de noviembre de 1953 (archivos de Jones).

Martha comprendió muy pronto quién era su marido, y gozó de su fama. Para ella, como para la madre de Freud, éste era un gran hombre y ella lo ensalzaba. A veces se preguntaba por qué algún generoso donante no resolvía su problema de encontrar una casa para el verano. (Dicen que Freud le envió una carta irónicamente haciéndose pasar por semejante benefactor[132].)

Martha disponía la vida de la casa de modo que su marido no encontrara molestias. El piso solía estar extraordinariamente silencioso, especialmente si tenemos en cuenta el número de personas a las que albergaba, y la vida de la familia giraba en torno a su trabajo. Martha hacía más por Freud de lo que era habitual en aquella época. Gran parte de la quisquillosidad de Freud podría haberse debido al compulsivo amor al orden de Martha; ella preparaba sus trajes, escogía todo por él, hasta sus pañuelos, e incluso le colocaba la pasta dentífrica en el cepillo de dientes. "Si hubiera tenido una esposa así", bromeó uno de sus discípulos, "yo también habría podido escribir todos esos libros". Pero, si bien en casa todo se hacía para Freud, y Martha era indulgente en lo relativo a su trabajo, las mujeres eran las que tenían la sartén por el mango. A causa de su hábito de fumador, escribió Freud, su "fama de aseado no es muy buena entre las autoridades de mi casa..."[133].

En una ocasión Freud contó que intentó transferir sus principios teóricos de su trabajo a su familia: "Cuando un miembro de mi familia se me queja de haberse mordido la lengua, de haberse pellizcado un dedo, o cosas semejantes, no obtiene la compasión que espera; en lugar de ello, le pregunto: '¿por qué has hecho eso?' "[134]. Sin embargo, los testimonios indican que su práctica clínica y sus escritos se mantenían alejados de la vida de la casa. Eso se debía en parte a la negativa de Martha de permitir que las ideas psicoanalíticas invadieran el cuarto de los niños, aunque se ha dicho que le permitió usar más el psicoanálisis en la educación de los hijos más pequeños. Según la hija mayor de Freud, y también otras personas, él nunca comentó sus ideas con su esposa[135]. Los recuerdos de Theodor Reik parecen confirmarlo:

> Por conversaciones sostenidas mientras paseábamos por el Semmering, cerca de Viena, tuve la impresión clarísima de que ella no sólo no tenía idea del significado y la importancia del psicoanálisis, sino que, además, tenía resistencias emocionales intensas contra el carácter

132 Entrevista con Helene Deutsch, 18 de septiembre de 1965.
133 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 239.
134 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 180.
135 Carta de Mathilda Freud Hollitscher a Ernest Jones, 30 de marzo de 1952 (archivos de Jones).

de la actividad analítica. En uno de aquellos paseos dijo: "Las mujeres siempre han tenido esos problemas, pero no necesitaban psicoanálisis de ninguna clase para vencerlos. Después de la menopausia se tranquilizan y se resignan"[136].

No era simplemente que la Profesora no permitiera a Freud aplicar el psicoanálisis a la educación de sus hijos; él mismo rehusó practicar su psicología profunda en casa. No siempre estaba escrutando profundamente los motivos humanos, y con su familia podía mostrarse completamente ajeno a la psicología. Enviaba a sus hijos a un doctor de la familia para que averiguaran las cosas de la vida. Cuando en cierta ocasión un discípulo señaló con animación que uno de los perros de Freud estaba soñando, observó: "Les he dicho que les dan demasiada comida, les he dicho que les dan demasiada comida, pero no me escuchan"[137]. Y, cuando en la década de 1920 un visitante en el piso de Freud dio una detallada explicación de un *lapsus linguae* público que se había producido en una ceremonia conmemorativa de un colega, la Profesora comentó (con cierta ironía) lo interesante que había sido el razonamiento: "Nosotros nunca oímos cosas de ese estilo"[138]. Probablemente entendía la esencia de una parte mayor de la obra de su marido de lo que pensaban los discípulos de éste.

A medida que pasaron los años y fue envejeciendo, Martha se vio tratada con menos respeto dentro de la familia: por su marido y su círculo, así como por su hija Anna, aunque no por el resto de los hijos. La crianza de los seis hijos la había agotado antes de tiempo. Se sentía cansada, y Mathilda ayudó a dirigir el aspecto social de la vida familiar. La Profesora era reservada y una dama, de modo que no está claro si su orgullo le impidió ver —o simplemente dar muestras de que veía— cómo quedaba relegada a segundo plano en la vida de Freud. Su serenidad era la de una personalidad rica y no simplemente el resultado de sus inhibiciones. Con ocasión de sus bodas de oro en 1936 Freud escribió a una discípula, Marie Bonaparte: "En realidad, no ha sido una mala solución del problema matrimonial, y todavía hoy es tierna y activa y está sana"[139].

Fuera lo que fuese lo que hubiera continuado existiendo o no entre ellos física o intelectualmente, Martha seguía siendo, como un conocido de Freud lo expresó, la novia de su juventud. Un observador particularmente sensible, un paciente próximo a Freud y a su familia, observó que Martha siguió siendo la madre de sus hijos, y que ella y Freud tenían una relación hermosa y sencilla; para él, ella era la familia[140]. Según otro discípulo,

136 Theodor Reik, "Years of Maturity", *Psychoanalysis*, Vol. 4. Nº 1 (1955), p. 72. Cf. también René Laforgue, "Personal Memories of Freud", en *Freud As We Knew Him*, ed. Ruitenbeek, p. 342.

137 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.

138 *Ibid.* Cf. más abajo p. 357.

139 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 209.

140 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.

durante las vacaciones de verano (cuando Freud no estaba de viaje), no podían pasar una noche sin estar el uno al lado del otro, aun cuando eso significara tener que soportar la incomodidad de una habitación muy pequeña[141].

Aquel afecto no era incompatible en absoluto con la evidente irritación de Freud hacia ella. Como dijo un discípulo, "había una atmósfera de indulgencia comprensiva hacia sus actitudes cada vez más pedantes"[142]. Freud pasaba cada vez menos tiempo con su esposa, a medida que Anna pasó a ocupar su lugar. Pero Anna fue adoptando una actitud cada vez más fría hacia su madre por no tener la fuerza para satisfacer todas las necesidades de Freud. Después de que éste contrajera el cáncer de mandíbula, Anna se ocupó de los cuidados de su condición física; ella era la que se encargaba de ver si se había enjuagado adecuadamente la boca, con la prótesis correspondiente a una parte extirpada en las operaciones. Martha estaba celosa de su hija menor, y se creó un antagonismo entre ellas. En 1939, cuando el sufrimiento de Freud había llegado por fin a vencer su resistencia y él y su médico coincidieron en que ya había sufrido bastante, y que era necesario practicar la eutanasia, Freud encargó a su médico que contara "a Anna lo que hemos hablado"[143], no a su esposa.

Por aquel entonces Anna no sólo había asumido la función de su madre, sino también la de su tía Minna. Pues la hermana de Martha, que había ido a vivir con la familia Freud en 1896[144] a la edad de treinta y un años y siguió con ella hasta su muerte en 1941, no fue un personaje de poca importancia en la vida de Freud. Freud, Martha y la "Tía Minna" acabaron formando un triángulo extraordinario. Físicamente, Minna Bernays era alta y gruesa, mucho más parecida a la dominante madre de Freud que a su esposa; como Amalie Freud, llevaba un anticuado gorrito en la coronilla de la cabeza. Martha y Minna eran dos hermanas muy unidas: como dijo un discípulo, emocionalmente eran "un par de mellizas siamesas". Las dos bordaban como artistas, y ambas (como otros miembros de la familia Freud) padecían jaquecas y vómitos[145]. Aunque Freud no hubiera considerado la jaqueca como una "dolencia orgánica" en lugar de como un síntoma psicógeno[146], partía de la premisa de que la neurosis no existía dentro de su familia. El noviazgo juvenil de Minna había acabado con la muerte de su prometido; posteriormente a los discípulos de Freud les parecía una solterona arquetípica.

141 Entrevista con Eva Rosendfeld, 3 de noviembre de 1966.

142 Max Shur, "The Medical History of Sigmund Freud", p. 44.

143 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 246.

144 *Ibid.*, Vol. I, p. 153. Pero, según notas que Jones tomó hablando con Martha Freud en agosto de 1947, Minna fue a vivir con ellos en 1892.

145 Judith Heller, "My Aunt, Minna Bernays" (archivos de Jones). Entrevistas con Esti Freud.

146 *Minutes*, Vol. II, pp. 525, 527.

Desde el momento en que fue a vivir con la familia Freud, fue un miembro del grupo de personas que él mantenía. Anteriormente había sido institutriz y dama de compañía y participó activamente en la educación de los hijos de Freud. En una carta éste se refirió a "las dos madres: mi esposa y mi cuñada"[147]. Fuera lo que fuese lo que los hijos ganaran con la presencia de Minna, también sufrieron de aquella autoridad materna doble; pues o bien las dos mujeres estaban de acuerdo, lo que hacía que a los hijos les resultara difícil hacerse valer, o bien Martha y Minna no estaban de acuerdo, lo que también podía ser difícil. Se ha dicho que los hijos estaban celosos de la atención mutua que se prestaban las dos hermanas.

Minna, que era la más mordaz de las dos, era tambien la más severa con los hijos. A partir de su boda, una de las nueras de Freud (Esti, la esposa de Martin) tomo a mal el papel que la Tía Minna desempeñaba en la vida de su marido. Minna desaprobaba el matrimonio de Martin; cuando éste acababa de salir liberado de un campo de prisioneros de la Primera Guerra Mundial, Minna dijo: "Está pasando de una prisión a otra". A pesar de lo mordaz y desagradable que podía ser, su franqueza nunca la enemistó con su hermana Martha; cuando Esti (entonces separada de su marido) visitó a la Profesora años después de la muerte de Minna, Martha se sintió herida y sorprendida de que no le preguntara por Minna.

Minna era mucho más intelectual que Martha, leía lenguas extranjeras con facilidad, había leído mucho, y llegó a ser un auténtico sostén para Freud en su trabajo. Algunos han dicho que Martha, en los comienzos, escuchaba las historias relativas a algunos de los pacientes de Freud; pero nunca colaboró activamente en su obra. Sin embargo, Minna entendía realmente sus ideas, y era mucho más probable que Freud comentara sus casos con ella que con Martha. Según la leyenda familiar, Freud dictó una de sus traducciones a Minna[148]. En una conversación, Freud recordó que en su época más solitaria y, sin embargo, más creativa, la década de 1890, sólo Minna y su amigo Wilhelm Fliess habían sido capaces de alentar su fe en sí mismo, pues creían en su realización intelectual[149]. Minna estaba libre de la actitud contenciosa que adoptaba Freud hacia los hombres intelectuales; era más una oyente, una pantalla proyectora para sus ideas, que una colaboradora.

Minna era una compañera favorita de Freud para los juegos de cartas y también viajaba a menudo con él en las vacaciones de verano. Martha iba a su propio balneario. (Cuando los miembros de la familia Freud se tomaban unas vacaciones juntos, Freud viajaba "solo y cómodamente"[150].)

147 *Letters*, p. 288.
148 Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 24 de abril de 1952 (archivos de Jones).
149 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 387. Cf. también la carta de Marie Bonaparte a Ernest Jones del 10 de diciembre de 1953 (archivos de Jones).
150 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 44.

Freud era un viajero animoso, y Martha apenas podía seguir al mismo paso que él. Pero se han dado muchas explicaciones diferentes de la razón por la que Freud viajaba con Minna y no con Martha.

Freud no disfrutaba viajando solo. Según una versión, a Freud le gustaban las montañas, pero las alturas no le sentaban a la Profesora[151]; desde luego, a Freud también le encantaba Italia, y Martha tampoco fue con él allí nunca. En una ocasión Jones explicó la incapacidad de Martha para acompañar a su marido en las vacaciones por su necesidad de recuperarse de una enfermedad; otro año, dijo Jones, Martha tenía que cuidar a un hijo enfermo; y Jones cita otra ocasión en que Freud fue a Bad Gastein con Minna porque "también [ella] necesitaba tratamiento allí"[152]. Fueran cuales fuesen las razones de aquella incompatibilidad, es indiscutible que Freud y Minna disfrutaban viajando juntos regularmente.

En 1969 apareció un artículo según el cual Jung había afirmado que Minna le había hablado de su angustia en relación con el amor de Freud hacia ella y con la intimidad de su relación[153]. Podría ser atractivo pensar que Freud y Minna sentían una gran pasión mutua. Freud escribió una vez que, a diferencia del novio de Minna y de Martha, que eran dos personas completamente buenas, él y Minna eran, según el comentario de Jones, "personas vehementes y apasionadas, no tan buenas"[154]. Es de suponer que Freud pretendía explicar por qué se entendía él con Martha, y Minna con su novio, por el contraste de sus naturalezas. Pero podría darse una interpretación completamente diferente (y profética) a esa caracterización.

Los testimonios en favor de la prematura decadencia de la vida sexual de Freud podrían interpretarse desde un punto de vista completamente diferente; lo que pudo haber ocurrido, en lugar de la disminución de su pasión por Martha, es que transfiriera sus necesidades físicas y/o sentimentales a otra mujer, Minna. (Un antiguo vecino de los Freud pensaba que Minna era más bella que Martha.) En el caso de un escritor tan prolífico y autoinvestigador, podría ser perfectamente que, si llegó a producirse alguna vez una aventura amorosa con Minna, existan testimonios de ella en alguna de las cartas inéditas.

Existen señales de la insatisfacción sexual de Freud; en una ocasión indicó que en un viaje a Italia se vio a sí mismo dirigiéndose una y otra vez involuntariamente al barrio de las prostitutas[155]. El puritanismo de Freud podría interpretarse como una formación reactiva ante el hecho de que sus pasiones hubieran ardido con viveza. Resulta difícil conciliar al hombre lleno de vitalidad que conocemos por sus obras y sus cartas con el hombre que reaccionó ante su autoanálisis en la década de 1890 con una pérdida relativa de la potencia.

151 Entrevista con Kata Levy, 20 de julio de 1965.
152 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 10, 25, 79.
153 Bilinsky, "Freud and Jung", pp. 39-43.
154 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I. P, 164.
155 "The 'Uncanny'", *Standard Edition*, Vol. 17, p. 237.

Sin embargo, a la hora de hacer balance, provisionalmente me inclino por rechazar la idea de que existiera una relación física entre Freud y Minna. Efectivamente, ésta habló a Jung del interés de Freud hacia ella; sus atenciones la inquietaban. Pero, según el relato de Jung, lo que era inquietante era el afecto de Freud hacia ella, no la existencia de una auténtica relación sentimental amorosa[156].

A los discípulos de Freud Minna apenas les parecía una mujer: asexual y neutral. En por lo menos una ocasión Freud planteó la cuestión de su relación con Minna en un análisis; Freud regañó al paciente: "Así, que también usted cree en mi aventura amorosa con Minna". Pero, cuando el paciente lo negó, Freud pareció algo disgustado, tan ofendido por Minna como por él[157]. Freud aborrecía el desorden, y el conflicto de los celos probablemente habría hecho imposible la vida en Berggasse. Quizás a causa de sus sentimientos hacia Minna había disminuido el entusiasmo sexual de Freud; la pérdida de la potencia podría haber sido un recurso inconsciente para impedirle ser infiel a Martha.

La cuestión importante es lo que significaba Minna para Freud, la influencia que consiguió ejercer sobre él, y no tanto los detalles de una posible relación sexual entre ellos. Freud parecía tener una división en su vida amorosa, al haber permanecido su sexualidad fiel a Martha y haber transferido su compromiso espiritual a Minna. Puede que su unión con Martha no hubiera sobrevivido tan bien, si no hubiera sido por la presencia de Minna en la casa. Por lo que sabemos, a Freud no le costaba mucho mantener controlada su sexualidad en sus contactos con sus discípulas[158]. Resulta difícil saber cuál de las alternativas posibles habría sido mejor para Freud como persona; pues haber seguido haciendo el amor con una mujer que conservaba tan poco interés hacia él como Martha podría haber sido peor que serle infiel o carecer de potencia.

En los últimos años de Freud, Minna, igual que Martha, quedó arrinconada por Anna. Cualesquiera que fuesen los sentimientos que todavía abrigara hacia Martha, era Minna la que se encargaba de que Freud tomara su medicina a tiempo y la que le servía su segunda taza de café. Minna estaba llena de admiración por su estoicismo frente al cáncer; cualquier hombre "ordinario", observó en cierta ocasión, habría puesto fin a su vida mucho antes[159]. Las cataratas en los ojos afligieron en gran medida la vejez de Minna. Jones estaba convencido de que, de las tres mujeres más próximas a Freud en el momento de su muerte —Anna, Martha y Minna— la última, ya con la salud debilitada, fue la que más sufrió por aquella desgracia[160].

156 Entrevista con Henry Murray, 10 de noviembre de 1965.

157 Entrevista con Eva Rosenfeld, 3 de noviembre de 1966.

158 Hitschmann observó en cierta ocasión a través del pantalón de Freud una erección después de pasar una hora con una mujer bella. Carta de Edward Hitschmann a Ernest Jones, 26 de marzo de 1954 (archivos de Jones).

159 Entrevista con Eva Rosenfeld, 1 de septiembre de 1965.

160 Carta de Ernest Jones a Max Eitingon, 21 de octubre de 1939 (archivos de Jones).

Capítulo 3
UNA CIENCIA DE LOS SUEÑOS

1. "Las luchas por el reconocimiento".

El pasado es de importancia especial tanto para el biógrafo como para el psicoanalista, puesto que ambos comparten el interés por reconstruir la historia con el fin de entender mejor al ser humano. Aunque Freud se preocupaba más de lo habitual por desentrañar el significado de sus comienzos, sería un error limitarse a extraer el componente autobiográfico en todo lo que escribió. Pues, muy por encima de su búsqueda de la autocomprensión, estaba apasionadamente comprometido con la ciencia. Jean-Paul Sartre ha observado[1] que el judío en particular ha aprendido a desconfiar de la intuición y de la empatía por considerarlas formas de magia que no se prestan a la discusión racional, con lo que legitiman las discriminaciones entre los hombres. Por otro lado, la inteligencia es una facultad universal, a disposición —en grados variables— de todos.

Como hemos visto, al principio la carrera científica de Freud estuvo obstaculizada por su relativa pobreza y su deseo de casarse con Martha, lo que hizo que el fisiólogo Ernst Bücke le aconsejara abrazar la práctica de la medicina. (Años después Freud recordó que Brücke le había reconvenido por su falta de puntualidad: "A nadie que recuerde los ojos de aquel gran

1 Jean-Paul Sartre, *Anti-Semite and Jew*, traducido por George J. Becker, (Nueva York: Grove Press; 1948), p. 114.

hombre, que conservaban su impresionante belleza incluso en su vejez, y que lo haya visto alguna vez enfurecido, le resultará difícil imaginar las emociones del joven pecador''[2]. Posteriormente Freud era conocido entre sus pupilos por su extraordinaria puntualidad, y sus propios ojos y capacidad para enfurecerse fueron no menos notables.) Jakob Freud no había pensado que el futuro de su hijo como doctor fuera demasiado prometedor, dado que, a pesar de su brillantez, parecía horrorizado a la vista de sangre[3]. Como Freud recordó en 1914, ''sólo de mala gana me dediqué a la profesión de la medicina, pero en aquella época tenía un motivo poderoso para ayudar a las personas que sufren afecciones nerviosas o, por lo menos, para desear entender algo de sus estados''[4]. Diez años después, en su estudio biográfico Freud observó, refiriéndose a su elección de una carrera, que ''ni en aquella época ni, de hecho, en mi vida posterior sentí predilección particular alguna por la carrera de doctor. Más que nada, me movía una especie de curiosidad, que, sin embargo, estaba orientada más hacia los asuntos humanos que hacia los objetos naturales...''[5].

Varios años después volvió a hablar Freud de su motivación para hacerse médico, aquella vez en apoyo de la práctica del psicoanálisis por parte de analistas que no fueran médicos:

> Después de cuarenta y un años de actividad médica, mi autoconocimiento me dice que nunca he sido un doctor en sentido propio. Llegué a ser doctor a causa de haberme visto obligado a desviarme de mi propósito original; y el triunfo de mi vida estriba en haber vuelto a encontrar el camino hacia mi trayectoria primitiva, después de un viaje largo y tortuoso. No tengo conocimiento de haber tenido deseo alguno en mi infancia de ayudar a la humanidad que sufre.

Freud tenía un sentido sorprendente para captar la forma como los opuestos van unidos, y en ese punto hizo una pausa para añadir una explicación de la ausencia de ''deseo'' alguno en su infancia ''de ayudar a la humanidad que sufre''. ''Mi disposición sádica innata no era muy fuerte'', escribió, con palabras que debieron de sorprender a los lectores en 1925, ''de modo que no necesitaba desarrollar dicho deseo, que es una de sus derivaciones''.

> En mi juventud sentí una necesidad irresistible de entender algo de los enigmas del mundo que vivimos y de contribuir quizás a su solución. El medio más prometedor de alcanzar ese fin parecía ser el de matricularme en la facultad de medicina...[6].

En cartas a Martha de los primeros tiempos de su investigación médica y durante su noviazgo, hay testimonios de lo que llamaba sus ''luchas por

2 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 422.
3 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 24.
4 ''On the History'', p. 9.
5 ''An Autobiographical Study'', p. 8.
6 ''The Question of Lay Analysis'', p. 253.

el reconocimiento''[7]. Haber hecho un descubrimiento científico antes no sólo habría hecho avanzar su carrera, sino que, además, habría asegurado su futuro económico y habría hecho posible adelantar su matrimonio con Martha. ''Es difícil encontrar material para la publicación'', se lamentaba, y ''me irrita ver cómo todo el mundo se lanza directamente a publicar sobre la herencia no explotada de las enfermedades nerviosas''[8].

En 1884 Freud empezó a hacer experimentos —consigo mismo, con Martha, con sus hermanos, y con otras personas— sobre la forma como la cocaína podía aliviar la angustia y la depresión: Freud escribió ''un artículo que introdujo la cocaína en la medicina''[9]. A pesar de su intolerancia de las drogas en general, Freud se mostró tan entusiasta sobre aquel trabajo, que no tuvo la cautela suficiente con respecto a las características adictivas de la cocaína. Una vez que se conocieron los peligros reales, el uso que Freud había hecho anteriormente de la droga hizo poco para mejorar su posición en los círculos médicos solventes de Viena, sino que, al contrario, como él escribió, le valió ''serios reproches''[10].

Freud perdió la oportunidad de hacerse famoso en la exploración de los usos de la cocaína. Un colega suyo vienés, Karl Koller, descubrió que la cocaína puede actuar como anestésico local en la cirugía ocular. Indudablemente, Koller había aprovechado el trabajo anterior de Freud sobre la cocaína, pero se ganó legítimamente todo el honor por hacer el descubrimiento especial del valor de la cocaína para la cirugía ocular, especialidad muy alejada de la de Freud. En aquella época Freud pensó que la contribución de Koller sería sólo un aspecto de los muchos usos posibles de la droga, pero, de hecho, se convirtió en el uso terapéutico principal[11].

Aunque Freud reconoció públicamente el mérito de Koller, no pudo por menos de culpar a alguien de lo que le pareció una oportunidad perdida, idea comprensible aunque fantástica. En la época de su interés por la cocaína, Freud había querido visitar a Martha en Berlín y acabó a prisa y corriendo su ensayo sobre la cocaína. Pero posteriormente Jones demostró que en realidad no había esa razón para apresurarse[12]. Freud concluyó su artículo prediciendo que la acción anestésica de la cocaína se utilizaría de diferentes formas. Como escribió más adelante en 1897, ''la esperanza expresada al final de que la propiedad de la cocaína para producir anestesia local encontraría otras aplicaciones cobró realidad poco después con los experimentos de K. Koller de anestesiar la córnea''[13].

7 *Letters*, p. 98.
8 *Ibid.*, p. 89.
9 ''Autobiographical Note''. *Standard Edition*, Vol. 3, p. 2.325.
10 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 4, p. 111.
11 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. 1, p. 88.
12 *Ibid.*, p. 79.
13 ''Abstracts of the Scientific Writings of Dr. Sigm. Freud'', *Standard Edition*, Vol. 3, p. 233.

Antes de ponerse en camino para ir a ver a Martha, Freud había sugerido a Leopold Koenigstein, un amigo oftalmólogo, que ensayara los efectos de la cocaína sobre las enfermedades de los ojos. Koenigstein había usado una solución comercial procedente de un droguero que contenía demasiado alcohol, por lo que no produjo el efecto deseado, mientras que Koller preparó su propia solución y obtuvo el éxito que le valió la fama mundial[14]. Como escribió Freud en 1899, "yo mismo también había indicado esa aplicación del alcaloide en mi artículo publicado, pero no había prolongado la investigación suficientemente"[15]. Así, que en eso se basaba Freud en 1926 para escribir que había sido "culpa de mi novia que no fuera ya famoso a esa edad tan temprana... pero no le guardé rencor por la interrupción"[16]. Aquel suceso nos recuerda que Freud acusó a su padre de "generosa imprevisión" por no haberle aconsejado con insistencia que abrazara una carrera científica pura: Martha pudo parecerle la causa de que perdiera una oportunidad precisamente porque la razón primordial para escoger medicina había sido la de poder casarse pronto con ella.

A Freud siempre le preocupó que alguien le arrebatara prematuramente un descubrimiento suyo. Por ejemplo, Wittels contó que en 1906 Freud seguía teniendo presente el caso de Koller y la cocaína:

> Según Freud, Koller había tenido... la idea fija de que haría un descubrimiento oftalmológico y había tratado de aplicar al dominio oftalmológico todo lo que había oído y leído. Esa fue la razón por la que Koller, a pesar de no ser un hombre de capacidad destacada, se había apresurado a aplicarse una solución de cocaína en los ojos en cuanto leyó el ensayo de Freud... Una explicación tan mecánica de un descubrimiento me parece inadecuada. Koller no se convirtió en oftalmólogo hasta después de su éxito. Antes, su objetivo había sido estudiar cirugía general...[17]

En una carta de 1924 a Wittels, Freud desaprobó aquella descripción del caso de la cocaína:

> El lector habría... recibido una impresión diferente de mi actitud hacia el descubrimiento de Koller, si se le hubiera dicho —cosa que en realidad usted no podía saber— que en aquella época Koenigstein (fue *él*, no yo, quien lamentó tan profundamente haber perdido la oportunidad de ganarse aquellos laureles) exigió que se lo considerara co-descubridor y que Koenigstein y Koller nos escogieron a Julius Wagner *y a mí* como árbitros. Creo que a los dos nos honró el hecho de que cada uno de nosotros se pusiera de parte del cliente contrario. Wagner, como delegado de Koller, votó en favor de reconocer la reclamación de Koenigstein, mientras que yo era sinceramente partidario de conceder el reconocimiento a Koller exclusivamente. No puedo recordar a qué compromiso llegamos[18].

14 Según otra versión, puede que Koenigstein añadiera algo para aclarar la solución, con lo que arruinó el experimento. Cf. carta de Kurt Eissler a Ernest Jones, 9 de noviembre de 1953 (archivos de Jones).

15 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 170.

16 "An Autobiographical Study", pp. 14-15.

17 Wittels, *Sigmund Freud*, p. 25.

18 *Letters*, p. 351.

Hanns Sachs recordaba también una ocasión en que Freud habló del caso de la cocaína, en la que, sin embargo, atribuyó a Koller un método semejante a su estilo unilateral del descubrimiento. Freud había dicho:

> Cuando era yo un joven interno en el Hospital General, entre mis amigos había uno que parecía obsesionado con la idea de descubrir una nueva terapia oftalmológica. Fuera cual fuese el problema médico que se discutiera, sus pensamientos y cuestiones iban siempre en la misma dirección: ¿podría usarse para los ojos?, con lo que a veces se ponía un poco pesado con su monomanía. Pues bien, un día estaba yo en el patio con un grupo de colegas uno de los cuales era aquel hombre, cuando otro interno pasó ante nosotros mostrando las señales de estar sufriendo un dolor intenso. Le dije: "Creo que puedo ayudarte", y fuimos todos a mi habitación donde le apliqué unas gotas de una medicina que hicieron desaparecer el dolor instantáneamente. Expliqué a mis amigos que aquella medicina era un extracto de una planta sudamericana, la coca, que parecía tener propiedades poderosas para aliviar el dolor y sobre la cual estaba preparando un artículo. El hombre permanentemente interesado en los ojos, cuyo nombre era Koller, no dijo nada, pero unos meses después me enteré de que había empezado a revolucionar la cirugía ocular mediante el uso de la cocaína, con lo que había facilitado operaciones que hasta entonces habían resultado imposibles. Ese es el único modo de hacer descubrimientos: tener nuestras ideas enfocadas exclusivamente en una cuestión central[19].

En 1909 o 1910, quizás con ocasión de un artículo de periódico sobre el descubrimiento por parte de Koller de los usos quirúrgicos de la cocaína, Freud explicó a un joven paciente del psicoanálisis que quien había hecho el auténtico descubrimiento había sido él, no Koller. Entonces Freud consideraba el episodio de la cocaína como un triunfo, no como una derrota, dado que el auténtico descubrimiento era suyo[20]. Insistió en que, cuando citó el uso de la cocaína a Koegnistein sabía perfectamente en qué consistía el gran regalo que le estaba haciendo; sencillamente Koegnistein había cometido una torpeza[21]. Sin embargo, Koller tenía perfecto derecho a su reconocimiento, si bien Freud afirmaba que el mérito del descubrimiento era suyo. Por su parte, Koller sostenía que el trabajo de Freud no había influido en absoluto en su descubrimiento[22].

Independientemente de la controversia con Koller, en relación con sus propios maestros Freud fue más generoso a la hora de reconocer la influencia de éstos en su desarrollo. Para ser un gran maestro ayuda el hecho de haber sido en un tiempo un discípulo extraordinariamente ferviente; para Freud, "enseñar a un antiguo maestro algo" significaba "una satisfacción pura, absoluta"[23]. Aun cuando contaba cuarenta años de edad, Freud relataba sueños intensos de estar realizando los antiguos

19 Sachs, *Freud: Master and Friend* (Londres: Imago; 1945), p. 69.

20 Carta de Albert Hirst a Ernest Jones del 6 de noviembre de 1953, y carta de Ernest Jones a Albert Hirst del 10 de noviembre de 1953 (archivos de Jones). Entrevista con Albert Hirst.

21 Carta de Albert Hirst a Anna Freud del 19 de octubre de 1953, y carta de Kurt Eissler a Ernest Jones del 9 de noviembre de 1953 (archivos de Jones).

22 Carta de Siegfried Bernfeld a Ernest Jones del 27 de abril de 1952 (archivos de Jones).

23 *Letters*, p. 73.

exámenes escolares. Rindió homenaje a sus antiguos mentores en los nombres que escogió para sus hijos. ''Insistí en que se escogieran sus nombres, no de acuerdo con la moda del momento, sino en memoria de personas por las que había sentido afecto. Sus nombres convertían a dichas personas en *aparecidos*. Y, después de todo —pensé—: ¿acaso no es el hecho de tener hijos nuestro único camino hacia la inmortalidad?''[24] Jean Martin recibió su nombre de Jean Martin Charcot, Ernst de Ernst Brücke, Mathilda de la esposa de Josef Breuer, y Anna de la hija de un antiguo maestro de Freud. En la década de 1920 Freud dispuso que se diera a un nieto el nombre de un discípulo fallecido, pero apreciado, y sus seguidores reconocieron su importancia de forma semejante como mentor en sus vidas al dar los nombres de los hijos de Freud a los suyos.

Jones explicó sagazmente la tendencia de Freud a la veneración de los héroes como una proyección de ''su sentido innato de la capacidad y de la superioridad en una serie de mentores de algunos de los cuales llegó a depender, curiosamente, para darse ánimos''. Sin embargo, como reacción contra aquella tendencia a idealizar a las personas Freud podía ser susceptible con respecto al hecho de ser dependiente o de ''ver restringida su libertad de acción... La libertad y la independencia eran un elemento vital para él''[25]. La susceptibilidad de Freud hacia las personas que le ayudaban, su necesidad de ellas así como su miedo a perderlas, estaba meridianamente clara para él. En un pasaje que posteriormente eliminó de *Psicopatología de la vida cotidiana*, escribió:

> No existe idea a la que me sienta más hostil que la de ser el protegido de alguien... el papel de hijo favorito armoniza muy poco con mi carácter. Siempre he sentido un impulso extraordinariamente fuerte a ''ser yo mismo el hombre fuerte''.

Y, sin embargo, según escribió Freud, de joven acarició ''la fantasía de verme salvado'' por un poderoso benefactor; al mismo tiempo, se sintió obligado a ''volver tolerable para mi orgullo mi anhelo de un defensor y protector... en mi vida consciente oponía profunda resistencia a la idea de depender del favor de un protector, y... me resultaba difícil tolerar las pocas situaciones reales en que algo de esa naturaleza ocurrió''[26]. Con sus antecedentes familiares, al necesitar crearse a sí mismo y ser su propio padre, Freud tenía necesidad de cariño y al mismo tiempo deseaba apasionadamente ser independiente.

Freud habló con claridad del enorme papel que ciertas figuras paternales llegaron a desempeñar en su vida. Durante cuatro meses y medio, en 1885-86, como parte de su formación neurológica, Freud estudió en París con Charcot. Como Freud recordó, ''con frecuencia caminaba por las calles, solo y añorante, enormemente necesitado de alguien que me

24 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 487.
25 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 3, 420.
26 ''The Psychopathology of Everyday Life'', pp. 149-50.

ayudara y protegiera, hasta que el gran Charcot me aceptó en su círculo''[27]. En 1899 Freud se calificó a si mismo de ''discípulo de Brücke'' y de ''discípulo de Charcot''[28], y sería difícil sobreestimar la duradera identificación de Freud con Charcot. Como escribió Freud en una comunicación a la facultad de medicina de la Universidad de Viena después de su viaje a París, Charcot era un ''gran hombre''. Freud dijo que abandonó París ''como admirador incondicional de Charcot''[29], y algo después escribió que seguía conservando ''el recuerdo de la voz y las miradas del Maestro''[30]. Freud conservó siempre colgada en la pared una fotografía de aquel ''sabio'' (firmada por Charcot, a petición de Freud): ''Nadie me ha influido nunca del mismo modo''[31].

Las cualidades personales que Freud admiraba en Charcot eran compatibles con la concepción que Freud tenía de sí mismo y podía aspirar sin dificultad a emularlas. Charcot ''se sentía como quienes creen llevar un bastón de mando de mariscal de campo en la mochila''[32]. El encuentro con Charcot, para Freud un ''famoso descubridor'', fue un hito en la carrera del joven. En su favorable ensayo sobre Charcot, Freud —quien con frecuencia usaba imágenes pictóricas— admiraba en su antiguo maestro ''la transparente claridad de su dicción y la plasticidad de sus descripciones''.

> No era un hombre reflexivo ni un pensador: tenía la naturaleza de un artista; era, como él mismo decía, un ''*visuel*'', un hombre que ve... Se le podía oír decir que la mayor satisfacción que un hombre podía tener era la de ver algo nuevo, es decir, de reconocerlo como nuevo...

Freud recordó haber puesto la siguiente objeción a una de las innovaciones clínicas de Charcot: ''Eso no puede ser cierto, contradice la teoría Young-Helmholtz''. Charcot no había respondido: 'En ese caso, tanto peor para la teoría, ... los hechos clínicos tienen prioridad' o algo parecido; pero dijo algo que causó una gran impresión...: *'La théorie, c'est bon, mais ça n'empeche pas d'exister'* ''. Aquella observación (''La teoría es buena; pero no impide que las cosas existan'') era una de las que Freud solía repetir a lo largo de toda su vida. Charcot ''nunca se cansó de defender los derechos de la práctica del trabajo puramente clínico, que consiste en ver y ordenar las cosas, contra la intromisión de la medicina teórica''[33]. Freud dijo que había ''aprendido a refrenar las tendencias especulativas y a seguir el consejo inolvidable de mi maestro, Charcot:

27 *Ibid.*, p. 149.
28 ''Autobiographical Notes'', p. 325.
29 ''Report on My Studies in Paris and Berlin''. *Standard Edition*, Vol. I, p. 10.
30 ''Preface and Footnotes to the Translations of Charcot's *Tuesday Lectures*'', *Standard Edition*, Vol. I, p. 135.
31 Citado en ''Editor's Note'', *Standard Edition*, Vol. 3, p. 10.
32 Wittels, *Sigmund Freud*, p. 28.
33 ''Charcot'', *Standard Edition*, Vol. 3, pp. 17, 15, 12, 13.

observar las mismas cosas una y otra vez hasta que por sí mismas empiecen a hablar''[34]. Según Freud, Charcot (como el propio Freud en sus últimos años) ''encontraba un deleite legítimo y humano en sus grandes éxitos y solía disfrutar hablando de sus comienzos y del camino que había recorrido''[35]..

Como profesor, Charcot había sido (una vez más, como Freud posteriormente) ''absolutamente fascinante'', y había dejado tras sí ''una multitud de discípulos''. Charcot daba buena acogida a los estudiantes en su familia, y daba muestras de una ''lealtad eterna hacia ellos''. Al ''dar la relación más detallada de sus procesos de pensamiento y al mostrar la mayor franqueza sobre sus dudas y vacilaciones, había procurado reducir el abismo existente entre profesor y discípulo''. Otro paralelo entre ellos era que Charcot había tenido también una ''hija muy aventajada que estaba llegando a parecerse a su padre...''[36]..

La originalidad de Charcot estribaba en su respeto científico por el sufrimiento de los neuróticos; en aquella época en Europa central la desconfianza hacia los desórdenes nerviosos ''se extendía no sólo a los pacientes, sino también a los médicos que se interesaban en las neurosis''[37]. Charcot, además de ser ''un gran médico y amigo del hombre'', ''no [era] pesimista en sus expectativas terapéuticas...''[38] Es cierto que Charcot recalcaba el papel desempeñado por la herencia como causa de la neurosis y concedía menos importancia al factor que en aquella época Freud consideraba responsable: la sífilis del padre; no obstante, Charcot había empezado a volver inteligibles racionalmente fenómenos clínicos que otros habían pasado por alto hasta entonces.

Charcot descubrió que mediante la hipnosis era posible evocar síntomas que anteriormente habían parecido de origen puramente orgánico. Percibió ''la presencia de la regularidad y de la ley... [mientras] que otros veían simulaciones de enfermedades o una desconcertante ausencia de concordancia con la regla''[39], y aquello tenía por fuerza que interesar al científico que era Freud. Se puso a traducir al alemán uno de los libros de texto de Charcot, pero, como admitió Freud posteriormente, ''infringí en realidad los derechos de propiedad relativos a las publicaciones. Añadí notas al texto que traduje, sin pedir permiso al autor, y algunos años después tuve razones para sospechar que mi arbitraria acción desagradó al autor''[40].

Charcot inspiró no sólo a Freud, sino también a toda una escuela de

34 ''On the History'', p. 22.
35 ''Charcot'', p. 11.
36 *Ibid.*, pp. 17, 15, 16, 18.
37 *Ibid.*, p. 19.
38 *Ibid.*, p. 17.
39 ''On the Psychical Mechanisms of Histerical Phenomena'' [''El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos''], *Standard Edition*, Vol. 3, p. 17.
40 ''The Psychopathology of Everyday Life'', p. 161.

discípulos franceses, el principal de los cuales fue Pierre Janet[41]. Mientras que Charcot había estado enfrascado en el trabajo clínico en el hospital, el famoso La Salpêtrière, Janet comenzó con objetivos de laboratorio, no clínicos; la obra de Charcot era como ''una cocina bulliciosa, llena de ruido, olores, explosiones y excitaciones, como el propio La Salpêtrière. La de Janet era una despensa limpia y bien surtida con todas las cosas guardadas en tarros''[42]. Sin embargo, Janet tuvo la previsión de seguir la pauta de Charcot para el entendimiento de los síntomas mentales, especialmente los estados de disociación (''las personalidades múltiples''). Verdaderamente, Janet parece moderno y posfreudiano por su insistencia en el papel que desempeña la debilidad de las capacidades integradoras superiores de una persona en la liberación de reacciones inferiores más primitivas[43].

Pero a pesar de su insistencia en los procesos del yo, Janet no vio tan claramente como Freud el papel que el conflicto psicológico desempeña en la enfermedad mental, el hecho de que hasta la mente ''normal'' puede estar en desacuerdo permanente consigo misma. No obstante, la obra de Janet estuvo lo suficientemente próxima a la de Freud como para que en años posteriores llegaran a ser claramente rivales. Una de las razones por las que Freud prefería el término ''inconsciente'' al de ''subconsciente'' era que Janet había usado este último. En 1917 Freud le demostró consideración, al admitir que Janet tenía ''derecho a alegar precedencia en la publicación''. Sin embargo, Janet no había seguido el camino que Freud tomó, y Freud dijo que había ''dejado de entender los escritos de Janet''[44]. En 1911 le habían dicho a Freud que Janet había ''hecho un intento real de leer los libros de usted, pero le resulta prácticamente imposible''[45]. En la década de 1920 Janet decía directamente que Freud había plagiado sus ideas y se había limitado a modificar la terminología. ''Se ha dicho'', escribió Freud, ''que utilicé mi viaje a París para familiarizarme con las teorías de Pierre Janet y después me marché con el botín''[46]. A Freud le ofendía que ''los autores franceses [estén] propagando la calumnia de que asistí... a las clases [de Janet] y le robé sus ideas''[47]. Según Freud, él ''siempre [había] tratado a Janet con respeto...

41 Henri F. Ellenberger, *The Discovery of The Unconscious* (Nueva York: Basic Books; 1970), pp. 331-417.
42 Leston Havens, ''Pierre Janet'', *The Journal of Nervous and Mental Disease*, Vol. 143, N. 5 (1966), p. 397.
43 *Ibid.*, p. 396.
44 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 257.
45 Citado en *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, ed. Natham Hale, Jr. (Cambridge: Harvard University Press; 1971), p. 131.
46 ''An Autobiographical Study'', p. 13.
47 Citado en E. A. Bennet. ''The Freud-Janet Controversy'', *British Medical Journal*, 2 de enero de 1965, pp. 52-53.

Pero... se comportó mal, demostró ignorancia de los hechos y usó argumentos ofensivos''[48].

2. El primer mentor: Josef Breuer.

En opinión de Freud, Janet, a diferencia de su común maestro Charcot, no había influido en él y simplemente se convirtió en un adversario del psicoanálisis. Sin embargo, Josef Breuer fue un profesor y un amigo íntimo de Freud que tuvo en él por lo menos tanta repercusión como Charcot, si no más, y que indudablemente desempeñó un papel mucho más personal en su vida. Breuer era un hombre afable con una práctica inmensa en la medicina interna; también tenía una excelente mentalidad científica, y ''descubrió la función del laberinto del oído y el mecanismo que controla la respiración normal (la ley de Breuer-Hering)''[49].

Durante el tratamiento de una paciente entre 1880 y 1882 (por tanto, antes de la publicación del primer libro de Janet), Breuer había descubierto que los síntomas patológicos de por lo menos algunos tipos de pacientes neuróticos no son absurdos, sino que tienen un significado. Breuer había adoptado el procedimiento de investigar la historia de cada síntoma, pues parecía aliviar el sufrimiento de la joven (en su historial clínico se la llamó ''Anna O.''). Tal como Freud lo expresó, ''Breuer [había] descubierto con su primer paciente [psicoterapéutico] que el intento de descubrir la causa determinante de un síntoma era al mismo tiempo una maniobra terapéutica''. Breuer no había continuado la investigación de aquella sucesión de ideas, pero él y Freud emprendieron en colaboración una investigación más amplia: ''nuestro procedimiento consistía en tomar cada síntoma particular e investigar las circunstancias en que apareció por primera vez...''[50]. Por consiguiente, ''el descubrimiento de Breuer completó el de Charcot; o puede considerarse como el descubrimiento de Charcot invertido. Charcot había mostrado que infundiendo las ideas adecuadas era posible causar síntomas histéricos. Breuer mostró que los síntomas histéricos desaparecen, cuando se puede exhumar del inconsciente la idea patógena''[51].

Breuer fue el guía y el sostén de Freud durante más de diez años: le prestaba dinero, le enviaba clientes y en general se mostraba solícito con la carrera de su joven protegido. Freud reconoció que Breuer se interesaba

48 ''An Autobiographical Study'', p. 31. Cf. Pierre Janet, *Psychological Healing*. Vol. I (Nueva York: Macmillan; 1925), pp. 601-40.

49 Alfred Schick, ''The Vienna of Sigmund Freud'', *Psychoanalytic Review*, Vol. 55, N. 4 (Invierno 1968-69), p. 543.

50 ''On the Psychical Mechanims of Hysterical Phenomena'', pp. 35, 30.

51 Wittels, *Sigmund Freud*, p. 38.

por su bienestar; cuando Freud pasó a explorar el papel desempeñado por la sexualidad en los orígenes de la neurosis, dijo en una carta que ''Breuer dirá que me he hecho mucho daño a mí mismo''[52]. Freud intentó pagar su deuda para con Breuer, persuadiéndole a publicar los descubrimientos que habían hecho juntos y dedicando su tratado neurológico sobre la afasia a su mentor.

Resulta extraordinaria la lentitud con que Freud iba a reconocer las diferencias reales entre la posición de Breuer y la suya; como descubridor científico, Freud resultó ser un conquistador renuente. En 1896 Freud escribió en un artículo que debía sus ''resultados a un nuevo método de psicoanálisis, el procedimiento exploratorio de Josef Breuer...''[53] Y, sin embargo, mucho después, en una época en que probablemente Breuer se habría disociado con gusto de los descubrimientos debidos a lo que Freud había llegado a llamar ''psicoanálisis'', Freud seguía rindiendo homenaje a Breuer y afirmando que el descubrimiento de éste era anterior. Incluso después de su ruptura personal, Freud, escribiendo sobre sí mismo en tercera personal dijo en 1903 que ''como resultado de una sugerencia personal de Breuer, Freud resucitó ese procedimiento [usado con Anna O.] y lo puso a prueba con un número considerable de pacientes''[54].

Podría parecer que la obra de Freud era tan sorprendente para él mismo, que por algún tiempo no pudo resignarse a asumir la responsabilidad exclusiva con respecto a ella, y necesitó escudarse tras la fama de Breuer. Incluso en época tan avanzada como 1909, en sus conferencias en la Universidad Clark de América (donde recibió su único título honorario), Freud llegó hasta el extremo de afirmar que ''indudablemente debo este honor únicamente al hecho de que mi nombre va unido al tema del psicoanálisis... Si es un mérito haber creado el psicoanálisis, ese mérito no es mío''[55]. Sin embargo, en 1914, después de la pérdida de sus discípulos Adler, Stekel y Jung, Freud hizo una referencia diferente a sus palabras sobre Breuer en las conferencias de Clark: ''algunos amigos bien intencionados me han sugerido dudas con respecto a si no habría expresado en aquella ocasión mi gratitud de forma demasiado extravagante''[56]. Como lo expresó Freud posteriormente, en 1914 se sintió capaz de asumir ''la responsabilidad total con respecto al psicoanálisis''[57]. No obstante, Freud siguió mostrando consideración especial hacia Breuer y en plena Primera Guerra Mundial todavía mantenía: ''Sigo a Breuer al afirmar que siempre que nos encontramos con un síntoma, podemos inferir que existen determinados procesos inconscientes en el paciente que contienen el sentido del síntoma''[58].

52 Citado en ''Editor's Note'', *Standard Edition*, Vol. 3, p. 261.

53 ''Heredity and the Aetiology of the Neuroses'', *Standard Edition*, Vol. 3, p. 151.

54 ''Freud's Psychoanalytic Procedure'', *Standard Edition*, Vol. 7, p. 249.

55 ''Five Lectures on Psychoanalysis'', *Standard Edition*, Vol. 11, p. 9.

56 ''On the History'', p. 8.

57 ''Five Lectures on Psychoanalysis'', p. 9.

58 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 279.

Entre Breuer y Freud acabaron por surgir serias diferencias, pues el joven estaba más deseoso de explorar minuciosamente aquella nueva veta del pensamiento. Breuer, entre otros, había sugerido a Freud el papel desempeñado a veces por la sexualidad en la dolencia neurótica. Freud había afirmado rotundamente que "la idea cuya responsabilidad estaba atribuyéndoseme no procedía en absoluto de mí". Pero en aquella ocasión Freud hacía una distinción:

> una cosa es expresar una idea una o dos veces en forma de un *aperçu* de pasada y otra muy diferente significarla seriamente: interpretarla literalmente, examinarla con vistas a cualquier detalle contradictorio, y conseguir un lugar para ella entre las verdades aceptadas[59].

Freud ha postulado que los pacientes enferman, cuando no pueden aceptar ciertos aspectos de su pasado. Mientras que Breuer asignaba una función patológica a los llamados "estados hipnoides" (en que experiencias que en otros casos no serían excepcionales adquirían una importancia especial), Freud, psicólogo más minucioso, se sentía "inclinado a sospechar la existencia de una interacción de fuerzas y la intervención de intenciones y propósitos como los que se observan en la vida normal"[60]. Sin embargo, estaban de acuerdo con respecto al objetivo terapéutico de realzar recuerdos que se podían reavivar bajo los efectos de la hipnosis y que, al recordarse y reconocerse vívidamente (el método de la "catarsis") tenían una repercusión curativa.

Ninguna de sus diferencias intelectuales parece suficiente para explicar la "ruptura" final en las relaciones entre Freud y Breuer[61]. Freud se tomó la molestia en 1914 de expresar su gratitud porque no hubiera habido disputas sobre la prioridad del descubrimiento científico entre ellos. Por ejemplo, en su obra en colaboración introdujeron el concepto de "conversión" para describir el hecho de que los síntomas psicológicos "representaban un empleo anormal de cantidades de excitación que no se habían eliminado..."

> Siempre que Breuer, en sus contribuciones teóricas a los estudios sobre *La histeria* (1895), se refirió a ese proceso de conversión, añadió mi nombre entre corchetes detrás de él, como si la prioridad con respecto a ese intento de evaluación teórica fuese mía. Creo que en realidad esa distinción concierne sólo al nombre, y que esa concepción se nos ocurrió a los dos simultáneamente[62].

Sin embargo, según el compilador y traductor de las obras de Freud, James Strachey, "parece haber un error en este caso. En su contribución, Breuer usa el término [conversión] (o sus derivados) por lo menos quince

59 "On the History", pp. 13-15.
60 "An Autobiographical Study", p. 23.
61 "On the History", p. 11.
62 *Ibid.*, pp. 8-9.

veces. Pero sólo en una ocasión (la primera vez que lo usa...) añade efectivamente el nombre de Freud entre corchetes"[63].

Cualesquiera que fuesen las causas de su ruptura, y fuera cual fuese el papel que desempeñaran en ella las razones científicas, la admiración de Freud hacia Breuer se transformó en una aversión intensa. (En la edición de sus obras se suprimió gran parte de esa animosidad, pero recientemente se ha puesto a disposición del público parte de ese material[64].) La actitud de Freud hacia Breuer, como su actitud hacia Martha cuando su noviazgo conoció problemas, era la de querer todo o nada; si Breuer no podía seguir a Freud hasta el final de sus investigaciones, en ese caso Breuer se convertía en un enemigo y un adversario. Ante aquellas nuevas circunstancias Freud quiso pagar el dinero que todavía debía a Breuer, y, cuando Breuer se negó a cogerlo, Freud lamentó todavía más su dependencia anterior con respecto a su maestro. La *Psicopatología de la vida cotidiana* contiene una referencia muy poco disimulada al cambio en su relación con la familia Breuer. Refiriéndose a "la familia M.", Freud escribió:

> nuestra amistad íntima dio paso posteriormente a un alejamiento total... Adopté la costumbre... de evitar también el barrio y la casa... como si fueran territorio prohibido... el dinero fue una de las razones ["una de las más importantes razones", en algunas ediciones posteriores] de mi alejamiento de la familia que vivía en ese edificio[65].

En cierta ocasión Otto Rank planteó sugestivamente la cuestión de si la descripción que había hecho Freud del dramático efecto que había tenido en él la muerte de su padre en 1896, y la evocación del pasado que estimuló, no podrían haber sido en parte un autoengaño, una evasión regresiva ante un conflicto presente: una negación de la importancia de la separación que estaba produciéndose entonces entre Breuer y él.

En años posteriores Freud solía hablar en privado con condescendencia y desprecio de Breuer por su presunta cobardía ante los nuevos descubrimientos del psicoanálisis[66]. Pero un discípulo como Freud no podía separarse fácilmente de un ideal del yo como Breuer, como tampoco era fácil para Freud dejar que sus discípulos especiales se separaran de él. Sin embargo, en sus publicaciones Freud nunca dejó de reconocer su deuda para con Breuer. "En esa relación naturalmente quien ganó fui yo. Posteriormente, el desarrollo del psicoanálisis me costó la pérdida de su amistad. No me fue fácil pagar semejante precio, pero no pude evitarlo"[67]. Desgraciadamente, Breuer no había tenido suficiente distanciamiento como para reconocer la "naturaleza universal" de los fenómenos

63 *Ibid.*, p. 9.
64 Carta de Ernest Jones a James Strachey del 6 de noviembre de 1951 (archivos de Jones). Cf. Schur, *Freud*, pp. 204, 216-17.
65 "The Psychopathology of Everyday Life", pp. 137-38.
66 Entrevista con Abraham Kardiner, 1 de abril de 1967.
67 "An Autobiographical Study", p. 19.

inesperados a que tuvo que enfrentarse en el caso de Anna O. Al parecer, aquella paciente había desarrollado una intensa fijación erótica en Breuer, a quien preocupaba lo que pudiera haber hecho para despertar semejantes esperanzas [68]. Por otro lado, Freud percibió con serenidad que Breuer "había tropezado con algo que nunca está ausente: la transferencia por parte del paciente a su médico..."[69].

Freud descubrió que todos los pacientes se acercan a la psicoterapia con un mundo interior formado por relaciones pasadas, y el psicoterapeuta, quiera o no quiera, evoca sentimientos que son aparentemente de una intensidad irracional, pero cuyo carácter puede entenderse en función de la historia anterior del paciente. Según Freud, Breuer se había negado a iniciar otro tratamiento con Anna O., porque "no había entendido la naturaleza impersonal del proceso" de semejantes "transferencias" en la terapia; así, pues, Anna O. no estaba reaccionando ante Breuer personalmente, sino ante Breuer visto a la luz de otras figuras importantes de su vida. La estrategia terapéutica de Freud consistía en interpretar las transferencias para liberar al paciente de su pasado.

Cuando Breuer murió en 1925, Freud escribió una calurosa necrología en que reconocía que había sido "un hombre de dotes ricas y universales". A pesar de que Breuer era catorce años mayor, "amigo y sostén", Freud se refería al período de colaboración mutua como una época en que Breuer "se sometió a mi influencia..."[70] En una ocasión Freud habló de aquel recuerdo a uno de sus estudiantes, Karl Abraham: "Intercambié cartas cordiales con su familia, con lo que di una conclusión digna a mis decisivas relaciones con él"[71]. Ahora bien, las cualidades de caballerosidad de Freud no deben ocultar la intensidad con que se sintió traicionado. La nuera de Breuer recordó que iba paseando en cierta ocasión con éste, cuando ya era viejo; de repente, vio a Freud que avanzaba hacia él, y Breuer instintivamente abrió los brazos. Freud pasó de largo, simulando no verlo, lo que da una idea de lo profundamente que debió de haberle herido la ruptura[72].

Puesto que Freud había estado tan vinculado a Breuer y el informe de su maestro sobre el caso de Anna O. le había influido tan profundamente, se sintió autorizado a repudiar cualquier insinuación de que había contado con las ideas de Janet, cualesquiera que fueran las semejanzas en sus formulaciones. El método de tratamiento que Freud empezó a elaborar a partir de su trabajo con Breuer señaló los comienzos de los aspectos distintivos de la terapia psicoanalítica. En época tan temprana como 1895 Freud se refería ya a "la teoría freudiana" y al "psicoanálisis" como

68 Ellenberg ha acabado con esos mitos. Cf. su "The Story of 'Anna O'", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Vol. 8, Nº 3 (julio de 1972), pp. 267-79.

69 "Josef Breuer", *Standard Edition*, Vol. 19, p. 280.

70 "Josef Breuer", p. 280.

71 *Letters of Freud and Abraham*, p. 386.

72 Carta de Hannah Breuer a Ernest Jones del 21 de abril de 1954 (archivo de Jones).

término aparecido por primera vez en un artículo de Freud publicado en 1896[73]; sin embargo, aquello a lo que iba a referirse la teoría freudiana, así como lo que constituía el psicoanálisis, iba a cambiar mucho con el tiempo.

Freud había empezado tratando trastornos histéricos que no seguían una pauta anatómica. La hipótesis de Freud y Breuer consistía en que el trastorno original era la existencia de un afecto estrangulado, de emociones que no eran conscientes para la mente despierta del paciente. Prestando atención a la historia de los síntomas, el terapeuta podía eliminar el trastorno mediante el despertar de los recuerdos. A pesar de los comentarios que hizo Freud en su vejez sobre que había carecido de "un temperamento médico auténtico", existen indicios de que al comienzo de su carrera estaba enormemente interesado en obtener éxitos terapéuticos. Es cierto que, a lo largo de toda su carrera, Freud siguió usando términos como "observador" y "observaciones" en lugar de "asistente" y "curativo"; sin embargo, la atención detallada que prestaba al historial de los síntomas de sus pacientes se apoyaba en algo más que en la pura curiosidad científica.

Inicialmente, Freud descubrió que la hipnosis era la ténica mejor para enfocar la neurosis. Parece ser que el papel de hipnotizador le fascinaba:

> Cualquiera que haya reunido algunas experiencias personales con el hipnotismo recordará la impresión que le causó la primera vez que ejerció lo que hasta entonces había sido una influencia inopinada en la vida psíquica de otra persona y pudo hacer experimentos con una mente humana que sólo son posibles con el cuerpo de un animal[74].

Freud escribió que lo practicaba a pesar de las "protestas" de sus pacientes, conforme intentaba poner al descubierto sus autoengaños; según la concepción que Freud tenía del hipnotismo, "no debe permitirse contradicción alguna"[75]. Mediante el poder especial de la sugestión —"rechazo enérgico de las dolencias de que se haya quejado el paciente, o asegurándole que puede hacer algo, u ordenándole que lo haga"[76]— podían lograrse mejorías terapéuticas. Desde el punto de vista del terapeuta, "la rememoración de tantas curas producidas por la hipnosis atribuirá a su comportamiento hacia sus pacientes una certidumbre que no podrá dejar tampoco de infundirles la esperanza de otro éxito terapéutico"[77]. Durante un tiempo, el hipnotismo le pareció a Freud una bendición para el investigador científico y para el terapeuta clínico.

73 "A Reply to Criticism on My Paper on Anxiety Neurosis", *Standard Edition*, Vol. 3, p. 131; "Heredity and the Aetiology of the Neuroses", p. 151.

74 "Review of August Forel's *Hypnotism*", *Standard Edition*, Vol. 1, pp. 98-99.

75 "The Neuro-Psychoses of Defence" ["La neuro-psicosis de defensa"], *Standard Edition*, Vol. 1, p. 112.

76 "Hypnotism", p. 111.

77 *Ibid.*, p. 105.

A mediados de la década de 1890 el entusiasmo con respecto al hipnotismo había ido disminuyendo. Entre otras razones, porque el ingrediente de sugestión que incluía —a pesar de ser "incomparablemente más atractivo que las prohibiciones monótonas y forzadas usadas en el tratamiento por sugestión [pura]"[78]— apenas era conveniente para la investigación. Freud comprendió ya que el objetivo terapéutico consistía en superar no simplemente los síntomas dolorosos, sino los propios procesos patológicos. Según la concepción de Freud, el uso fructífero del hipnotismo requería "entusiasmo, paciencia, gran certeza y una gran cantidad de estratagemas e inspiraciones"[79]. Pero como a Freud le parecía difícil mantener ese nivel de compromiso con la técnica, sacó la conclusión de que el hipnotismo era "un aliado temperamental y, casi podríamos decir, místico"[80]. El hipnotismo llegaba a ser "*monótono*, a la larga"[81] y, además, tendía a acabar con el sentido de confianza en sí mismo del paciente.

Freud se describió a sí mismo en aquel período de flujo creativo como "impelido sobre todo por la necesidad práctica"[82], y, al leer sus historias clínicas de aquella época, parece efectivamente que iba haciendo modificaciones a medida que su experiencia clínica lo iluminaba gradualmente. Su descripción de cómo adoptó la técnica de la asociación libre, por ejemplo, es emocionante por su sencillez. Al parecer, un paciente opuso una resistencia obstinada a la intervención de Freud en pleno flujo del material clínico. "Entonces comprendí que no había conseguido nada con esas interrupciones y que no puedo dejar de escuchar las historias de la paciente en todos sus detalles y hasta el final". En otro momento, la paciente "dijo en claro tono de reconvención que no debía seguir preguntándole de donde procedía esto o aquello, sino que debía dejarle decirme lo que tenía que contar". Tal como lo expresó Freud con sencillez, "le di la razón en eso..."[83]. Freud descubrió que tenía que ser más paciente en su terapia, y, en lugar de comenzar por los síntomas apremiantes y pretender aclararlos, dejó que la paciente escogiera el tema del trabajo del día. Sin embargo, el sofá era un vestigio útil del uso de la hipnosis por parte de Freud, puesto que permitía tanto al analista como al paciente relajarse y hacer asociaciones libres sin el agobio (por lo menos, para Freud) de las confrontaciones directas cara a cara.

Para su época, la nueva técnica de Freud parecía mucho menos directiva que la mayoría de los métodos de tratamiento. Con el tiempo, iba a haber que recalcar los aspectos de manipulación —demasiado fáciles de

78 "On the History", p. 9.
79 "Review of August Forel's *Hypnotism*", p. 99.
80 "Five Lectures on Psychoanalysis", p. 22.
81 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 449.
82 "Five Lectures on Psychoanalysis", p. 22.
83 Josef Breuer y Sigmund Freud, "Studies on Hysteria" ("La histeria"), *Standard Edition*, Vol. 2, pp. 61, 63.

ocultar— en la situación analítica; pero Freud recurría a las fuerzas racionales de sus pacientes, intentaba liberar sus energías para el futuro mediante una comprensión del pasado. Mientras que el tratamiento hipnótico había intentado "encubrir y disimular algo de la vida mental", el análisis intentaba en cambio "exponer y eliminar algo. El primero actúa como un cosmético, el segundo como una cirugía"[84]. Como hombre que se había hecho a sí mismo, Freud ideó un método de terapia que contaba con la capacidad del paciente para transcender racionalmente las limitaciones de su mundo privado y para llegar, mediante el autoconocimiento verbal, a un distanciamiento de sus emociones que le permitiría ejercer un autodominio auténtico. Fueran cuales fuesen las situaciones externas en que la persona pudiera encontrarse, por lo menos podía aprender a ejercer al máximo el control de sus emociones internas.

3. El autoanálisis.

En la década de 1890 Freud estuvo probablemente más angustiado que en ninguna otra de su vida. Por lo menos, los testimonios de sus disgustos, miedos y depresiones relativos a ese período son los más extensos que tenemos. La creación por parte de Freud del psicoanálisis abarcó no sólo el tratamiento de sus pacientes, sino también el intento de analizarse a sí mismo. Esas dos empresas iban unidas, ya que con lo que descubría sobre los pacientes se ayudaba a sí mismo, y lo que descubría introspectivamente podía usarlo para ayudar a los neuróticos. Además, la teoría y la práctica del psicoanálisis sirvieron a Freud como instrumentos de autoocultación y también de autodescubrimiento. El artista que había en él pudo usar sus propias experiencias más intensas como base a partir de la cual comunicar con la humanidad en general. Freud no solía ser reservado a la hora de describir el infierno que había en su propia alma; en la década de 1890 su mundo interior parece haber estado en tal agitación, que, cuando en época posterior y más estable sintió afecto por discípulos creativos pero relativamente desorganizados, quizás estuviera mostrando también un afecto especial hacia un yo anterior, pero ya oculto para su seguridad.

En la vida diaria las limitaciones de Freud apenas podían advertirse; pues en la década de 1890 actuaba formando parte de un amplio grupo familiar. Aunque posteriormente sus discípulos percibieron su cordialidad, les parecía una persona absolutamente disciplinada. Además de reservado y serio, Freud era tenaz, independiente y animoso. Su hijo mayor sencillamente no podía imaginar que su padre no fuera siempre impecablemente vestido o ni siquiera sin corbata.

84 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 450.

Ahora bien, Freud sufrió también hacia la mitad de su vida de irritabilidad urinaria, lo que significaba frecuente necesidad de orinar, si no incontinencia de la orina (quizás relacionada con trastornos prostáticos)[85]. Además, los espasmos del colon lo exponían a movimientos irregulares del intestino. Sabemos más sobre este problema que sobre otros porque Freud habló francamente de él en sus cartas[86]. Según uno de los médicos de Freud que posteriormente llegó a ser analista y a especializarse en la medicina psicosomática, los síntomas gastrointestinales de Freud eran una reacción regular ante su tensión interna[87].

Freud sufrió también de ataques de jaqueca a lo largo de toda su vida; según su descripción pública, eran "suaves" pero Jones los consideraba "severos"[88]. En la década de 1890, cuando Freud escribió más sobre ese problema que posteriormente[89], relacionó las jaquecas con la privación sexual. Aquella fue la década en que Freud y su esposa tuvieron los cuatro últimos de sus seis hijos, y estaban decididos a no tener más. La conexión entre la vida personal de Freud y su obra científica tiene que ser, a veces, hipotética. Pero en la década de 1890, Freud estaba interesado especialmente en escribir sobre las consecuencias del "coitus interruptus" y le concedió "un lugar prominente entre las causas de la neurosis de angustia"[90].

Sin embargo, la de que en la década de 1890 Freud estaba padeciendo una "neurosis de angustia" no es una conjetura reciente. Tenía un temor especial en relación con su corazón[91], le preocupaba la muerte, y especulaba con las fechas que podrían ser especialmente peligrosas. Una corriente del romanticismo en la Europa central se había ocupado del problema de la muerte, pero en el caso de Freud había, además, motivos personales. "El tema de la muerte, el temor a ella y el deseo de ella, había sido siempre

85 Carta de Ernest Jones a Max Schur, 6 de octubre de 1955 (archivos de Jones).

86 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 391. Cf. también carta de Ernest Jones a Anna Freud, 18 de marzo de 1954 (archivos de Jones).

87 Carta de Max Schur a Ernest Jones, 30 de septiembre de 1955 (archivos de Jones). Esta larga carta equivalía en realidad a un ensayo y resulta reveladora con respecto al contacto de Schur con Freud.

88 "The Psychopatology of Everyday Life", p. 21; Jones, *Sigmund Freud*. Vol. II, p. 392.

89 *The Origins of Psychoanalysis*, pp. 116-18. Cf. también "A Reply to Criticism of My Paper on Anxiety Neurosis", p. 133.

90 "On the Grounds for Detaching a Particular Syndrome from Neurasthenia under the Description 'Anxiety Neurosis'" ("Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de 'Neurosis de angustia'"). p. 133.

91 Max Schur ha conjeturado recientemente una crisis cardiaca en la década de 1890, por oposición a la versión de Freud (y de Jones) de aquellos síntomas como parte de una psiconeurosis. Como Schur era consciente de "lo difícil que es llegar a un diagnóstico diferencial válido unos setenta y cinco años después del hecho", opiniones médicas adicionales pueden ser útiles a la hora de decidir si hay que corregir la interpretación habitual. Schur, *Freud*, p. 55.

una preocupación constante de la mente de Freud que se remonta a los primeros testimonios que tenemos de ella"[92].

Como el orgasmo sexual se ha relacionado con la muerte, tanto en la literatura como en el folklore popular, es posible que las inhibiciones sexuales de Freud hubieran estado relacionadas con sus angustias en relación con el corazón. Cuando escribió sobre el tema de la muerte y de la sexualidad, y sobre la opinión del paciente de un colega de que una vez que el sexo llega a su fin la vida deja de tener valor, Freud dijo que "el propio corazón, como órgano corporal enfermo" había contado en sus asociaciones e ideas[93]. Poco después, Freud quedó convencido de que el miedo neurótico a la muerte debía explicarse generalmente por sentimientos de culpabilidad. Pero lo que es tan sorprendente como las angustias de Freud con respecto a la muerte es la entereza con que sobrellevó el sufrimiento real provocado por su cáncer de mandíbula; pues Freud soportó aquella muerte interior con valor y resignación a lo largo de los dieciséis últimos años de su vida.

Sin embargo, en años anteriores su neurosis de angustia adoptó también otras formas, por ejemplo un miedo a los espacios abiertos (que suele ser más común en las mujeres). En cierta ocasión, al cruzar una plaza con Theodor Reik, Freud vaciló, cogió a Reik del "brazo y dijo: '¿ve usted? Todavía me queda algo de mi antigua agarofobia, que me molestó mucho en mi juventud' "[94]. En cierta ocasión Freud sugirió que "a veces la agarofobia tiene la finalidad exclusiva de impedir al paciente ir con prostitutas"[95]. Freud habló también de la agarafobia en conexión con las fobias a la locomoción, y, de hecho, varias personas han informado sobre las angustias de Freud con respecto a los viajes, que le hacían llegar a la estación mucho antes de la hora de salida del tren y preocuparse de contar sus maletas. (De acuerdo con el principio de Freud de que los opuestos van juntos, también era enormemente aficionado a viajar.) El propio Freud dijo en una ocasión que la salida del viaje por tren simbolizaba la separación definitiva, la muerte[96]. La manifestación de semejantes temores a las situaciones especiales formaba parte de la neurosis de angustia de Freud, "de la que las fobias son", pensaba Freud, "una manifestación física". En la década de 1890 Freud sugirió que "la causa específica" de la neurosis de angustia era "la acumulación de tensión sexual..."[97]. Aunque aquellos problemas no le impedían en absoluto continuar su obra, la agorafobia de la juventud de Freud concuerda con la experiencia de su edad madura, cuando donde más a gusto se encontraba era en su despacho.

92 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III,p. 42.

93 "The Psychical Mechanism of Forgetfulness", p. 296.

94 Theodor Reik, *Listening with the Third Ear*. (Nueva York: Farrat, Strauss; 1948), pp. 15-16.

95 *Minutes*, II, pp. 459, 371.

96 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 153.

97 "Obsessions and Phobias" ("Obsesiones y fobias: su mecanismo psíquico y su etiología"), *Standard Edition*, Vol. 3, p. 81.

Freud era también un gran fumador de puros, y ese hábito debió de contribuir al desarrollo de su cáncer. Después de intentar abandonar el hábito, Freud descubrió que no podía trabajar productivamente sin fumar puros, aun a pesar de reconocer que su pasión por el tabaco obstaculizaba su exploración de algunos problemas psicológicos[98]. Pero la mayoría de sus dificultades personales —urinarias, gastrointestinales, sexuales, las jaquecas, así como las angustias y las fobias— las conocemos con tanto detalle sólo porque fue lo bastante honrado como para escribir o hablar de ellas; además, él mismo nos ha aportado algunos de los conceptos que nos permiten interpretar su material autobiográfico.

Reconocer que Freud tuvo sus trastornos humanos, que tuvo temores, y que no dominaba todas sus emociones, significa simplemente estar de acuerdo con sus propias teorías psicoanalíticas. Pero Freud no era en absoluto la suma de sus trastornos; en realidad, el hecho de que realizara una obra tan vasta a pesar de sus dificultades, o, mejor, de que consiguiera encauzar su neurosis por canales constructivos, da idea de sus capacidades. Freud escribió en una ocasión que una persona idealmente "normal" es un tipo mixto, y tiene capas narcisistas, obsesivas e histéricas; indudablemente, en aquella ocasión Freud estaba escribiendo sobre sí mismo[99]. Cualquier descripción de las experiencias de Freud con sus dificultades más íntimas debe prevenirnos contra una concepción excesivamente puritana de la "normalidad".

Mientras Freud estuvo intentando aceptarse a sí mismo durante aquellos años, pasó por un período en que prescindió de los contactos intelectuales regulares que había mantenido anteriormente. Freud nunca había sido el clásico vienés sociable y de trato fácil. Para su discípulo Hanns Sachs, por ejemplo, era "evidente" que "la personalidad de Freud, su forma de pensar y de vivir" representaba "el polo opuesto de todo lo que se ha descrito... como típico de Viena"[100]. Freud prefirió recalcar el ostracismo a que lo habían sometido sus colegas vieneses[101]. Indudablemente, Freud dio varios pasos en falso en sus comienzos que iban a resultar contraproducentes para sus ambiciones, y el hecho de que administrara una droga como la cocaína no contribuyó precisamente a granjearle reputación de integridad. Cuando pasó a aplicar el tratamiento a las neurosis, primero con el hipnotismo y después con la asociación libre, y cuando llegó a formular su teoría de los sueños y del inconsciente, sus técnicas se adelantaban demasiado a su época como para que sus contemporáneos médicos las apreciaran. La reflexión de Freud de que "hay algo

98 *Letters of Freud and Abraham*, p. 233.
99 "Libidinal Types", *Standard Edition*, Vol. 21, p. 219.
100 Sachs, *Freud, p. 34.*
101 Jones, *Free Associations* (Nueva York: Basic Books; 1959), p. 213.

cómico en la incongruencia entre la valoración propia y la ajena del trabajo intelectual"[102] estaba justificada.

Aunque puede ser que sufriera por su soledad, Freud se recreaba con su aislamiento. Tal como recordaba en 1914,

> Mi "espléndido aislamiento" no carecía de ventajas y atractivos. No me veía obligado a leer publicaciones de ningún tipo, ni a escuchar a adversarios mal informados... no había nada que me apremiara... Mis publicaciones, que me resultaba algo difícil colocar, podían siempre quedar muy rezagadas con respecto a mis conocimientos, y podía posponerlas durante el tiempo que deseara, ya que no había "prioridad" dudosa que defender[103].

No obstante, Freud tomó a mal el "vacío" que se formó en torno a su persona[104]. En 1924 rememoró las resistencias que habían provocado sus ideas:

> Durante más de diez años después de mi separación de Breuer no tuve seguidores. Estuve completamente aislado. En Viena me rehuían; en el extranjero no me hacían caso. Apenas se publicaron recensiones sobre mi obra *La interpretación de los sueños* en las revistas técnicas... Tan pronto como comprendí la naturaleza inevitable de la resistencia con que topé mi susceptibilidad disminuyó en gran medida[105].

Freud opinaba que su ostracismo durante aquellos años podía explicarse por "la aversión y el rechazo" inevitables que sus ideas, tan mal acogidas, habían evocado, y aquella reacción iba dirigida contra su propia persona[106]. En 1926 escribió que "el anuncio de mis desagradables descubrimientos produjo como resultado el cese de la mayoría de mis contactos humanos; me sentí como despreciado y universalmente rehuido por todos"[107].

Sería imposible sobreestimar lo mucho de sí mismo que Freud incluyó en su obra:

> Mis innovaciones en psicología me habían separado de mis contemporáneos, y especialmente de los de más edad: con bastante frecuencia, cuando me acercaba a algún hombre al que había reverenciado a distancia, me veía rechazado, por decirlo así, por su falta de comprensión hacia lo que había llegado a ser toda mi vida para mí[108].

Aunque Freud había sido un explorador intrépido en busca de descubrimientos, retrocedió a su período de aislamiento para apoyar, y también explicar, la intensidad de su independencia. "Apenas era de esperar... que durante los años en que yo solo representaba al psicoanálisis mostrara

102 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 84.
103 "On the History", p. 22.
104 *Ibid.*, pp. 12-13.
105 "An Autobiographical Study", p. 48.
106 "On the History", p. 12.
107 "Address to the Society of B'nai B'rith", p. 273.
108 "My Contact with Josef Popper-Lynkeus" ("Mi relación con Josef Popper-Lynkeus"), *Standard Edition*, Vol. 22, p. 224.

respeto particular alguno hacia la opinión del mundo o inclinación alguna hacia el apaciguamiento intelectual''[109].

No obstante, si bien se apartó del mundo, usó sus propias respuestas como medios para entender las de los demás:

> A través de mis pensamientos circula una corriente continua de ''autorreferencia'', de la que generalmente no tengo noticia alguna, pero que se manifiesta por... casos de olvido de nombres. Es como si me viera obligado a comparar con mi propia persona todo lo que oigo sobre personas ajenas; como si mis complejos personales se pusieran sobre aviso, siempre que observo a alguna otra persona. Esto no puede ser una peculiaridad individual mía: al contrario, debe de constituir un indicio de la forma como entendemos ''lo ajeno a nosotros'' en general. Tengo razones para suponer que las demás personas son muy semejantes a mí con respecto a eso[110].

Así que el sistema psicológico creado por Freud concuerda fielmente con sus peculiaridades personales, lo que demuestra que la aparición del psicoanálisis distó de ser un avance científico fríamente neutral. Tampoco la retrospección de Freud dejó de estar teñida con su sensibilidad: la investigación ha refutado el mito de que apenas se publicaron recensiones sobre *La interpretación de los sueños* de Freud[111].

Freud describió el mecanismo de los paranoicos con manía persecutoria, que ''no pueden considerar indiferente nada de lo que las demás personas hacen''. De forma bastante parecida al analista en ejercicio con sus pacientes, esa clase de personas ''recogen hasta los indicios más insignificantes que las demás personas, desconocidas, les muestran, y los usan en sus manías de relación. El significado de su manía de relación es el de que esperan de todos los desconocidos algo como el amor''. Freud vio ''la enemistad que el paranoico con manía persecutoria ve en los demás'' como el ''reflejo de sus propios impulsos hostiles hacia ellos''[112].

Fue una suerte que Freud fuese un hombre fuera de lo común, pues eso le permitió comprender que los demás podían ser como él, y a partir de esa base pudo hacer generalizaciones sobre las emociones de las demás personas. De modo, que, cuanto más profundizara en su autoanálisis, mejores serían sus condiciones para entender a sus pacientes. En 1882 Freud había observado que ''siempre que era incapaz de calibrar las emociones de otra persona mediante las suyas, sentía una sensación extraña...[113]. El autoanálisis de Freud le proporcionó empatía y conocimiento, aunque no su ideal de libertad. Pero, para ser obra de un hombre solo, la labor psicológica de Freud fue más que suficiente. Quizás estuviera

109 ''On the History'', p. 24.

110 ''The Psychopathology of Everyday Life'', pp. 24-25.

111 Ilse Bry y Alfred Rifkin, ''Freud and the History of Ideas'', en *Psychoanalytic Education*, ed. Jules Masserman (Nueva York: Grune y Stratton; 1962), pp. 6-36.

112 ''Some Neurotic Mecanism's in Jealousy, Paranoia and Homosexuality'', p. 226. Cf. también ''Introductory Lectures'', Vol. 15, pp. 66-67.

113 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 227.

en lo cierto cuando, refiriéndose a sus propias realizaciones, escribió que le parecían ''resultado más del carácter que del intelecto''[114].

El caso más notable en que el autoanálisis de Freud se entremezcló con su labor clínica se produjo con su aceptación de los relatos de seducción de sus pacientes: uno de los grandes errores de Freud, lo que posteriormente calificó de ''aquel primer error''[115], fue pensar que el origen de los trastornos de sus pacientes era un trauma sexual infantil, habitualmente causado por sus padres. Freud consideraba culpable a su propio padre en ese sentido, aunque no en relación con él sino con sus hermanos[116]. Tardó años en admitir públicamente su error, y el intervalo que dejó pasar pudo perfectamente haber sido el período en que adquirió su dudosa fama en la medicina vienesa[117].

La solución final de Freud fue comprender que aquellos relatos de seducción eran fantasías, productos de deseos incestuosos infantiles y no de acontecimientos reales. Una vez que Freud, en 1897, pudo tratar aquella cuestión como parte del mundo interior de sus pacientes, lo que hemos llegado a conocer como lo más característico del psicoanálisis estaba en marcha: la finalidad terapéutica radicaba en revelar las fantasías infantiles ocultas tras las fachadas neuróticas. Freud consideraba el mundo interior de sus pacientes y no los acontecimientos exteriores, como el origen principal de las dificultades neuróticas. Los ''traumas'' adquieren su carácter por el hecho de que incidentes aparentemente inocuos pueden experimentarse subjetivamente como crisis perturbadoras.

En lugar de sostener que los niños eran seducidos e introvertidos así en la sexualidad, Freud descubrió que ellos mismos podían ser seres sexuales. Tal como Freud lo expresó posteriormente, ''hemos subestimado demasiado las capacidades de los niños y... no hay forma de saber de qué es de lo que debemos considerarlos incapaces''[118]. Los relatos de seducción de sus pacientes eran expresión de deseos infantiles, de los cuales no tenían conciencia. Dichos anhelos se movilizaban en la relación terapéutica, ya que el paciente transfería al terapeuta, como subrogado de las figuras de los padres, todos esos sentimientos infantiles que han llegado a conocerse como complejo de Edipo.

4. Wilhelm Fliess.

Los cambios en el pensamiento de Freud durante aquel período están documentados en las cartas que escribió a un médico de Berlín, Wilhelm

114 *Letters*, p. 402.

115 *Letters of Freud and Abraham*, p. 2.

116 Roazen, *Freud: Political and Social Thought*, p. 77.

117 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'' [''Una teoría sexual''], *Standard Edition*, Vol. 7, p. 190. Cf. Frank Cioffi, ''Was Freud a Liar?'', *The Listener*, 7 de febrero de 1974, pp. 172-74.

118 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 103.

Fliess, que, cuando estaba estudiando en Viena, había sido presentado a Freud por Breuer. A lo largo de todo su autoanálisis Freud estuvo íntimamente relacionado con Fliess, aunque con el tiempo acabó enemistándose con él, como le había ocurrido con Breuer. Fliess, dos años más joven que Freud, era cuñado de un conocido vienés de Freud, Oskar Rie. A veces resulta difícil discernir en muchas de las cartas de Freud a Fliess cuándo está exagerando conscientemente y cuándo está hablando con absoluta seriedad; las convenciones relativas a la afectación han cambiado enormemente desde entonces. Pero, por lo que sabemos, Freud llegó a intimar extraordinariamente con Fliess. Aquel amigo de Berlín fue de inmensa importancia en su autodescubrimiento y en su labor científica. En la época en que Freud estaba trabajando aislado, todavía necesitaba un oyente: "Te necesito como auditorio"[119], escribió una vez a Fliess. Gracias a su confianza en Fliess, Freud se daba seguridades a sí mismo en relación con algunas de sus propias ideas: "cuando hablé contigo y vi que me tenías en bastante buen concepto, realmente empecé a tener buen concepto de mí mismo..."[120].

Los dos hombres compartían su trabajo y sus vidas diarias mediante su correspondencia, en la que apenas aparece referencia alguna a sus esposas; pero se sabe que a Freud le desagradaba profundamente la esposa de Fliess[121]. Culpaba a Breuer[122], aunque afirmara que "ya no lo desprecio" por haber inspirado la enemistad de ella. Freud escribió a Fliess: "¿Qué está haciendo tu esposa sino desarrollar, bajo una oscura compulsión, la sugerencia que Breuer inculcó en su alma, cuando la felicitó de que yo no esté viviendo en Berlín y no pueda destruir su matrimonio?"[123]. Ocasionalmente, Freud y Fliess celebraban reuniones, que a veces calificaban con orgullo (y en broma) de "Congresos". Si el último hijo de Freud, Anna, hubiera sido un niño, habría recibido el nombre de Wilhelm Fliess[124].

En épocas posteriores, cuando Freud estaba más seguro y era más independiente, raras veces hacía revelaciones sobre sí mismo a otras personas. Pudo haber conservado los sentimientos calurosos del período de

119 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 275.

120 *Ibid.*, p. 60.

121 Entrevista con la Sra. de Karl Abraham, 4 de noviembre de 1966.

122 Freud divulgó otros reproches contra Breuer en su correspondencia con Fliess. Freud lo criticó como médico. En 1894 escribió: "Como paciente, me trata de forma evasiva e improcedente en lugar de tranquilizarme diciéndome todo lo que hay que decir en una situación de este tipo, es decir, lo que se sepa, sea lo que fuere". Como doctor anticuado que era, al parecer Breuer había puesto objeciones a que un paciente de Freud iniciara su quinto año de tratamiento analítico. Cuando en 1900 la hija de Breuer estaba a punto de casarse con alguien próximo a Fliess, Freud se sintió excluido. Escribió a Fliess sobre "la perspectiva de verme todavía más alejado de tí y de tu familia por la inminente 'Breuerización'..." Citado en Schur, *Freud*, p. 52; Schur, *Freud*, p. 185; citado en Schur, *Freud*, p. 204.

123 Citado en *Ibid.*, p. 216.

124 *The Origins of Psychoanalysis*, pp. 130, 132.

correspondencia con Fliess, pero no se apresuraba tanto a la hora de formularlos, por lo menos no por escrito. Pero a finales de la década de 1890 Freud estaba en el punto culminante de su autoanálisis. Durante algún tiempo había estado recogiendo sueños de las personas que conocía como parte de su autoentendimiento así como de su trabajo clínico; el autoanálisis de Freud iba a continuar durante toda su vida, pero sólo en aquel período relativamente corto tuvo tanta necesidad de su trabajo como medio de curarse a sí mismo. Como escribió a Fliess, "sólo puedo analizarme a mí mismo con los conocimientos adquiridos objetivamente (como si fuera un extraño); en realidad, el autoanálisis es imposible; de lo contrario, la enfermedad no existiría"[125].

A pesar del carácter contencioso de Freud y de sus conflictos en relación con la sumisión y la dominación, durante un tiempo ninguna rivalidad empañó su contacto con Fliess. Sin embargo, vivían en lugares bastante distantes, y su amistad podría no haber durado tanto (más de diez años), si Fliess hubiera residido en Viena. Por un lado, Freud necesitaba su aislamiento, aunque se quejara de él; y, sin embargo, necesitaba a alguien que, como Fliess, le escuchara sin comprender. Este último podía ser un *alter ego* útil para Freud, y a veces, por su propia falta de receptividad, animó a Freud a elaborar sus propias ideas[126].

Puede ser que las revelaciones íntimas de Freud agobiaran a Fliess, aunque no excesivamente, ya que sus intercambios se producían casi enteramente por carta. En aquella época, puede que las expresiones de sus emociones por parte de Freud no fueran inquietantes, por ir expresadas en forma racional y elevada. (En años posteriores, cuando Freud hubo abandonado aquella clase de dependencia —o, mejor, cuando la hubo invertido, haciendo que otros dependieran de él—, su amistad con Fliess quedó substituida por un diálogo interior; reiteradamente, recurrió a una técnica socrática en sus escritos. Freud solía colocar las posibles objeciones a sus ideas en boca de un observador, al tiempo que mostraba las consecuencias lógicas de cualquier clase de concesiones; en los libros Freud siempre iba a haber preguntas dirigidas a sí mismo e intercambio interno, como si se dirigiera a un interlocutor.)

Freud calificó en cierta ocasión a Fliess de "mago"; "para mí", escribió también Freud, "sigues siendo el curador, el prototipo del hombre en cuyas manos confía uno su propia vida y la de su familia"[127]. Fliess fue el "primer lector y crítico"[128] de *La interpretación de los sueños*, y

125 *Ibid.*, pp. 234-35.

126 La analogía de un análisis formal puede llevarse demasiado lejos. Cf., por ejemplo, Schur, *Freud*, p. 209.

127 Max Schur, "Some Additional 'Day Residues' of 'The Specimen Dream of Psychoanalysis'", *Psychoanalysis: A General Psychology*, ed. Rudolf M. Loewenstein, Lottie Newman, Max Schur, y Albert Solnit (Nueva York: International Univesities Press; 1966), p. 67; citado en Schur, *Freud*, p. 83.

128 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 297.

Freud tomó en serio sus comentarios. Resulta interesante descubrir con la lectura de esas cartas a Fliess que Freud concibió muy pronto algunas de sus ideas más características, aunque algunas de ellas tardaran años en aparecer en artículos científicos completamente acabados[129]. A su vez, la obra de Fliess tuvo una gran repercusión en Freud; al leer un artículo, por ejemplo, Freud comentó: "Mi primera impresión fue la del asombro ante la existencia de alguien que era todavía más visionario que yo, y de que se tratara de mi amigo Wilhelm"[130]. Evidentemente, la idealización de Fliess por parte de Freud tenía que acabar en alguna forma de decepción.

Y, sin embargo, siguieron existiendo razones de peso que respaldaban la inmensa admiración de Freud hacia los muchos talentos de Fliess. El concepto de "período de latencia", por ejemplo, que posteriormente pasó a formar parte de la teoría psicoanalítica (usado para describir la etapa del desarrollo de la sexualidad en que ésta se encuentra en relativo reposo, entre el apogeo del complejo de Edipo a los cinco o seis años y el comienzo de la pubertad) se debió a Fliess[131]. En opinión de Freud, Fliess había hecho "un descubrimiento biológico fundamental"[132] con respecto a la función de la periodicidad (veintiocho días en el caso de las mujeres, veintitrés en el de los hombres) en la vida humana. Aunque para 1920 Freud tenía sus dudas sobre la corrección de la hipótesis de Fliess, Freud seguía rindiendo homenaje a la audacia del intento:

> Según la magna concepción de Wilhelm Fliess, todos los fenómenos vitales que presentan los organismos —e indudablemente también su muerte— van ligados al cumplimiento de períodos fijos, que expresan la dependencia de los dos tipos de substancia viva (una masculina y otra femenina) con respecto al año solar[133].

Al parecer, las leyes periódicas de Fliess podían determinar la duración de nuestra vida. Freud llegó a compartir enteramente las fantasías numerológicas de Fliess, en las que basó algunas de sus supersticiones sobre los años de vida que le quedaban. (En 1909 Freud se refirió a dichas creencias como "confirmación del carácter específicamente judío de mi misticismo"[134]). Jones interpretó inteligentemente la credulidad de Freud como parte de la receptividad y mentalidad abierta que acompañan al genio[135].

129 Cf., por ejemplo, algunos comentarios de Freud que ponen en relación el luto con la melancolía. *The Origins of Psychoanalysis*, pp. 103, 207.

130 Ibid., p. 130.

131 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 289.

132 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 663.

133 "Beyond the Pleasure Principle" ["Más allá del principio del placer"], *Standard Edition*, Vol. 18, p. 45.

134 Citado en Schur, *Freud*, p. 232. *Freud/Jung Letters*, p. 220. Cf. David Bakan, *Sigmund Freud and the Jewish Mystical Tradition* (Princeton, Nueva Jersey: Van Nostrand; 1958).

135 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 429.

Otro de los conceptos que Freud y Fliess compartían (y a consecuencia del cual acabaron siendo rivales) era el de bisexualidad, que había tenido una larga historia. Por lo menos desde Platón, los filósofos han hablado de la vertiente femenina de los hombres y de los rasgos masculinos de las mujeres. Fliess propuso como generalización que semejantes inversiones sexuales no sólo existen y tienen consecuencias psicológicas, sino que, además, son causa de muchas dificultades neuróticas.

Posteriormente, al ilustrar la "tendencia [humana] a olvidar lo desagradable", Freud dijo que en 1900 había olvidado reconocer que la noción del papel desempeñado por la bisexualidad reprimida en la neurosis se debía a Fliess. "Nos resulta penoso", admitió Freud, "renunciar de ese modo a nuestra originalidad"[136]. El tema de la "apropiación de las ideas ajenas" iba a surgir repetidas veces en la carrera de Freud. Aunque actualmente su originalidad resulta indiscutible y a pesar de que sus contribuciones a la psicología fueron auténticamente individuales, a Freud siempre le preocupó la posibilidad del plagio: tanto en sus propios escritos como en los de sus colaboradores. Después de su *lapsus* de la memoria en relación con el concepto de bisexualidad, Freud afirmó que "desde entonces me he vuelto más tolerante para los casos en que, al leer la literatura médica, encuentro una de las pocas ideas con las que puede asociarse mi nombre y descubro que éste no aparece citado"[137].

Durante algún tiempo Freud siguió reconociendo su deuda para con Fliess. En 1905 escribió: "Es más que justo decir que quien por primera vez me llamó la atención sobre la necesaria universalidad de la tendencia a la inversión en los psiconeuróticos fue Wilhelm Fliess de Berlín, después de que hube comentado su presencia en casos individuales"[138]. Sin embargo, para 1910, cuando su ruptura privada había empezado ya a formar parte de una controversia pública, Freud empezó a restringir sus homenajes a Fliess. En 1905 Freud había escrito en *Tres ensayos sobre la teoría de la neurosis* que había llegado a "conocer la noción de bisexualidad a través de Wilhelm Fliess", pero cinco años después (y en todas las ediciones posteriores del libro) Freud suprimió las palabras "a través de Wilhelm Fliess"[139], al tiempo que conservaba el resto de la frase. Como explicó Freud en otro lugar del libro, "Fliess (1906) afirmó posteriormente que la idea de bisexualidad (en el sentido de *dualidad de sexo*) era suya"[140]. En un ensayo de 1937 Freud pensaba que "ya [había] manifestado" en un artículo de 1919 que "fue Wilhelm Fliess quien me llamó la atención sobre la forma como" la actitud apropiada para con el sexo opuesto puede "sucumbir a la represión", sin embargo, Strachey tuvo que

136 "The Psychopatology of Everyday Life", p. 144.

137 *Ibid.*

138 "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 166.

139 *Ibid.*, p. 220.

140 *Ibid.*, p. 143.

señalar en una corrección a Freud que "en realidad el nombre de Fliess no aparece citado en dicho artículo"[141].

Aunque Freud podía ser muy reservado en relación con sus ideas, hasta Jones reconoce que "no era hombre al que le resultara fácil guardar los secretos ajenos"[142]. La capacidad de Freud para las indiscreciones era suficiente problema para él como para comentarlo en *La interpretación de los sueños*[143]. Freud cuenta, en relación con una cuestión de importancia para Fliess, que éste le "avisó de que no lo comentara con nadie. Me sentí ofendido por aquello, pues entrañaba una desconfianza innecesaria en mi discreción". Aunque Freud sabía que "esas instrucciones no procedían de mi amigo, sino que se debían a la falta de tacto o angustia extremada de" un intermediario, aun así Freud se sintió "muy desagradablemente afectado por el velado reproche, porque no carecía... de justificación enteramente"[144].

A lo largo de toda su obra de psicoanalista, y quizás nunca tanto como a finales de la década de 1890, Freud estuvo cargado de ideas. El alcance de sus objetivos, la amplitud de su visión, hacía que a los demás les resultase difícil mantenerse a su paso. En cartas a Fliess, Freud comentó francamente cómo fue que pudiera cometer el "error" de creer que los relatos de seducción de sus pacientes eran ciertos literalmente. Freud confesó a Fliess que en su propio "caso mi padre no desempeñó papel activo, aunque indudablemente yo proyecté en él una analogía procedente de mí mismo..."[145], con lo que admitía que sus sentimientos hacia sus propios hijos habían intervenido en parte en su "error".

Retrospectivamente, Freud mostró valor y tenacidad al abrirse paso a través de ese material penoso y conflictivo hasta que localizó el origen de la neurosis en las fantasías infantiles. Pero a un contemporáneo como Fliess le parecía que Freud había estado extraviando a sus pacientes. Conociendo como conocía el rencor no superado de Freud hacia su padre y la creencia anterior de Freud de que Jakob había seducido a sus propios hijos, Fliess tenía razones para dudar de la objetividad de los métodos de Freud. El procedimiento de Freud para el tratamiento de sus pacientes estribaba en escuchar los pensamientos de éstos, y para Fliess eso olía a magia, no a ciencia. Freud se quejó de la incapacidad de Fliess para seguirle por aquel camino nuevo: "tomas partido contra mí y me dices que 'el lector de los pensamientos lo único que hace es leer sus propios pensamientos en la mente de los demás', lo que priva a mi obra de todo su valor". Freud permaneció "fiel a la lectura del pensamiento" como método científico de comprensión así como de cura, y repudió la idea de

141 "Analysis Terminable and Interminable", p. 251.
142 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 409.
143 Schur, *Freud*, pp. 82, 11.
144 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, pp. 481, 421.
145 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 219.

que el " 'lector de los pensamientos' no percibe nada en los demás, sino que meramente proyecta sus propios pensamientos en ellos..."[146]. Y así, al no reconocer Freud adecuadamente el papel que podía haber desempeñado al sugerir los llamados relatos de seducción a sus pacientes, la amistad empezó a romperse y la intensidad de sus intercambios fue enfriándose gradualmente.

En la versión que Jones expuso (siguiendo el relato de Freud), "Fliess... lo había abandonado airadamente a pesar de los intentos de reconciliación por parte de Freud"[147]. La interpretación de Freud fue la de que Fliess sufrió un ataque de paranoia, y Freud se mostró disgustado por ello. Según la teoría psicoanalítica posterior, la paranoia se origina en la homosexualidad reprimida, y Freud dijo más de una vez que había aprendido el "secreto" de la paranoia gracias a Fliess[148]; Freud no relacionó esos detalles hasta después de la ruptura de su amistad. Sin embargo, parece completamente razonable suponer que Freud no habría deseado conservar la amistad con Fliess desde el momento en que éste consideraba la "lectura de los pensamientos" como una especie de magia.

Al mismo tiempo, Freud necesitaba un nuevo auditorio, y la última correspondencia amistosa, aunque algo convencional, entre Freud y Fliess se produjo en 1902, año en que Freud fundó el movimiento psicoanalítico. Aunque, según Jones, "todos los vestigios de aquella dependencia habían desaparecido definitivamente después de la ruptura con Fliess", parece que Jones estaba idealizando a Freud una vez más; pues, aunque Freud ya no necesitaba una figura paterna como Breuer ni un "mago" como Fliess, a partir de entonces necesitaba a otros que dependieran de él[149].

Una parte de la correspondencia entre Freud y Fliess fue excluida del volumen publicado de sus cartas. En 1904 Freud participó en una controversia pública sobre las prioridades que recuerda al episodio de la cocaína y también presagió algunas de las batallas futuras de su vida. Freud comentó la idea favorita de los papeles múltiples desempeñados por la bisexualidad en la vida humana (por ejemplo, el hecho de que los hombres femeninos atraen a las mujeres masculinas y viceversa) con un paciente en tratamiento. El paciente, Herman Swoboda, comunicó después la idea a su amigo Otto Weininger, quien, tal como lo expresó Freud, "se dio una palmada en la frente y corrió a casa para escribir su libro". El libro de Weininger tuvo enorme éxito, y Fliess interrumpió su correspondencia con Freud y quiso saber cómo se había producido aquel "robo" de su idea[150].

Freud intentó minimizar la cuestión señalando que otros autores habían subrayado los mismos temas. Sin embargo, Fliess obligó a Freud a admitir

146 *Ibid.*, 334-337.
147 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 365.
148 *Ibid.*, pp. 250, 268; *Letters of Freud and Abraham*, p. 103.
149 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 44; Fromm, *Sigmund Freud's Mission*, pp. 46, 48.
150 Cf. Richard Pfenning, *Wilhelm Fliess* (Berlín: Goldschmidt; 1906), pp. 26-29.

no sólo que había desempeñado un papel más importante de lo que estaba dispuesto a reconocer en la revelación de la concepción de Fliess, sino que, además, había olvidado una conversación anterior con Fliess sobre la bisexualidad. Al explicar su comportamiento, Freud reconoció que había sentido la tentación de "robar" a Fliess la "originalidad" de aquel concepto. "Las ideas", arguyó Freud, "no pueden patentarse". Lo único que se puede hacer es "retenerlas", y "uno hace bien en retenerlas, si atribuye valor a la prioridad"[151].

Ante aquello, Fliess animó a un amigo a denunciar públicamente a Swoboda y a Weininger por el "robo"; y, al hacerlo, el amigo publicó sin permiso las cartas de Freud sobre el tema. A su vez, Swoboda demandó a Fliess como autor de una difamación y por haber publicado cartas privadas sin autorización. El satírico vienés Karl Kraus se puso de parte de Swoboda, pero, como su abogado vienés no conocía bien las leyes alemanas sobre la difamación ni los procedimientos judiciales alemanes, Swoboda perdió el pleito[152]. Tal como Freud resumió la cuestión en una carta a Kraus, a Weininger (quien se había suicidado en 1903) no podía dejarse de "reprocharle que no hubiera divulgado la fuente de su idea y la hubiera hecho pasar como propia"[153].

Sería un error considerar las rivalidades entre los científicos exclusivamente como expresión de la mezquindad humana. Pues "la institución de la ciencia insiste constantemente en la originalidad significativa como valor definitivo, y la originalidad demostrada generalmente significa haber dado con la idea... el primero". La fama en el mundo de la ciencia es un "símbolo y un premio institucionalizados por haber realizado la propia tarea científica extraordinariamente bien"[154]. Otro vienés, el filósofo Ludwig Wittgenstein, también era excesivamente susceptible con respecto a las prioridades. Sus ideas eran propiedad suya, y "el plagio le afectaba profundamente"; Wittgenstein "se sentía asaltado a veces por el miedo a que, cuando por fin se publicara su obra póstumamente, el mundo intelectual creería que había recibido sus ideas de los filósofos a los que había enseñado"[155].

Indudablemente, otras figuras (por ejemplo, Darwin, Spencer y Disraeli) se han preocupado de las cuestiones de la prioridad y del plagio. No obstante, es sorprendente con qué rapidez rechazaba Freud la insinuación de que se había limitado a repetir ideas ajenas, incluso en el caso de una

151 *Ibid.*, pp. 30-31.
152 Carta de Sigfried Bernfeld a Ernest Jones del 26 de mayo de 1952 (archivos de Jones).
153 *Letters*, p. 250.
154 Robert K. Merton, "Making It Scientifically", *The New York Times Book Review*, 25 de febrero de 1968, p. 42. Cf. Robert K. Merton, "Priorities in Scientific Discovery", *American Sociological Review*, Vol. 22, N. 6 (diciembre de 1957), pp. 635-59.
155 Norman Malcolm, *Ludwig Wittgenstein* (Londres: Oxford University Press; 1958), pp. 58-59, 93.

"acusación manifiestamente infundada"[156]. Freud tenía una necesidad auténtica de pensar todo por sí mismo, y, aunque a veces se benefició de las influencias exteriores, una vez que esas ideas quedaban introducidas en su propia cadena de pensamiento pasaban a ser suyas.

A pesar del desgraciado final de su amistad, Freud conservó siempre un retrato de Fliess colgado en una pared de su piso[157]. Freud modificó muchos de los pasajes de sus escritos que mencionaban a Fliess; a veces, al referirse a su amistad, cambió los verbos y los escribió en pretérito[158]. En años posteriores, Freud habló de Fliess ocasionalmente con sus discípulos. Por ejemplo, en cierta ocasión Karl Abraham estuvo en tratamiento con Fliess por un problema médico, y, aunque Abraham estaba lleno de entusiasmo por las ideas de Fliess, Freud mantuvo su actitud de circunspección con respecto a él[159]. Y en una carta de 1910 a Sandor Ferenczi, Freud escribió que entendía las causas de la "pasión por ayudar" de Fliess:

> el convencimiento de que su padre, que murió de erisipela después de sufrir durante muchos años supuración nasal, podría haberse salvado fue lo que le impulsó a hacerse doctor, y, de hecho, rinólogo. La muerte repentina de su única hermana años después, el segundo día de una neumonía de la que no pudo hacer responsable al médico, lo condujo —como consuelo— a la teoría fatalista de la fecha predestinada de la muerte. Este análisis, que acogió con desagrado, fue la auténtica razón para nuestra ruptura, que él llevó a cabo de forma tan patológica (paranoica)...[160].

Posteriormente, aquel mismo año Freud explicó a Ferenczi los cambios producidos por el final de sus lazos con Fliess: "*Ya no* necesito revelar completamente mi personalidad... Desde el caso de Fliess... esa necesidad se ha extinguido. He retirado una parte de la catexis homosexual y la he usado para engrandecer mi propio yo. He triunfado en aquello en que el paranoico fracasa"[161].

Las etapas de la relación de Freud con Fliess y los pasos dados por Freud en su autoanálisis son datos fundamentales para sus teorías del inconsciente y de la interpretación de los sueños; están a nuestra disposición ahora exclusivamente porque se han conservado las cartas de Freud a Fliess. Después de la muerte de Fliess, su viuda no deseaba que las cartas de Freud, junto con el resto de los papeles de Fliess, pasaran a una

156 Marthe Robert, *The Psychoanalytic Revolution*, (Nueva York: Harcourt, Brace and World; 1966), p. 154.
157 Entrevista con Oliver Freud.
158 Carta de Alan Tyson a Ernest Jones, 16 de diciembre de 1954 (archivos Jones).
159 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 112, 115-16. Según dicen, Fliess siguió leyendo los libros de Freud y envió a pacientes para el tratamiento psicoanalítico hasta el final de su vida. Schur, *Freud*, p. 70. Uno de sus hijos llegó a ser psicoanalista.
160 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 446-47.
161 Citado en *ibid.*, p. 83.

biblioteca de Berlín. Pero, cuando los nazis llegaron al poder y la familia Fliess hizo planes para emigrar, resultó claro que podrían preservarse las cartas vendiéndolas por mediación de un comerciante que pudiera sacarlas de Alemania[162].

Aunque la viuda de Fliess no había deseado que se vendieran al propio Freud, las compró por un precio nominal (cien libras) una discípula fervorosa de Freud, Marie Bonaparte. Cuando ésta le informó de que tenía las cartas, Freud ofreció pagar la mitad del precio de compra, pero ella se negó por miedo a que deseara destruirlas. Freud no entendió el trasfondo político de la venta de sus cartas, y se indignó con la señora de Fliess.

5. El inconsciente.

Una característica sorprendente de los hábitos de escritura de Freud era la de que prefería esperar hasta que sus ideas estuvieran completamente desarrolladas antes de consignarlas por escrito. Como no deseaba apresurarse en su composición, Freud pospuso "la impresión del manuscrito acabado [de *La interpretación de los sueños*] durante más de un año", hasta que por fin venció una "sensación de aversión" en relación con la obra[163]. Freud contaba cuarenta y tres años cuando, a finales de 1899, por fin tuvo delante el libro impreso.

De *La interpretación de los sueños*, obra concebida en el período en que se sintió "completamente aislado", sólo se habían vendido 351 ejemplares seis años después de su publicación[164]. Fue uno de los libros que Freud actualizó a cada nueva edición, añadiendo material nuevo y ampliando algunas secciones. (El otro libro fue *Tres ensayos sobre teoría sexual*). En 1929 Freud dijo que en sus revisiones de la obra la había "tratado una vez más esencialmente como un documento histórico y... hecho sólo en ella las modificaciones sugeridas por la clarificación y profundización de mis propias opiniones"[165]. Dos años después, en un prefacio a otra edición revisada, Freud la consideró "el más valioso de todos los descubrimientos que he tenido la buena suerte de hacer. Concepciones de esta clase sólo le tocan a uno en suerte una vez en la vida"[166]. En su obra sobre las neurosis, las dudas e incertidumbres de Freud se calmaron gracias al recuerdo de su logro en *La interpretación de los sueños*, y con su intransigente espíritu consideró que fue "un instinto seguro el que ha inducido a mis adversarios científicos a negarse a

162 Carta de Charles Fliess, *London Sunday Observer*, 2 de mayo de 1954.
163 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 477.
164 "On the History", p. 20; "Editor's Introduction", *Standard Edition* Vol. 4, p. xx.
165 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. xxxi.
166 *Ibid.*, p. xxxii.

seguirme más especialmente en mis investigaciones sobre los sueños"[167].

En opinión de Freud, su interpretación de los sueños fue lo "que colocó al psicoanálisis por primera vez en el conflicto que iba a ser su destino"[168]. La antigua actitud popular hacia los sueños siempre les había atribuido un significado, y Freud llegó a pensar que el pueblo estaba en aquel caso "más cerca de la verdad que el juicio de la ciencia establecida..."[169] Con frecuencia se pensaba que los sueños eran producto de la indigestión[170]; una analogía que a Freud —tan poco interesado por la música— le gustaba citar era la de que "el contenido de un sueño era como los sonidos producidos cuando 'los diez dedos de un hombre que no sepa nada de música se pasean sobre las teclas de un piano'"[171].

Freud llegó a considerarse a sí mismo como uno de aquellos que han "perturbado el sueño del mundo", y, al escribir sobre Leonardo, Freud lo describió con un "símil admirable" como "semejante a un hombre que se hubiera despertado demasiado temprano en plena oscuridad, mientras todos los demás estaban durmiendo todavía"[172]. El lema de *La interpretación de los sueños* —"Si no puedo hacer inclinarse a los Poderes más Altos, moveré las Regiones Infernales"— expresaba el orgullo revolucionario de Freud. Se consideraba a sí mismo como el descubridor de un "trecho de territorio nuevo, que estaba en manos de la creencia popular y el misticismo y se ha recuperado"[173]. Freud dijo que fue una cuestión de "fortuna"[174] o buena suerte el haber dado con su teoría de los sueños, y se imaginaba a sí mismo como un Colón de la mente.

Freud postulaba que un sueño representa "un intento" por parte del que sueña "de realizar un deseo"[175]. Freud veía los sueños —de carácter primordialmente visual— como una especie de enigma en imágenes cuyo significado está sujeto a distorsiones, de modo que puso en "contraste el contenido *manifiesto* y el contenido *latente* de los sueños"[176]. Los sentimientos y los pensamientos pueden estar presentes igual que los deseos, pero el "significado oculto" de un sueño determinado resulta distorsionado a causa del papel desempeñado en él por el "conflicto interno, una especie de falta de honradez interna"[177]. En la concepción de Freud, "los sueños tienen realmente un significado secreto", y se propuso interpretarlos

167 *Ibid.*, p. xxvi.
168 "The Claims of Psychoanalysis to Scientific Interest" ["Múltiple interés del psicoanálisis"], *Standard Edition*, Vol. 13, p. 169.
169 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4. p. 100.
170 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 95.
171 *Ibid.*, p. 87.
172 "On the History", p. 21; "Leonardo da Vinci", p. 122.
173 "New Introductory Lectures", p. 7.
174 "On the History", p. 22.
175 "New Introductory Lectures", p. 29.
176 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 135.
177 *Ibid.*, p. 96; "On the History", p. 20.

"hasta su último secreto"[178]. En un lenguaje tan inflexible como decisivo para la historia de las ideas, Freud proclamó que "todos los sueños versan sobre la propia persona que los sueña. Los sueños son completamente egoístas"[179]. Precisamente porque "entre las causas desencadenantes e inconscientes de un sueño encontramos con mucha frecuencia impulsos egoístas que parecen haber quedado superados en la vida de vigilia"[180], la comprensión de un sueño requería la superación de una resistencia interior al autoconocimiento.

En años posteriores Freud intentó ampliar la teoría que en su momento había parecido ofensiva a sus contemporáneos. Por ejemplo, en 1925 Freud sostuvo que "la afirmación de que los sueños son enteramente egoístas no debe entenderse en sentido erróneo... los impulsos altruistas", intentó creer Freud, "tienen las mismas posibilidades"[181]. En 1901 Freud había escrito que "el análisis hace remontar la mayoría de los sueños de los adultos hasta *deseos eróticos*"[182]. Y en 1909 escribió que "la mayoría de los sueños de los adultos tratan de material sexual y dan expresión a deseos eróticos"[183]. En 1919 Freud sostuvo con equidad que "la afirmación de que todos los sueños exigen una interpretación sexual, contra la cual braman los críticos sin cesar, no aparece en ningún pasaje de *La interpretación de los sueños*"[184]. No obstante, a pesar de las clarificaciones de Freud, el peso de su teoría de los sueños siempre se inclinó hacia el egoísmo, no hacia el altruismo, y se centró principalmente en el papel desempeñado por los impulsos eróticos. Según escribió Freud durante la Primera Guerra Mundial, los deseos que ocultan los sueños eran las "manifestaciones de un egoísmo desenfrenado y despiadado... Esos deseos censurados parecen surgir de un auténtico Infierno..."[185].

La técnica de Freud para entender el significado latente de los sueños consistía en usar las asociaciones libres, tanto en el caso de sus propios sueños como en el de sus pacientes. Constituía una regla para él que "en un psicoanálisis se aprende a interpretar la cercanía en el tiempo como representación de conexiones en el tema"[186]. El contenido manifiesto de un sueño se compone de experiencias procedentes del día anterior, y los mecanismos de la formación del sueño (como la "condensación", la "substitución", la "representación") se ven obligados a funcionar de tal modo, que combinen el pasado y el presente "*en una unidad*"[187]. Como

178 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, pp. 146, 273.
179 *Ibid.*, p. 322.
180 *Ibid.*, p. 271.
181 *Ibid.*, p. 270.
182 *Ibid.*, Vol. 5, p. 682.
183 *Ibid.*, p. 396.
184 *Ibid.*, p. 397.
185 "Introductory Lectures", Vol. 15, pp. 142-43.
186 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 247.
187 *Ibid.*, p. 178.

terapeuta, Freud afirmó con confianza que el papel desempeñado por la sugestión quedaba restringido al contenido manifiesto de la formación del sueño: "con frecuencia podemos influir a alguien *con respecto a* lo que soñará, pero nunca le impondremos *lo que sueñe efectivamente*"[188].

No está clara la naturaleza psicológica que Freud estaba asignando al sueño. Por un lado, los sueños habían de ser la clave para entender la neurosis, pues, en opinión de Freud, la línea de separación entre lo normal y lo neurótico no era firme y estable, sino que dependía de la graduación. En consecuencia, Freud escribió que "los sueños son fenómenos que se producen en las personas sanas: quizás en todas las personas y puede ser que todas las noches..."[189]. No obstante, estaba convencido de que en la mentalidad popular la intuición había equiparado "los sueños... con la locura desde tiempo inmemorial"[190]. Freud consideraba también el sueño como "el primer miembro de una clase de fenómenos psíquicos anormales", y, aunque a veces insistió en que "los sueños no son fenómenos patológicos", en otras ocasiones consideró el sueño como un "producto patológico"[191]. Freud rechazó las supersticiones intuitivas relativas a los sueños y partió de la premisa científica de que el sueño es una estructura mental con significado; para él no existía "la determinación arbitraria en la mente"[192]. Por eso, "constituye siempre una ley rigurosa de la intepretación de los sueños la de que hay que encontrar una explicación para todos los detalles"[193].

Todavía no está claro cómo es que Freud llegó a prestar tanta atención a los sueños. Como dijo en 1914, "mi deseo de conocimientos no se había dirigido en un principio hacia la comprensión de los sueños. No conozco influencia exterior que me hiciera interesarme por ellos o que me infundiera esperanzas provechosas"[194]. El libro de Freud está lleno de autoexploraciones del tipo más personal; por ejemplo, en relación con un sueño Freud descubrió que en sus asociaciones

la idea del plagio —de la apropiación de lo que uno pueda, aunque pertenezca a otro— condujo claramente a la segunda parte del sueño, en que yo aparecía como si fuera un ladrón que durante un tiempo hubiera practicado la actividad de robar abrigos en las salas de conferencias[195].

A pesar de que Freud pretendía descubrir el "secreto" de los sueños,

188 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 221.
189 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 35.
190 "Constructions in Analysis", ["Construcciones en psicoanálisis"], *Standard Edition*, Vol. 23, p. 27.
191 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. xxiii; "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 297; "New Introductory Lectures", p. 15.
192 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 680.
193 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 42.
194 "On the History", p. 19.
195 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 205.

era consciente del "reproche de que yo era incapaz de guardar un secreto"[196]. Según conjeturó Freud, el deseo que realizaba un sueño "estribaba en que se me reconociera como persona honrada". Por consiguiente, debía de haber toda clase de material en los pensamientos del sueño que contradecía eso"[197].

Como sabía Freud, "interpretar y comunicar los sueños propios exige una gran autodisciplina. Inevitablemente, uno mismo aparecerá como el único villano de entre la multitud de caracteres nobles que comparten la vida propia"[198]. Tuvo que realizar un trabajo muy duro para llegar a comprender entre sus autoengaños, y tuvo que luchar consigo mismo para llegar a publicar *La interpretación de los sueños* y "revelar en ella tantos rasgos de mi propio carácter privado"[199]. Aunque Freud podía ser a veces frío y distante, y raras veces intimaba con sus pacientes, a través de su libro sobre los sueños compartió algunas de las zonas más privadas de su vida con el mundo entero.

El libro de Freud es una rica fuente de material sobre su carácter a finales de siglo pasado. Por ejemplo, al reflexionar sobre su teoría —en germen— de la neurosis, y en particular sobre el papel desempeñado por la sexualidad, Freud "anhelaba estar alejado de todo ese trabajo de revelación de la suciedad humana"[200]. Se vió obligado a reconocer la existencia de zonas de la personalidad que la mayoría de sus contemporáneos habrían sido reacios a admitir en sí mismos, y con mayor razón a exponer en un libro publicado. "Normalmente", reconoció Freud, "siento inclinación a albergar resentimientos y no puedo olvidar detalle alguno de un incidente que me haya molestado..."[201]. Freud, consecuente con su concepción general del mundo, consideraba que había "pagado cara siempre cualquier ventaja que haya recibido de otras personas"[202]. Sus pensamientos en sueños se referían también al "futuro de mi familia después de mi prematura muerte" y expresó las "ideas más sombrías sobre un futuro desconocido y misterioso"[203].

Sin embargo, sigue siendo un misterio la razón por la que Freud había de tratar el proceso del sueño con tanta seriedad. Quizás ofrezca una clave con estas palabras: "Duermo con extraordinaria facilidad y me niego obstinadamente a permitir que algo perturbe mi sueño... mientras que los motivos psíquicos evidentemente me hacen soñar con mucha facilidad"[204]. Freud partió de la hipótesis de que "el enigma de la formación de los

196 *Ibid.*, Vol. 5, p. 482.
197 *Ibid.*, Vol. 4, pp. 336-37.
198 *Ibid.*, Vol. 5, p. 485.
199 *Ibid.*, p. 453.
200 *Ibid.*, p. 470.
201 "The Psychopatholgy of Everyday Life", pp. 133-37.
202 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, pp. 638-39.
203 *Ibid.*, pp. 465-66.
204 *Ibid.*, Vol. 4, p. 229.

sueños puede resolverse mediante la revelación de una fuente de estimulación psíquica insospechada"[205]. Aunque Freud pensaba que sus sueños eran "en general menos ricos en elementos sensoriales que... los de otras personas", las imágenes que usa en todos sus escritos son pictóricas; así, su idea de que los pensamientos en sueños se "transforman en lenguaje pictórico" concordaba con sus formas características de pensar[206].

La descripción que hace Freud del "núcleo [del sueño], el punto en que toca en lo desconocido" sugiere que su interés científico fue movilizado por esas zonas suyas que no estaban sujetas a su autocontrol[207]. A menudo comparó su interés por la egiptología antigua con su labor de revelación del pasado inconsciente; en ambos casos lo oscuro y desconocido desempeñaba un papel importante. Freud observó en cierta ocasión "una irritante vaguedad que declaramos característica de los sueños, porque no es completamente comparable a grado alguno de imprecisión que percibamos en los objetos reales"[208]. Freud consideraba "bien construido" un sueño aparentemente "claro y perfecto"; en una ocasión se refirió a las "lagunas, oscuridades y confusiones que pueden interrumpir la continuidad de hasta el más bello de los sueños", con lo que revelaba algo de lo que consideraba agradable en un sueño por oposición a lo que permanecía "ajeno" a él[209]. A Freud le desagradaba todo lo que enturbiaba la racionalidad de su mente; así, podía escribir de una clase de sueños que "son desagradables del mismo modo que los sueños sobre exámenes, y nunca son nítidos"[210]. En la jerarquía de los sueños de Freud, eran deseables la claridad y la coherencia, y prefería lo que tendía "hacia la luz, hacia la elucidación y la comprensión completa" en lugar de lo que conducía hacia las "tinieblas"[211].

Cualesquiera que fueran las motivaciones, autobiográficas y clínicas, que condujeron a Freud al estudio de los sueños, expresó su teoría en formas muy típicas suyas. Como caminante incansable que era, invitó al lector de *La interpretación de los sueños* a acompañarlo en un viaje imaginario. Al desentrañar el significado de los sueños, Freud mostró un ingenio talmúdico, lo que hizo que algunos lectores consideraran su tesis demasiado alejadas de la realidad. Pero Freud se había atrevido a examinar material psicológico que otros habían desechado y dio forma a visiones nunca reconocidas antes. No es que Freud no tuviera predecesores; procuró examinar concienzudamente toda la literatura sobre los sueños, y en años posteriores citó con frecuencia, como confirmación de sus teorías, material que sus discípulos habían encontrado para él.

205 *Ibid.*, p. 41.
206 *Ibid.*, Vol. 5, pp. 546, 340.
207 *Ibid.*, p. 525.
208 *Ibid.*, Vol. 4, p. 329.
209 *Ibid.*, p. 331; *ibid.*; Vol. 5, p. 464; "New Introductory Lectures", p. 14.
210 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 475.
211 *Ibid.*, p. 511.

Después de que Freud diera con una "solución" para el problema de los sueños, su tozudez le benefició; pues intentó deducir la mayor cantidad de significado posible de su teoría de los sueños, para construir los elementos constituyentes de una teoría general de la mente. Puesto que el sueño representa la realización encubierta de un deseo reprimido, los sueños pasaron a ser en la doctrina de Freud "*los GUARDIANES del dormir y no sus perturbadores*"[212]. Ahora, medio siglo después, tenemos pruebas experimentales sobre ese aspecto —sabemos hasta qué punto desorienta psicológicamente el hecho de verse privado de los sueños, aunque se duerma lo suficiente—, pero Freud estaba trabajando sobre una base intelectual mucho más frágil. Para Freud era lógico que, mientras que el residuo de las experiencias del día pueden perturbar el acto de dormir, los sueños sirven para preservarlo. Los pensamientos latentes en el sueño representaban el pasado infantil de una persona, y Freud pensaba que, para los demás igual que para él, "una humillación sufrida hace treinta años actúa exactamente a lo largo de los treinta años como una reciente..."[213]. Aunque Freud confiaba en substituir algún día esa teoría psicológica por una fisiológica, para su satisfacción había descubierto la fuente del auténtico elemento "demoníaco" de los sueños, el pasado infantil. Su teoría podía ser "cruda", pero "por lo menos [era] lúcida"[214]. Años después recalcó que lógicamente siempre había por lo menos dos partes en su visión del aparato mental; insistió en que había estado "exhibiendo... no sólo los malos deseos de los sueños que quedan censurados, sino también la censura, que los suprime y los vuelve irreconocibles"[215].

En un sentido podemos decir que Freud nunca, durante sus años de madurez, cambio básicamente de opinión. A veces, como en sus últimos años, recalcó más los aspectos integradores de la personalidad, mientras que en la mayor parte de su carrera psicoanálitica lo que le fascinó fue lo reprimido y lo institivo; ahora bien, en conjunto su mundo permaneció extraordinariamente unificado. Puede ser que Freud adquiriera nuevas concepciones a lo largo de su carrera, y que hiciera incluso progresos en la técnica, pero a lo largo de todos sus escritos lo vemos reelaborar de nuevo los mismos temas.

Una vez que llegó a su teoría de los sueños, Freud se apresuró a ponerla en conexión con el resto de su labor terapéutica. Igual que los sueños, los síntomas neuróticos tenían un significado; estos últimos representaban también transacciones entre los impulsos reprimidos y los agentes censores de la mente. "[L]a teoría que rige todos los síntomas psiconeuróticos culmina en una única proposición, que afirma que *también estos*

212 *Ibid.*, Vol. 4, p. 233.
213 *Ibid.*, Vol. 5, p. 578.
214 *Ibid.*, p. 677.
215 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 147.

últimos deben considerarse como realizaciones de deseos inconscientes". O, añadía Freud, "dicho de forma más correcta, una parte del síntoma corresponde a la realización de un deseo inconsciente y otra parte a la estructura mental que reacciona contra el deseo"[216].

Si hubo una emoción que Freud entendió realmente, y sobre la que escribió repetidas veces, fue la angustia. En el período de *La interpretación de los sueños*, sacó la conclusión de que la angustia neurótica procedía de orígenes sexuales[217]. Conservó la creencia permanente en el significado literal de su teoría de la libido (libido era el término que usaba para referirse a la fuerza mediante la cual se manifiesta el instinto sexual); la neurosis tenía una base física en la sexualidad reprimida. Mediante la represión (y a partir de su teoría de los sueños Freud consideraba saber bastante sobre la censura) la sexualidad se convierte en angustia. Aunque Freud revisó aquella teoría de la angustia en la década de 1920, para considerarla entonces primordialmente como una señal de peligro para el yo, en la mayor parte de su obra teórica y en casi toda su práctica clínica prevaleció la concepción anterior.

La idea de la sexualidad como primera causa de la angustia neurótica concuerda con los relatos de seducción de los pacientes de Freud, pues éstos parecían recordar fantasías de satisfacción sexual procedentes de la primera infancia. Aquella observación había conducido a Freud hasta "el fenómeno de la *sexualidad infantil*", la idea de que "la vida sexual humana no empieza con la pubertad, como puede parecer en un examen superficial de ella"[218]. Freud había descubierto el complejo de Edipo: "el primer afecto de una niña es el que siente por su padre y los primeros deseos infantiles de un niño son los que siente hacia su madre"[219]. Los conflictos entre padre e hijo siempre ocuparon un lugar predominante en la mentalidad de Freud, y recordó a partir de la mitología griega que "Cronos devoró a sus hijos... mientras que Zeus emasculó a su padre y pasó a ocupar su puesto de soberano"[220]. El complejo de Edipo concebido por Freud llegó a ser amplio: "la actitud emocional de una persona hacia su familia o, en sentido más estricto, hacia su padre y su madre..."[221].

Freud estaba convencido de que había que aceptar la sexualidad como lo que era. Sin embargo, su propia actitud no era totalmente imparcial, y parece ser que tenía la sensación de que el sexo era algo vergonzoso, como cuando, con espíritu auténticamente victoriano, se refería en latín a la

216 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 569.
217 *Ibid.*, p. 582.
218 "An Autobiographical Study", p. 33; "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", p. 280.
219 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 257.
220 *Ibid.*, p. 356.
221 "Preface to Reik's *Ritual*", ["Prólogo para un libro de Theodor Reik"], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 261.

''*vita sexualis*''[222]. Pero, para su época, su ampliación de la concepción habitual de la sexualidad fue una innovación radical: ''un niño chupando el pecho de su madre se ha convertido en el prototipo de cualquier relación de amor. El descubrimiento de un objeto es de hecho un redescubrimiento de él''[223]. El interés clínico de Freud por la sexualidad se vio estimulado por la falta de honradez de sus pacientes con respecto a las cuestiones sexuales, lo que llegó a pensar que constituía un factor de la mayor importancia en sus trastornos. ''En la actualidad, todos nosotros, enfermos o sanos, no somos sino unos hipócritas en relación con las cuestiones sexuales''[224].

Una consecuencia de la teoría freudiana de la sexualidad infantil era la de que los niños tenían vidas emocionales tremendamente complicadas y que merecían el mayor respeto. Desde luego, Freud no trató a niños directamente, ni observó siquiera de cerca a sus propios hijos; más que nada, sus observaciones eran reconstrucciones a partir de los recuerdos y asociaciones de sus pacientes adultos. Así que fue para él ''un gran triunfo, cuando años después llegó a ser posible confirmar casi todas mis inferencias mediante observación directa y mediante el análisis de niños muy pequeños...''[225]. Consideraba que ''el desarrollo [infantil] se produce con tanta rapidez, que probablemente no habríamos conseguido nunca captar sus fugaces imágenes mediante observaciones directas''[226]. No obstante, Freud reconoció que los rodeos del análisis constituían una desventaja en el estudio de los niños.

Freud escandalizó a muchos lectores por calificar al niño no sólo de criatura sexual, sino también de ''polimorfo perverso''. (Un discípulo ''desviacionista'', Wilhelm Stekel, usó posteriormente el término más suave de ''panerótico''.) Con frecuencia habló de la sexualidad infantil y de la perversión adulta al mismo tiempo: ''hasta ahora no se ha prestado la más mínima atención a las actividades sexuales de los niños y, si bien se han reconocido las de los perversos, ha sido con indignación moral y sin comprensión''[227]. Freud sostuvo que las perversiones adultas eran simplemente un resultado especial del desarrollo, la incapacidad para integrar los diferentes impulsos componentes de la infancia en una dirección heterosexual[228]. En un sentido los neuróticos eran lo opuesto de los perversos, dado que sus angustias estaban reprimidas en lugar de expresarse. Freud se esforzó por obtener su comprensión de los perversos (por lo

222 ''A Reply to Criticism of My Paper on Anxiety Neurosis'', p. 128.
223 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 222.
224 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'', p. 266.
225 ''On the History'', p. 18.
226 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 326. Cf. ''From the History of an Infantile Neurosis'', pp. 8-9.
227 ''An Autobiographical Study'', p. 38.
228 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 311.

que generalmente entendía los homosexuales) de sus antecedentes infantiles: ''Si... puede establecerse en general que las perversiones se derivan del complejo de Edipo, nuestra valoración de su importancia ganará mayor fuerza''[229].

A pesar de la aversión que sentía por los perversos, y de su renuencia a aceptarlos para el tratamiento psicoanalítico (que, según sostenía, era el más idóneo para los neuróticos), Freud insistió reiteradamente en ''lo inapropiado que es usar la palabra perversión como término de reproche''[230]. Freud fue un enemigo implacable del tipo especial de gazmoñería propio de su época:

> hay que hacer un lugar en la opinión pública para la discusión de los problemas de la vida sexual. Tendrá que llegar a ser posible hablar de esas cosas sin que lo consideren a uno un alborotador o como persona que saca partido de los instintos más bajos. Así, que en ese terreno también hay trabajo para realizar durante los próximos cien años, en los que nuestra civilización tendrá que aprender a aceptar las exigencias de nuestra sexualidad[231].

No hace falta decir que esa tolerancia no significaba en absoluto defensa del ''amor libre''. Al contrario, Freud pensaba que ''una renuncia progresiva a los instintos constitutivos... parece ser uno de los fundamentos del desarrollo de la civilización humana''[232].

Indudablemente, el hecho de que el mundo haya asociado el nombre de Freud a la sexualidad no ha sido un error: en 1898 afirmó que ''las causas más inmediatas y, para fines prácticos, las más importantes de todos los casos de enfermedad neurótica radican en factores procedentes de la vida sexual''[233]. Cuando Freud se refería a la vida sexual de un paciente, tenía presente su ''*vida sexual contemporánea*'' así como ''*acontecimientos importantes de su vida pasada*''[234] ''[E]n todos los casos de neurosis existe una etiología sexual; pero en la neurastenia es una etiología de tipo presente, mientras que en las psiconeurosis los factores son de naturaleza infantil''[235]. Freud sabía que podría parecer deshonroso científicamente seguir esa vía del pensamiento, pero llegó hasta el extremo de afirmar que ''las diferencias que separan lo normal de lo anormal pueden estribar solamente en la fuerza relativa de los componentes individuales del instinto sexual y en el uso que se haga de ellos en el curso del desarro-

229 '''A Child is Being Beaten''' ['Pegan a un niño''], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 193.
230 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 160.
231 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'', p. 278.
232 ''Obsessive Acts and Religious Practices'', ['Los actos obsesivos y las prácticas religiosas''], *Standard Edition*, Vol. 9, p. 127.
233 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'', p. 278.
234 ''Heredity and the Aetiology of the Neuroses'', p. 149.
235 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'', p. 268.

llo''[236]. Al mismo tiempo, Freud ocasionalmente estableció límites más allá de los cuales no podía prolongarse su teoría sexual:

> Ahora bien, nunca se me ocurriría substituir cualquier clase de etiología por una etiología sexual en las neurosis, ni afirmar en consecuencia que las primeras no tengan fuerza operativa. Eso sería una interpretación equivocada. Lo que creo es que, además de todos los factores etiológicos familiares que —según han reconocido las autoridades, y probablemente estén en lo cierto— conducen a la neurastenia, los factores sexuales, que hasta ahora no se han apreciado suficientemente, deben tenerse en cuenta también[237].

Y también:

> La necesidad y la privación sexual forman simplemente un factor que interviene en el mecanismo de la neurosis; si no hubiera otros, el resultado sería la disipación, no la enfermedad. El otro factor, no menos esencial, que con demasiada frecuencia se olvida, es la aversión del neurótico hacia la sexualidad, su incapacidad para amar, esa característica de la mente que he llamado ''represión''[238].

En toda la obra de Freud sobre los sueños y los síntomas se atuvo a una hipótesis central sobre el funcionamiento de lo que llamó el ''aparato mental'', a saber, la de que ''nuestra actividad mental total va encaminada hacia el placer y a evitar el desplacer''[239].

> El desplacer corresponde a un *aumento* en la cantidad de excitación y el placer a una *disminución*... el aparato mental se esfuerza por mantener la cantidad de excitación presente en él al nivel más bajo posible o, al menos, por mantenerla constante... en la mente existe una tendencia marcada hacia el principio del placer...[240].

Freud sostenía que la misión principal de la mente es de carácter negativo: aliviar la tensión; las tensiones significan ''desplacer'', ya que los impulsos conducen a la descarga y el alivio. A medida que Freud fue apartándose del contacto con el mundo, fue volviéndose cada vez más cierto en relación con él que ''la *protección contra* los estímulos es una función casi más importante para el organismo vivo que la *recepción* de los estímulos''[241].

Al mismo tiempo, Freud se sintió como Mefistófeles emergiendo de las profundidades de la psique humana; con frecuencia se calificaba a sí mismo de explorador que había descubierto los restos de un tesoro arqueológico enterrado. Nietzsche habría aprobado la insistencia de Freud en que ''nuestras virtudes más elevadas han surgido, como formaciones reactivas y sublimaciones, a partir de nuestras peores inclinaciones''[242]. No sabemos si —o durante cuánto tiempo— vaciló Freud con respecto al nombre que había que aplicar al Hades humano. Janet había preferido el término ''subconsciente'' para distinguirlo de las connotaciones metafísicas que tiene en el pensamiento alemán el de ''inconsciente''[243]. Pero Freud escogió el término ''inconsciente'' porque recalcaba emociones y sentimientos que no sólo no eran de fácil acceso, sino que, además, *no* eran conscientes. Como dijo Freud, ''nos vemos obligados a lanzar la ineludible hipótesis de que hay propósitos en las personas que pueden llegar a ser operativos sin que aquéllas los conozcan''[244].

A causa de la naturaleza de las ideas de Freud en sus comienzos, a muchos pudo parecerles que era simplemente un sexólogo más y, en vista de su error en relación con los relatos de seducción, no muy digno de confianza como tal. Pero el punto de vista especial de Freud fue siempre el de un psicólogo. Intentó sondear los misterios de la memoria, las amnesias y los recuerdos falsos (las ''paramnesias''). Los compromisos que la mente hace en sus construcciones de la memoria son como las transacciones en los sueños, así como las subyacentes a los síntomas neuróticos. Freud examinó el problema de la memoria desde la perspectiva egoísta del gasto de energía psíquica; tal como se preguntó una vez: ''Ahora bien, ¿qué es lo que en este caso justifica el gasto de memoria que me ha ocasionado?''[245]. Usó su psicología de la memoria para entender la forma como podía el pasado vivir en el presente. Freud era tan profundamente consciente del ''efecto de un *recuerdo* que supera al de un acontecimiento real'', que afirmó que los ''traumas'' (lo que ahora nosotros podríamos llamar ''tensiones'') de la infancia ''*operan en forma diferida como si fueran experiencias recientes; pero lo hacen inconscientemente*''[246]. Los síntomas histéricos, en particular, ''sólo pueden surgir con la cooperación de los recuerdos...''[247]. Posteriormente, Freud limitó el poder que atribuía a ''la preponderancia que corresponde en la vida mental a los vestigios del recuerdo en comparación con las impresiones recientes. Evidentemente, este factor depende de la educación intelectual y aumenta proporcionalmente con el grado de cultura individual''[248].

Para Freud el psicoanálisis llegó a significar la exploración del pasado. Como escribió en un historial clínico, ''parecía que el psicoanálisis no podía explicar nada perteneciente al presente sin referirlo a algo pasado... Hasta después de un largo rodeo, que conducía... a la primera infan-

236 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 205.
237 ''Sexuality in the Aetiology of the Neuroses'', p. 270.
238 ''On Psychotherapy'' [''Sobre psicoterapia''], *Standard Edition*, Vol. 7, p. 267.
239 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 356.
240 ''Beyond the Pleasure Principle'', pp. 8-9.
241 *Ibid.*, p. 27.
242 ''The Claims of Psychoanalysis to Scientific Interest'', p. 190.
243 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 413.
244 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 74.
245 ''Screen Memories'', p. 311.
246 ''Heredity and the Aetiology of the Neuroses'', p. 154; ''Further Remarks on the Neuro-Psychoses of Defence'', p. 167.
247 ''The Aetiology of Hysteria'' [''La etiología de la histeria''], *Standard Edition*, Vol. 3, p. 197.
248 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 242.

cia...''[249]. En *La interpretación de los sueños*, Freud afirmó que se ''había visto obligado a dar por sentado que las impresiones del segundo año de la vida, y a veces incluso del primero, dejaban una huella duradera en la vida emocional de quienes después de caer enfermos...''[250] En la época de la Primera Guerra Mundial, Freud expuso esa cuestión de forma algo diferente, pero no se trataba en absoluto de un cambio suficiente como para dar un carácter menos radical a su concepción: ''Con frecuencia el desarrollo del niño ya se ha consumado en el cuarto o quinto año de su vida, y después simplemente va sacando a la luz lo que ya está en su interior''[251]. La larga fase de dependencia e inmadurez del niño ha de tener efectos duraderos, ya que todos nosotros conservamos al niño en nuestro interior. La descripción que hizo Freud del egoísmo especial del inconsciente —su ''insaciabilidad, rigidez inflexible e incapacidad para reaccionar ante las circunstancias reales''[252] —concuerda con su insistencia en la persistencia en la vida adulta de modos de reacción infantiles.

No sólo desvió Freud su atención de psicólogo de los sueños a la neurosis, sino que, además, descubrió que la memoria desempeñaba un papel en los deslices al hablar y al escribir. También en ese caso lo que anteriormente se había considerado sin sentido podía recuperarse a partir de lo desconocido. En la teoría de Freud los deslices eran consecuencia de un conflicto interno:

> En realidad, no creo que nadie cometiera un *lapsus linguæ* en una audiencia con su Soberano, en una seria declaración de amor o al defender su honor o su nombre ante un jurado, en resumen, en todas aquellas ocasiones en que una persona está comprometida con toda el alma[253].

Confiando en la facilidad con que los lectores estarían conformes con los ejemplos que presentó, Freud esperaba ganarse un apoyo más amplio para el resto de sus teorías: ''las personas dan a los deslices al hablar y al escribir y otros actos fallidos la misma interpretación que defiendo en este libro, aun cuando no hagan suyas teóricamente las opiniones que emito...''[254] Freud pensaba que con su interpretación de los actos fallidos había descubierto otro método secreto de la mente.

Freud generalizó sus ejemplos en el principio de que ''*en todos los casos el olvido resultó estar basado en un motivo de desplacer*''[255], de modo que la teoría de los actos fallidos concuerda perfectamente con las teorías de la neurosis y de los sueños. Sin embargo, los *lapsus linguæ*, a

249 ''On the History'', p. 10.
250 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 451.
251 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 356.
252 ''Leonardo da Vinci'', p. 133.
253 ''The Psychopathology of Everyday Life'', p. 101.
254 *Ibid.*, p. 94.
255 *Ibid.*, p. 136.

diferencia de los síntomas neuróticos, se observan tanto en las llamadas personas normales como en los ''enfermos''. Sin embargo, aunque, cuando intentaba entender un *lapsus linguæ*, generalmente no estaba Freud intentando vencer las resistencias de un paciente, las imágenes escogidas muestran cierto tono punitivo, como podemos ver en un intercambio con un interlocutor imaginario:

> Cuando alguien acusado de un delito confiesa su acción al juez, éste se cree su confesión; pero si la niega, el juez no le cree...''¿Eres un juez, entonces? ¿Acaso es ante ti una persona que haya cometido un *lapsus linguæ* como un acusado ante el juez? Así que cometer un *lapsus linguæ* es un delito, ¿verdad?'' Quizás no debamos rechazar esa comparación[256].

6. La curación por la palabra.

A pesar de la amplitud que Freud dio a la construcción de su psicología, a pesar de los objetivos ambiciosos que se fijó, recordó a sus lectores que ''no hay que olvidar... que el psicoanálisis no puede ofrecer una representación completa del mundo''[257]. Freud estaba convencido de que ''el psicoanálisis es una parte de la psicología... Desde luego, no es la totalidad de la psicología, sino su estructura y quizás incluso sus enteros cimientos''[258]. Mediante el estudio de lo patológico Freud se proponía discernir lo normal, si bien en forma exagerada: ''la patología, al aumentar las proporciones de las cosas y su crudeza, puede llamarnos la atención sobre las condiciones normales que, de lo contrario, nos habrían pasado desapercibidas''[259].

Freud sentía ''preferencia por el tratamiento fragmentario de un tema, con insistencia en los puntos que me parecen mejor establecidos''[260]. Con frecuencia admitió ser ''unilateral'' y pensó que ''debo de haber necesitado esa unilateralidad para ver lo que para otros permanece oculto''[261]. Defendió específicamente el psicoanálisis de la acusación de limitación:

> Los adversarios obtusos nos acusan de unilateralidad en nuestra valoración de los instintos sexuales... Nuestra unilateralidad es como la del químico, que refiere todas las combinaciones a la fuerza de la atracción química. No por ello niega la fuerza de la gravedad; deja que se ocupe de esa cuestión el físico[262].

256 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 50.
257 ''A Short Account of Psychoanalysis'' [''Compendio del psicoanálisis''], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 209.
258 ''The Question of Lay Analysis'', p. 252.
259 ''New Introductory Lectures'', p. 58.
260 ''Contributions to a Discussion on Masturbation'', p. 246.
261 *Letters*, p. 307.
262 ''A Difficulty in the Path of Psychoanalysis'', p. 138.

Mientras que los autores que trataban de la estética prestaban su atención a los "sentimientos de naturaleza positiva" —a "lo bello, atractivo y sublime"—, Freud solía ocuparse más de "los sentimientos opuestos de repulsión y angustia"[263]. Normalmente, los pacientes no pagan a los terapeutas para hablar de las zonas de su personalidad que les resultan agradables, sino para tratar problemas de naturaleza dolorosa y no deseada. Como analista en ejercicio, Freud podía justificar su atención a los obstáculos en la vida de las personas y no a sus éxitos.

Sin minimizar la importancia de otros tipos de motivos, Freud recalcó el infantil, ya que "otras motivaciones son lugares comunes"[264]. Por eso, pudo afirmar que "nuestro trabajo en relación con la cuestión de la disposición a las afecciones neuróticas ha añadido el factor [infantil] al somático y al hereditario hasta ahora reconocidos"[265]. Y, a causa de la contribución especial de sus ideas, Freud pudo justificar el carácter exclusivo de su movimiento: "el psicoanálisis ha de desentenderse de cualquier hipótesis que le sea ajena, ya sea de tipo anatómico, químico o fisiológico, y ha de operar exclusivamente con ideas psicológicas puramente auxiliares..."[266] Al mismo tiempo, Freud pensaba que "la estructura teórica del psicoanálisis que hemos creado es verdaderamente una superestructura, que algún día deberá colocarse sobre su fundamento orgánico"[267].

El científico que había en Freud se mostraba cauteloso con frecuencia con respecto a la naturaleza de sus descubrimientos, y avisaba que "no debemos engañarnos a nosotros mismos con respecto a la naturaleza hipotética y la claridad insuficiente de nuestro conocimiento..."[268] Se sentía ofendido por el hecho de que sus

> adversarios consideraron el psicoanálisis como un producto de mi imaginación especulativa y no estaban dispuestos a creer en el largo, paciente e imparcial trabajo que había intervenido en su creación. Puesto que, en su opinión, el análisis no tenía nada que ver con la observación o la experiencia, creían estar justificados al rechazarlo sin experimentarlo [269].

Al referirse reiteradamente a los descubrimientos "factuales, que creemos haber establecido con esfuerzos esmerados"[270], Freud intentaba oponer resistencia al impulso a "llevar las analogías hasta un extremo obsesivo" y deseaba "inclinarse ante las pruebas", a medida que iban

263 "The 'Uncanny'", p. 219.
264 *Minutes*, Vol. II, pp. 367-68.
265 "On Psychoanalysis". *Standard Edition*, Vol. 12, p. 209.
266 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 21.
267 *Ibid.*, Vol. 16, p. 389.
268 "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 179.
269 "An Autobiographical Study", p. 50.
270 "Introductory Lectures", Vol. 15, pp. 23-24.

apareciendo[271]. Escribió, con una expresión que llegó a ser virtualmente estereotípica, sobre esperar "la confirmación del futuro"[272].

En general, Freud compartía la actitud del científico con respecto al pasado: "nuestros antepasados eran mucho más ignorantes que nosotros"[273]. Y, sin embargo, pensaba que "un conocimiento oscuro de la abrumadora importancia de los factores sexuales en la producción de las neurosis (conocimiento que estoy intentando conseguir de nuevo para la ciencia) parece no haber estado perdido nunca en la conciencia de los legos"[274]. Cuando "deje de negarse" la validez del psicoanálisis, "no será difícil impugnar su originalidad"[275].

> Sé perfectamente que, al presentar mi "etiología sexual" de las neurosis, no he revelado nada nuevo, y que nunca han faltado en la literatura médica corrientes ocultas que tenían en cuenta esos hechos. Sé, además, que la medicina académica oficial también ha estado al corriente de ellos de hecho. Pero ha hecho como si no supiera nada de la cuestión. No ha usado su conocimiento ni ha sacado inferencias de él [276].

Cuando escribió sobre la sintomatología de los *lapsus linguae*, hizo una pausa para decir, con algo de ironía, que "éste es un tema con respecto al cual me veo en la posición excepcional de poder reconocer el valor de una obra anterior", y a continuación pasó a indicar hasta qué punto "difiere su enfoque del mío"[277].

A pesar de que anhelaba la posición de iniciador de avance científico, Freud sabía que "hay muchas cosas interesantes que decir sobre el tema de la originalidad científica aparente", y reconoció en su propio caso que "la originalidad de muchas de las ideas nuevas empleadas por los hombres en la interpretación de los sueños y en el psicoanálisis" podía desvanecerse[278]. Freud rindió homenaje continuamente a las capacidades psicológicas de los escritores imaginativos:

> tenemos razones para exhalar un suspiro de alivio ante la idea de que, a pesar de todo, unos pocos están dotados con la capacidad para salvar de la vorágine de sus sentimientos las verdades más profundas, hacia las cuales los demás hemos de abrirnos paso con incertidumbre angustiosa e incansable forcejeo [279]

271 "Civilization and Its Discontents", p. 140; "Two Encyclopedia Articles", p. 243.
272 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 57; "Psychoanalytic Notes on an Autobiographical Account", p. 79.
273 "The Future of an Illusion" ["El porvenir de una ilusión"], *Standard Edition*, Vol. 21, p. 27.
274 "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", p. 265.
275 *Ibid.*, p. 263.
276 "A Reply to Criticism of My Paper on Anxiety Neurosis", p. 124.
277 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 53.
278 "Josef Popper-Lynkeus and Theory of Dreams" ["Josef Popper-Lynkeus y la teoría onírica"], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 261.
279 "Civilization and Its Discontents", p. 133.

Freud, que sabía que con frecuencia sus pensamientos estaban "ocupados con cuestiones de prioridad", buscó a veces "precursores ilustres" para refutar la acusación de que el psicoanálisis había constituido "un asalto contra la dignidad de la raza humana"[280].

En la confusión de ideas originales asociadas con el nombre de Freud, la más difícil de determinar y al mismo tiempo la más importante para otras personas era la forma específica de tratamiento que recomendaba. El psicoanálisis, además de ser una teoría psicológica y un método de observación, significaba un tipo nuevo de marco terapéutico. Freud pasaba la mayor parte de su jornada de trabajo en el piso de aspecto bastante sofocante contiguo al suyo. A veces se sentía preocupado por la falta de controles científicos en sus sesiones clínicas, pero razonaba que incluso en astronomía "la experimentación con los cuerpos celestes es particularmente difícil. En ese caso hay que recurrir a la observación"[281].

Freud pensaba con frecuencia que "probablemente el futuro atribuirá mucha mayor importancia al psicoanálisis como ciencia del inconsciente que como procedimiento terapéutico"[282]. En sus últimos años recordó decepcionado algunos de sus primeros resultados terapéuticos, y cada vez fue insistiendo más en los aspectos científicos de sus realizaciones por oposición a los aspectos terapéuticos:

> el psicoanálisis comenzó como un método de tratamiento; pero no quise recomendároslo como un método de tratamiento, sino en razón de las verdades que contiene, en razón de la información que nos proporciona sobre lo que más interesa a los seres humanos —su propia naturaleza— y en razón de las conexiones que revela entre las más diferentes de sus actividades. Como método de tratamiento es uno entre muchos, aunque, indudablemente, *primus inter pares*[283].

Freud trazaba una divisoria nítida entre la obra de sus discípulos y la de "los médicos cuyos intereses se centran exclusivamente en los resultados terapéuticos y que emplean métodos analíticos, pero sólo hasta cierto punto"[284].

Ahora bien, en sus primeras obras Freud se mostraba mucho más expansivo y esperanzado con respecto a las posibilidades de lograr éxitos terapéuticos. Otros habían indicado la importancia de la herencia, pero Freud pensaba que "el descubrimiento de los elementos hereditarios no nos exime... de buscar un factor [psicológico] específico. Por cierto, que de

280 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 107; "The Resistances to Psychoanalysis" ["Las resistencias contra el psicoanálisis"], *Standard Edition* Vol. 19, p. 218.
281 "New Introductory Lectures", p. 22.
282 "Psychoanalysis", p. 265.
283 "New Introductory Lectures", pp. 156-57.
284 "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes" ["Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica"], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 248.

su descubrimiento depende igualmente todo nuestro interés terapéutico"[285].

Durante algún tiempo, en el pensamiento de Freud la sífilis fue un puente entre lo orgánico y lo psicológico. Pensaba que "un porcentaje *sorprendentemente alto* de los pacientes que he tratado psicoanalíticamente tenían padres que había padecido tabes o parálisis general... [L]a sífilis en el padre es un factor importante en la constitución neuropática de los hijos"[286]. En un pasaje de *Tres ensayos sobre teoría sexual*, escrito originalmente en 1905 y reproducido en las ediciones siguientes, Freud decía que "en más de la mitad de los casos severos de histeria, neurosis obsesiva, etc., que he tratado psicoterapéuticamente, he podido demostrar con certeza que el padre del paciente padeció sífilis..."[287]. Aunque, más adelante, Freud abandonó la opinión del padre sifilítico, su teoría siguió sugiriendo que los padres habían hecho daño de algún modo a sus hijos; de hecho, ésa ha sido una causa del interés que ha despertado en los jóvenes. La afirmación de Freud de que "el papel principal en las vidas mentales de todos los niños que posteriormente llegan a ser psiconeuróticos es el desempeñado por sus padres"[288] hoy puede parecer obvia, si no tautológica, pero en la época de la publicación de *La interpretación de los sueños* hacía falta una audacia inhabitual para culpar a la vida familiar ordinaria de la neurosis.

En una ocasión Freud escribió que "la teoría de la neurosis es el propio psicoanálisis"[289]; ahora bien, no es fácil determinar lo que entendía por neurótico. Afirmó que "la frontera entre lo normal y lo anormal en las cuestiones nerviosas es variable, y... todos somos un poco neuróticos..."[290]. Por lo menos, ésa era la base sobre la que esperaba establecer la validez universal de sus descubrimientos clínicos. Sin embargo, al mismo tiempo Freud podía calificarse a sí mismo de "individuo normal, libre de neurosis"[291]. En otro lugar Freud habló del recuerdo de "alguien que no es neurótico en absoluto o sólo ligeramente"[292]. Como médico en ejercicio, Freud veía la "enfermedad" como una cuestión esencialmente práctica, de mayor o menor sufrimiento. "Pero, si adoptamos un punto de vista teórico, y pasamos por alto esa cuestión de la cantidad, podemos decir perfectamente que *todos* estamos enfermos, es decir, neuróticos..."[293]

285 "A Reply to Criticism of My Paper on Anxiety Neurosis", p. 138.
286 "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria", *Standard Edition*, Vol. 7. pp. 20-21.
287 "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 236. Cf. también la entrevista de Kurt Eissler con Albert Hirst (archivos de Jones).
288 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4. p. 260.
289 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 379.
290 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 278.
291 *Ibid.*, p. 152.
292 "Screen Memories", p. 309. En este pasaje Freud no se identificó a sí mismo como la persona que tuvo el recuerdo, pero es claramente un detalle autobiográfico.
293 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 358.

Según la teoría de Freud, los síntomas podían "considerarse apropiadamente como satisfacciones sustitutivas de lo que no se consigue en la vida"[294]. La fuerza "demoníaca" que actúa en la neurosis se hacía remontar hasta la incapacidad del paciente para vencer un trauma inicial, y los intentos frustrados de vencerlo no hacían otra cosa que empeorar la situación[295]. En una ocasión Sandor Ferenczi expresó el punto de vista psicoanalítico: "De hecho, el paciente [cura] efectivamente sus conflictos mentales mediante la represión, el desplazamiento y la transferencia de los complejos desagradables; desgraciadamente, lo reprimido se resarce creando 'formaciones substitutivas costosas' (Freud), de modo que tenemos que considerar la neurosis como 'intentos de curación que han fracasado' (Freud)...[296] Freud no proponía que un instinto como el de la sexualidad debiera dominar nuestra vida, sino simplemente que no se reprimieran innecesariamente sus diferentes componentes; por esa razón, pudo escribir que "asociamos la neurosis, término que ha llegado a ser científicamente inexacto, con la idea de inhibición"[297].

En los primeros tiempos Freud tendía a centrar su atención en los síntomas aislados del carácter del paciente (e incluso de su ambiente familiar), pero con el tiempo llegó a pensar que la cura de los síntomas molestos no era tan importante como la comprensión de los procesos subyacentes. "Mientras que en aquella época [1895] declaramos humildemente que sólo podíamos garantizar la eliminación de los síntomas de la histeria, no curar la propia histeria, posteriormente esa distinción ha llegado a parecerme insustancial, de modo que existe la esperanza de una cura auténtica de la histeria y de las obsesiones"[298].

El objetivo del psicoanálisis pasó a ser el de pasar por alto las dificultades superficiales presentes del paciente y enfocar los orígenes fundamentales de su trastorno. Durante la Primera Guerra Mundial, Freud escribió que "la labor de análisis, tal como la llevamos a cabo actualmente, excluye completamente el tratamiento sistemático de cualquier síntoma individual hasta que no se haya aclarado enteramente"[299]. Como Freud empezó a dedicar más tiempo a la formación de los discípulos para el análisis y menos a tratar a los pacientes, pudo distanciarse más de sus resultados terapéuticos; en sus primeros tiempos, cuando trataba con personas relativamente menos sanas, Freud había tenido que ocuparse más del origen y de la cura de los síntomas particulares.

294 *Ibid.*, p. 300.
295 "Beyond the Pleasure Principle", pp. 35-36; "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 185.
296 Sandor Ferenczi, "Contributions to Psychoanalysis", en *Sex in Psychoanalysis*, traducción autorizada por Ernest Jones (Nueva York: Dover; 1956), pp. 47-48.
297 *Letters of Freud and Abraham*, p. 118.
298 "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", p. 282.
299 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 266.

En 1904 Freud había tenido la suficiente amplitud de miras, y había estado suficientemente entregado a conseguir éxitos terapéuticos como para anunciar que "existen muchas formas y medios de practicar la psicoterapia. Todos los que conducen a la curación son buenos"[300]. Sin embargo, en el tratamiento psicoanalítico Freud tenía presentes objetivos muy específicos. "Mientras que el objetivo práctico del tratamiento es eliminar todos los posibles síntomas y substituirlos por ideas conscientes, podemos considerar como un objetivo teórico y secundario el de reparar todos los daños causados a la memoria del paciente"[301]. Aunque Freud dijo también que "la misión del tratamiento es eliminar todas las amnesias...: hay que anular todas las represiones", no obstante pensaba que "el objetivo del tratamiento nunca será otra cosa que la curación *práctica* del paciente, el restablecimiento de su capacidad para llevar una vida activa y de su capacidad para el goce"[302].

La enfermedad neurótica constituía un obstáculo para los pacientes de Freud, que les impedía "desplegar libremente sus capacidades mentales"[303]. Freud hizo todo lo posible para asegurar que "el consejo y la guía en las cuestiones de la vida" no desempeñaran un papel total en la influencia analítica:

> evitamos la función de mentor, y nada nos gustaría tanto conseguir como que el paciente adoptara sus decisiones por sí mismo... Sólo en el caso de algunos individuos muy jóvenes o completamente indefensos o inestables no podemos poner en práctica la deseada limitación de nuestra función. Con ellos tenemos que combinar las funciones de un médico y un educador; pero en esos casos somos muy conscientes de nuestra responsabilidad y actuamos con la prudencia necesaria[304].

Freud reconoció que su ideal de influencia analítica tenía que someterse a un compromiso para satisfacer las necesidades variables de las realidades clínicas:

> No podemos dejar de aceptar para tratamiento pacientes que están tan desvalidos e incapacitados para la vida ordinaria, que en sus casos hay que combinar la influencia analítica con la educativa; e incluso en el caso de la mayoría se presentan de vez en cuando casos en que el médico se ve obligado a adoptar la posición del maestro y del mentor. Pero siempre hay que hacerlo con gran cautela...[305].

Freud era más pragmático como terapeuta que algunos de sus discípulos posteriores (muchas veces más ambiciosos terapéuticamente): "hay casos en que hasta el médico ha de reconocer que el hecho de que un conflicto

300 "On Psychotherapy", p. 259.
301 "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria", p. 18.
302 "Freud's Psychoanalytic Procedure", p. 253.
303 "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", p. 284.
304 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 434.
305 "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy", p. 165.

desemboque en la neurosis es la solución menos perjudicial y más tolerable socialmente... No es deber suyo limitarse en todas las situaciones de la vida a ser un fanático en favor de la salud''. Freud llegó más lejos incluso en su escepticismo sobre el valor absoluto del estado de salud, ya que pensaba que ''la necesidad puede incluso exigir que una persona sacrifique su salud''[306]. La ''fórmula'' que ideó Freud para el psicoanálisis era que ''su misión consiste en volver consciente todo lo que es patógenamente inconsciente'', lo que significaba ''llenar todas las lagunas en la memoria del paciente, eliminar sus amnesias''[307]. Sin embargo, para 1937 Freud había llegado a ser más explícito incluso sobre los límites que ponía a los fines del análisis:

> Nuestro objetivo no ha de ser eliminar cualquier particularidad del carácter en nombre de una ''normalidad'' esquemática, ni tampoco exigir que la persona que haya sido ''analizada completamente'' no deba sentir pasiones ni desarrollar conflictos internos. El deber del análisis es garantizar las mejores condiciones psicológicas posibles para las funciones del yo; con eso habrá cumplido su misión [308].

Freud, quien personalmente se sentía mal en situaciones de dependencia y sentía inclinación a desconfiar de lo infantil, era celoso de su autonomía y de su sentido de la libertad y propuso el ideal de la autorrealización. ''El neurótico que ha quedado curado se ha convertido realmente en otro hombre, aunque, en el fondo, sigue siendo el mismo naturalmente; es decir, que se ha convertido en lo que podría haber llegado a ser en el mejor de los casos con las condiciones más favorables''[309]. En muchos sentidos Freud compartía los valores de la Ilustración del siglo XVIII: ''La libertad del individuo no es un don de la civilización. La mayor libertad existía antes de que existiera la más mínima civilización...''[310] Y, a pesar de que Freud comprendía algunos de los obstáculos más graves para la consecución de la independencia auténtica, aun así era partidario del principio liberal según el cual ''todos los hombres han de averiguar por sí mismos de qué forma particular pueden salvarse''[311].

Freud, austero e intrépido, dispuesto a revelar los autoengaños, estaba obsesionado con la investigación, como lo estaba su héroe Leonardo, y era tan ''fanático de la verdad'' como suponía lo había sido Emilio Zola[312]. ''(E)l tratamiento psicoanalítico se basa en la veracidad. En ese hecho radica gran parte de su efecto educativo y de su valor ético''[313]. Freud tenía

306 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 434.
307 *Ibid.*, Vol. 16, p. 282.
308 ''Analysis Terminable and Interminable'', p. 250.
309 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 435.
310 ''Civilization and Its Discontents'', p. 95.
311 *Ibid.*, p. 83.
312 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 260.
313 ''Observations on Transference-Love'', p. 164.

tendencia a tratar las angustias presentes de un paciente como una evasión con respecto a dificultades más profundas: ''sólo se podía arrojar luz sobre esos problemas anteriores, cuando el trascurso del análisis nos alejaba por un tiempo del presente, y nos obligaba a dar un *rodeo* a través del período prehistórico de la infancia''[314].

Las premisas de los trabajos psicoanalíticos iniciales parecen hoy excesivamente racionalistas. ''Aun en los casos en que la salud psíquica es perfecta'', escribió Freud, ''el sometimiento del *Inc.* [Inconsciente] al *Prec.* [Preconsciente] no es completo; la cantidad de represión indica el grado de nuestra normalidad psíquica''[315]. El Freud más maduro no habría hablado de la perfección de la salud, e indudablemente no lo habría hecho en el contexto de un concepto tan ambiguo como el de ''normalidad''. Pero creía que ''el efecto somático y emocional de un impulso que se ha vuelto consciente nunca puede ser tan potente como el de uno inconsciente'', si bien no siempre habría sido tan audaz como para sostener que ''sólo mediante la aplicación de nuestras funciones mentales más altas, que están ligadas a la conciencia, es como controlamos nuestros impulsos''[316].

En 1913 Freud reconocía que ''en los comienzos de la técnica analítica adoptamos una concepción intelectualista de la situación''[317]. No obstante, Freud conservó el convencimiento de que ''los síntomas nunca se forman a partir de procesos conscientes'', así como la confianza idealista en que ''tan pronto como los procesos inconscientes en cuestión se han vuelto conscientes, el síntoma debe desaparecer''[318]. Para Freud, la inteligencia era el gran factor unificador y el intelecto el único recurso seguro; ''no tenemos otro medio de controlar nuestra naturaleza instintiva que nuestra inteligencia... el ideal psicológico [es]... la primacía de la inteligencia''[319]. Como Spinoza antes que él, Freud consideraba al intelectual como el más libre de los hombres, ya que, gracias a la sublimación de los instintos, ''el destino no puede hacer gran cosa contra nosotros''[320].

Como Freud se atuvo a la idea (expresada en época tan avanzada como 1932) de que ''la comprensión y la cura casi coinciden''[321], vale la pena examinar minuciosamente la forma como debía proceder el analista en su terapia. Así como Freud se había referido al ''significado secreto del sueño'', así también cada neurótico tenía una ''relación con su secreto,

314 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 18.
315 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, pp. 580-81.
316 ''On Psychotherapy'', p. 266.
317 ''On Beginning the Treatment'' [''La iniciación del tratamiento''], *Standard Edition*, Vol. 12, p. 141.
318 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 279.
319 The Future of an Illusion'', p. 48.
320 ''Civilization and Its Discontents'', p. 79.
321 ''New Introductory Lectures'', p. 145.

con su [complejo]...''[322] Freud estaba diciendo explícitamente al paciente: ''Mira hacia tu interior, observa tus propias profundidades, ¡aprende en primer lugar a conocerte! Entonces entenderás por qué estabas destinado a caer enfermo; y quizás evitarás caer enfermo en el futuro''[323].

Como médico clínico, Freud llegó a creer que en el trascurso del tratamiento las fuerzas de autoengaño del paciente se van volviendo gradualmente contra el analista. Llegó hasta el extremo de afirmar que ''la superación [por parte del paciente] de esas resistencias es la función esencial del análisis...''[324] En cierta ocasión definió de modo general una ''resistencia'' como ''*cualquier cosa que interrumpa el progreso de la labor analítica...*''[325] Su significado puede aclararse mediante el ejemplo de un neurótico típico que

> opone resistencias a partir de sus esfuerzos para llegar a ser independiente en sí mismo y en sus juicios, a partir de su ambición, cuyo primer objetivo era hacer las cosas tan bien como su padre o conseguir lo mejor de él, o a partir de su renuencia a cargar por segunda vez con el peso de la gratitud[326].

Quizás la característica distintiva del método preferido por Freud de tratamiento analítico fuera la de que había que seleccionar las relaciones de transferencia en los pacientes, si no movilizarlas deliberadamente, y después interpretarlas mediante el análisis. En ese caso Freud se refería a la ''transferencia de los sentimientos [pasados] a la persona del doctor, ya que no creemos que la situación en el tratamiento podía justificar el desarrollo de semejantes sentimientos''[327]. Mediante la comprensión de la transferencia el analista podía llegar al inconsciente del paciente, mientras que el tratamiento más anticuado mediante sugestión ''no consigue nada con vistas a la revelación de lo que es inconsciente en el paciente''[328]. Aunque para 1912 Freud procuraba distinguir los sentimientos emocionales positivos del paciente hacia el analista de sus negativas irracionales, el significado real de la transferencia era que, por razonable que alguien pueda parecer, la situación analítica revelará la presencia de modos de sentir infantiles. No es sólo en nuestros sueños, de noche, donde nuestro pasado infantil interviene. En ese sentido Freud estaba en lo cierto al decir que ''el psicoanálisis revela lo peor que hay en cada uno de nosotros''[329]. Y, en la medida en que se consideraba que el objetivo del análisis era en

322 ''Psychoanalysis and the Establishment of the Facets in Legal Proceedings'', *Standard Edition*, Vol. 9, pp. 109, 111.
323 ''A Difficulty in the Path of Psychoanalysis'', p. 143.
324 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 291.
325 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 517.
326 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 290.
327 *Ibid.*, p. 442.
328 'Recommendations to Phsysicians Practising Psychoanalysis'', p. 118.
329 ''On the History'', p. 39.

primer lugar el despertar de la transferencia y después su disolución racional, Karl Kraus también estaba en lo cierto al sostener que el análisis era la enfermedad cuya cura pretendía ser.

Por racionalista e intelectual que pueda parecer Freud, también le interesaba mostrar que ''lo que inclina la balanza'' en la ''lucha [terapéutica de un paciente] no es su penetración intelectual —que no es ni suficientemente fuerte ni suficientemente libre como para esa realización—, sino simple y exclusivamente su relación con el doctor''[330]. Freud deseaba que el analista esperara a que el paciente introdujera los problemas; pero insistió sobre todo en que desde el punto de vista del analista ''hay que ser siempre consciente de lo que se está haciendo''[331].

330 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 445.
331 ''The Handling of Dream-Interpretation in Psychoanalysis'' (''El empleo de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis''), *Standard Edition*, Vol. 12, p. 94.

Capítulo 4

FREUD COMO TERAPEUTA

1. La técnica de la neutralidad.

Una de las razones que explican la influencia de Freud es la de que su procedimiento terapéutico era mucho más disciplinado y ordenado que ningún otro de los que se han ideado. Freud mantuvo una postura profundamente racionalista en relación con lo referente a la técnica. Había sido reacio a escribir sobre su enfoque especial hasta que se produjeron sus disputas con Adler, Stekel y Jung, momento en que le pareció conveniente distinguir su propia forma de tratamiento de la de otros psicoterapeutas. Freud era demasiado prudente como para ser dogmático en relación con la técnica, y sobre todo deseaba que sus discípulos comprendieran bien; quizás escribió tan poco sobre la técnica para no establecer la ley de forma demasiado restrictiva para sus seguidores.

Cuando Freud publicó varios artículos técnicos en 1914, dijo explícitamente que estaba ofreciendo "recomendaciones" y no "reglas"[1]. El enfoque general de Freud había estado estabilizado durante algún tiempo. La interpretación de los sueños y de los actos fallidos sintomáticos, el descifre de los síntomas mediante la reconstrucción del pasado y la elucidación de las transferencias siguieron siendo, a lo largo de todos los cambios en las concepciones de Freud, el eje del tratamiento psicoanalítico.

1 "On Beginning the Treatment", p. 123.

Esperaba que los demás analistas estimularan a los pacientes en sus asociaciones libres, que para Freud seguían siendo el principal instrumento terapéutico del análisis; lo llamaba la "regla fundamental", que se oponía a la idea de "recomendación".

Freud pensaba que cualquier cosa que aflojara las resistencias del paciente era valiosa, pero no aconsejaba que el analista revelara demasiado sus propios sentimientos y reacciones, para que no pusieran obstáculos al material analítico del paciente. Al esbozar las premisas básicas de su práctica terapéutica para los analistas, Freud se concibió a sí mismo como inspirador de pautas directrices para los principiantes, "como un consejo para los analistas"; pues "aunque puede ser que haya más de un buen camino que se pueda seguir, aun así existen muchos malos..."[2] Los comentarios de Freud sobre la técnica estaban destinados a ayudar a los demás a evitar algunos de los errores en que había caído él mismo anteriormente. Pero no esperaba que sus declaraciones sobre la técnica, o su propia práctica, fueran apropiadas para todos los analistas. Una cita favorita de Freud procedía del Mefistófeles de Goethe: "Después de todo, lo mejor de lo que sabes no puede decirse a los niños"[3].

Durante la vida de Freud sus discípulos fueron conscientes de la distinción entre "la personalidad viva y la enseñanza oral de Freud y la de las rígidas reglas impresas"[4], aunque muchos de ellos eran partidarios de la segunda. Desde su muerte esa tendencia ha llegado a ser más marcada y es mucho más probable que los analistas sigan sus recomendaciones escritas en lugar de sus prácticas reales. Incluso en 1928 Freud observó, en una carta a Ferenczi, que

> las "Recomendaciones sobre la técnica" que escribí hace mucho tiempo eran esencialmente de carácter negativo. Consideraba que la cosa más importante era recalcar lo que *no* debía hacerse, y señalar las tentaciones en direcciones contrarias al análisis. He dejado al "tacto" de cada cual casi todo lo positivo que *debe* hacerse, cuya exposición está usted presentando. El resultado fue que los analistas dóciles no percibieron la elasticidad de las reglas que había establecido yo, y se sometieron a ellas como si fueran tabúes. Algún día habrá que revisar todo eso, claro que sin suprimir las obligaciones que cité.

Ahora bien, aunque Freud se quejó de la pasividad de algunos de sus seguidores, le preocupaban las "concesiones" de Ferenczi en el terreno de la técnica:

> Quienes carezcan de tacto verán en lo que escribe usted una justificación para la arbitrariedad, o sea, para la subjetividad, o, lo que es lo mismo, para la influencia de sus complejos no dominados. Lo que encontramos en realidad es un delicado equilibrio... de las

2 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 517; "The Handling of Dream-Interpretation in Psychoanalysis", p. 91.

3 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 142; Vol. 5, p. 453.

4 Walter Schmideberg, "To Further Freudian Psychoanalysis", *The American Imago*, Vol. 4, Nº 3 (julio de 1947), p. 4.

diferentes reacciones que esperamos de nuestras intervenciones... Naturalmente, no se pueden dar reglas para calibrar eso; la experiencia y la normalidad del analista tienen que inspirar una decisión. Pero, por esa razón, con los principiantes hay que despojar la idea de "tacto" de su carácter místico [5].

Tantas diferencias surgieron entre lo que Freud escribió sobre la técnica y lo que de hecho practicó, que alguien podría afirmar que no tenía técnica, sino simplemente una forma *ad hoc* de proceder. Pero necesitaba algunas enseñanzas técnicas, si deseaba establecer una disciplina que pudieran continuar los demás. Una forma de reconciliar las aparentes contradicciones entre lo que Freud decía y lo que hacía sería decir que, aunque mostraba una actitud rígida en su apego a los principios de la situación analítica, su actitud con respecto a sus aplicaciones era "flexible". Pero, para el historiador, la "flexibilidad" no es más fácil de resumir de lo que debió de serlo el "tacto" para el principiante a que se refería Freud.

Freud era un partidario ferviente de lo que llamó "un psicoanálisis estrictamente regular, no atenuado" [6]. Pensaba que un analista debía mantener una actitud fluctuante —lo que llamaba una "*atención constante y en suspenso*" [7]— con respecto al material que el paciente aportaba al análisis. Freud no era partidario de que el analista tomara notas, y, aunque a veces no lo cumplió, escribió que no quería "usar los escritos analíticos como ayuda para mis pacientes; les pido que aprendan de su experiencia personal, y les aseguro que adquirirán un conocimiento mayor y más valioso que el que podría proporcionarles toda la literatura psicoanalítica" [8]. Según pensaba Freud, el analista, al tiempo que mantiene el oído atento, "ha de desconfiar [de los fenómenos de resistencia] y mantenerse en guardia contra ellos" [9].

Aunque Freud recomendaba que el analista se mantuviera distante y neutral, no temía mostrarse como era. En cierta ocasión Freud escribió que "los analistas son personas que han aprendido a practicar un arte particular; al mismo tiempo, debe permitírseles que sean seres humanos como los demás" [10]. La selección de libros para su sala de espera, por ejemplo, revelaba algo de su gusto; antes de la Primera Guerra Mundial figuraban los libros del humorista Wilhelm Busch. Pero en 1928, cuando sus pacientes eran principalmente americanos, la selección pasó a reflejar las preferencias de sus pacientes; en su sala de espera había ejemplares de

5 Citado en Jones, *Sigmund Freud,* Vol. II, p. 241
6 "Observations on Transference-Love", p. 171.
7 "Two Encyclopaedia Articles", p. 239.
8 "Notes upon a Case of Obsessional Neurosis" ["Análisis de un caso de neurosis obsesiva"], *Standard Edition,* Vol. 10, p. 159; "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", pp. 119-20.
9 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 287.
10 "Analysis Terminable and Interminable", p. 247.

The Nation y de *The New Republic* [11]. Freud rodeó su práctica de mucha discreción profesional. Su despacho estaba dispuesto de manera que había una puerta de entrada y otra de salida, para que los pacientes no se encontraran al entrar y salir, aunque podían cruzarse afuera, en la escalera. A los amigos y conocidos que pasaban a ser pacientes suyos, podía decirles que durante el período de su tratamiento, tendrían que prescindir del contacto con la familia Freud [12], si bien permitía excepciones.

Freud recomendaba también que el paciente se sometiera al tratamiento "en abstinencia":

> Con esto no me refiero sólo a la abstinencia física, ni tampoco a la privación de todo lo que el paciente desee, pues quizás ninguna persona enferma podría tolerarlo. En cambio, considero un principio fundamental el de que debe permitirse que la necesidad y el anhelo de la [*sic*] paciente persistan en ella, para que actúen como fuerzas que la [*sic*] inciten a trabajar y a hacer cambios, y que hemos de procurar no apaciguar dichas fuerzas mediante subrogados [13].

Aunque en general Freud no esperaba que sus pacientes interrumpieran su vida sexual por el análisis, en la década de 1930 dijo a una paciente que tenía por norma no permitir a las pacientes tener relaciones sexuales durante un período al comienzo de un análisis; quizás fuera una de las pocas pacientes solteras, o puede ser que existieran otras razones para su petición (que ella acató, aunque no de buena gana).

A algunos pacientes Freud les pareció el hombre más silencioso, y, sin embargo, en comparación con otros analistas, era casi locuaz [14]. Era capaz de permanecer en un silencio irritante y no decir palabra, pero también podía charlar; en conjunto, no se mantenía tan silencioso como la mayoría de los freudianos ortodoxos actuales. Como dijo un paciente refiriéndose a una sesión analítica, "Freud habló durante la mayor parte de la hora, o por lo menos durante la mitad" [15]. Desde luego, el enfoque de Freud era tremendamente individual, por lo que no trabajaba del mismo modo con todo el mundo; pero, en general, analizaba con libertad, con mucha mayor libertad que los analistas actuales. Según dicen, hablaba con mayor franqueza con sus estudiantes que los analistas profesores actuales con los suyos [16].

Sin embargo, a causa del cáncer de mandíbula le resultaba difícil hablar, y a partir de entonces resumía sus pensamientos en el comentario más breve; hacia el final de su vida llegó a sentirse más impaciente con

11 Carta de Marie E. Briehl a Ernest Jones, 28 de abril de 1956 (archivos de Jones).
12 Por ejemplo, Kata Levy.
13 "Observations on Transference-Love", p. 165.
14 Entrevistas con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966, y 22 de noviembre de 1967, y con Philip Sarasin, 30 de noviembre de 1966. Cf. Raymond de Saussure, "Sigmund Freud", en *Freud As We Knew Him,* ed. Ruitenbek, p. 359.
15 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud,* pp. 34, 45, 53.
16 Entrevista con Heinz Hartmann, 18 de octubre de 1965.

sus casos. Ahora bien, siempre intentó expresarse brevemente para que se recordara lo que decía. E, incluso en sus últimos años, si un paciente formulaba una pregunta válida, casi siempre recibía respuesta[17].

Freud jugaba a menudo con un anillo que llevaba en un dedo (algunos analistas lo consideraban una forma de tic); sin embargo, al estar los pacientes echados en un sofá y Freud sentado detrás —con lo que no podían verlo—, sólo le oían jugar con la cadena de su reloj o hacer sonar las llaves. Pero Freud se revelaba a sus pacientes no tanto a través de sus idiosincrasias personales, cuanto a través de la estructura total de la situación analítica. Desde su punto de vista, el análisis concuerda con su insistencia en la intimidad y su odio a la publicidad: aconsejaba a los pacientes que no hablaran con nadie sobre su análisis[18]. Freud podía escuchar a sus pacientes, prestar atención a todos los detalles de la corriente de asociaciones libres, y escoger el momento en que revelar sus propios pensamientos.

En la tarea analítica de explorar las mentes inconscientes de los demás y de no considerar indiferente o insignificante nada de lo que dijeran, a veces Freud sucumbió al peligro de prestar más atención al inconsciente de los demás que al suyo[19]. Si bien la práctica del análisis proporcionaba al analista penetración para ver dentro de sí mismo, también proporcionaba un medio nuevo para el autoengaño tanto del paciente como del analista. Fliess había dirigido ese reproche a Freud a finales de la década de 1890.

A veces Freud podía mostrarse muy franco a la hora de reconocer la limitada utilidad de la técnica que recomendaba. A pesar de lo dogmáticos que iban a llegar a ser algunos de los discípulos de Freud en relación con las cuestiones terapéuticas, el propio Freud admitía:

> Sin embargo, debo aclarar que lo que afirmo es que esta técnica es la única idónea para mi individualidad; no me atrevo a negar que un médico constituido de forma completamente diferente podría verse conducido a adoptar una actitud distinta hacia sus pacientes y hacia su misión[20].

A diferencia de algunos terapeutas, Freud decidió atenerse al sofá analítico, para no evitar verse sometido a la mirada de los pacientes durante todo el día; tal como él lo explicó,

> no puedo soportar el hecho de que otras personas me miren durante ocho horas (o más) al día. Puesto que, mientras estoy oyendo al paciente, yo también me abandono a la corriente de mis pensamientos inconscientes, no deseo que mis expresiones faciales den al paciente material para interpretaciones ni que influyan en lo que me dice. El paciente suele considerar penoso el hecho de verse obligado a adoptar esa posición y se rebela contra ello...

17 Entrevista con Smiley Blanton, 25 de enero de 1966.

18 Edoardo Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant* (Nueva York: Intercontinental Medical Book Corp.; 1970), p. 37.

19 Freud cita esa clase de mecanismo en "Some Neurotic Mechanisms in Jealousy, Paranoia and Homosexuality", p. 226.

20 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 111.

Freud sabía que "muchos analistas trabajan de forma diferente, pero no sé si esa desviación se debe más a un deseo de actuar de forma diferente o a que hayan descubierto que ese método les reporta alguna ventaja"[21]. Los rituales pueden desempeñar una función positiva, y Freud consideraba el uso de un sofá como un "rito"[22]. Pero el uso de un sofá se convirtió en la piedra de toque del análisis, y los analistas temían que, si no usaban un sofá, no serían analistas correctos.

Freud nunca modificó su compromiso con la neutralidad como enfoque analítico apropiado. Según Freud, gracias al uso del sofá, el paciente no dispone de muchos elementos reales de que ocuparse, por lo que encuentra pocas interferencias a la hora de desarrollar sus fantasías sobre el analista: gracias a ello, se produce un desarrollo más eficaz de la transferencia. La distancia del analista con respecto a sus pacientes no sólo facilita la penetración racional del analista que podría verse obstaculizada en un marco más común, sino que, además, según Freud, amplía la gama de los tipos de pacientes accesibles a la influencia analítica. Freud escribió: "He podido ayudar a personas con las que no tenía nada en común —ni raza, educación, posición social, ni concepción de la vida en general— sin influir en su individualidad"[23].

No obstante, no está claro por qué había de importarle a alguien que le miraran durante todo el día, a no ser que fuera especialmente susceptible al examen y a la inspección, y temiera que lo miraran a causa de un sentimiento de culpa o porque esperaba recibir críticas. Si un analista teme que los pacientes encuentren sus puntos flacos y considera que la inspección es un acto hostil, en ese caso es evidente que la terapia cara a cara provocaría tensiones. El uso de un sofá puede ayudar también al analista a eludir la intimidad emocional con los pacientes. Con ciertos tipos de pacientes que —por diferentes razones— pueden sentir miedo a permanecer echados, un analista moderno tendría que dejar de cumplir la recomendación de Freud y permitir sentarse al paciente. Pero ninguna de las limitaciones del sofá debe ocultar el argumento general de que todavía puede ser el mejor método de permitir que el paciente se relaje y realice las asociaciones libres. La impersonalidad del análisis puede facilitar el camino a las revelaciones más privadas y personales del paciente.

Freud nunca llegó a ser un terapeuta psicoanalítico convencional. Su análisis de su propia hija Anna[24], por ejemplo, fue un simple ejemplo de

21 "On Beginning the Treatment", p. 134.

22 *Ibid.*, p. 133.

23 "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy", p. 165.

24 Cf. pp. 462-464.

lo heterodoxo que podía ser. Con ciertos pacientes o en ocasiones especiales, Freud era partidario de prescindir de la técnica psicoanalítica prescrita. Pero deseaba estar seguro de que esa operación redundaba en beneficio del paciente y no estaba destinada a satisfacer el gusto del analista. En cierta ocasión un estudiante de Freud estaba preocupado por los procedimientos que había utilizado con una paciente; el analista había dado dinero a la paciente, la ayudó en sus lecciones del Radcliffe College, encargó un retrato: en resumen, había tomado todas las iniciativas "activas" que un buen analista debía evitar. Y, sin embargo, a Freud le pareció perfecto y dijo que a veces hay que ser como una madre y como un padre para un paciente: "se hace lo que se puede"[25]. Freud podía ser flexible con su propia técnica: en cierta ocasión una paciente sintió vergüenza de lo que estaba contando y no deseaba que Freud la mirara. Este se levantó de la silla, y se colocó delante del sofá y la miró fijamente, al tiempo que le decía que tenía que tener el valor de mirarlo de frente y, de ese modo, afrontar su problema[26].

Si Freud se permitió a sí mismo privilegios que estaban vedados a analistas más jóvenes e inexpertos, fue porque era ante todo un investigador y deseaba ensayar todo por lo menos una vez. Hacía lo que le parecía mejor, sin seguir sus propias reglas. Sin embargo, algunos de sus discípulos eran dóciles: en la década de 1920, un analista de Berlín, por su deseo de ser ortodoxo, no dejaba fumar a sus pacientes, mientras que por lo menos en un análisis Freud regularmente ofrecía un cigarro y una cerilla al paciente antes de comenzar la sesión[27]. Tal como uno de los pacientes y discípulos de Freud la describió, la actitud del maestro era: "Haced lo que digo, no lo que hago"[28]; y aquella dicotomía pudo ser una de las causas del moralismo de Freud con respecto a la técnica. Muchos de los seguidores de Freud citaron la máxima romana *Quod licet Jovi, non licet bovi* ("Lo que está permitido a Júpiter no está permitido a un buey").

A veces Freud hacía saber a sus pacientes cuál de ellos prefería, y durante años recogió donaciones anuales para ayudar a un antiguo paciente favorito, el "Hombre-Lobo", que era un aristócrata ruso arruinado. A veces Freud pedía incluso a sus pacientes una donación[29]. En contraste con la imagen de un analista fríamente neutral, Freud recibía con agrado las opiniones de sus pacientes sobre miembros más jóvenes del movimiento y en las décadas de 1920 y 1930 les preguntaba directamente si habían notado tensiones en la Sociedad Psicoanalítica de Viena[30].

Freud, analista audaz y heterodoxo, analizó a parejas casadas por lo

25 Entrevista con Irmarita Putnam, 30 de junio de 1966.
26 Entrevista con Edoardo Weiss, 25 de enero de 1966.
27 Entrevista con Sandor Rado, 29 de enero de 1966.
28 Entrevista con David Brunswick, 30 de diciembre de 1965.
29 Entrevista con Roger Money-Kyrle, 7 de noviembre de 1966.
30 Entrevistas con Irmarita Putnam y Philip Sarasin.

menos en dos ocasiones. En el caso de James y Alix Strachey, si uno de los dos faltaba a la sesión, el otro podía aprovecharla, con lo que se analizaba durante dos horas aquel día. Freud analizó a personas que conocía socialmente, a veces incluso cuando —por ejemplo, en verano— estaban viviendo con él en la misma casa. Algunos de sus favoritos visitaban su domicilio, a pesar de que aquello impediría a Freud ser el analista ideal, distante y desapasionado. A veces Freud ayudaba a un paciente; en una ocasión escribió una prescripción para un contraceptivo más satisfactorio que un condón.

En por lo menos cuatro ocasiones Freud dio a los pacientes artículos suyos para que los tradujeran[31]. A pesar de haber escrito que no era conveniente que los pacientes leyeran la literatura analítica, cuentan que no le importaba lo que leyeran algunos pacientes[32]. Freud solía prestar libros, aunque podía expresar su preocupación de que el paciente los extraviara, pues cada libro era precioso[34]. Si un paciente le regalaba un libro, Freud no sólo aceptaba el regalo, sino que podía corresponder con el regalo de otro libro. Freud carecía de la rigidez de que muchos se han quejado en relación con otros analistas[35]; solía contar chistes, decir un cumplido a una paciente a propósito del vestido que llevaba, y, si sentía necesidad de orinar, se levantaba y abandonaba la habitación.

Cuando Freud pensaba que ciertos cambios en la vida del individuo podían beneficiar al análisis, solía intervenir. A veces recomendaba la elección del cónyuge o apoyaba a un paciente en su violación del lazo matrimonial. Freud consideraba que algunos sueños significaban la recuperación de la salud, y, después de interpretar un sueño, podía llegar a hacer la siguiente observación: "Ahora va usted a curarse". Freud sentía que controlaba la situación incluso cuando dos pacientes, antiguos amigos, a los que estaba analizando, comentaban sus análisis[36]. Quizás porque deseaba provocar una reacción (y también promover su causa), Freud solía citar con frecuencia las divergencias de Adler, Jung y Rank; cuando le preguntaban, no era contrario a hablar de sus antiguos discípulos. Cuando

31 Como lo recordó James Strachey: "después de sólo unas semanas de nuestro análisis (de él y de su mujer, Alix), repentinamente nos encargó hacer una traducción de un artículo que había escrito recientemente". "General Preface", *Standard Edition*, Vol. I, p. xxi. Edith Jackson y Joan Riviere hicieron también esa clase de trabajo durante sus análisis.
32 Entrevista con Albert Hirst.
33 Entrevistas con Mark Brunswick.
34 Entrevistas con Smiley Blanton, y con Kata Levy, 13 de julio de 1965.
35 Como observó Theodor Reik: "No se puede adoptar la actitud desabrida de muchos analistas formados por los psicoanalistas de Nueva York. Es increíble. Mi hija estaba analizándose y dio al analista un libro como regalo de Navidad y el analista dijo: '¿Por qué me ha dado usted ese libro?' y no lo aceptó. Es inhumano". Freeman, *Insights*, p. 32.
36 Entrevista con Irmarita Putnam y con Edith Jackson, 30 de agosto de 1966.

le gustaba una ópera, como *Don Juan* de Mozart, la citaba, en caso de que estuvieran representándola en la ciudad.

En el caso de un joven que había escrito algunos poemas, Freud expresó su deseo de verlos; Freud dijo que la poesía le sorprendió, ya que indicaba que el paciente no era —como él mismo había creído— una persona débil, sino muy fuerte. Un elogio de esa clase era totalmente inesperado, y posteriormente el paciente pensó que el convencimiento de Freud con respecto a su capacidad mental fue esencial para él, para su capacidad de realizarse[37]. En su vejez a veces Freud daba golpes en el borde del sofá, ya fuera porque no hubiera oído bien algo o para recalcar algo[38]. Con frecuencia daba una fotografía suya a los seguidores que se habían analizado con él, aun cuando no la pidieran.

A Freud le gustaba pensar que los pacientes psicoanalíticos acudían al tratamiento por su propia voluntad enteramente, y, como testimonio de esa elección libre, les exigía sacrificios. Propuso como principio general que el analista debía "abstenerse de dar tratamiento gratuito, y no hacer excepciones a esta regla en favor de sus colegas o de sus familias"[39]. Pero Freud no cumplió la regla que prescribió a los demás; una de sus contradicciones era la de que cierta tacañería en su teoría iba acompañada de generosidad auténtica. Pues, aunque sostuvo que cualquier cosa dada de forma absolutamente gratuita se degrada para quien la recibe, en por lo menos varios casos Freud analizó a pacientes sin cobrarles nada[40]. Por otro lado, algunos pacientes hicieron donaciones al movimiento de Freud e incluso ofrecieron regalos a su familia. Durante los tiempos difíciles en Viena del final de la Primera Guerra Mundial, Freud se refirió en una carta al "hecho de que durante el pasado año aproximadamente hemos vivido gracias a las ayudas de los pacientes y seguidores amigos"[41].

En cierta ocasión Freud recomendó a un discípulo que, en el caso de un paciente aparentemente reservado y distante, el analista debía despertar la envidia del paciente dando alguna muestra de aprobación de otro paciente que estuviera analizándose[42]. (La estratagema dio resultado.) En la década de 1920 Freud inició un análisis con un americano que hablaba en inglés, pero un mes después Freud decidió pasar a usar el alemán, que prefería. El paciente sabía algo de alemán por sus estudios de bachillerato y entonces estaba recibiendo nuevas lecciones, pero Freud le avisó sólo con una semana de antelación. El paciente se preguntaba si no obstaculizaría aquello sus asociaciones libres, pero Freud dijo que, al contrario, le

37 Entrevista con Albert Hirst.
38 Entrevistas con Edith Jackson y Smiley Blanton.
39 "On Beginning the Treatment", p. 132.
40 Por ejemplo, Freud trató gratis a Heinz Hartmann, Kata Levy, Eva Rosenfeld, al "Hombre-Lobo" por un tiempo, y sin duda alguna a otros.
41 *Letters of Freud and Abraham*, p. 276.
42 Entrevista con Theodor Reik, 26 de octubre de 1965.

ayudaría; poco después el paciente cometió un *lapsus* significativo que no habría cometido en inglés[43]. (Años antes, Freud había escrito que "no es nada raro que alguien que no esté hablando en su lengua materna aproveche su torpeza con el fin de cometer *lapsus* muy significativos en la lengua que le es ajena"[44].) En una ocasión Freud pensó que una paciente americana estaba usando el inglés como una resistencia, así que pasaron a hablar en alemán. Pero Freud no podía soportar su alemán, así que volvieron a utilizar el inglés de nuevo[45].

Los seguidores de Freud más diplomáticos lo convirtieron en un analista ejemplar, estereotipado: al relatar un suceso contado por un antiguo paciente de Freud, Jones omitió el hecho de que se había producido durante un análisis realizado mientras el paciente estaba viviendo en la residencia veraniega de Freud. Y había también los hipócritas que conocían las prácticas de Freud y al mismo tiempo afirmaban que esos procedimientos, cuando los utilizaban otros, no eran de carácter analítico. Los analistas americanos, en particular, tenían tendencia a ser más ortodoxos que Freud, ya que los analistas europeos tenían más probabilidades de estar en contacto regular con él.

Desde luego, en cualquier exposición de la falta de ortodoxia de Freud en relación con la técnica, hay que recordar que una cláusula implícita del contrato entre un paciente y Freud era que aquél no podía esperar de éste un análisis ordinario. Como fundador de un nuevo sistema de tratamiento, Freud se sentía autorizado a hacer cualquier clase de modificaciones que considerara necesarias.

La cuestión de si la incapacidad de Freud para respetar sus reglas de análisis era una virtud o un defecto es discutible. Pero la mayoría estaría de acuerdo en que cualquier sistema de tratamiento que Freud creara habría dado resultado, con tal de que fuera Freud quien lo usara. El problema surgió porque, como dijo Heinz Hartmann, Freud era como Bismarck: tan pronto como el canciller alemán fue depuesto, hubo que cambiar enteramente la forma de gobierno de Alemania (esa analogía habría gustado a Freud)[46].

Pero, ¿que ocurrió con el análisis sin su fundador? Como escribió en una ocasión Georg Groddeck: "Porque existen dos o tres grandes pianistas, todos los escolares tienen que sentarse al instrumento de tortura. Pero la mala interpretación pianística sólo hace daño a los oídos, mientras que el juego con el psicoanálisis va a desgarrar muchos corazones"[47]. Stefan

43 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.
44 "Psychopathology of Everyday Life", p. 87.
45 Entrevista con Edit Jackson.
46 Entrevista con Heinz Hartmann.
47 Citado en Carl y Sylvia Grossman, *The Wild Analyst* (Nueva York: Braziller; 1965), p. 61.

Zweig tenía dudas semejantes a principios de la década de 1930 sobre los usos futuros de la obra de Freud:

> A causa de la rareza de una combinación de cualidades como las que se necesitan para formar al auténtico maestro de la curación mental por el método psicoanalítico, el psicoanálisis debería seguir siendo siempre una vocación, una misión, y no debería llegar a ser nunca (cosa que, desgraciadamente, ocurre hoy día con frecuencia) una simple ocupación o profesión... Siento escalofríos al pensar en lo peligroso e inquisitorial que podía llegar a ser en manos torpes un proceso como el ideado por un espíritu creativo como el de Freud. Probablemente nada haya influido tanto en la mala fama que ha adquirido el psicoanálisis como el hecho de que no haya quedado restringido a un círculo de expertos reducido y seleccionado aristocráticamente, pero, a pesar de que la mayoría lo consideran imposible de enseñar, se ha enseñado en las escuelas [48].

Según escribió Freud, la duda sobre "si pueden practicar el psicoanálisis los seres humanos corrientes... se debe a un desconocimiento de la técnica"[49], y su equiparación del análisis al microscopio o a un procedimiento quirúrgico respaldó las esperanzas mágicas sobre el carácter científico de su obra. Lo que para Freud podrían haber sido medidas temporales o *ad hoc* se convirtió, en manos de algunos seguidores fervientes, en rituales inalterables. Y la jerga técnica que creó podía usarse para justificar prácticamente todo.

2. Los objetivos de la investigación.

Desgraciadamente, el coste del tratamiento psicoanalítico ha reforzado las esperanzas poco realistas de los pacientes. Sin embargo, al comienzo de su práctica como analista, Freud ganaba relativamente poco; y en 1913 escribió, refiriéndose al analista, que "por intensamente que trabaje, nunca puede ganar tanto como otros especialistas de la medicina"[50]. Freud tenía una actitud hacia el dinero extraordinariamente honrada; en los primeros tiempos de su práctica médica, observó "que, de un número bastante elevado de visitas a pacientes, sólo olvidaba las que debía hacer a pacientes gratuitos o a colegas"[51]. Así, que, cuando desarrolló las disposiciones relativas al tratamiento analítico, Freud se expresó con franqueza sobre el aspecto monetario. Pensaba que el sacrificio económico que suponía el pago sería una privación que estimularía al paciente a progresar en el trabajo analítico.

Con las excepciones que ya hemos citado, a Freud le gustaba que le

48 Stefan Zweig, *Mental Healers* (Londres: Cassell; 1933), pp. 324-25.
49 *Letters*, p. 403.
50 "On Beginning the Treatment", p. 132.
51 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 157.

pagaran por sus servicios. Cuando un antiguo paciente le envió recortes de periódicos sobre el éxito creciente del psicoanálisis en el mundo, Freud se limitó a responder brevemente y sin expresar interés por la vida presente del paciente. (Podría ser también que Freud estuviera intentando liberar a su paciente de la dependencia con respecto a él[52].) Animó a sus discípulos a ser francos en relación con la cuestión monetaria, y naturalmente se sorprendió en la década de 1920 al enterarse de que un analista de Viena esperaba que otros analistas le dieran una comisión de los honorarios por los pacientes que les enviaba. Después de una discusión agitada, quedó claro que Freud desaprobaba esas prácticas[53].

A Freud le impresionaba la capacidad de un paciente rico para pagar sus cuentas, así como posiblemente para contribuir a la promoción del movimiento en conjunto. En la década de 1920 envió al escritor americano Thomas Wolfe a un discípulo a causa de la incapacidad del novelista para pagar los honorarios de Freud; y ese analista envió a Wolfe, por las mismas razones, a otro analista. En la década de 1930 Freud esperaba recibir veinticinco dólares por hora de sus pacientes, aunque a algunos les cobraba menos, y Freud pensaba que todos los analistas tenían la obligación de aceptar determinada cantidad de pacientes gratuitamente.

Freud solía recibir a sus pacientes seis días a la semana, y descansaba el domingo; también se tomaba un mes o más de vacaciones durante el verano. La semana analítica de cinco días, que durante algún tiempo se convirtió en una costumbre en Estados Unidos, tuvo un origen casual en 1921. Freud había prometido aceptar a seis nuevos pacientes, pero descubrió que sólo disponía de tiempo para cinco de ellos. Sugirió que uno de ellos acudiera a Rank, a quien debería pagar honorarios menores, pero todos ellos se negaron. Abram Kardiner recordó que entonces

> todos pasamos una noche muy mala, pues no sabíamos qué pensaba hacer Freud. ¿Iría a quedarse con uno de nosotros y rechazar a los demás, o daría con una solución más amistosa? Todos regresamos el día siguiente a las tres. Nos reunió y anunció que había encontrado una solución apropiada. Dijo que su hija Anna había demostrado ser un genio de las matemáticas. Había descubierto que cinco por seis son treinta y que seis por cinco son treinta, así, que, si cada uno de nosotros estuviera dispuesto a renunciar a una hora a la semana, podría aceptar a los seis. Aquel fue el comienzo de la semana de cinco horas [54].

52 Entrevista con Albert Hirst.
53 Entrevista con Helene Deutsch, 7 de octubre de 1967. A un grupo de analistas vieneses se les planteó un caso de conducta inmoral por parte de un analista; después de mucho discutir los orígenes psicológicos de la trasgresión de la ética por parte del analista, Freud zanjó la cuestión diciendo: "Todo eso puede ser cierto, pero la mala conducta no mejora moralmente lo más mínimo por tener fundamentos psicológicos".
54 Abraham Kardiner, "Freud", en *Freud and the Twentieth Century*, ed. Benjamin Nelson (Nueva York: Meridian Books; 1957), pp. 48-49.

En 1921 Freud tenía un total de nueve pacientes, y de los seis nuevos cinco eran americanos; sin embargo, no redujo el horario de los otros pacientes de seis a cinco días, y a los americanos les parecía claro que Freud prefería emplear su tiempo con los europeos. Para 1930 Freud todavía seguía recibiendo a pacientes con un horario de seis días, aunque en sus últimos años sólo recibía a cinco pacientes al día.

Freud "odiaba sinceramente tener que esperar"[55], y no habría podido ocuparse de todos sus casos, a no ser que los pacientes hubieran sido puntuales. Cuentan que nunca hizo esperar a un paciente y que concedía a todos "cincuenta y cinco minutos exactamente"[56]. Freud consideraba importante que un paciente llegara puntual; podía reconvenir a un paciente por llegar tarde, así como interpretarlo como una señal de resistencia. En cualquier caso, el paciente pagaba el tiempo perdido. Sus discípulos lo imitaron en eso de dar por descontada la puntualidad, y, según dicen, ni siquiera el izquierdista Wilhelm Reich podía tolerar que le hicieran esperar[57]. La relación analítica tenía un carácter serio y no debía ser improvisada, libre ni cómoda.

Al principio Freud era capaz de tratar a un paciente en un sofá sólo una o dos veces, y en un caso (el de Wilhelm Stekel) nueve sesiones constituyeron un análisis. En 1903 Freud pensó que podía esperarse que un análisis durara "largos períodos, de seis meses a tres años, para que el tratamiento sea eficaz", y tenía esperanzas de prevenir futuras reacciones neuróticas en sus pacientes[58]. En 1913 Freud explicó que "el psicoanálisis siempre es cuestión de largos períodos de tiempo, de medio año o de años enteros, de períodos más largos de lo que espera el paciente"[59]. En 1930 uno de los discípulos de Freud calculó que "la duración media de un tratamiento analítico es de un año"[60]. Con el paso del tiempo, la duración esperada de un análisis se alargaba, y en 1932 Freud observó que "existen... personas gravemente incapacitadas que permanecen bajo supervisión analítica a lo largo de toda su vida y vuelven a someterse al análisis de vez en cuando"[61].

Resulta difícil generalizar durante cuánto tiempo mantenía Freud en análisis a los pacientes, ya que en época tan temprana como la de *La interpretación de los sueños* citó a un paciente que estaba en el quinto año de tratamiento, y en 1915 tenía un paciente que había estado en análisis durante cuatro años[62]. Aun así, es justo decir que en los primeros

55 Sachs, *Freud*, p. 81.
56 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 382.
57 Ilse Ollendorf Reich, *Wilhelm Reich* (Nueva York: St. Martin's; 1969), p. 52.
58 "Freud's Psychoanalytic Procedure", 254.
59 "On Beginning the Treatment", p. 129.
60 Max Eitingon, en *Ten Years of the Berlin Psychoanalytic Institute* (Chicago Psychoanalytic Library), p. 13.
61 "New Introductory Lectures", p. 156.
62 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 536; Binswanger, *Freud*, p. 59.

tiempos Freud recibía a los pacientes durante períodos relativamente cortos; hasta una época avanzada de su carrera, con frecuencia unos meses de tratamiento podían parecer suficientes. En cierta ocasión envió a Reich un caso de impotencia con la indicación: "impotencia, tres meses"[63].

Sin embargo, hacia el final de su vida, Freud estuvo recibiendo a sus pacientes durante períodos más largos, en algunos casos seis años. En parte se debía a su mala salud; a medida que fue envejeciendo, le fue resultando cada vez menos atractivo conocer a personas nuevas, y, si encontraba un paciente que podía pagar sus honorarios y era interesante pero no creaba complicaciones, le resultaba más fácil no interrumpir el tratamiento. Además, Freud se sentía decepcionado por los resultados de algunos de sus primeros casos, que en su momento parecían haber tenido éxito; quizás los análisis más largos podrían ser más seguros. En una ocasión le preguntaron "si el psicoanálisis era un proceso finito o infinito. Después de una pausa, dijo con vacilación y en voz baja: 'Creo que... infinito'"[64].

En 1926 Freud escribió en su defensa que "los tratamientos analíticos requieren meses y hasta años: una magia que es tan lenta pierde su carácter milagroso"[65]. Pero la cuestión de si pueden justificarse análisis extraordinariamente largos es discutible. Si, por ejemplo, un paciente está en tratamiento analítico durante ocho o diez años, ¿acaso no podemos preguntarnos legítimamente, si, suponiendo que necesite realmente una ayuda tan amplia, no sería preferible una forma de ayuda más directa que el análisis? Los análisis largos provocan una dependencia en el paciente que puede ser difícil de superar. Además, una vez que un paciente invierte una pequeña fortuna en un análisis, no puede esperarse que tenga una actitud objetiva hacia el beneficio que haya recibido; puede ser excesivamente dócil o resultar decepcionado innecesariamente. Los análisis relativamente breves de Freud permitían por lo menos al paciente preservar su independencia, lo que constituía uno de los fines primordiales del análisis.

Pero la cuestión de cuánto debía durar un análisis no era importante en realidad para Freud. Lo primordial para él era el avance de la ciencia. Creía que la enfermedad puede ser un camino hacia el conocimiento e ideó un medio de usar dicho conocimiento para la causa de la ciencia. Su interés principal estribaba en promover el entendimiento de la psicología humana, lo que explica la impersonalidad que caracterizaba al tratamiento psicoanalítico. No obstante, en la técnica de Freud había un elemento de apoyo. Mostraba efectivamente considerable interés personal por sus pacientes y recordaba muchas cosas de sus vidas. Pero no ha de sorprender que algunos pacientes declaren que nunca tuvieron idea de si agradaban o no a

63 *Reich Speaks of Freud*, p. 59.
64 Viktor von Weisaecker, "Reminiscences of Freud and Jung", en *Freud and the Twentieth Century*, p. 66.
65 "The Question of Lay Analysis", p. 187.

Freud; el objetivo de Freud era mostrarse completamente impersonal, y un antiguo paciente sacó la conclusión de que era esencialmente frío[66].

Para algunos era bastante inquietante al principio ir a ver a Freud; tenía cierto encanto, pero era de modales enérgicos[67]. Y, sin embargo, en su técnica era extraordinariamente humano, y muchos pacientes declaran que el contacto con él fue bueno. Hablaba con naturalidad de sí mismo, y raras veces podía dudarse de su atención. Podía ser cordial e interesarse por todo. Más de un antiguo paciente se preguntaba de dónde habían sacado su técnica los analistas de Nueva York.

Freud era demasiado humano como para tratar a los pacientes simplemente como objetos de investigación científica. Y, sin embargo, descubrió tantas cosas, que podía quedar fascinado por lo que estaba desenterrando, hasta el punto de excluir otros factores. Freud escribió que "en su ejecución la investigación y el tratamiento coinciden..."[68]; y, sin embargo sabía que el interés científico podía obstaculizar la labor clínica. Le preocupaba el conflicto entre investigación y terapia en el análisis[69]. Sin embargo, en su vejez la balanza se inclinó en favor de una actitud proteccionista de la ciencia y en detrimento de la preocupación por la terapia: "De lo único que deseo estar seguro es de que la terapia no destruirá la ciencia"[70]. Al final, el descubridor científico que había en Freud triunfó sobre el artista.

Insistió una y otra vez en que el analista ha de mantener "la fuerza para renunciar a cualquier clase de ambición terapéutica de estrechas miras"[71]. Gradualmente, "la investigación científica una vez más [como en su juventud] pasó a ser el interés principal de su vida"[72]. Estaba a favor de "la aplicación en gran escala de nuestra terapia", y sabía que eso "nos obligará a alear el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa... Pero, sea cual sea la forma que esa psicoterapia del futuro adopte,... sus ingredientes más eficaces e importantes seguirán siendo sin lugar a dudas los tomados del psicoanálisis estricto y no tendencioso"[73].

Freud pensaba que su enfoque era el mejor para la investigación, si no para la terapia. Algunos de sus pacientes sacaron la conclusión de que en realidad no le interesaba la terapia, sino la posibilidad de hacer descubrimientos. El tratamiento no es el comienzo y el fin de la medicina; Freud estaba convencido de que las cuestiones de prevención y curación se

66 Cf. la entrevista de Eissler con Hirst.
67 Entrevista con Lionel Penrose, 31 de agosto de 1965.
68 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 114.
69 Lou Andreas-Salomé, *The Freud Journal* (Nueva York: Basic Books; 1964), p. 130 (trad. esp.: *Diario*, Barcelona: Bruguera)
70 "The Question of Lay Analysis", p. 254.
71 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 10.
72 "An Autobiographical Study", p. 18.
73 "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy", p. 168.

resolverían por sí mismas, siempre que entendamos lo suficiente la naturaleza de la enfermedad y de las fuerzas que intervienen[74]. En época tan temprana como 1912 escribió en una carta: "Indudablemente, el punto de vista terapéutico... no es el único por el que se interesa el psiconanálisis, ni tampoco es el más importante. Así, que hay mucho que decir sobre el tema aun sin colocar en primer plano la terapia"[75].

El interés de Freud por la terapia decayó en su vejez, y algunos de sus estudiantes adoptaron la misma actitud distante hacia los pacientes. Como escribió Robert Waelder: "Freud pensaba que era una suerte que el psicoanálisis tuviera un valor terapéutico, porque eso era lo unico que hacía posible que las personas se ofrecieran para la investigación psicoanalítica"[76]. Pero Franz Alexander sacó la conclusión de que "la técnica clásica se ideó para la investigación y no para el tratamiento... [E]l aparente paralelismo entre los fines de la investigación y del tratamiento ha demostrado ser una grave exageración"[77]. Otros discípulos de Freud afirmaron que no se habían identificado con Freud como científico, y pensaban que el terapeuta debe proporcionar algún alivio inmediato al paciente. Y, sin embargo, prácticamente todos los partidarios de Freud tendían a calificarse de "observadores" y no de "curadores". A Freud no le interesaban en realidad las informaciones sobre los resultados terapéuticos de sus estudiantes, sino las referentes a sus descubrimientos.

En época tan temprana como 1912 Freud había calificado al analista de "cirujano" y al propio análisis de "operación"; recomendaba que el analista adoptara una actitud de "frialdad emocional".

> Deseo aconsejar a mis colegas del modo más apremiante posible que durante el tratamiento psicoanalítico sigan el modelo del cirujano, que deja de lado todos sus sentimientos, hasta su compasión humana, y concentra sus fuerzas mentales en el objetivo único de realizar la operación con la mayor destreza posible[78].

Freud no recalcaba los aspectos humanos y morales del encuentro psicoanalítico, y comparaba la curación de las almas con una "operación quirúrgica"[79]. Insistía en que "la técnica del psicoanálisis ha llegado a

74 Según William M. Johnston, el enfoque médico vienés era el de que "la enfermedad era parte de la vida: la misión de los doctores no era erradicarla, sino simplemente entenderla". William M. Johnston, *The Austrian Mind* (Berkeley: University of California Press; 1972), p. 228.
75 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 125.
76 Robert Waelder, "Historial Fiction", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. II, Nº 3 (julio de 1963), p. 632.
77 Franz Alexander, "Sandor Rado" en *Psychoanalytic Pioneers*, ed. Franz Alexander, Samuel Einstein y Martin Grotjahn (Nueva York: Basic Books; 1966), pp. 247-48.
78 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 115; "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy", p. 167.
79 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 459.

ser tan precisa y delicada como la de cualquier rama especializada de la medicina'' y en que ''la técnica analítica ha alcanzado una seguridad y precisión que rivalizan con la de la cirugía''[80]. Freud escribió que ''por cruel que pueda parecer, hemos de procurar que el sufrimiento del paciente, en la medida en que sea de un modo u otro eficaz, no toque a su fin prematuramente''[81].

Podría resultar más fácil estar de acuerdo con Freud, si no hubiera sido tan franco sobre el hecho de no haber ''sido nunca un terapeuta entusiasta''; ''nuestra actitud hacia la vida no debe ser la de un fanático de la higiene o de la terapia''[82]. Freud se tomó en serio efectivamente sus casos, y también escribió que no era ''bueno trabajar científicamente sobre un caso, mientras estuviera aplicándose todavía el tratamiento...''[83] Pero sabía que lo que le importaba en sus casos eran los descubrimientos psicológicos que le permitirían hacer a la larga. Freud reconoció que los resultados terapéuticos eran decisivos desde el punto de vista del paciente, y también él los necesitaba, para el bien de su práctica y de la de sus discípulos. Desde el principio, Freud sabía que no podía ofrecer el tratamiento, a no ser que hubiera alguna esperanza de éxito terapéutico; ''cualquiera que desee ganarse la vida con el tratamiento de los pacientes nerviosos ha de ser capaz, evidentemente, de hacer algo por ellos''[84]. Tomaba a mal el hecho de que, como dijo, ''el mundo no se entera en absoluto de la mayoría de las curaciones más logradas...''[85]

Resulta difícil creer que la técnica por sí misma pueda producir nunca resultados psicoterapéuticos duraderos; en el análisis no ha habido avances comparables a los de la cirugía. Y, sin embargo, Freud había sostenido que

> un cirujano no deja de examinar y tratar un foco de enfermedad, si tiene intención de tomar medidas activas que, según crea, vayan a conducir a una curación permanente... [E]l psicoanálisis... puede aducir los mismos argumentos que la cirugía: el aumento en sufrimiento que causa al paciente durante el tratamiento es incomparablemente menor que el que causa un cirujano, y es completamente insignificante en proporción con la gravedad de la dolencia subyacente[86].

La recomendación de Freud en favor de la investigación y su deseo de conocimiento científico hicieron que fuera favorable al análisis por parte de

80 ''A Short Account of Psychoanalysis'', *Standard Edition*, Vol. 19, p. 203; ''Two Encyclopaedia Articles'', p. 249. Esas analogías tenían que tener por fuerza una repercusión propia; podían estimular la pasividad en los pacientes en lugar del ideal analítico de la autoconfianza.

81 ''Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy'', p. 163.

82 ''New Introductory Lectures'', p. 151; ''The Future Prospects of Psychoanalytic Therapy'' [''El porvenir de la terapia psicoanalítica''], *Standard Edition*, Vol. 11, p. 150.

83 ''Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis'', p. 114.

84 ''An Autobiographical Study'', p. 16.

85 ''On Beginning the Treatment'', p. 137.

86 ''Five Lectures on Psychoanalysis'', pp. 52-53.

legos; el alivio del sufrimiento era parte de la profesión médica dedicada a curar, y no era el objetivo principal de Freud. En cierta ocasión observó en relación con un caso que

> Era imposible desenredar aquel tejido de fantasía hilo a hilo; el éxito terapéutico del tratamiento era precisamente lo que lo impedía... En la actualidad los resultados científicos del psicoanálisis son simplemente un subproducto de sus fines terapéuticos, y por esa razón precisamente en los casos en que el tratamiento falla es en los que se hacen más descubrimientos[87].

En 1908 Freud notó en sí mismo ''una actitud de indiferencia hacia mis pacientes'', y en 1925 escribió sobre la ''capa [más general] de indiferencia'' que veía ''apoderarse lentamente de mí...''[88] Freud abrigaba la ilusión de que cuanto más perfecta es la técnica de un analista, mejores son los resultados. Desde luego, un analista sólo puede basar sus juicios en lo que ve, pero el caso es que muchos materiales clínicos parecen diferentes a personas distintas.

En época tan temprana como 1896 Freud reconoció a Fliess que ''cuando era joven, la única cosa que anhelaba era el conocimiento filosófico, y ahora que estoy pasando de la medicina a la psicología, voy camino de alcanzarlo. He llegado a ser terapeuta contra mi voluntad...''[89] Y en 1926 Freud escribió:

> No creo en absoluto... que mi falta de temperamento médico auténtico haya hecho demasiado daño a mis pacientes. Pues no es una gran ventaja para los pacientes que el interés terapéutico de su médico tenga un acento emocional demasiado marcado. Les ayuda más que realice su tarea con serenidad y ateniéndose lo más posible a las reglas[90].

En 1916 Freud escribió: ''Yo carecía de esa pasión por curar, y ahora veo por qué: porque no perdí ningún ser querido joven en mi juventud''[91]. Y a Freud le gustaba poner en contraste ''la concepción médica y la psicoanalítica de los sueños''[92], pues su ideal era más el del científico que el del médico.

Freud siempre insistió en que la teoría del psicoanálisis estaba ''basada en la observación''[93], e indudablemente Jones estaba en lo cierto al pensar que ''había una acusación a la que era susceptible: a saber, la idea de que había desarrollado todas sus conclusiones a partir de su conciencia interior''[94]. Algunos de los discípulos de Freud siguieron respetando su

87 ''Notes upon a Case of Obsessional Neurosis'', pp. 207-208.

88 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p.; *Letters*, p. 360.

89 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 162.

90 ''The Question of Lay Analysis'', p. 253.

91 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p 446.

92 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 178.

93 ''A Child Is Being Beaten'', p. 203.

94 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 123.

obra después de que hubieran dejado de respetar su personalidad, y otros reconocieron su genio después de haber rechazado sus descubrimientos. El propio Freud distinguía entre lo que llamaba "grandeza de la realización" y "grandeza de la personalidad"[95].

Si bien Freud no era realmente un curador, recurría con facilidad a analogías educativas para explicar su contribución especial. "En general, el tratamiento psicoanalítico puede concebirse como... *una reeducación para vencer las resistencias internas*"[96]. Freud deseaba ofrecer a los pacientes los instrumentos para su autoconocimiento. Pero, aunque usó explícitamente una metáfora educativa al referirse al "criterio [de los analistas] de la normalidad psíquica para la que quieren educar a sus pacientes"[97], al mismo tiempo distinguía la educación del análisis. "La educación y la terapéutica", escribió Freud, "guardan una relación específica entre sí... La educación es una profilaxis...; la psicoterapia intenta anular el menos estable de los... resultados e instaurar una especie de educación posterior"[98]. Desde luego, Freud no daba conferencias a sus pacientes, pero su socrática hipótesis de trabajo era la de que el paciente sabe todo, pero no es consciente de ello.

Freud se defendía contra la acusación de que su enfoque de la terapia era demasiado limitado: "La acusación de unilateralidad hecha contra el psicoanálisis, que, como *ciencia de la mente inconsciente*, tiene su propio dominio de trabajo preciso y limitado, es tan infundada como si se hiciera contra la química"[99]. Se anticipó a la época en que se iban a usar los métodos químicos para corregir los estados psicológicos, y deseaba que sus discípulos se apresuraran antes de que los problemas neuróticos llegaran a ser imposibles de observar; pues "los seres humanos neuróticos ofrecen un material mucho más instructivo y accesible que los normales..."[100] Freud solía avisar a sus discípulos de que "el hombre de la jeringa" estaba detrás de ellos, y, una vez que las neurosis fueran curables mediante los nuevos métodos, los analistas no tendrían oportunidad de aprender. Temía que "el gigante ciego, el bruto, cause muchos daños, si el enano psicólogo no lo saca de la tienda de porcelana"[101].

95 *Letters*, p. 287.

96 "On Psychotherapy", p. 267.

97 "Analysis Terminable and Interminable", p. 247.

98 "Introduction to Pfister's *The Psychoanalytic Method*" ("Prefacio para un libro de Oskar Pfister"), *Standard Edition*, Vol. 12, p. 330.

99 'Two Enciclopaedia Articles", p. 252.

100 "The Question of Lay Analysis", p. 254.

101 Entrevista con Richard Sterba, 10 de julio de 1966. Freud dijo también en relación con ésto que se sintió "como alguien entre una niebla que oye pasos tras sí que cada vez se acercan más". En 1929 o 1930 observó que era como alguien en el Artico, que sabe que sólo dispone de cierto tiempo más antes de que lo cerque el hielo. *Ibid.*

Freud sentía siempre el peligro de un excesivo celo terapéutico en un analista. En cierta ocasión escribió a un discípulo: "Debo aconsejarle a usted que deje de lado sus ambiciones terapéuticas e intente entender lo que está ocurriendo. Cuando lo haya conseguido, la terapéutica dará resultado por sí sola"[102]. Un terapeuta que se esfuerce más de lo que Freud aconsejaba puede acabar de hecho por volver al paciente demasiado dependiente, o demasiado culpable, lo que puede provocar nuevas reacciones defensivas; o puede ser que posteriormente el paciente reaccione mal ante la pérdida del terapeuta demasiado activo. A un terapeuta puede ocurrirle que se preocupe demasiado de sus pacientes y se identifique demasiado con ellos. Pero el sentido común no siempre es poco digno de confianza, y el deseo del terapeuta de ayudar no tiene por qué obstaculizar la recuperación del paciente.

En la década de 1890 Freud se había propuesto conseguir algo profilácticamente, pero hacia el final de su vida era más escéptico[103]. Aunque Freud no era igualmente grande como descubridor y como curador, por lo menos conocía algunas de sus limitaciones. Reconoció a Kardiner tres características suyas como analista impaciente: se cansaba demasiado deprisa de las personas y no mantenía en análisis a los pacientes durante el tiempo suficiente; estaba exageradamente preocupado con las cuestiones teóricas e intentaba encontrarlas en los casos de todos los pacientes; y con demasiada facilidad adoptaba el papel del padre patriarcal[104].

Entre los analistas más veteranos llegó a estar de moda posteriormente decir que Freud era un terapeuta deficiente. Pero había recibido dinero de los pacientes por la promesa de ayudarles y, en consecuencia, se preocupaba por los resultados. Le gustaba recalcar que sus propios conceptos, a diferencia de los de sus rivales, habían surgido en un contexto clínico: "No comencé, como Janet, con experimentos de laboratorio, sino con la intención de conseguir fines terapéuticos"[105]. A pesar de lo que Freud escribió en el sentido de que no era un curador, muchos han atestiguado lo importantes que eran para él sus pacientes. Como escribió Binswanger, "a pesar de lo que dijo sobre sus insuficiencias como médico... yo sólo le creía a medias, pues sabía perfectamente hasta qué punto se sacrificaba por algunos de sus pacientes[106].

102 Citado en Fredrick Redlich' "The Concept of Schizofrenia and Its Implications for Therapy", En Eugene Brody y Fredrich Redlich, *Psychotherapy with Schizofrenia* (Nueva York: International Universities Press; 1952), p. 35.

103 *The Origins of-Psychoanalysis*, p. 71; "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 23, p. 213. Cf. también "Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy", p. 162.

104 Entrevista con Abraham Kardiner, 12 de octubre de 1965.

105 "Five Lectures on Psychoanalysis", p. 22.

106 Binswanger, *Freud*, pp. 42-43.

3. El carácter y los síntomas.

Al comienzo de su labor psicoterapéutica, Freud se había sentido intrigado por las posibilidades de la hipnosis y de la sugestión. Posteriormente escribió que "pronto dejó de gustarme la hipnosis"[107]. En parte Freud tenía presentes objeciones morales, y se ha dicho que le "desagradaba la etica de la terapia por sugestión: el engaño, la coerción, la ignorancia"[108]. Además, se quejaba de que el uso de la hipnosis y la terapia por sugestión "era una chapuza y no una actividad científica, y recordaba a la magia, a los conjuros y a la prestidigitación"[109]. Al eliminar las defensas cotidianas, el tratamiento hipnótico no permitía al terapeuta presenciar la intervención de los autoengaños del paciente.

"Siguiendo un vago presentimiento", Freud decidió "substituir la hipnosis por la asociación libre"[110]. Y "con el abandono de la hipnosis la aplicabilidad del tratamiento quedó garantizada para un número ilimitado de pacientes"; pues "depende del tipo del paciente que pueda ser hipnotizado o no, seal cual sea la destreza del médico, y... una gran cantidad de neuróticos no pueden ser hipnotizados por ningún medio..."[111] Pero la afirmación de Freud, que data de 1903, de que, una vez adoptada la asociación libre, no había límites para el tipo de pacientes que serían accesibles al análisis podría despistar al lector; en 1898, Freud había expresado con más precisión una convicción suya duradera:

> En la actualidad la terapia psicoanalítica no es aplicable a todos los casos... Exige cierto grado de madurez y de comprensión en el paciente, por lo que no es adecuada en el caso de los jóvenes o de los adultos poco inteligentes o sin instrucción. También falla con las personas de edad muy avanzada, porque, a causa de la acumulación de material que se da en éstas, requeriría tanto tiempo, que al final del tratamiento habrían llegado a un período de la vida en que ya no se concede valor a la salud nerviosa. Por último, el tratamiento sólo es posible si el paciente tiene un estado psíquico normal a partir del cual pueda dominarse el material patológico. Durante una situación de confusión histérica, o de una manía o melancolía intercalada, no puede conseguirse nada por medios psicoanalíticos. No obstante, esos casos pueden tratarse por análisis después de que se hayan calmado las manifestaciones violentas con los medios habituales. En la práctica efectiva, los casos crónicos de psiconeurosis son absolutamente más tratables por este método que los casos de crisis aguda, en que naturalmente se insiste más en la rapidez con que puede tratarse la crisis. Por esa razón, el dominio de acción más favorable para esta terapia nueva es el que ofrecen las fobias histéricas y las diferentes formas de neurosis obsesiva[112].

107 "Five Lectures on Psychoanalysis", p. 22.
108 Thomas Szasz, "Behavior Therapy and Psychoanalysis", *Medical Opinion and Review*, junio de 1967, p. 27.
109 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 449.
110 "On the History", p. 19.
111 "Freud's Psychoanalytic Procedure", 250.
112 "Sexuality in the Aetiology of Neuroses", pp. 282-83.

En 1904 Freud enumeró las "diferentes calificaciones... que debe reunir una persona para que el psicoanálisis ejerza una influencia beneficiosa sobre ella. Para empezar, ha de encontrarse en condiciones físicas normales", y demostrar "cierto grado de inteligencia natural y de desarrollo ético..." Freud pensaba que era inútil que un analista intentara ayudar a un carácter "despreciable", "porque, si el médico tiene que enfrentarse a un carácter despreciable, pronto pierde el interés que le permite penetrar profundamente en la vida mental del paciente"[113].

Puesto que el material clínico de Freud consistía "de hecho en casos crónicos procedentes de las clases más instruidas"[114], sus pacientes serían capaces de usar los medios verbales de la terapia que él prefería. Freud se preguntaba cómo había dado con su técnica terapéutica particular de animar al paciente a expresar todos los fragmentos de pensamiento que pasaran por su mente. En cierta ocasión sugirió que uno de sus libros infantiles, que para 1920 era el único libro "que había sobrevivido de su infancia", prefiguraba hasta tal punto su concepto de la utilidad de las asociaciones libres, que "esa indicación pudo haber revelado el fragmento de criptomnesia [canales ocultos de la memoria] que en muchos casos podemos sospechar subyacen a la originalidad aparente"[115].

A pesar de que Freud pensaba que la asociación libre, a diferencia de la hipnosis, sería una forma de descubrir recuerdos ocultos sin la magia de la sugestión, la situación analítica era lo suficientemente inhabitual como para incluir elementos mágicos propios. Pues el hecho de que el analista permanezca en silencio e invisible, incluso ante las revelaciones más angustiosas e íntimas, equivale a imponer al paciente una clase especial de tensión. El método del psicoanalista para comunicar con su paciente —observaciones relativamente breves y concisas, mientras el paciente habla la mayor parte del tiempo— tiene por fuerza que animar al paciente a esperar algo especial. Cuanto más en silencio permanezca el analista, mayor probabilidad habrá de que sus comentarios adquieran una importancia desproporcionada.

Freud prefería pensar que el análisis estaba libre de los peores peligros de la sugestión, como había ocurrido cuando animó inconscientemente a sus pacientes a creer sus primeros relatos de seducción infantil. Freud pensaba también que uno de sus pacientes abandonó el tratamiento a causa de su neutralidad; posteriormente se preguntó:

> ¿Podría haber mantenido quizás a la muchacha en tratamiento, si hubiera yo intervenido activamente, si hubiera exagerado la importancia que tenía para mí el hecho de que siguiera, y hubiera mostrado un interés personal afectuoso hacia ella...? No lo sé... Siempre he evitado intervenir activamente, y me he limitado a practicar las humildes artes de la psicología. A

113 "Freud's Psychoanalytic Procedure", p. 254.
114 "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", p. 283.
115 "A Note on the Prehistory of the Technique of Analysis" ["Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica"], *Standard Edition*, Vol. 18, p. 265.

pesar de cualquier clase de interés teórico y de cualquier clase de esfuerzo para ayudar como médico, sigo teniendo presente que debe haber algunos límites dentro de los cuales debe usarse la influencia psicológica, y respeto como uno de dichos límites la propia voluntad y comprensión del paciente[116].

De ese modo, Freud insistía en lo "injusto que es atribuir los resultados del análisis a la imaginación y sugestión del médico"[117]. A pesar de su propuesta para el futuro de "alear el oro puro del análisis" con "el cobre de la sugestión directa", en realidad nunca es fácil distinguir uno del otro.

Todavía está por resolver la cuestión de hasta qué punto se debían los resultados de Freud a sus propias capacidades personales y hasta qué punto a la técnica que adoptó. Como Freud no parecía advertir lo impresionante que podía ser su personalidad y lo coercitiva que podía llegar a ser la situación analítica, no suenan convincentes estas palabras que escribió en 1937:

El peligro de que extraviemos a un paciente mediante sugestión, al persuadirle de que acepte cosas que nosotros creemos, pero que él no tiene por qué creer necesariamente, se ha exagerado enormemente. Un analista tendría que haber actuado de forma muy incorrecta para que fuera víctima de semejante desgracia; ante todo, tendría que culparse a sí mismo por no conceder a sus pacientes el derecho a decidir.

Pero Freud estaba mostrándose demasiado racional al no tener en cuenta las bases más sutiles de la sugestionabilidad de un paciente analítico. La propia intransigencia de Freud no contribuye a volverlo más convincente; sacó la conclusión de que "puedo sostener sin jactancia que un abuso de la 'sugestión' de esa clase nunca se ha producido en mi práctica"[118].

A pesar de lo distante y reservado que llegó a ser Freud en su vejez, en sus primeras actividades como terapeuta estaba profundamente comprometido con sus pacientes. Sus conferencias en la Universidad Clark, por ejemplo, escritas en época tan avanzada como 1909, muestran lo interesado que estaba en la sintomatología del paciente y en la tarea de hacer remontar cada síntoma hasta el pasado infantil. Aunque al final de su carrera a Freud le interesaba primordialmente la reconstrucción del pasado de los pacientes, escribió que el psicoanálisis había empezado a "trabajar con el más ajeno al yo de todos los contenidos de la mente: los síntomas"[119].

Al principio de su práctica como analista, Freud intentó centrar su atención directamente en el problema de curar los síntomas. En época tan temprana como la de su colaboración con Breuer, Freud pensaba que cada síntoma tiene una historia y una estructura; no obstante, a la larga llegó a

116 "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria", p. 109.
117 "From the History of an Infantile Neurosis", pp. 89-90.
118 "Constructions in Analysis", *Standard Edition*, Vol. 23. p. 262.
119 "New Introductory Lectures", p. 57.

creer que la misión principal del análisis era ayudar al paciente a entender sus regresiones e inhibiciones y que, una vez hecho eso, podía esperarse que los síntomas curaran por sí solos. Pero, como hemos visto, durante muchos años Freud consideró los síntomas de un paciente como una cuestión importante[120].

Con el paso del tiempo Freud cambió su enfoque. Su objetivo principal llegó a ser, ya no la interpretación y curación de los síntomas sino la superación de las defensas y las resistencias. Comprendió que con la fascinación por la sintomatología es posible pasar por alto al ser humano; y así, los psicoanalistas pasaron a interesarse, en parte bajo la influencia de la obra de Wilhelm Reich, por el estudio de los rasgos del carácter. Desde el principio la concepción de Freud había sido la de que el psicoanálisis "no empieza por atacar los síntomas de una enfermedad, sino que empieza por eliminar sus *causas*"[121]. De lo contrario, no se podría "curar [otra cosa que] los síntomas, que posteriormente pueden volver a aparecer"[122]. Para 1922 Freud pensaba que "el objetivo específico no es la eliminación de los síntomas de la enfermedad, al contrario dicha eliminación se consigue, como si dijéramos, como resultado secundario, en caso de que se lleve a cabo el análisis adecuadamente hasta el final"[123].

Actualmente el término "neurosis" se aplica a un síndrome específico, pero, cuando Freud comenzó a escribir, servía de receptáculo virtualmente para cualquier cosa desde una causa de suicidio[124] hasta un desliz al escribir. En general, Freud entendía por neurosis "las formas adultas de vida infantil, es decir, dependiente..."[125].

Hemos visto que el hecho de que Freud centrara su atención en las causas psicológicas de los desórdenes mentales no le impedía aceptar la importancia de las predisposiciones constitucionales. (Por "constitución" Freud entendía "todo lo que no es psicológico"[126].) Sin embargo, los factores orgánicos quedaban más allá de la influencia psicoterapéutica.

El psicoanálisis apunta hacia la psicología para la solución de más de la mitad de los problemas de la psiquiatría. No obstante, constituiría un grave error suponer que el análisis da preferencia a una concepción *puramente* psicológica o que ésta constituye su objetivo... [L]a otra mitad de los problemas de la psiquiatría se refieren a la influencia de los factores orgánicos... en el aparato mental[127].

En vista de que en aquella época la ciencia sabía relativamente poco

120 Cf. la entrevista de Eissler con Hirst.
121 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 436.
122 *Minutes*, Vol. II, pp. 318-19.
123 "Two Encyclopaedia Articles", p. 251.
124 Carta de Alfred von Winterstein a Ernest Jones, 4 de diciembre de 1957 (archivos de Jones).
125 Citado en Binswanger, *Freud*, p. 94.
126 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 94.
127 "The Claims of Psychoanalysis to Scientific Interest", p. 175.

sobre los factores hereditarios, Freud pensaba que sería imprudente desconocer los caminos psicológicos que él había abierto.

En los casos de perturbación más grave, los desórdenes llamados psicosis —que, por razones prácticas, requieren hospitalización—, en general el argumento en favor de las causas bioquímicas o neurofisiológicas (o incluso genéticas) se considera hoy el más convincente. Aunque Freud quería excluir a los psicóticos del tratamiento analítico, sostuvo que "no hay diferencia fundamental, sino sólo de grado, entre la vida mental de las personas normales, de los neuróticos y de los psicóticos"[128]. Pensaba que

como ocurre con tanta frecuencia en biología, las circunstancias normales o próximas a la normalidad son sujetos menos favorables para la investigación que las patológicas. Espero que lo que sigue estando oscuro en la elucidación de esos trastornos muy ligeros quede aclarado por la explicación de los trastornos graves [129].

¿A qué "trastornos graves" se referiría Freud? En una ocasión afirmó que "a consecuencia de la novedad de mi método terapéutico, sólo me hago cargo de los casos *más graves*, que han estado ya bajo tratamiento durante años sin resultados positivos"[130]. Naturalmente, a diferencia de la situación actual, en los primeros tiempos del psicoanálisis se presentaba al tratamiento un tipo diferente de paciente: recientemente se ha anunciado que en una parte de Estados Unidos el principal síntoma presentado por los pacientes que han de analizar los analistas en formación es la dificultad para acabar sus tesis doctorales. Pero los cambios históricos que se han producido desde la época de Freud pueden inducirnos a confusión, dado que con la expresión "los casos más graves" Freud no pudo haberse referido también a las psicosis. Aunque los suizos nunca dieron mucha importancia a la distinción entre neurología y psiquiatría, los alemanes sí; y en Viena no se permitía a los neurólogos como Freud examinar a los casos hospitalizados.

Freud no tuvo prácticamente nunca experiencia psiquiátrica. El dominio que eligió fue la psicología, y, a pesar de que tomó a mal el trato que la psiquiatría oficial, especialmente en Viena, dio a sus descubrimientos, hasta el advenimiento de Jung y de los discípulos americanos de Freud no empezaron las ideas psicoanalíticas a tener repercusión en la comprensión y tratamiento de las grandes enfermedades mentales. Sin embargo, Freud no estaba dotado para hacer un tratamiento psiquiátrico (o se mostraba reacio a ello)[131].

128 "On Psychoanalysis", p. 210. Cf. también Ernest Jones en *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, ed. Hale, p. 231.

129 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 273.

130 "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria", p. 21.

131 Después de una entrevista, Freud envió en cierta ocasión un paciente a un discípulo, explicando en una carta que no sabía el diagnóstico; no podía decir sino que la mujer era una "vieja loca". En realidad, padecía un ataque maníaco. Entrevista con Helene Deutsch, 30 de septiembre de 1967.

A finales de 1908 Freud comentó que un caso particular era "de carácter paranoico, y, por esa razón... inadecuado para el psicoanálisis"[132]. En 1926 Freud se negó a ver a un paciente que le habían recomendado, a pesar de que en aquella época otros analistas estaban intentando tratar esos casos[133]. Freud escribió que "los pacientes mentales son estructuras divididas y rotas", como cristales hechos añicos. "Ni siquiera podemos dejar de sentir hacia ellos algo del temor reverencial que inspiraban los locos a los pueblos del pasado"[134]. En una carta Freud fue más explícito sobre su postura personal: "No me gustan esos pacientes... me molestan... los siento tan alejados de mí y de cualquier rasgo humano. Curiosa intolerancia, que indudablemente me incapacita para la psiquiatría"[135].

Al parecer Freud pensaba que en el futuro esa clase de pacientes podrían ser asequibles para la técnica psicoanalítica, pero, aunque estaba dispuesto a considerar lo que otros terapeutas proponían, no deseaba participar en esa clase de trabajo personalmente. Se necesita distanciamiento para no sentirse abrumado ante esa clase de desórdenes aterradores. Pero algunos terapeutas como Frieda Fromm-Reichmann, consiguieron comunicar con sus pacientes gracias a una preocupación llena de amor, mientras que otros han recurrido a interpretaciones profundas y confrontadoras.

Freud no era suficientemente flexible como para adaptar su técnica al tratamiento de los psicóticos. Ahora su actitud fría hacia ellos nos parece defensiva, una reacción ante alguna amenaza interior. Hay que ser, por lo menos superficialmente, más cordial y menos distante para ocuparse de las psicosis. Al tiempo que admitió su "desconocimiento de la esquizofrenia", Freud escribió en 1927 que "en general soy escéptico con respecto a la eficacia del análisis para la terapia de las psicosis..."[136] Y sin embargo, no modificó su principio general de que en un análisis el sufrimiento del paciente no debe "acabar prematuramente" para dar cabida a la realidad clínica de los problemas psicóticos.

Un método práctico para diferenciar la neurosis de la psicosis es el de que la segunda surge cuando una persona ya no puede controlar la primera. No se ha descubierto un medio satisfactorio para diferenciar cualitativamente las dos zonas. En fecha tan avanzada como 1923 Freud recalcó que "las neurosis y las psicosis no están separadas por una divisoria firme y estable"[137]. Dando prueba de su intolerancia religiosa,

132 *Minutes*, Vol. II, p. 74.

133 Weissm, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 57.

134 "New Introductory Lectures", p. 59.

135 Citado en Max Schur, *The Id and the Regulatory Principle of Mental Functioning* (Londres: Hogarth; 1967), p. 21.

136 "Freud's Letters to Simmel", traducidas por David Brunswick y Frances Deri, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. 12, N.º 1 (enero de 1964), pp. 103, 106.

137 "A Short Account of Psychoanalysis", p. 204.

Freud observó en cierta ocasión la forma como "la instrucción religiosa actúa sobre las vidas de los niños católicos"; después observó "¡cuántos gérmenes de psicosis entran por ese camino en el cerebro del niño!"[138] Pudo haber sido una prueba de amplitud de miras el hecho de que Freud pensara que "ocasionalmente se producen alucinaciones en las personas sanas"[139]. Pero el hecho de clasificar las psicosis como un trastorno neurótico equivalía a confundir el problema, al hacer que pareciera que la neurosis, que —según se suponía— el psicoanálisis podía tratar, era la categoría más general de la que la psicosis no era sino una parte[140].

Durante algún tiempo Freud aplicó a las psicosis el calificativo de "neurosis narcisistas", con la suposición implícita de que no sería necesario considerarlas como una categoría distinta, cosa que, sin embargo, posteriormente intentó hacer. Pero Freud pensó siempre que "en las neurosis narcisistas la resistencia es invencible..."[141] En los casos neuróticos ordinarios la capacidad del paciente para "transferir" los antiguos amores y odios al analista establecía la base para la posibilidad de una relación que diera resultado; pero "los neuróticos narcisistas" rechazan "al doctor, no con hostilidad, sino con indiferencia... No manifiestan transferencia y, por esa razón, son inaccesibles a nuestros esfuerzos y no podemos curarlos"[142]. Pero ahora sabemos que "no es en absoluto que el psicótico sea incapaz de formar una relación de transferencia; al contrario, la transferencia está presente con demasiada abundancia, pero el paciente es incapaz de afirmar la realidad de la relación doctor-paciente"[143].

Las dificultades de Freud para diagnosticar y tratar a los psicóticos no constituyeron un obstáculo para su elucidación de los procesos psicóticos. Hizo avances fundamentales para nuestro entendimiento de las psicosis, por ejemplo, la idea de que un melancólico —al afligirse por un objeto de amor decepcionante— lo interioriza dentro de sí y dirige hacia dentro la rabia que debería proyectarse hacia el exterior[144]. Freud pensaba que el estudio de las psicosis sería fructífero, en particular para nuestro conocimiento de los procesos del yo. Pero lo que le preocupaba era algo más refinado y elevado que el tratamiento de los psicóticos; deseaba que las personas fueran más elevadas y mejores.

Al comienzo de su actividad psicoterapéutica, Freud se había mostrado susceptible ante el hecho de que "mis colegas son de la opinión de que

138 *Minutes*, Vol. II. pp. 285-86.
139 "A Disturbance of Memory on the Acropolis", p. 244.
140 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 303; "The Claims of Psychoanalysis to Scientific Interest", p. 174; "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 415.
141 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 423.
142 *Ibid.*, p. 447.
143 Daniel Yankelovich y William Barrett, *Ego and Instinct* (Nueva York: Random House; 1970), p. 284.
144 "Mourning and Melancholia", *Standard Edition*, Vol. 14, pp. 243-58.

hago un diagnóstico de histeria con demasiado descuido, en casos que son mucho más graves". Aunque en aquella ocasión se refería a que había tratado tanto un caso de sarcoma de las glándulas abdominales como un caso de esclerosis múltiples como histéricos[145], y en otra ocasión temió haber podido pasar por alto algún trastorno orgánico[146], la misma cuestión se planteó en relación con las psicosis. Los síntomas neuróticos pueden ocultar las psicosis. Freud comentó en relación con un paciente suyo anterior que "algunos años después su neurosis se convirtió en una demencia precoz"; y en cierta ocasión escribió a un discípulo: "ha tenido usted la mala suerte de tropezar con una paranoia latente y puede ser que, mediante la cura de su neurosis, haya usted liberado una enfermedad más grave"[147].

Freud no fue el único en advertir ese tipo de resultado clínico. Habló del problema de

> esos casos, tan frecuentes y sobre los que se ha investigado tan poco, en que durante bastante tiempo se considera la enfermedad como una histeria y gradualmente va revelándose una demencia... O... personas que, después de haber tenido una histeria durante años, repentinamente cambian y empiezan a padecer una paranoia...[148]

En 1937 Freud defendió el psicoanálisis contra la "advertencia de que debamos dejar morir a los perros dormidos, que hemos oído con tanta frecuencia en conexión con nuestros esfuerzos para explorar el Hades psíquico..." Freud dio una respuesta lógica: "si los instintos están causando alteraciones, eso constituye una prueba de que los perros no están dormidos; y, si realmente parecen dormidos, no podemos despertarlos"[149]. Pero, como terapeuta experto, Freud a veces creía lo contrario. Una carta a un colega de 1935 muestra que Freud ya sabía bastante como para mostrarse cauteloso con respecto a ciertos problemas:

> Como a usted, no me satisface el diagnóstico de esquizofrenia para este caso. Voy a comunicarle aquí lo que creo entender sobre el mecanismo psicótico de su enfermedad. Se quejó de una pérdida total de la capacidad para trabajar y de una disminución del interés por las cuestiones profesionales y de negocios. Pude conseguir que volviera a ejercer su profesión, pero no fue capaz de reanudar su actividad teórica. No pude conseguir nunca que volviera a la normalidad completa. La forma como trataba los símbolos en su mente, confundía identificaciones, falsificaba recuerdos, y se aferraba a sus supersticiones alucinatorias, hacía que no saliera de la psicosis; su estado de ánimo era siempre hipomaníaco... No obstante, un día tuve oportunidad de observarlo con mayor claridad... [U]na confesión me impresionó profundamente. Sentí interés por analizarla. Entonces se sentía oprimido por algo que había hecho y le angustiaba mantenerlo en secreto... Sin embargo, tuve dudas sobre la conveniencia

145 "The Psychopathology of Everyday Life", pp. 166, 146.
146 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 107.
147 "Studies on Hysteria", p. 95; Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 50.
148 *Minutes*, Vol. II, p. 268.
149 "Analysis Terminable and Interminable", p. 231.

de seguir intentando vencer su negativa. Con un neurótico ése habría sido el único camino correcto y habría presagiado el final de la enfermedad, pero probablemente estaba yo en lo cierto al dudar de la influencia del análisis en un psicótico. Tenía razones para temer que, al hacer volver consciente el conflicto, se produjera un nuevo colapso psicótico que me resultaría imposible controlar. Así, pues, decidí abandonar el tema y contentarme con un éxito imperfecto y temporal... Mi paciente era un delincuente neurótico, es decir, un estafador con una conciencia sensible[150].

La consciencia cada vez mayor de Freud con respecto a la utilidad de las defensas contra las capas psicóticas era una nueva justificación de su renuencia a intentar tratar cada síntoma por separado. Como ha señalado Donald Winnicott: "Hay que ser capaz de observar los síntomas sin intentar curarlos, porque cada síntoma tiene su valor para el paciente, y con mucha frecuencia lo mejor que se puede hacer es dejar al paciente con su síntoma"[151]. Una neurosis no es lo peor que uno puede padecer. Según dicen, en un comentario sobre un esquizofrénico en la década de 1920 Freud atribuyó "una importancia especial al hecho de que fue con el establecimiento de nuevo del complejo de Edipo como sobrevino el restablecimiento"[152]. A pesar de que las concepciones de Freud sobre las psicosis llegaron a ser más profundas con el paso de los años, nunca dejó de desagradarle la idea de tratarlas; y, a causa de las posiciones teóricas de Freud sobre el tratamiento de la psicosis, a un terapeuta no freudiano podría muy bien resultarle más fácil aproximarse más a un paciente psicótico. Pero, a pesar de la importancia de las teorías en la psicoterapia, a fin de cuentas la personalidad del terapeuta sigue siendo decisiva.

4. La dignidad.

En opinión de Freud, el respeto hacia la dignidad del paciente se comunicaba, no a través de la ayuda y el respaldo, sino a través de la verdad: "Puesto que exigimos rigurosa veracidad a nuestros pacientes, comprometemos toda nuestra autoridad, si permitimos que nos sorprendan alejándonos de la verdad"[153]. A Freud le gustaban los pacientes que eran capaces de honradez y franqueza con respecto a sí mismos, y también admiraba a los que daban por sentado el sufrimiento; a pesar de su objetivo de neutralidad, sus pacientes percibieron aquellas actitudes personales de Freud. Como analista, Freud se guió por las normas de comportamiento caballeroso propias del siglo XIX, que futuras generaciones de terapeutas podrían no ser capaces de cumplir: "un hombre honorable olvida fácilmente los asuntos privados de los extraños cuyo conocimiento no le parezca importante"[154].

En vista del ambiente en que Freud estaba trabajando, una época en que podía ocurrir que se quitara importancia a las enfermedades neuróticas por juzgarlas desatinos imaginarios o simulaciones intencionales, hay que considerarlo como un terapeuta tolerante; y, mientras no se viera implicado personalmente en un problema, podía mantener su tolerancia. Aun así, en 1903 escribió que "las malformaciones del carácter profundamente arraigadas, los rasgos de una constitución realmente degenerada, se revelan como fuentes de una resistencia que apenas puede vencerse. En ese sentido la constitución del paciente pone un límite general a los efectos curativos de la psicoterapia". Pero Freud pensaba que "a pesar de todas esas limitaciones, el número de personas adecuadas para el psicoanálisis es extraordinariamente elevado..."[155].

"Indigno" era una palabra importante para Freud, y tenía tendencia a considerar el análisis —que, en su opinión era algo más que un procedimiento médico— como una condecoración moral, aquellas a quienes pudiera ayudar el psicoanálisis eran las personas realmente importantes. Por consiguiente, hasta cierto punto el paciente neurótico era un precursor de un tipo nuevo de ética, en el sentido de que había demostrado ser digno de curarse mediante el análisis. Por otro lado, las esperanzas morales de Freud con respecto a sus pacientes quedaban limitadas por su severa opinión sobre la naturaleza humana: "El carácter indigno de los seres humanos, incluso de los analistas, siempre ha causado una profunda impresión en mí, pero, ¿por qué habrían de ser las personas analizadas mejores que las demás?"[156]

En una carta al ministro protestante Oskar Pfister, que practicaba el análisis, Freud escribió que

la ética me es ajena. . No me rompo la cabeza demasiado con las cuestiones relativas al bien y el mal, pero he encontrado pocas cosas "buenas" en los seres humanos en conjunto. Por mi experiencia, la mayoría son gentuza, independientemente de que en público estén de acuerdo con tal o cual doctrina ética o con ninguna... Si hemos de hablar de ética, soy partidario de un alto ideal del que se alejan de la forma más lamentable la mayoría de los seres humanos que he conocido[157].

150 Citado en *Psychiatry and Social Science Bookshelf*, Vol. I, N.º 1 (15 de septiembre de 1966), pp. 12-13.

151 Donald W. Winnicott, *Collected Papers* (Londres: Tavistock; 1958), p. 86.

152 Herman Nunberg, *Memoirs* (Nueva York: Psychoanalytic Research and Development Fund; 1969), p. 32. Cf. también Edoardo Weiss, *Agoraphobia in the Light of Ego Psychology* (Nueva York: Grune and Stratton; 1964), p. 6.

153 "Observations on Transference-Love", p. 164.

154 "On Beginning the Treatment", p. 135.

155 "Freud's Psychoanalytic Procedure", p. 254.

156 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 182.

157 *Psychoanalysis and Faith: The Letters of Sigmund Freud and Oskar Pfister*, ed. Heinrich Meng y Ernst Freud, (Nueva York. Basic Books; 1963) (a partir de aquí citado como *Letters of Freud and Pfister*), pp. 61-62.

Algunos años después Freud escribió a Lou Andreas-Salomé sobre sus "propios rasgos más negativos, entre ellos cierta indiferencia hacia el mundo... En lo más hondo de mi corazón no puedo evitar la convicción de que mi prójimo, con pocas excepciones, es indigno"[158]. Tal como Hanns Sachs describió a Freud, "era cordial sin debilidad, benévolo pero no compasivo"[159].

En la actitud de Freud había algunas connotaciones clasistas, ya que por "gandules" entendía a veces "la chusma" o "la canalla" de la sociedad. Al parecer, Freud acabó cansándose de tratar clínicamente con lo que *consideraba* la basura de la vida humana. Sin embargo, no deja de ser sorprendente verle referirse de pasada a "una persona incluso de valor sólo mediano"[160], dado que tantas manifestaciones de nuestra cultura han ensalzado por lo menos de palabra la santidad e importancia de todas las almas humanas.

A pesar de la naturaleza de su obra y quizás en parte a causa de ella, dicen que a Freud "le desagradaban los tipos patológicos y los extremos de cualquier clase"[161]. Incluso tenía sus dudas con respecto a Dostoievski, rival de Freud como explorador de las profundidades humanas, cuya novela *Los hermanos Karamazov* era una de las favoritas de Freud. En una carta a Theodor Reik, Freud escribió:

> Otra objeción que podría haberle puesto es que su penetración estuviera tan limitada a la vida mental anormal. Basta con considerar su asombroso desamparo ante los fenómenos del amor. Lo único que conocía realmente eran deseos crudos, instintivos, la sujeción masoquista y el amor inspirado por la compasión. Esta usted en lo cierto... al sospechar que, a pesar de mi admiración por la intensidad y preeminencia de Dostoievski, en realidad no me agrada. Es porque mi paciencia para con las naturalezas patológicas queda agotada en el análisis. En el arte y en la vida soy intolerante con ellas.

Freud añadió, pensando en sus discípulos, que "ésos son rasgos personales de mi carácter y no comprometen a los demás"[162]. Así, es comprensible por qué podía Freud preferir a un escritor inferior (pero ingenioso y anticlerical) como Anatole France[163].

En parte gracias a que negaba el análisis a los pacientes que no le agradaban, Freud pudo sostener su afirmación de que no tenían que gustarle necesariamente sus pacientes para poder ayudarles. Freud pensaba que "uno intenta dar al paciente asistencia humana, en la medida permitida por la capacidad de la propia personalidad y por la cantidad de compasión que

158 *Letters*, p. 390.
159 Sachs, *Freud*, p. 146.
160 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 119.
161 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 406.
162 "Dostoyevsky and Parricide", p. 196.
163 Helen Walker Puner, *Freud: His Life and His Mind* (Nueva York: Howell, Soskin; 1947), p. 279.

puede uno sentir por el caso particular"[164]. En la década de 1890, antes de sus muchas decepciones, Freud consideraba que su procedimiento particular

> presupone gran interés en los fenómenos psicológicos, pero también preocupación por los pacientes. No me puedo imaginar resignándome a sondear el mecanismo psicológico de una histeria en alguien que me parezca vil y repelente, y que, en un trato más íntimo, no sea capaz de inspirar compasión humana...[165].

A pesar de su tolerancia con los procesos neuróticos, para con los que otras personas de su época se habrían mostrado mucho más intransigentes, con los criterios actuales Freud ha de parecer indiscutiblemente moralista. En su práctica Freud tenía preferencias precisas sobre los tipos de pacientes con los que decidía trabajar. Se mostraba intolerante con los pacientes incapaces de ser honrados y, en consecuencia, no le interesaba tratar a los que sufrían de trastornos del yo, como el grupo de los llamados delincuentes. (No obstante, a un analista del círculo de Freud, August Aichhorn, no se le impidió hacer su estudio sobre la delincuencia, *Wayward Youth* ["Juventud descarriada"][166].) Freud avisó a un discípulo, en relación con un paciente, de que se trataba "evidentemente [de] un bribón que no merece que usted se moleste por él... Supongo que lo pondrá usted en la calle"[167]. Freud hablaba de los delincuentes como si se tratara de personas carentes de yo, y en una ocasión dijo: "En los casos en que no hay yo, no hay condiciones para el análisis"[168].

Freud sabía que, en la época en que escribía, "las perversiones sexuales están sometidas a una desaprobación muy especial, que ha afectado incluso a la teoría y ha constituido un obstáculo para su consideración científica"[169]. En una carta, ahora famosa, a la madre de un homosexual, Freud la tranquilizaba:

> Ciertamente, la homosexualidad no es una ventaja, pero no es nada de lo que haya que avergonzarse, no es un vicio ni una degradación; no se la puede clasificar entre las enfermedades; la consideramos una variación de la función sexual, producida por cierta interrupción del desarrollo sexual. Muchos individuos profundamente respetados de los tiempos antiguos y modernos han sido homosexuales, entre ellos varios de los hombres más grandes (Platón, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, etc.). Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como un delito, y también una crueldad.

Si el hijo de aquella mujer era "desgraciado, neurótico, [si estaba] desgarrado por conflictos, inhibido en su vida sexual, el análisis puede

164 "Studies on Hysteria", pp. 282-83.
165 *Ibid.*, p. 265.
166 August Aichhorn, *Wayward Youth* (Nueva York: Meridian Books; 1955).
167 Citado en Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 36.
168 Entrevista con Edoardo Weiss, realizada por Kurt Eissler, 13 de diciembre de 1952.
169 "Introductory Lectures", p. 321.

proporcionarle armonía, paz mental, capacidad para dar de sí al máximo; tanto si sigue siendo homosexual como si resulta cambiado''[170].

Freud solía considerar inofensiva la homosexualidad en una persona de buen carácter. Pero con un analista al que conocía mucho mejor que a la madre del homosexual Freud podía expresar con mayor franqueza su sensación de desagrado. Freud no podía satisfacer más completamente que otros el ideal de no considerar ajeno nada humano. Escribiendo sobre un homosexual, Freud comentó que ''en los casos más desfavorables, lo que hay que hacer es enviar a esas personas por barco... al otro lado del océano, con algo de dinero, por ejemplo a Sudamérica, y que allí busquen y encuentren su destino''[171]. (No obstante, por mal que pensara Freud de esas personas, no llegaba hasta el extremo de recomendar que se enviara al paciente a Norteamérica, a la que odiaba.)

En cierta ocasión Freud se refirió al fenómeno clínico de que ''una mujer buena, de talento, concienzuda, no hablará mejor de sí misma, después de que contraiga melancolía, que otra que de hecho sea despreciable; en realidad, quizás la primera tenga más probabilidades de contraer la enfermedad que la segunda, de la que tampoco nosotros podríamos decir nada bueno''[172]. En otra ocasión observó que un paciente deprimido era ''evidentemente una persona buena, que merece más tratamiento...''[173]. Sin embargo y en conjunto, Freud lamentó tener que sacar la conclusión de que ''sólo unos pocos pacientes merecen las molestias que nos tomamos por ellos, de modo que no podemos adoptar una actitud terapéutica, pero hemos de alegrarnos de haber aprendido algo en cada caso''[174]. Mientras que una depresión entraña una intensificación del autorreproche, un aumento en la interiorización de los conflictos, la dificultad con la homosexualidad, para Freud como analista, era que los conflictos del paciente ya no eran entre diferentes aspectos de su psique, sino entre sus instintos y la sociedad.

A pesar de su interés por las teorías de la bisexualidad, Freud tenía tendencia a adoptar una actitud tajante, en un sentido o en otro, hacia la homosexualidad. Al comentar su concepción de Leonardo, Freud se refirió a la pasividad como ''situación cuya naturaleza es indudablemente homosexual'', afirmación no probada; y la aseveración de que Leonardo era ''homosexual emocionalmente'' parece una imagen unilateral de un hombre que debió de tener muchas otras facetas[175]. Freud tenía ideas especiales sobre los orígenes de la homosexualidad en los hombres. Quizás resulte

170 *Letters*, pp. 423-24.

171 Citado en Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 28. Cf. también Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 41.

172 ''Mourning and Melancholia'', p. 247.

173 Citado en Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 35.

174 Citado en *ibid.*, p. 37.

175 ''Leonardo da Vinci'', p. 98.

sorprendente verle convenir tan superficialmente en que ''la afirmación de que el hecho de criarse entre mujeres no da como resultado que un hombre llegue a sentir amor intenso hacia una mujer, sino que con frecuencia lo conduce a la homosexualidad, es correcta''[176], si recordamos que él mismo tuvo cinco hermanas y una madre dominante, con un padre anciano y un hermano mucho más pequeño.

Otros analistas del círculo de Freud pusieron objeciones a sus opiniones personales sobre la sexualidad irregular. ''Cuando Freud declaró que la perversión es la negación de la neurosis, Stekel y Adler disintieron; para ellos, la perversión no era sino otra forma de neurosis''[177]. Mientras que Freud estaba intentando excluir la perversión (salvo en el caso de que fuera acompañada de la infelicidad) del campo de acción del psicoanálisis, algunos de los seguidores de Freud se mostraron más deseosos de ampliar el alcance de su terapia.

Freud se sentía amenazado por la homosexualidad masculina, y, por esa razón, se mostraba intolerante para con ella. Por ejemplo, Paul Federn recalcó en cierta ocasión ''la agradable impresión'' que le había hecho un paciente de ''perversión multiforme''[178]. A Freud el mismo hombre le pareció ''un absoluto puerco, un caso de sexualidad infantil y, por lo mismo, exagerada; tenemos tantas represiones en nuestro interior, que ante algo así sentimos aversión''[179]. Sin embargo, por lo menos en un caso de homosexualidad infantil, Freud lo consideró como una cuestión privada. Una mujer se sentía culpable y deprimida por una propuesta de relación con otra mujer, y había hecho un intento de suicidio; después de un año de análisis con Helene Deutsch, quedó liberada de su angustia, pero resultó claramente que era homosexual, y Freud consideró que aquél era un momento oportuno para poner fin al tratamiento[180].

Aunque Freud era ''siempre reacio a interrumpir sus vacaciones por cualquier actividad profesional'', Jones nos cuenta que Freud ''no pudo dar una negativa a un hombre de la valía de Mahler'', cuando el gran compositor acudió a Freud en busca de ayuda. Después de encontrarse en

176 *Minutes*, Vol. II, p. 311.

177 Eklenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 598.

178 *Minutes*, Vol. II, pp. 297, 290.

179 *Ibid.*, p. 379.

180 En su informe publicado sobre el resultado de aquel caso, Helene Deutsch no mencionó su propio nerviosismo, cuando fue a informar del resultado terapéutico a que había llegado; como tampoco incluyó la satisfacción de Freud ante el compromiso a que se llegó. Freud le había enviado el caso, de modo que ella le consultó con relación a él. Helene Deutsch, *The psychology of Women*, Vol. I (Nueva York: Grune and Stratton; 1944), pp. 346 y ss. Cf. Paul Roazen, ''Psychoanalysis and Moral Values'', *Dissent*, febrero de 1971, pp. 77-78; este ensayo se ha reimpreso en *Moral Values and the Superego Concept*, ed. Seymour C. Post (Nueva York. International Univesities Press; 1972), pp. 197-204.

un hotel, "pasaron cuatro horas paseando por la ciudad y realizando una especie de psicoanálisis"[181].

Freud pensaba que había que distinguir la "salud", cualquiera que fuera el significado de esta palabra, del valor humano. Sostuvo que "existen tanto personas sanas como enfermas que no sirven para nada en la vida..."[182]. Los "inútiles" no eran adecuados para el análisis, según Freud, como tampoco "es aplicable el método a personas a las que no impulsen a buscar tratamiento sus propios sufrimientos..."[183].

Por un lado, Freud había mantenido que "la terapia psicoanalítica se creó a través de —y para— el tratamiento de pacientes permanentemente incapacitados para la existencia, y su triunfo ha consistido en que a un gran número de ellos los ha vuelto *capacitados* permanentemente para la existencia". Y, sin embargo, se apresuró a señalar, como una de las contraindicaciones para el tratamiento, que "debe rechazarse a los pacientes que no posean un grado razonable de educación ni un carácter bastante digno de confianza". Freud consideraba "grato que precisamente las personas más valiosas y más desarrolladas [sean] las más apropiadas" para su procedimiento[184].

La distinción principal que Freud hacía entre los pacientes analizables y los no analizables era la capacidad para establecer una transferencia al analista. Freud debió de pensar que las transferencias producidas por el análisis eran menos intensas y menos manejables que las que había conocido durante sus primeros experimentos con la hipnosis. Aunque la práctica del psicoanálisis es capaz de desencadenar emociones intensas, escribió que en el tratamiento de "una de mis pacientes más condescendiente" por hipnosis, "al despertar en una ocasión, se arrojó en mis brazos. La inesperada entrada de una sirvienta nos liberó de una discusión penosa, pero desde aquella ocasión hubo un tácito entendimiento entre nosotros en el sentido de que debíamos suspender el tratamiento hipnótico". A diferencia de Breuer, Freud no se culpó a sí mismo de lo que había ocurrido ni lo vio lo más mínimo en términos personales:

> Yo era lo suficientemente modesto como para no atribuir el suceso a mi irresistible atracción personal, y creo que ahora he comprendido la naturaleza del misterioso elemento que intervenía tras la hipnosis. Para excluirlo, o en cualquier caso para aislarlo, era necesario abandonar el hipnotismo[185].

El método de tratamiento de Freud se basaba en la fuerza del egoísmo humano; consideraba que la egolatría del paciente era lo que convertía al

181 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 80.
182 "On Psychotherapy", p. 263.
183 *Ibid*, p. 263.
184 *Ibid*, pp. 263-64.
185 "An Autobiographical Study", p. 27.

reservado analista en una figura tan importante en sus pensamientos. El objetivo del psicoanálisis era realizar reajustes internos en la forma de considerar las cosas por parte del paciente. Cuando Freud escribió que la cura psicoanalítica se "produce esencialmente... mediante el amor"[186], no se refería a los sentimientos del analista hacia sus pacientes, sino a la capacidad de éstos para dotar de energía emocional a la figura del analista. Las reacciones de transferencia eran una repetición de situaciones de frustración inaceptada procedentes del pasado del paciente, y la intención de Freud era que el proceso analítico fuera capaz de replantear los problemas. Como consecuencia de ello, "durante el progreso de un psicoanálisis no es sólo el paciente quien hace acopio de valor, sino también su enfermedad..."[187].

Sandor Ferenczi y Otto Rank insistieron en la década de 1920 en que en el tratamiento todo tiene significado como fenómeno de transferencia. Pero Freud había sido el primero en ver la transferencia como una vía hacia lo que consideraba lo más antiguo y verdadero:

> el paciente no *recuerda* nada de lo que ha olvidado; lo que hace es *representarlo*. Lo reproduce, no como un recuerdo, sino como una acción; lo *repite*, sin saber, naturalmente, que lo está repitiendo... la repetición es una transferencia del pasado olvidado no sólo al doctor, sino también a todos los demás aspectos de la situación actual[188].

En un análisis, "la transferencia surge como *la resistencia más* potente al tratamiento"; "todas las fuerzas que han causado la regresión de la libido surgirán en forma de [resistencias] contra la labor del análisis, para conservar el nuevo estado de cosas"[189]. A partir del análisis de las transferencias de los adultos había sido como Freud había formado su concepción de la infancia humana.

Freud prefería tratar a un paciente, cuando sus "experiencias patógenas pertenecen al pasado, de modo que su yo puede mantenerse distanciado de ellas"[190]. Especialmente para los jóvenes discípulos que acudían a él, el pasado resaltaba como contraste frente al carácter enajenado de su presente. Freud intentó tener en cuenta la crítica de Jung, que subrayaba "la inclinación de los neuróticos a expresar sus intereses presentes en reminiscencias y símbolos procedentes del pasado remoto"[191]. Pero Freud no reconoció lo conveniente que podía ser para algunos pacientes proyectar sus trastornos actuales en el pasado, y, por esa razón, pudo pasar por alto

186 *Freud/Jung Letters*, pp. 12-13.
187 "Notes upon a Case of Obsessional Neurosis", p. 223.
188 "Remembering, Repeating and Working Through" ("Recuerdo, repetición y elaboración"), *Standard Edition*, Vol. 12, pp. 150-51.
189 "The Dynamics of Transference") ("La dinámica de la transferencia"), *Standard Edition*, Vol. 12, pp. 101-02.
190 "Analysis Terminable and Interminable", p. 232.
191 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 49.

muchos rasgos de la transferencia que ahora podrían ver los terapeutas. En lugar de interpretar la interacción entre el paciente y él mismo, con frecuencia era más fácil para ambas partes hablar del pasado lejano. No obstante, en general Freud tuvo en cuenta muchas realidades actuales de sus pacientes; por ejemplo, generalmente conocía el medio social en que se movían. Y, sin embargo, no puso de relieve de forma específica el contacto realista con sus pacientes.

Se dice que en la década de 1890 "se permitía una relación social no restringida con sus pacientes"[192] y con algunos pacientes siguió permitiéndose libertades como terapeuta a lo largo de toda su vida, a pesar de que recomendaba neutralidad a los demás: "El doctor debe ser opaco para sus pacientes y, como un espejo, no debe mostrar otra cosa que lo que se le muestre"[193]. "[L]a frialdad emocional por parte del analista... crea las condiciones más ventajosas para ambas partes..."[194]. Freud podía hacer incluso que sirvieran una comida al paciente, pero esa clase de acciones por su parte eran independientes, según pensaba, del propio análisis; daba por sentado que un analista debía aportar un sostén y no escribió sobre ese aspecto de la técnica.

Hasta época muy avanzada no trató Freud en su obra de la repercusión de la individualidad del analista en el proceso terapéutico[195]. Pues reconocer la importancia de la personalidad real del analista, en lo que se diferencia de su función especializada tal como Freud la ideó, equivaldría a volver a plantear la antigua cuestión de la sugestión. Como escribió un analista en 1956: "La difundida y cada vez mayor insistencia en el papel desempeñado por la personalidad del analista en la determinación de la naturaleza de la transferencia individual supone también un reconocimiento de las inevitables tendencias sugestivas en el proceso terapéutico"[196].

Freud había aconsejado al analista seguir una dirección de frialdad emocional, con lo que sería el paciente quien debería cautivar, con la historia de su vida, la atención y el interés del analista. El propio Freud consiguió provocar transferencias profundas de forma inmediata. A causa de su fama, sin necesidad de actividad especial alguna por su parte, se convertía para el paciente en una fuerza con la que habérselas. A falta de esa participación por parte del paciente, ha de actuar por fuerza de forma

192 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 228.

193 "Recommendations to Psysicians Practising Psychoanalysis", p. 118.

194 *Ibid*, p. 115. Cf. también Elizabeth R. Zetzel, "The Analytic Situation", en *Psychoanalysis in the Americas*, ed. Robert. E. Litman (Nueva York: International Universities Press; 1966), p. 87.

195 "Analysis Terminable and Interminable", pp. 247-48. Cf. también Grete Bibring-Lehner, "A Contribution to the Subject of Transference-Resistance", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 17, Parte 2 (abril de 1936), pp. 181-89.

196 Elizabeth R. Zetzel, "Current Concepts of Transference", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 37, Partes 4-5 (julio-octubre de 1956), p. 369-76.

bastante extraña, al pensar que todo lo que se dice en un análisis tiene relación con él.

Sin embargo, la realidad puede verse tan afectada por la transferencia, que hasta el analista de menos talento puede convertirse en algo parecido a un dios para el paciente. Constituye una tentación para el analista considerar justificada en la realidad la subordinación infantilizada de los pacientes, mientras que los sentimientos hostiles de un paciente pueden considerarse como una expresión de la transferencia negativa. No obstante, Freud expresó la idea optimista de que "el doctor es lo suficientemente modesto como para atribuir la favorable opinión del paciente sobre él a las esperanzas que puede infundirle y al ensanchamiento de su horizonte intelectual mediante la sorprendente y liberadora iluminación que el tratamiento proporciona"[197].

Sin embargo, el enfoque analítico de la pantalla en blanco presenta ventajas evidentes, independientemente de la cuestión de la transferencia. La neutralidad terapéutica puede bloquear la espontaneidad del terapeuta, pero también puede proteger al paciente del sadismo del analista. Un criterio de intervención activa, en caso de que eso sea lo opuesto a la neutralidad, puede preparar el terreno para perjuicios mucho más graves que cualquier otro procedimiento. Pero existen formas como la pasividad de un analista puede ser de hecho agresiva, y la situación analítica clásica contiene elementos sugestivos ocultos que pueden contribuir a la manipulación.

Los pacientes de Freud atestiguan la sensación de seguridad que sintieron cuando trabajaron con él. Probablemente Freud congeniara mejor con aquellos que sentían una admiración manifiesta hacia él, que eran conscientes del privilegio de encontrarse ante un gran hombre. A algunos Freud les pareció un salvador. Una persona sugirió que, si no hubiera sido por Freud, habría sido un fracasado o un suicida.

Pero los análisis largos, de muchos años de duración, pueden conducir a los pacientes a una situación regresiva, para salir de la cual puede ser necesario mucho tiempo. Anteriormente, Freud había mencionado la "difícil tarea de deshacer esa transferencia, de hacer que el paciente vuelva a ser independiente"[198]. Un medio de superar la sobreestimación del analista por parte del paciente es el de que el analista se muestre natural; pero, aunque Freud se mostraba "franco y natural" como analista, no era eso lo que esperaba de otros analistas. En la década de 1930 Helene Deutsch sugirió en una pequeña reunión en casa de Freud que hacia el final de un análisis sería buena idea que el analista tomara medidas activas para deshacer la transferencia. "¿Cómo?", preguntó Freud. "Mostrando que no es perfecto", respondió ella. A Freud no le gustó aquella idea en absoluto, y dijo irritado: "¿Quiere usted decir que no sólo es un cerdo el

197 "Introductory Lectures", p. 440.

198 *Minutes*, Vol. II, p. 359.

paciente, sino que también lo soy yo?''[199]. Y, sin embargo, una paciente a la que Freud admiraba cuenta que en determinado momento de su análisis le reprochó que estuviera perdiendo sus facultades para la crítica, lo que indica que no sucumbía a los peligros más evidentes de sugestión que presentaba su forma de tratamiento.

5. La contratransferencia y el valor de la iluminación.

En época tan temprana como 1910, Freud dijo que había ''tomado conciencia de la 'contratransferencia''' que aparece en el analista ''como resultado de la influencia del paciente en sus sentimientos inconscientes...'' Freud se inclinaba ''casi por insistir en que [el analista] debe reconocer dicha contratransferencia en sí mismo y vencerla''[200]. En aquella época Freud pensó que un autoanálisis podría ser adecuado para controlar los prejuicios del analista, si bien para la década de 1920 los análisis realizados expresamente para la formación de futuros analistas habían pasado a ser la regla. Por lo menos durante algún tiempo, Freud creyó que, en el caso del analista, ''no basta... con que él mismo sea una persona aproximadamente normal. Al contrario, podemos insistir en que debería haber pasado por una purificación psicoanalítica...''[201] Pero la tendencia a la contratransferencia, por cuidadosamente que haya sido formado el analista, no puede erradicarse nunca totalmente, pues el analista y el paciente, como dos seres humanos cualesquiera, tienen por fuerza que influirse mutuamente de formas imprevistas e incluso irracionales.

Freud abrigaba la esperanza de que ''las interpretaciones [de un analista] sean independientes de... [sus] características personales y den en el clavo''. Freud sabía que la personalidad del analista no era ''una cuestión indiferente'' y que el ''factor individual'' siempre desempeñará un papel más importante en el psicoanálisis que en otras situaciones''. Pero sus analogías no eran realistas, como cuando dijo que ''ese factor individual'' era ''algo comparable a la 'ecuación personal' en las observaciones astronómicas''[202]. Incluso cuando reconocía algunas limitaciones analíticas, a veces parecía basarse en normas utópicas; daba por sentado que, al tratar a pacientes, podrían surgir ''ocasiones en que nos sintamos alterados por alguna consideración personal, es decir, cuando no hayamos cumplido las normas de un analista ideal''[203]. Sin embargo, por lo menos al final de su vida,

199 Entrevista con Helene Deutsch, 13 de agosto de 1966.
200 ''The Future Prospects of Psychoanalitic Therapy'', pp. 144-45.
201 ''Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis'', p. 116.
202 ''The Question of Lay Analysis'', pp. 219-20.
203 ''Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis'', p. 113.

Freud reconoció efectivamente que ''las especiales condiciones del trabajo analítico hace que los defectos del analista constituyan de hecho un obstáculo a la hora de enjuiciar correctamente la situación de su paciente y de reaccionar ante ella de forma útil''[204].

Aunque Freud había señalado la existencia de los sentimientos de contratransferencia, no desarrolló la idea. Quizás, en su opinión, los únicos trastornos emocionales importantes eran los de sus pacientes, no los suyos propios. Puede ser que el interés contemporáneo hacia la contratransferencia haya sido excesivo, pero la actitud de Freud había sido igualmente extremista, si bien en sentido contrario. Para él, la transferencia era una forma de error, y lógicamente no debía darse en el analista. Como dijo Freud en una ocasión: ''El analista debe superar completamente esa contratransferencia; sólo así podrá dominar la situación analítica...''[205] Hoy día, el psicoanálisis no adoptaría una actitud tan tajante a la hora de exigir ese triunfo, pero, si un analista queda sometido seriamente a la contratransferencia, su ''paciente... no es un objeto real, sino que se lo usa como un instrumento accidental para resolver una situación conflictiva'' del propio analista. En consecuencia, ''la capacidad [del analista] para entender, para reaccionar, para tratar al paciente, para interpretar correctamente''[206], quedará obstaculizada.

El historial clínico más amplio de Freud, a pesar de que lo compuso como respuesta a sus controversias con Adler y Jung, nos da cierta idea de su forma de actuar como clínico. El ''Hombre-Lobo'', denominación por la que llegó a conocérselo, estuvo en tratamiento con Freud de 1910 a 1914, después de haber probado sin éxito otros métodos de terapia. Aunque el nombre que Freud escogió para él puede evocar la imagen de un hombre que se convierte en lobo, en realidad el paciente sufrió, siendo niño, de un miedo excesivo a los lobos. Freud lo trató en relación con graves incapacidades para la vida adulta, pero su historial clínico trataba de su fobia hacia la infancia. De ese modo Freud intentó demostrar que la importancia general de la infancia no era consecuencia del deseo de un paciente de escapar de las realidades presentes, sino que la estructura de una neurosis infantil podía entenderse desde el punto de vista de la teoría de los instintos de Freud.

En la época de su análisis, el paciente era un rico terrateniente ruso; posteriormente, a consecuencia de la Revolución rusa, perdió toda su fortuna. En 1919 regresó a Viena y Freud le recomendó otro análisis, que duró varios meses (y fue gratuito). En la década de 1920 el Hombre-Lobo

204 ''Analysis Terminable and Interminable'', p. 248.
205 *Minutes*, Vol. II, p. 447.
206 Annie Reich, ''On Counter-Transference'', *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 32, Parte 1 (1951), pp. 28-29.

reprochó a Freud que le hubiera aconsejado no regresar a Rusia a recuperar su fortuna. (Freud consideró aquel deseo como una resistencia al segundo análisis.) No obstante, no está claro si aquella queja estaba justificada. El Hombre-Lobo se adaptó a su nueva situación económica y tomó un humilde empleo en una compañía de seguros de Viena, y desde entonces ha participado activamente en el psicoanálisis.

Después de aquellos dos análisis con Freud, el Hombre-Lobo se analizó en dos ocasiones con Ruth Mack Brunswick. A partir de la Segunda Guerra Mundial ha estado en tratamiento con otros dos analistas en Viena, donde todavía reside; está en contacto con varios otros analistas interesados en las primeras etapas de la obra de Freud, y durante los quince últimos años un analista ha acudido desde América cada verano para realizar sesiones analíticas diarias con él. Recientemente se ha publicado un volumen que consta de ensayos autobiográficos sobre su juventud y años posteriores, sus recuerdos sobre Freud, el famoso historial clínico escrito por Freud, el complemento a la descripción de Freud, obra de Ruth Mack Brunswick, y ensayos sobre el Hombre-Lobo de Muriel Gardiner[207].

De ese material lo más interesante sigue siendo el fascinante y rico historial clínico de Freud. De forma característica, analizó un trastorno infantil a través de los recuerdos de la persona adulta, y mostró inmenso respeto hacia las complejidades de la imagen del mundo propia del niño. Las interpretaciones de los sueños que hace Freud son magistrales; y su reconstrucción de los primeros años del Hombre-Lobo, a pesar de no ser convincente, representa un conjunto de hipótesis audaces para su época. Como se ha dicho con razón, "los escritores mediocres harán que una historia verdadera parezca inventada, mientras que un gran escritor puede hacer que la historia menos plausible parezca verdadera"[208]. Fue típico de Freud el hecho de que viera al Hombre-Lobo acosado por conflictos ambivalentes con su padre y con todos los padres subrogados posteriores. Freud sostuvo que el miedo del paciente a su padre, y su deseo simultáneo de satisfacción sexual procedente de él, presidió la vida posterior del Hombre-Lobo. (Y, sin embargo, es extraño que Freud pasara por alto la práctica del coito anal por parte del Hombre-Lobo en su vida adulta[209].)

Freud anunció el "esclarecimiento final" de los síntomas del Hombre-Lobo en 1914, y dijo que "me separé de él, considerándolo curado"[210]. Y, sin embargo, Freud reconoció —en contraste con la doctrina de algunos de sus discípulos posteriores— que con un paciente tan

207 *The Wolf-Man*, ed. Muriel Gardiner (Nueva York: Basic Books; 1971).

208 Ellemberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 467.

209 Ruth Mack Brunswick, "A Note on the Childish Theory of Coitus a Tergo", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 10, (1929), p. 93.

210 "From the History of an Infantile Neurosis", pp. 84, 121.

trastornado como el Hombre-Lobo, "el tratamiento psicoanalítico no puede producir una revolución instantánea ni conseguir que se alcance un nivel semejante al del desarrollo normal: lo único que puede hacer es eliminar los obstáculos y abrir camino, de modo que las influencias de la vida puedan favorecer el desarrollo por una trayectoria mejor"[211].

El tratamiento inicial de cuatro años que aplicó Freud al Hombre-Lobo fue desacostumbradamente largo para su época, y, si Freud hubiera sido simplemente un escrutador rigoroso, intolerante para con cualquier rasgo irracional, nunca se habría ganado la gratitud para toda la vida de ese paciente. A pesar de su propio ateísmo y de su convencimiento de que los sentimientos ambivalentes hacia el padre subyacen a todas las religiones, Freud reconoció plenamente la utilidad de la religión en los primeros años de la vida del Hombre-Lobo. (Freud escribió en una ocasión a Pfister que "desde un punto de vista terapéutico, no puedo por menos de envidiar la oportunidad que tiene usted de dirigir la sublimación hacia la religión"[212].) Además, sorprendido ante los recuerdos del Hombre-Lobo de sus sentimientos ante el suicidio de su única hermana —había pensado en que con eso iba a heredar de sus padres mucho más dinero—, Freud interpretó generosamente esa avaricia como una defensa contra otros sentimientos que en su momento habrían sido intolerables para él.

Ruth Mack Brunswick fue uno de los discípulos más brillantes de Freud, y éste le envió al Hombre-Lobo en 1926, cuando estaba sufriendo un delirio paranoide sobre su nariz. Como psiquiatra especialmente interesada en la psicosis, Ruth sugirió que quizás el primer análisis del Hombre-Lobo con Freud le había "privado de los habituales modos neuróticos de solución"[213], con lo que había hecho posibles tipos de reacción más primitivos. Pensaba que su pérdida del equilibrio a mediados de la década de 1920 había sido consecuencia de que Freud hubiera caído gravemente enfermo de cáncer, con lo que sugería que, a pesar de los objetivos del análisis, el Hombre-Lobo no se había liberado de la influencia de la personalidad de Freud.

El historial clínico del Hombre-Lobo, obra de Brunswick, está lleno de ingeniosas interpretaciones de sueños; y, sin embargo, retrospectivamente nos preguntamos hasta qué punto —a pesar de su interés por el pasado infantil del Hombre-Lobo— entendió sus propios sentimientos hacia él. Es evidente que el hecho de que Freud le enviara aquel caso famoso constituía un regalo personal, un testimonio de la posición que había alcanzado en opinión de Freud, y una invitación a escribir un complemento a su largo ensayo. En el análisis Ruth destruyó deliberadamente las fantasías del Hombre-Lobo con respecto a su posición como hijo favorito de Freud; insistió en su ausencia de la vida social de Freud, en la actitud puramente

211 *Ibid.*, p. 118.

212 *Ibid.*, p. 118. Cf. Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 458.

213 *The Wolf-Man*, p. 305.

profesional de Freud hacia su antiguo paciente, en el hecho de que el Hombre-Lobo no conocía a la familia Freud y en el de que Freud había tratado a otros pacientes durante períodos de tiempo más largos. Puede ser que, además de sus objetivos racionales, Ruth Brunswick, que había sido, a su vez, una paciente de Freud durante muchos años, hubiera tenido sentimientos intensos de competencia con el Hombre-Lobo. Su relación con Freud era tan estrecha, que le resultaba difícil ver el papel que desempeñaba en su tratamiento de aquel paciente.

Resulta sorprendente que la que probablemente fuera la aventura amorosa más importante en la vida del Hombre-Lobo, la que tuvo con Freud y el psicoanálisis, no aparezca citada ni interpretada. En reminiscencias de su infancia, al Hombre-Lobo le resultaba enigmático que "sin esfuerzo por mi parte, abandoné mi religión con tanta facilidad. La pregunta es: ¿qué es lo que llenó el vacío así creado?"[214] El Hombre-Lobo sugiere que quizás la literatura o la pintura, mientras que no aparece citado su enfrascamiento en el psicoanálisis, que duró toda su vida.

El Hombre-Lobo ha escrito artículos sobre la filosofía y el arte vistos desde el punto de vista psicoanalítico; incluso ha vendido algunos de sus cuadros a analistas. Durante años Freud recaudó dinero para aquel antiguo paciente suyo que, como dijo Ruth Brunswick, "había sido tan útil para los fines teóricos del análisis"[215]. (Es posible que Freud tuviera también algunos sentimientos de culpabilidad con respecto a la pérdida por parte del Hombre-Lobo de sus propiedades.) Aquel dinero ayudaba al Hombre-Lobo a pagar su alquiler y sus facturas médicas, así como para hacer viajes cortos. Incluso ahora, cuando el Hombre-Lobo ha perdido parte de su equilibrio con la vejez, el hecho de escribir sobre sus experiencias con Freud ha dado un sentido a su vida.

Muriel Gardiner ha afirmado que "el análisis de Freud salvó al Hombre-Lobo de una existencia de inválido, y el análisis posterior de la Dra. Brunswick venció una grave crisis aguda, con lo que los dos permitieron al Hombre-Lobo tener una vida larga medianamente sana"[216]. Sin embargo, a diferencia de algunos de sus discípulos, Freud era lo suficientemente científico como para interesarse igualmente por el fracaso terapéutico, no sólo por el éxito, y era muy propio de Freud citar, junto con las ventajas que el Hombre-Lobo obtuvo del análisis, los defectos que no consiguió superar. Verdaderamente, progresó más cuando lo trató Freud que con otros terapeutas de la época, pero, ¿podemos decir que, en definitiva, fue la concepción analítica lo que le ayudó, o bien el continuo respaldo emocional de Freud y del movimiento psicoanalítico?

Freud estaba dispuesto a aprender de sus errores, y escribió una larga

214 *Ibid.*, p. 20.
215 *Ibid.*, p. 266.
216 *Ibid.*, p. 366.

relación de una detención terapéutica, el caso conocido como "Dora". Freud confesó: "No sé qué clase de ayuda deseaba de mí, pero prometí perdonarla por haberme privado de la satisfacción de proporcionarle una cura más radical para sus trastornos"[217].

Como Freud decidió presentar el material de su caso "en forma fragmentaria", con el fin de elucidar algunos problemas especiales en los que podría estar trabajando, resulta difícil reconstruir a partir de un historial clínico determinado lo que pudiera haber estado sucediendo clínicamente. Al hablar de la telepatía, por ejemplo, Freud se refirió en dos ocasiones a un caso en el que intervino activamente en favor de la elección específica de un cónyuge, caso que hoy podría parecer extraño. Freud escribió sobre "un joven [que] acudió a mí, que me causó una impresión especialmente buena, por lo que lo preferí a otros"[218]. Aquel paciente había tenido durante muchos años una relación con la esposa de su hermano (a la que en el texto impreso Freud calificaba simplemente de "una dama casada de su propio círculo"). Como resultado de un análisis con Freud, según su historial clínico, el hombre rompió la relación que mantenía con una muchacha de clase baja, que "servía simplemente como cabeza de turco en quien podía satisfacer todos los sentimientos de venganza y celos que en realidad correspondían a la otra dama"[219]. Entonces el paciente se enamoró de su sobrina, la hija de su antigua querida. Una vez que el hombre decidió casarse con la muchacha, Freud, que podía mostrarse extraordinariamente independiente de los valores de clase media, "apoyó sus intenciones, dado que ofrecían lo que era una posible salida de su difícil situación, aunque fuera irregular"[220].

Sin embargo, la muchacha opuso resistencia a las propuestas de su tío. En vista de lo cual Freud recomendó que fuera analizada. (Tal como expresó Freud la cuestión, "se decidió que ella debía analizarse".) Freud dijo al analista de la muchacha (Helene Deutsch) que había un secreto en el caso y que, cuando lo descubriera, debía comunicárselo. Al cabo de una semana aproximadamente, Deutsch regresó con la noticia no sólo de que se había revelado el secreto, sino de que existía otro secreto en el caso, que el propio Freud no conocía.

La muchacha conocía efectivamente la larga duración entre su pretendiente y su madre. Eso era lo que Freud había deseado averiguar. Pero no sabía que la muchacha tenía la fantasía de que ella misma era fruto de la unión ilícita entre su tío y su madre, lo que explicaba totalmente su vacilación a la hora de tener relaciones sexuales con él. (Freud escribió: "La muchacha tenía un conocimiento inconsciente completo de las rela-

217 "Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria", p. 122.
218 "Psychoanalysis and Telepathy" ["Psicoanálisis y telepatía"], *Standard Edition*, Vol. 18, p. 191.
219 *Ibid.*
220 *Ibid.*, p. 192. Cf. Roazen, "Psychoanalysis and Moral Values".

ciones entre su madre y su novio, y se sentía unida a éste exclusivamente a causa de su complejo de Edipo''[221].) Una vez que Freud tuvo información del mundo interior de la muchacha, abandonó la idea del matrimonio.

Y, sin embargo, cuando redactó aquel historial para publicarlo, Freud intentó suprimir, por discreción indudablemente, la conexión familiar entre los participantes en la unión propuesta. Pero al final de su descripción del caso, se produjo un regreso de lo reprimido. Según Freud, posteriormente el paciente escogió por esposa a ''una muchacha respetable no perteneciente a su círculo familiar...''[222] Hasta ese punto del relato, Freud no había insinuado que alguno de los amores del paciente hubiera pertenecido al ''círculo familiar''[223]. Para el objetivo de lo que quería decir sobre la telepatía —su paciente había tenido ocasión de consultar a un experto en caligrafía— la descripción de Freud era lo suficientemente completa, pero como historial clínico era un simple esbozo. Subraya lo activa que podía ser la actitud de Freud. Como escribió en una ocasión, lo que un paciente ''puede conseguir depende también de una combinación de circunstancias exteriores. ¿Hemos de vacilar a la hora de modificar esa combinación interviniendo de forma conveniente?''[224] Pero la supresión por parte de Freud de los detalles de la relación familiar hace que sea virtualmente imposible comprender lo que estaba ocurriendo.

En 1915 Freud había enunciado un principio que no siempre fue capaz de cumplir. ''Antes de continuar la relación'', escribió entre paréntesis sobre otro caso,

> debo confesar que he modificado el *ambiente* del caso para preservar el incógnito de las personas afectadas, pero nada más. Considero una práctica censurable, por excelente que pueda ser el motivo, la de modificar detalle alguno en la presentación de un caso. Nunca podemos saber qué aspecto de un caso puede interesar a un lector de juicio independiente, y se corre el riesgo de extraviarlo[225].

Y en 1924 Freud añadió una nota a pie de página a uno de sus primeros historiales clínicos, en que había desfigurado su material: ''Katherina no era la sobrina, sino la hija... Así, pues, la muchacha cayó enferma a consecuencia de los asaltos sexuales por parte de su propio padre. Al relatar un caso, deben evitarse absolutamente deformaciones como la que introduje en el presente caso''[226].

Por mucho que pudieran dañar al futuro científico del psicoanálisis

221 ''Psychoanalysis and Telepathy'', p. 192.
222 *Ibid.*, pp. 192-93.
223 Cf. también ''New Introductory Lectures'', pp. 45-47.
224 ''Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy'', p. 162.
225 ''A Case of Paranoia Running Counter to the Psychoanalytic Theory of the Disease'' [''Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica''], *Standard Edition*, Vol. 14, p. 263.
226 ''Studies on Hysteria'', p. 134.

semejantes deformaciones clínicas, el movimiento de Freud se habría enfrentado a obstáculos mayores todavía, si se hubiera podido mostrar que su técnica terapéutica había producido resultados negativos. Freud reconoció la legitimidad de la pregunta sobre si podía hacer daño el psicoanálisis. ''[S]i un bisturí no corta, tampoco puede usarse para curar''[227]. Pero así como el psicoanálisis podía dar buen resultado limitado, así también Freud pensaba que sólo podía dañar en pequeña medida. Como la cirugía, hacía daño con fines constructivos; además, sostuvo que

> la actividad de un analista inexperto causa menos daño a sus pacientes que la de un cirujano inexperto... En mi opinión, no hay que temer agravaciones severas o permanentes de una condición patológica ni siquiera en el caso del uso inexperto del análisis. Las reacciones inoportunas cesan al cabo de un tiempo... Simplemente lo que ocurre es que el intento inadecuado de curar no ha mejorado al paciente[228].

Freud confiaba en que ''no hay que temer perjuicio para el paciente, cuando se realiza el tratamiento con comprensión''[229]. No obstante, los analistas conocen casos de pacientes que empeoran con el tratamiento. Freud pensaba que esa clase de pacientes tenían impulsos masoquistas profundos que frustraban los fines analíticos; para su comportamiento inventó la categoría de la ''reacción terapéutica negativa''[230].

Ni siquiera un catálogo completo de las causas de que la terapia dé resultados inadecuados contradice el hecho de que, aun así, puede ser que se lo esté usando por debajo de sus posibilidades. Al determinar los problemas de la técnica, los analistas más antiguos citan hoy las rigideces en el enfoque del analista como causas de la mayoría de los contratiempos psicoanalíticos. Las transferencias negativas pueden intensificarse, o puede producirse una reacción terapéutica negativa recalcitrante; si el analista va a fracasar, es mejor no adoptar una actitud defensiva con respecto a ello y decírselo honradamente al paciente. En eso interviene necesariamente el carácter del analista individual. Un analista que no sea demasiado narcisista podría recomendar el tratamiento con otro analista.

En su primera etapa como analista, puede ser que Freud no fuera lo suficientemente prudente a la hora de manejar su creación; ahora bien, con frecuencia sus errores fueron consecuencia de su actitud comunicativa. La repercusión de Freud como terapeuta podía ser inmensa. Conocía su fuerza: ''He descubierto en mí mismo sólo un atributo de primera calidad: una especie de valor que no se ve afectado por las convenciones''[231]. Sus comentarios se quedaron grabados en las memorias de sus pacientes durante toda su vida. Una observación que hizo al final de un

227 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 463.
228 ''The Question of Lay Analysis'', p. 233.
229 ''On Psychotherapy'', p. 265.
230 ''Analysis Terminable and Interminable'', p. 243.
231 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 183.

corto análisis de tres meses antes de la Primera Guerra Mundial ilustra la actitud de Freud: felicitó a la paciente y dijo que la razón por la que había disfrutado trabajando con ella era la de que tan pronto como entendía algo era capaz de usarlo. Freud daba por sentado que sus pacientes tenían mentes básicamente sanas, que —igual que a él mismo— las críticas les resultarían positivas, cuando fueran necesarias. En una carta Freud afirmaba que "las condiciones óptimas para... [el psicoanálisis] existen en quienes no las necesitan: entre las personas sanas"[232].

A pesar de su inmersión en el "Hades" del inconsciente, Freud conservó la fe de la Ilustración en la razón de los *philosophes*. "Nada es tan caro en la vida como la enfermedad y... la estupidez"[233]. El ideal de Freud de la vida examinada era exigente para el analista:

> Lo que se dé al paciente no debe ser nunca un afecto espontáneo, debe concederse siempre conscientemente, y después darse más o menos, según las necesidades que surjan. Ocasionalmente puede ser mucho, pero nunca debe proceder del propio *Inc.* [Inconsciente]. Considero que ésa es la norma. En otras palabras, debemos reconocer nuestra propia contratransferencia y superarla; sólo entonces somos libres[234].

Freud había empezado su obra sobre los sueños con la idea de que "la interpretación de los sueños es como una ventana a través de la cual podemos vislumbrar el interior de ese aparato [mental]"[235]. Aunque con el paso de los años tanto su terminología como su comprensión cambiaron, el carácter racional básico de su mentalidad se mantuvo. En *La interpretación de los sueños* escribió que "*la psicoterapia no puede seguir otro camino que el de someter el Inc.* [*Inconsciente*] *al dominio del Prec.* [*Preconsciente*]"[236]. De acuerdo con las famosas palabras de su vejez: "Donde estaba el ello debe estar el yo"[237].

El "instrumento esencial" del tratamiento psicoanalítico era "las palabras"[238]; mediante el logro de la distancia racional el paciente podía llegar al autodominio. Como hemos visto, a la larga el objetivo de Freud fue una nueva ordenación interior de la vida de un paciente más que indicio alguno de cambio en el comportamiento:

> una neurosis parece ser el resultado de una especie de ignorancia... Conocimiento no siempre es lo mismo que conocimiento: existen diferentes tipos de conocimiento, que distan mucho de ser equivalentes psicológicamente... existe más de una clase de ignorancia... Lo único que tenemos que añadir es que el conocimiento [en el psicoanálisis] debe estribar en un cambio interno en el paciente...[239].

232 *Letters of Freud and Pfister*, p. 15.
233 "On Beginning the Treatment", p. 133.
234 Citado en Vinswanger, *Freud*, p. 50.
235 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 219.
236 *Ibid.*, Vol. 5, p. 578.
237 "New Introductory Lectures", p. 80.
238 "Psychical (or Mental) Treatment", *Standard Edition*, Vol. 7, p. 283.
239 "Introductory Lectures", Vol. 16, pp. 280-281.

Cuando Freud llegó a considerar los problemas de la filosofía social, dijo (en concordancia con su fe en el poder terapéutico de la racionalidad) que "la situación ideal sería, naturalmente, una comunidad de hombres que hubieran subordinado su vida instintiva a la dictadura de la razón"[240].

Al principio, Freud había pensado que el psicoanálisis era "un arte de la interpretación"[241]. Con el paso del tiempo, fue cambiando gradualmente el enfoque centrado en los recuerdos específicos de los acontecimientos por el centrado en las resistencias del paciente. Reconoció que en la década de 1890 "mi opinión en aquella época (aunque posteriormente he reconocido que estaba equivocada) era la de que mi misión quedaba cumplida, cuando había informado a un paciente del significado oculto de sus síntomas..."[242] Freud concluía con que "el paciente no gana con el hecho de que el médico le enfrente directamente con sus complejos..."[243] Y, sin embargo, en época tan avanzada como la década de 1920 vemos a Freud haciendo una reconstrucción tan asombrosa, que hizo que la paciente interrumpiera el tratamiento: "El extravagante relato hecho por Freud de un acontecimiento que yo nunca había sospechado (por lo menos conscientemente) resultó ser verdadero... Freud me había sobreestimado. Creía que podía decirme cualquier cosa"[244].

Freud deseaba sacar a relucir lo mejor de las personas, y su orden implícita era siempre la de tener más cuidado, ser mejor la próxima vez. En cierta ocasión un paciente compró por catorce dólares un libro bello sobre Roma y se lo enseñó a Freud, quien convino en que era maravilloso. "¡Procure merecerlo!" fue el comentario de Freud. A pesar de su moralismo, Freud podía ser pragmático, y con el mismo paciente Freud sacó la conclusión de que las fantasías masturbatorias en el coito eran permisibles, si contribuían a la heterosexualidad.

El análisis significaba la separación de los problemas. "La unidad de este mundo me parece algo sobreentendido, algo que no vale la pena subrayar. Lo que me interesa es la separación y división en sus partes componentes de lo que, de otro modo, fluiría unido en una pasta primaria"[245]. Por oposición al tipo de tratamiento que Jung llegó a preferir, Freud sostuvo que "en la técnica del psicoanálisis no hay necesidad de un trabajo especial de síntesis; el individuo lo hace por sí mismo mejor que nosotros"[246]. Freud pensó que era necesario responder a aquellos a quienes preocupaba "que podría darse al paciente demasiado análisis y

240 "Why War?" ["Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte"], *Standard Edition*, Vol. 22, p. 213.
241 "Beyond the Pleasure Principle", p. 18.
242 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 108.
243 *Minutes*, Vol. II, p. 35.
244 Maryse Choisy, *Sigmund Freud* (Nueva York: Citadel; 1963), pp. 6-7.
245 *Letters*, p. 310.
246 *Letters of Freud and Pfister*, p. 62.

demasiada poca síntesis...'' Pensaba que ''la psicosíntesis... se consigue durante el tratamiento analítico sin nuestra intervención, de forma automática e inevitable''[247].

En el psicoanálisis había una ética propia. Como explicó Freud en cierta ocasión a un paciente, ''el yo moral era el consciente, el yo perverso era el inconsciente''. (Para sus lectores, Freud explicó que eso era cierto sólo aproximadamente[248].) En otro lugar dijo:

> liberamos la sexualidad mediante nuestro tratamiento, pero no para que de ahora en adelante el hombre se vea dominado por la sexualidad, sino para hacer posible una represión: un rechazo de los instintos encauzados por un órgano más elevado... Intentamos sustituir el proceso patológico por el rechazo [249].

Freud veía la situación analítica como la ''lucha entre el doctor y el paciente, entre el intelecto y la vida instintiva, entre el hecho de entender y el de procurar actuar...''[250].

6. Las palabras y el poder.

En sus últimos años Freud atribuyó a ''la actitud afectuosa [de un paciente]... la transferencia positiva... que es el motivo más poderoso para que el paciente participe en el trabajo en común del análisis''[251]. No obstante, en general ''los analistas freudianos [no] hablan demasiado sobre la transferencia positiva en su labor práctica. La mayoría de ellos trabajan sobre el aspecto negativo, intentando liberar el odio y los resentimientos, para abrir paso a la capacidad sin trabas para el amor''[252]. Wilhelm Reich llegó hasta el extremo de basar todo un programa terapéutico en la interpretación de las transferencias negativas. En parte por influencia de Reich, la ''agresión reprimida'' estuvo en boga entre los analistas a finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930.

Freud sabía que ''no es tan fácil jugar con el instrumento de la mente''[253]. Si un paciente consigue un entendimiento verbal penetrante de su vida emocional, ¿ha perdido algo con ello? Quizás. Puede que haya que pagar un precio elevado por la consciencia de sí mismo. Según una antigua cantinela de Europa central, en cierta ocasión preguntaron a un ciempiés

247 ''Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy'', pp. 160-161.
248 ''Notes upon a Case of Obsessional Neurosis'', p. 177.
249 *Minutes*, Vol. II, p. 89.
250 ''The Dynamics of Transference'', p. 108.
251 ''Analysis Terminable and Interminable'', p. 233.
252 Edith Weigert, ''Dissent in the Early History of Psychoanalysis'', *Psychiatry*, Vol. 5 (1942), p. 353.
253 ''On Psychotherapy'', p. 262.

cómo sabía cual era el pie que debía adelantar a continuación; nunca más volvió a andar. Aunque Freud podía ver el mérito de esa cautela con respecto al psicoanálisis, su sistema de terapia era negativista de forma inherente. En cualquier fotografía que muestre sus ojos profundamente penetrantes puede verse que le gustaba decir no. Sobre todo, Freud dirigió nuestro interés hacia la situación de la mente en desacuerdo consigo misma, a partir de la premisa de que los pacientes sabían mejor que nadie cómo rehacerse y cómo vivir su vida. Pedía a las personas que llegaran a ser adultas; esperaba más de la humanidad.

Incluso estéticamente distaba de ser un romántico. ''El arte real comienza con el ocultamiento del inconsciente''[254]. Henrik Ibsen era un escritor al que Freud podía admirar: ''Ibsen, con su independencia, unidad y simplificación de los problemas, junto con su arte de la concentración y del ocultamiento, es un gran poeta, mientras que Hauptmann es el neurótico que lo único que hace es retratarse a sí mismo''[255]. Freud era civilizado; de acuerdo con el comentario que hizo una vez sobre una obra dramática,

> [no percibía] belleza en el drama; el protagonista es un perro rabioso que debería estar en un manicomio... el arte del poeta no consiste en descubrir y tratar los problemas. Debe dejar que se encargue de eso el psicólogo. Más que nada, el arte del poeta consiste en obtener efectos poéticos a partir de esos problemas... el arte del poeta consiste esencialmente en encubrir [256].

Freud pensaba que ''el *ars poetica* esencial radica en la técnica de vencer la sensación de repulsión que hay en nosotros y que indudablemente está en relación con las barreras que se alzan entre cada yo particular y los demás''[257]. Los actores, igual que los poetas, tenían que estar distanciados de su material y mantener el control: ''Una de las ilusiones habituales es la de que el actor debe identificarse con su papel. En los papeles con los que se identifica demasiado bien, fracasa. En cierto sentido, ha de mantenerse por encima de su papel''[258]. Así como Freud tenía sus dudas sobre Dostoievski, así también señaló ''los límites colocados al empleo de personajes anormales en el escenario... Si nos encontramos ante una neurosis ajena y perfectamente clara, sentiremos inclinación a llamar al doctor (exactamente como hacemos en la vida real) y declararemos al personaje inadmisible para el escenario''[259].

El racionalismo de Freud llegaba hasta el extremo de intentar descubrir ''fórmulas'' para describir el alma humana. Se refirió a la ''dirección en

254 *Minutes*, Vol. II, p. 373.
255 *Ibid.*, p. 194.
256 *Ibid.*, p. 189.
257 ''Creative Writers and Day-Dreaming'', p. 153.
258 *Minutes*, Vol. II, p. 391.
259 ''Psychopathic Characters on the Stage'' [''Personajes psicopáticos en el teatro''], *Standard Edition*, Vol. 7, p. 310.

que debe buscarse la solución bastante sencilla de este caso''[260], como si un paciente fuera un enigma que se pudiera resolver. Aunque a veces Freud puso objeciones a fórmulas particulares que consideró ''algo monótonas''[261], en principio no rechazó el uso de fórmulas. A esa concepción bastante mecánica es a la que se opuso Jung; y también, dicha concepción extravió a algunos pacientes de Freud, quienes esperaban con expectación la solución de sus traumas infantiles.

La tendencia de Freud de estructurar el material clínico en fórmulas era del mismo tipo que su objetivo terapéutico de alejar al paciente de las reacciones emocionales primitivas. Le interesaba más la magia de las palabras que la de los gestos, y confiaba en la capacidad del paciente para dar expresión a sus problemas. El uso del sofá forzaba al analista todavía más a confiar en el poder racionalista de la comprensión verbal.

> Originariamente las palabras eran mágicas y han conservado hasta hoy gran parte de su antiguo poder mágico. Mediante las palabras una persona puede hacer enormemente feliz a otra o conducirla a la desesperación; mediante las palabras el profesor comunica sus conocimientos a sus discípulos; mediante las palabras el orador arrastra a su auditorio y determina sus juicios y decisiones. Las palabras provocan afectos y en general son el medio para la influencia mutua entre los hombres. Así, que no debemos menospreciar el uso de las palabras en la psicoterapia y debemos complacernos, si podemos oír las palabras que intercambian el analista y su paciente [262].

Después de una buena interpretación, Freud podía decir: ''¡Ahora me merezco un puro!'' A partir de la muerte de Freud la comunicación no verbal en la terapia ha llegado a ser popular, pero su objetivo había sido el de reforzar el yo de un paciente fomentando su capacidad para *decir* cuáles son sus sentimientos.

Freud reconoció que la tarea de ''abrirse paso'' a través de las resistencias de un paciente ''puede resultar ardua en la práctica para el sujeto del análisis y una prueba de paciencia para el analista''[263], y ese aspecto de la terapia no le interesaba especialmente. Prefería reconstruir una escena procedente de la primera infancia, como parte de la labor de volver consciente el inconsciente, a prestar atención a los detalles de superación de sus resistencias por parte del paciente. Por ejemplo, a un paciente le aterrorizaban las máscaras, y Freud no estaba dispuesto a dejarle que eludiera el examen de dicho terror; quería saber por qué le asustaban las máscaras. El paciente respondió que la razón era la fijeza de la expresión, ante lo cual Freud pensó que la solución analítica era fácil: el paciente debió de ver, a la edad de tres años, la cara del cadáver de su madre. Aunque el paciente no podía recordar haber estado solo en la

260 *Minutes*, Vol. II, p. 300.
261 *Ibid.*, p. 256.
262 ''Introductory Lectures'', Vol. 15. p. 17.
263 ''Remembering, Repeating and Working Through' p. 155.

habitación con ella después de que muriera, posteriormente su hermana confirmó que así había sido[264]. La aclaración de los orígenes de una fobia ligera como aquella satisfizo mucho a Freud.

Incluso en la década de 1920, Freud podía poner fin bruscamente a un análisis, dado que la hipótesis de trabajo era que correspondía al paciente desembrollar las cuestiones por sí mismo. Ahora bien, el apoyo del analista, así como su penetración interpretativa, puede ser ventajoso para el paciente. Como relató Franz Alexander: ''No me sorprendió oírle decir... [a Freud] que, de acuerdo con su experiencia, en la mayoría de los casos que habían tenido éxito éste se basa en la continua actitud de fidelidad a su analista por parte del paciente, aun cuando puede ser que no vuelva a verlo nunca más''[265]. Los pacientes de Freud han elogiado el apoyo que les daba en su tratamiento, así como el hecho de que el análisis los condujo en el camino por el que podían aprender más sobre sí mismos. El yo de un paciente puede verse reforzado por su identificación con la penetración racional del analista; el paciente usa lo que necesita en un análisis, y el hecho de que el analista no imponga una dirección proporciona una oportunidad al paciente para tomar lo que necesite.

Un aspecto peculiar de la práctica de Freud, que ha influido en la obra de otros analistas, es el de que usara en gran medida las imágenes de dominación y de control para describir la forma de terapia que creó. Si bien las personas ancianas eran ''inaccesibles'' para el análisis, Freud sostuvo que ''las personas jóvenes que no hayan llegado a la adolescencia son con frecuencia demasiado receptivas a la influencia''[266]. Freud usó el concepto de ''conquista'' para calificar una buena relación entre analista y paciente. En cierta ocasión escribió para aconsejar a un discípulo que ''quizás le muestra usted demasiada impaciencia y ambición terapéutica, en lugar de concentrarse exclusivamente en su conquista personal''[267].

Freud se mostró directo y franco al afirmar que ''el análisis... presupone el consentimiento de la persona que está analizándose y una situación en que haya un superior y un subordinado''[268]. Podía hablar de que un paciente era ''desobediente'', y en otra ocasión de una etapa final de un análisis, ''cuando de hecho la batalla ya estaba ganada...''[269] Freud usaba con frecuencia la metáfora de la guerra. ''Un campo de batalla no tiene por qué coincidir necesariamente con una de las fortalezas principales del enemigo''[270]. ¿Era la resistencia en el análisis de algún modo simple

264 ''Kardiner Reminisces'', *Bulletin of the Association for Psychoanalytic Medicine*, mayo de 1963, p. 63.
265 Franz Alexander, ''Reflections of Berggasse 19'', *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 9, Nº 2 (1940), p. 202.
266 ''On Psychotherapy'', p. 264.
267 Citado en Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 35.
268 ''On the History'', p. 49.
269 *Minutes*, Vol. II, p. 133.
270 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 456; ''The Dynamic of Transference'', p. 104.

oposición a Freud? Desde el comienzo los americanos sintieron una atmósfera autoritaria en el círculo de Freud, que, para los pacientes de Freud procedentes de Europa central, se asemejaba simplemente a una monarquía del despotismo ilustrado. Freud no se había educado con concepciones democráticas en el sentido de que la opinión de un hombre es tan buena como la de otro.

Muchos pacientes eran profundamente conscientes de la vena tiránica de Freud, y, aunque la situación analítica parecía proteger al paciente, Freud podía intimidar. Por ejemplo, un paciente que se masturbaba compulsivamente pasó siete años en análisis con Freud; al primero o segundo mes del análisis le dijo que no progresaría nunca en el tratamiento hasta que no dejara de masturbarse. Retrospectivamente, el paciente pensaba que Freud había viciado el análisis al comportarse como los padres del paciente. Podría haber sido mejor que Freud hubiera adoptado la actitud opuesta, pero daba por sentado que existía una base física y que, si no se ponía freno a la libido, el camino hacia la sublimación quedaría bloqueado. Freud explicaba que la satisfacción masturbatoria impide soñar como se debe para un análisis (era característico de Freud pensar que había que renunciar a algo de placer para sacar a relucir más material psicológico). En el caso de un paciente a quien ya asustaban las mujeres, aquel mandato análitico no hacía otra cosa que reforzar sus inhibiciones.

Pero quizás más importante que los pormenores de cualquier interpretación era el hecho de que el análisis era de forma inherente una situación unilateral. Puesto que es el paciente quien se abre, mientras que el analista permanece en actitud de reserva, no es de extrañar que Freud hablara de que los pacientes "se sometían" a un análisis. Quizás el paciente considere con razón las interpretaciones del analista como una forma de crítica, pues dan a entender que el paciente no sabe de qué está hablando. La sumisión se basa en el uso del sofá: el paciente está tendido y el analista está sentado. El autoritarismo implícito de esa disposición hace que al paciente le resulte difícil conservar su espíritu crítico, y el objetivo del tratamiento es provocar una regresión temporal en el paciente de cara a una resolución constructiva posterior. El intercambio entre dos personas entraña un igualitarismo que la concepción que tenía Freud del análisis había excluido. No era ingenuo con respecto a las situaciones de poder; por lo menos, no se sentía "inclinado a considerar mentalmente enfermos a los Césares. Su posición era lo que los conducía a sus excesos; no hay que conceder a las personas esa sensación de poder ilimitado"[271]. Como descubrió Freud con respecto a su propia profesión, "cuando un hombre está dotado de poder, le resulta difícil no hacer mal uso de él"[272].

Con los pacientes que le gustaban Freud podía mostrarse natural y

271 *Minutes*, Vol. II, p. 90.
272 "Analysis Terminable and Interminable", p. 249

franco, incluso con respecto a la comisión de un error. Como él mismo escribió, en ciertas condiciones "podemos sacar la conclusión de que hemos cometido un error y debemos admitirlo ante el paciente en una oportunidad adecuada sin sacrificar nuestra autoridad lo más mínimo". Freud consiguió ganarse el apoyo pleno de algunos pacientes para todas sus doctrinas, y con esos pacientes era posible cierto intercambio. Pero un paciente que adoptara una actitud contenciosa con Freud desde el comienzo podía constituir una amenaza para él. Un análisis que comenzaba con oposición a Freud pronto se agotaba.

En su vejez Freud podía ser arbitrario. Durante unas vacaciones de Navidad un paciente se fue a esquiar, y Freud tomó a otro paciente; cuando el primero regresó, Freud le dijo que entonces tendría que esperar a que le llegara el turno. Freud se sintió justificado para hacer aquello, dado que, en su opinión, un paciente no tenía derecho a decidir cuándo debía trabajar y cuándo no. Pero Otto Rank creía que Freud deseaba someter a sus seguidores a una situación de dependencia, y que en particular su concepción de la homosexualidad latente era una forma de tiranizar a las personas. Por lo menos uno de los pacientes de Freud acabó su análisis con una depresión en relación con la cuestión de la homosexualidad inconsciente.

El poder del analista se incrementa en el caso de un análisis didáctico, pues el analista está en condiciones de influir en la carrera profesional del analizando. Es difícil juzgar hasta qué punto ayudó Freud a sus pacientes; una dijo que salió del análisis convertida en una persona diferente, muchos se sintieron menos deprimidos con respecto a sus incapacidades, mientras que otros conservaron los mismos síntomas a pesar de su análisis, y algunos acabaron en instituciones mentales. Pero para los discípulos que llegaron a ser, a su vez, analistas el hecho de haberse analizado con Freud fue una ventaja para sus carreras.

En época tan avanzada como la década de 1920 no existían los análisis "de control", realizados por candidatos en formación bajo supervisión de analistas con mayor experiencia. Podían consultar a Freud un problema difícil, pero éste no fomentaba demasiado esa práctica; deseaba que sus discípulos aprendieran por sí mismos y que confiaran en su propio juicio[273]. A veces acudían analistas procedentes del extranjero con sus pacientes, con la esperanza de que Freud podría sacarlos del estancamiento en que se encontraban.

A finales de la década de 1920 la Sociedad Psicoanalítica de Viena estaba mucho más organizada, con clases y procedimientos de formación a cargo de otros miembros, no de Freud; después de algunos meses de análisis, una especie de período de prueba, se invitaba a un estudiante en formación a asistir a las reuniones. Como podía ser que los extranjeros no

273 Cf. Siegfried Bernfeld, "On Psychoanalytic Training", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 31, Nº 4 (1962), p. 463.

pudieran quedarse en Viena durante mucho tiempo, se les permitía asistir antes a las reuniones. Gradualmente, la supervisión de los analistas en formación llegó a estar más formalizada; pero la actitud general en Viena, que reflejaba la propia opinión de Freud, era que aquellos análisis de control no eran tan importantes como el desarrollo de la habilidad terapéutica del candidato. Los analistas no supervisaban los análisis realizados por sus analizandos, pero una separación más rigurosa entre el aprendizaje y los análisis podría haber impedido la perpetuación de la ortodoxia y haber reducido al mínimo la asfixia del talento.

Freud pensaba que los análisis didácticos no podían "realizarse exactamente como los análisis terapéuticos..."[274] Freud consideraba que los estudiantes tenían derecho a tener relaciones sociales con él, que en otros casos habrían sido inaceptables. En realidad, la neutralidad analítica con los discípulos es bastante reciente. En 1926 Freud escribió que "se calcula un período de unos dos años para ese aprendizaje"[275]. En 1937 Freud pensaba:

> Por razones prácticas... el análisis [didáctico] tiene por fuerza que ser corto e incompleto. Su objeto principal es permitir al profesor juzgar si se puede aceptar al candidato para una formación posterior. Cumple su misión si proporciona al aprendiz una firme convicción con respecto al inconsciente, si —cuando aparece el material reprimido— le permite percibir en sí mismo cosas que, de otro modo, le resultarían increíbles, y si le enseña una primera muestra de la técnica que ha resultado ser la única eficaz en la labor analítica"[276].

Según el propio relato de Freud, en sus "últimos años" había practicado "principalmente análisis didácticos"[277], y para 1937 tenía suficiente experiencia con el análisis como terapia, y le habían impresionado bastante el trabajo con el material analítico y las tensiones que provocaba, como para recomendar que "todos los analistas deben someterse periódicamente —a intervalos de cinco años aproximadamente— al análisis una vez más, sin sentirse avergonzados por adoptar esa medida"[278]. Desde luego, la recomendación de Freud presuponía que los propios análisis no fueran interminables, aunque el autodescubrimiento podría no acabar nunca; como los análisis didácticos han tenido tendencia a alargarse con los años, la propuesta de Freud, que ahora no se sigue en ninguna parte, entrañaría un análisis virtualmente permanente.

La práctica del análisis presenta una tentación para el analista, en el sentido de que no le resulta difícil comunicar al propio análisis la vanidad particular. Resulta fácil pensar que, si los análisis fueran más largos y más profundos, darían mejores resultados. Un analista puede creer esto sin

274 *Letters of Freud and Abraham*, p. 346.
275 "The Question of Lay Analysis", p. 228.
276 "Analysis Terminable and Interminable", p. 248.
277 *Ibid.*, p. 224.
278 *Ibid.*, p. 249.

parecer vanidoso, ya que lo que ofrece es la situación analítica, algo muy especial, y no su propia personalidad. Pero Freud no podía haber previsto todos los problemas que plantearía el aprendizaje de los futuros analistas, aunque sólo fuera porque en su época el psicoanálisis no estaba tan burocratizado como pronto llegó a estarlo.

Quizás una dificultad fundamental del psicoanálisis es su sentido del perfeccionismo. Por ejemplo, el ideal del analista plenamente analizado, que, según se suponía, estaba purificado de hasta los más pequeños vestigios de neurosis, era un mito nacido de las incertidumbres e inseguridades de los primeros analistas. Después hubo una forma de ritualismo virtuoso; era alta traición no usar un sofá o dejar de analizar la transferencia negativa (por miedo a una "mera" cura sugestiva, transitoria). La impresión de que Freud era un dios perfecto era el equivalente del mito del analista perfectamente analizado[279]. Los analistas son humanos, y la consecución del objetivo de la neutralidad en la técnica es una imposibilidad. Pero hacia el final de su vida Freud estaba poco dispuesto a transigir con respecto a la práctica de la terapia:

> Es... razonable esperar de un analista, como parte de sus calificaciones, un grado considerable de normalidad y corrección mental. Además, ha de tener algún tipo de superioridad, de modo que en ciertas situaciones analíticas pueda actuar como un modelo para su paciente y en otras como un profesor. Y, por último, no hemos de olvidar que la relación analítica se basa en el amor a la verdad —es decir, en el reconocimiento de la realidad— y que excluye cualquier clase de hipocresía o de engaño[280].

Los escritos de Freud habían contribuido a las esperanzas poco realistas de algunos de sus partidarios. En 1913 había sostenido con ambición que "no está lejana la época en que se reconocerá de forma general que ninguna clase de trastorno nervioso puede entenderse ni tratarse sin el enfoque y en muchos casos sin la técnica del psicoanálisis"[281]. A pesar de la apreciación de la diversidad humana que Freud podía revelar a veces, se sintió autorizado a considerar como un "rasgo neurótico"[282] el hecho de llevar un diario. Y, a pesar de su emancipación con respecto a muchos valores de clase media, cuando uno de sus seguidores se casó por fin a edad madura, Freud lo felicitó diciendo: "Ahora es usted normal".

A pesar de las advertencias de Freud con respecto a las limitaciones de la técnica analítica y todas las numerosas "contraindicaciones" para el análisis que citó, los primeros analistas estaban interesados en someter al análisis prácticamente a todo el mundo. En el sanatorio de Simmel, cerca de Berlín, que duró cinco años antes de quebrar, todo el mundo —las

279 Entrevista con Edward Glover, 2 de septiembre de 1965.
280 "Analysis Terminable and Interminable", p. 248.
281 "Preface to Maxim Steiner's *The Psychical Disorders of Male Potency*", ["Prólogo para un libro de Maxim Steiner"], *Standard Edition*, Vol. 12, p. 346.
282 *Minutes*, Vol. II, p. 343.

enfermeras, e incluso los porteros— debían analizarse. Era fácil olvidar que el psicoanálisis era una técnica especial para problemas limitados. Como escribió a Freud en 1911 el psiquiatra suizo Binswanger, "ningún éxito me hace sentirme orgulloso, a no ser que lo consiga mediante el análisis, y... todas las curas me dejan insatisfecho, a no ser que sean analíticas". Posteriormente Binswanger reflexionó: "Entonces todavía creía... que había que analizar prácticamente a todos los pacientes. Tardé diez años de trabajo duro y de desengaños en comprender que sólo algunos casos de nuestra institución eran idóneos para el análisis"[283].

En la práctica, Freud sabía que no había que hacer una distinción tajante entre la salud y la enfermedad. Freud escribió a Karl Abraham, discípulo que le gustaba, que "todos tenemos esos complejos y debemos tener la precaución de no llamar neurótico a todo el mundo"[284]. A otro favorito, Sandor Ferenczi, le escribió: "No debemos intentar erradicar nuestros complejos, sino asumirlos; son las fuerzas legítimas que guían nuestro comportamiento en el mundo"[285]. ¿Curan realmente los médicos, o ayudan simplemente al cuerpo a curarse a sí mismo? Freud dijo una vez que "un cirujano de la antigüedad adoptó como su lema las palabras: 'Je le pensai, Dieu le guérit' [Yo lo vendé y Dios lo curó.] El analista debe contentarse con algo así"[286].

Freud tenía gusto, y puso objeciones a algunos aspectos de un artículo que Wittels presentó sobre el escritor vienés Karl Kraus: "Se supone... que el análisis nos vuelve tolerantes, y a una vivisección como ésa podría reprochársele con razón que es inhumana". Freud dijo a su Sociedad que "no tenemos derecho a colocar la neurosis en primer plano en todos los casos en que se trata de una gran realización"[287]. Pero Freud se mostró mucho más severo con un artículo sobre Heinrich von Kleist, obra de Sadger:

> Sencillamente, no se puede hacer justicia a una personalidad, si sólo se recalcan sus componentes sexuales anormales y no se hace un esfuerzo para establecer sus vinculaciones estrechas con las otras fuerzas psíquicas del individuo... También hay que reprochar a Sadger su predilección especial por lo brutal... Nuestra misión no es arbitrariamente la de expresar nuevas verdades, sino la de mostrar cómo se puede llegar a ellas. Cierto grado de tolerancia debe acompañar a un entendimiento profundo... si queremos que la vida siga siendo soportable lo más mínimo.

Freud expresó con tacto su reproche por aquel artículo "repelente": "Sadger no ha adquirido esa tolerancia, o, por lo menos, no es capaz de expresarla"[288].

283 Binswanger, *Freud,* pp. 33, 29.
284 Citado en Jones, *Sigmund Freud,* Vol. II, p. 454.
285 Citado en *Ibid.*, pp. 452, 166.
286 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 115.
287 *Minutes,* Vol. II, p. 391.
288 *Ibid.*, pp. 224-25.

No es sorprendente que en el contradictorio torbellino de ideas que se arremolinaba en torno a Freud algunas personas se extraviaran. ¿Por qué criterios de normalidad podemos guiarnos, los de las concepciones que Freud formuló formalmente o los de su vida, tal como la vivió? En sus mejores momentos, Freud podría haber estado de acuerdo con un gran artista como Pablo Picasso: "La tensión es mucho más importante que el equilibrio estable de la armonía, que no me interesa... Quiero conducir a la mente por una dirección a la que no está acostumbrada y despertarla"[289]. Aunque raras veces la definió, la concepción que Freud tenía de la salud no era prosaica.

El psicoanálisis creció tan rápidamente como movimiento, que a veces ha exagerado su presentación como terapia; en particular, los americanos han sido responsables de eso. Pero también otros, como los partidarios de Melanie Klein, han recalcado la verdad psicológica como equivalente de la salud. El enfoque vienés del psicoanálisis, dirigido por Freud, había consistido en ayudar a las personas a encontrar sus propios compromisos. Como comprendió Jung antes que la mayoría, el propio psicoanálisis no puede ser un proceso de maduración, pero puede eliminar algunos de los obstáculos que se oponen a ella.

En 1904, mucho antes de las querellas doctrinales dentro del movimiento de Freud, había declarado simplemente que

> existen muchas características en el método psicoanalítico que le impiden ser una forma ideal de terapia... Exige al paciente perfecta sinceridad, lo que constituye de por sí un sacrificio... Considero completamente justificable que se recurra a métodos de tratamiento más convenientes, siempre que exista la más mínima esperanza de conseguir algo por sus medios. Después de todo, ése es el único aspecto que nos interesa[290].

Como dijo Jones, Freud previno contra la "ambición excesiva, ya sea de naturaleza terapéutica o cultural. Nunca debe exigirse al paciente más de lo que puede dar de sí de acuerdo con su capacidad innata"[291].

Hacia el final de su vida Freud sacó la conclusión de que la eficacia terapéutica del proceso analítico se veía limitada severamente por los factores constitucionales. Binswanger contó una conversación que tuvo con Freud en 1936: "Ante mi sorpresa, Freud observó brevemente: 'La constitución lo es todo'"[292]. En 1937 Freud escribió:

289 Citado en Fraçoise Gilot y Carlton Lake, *Life with Picasso* (Londres: Nelson; 1965), p. 52.
290 "On Psychotherapy", pp. 259, 262. Cf. también "American Interview of Freud with A. Albrecht", *Psychoanalytic Review,* Vol. 55, Nº 3 (1968), pp. 333-41.
291 Jones, *Sigmund Freud,* Vol. II, p. 235.
292 Binswanger, *Freud,* p. 21.

Le da a uno la impresión de que no debe sorprenderse si al final resulta que la diferencia entre una persona que no se ha analizado y el comportamiento de una persona después de haberse analizado no es tan completa como pretendemos hacer que lo sea y como esperamos y sostenemos que lo es [293].

Freud consideraba la condición humana con estoicismo; "una de las máximas favoritas de Freud era... 'Hay que aprender a admitir cierto grado de incertidumbre' "[294].

Sin embargo, para el círculo que se reunió en torno a Freud, las posibilidades del análisis eran tan alentadoras como las perspectivas máximas de entendimiento que sus ideas habían creado. No obstante, algunas de las cualidades personales de Freud, que dejaron su marca en su técnica así como en sus teorías, iban a constituir también un estímulo para los disidentes del psicoanálisis, cuando intentaron seguir el modelo de Freud al basar sus ideas en sus propias experiencias científicas y en su autocomprensión cada vez mayor.

293 "Analysis Terminable and Interminable", p. 228.
294 Sachs, *Freud*, p. 145.

Capítulo 5

LAS CONTROVERSIAS PUBLICAS: ALFRED ADLER Y WILHELM STEKEL

1. La colaboración.

En la década que siguió a la publicación de *La interpretación de los sueños* en 1900, Freud disfrutó de uno de los períodos más felices de su vida. Pudo superar las insuficiencias que sintiera en su propia vida familiar mediante la creación de su nuevo movimiento, que constaba de hijos e hijas adoptivos. Para entonces Freud sabía que había revelado muchas cosas en psicología, y con la técnica de la asociación libre había creado un instrumento de investigación para el futuro. Durante los diez primeros años del siglo Freud completó sus ideas anteriores, al elaborar sus doctrinas de la sexualidad infantil y del inconsciente. La psicopatología de la vida cotidiana, que incluía los chistes y el humor, encontró su lugar dentro de su reino.

Durante aquella década Freud salió del aislamiento y fundó su escuela. El psicoanálisis no sufría persecución, pero no estaba aceptado en absoluto de forma general. Quizás Freud disfrutaba demasiado con el hecho de verse atacado. A pesar del mito que ha realzado a quienes se opusieron a sus ideas y ha pasado por alto a los que no, la asistencia a las conferencias de Freud en la Universidad de Viena no estaba considerada como algo propio de revolucionarios[1]. Freud, que siempre habló sin notas, fue, hasta la

1 Entrevista con Richard Wagner, 25 de marzo de 1966.

enfermedad de sus últimos años, un orador magnífico: "Sus palabras fluían con claridad, sencillez y lógica"[2]. Para 1906 su influencia entre la generación más joven de intelectuales vieneses era inmensa; como dijo un observador vienés, la popularidad de Freud entre los jóvenes era muy grande, a pesar de su renuencia a entrar en contacto demasiado personal con ellos[3].

En aquella época, con sus encorvados hombros de erudito y sus manos apretadas de forma característica tras la espalda, Freud era una figura inspiradora. Como profesor, descubrió un mundo nuevo al grupo en aumento, pero todavía pequeño, de seguidores fervientes que se reunieron en torno a él. Era generoso con sus enseñanzas, al ofrecer sus ideas. Freud no estaba todavía cerrado en sí mismo, ni era reservado o desconfiado, como llegó a ser en su vejez. En las tertulias de café celebradas tras las reuniones de los miércoles dedicadas al psicoanálisis, que empezaron a celebrarse en su piso en 1902, ningún tema —ya fuera la telepatía o el Altísimo— le parecía a Freud inadecuado para la especulación.

Incluso en el período anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando el psicoanálisis estaba todavía aislado del mundo en general, Freud era cauteloso a la hora de citar a sus discípulos. Es cierto que citó las obras de éstos en sus escritos, y éstas desempeñaron un papel esencial en el esfuerzo para establecer sus descubrimientos sobre bases científicas amplias. En 1908, antes de que el psicoanálisis fuera reconocido ampliamente, habló de forma bastante grandiosa de lo que "todos los doctores que han practicado el psicoanálisis saben..."[4] En nuevas ediciones de *La interpretación de los sueños*, Freud intercaló aclaraciones que le habían aportado sus discípulos. Como escribió en un pasaje añadido a ese libro en 1909, "gran cantidad de sueños se han publicado y analizado de acuerdo con mis orientaciones en artículos de médicos que han decidido adoptar el procedimiento terapéutico psicoanalítico, y de otros autores". Aquí Freud hacía un paréntesis para enumerar unos cuantos nombres, como Carl Jung y Wilhelm Stekel.

Pero el psicoanálisis siguió siendo el dominio personal de Freud. Después de citar a aquellos discípulos, se aseguraba de que no pudiera haber malentendidos con respecto a las prioridades: "Pero esas publicaciones no han hecho otra cosa que confirmar mis opiniones y no añaden nada a ellas"[5]. Freud dejaba claro que la tarea de sus discípulos consistía en aplicar sus descubrimientos originales. Los estudiantes de la universidad, a no ser que fueran miembros de la clínica psiquiátrica en la que hablara, necesitaban el permiso previo de Freud para asistir a sus conferencias;

2 *Reich Speaks of Freud*, p. 73.

3 Carta de Franz Bienenfeld a Ernest Jones, 9 de octubre de 1955 (archivos de Jones).

4 "Character and anal eroticism" ["El carácter y el erotismo anal"], *Standar Edition*, Vol. 9, p. 173.

5 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 93.

aquella exigencia era inhabitual en aquella época, pero a Freud no le interesaba hablar a quienes acudieran sin objetivos serios.

A algunos no les resulta fácil volver a considerar las controversias públicas con Adler, Stekel y Jung, que siguieron de forma tan inmediata a aquella década apacible y feliz de la vida de Freud. Cada familia tiene su versión de su propia historia, y para quienes se han formado en deuda con Freud esas controversias son ya míticas. Todas las unidades sociales se amparan en esas leyendas, y la mitología de aquellas primeras querellas ha quedado perfectamente establecida, no sólo en la historia oral del psicoanálisis, sino también en libros destinados al público en general[6].

En general, no se sirve bien a la historia centrando la atención en lo dramático. Insistiendo demasiado en las primeras fisuras en el psicoanálisis es posible pasar por alto las zonas de coincidencia de las que no se hablaba y que posteriormente surgieron entre todas las escuelas del pensamiento psicoterapéutico. No obstante, esas conocidas disputas establecen la estructura de la relación de Freud con sus discípulos y la repercusión que tuvo en su círculo. Con demasiada frecuencia se ha visto el psicoanálisis como una doctrina monolítica.

Alfred Adler (1870-1937) llegó a ser famoso como dirigente de un movimiento discrepante; fue un "desertor" que fundó una llamada escuela disidente de psicología que no atribuía tanta importancia al papel desempeñado por la sexualidad. Adler había sido uno de los seguidores más fervientes de Freud. En 1908, cuando había menos de treinta personas en el grupo que se reunía en casa de Freud los miércoles por la tarde (de los cuales sólo la mitad aproximadamente acudían a todas las sesiones), Adler criticó un artículo de Otto Rank basándose en que en él "la sexualidad ocupa relativamente poco espacio". En la misma reunión Adler supuso lealmente que todo el artículo de Rank se había basado en una idea del "Profesor"[7]. En años posteriores Adler y sus amigos intentaron negar que hubiera sido un discípulo en absoluto; al contrario, afirmaron que Freud lo había tratado como a un estudiante, si no como a un igual[8]. Pero las *Actas* de la Sociedad Psicoanalítica de Viena no permiten dudar de la soberanía de Freud.

Adler, que era catorce años más joven que Freud, se incorporó al círculo de Freud en 1902, año de su iniciación. En 1897 Freud había sido nombrado "*Professor Extraordinarius*", nombramiento que lo había habilitado para dar conferencias en la Universidad de Viena, aunque no recibía

6 Una destacada excepción reciente es *The Discovery of the Unconscious* de Ellenberger.

7 *Minutes*, Vol. II, p. 66.

8 Phyllis Bottome, *Alfred Adler* (Nueva York: Vanguard; 1957), p. 69. Cf. también Heinz Ansbacher, "Was Adler a Disciple of Freud? A Reply", *Journal of Individual Psychology*, Vol. 18 (noviembre de 1962), pp. 126-35.

salario ni era un miembro regular de la facultad. Las altas esferas de la universidad eran antisemitas, pero el hecho de que pasaran cinco años antes de que confirmaran su nombramiento probablemente se debiera a que estaba "demasiado embebido en su autoanálisis para ocuparse de sus intereses"[9]. Freud tuvo que hacer presión a favor de sí mismo con ayuda de dos mujeres bien relacionadas —una paciente y una antigua paciente— para promover su candidatura. "Para llegar a cualquier posición eminente en aquella sociedad, se necesitaba el padrinazgo de alguien de 'arriba'"[10]. Su relativa falta de posición en la universidad siempre molestó a Freud. El título que recibió en marzo de 1902 fue un homenaje cardío y cicatero a su obra. Pero le ayudó en su vida profesional y en la propagación de sus ideas.

Más adelante, el mismo año, Freud envió tarjetas postales en las que proponía a cuatro hombres (Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Max Kahane y Rudolf Reitler) que se reunieran en su casa para discutir problemas de interés común. Freud estaba tan seguro de su éxito tarde o temprano, y del modo como se produciría, que el año anterior había escrito:

> Un día descubrí, para mi gran asombro, que la visión de los sueños que se acercaba más a la verdad no era la médica, sino la popular, a pesar de estar todavía medio envuelta en superstición... Desde entonces, con el nombre de "psicoanálisis", ha encontrado aceptación en toda una escuela de investigadores[11].

En aquella época eso era un deseo de Freud más que una realidad. Como todavía no se lo apreciaba o entendía adecuadamente, necesitaba la aprobación de unos seguidores. Al principio, el grupo se llamó Sociedad Psicológica de los Miércoles y se reunía en la sala de espera de Freud. Igual que el "pobre y pequeño estudio" de Freud[12], estaba llena de libros y de vitrinas con antigüedades; Freud escogió los objetos artísticos de su colección por razones históricas y humanistas más que por razones estéticas. Muchos judíos cultos de Europa central compartían la generalizada admiración por el ideal pagano de la antigüedad clásica.

Las discusiones en aquellas reuniones versaban sobre una variada gama de cuestiones, aunque se mantenían dentro de la amplia circunferencia de las ideas de Freud. Los artículos escritos por los miembros hacían recensiones de libros, examinaban figuras históricas, presentaban material clínico, o planteaban temas teóricos. En las reuniones consumían habanos y café puro. En 1908 se rebautizó el grupo con el nombre de Sociedad Psicoanalítica de Viena; comenzó en 1910, como parte de una nueva organización de la Asociación Psicoanalítica Internacional de Freud, y se reunía en una habitación de una asociación médica de Viena.

9 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 454.
10 Puner, *Freud*, p. 30.
11 "On Dreams" ["Los sueños"], *Standard Edition*, Vol. 5, p. 635.
12 Sachs, *Freud*, p. 185.

Freud se encontraba mucho más a gusto en aquellas sesiones que en la universidad, donde hasta sus seguidores fieles podían mostrarse tan indiferentes como para llevar a las chicas con las que salían. Además, en su grupo más pequeño tenía menos miedo a que no lo entendieran correctamente. Nadie "leía" artículos en aquellas reuniones. Freud insistía en que se hablara sin notas ni reserva. "Estaba convencido de que... la lectura distraía la atención del oyente y obstaculizaba su identificación con el conferenciante"[13]. "En aquel círculo de íntimos, el método de Freud era mucho más audaz que en una conferencia pública... Quienes conozcan a Freud sólo a través de la palabra escrita estarán mucho más dispuestos a discrepar con respecto a él que quienes escucharon la magia de su palabra"[14]. Era difícil discrepar con respecto a Freud, no tanto porque solía atacar ásperamente las ideas desviacionistas, sino, sobre todo, porque la fuerza de su inteligencia y de su carácter minaba fácilmente cualquier formulación alternativa. (Muchos miembros de aquel pequeño grupo formaban también un auditorio permanente de leales en las conferencias públicas de Freud.)

Había varios motivos para acudir a Freud por primera vez; algunos, como Adler, eran médicos, otros eran escritores o estudiantes, y algunos simplemente estaban preocupados por su propia neurosis. Adler, como los demás, participó en las discusiones, escribió artículos, y ayudó a promover la causa del psicoanálisis. Inevitablemente, los primeros analistas participaron en la proselitización y la predicación. Como correspondencia a su ayuda, Freud reconoció los talentos especiales de Adler. También envió a la esposa de su hermano Alexander para que se analizara con Adler[15]. Y, al justificar el nombramiento de Adler como presidente de la Sociedad de Viena en 1910, Freud observó que "después de todo, es la unica personalidad que hay en ella..."[16].

Temperamentalmente, Freud y Adler eran muy diferentes. Los modales de Freud eran contenidos y ceremoniosos, y su mente sistemática. Freud era orgulloso, aunque no vanidoso personalmente, y escribió sobre sí mismo en tercera persona en fecha tan temprana como 1903[17]. A diferencia de Freud[18], "invariablemente pulcro y correcto"[19], Adler era "siempre el 'hombre común' de aspecto casi desaliñado..."[20] Aun-

13 Reik, *Fron Twenty Years with Freud*, p. 15.
14 Wittels, *Sigmund Freud*, p. 134.
15 Entrevista con la Sra. de Alexander Freud, 12 de mayo de 1966. Cf. también la carta de Harry Freud a Ernest Jones, 25 de enero de 1956 (archivos de Jones).
16 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 71.
17 "Freud's Psychoanalytic Procedure", pp. 249, 251.
18 En torno a la Primera Guerra Mundial, Freud acudía a las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena en un *fiacre*, vestido con un abrigo con cuello y forro de piel, una corbata de seda y empuñando un bastón con puño de marfil.
19 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 386.
20 Carl Furtmuller, "Alfred Adler", en *Alfred Adler: Superiority and Social Interest*, ed. Heinz y Riwena Ansbacher (Evanston, Illinois: Northwestern University Press; 1964), p. 346.

que Adler podía ser alborotador, de los dos era el de humor más sereno y sociable. También, a Adler le gustaba la música y era buen músico.

Sin embargo, Freud era un gran escritor. "Adler era un conversador nato, que se negaba a conceder tiempo y atención a la tarea de escribir"[21]. Freud pronunciaba las palabras con meticulosidad y exactitud; hablaba despacio y con claridad al expresar exactamente lo que quería decir, con una voz que a más de una persona le pareció áspera[22]. Como amante de la literatura que era, Freud se preocupaba apasionadamente de cuestiones que a personas de mentalidad menos literaria podrían parecer meras discusiones sobre palabras.

Dentro del mundo que Freud había trazado, Adler pudo dedicarse a algunas de las cuestiones que le habían interesado anteriormente, específicamente su preocupación especial por los factores sociales y ambientales en la enfermedad[23]. Adler fue el primero dentro del círculo de Freud que se interesó por los problemas de la educación. Adler, que era más bajo de lo normal y había sufrido una infancia enfermiza, subrayó el papel de las compensaciones por defectos infantiles en su famoso estudio de la "inferioridad de órganos"; "en circunstancias favorables, ciertos defectos de un niño crean una disposición para un rendimiento mayor"[24]. A Adler no le preocupaba sólo exclusivamente la sexualidad infantil, sino también los mecanismos del yo y los impulsos agresivos. Además de su labor psicoanalítica y de su práctica médica como internista, Adler —en contraste con la falta de interés por la política de Freud— fue un socialista activo; anhelaba mejorar el mundo mediante la educación y la psicoterapia[25].

Freud era un hombre tan grande, que sus seguidores tenían que esforzarse para ser originales, con lo que a veces llegaban a rechazar opiniones valiosas de Freud. Incluso al nombrar a Adler presidente de la Sociedad de Viena, Freud notó que a su discípulo no le resultaba fácil tolerar su función de subordinado. Pero Freud confiaba en que "posiblemente en esa posición [de presidente] se sentirá obligado a defender nuestra materia de interés mutuo"[26]. Según Freud, en cierta ocasión Adler explicó su descontento de este modo: "¿Cree usted que me da tanto placer permanecer a la sombra de usted durante toda mi vida?" Freud no reaccionó favorablemente ante aquella "pugna... por obtener una posición prominente"[27], como él la calificó. Por alguna razón, la ambición

21 Nigel Dennis, "Alfred Adler and the Style of Life", *Encounter*, Vol. 35 (1970), p. 7.

22 Jones, *Free Associations*, p. 169. Entrevista con Abraham Kardiner, 17 de octubre de 1964.

23 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, pp. 599-603.

24 *Minutes*, Vol. II, p. 260.

25 Jones dijo de la esposa de Adler, Raissa, que "Trotski y Joffe... frecuentaban su casa constantemente", *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 134. Pero Alexandra Adler ha impugnado esa opinión. Entrevista con Alexandra Adler, 19 de octubre de 1965. Puede que Jones se basara en la entrevista que Eissler hizo a Klomperer.

26 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 71.

27 "On the History", p. 51.

intelectual parece ilegítima a muchas personas, y Adler y sus partidarios —aunque nunca negaron la cita anterior— se han empeñado en dar explicaciones para disculparla[28]. Si olvidáramos que aquellos hombres fueron los pioneros de la investigación de la psicología profunda, y que las controversias intelectuales pueden llegar a ser muy apasionadas emocionalmente, los primeros analistas parecerían arrogantes y pendencieros.

Incluso en aquel período anterior a la Primera Guerra Mundial, Freud se mantenía apartado de sus discípulos. Sin embargo, si uno de ellos deseaba hablar con Freud en privado, podía concertar una cita para que éste lo recibiera en su despacho, y podía estar seguro de encontrarlo en determinados puntos de los itinerarios que seguía invariablemente en sus paseos. Theodor Reik aprendió los hábitos de Freud, y, cuando deseaba charlar con él, solía esperar a que apareciera. La vida cotidiana de Freud era extraordinariamente ordenada y estaba marcada por el trabajo. Recibía a los pacientes de ocho a nueve de la mañana hasta la una en punto, hora en que servían el almuerzo, la comida fuerte del día en Viena. De dos a tres de la tarde Freud salía de casa, normalmente con uno de sus hijos, para su paseo, así como para hacer recados (comprar puros, por ejemplo). Algunos días a la semana, la hora entre tres y cuatro de la tarde estaba reservada para consultas; los demás días, Freud recibía a pacientes durante toda la tarde y cenaba muy tarde. Después de cenar, Freud solía dar otro paseo; era tan incansable en éstos, que algunos han dicho que, más que andar, "desfilaba". Antes de retirarse a dormir a la una de la mañana, Freud tenía tiempo para su correspondencia, sus manuscritos, la preparación de las ediciones de sus libros, y muchas veces simplemente para una partida de cartas, habitualmente con su cuñada Minna.

Aquella regularidad, propia de un reloj, de la vida de Freud le permitió realizar su trabajo. Atendía a sus pacientes meticulosamente, y, cuando la vejez y la enfermedad limitaron sus paseos por fuera, solía caminar a grandes pasos a través del piso familiar entre las sesiones analíticas. También su horario semanal estaba regulado. Una semana sí y otra no, el martes por la noche estaba reservado para las reuniones del B'nai B'rith; el miércoles por la tarde lo pasaba con el grupo psicoanalítico; los jueves y sábados por la noche daba conferencias en la universidad. El domingo por la mañana hacia una visita a su madre, y el sábado por la noche, después de la conferencia, Freud iba a casa de su antiguo viejo amigo, el Dr. Koenigstein, para su juego de cartas favorito, el tarok a cuatro manos. Hasta las vacaciones de Freud estaban bien organizadas; le gustaba estar completamente inmerso en el trabajo o en descanso absoluto, y reservaba por lo menos un mes al final del verano para viajar (con preferencia a Italia o Grecia) o para descansar en las montañas (donde siempre iba a recoger setas).

28 Según Phyllis Bottome, "todo el proceso del psicoanálisis en conjunto fue contrario a la felicidad de la humanidad. Esa era la 'sombra'..." *Alfred Adler*, p. 77. Cf. también Ansbacher, "Was Adler a Disciple of Freud? A Reply", pp. 126, 131.

En Viena, Freud estaba bien considerado en los círculos de clase media, pero se identificaba el psicoanálisis con Freud, y sus discípulos estaban considerados como vulgares imitadores. Freud raras veces hablaba de ellos con particular entusiasmo. Podía ser que sus discípulos siguieran su vida diaria con la mayor atención, y que interpretaran sus escritos y sus palabras con la mayor devoción, pero en la vida cotidiana Freud se mantenía reservado. Ninguno de sus discípulos, todos los cuales eran más jóvenes que él, fue un camarada para él, y raras veces permitía intimidades auténticas. Hanns Sachs escribió a propósito de su último encuentro en Londres poco antes de que Freud muriera: "fundamentalmente se mantuvo tan distante como cuando lo conocí en la sala de conferencias [treinta años antes]"[29].

En su despacho era natural y modesto, pero no toleraba la oposición en público o impresa. Refiriéndose a aquellas reuniones de los miércoles por la tarde, Max Graf (padre de un paciente famoso, "el pequeño Hans") escribió que "había la atmósfera propia de la fundación de una religión en aquella habitación... Los discípulos de Freud eran sus apóstoles... A pesar de ser bonachón y atento en su vida privada, Freud era duro e inflexible en la presentación de sus ideas". Aquel antiguo discípulo explicaba a continuación que él, personalmente, no había "podido ni querido someterme a las imposiciones de Freud con respecto a lo que debía o no hacer, y no me quedó más remedio que abandonar su círculo"[30].

En su grupo Freud insistía en la necesidad de una lealtad absoluta. Como reconoció Jones, "a pesar de su conocimiento de las complejidades de la mente, a la hora de emitir un juicio consciente, Freud era bastante propenso a concebir una opinión tajante sobre el carácter de una persona, y costaba enorme trabajo conseguir que la modificara"[31]. Aunque podría no haber estado tan claro antes de su riña con Adler, después de ella sus discípulos supieron con certeza que, si discrepaban con respecto a Freud, podía expulsarlos sin miramientos.

Freud prefería no polemizar, pero, cuando se sentía verdaderamente forzado a ello, podía estar a la altura de las circunstancias. Aunque admiraba la originalidad y el talento, le costaba trabajo tolerar a alguien que tuviera ideas propias. Como reconoció francamente, "detesto las ideas ajenas, cuando me las presentan en momentos inoportunos"[32]. Así, Freud provocó el alejamiento de sus mejores discípulos. Indudablemente, las querellas quedaban mitigadas por la atmósfera educada en que se producían. Freud era un caballero, aunque le indignaba la hipocresía de los

29 Sachs, *Freud*, p. 126. Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 408.
30 Max Graf, "Reminiscences of Professor Sigmund Freud", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 11, Nº 4 (1942), pp. 474-75.
31 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 62.
32 "Letter to Fritz Wittels", p. 287.

modales civilizados: "la educación que practico cada día es en gran medida un disimulo..."[33].

Freud podía odiar también. "Era un hombre amable, benévolo, bueno, pero era amable sin suavidad, benévolo sin compasión, y bueno sin piedad"[34]. El sistema de pensamiento de Freud refleja su postura belicosa; usó en toda su obra el lenguaje militar y las imágenes relativas a la guerra: ataque, defensa, contienda, enemigo, resistencia, pertrechos, triunfo, conquista, lucha. Jones se mostró algo dogmático al escribir: "No creo que se tomara muy a pecho la oposición"[35]. Evidentemente, en cierto sentido Freud fue en busca del antagonismo que provocó. En cierta ocasión se refirió al "dicho vulgar de que debemos aprender de nuestros enemigos", y confesó no haberlo "conseguido nunca"[36]. En otro lugar citó con gusto estas palabras de Heine: "Hemos de... perdonar a nuestros enemigos, pero no antes de que hayan sido ahorcados"[37]. Sostuvo que las resistencias al psicoanálisis no eran "atribuibles a los científicos de nuestro tiempo. Pero", proseguía, "nunca se me ha ocurrido despreciar a los adversarios del psicoanálisis por el simple hecho de que fueran adversarios, exceptuando a los pocos individuos indignos, a los aventureros y logreros, que siempre existen en ambos bandos en tiempo de guerra"[38].

Si Freud hubiera sido tolerante, sus concepciones podrían haber quedado sofocadas en la genialidad intelectual. En favor de su causa dio rienda suelta a su tremenda obstinación. Las cuestiones personales podían convertirse rápidamente en debates teóricos, y las diferencias intelectuales podían interpretarse como afrentas personales. Los discípulos de Freud no hicieron otra cosa que empeorar la situación. Como necesitaban una autoridad recia, transformaron los deseos de Freud en ley; sentían la tentación de ser mas freudianos que Freud.

2. El deseo de poder.

En 1910, año en que Freud nombró a Adler presidente de la Sociedad de Viena, el psicoanálisis estaba precisamente empezando a organizarse oficialmente como un movimiento internacional. Freud había nombrado a Jung, suizo y gentil, director de la nueva Asociación Psicoanalítica Internacional. Todavía hoy el movimiento psicoanalítico recalca su base transcultural. Para Freud, la institucionalización de su movimiento no sólo

33 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 142.
34 Puner, *Freud*, p. 253.
35 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 121.
36 "New Introductory Lectures", p. 139.
37 "Civilization and Its Discontents", p. 110.
38 "On the History", pp. 38-39.

aseguró la viabilidad de su obra en el futuro, sino que además le proporcionó algo exterior a lo que podía dedicar sus energías; y al ligar su vanidad al psicoanálisis en general, pasó a ser menos vulnerable personalmente a las pérdidas o los ataques.

En una reunión de seguidores de Freud en Nuremberg (llamada el "Congreso de Nuremberg") en marzo de 1910, el húngaro Sandor Ferenczi propuso, con la previa aprobación de Freud, que se fundara una asociación internacional de analistas con sociedades filiales en los diferentes países. Ferenczi, también siguiendo los deseos de Freud, nombró a Jung presidente de la nueva organización, con lo que el centro del movimiento pasaba de Viena a Zurich. En su discurso Ferenczi se hizo eco de los sentimientos condescendientes de Freud con respecto a la calidad de su grupo de Viena, y propuso que en el futuro los artículos y discursos necesitaran la aprobación del presidente de la Asociación Internacional.

Naturalmente, la propuesta de aquellos cambios no alegró a los analistas vieneses. Adler y los demás se sintieron desairados por el favoritismo de Freud hacia el suizo. Tal como lo veía Sachs posteriormente, "la rivalidad por [conseguir]... la aclamación y aprobación [de Freud] fue el móvil principal de... [las] disputas"[39] que siguieron. Adler temía que las propuestas de Ferenczi entrañaran "censura y restricciones a la libertad científica"[40]. Los vieneses presentes en Nuremberg celebraron una reunión de protesta en la habitación de hotel de Wilhelm Stekel. El propio Freud asistió, e

hizo una apasionada llamada a la fidelidad. Insistió en la virulenta hostilidad que los rodeaba y en la necesidad de apoyo exterior para oponerle resistencia. Después, quitándose dramáticamente la chaqueta declaró: "Mis enemigos estarían deseosos de verme pasar hambre; me arrancarían hasta la chaqueta de la espalda" [41].

Entonces Freud tuvo que hacer las paces con sus seguidores vieneses. Se proyectó una nueva revista mensual, el *Zentralblatt für Psychanalyse* ("Revista Central de Psicoanálisis"), cuyos redactores serían Adler y Stekel; Freud iba a ser el "director". Tal como la describió Freud posteriormente, "evidentemente, estaba destinada originalmente a representar a la Oposición: su objetivo era reconquistar para Viena la hegemonía amenazada por la elección de Jung"[42]. Jung era ya redactor del *Jahrbuch* ("Anuario"), la primera revista dedicada exclusivamente al psicoanálisis.

39 Sachs, *Freud*, p. 57.
40 "On the History", p. 44.
41 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 69-70. Según otra versión, Freud dijo: "Me niegan hasta la chaqueta que llevo puesta; no sé si en el futuro me ganaré el pan cotidiano". Por sus mejillas corrían lágrimas. Wilhelm Stekel, *Autobiography*, edit. Emil A. Gutheil (Nueva York: Liveright; 1950), p. 129.
42 "On the History", pp. 44-45.

Para compensar todavía más el desplazamiento del poder hacia el suizo, Freud se retiró de la presidencia de la Sociedad de Viena. Siguió siendo "presidente científico", pero la Sociedad iba a tener sus propios funcionarios y una posición más independiente; sus miembros iban a dejar de ser simplemente huéspedes de Freud y sus reuniones no iban a celebrarse en la sala de espera de Freud. Adler fue elegido presidente y Stekel vicepresidente. Freud esperaba aplacar así a los vieneses.

Adler no se volvió más dúctil por el hecho de pasar a ser el presidente de la Sociedad de Viena; al contrario, parece ser que aquello le hizo reafirmarse en sus esfuerzos en favor de la independencia. Como el resto de los vieneses, Adler pensó que Freud se equivocaba al exaltar a Jung. Mientras Freud sostenía que "el anatema que se impuso al psicoanálisis condujo a sus partidarios a unirse en una organización internacional", en opinión de Adler, Freud había sobreestimado los "peligros" que arrostraba el psicoanálisis, a causa de un innecesario sentido de inferioridad[43].

Las dificultades entre Freud y Adler fueron teóricas y también personales. Freud creía que Adler estaba demasiado interesado en la psicología superficial y en el concepto del yo. Freud reconoció que aquél era un "campo hasta ahora bastante descuidado por el psicoanálisis", pero le parecía un regreso a formas de pensamiento propias del sentido común. "Adler nunca puede apreciar debidamente los hechos psicológicos, porque su interés se centra en el yo y en los procesos conscientes; sin embargo, el psicoanálisis comprende las cosas basándose en el inconsciente y en la libido, que son... los que producen una neurosis". Desde el punto de vista de Adler, sus conceptos representaban una ampliación del dominio de la psicología profunda. "El sentimiento de inferioridad", sostenía, "no es consciente para el neurótico en la medida en que es eficaz"[44].

A principios de 1911 Freud decidió forzar el desenlace de sus dificultades con Adler. Este entregó dos artículos a la Sociedad, el 4 de enero y el 1 de febrero, en los que exponía sus concepciones, y Freud replicó el 1 y el 22 de febrero. "Freud... fue despiadado en su crítica"[45]. Tenía una concepción de la metodología de la ciencia que ahora parece bastante primitiva. "Los hechos" existían y eran verificables, enteramente distintos de las "interpretaciones", que estaban sujetas a la opinión personal. Freud sostenía que con el psicoanálisis había descubierto un conjunto de hechos nuevos, y que aquellas observaciones abarcaban corpus de conocimientos. Sin embargo, Adler estaba amenazando con desechar aquellos descubrimientos con nuevas "especulaciones". Freud escribió: "En las cuestiones científicas la insistencia en opiniones personales arbitrarias es mala; es claramente un intento de impugnar el derecho del psicoanálisis a ser

43 "Two Encyclopaedia Articles", p. 248; *Minutes*, Vol. II, p. 464.
44 *Minutes*, Vol. II, pp. 539, 538, 540.
45 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 132.

considerado como una ciencia...''[46] Uno de los seguidores de Freud de aquella época expresó su propia concepción de la ciencia: ''El especialista en ciencias naturales es un dogmático; establece un principio y declara: así es''[47].

La disputa entre Freud y Adler no parece haber sido una discusión de las diferencias científicas. Freud estaba haciendo acusaciones en público contra Adler. Entre la *intelligentsia* vienesa aquellas reuniones causaron sensación; a pesar de su cosmopolitismo, la ciudad, como otros centros de vida intelectual, era una ciudad provinciana. Freud denunció a Adler abiertamente. Era un juicio y la acusación era la de herejía. (Aunque Richard Wagner votó a favor de Freud y Paul Klemperer a favor de Adler, ambos coincidieron en que las reuniones eran un ''juicio''. No obstante, sus opiniones sobre hasta qué punto había sido personal el ataque de Freud fueron diferentes[48].) Como recordó Sachs, quien votó a favor de Freud, éste ''no se compadeció de su adversario y usó palabras acerbas y observaciones mordaces...''[49] Freud examinó las opiniones de Adler particularizando los conceptos que Adler afirmaba haber desarrollado; según dijo Freud, lo que parecía nuevo era trivial, y el resto lo había tomado de Freud sin reconocerlo[50].

La pena era la excomunión, y Freud se propuso excluir a Adler y a sus simpatizantes. Tal como lo vio Graf, ''Freud —como dirigente de una iglesia— expulsó a Adler; lo expulsó de la iglesia oficial. Por espacio de unos años, viví todo el desarrollo de la historia de una iglesia''[51]. Freud había llegado a valorar sus descubrimientos mucho más que las amistades individuales. En relación con sus doctrinas se mostraba severo y protector. Consideró la obra de Adler como una traición, una desviación de la verdad revelada, y al final de aquellas reuniones se mostraba muy acalorado. Fue Freud, no sus seguidores, el responsable de la división. Con la sanción de la ira de Freud, la guardia leal se aprestó a expulsar con firmeza a los infieles. No eran simplemente admiradores de Freud; estaban convencidos de que su psicología era la psicología del futuro.

Al principio Adler no tenía muchos partidarios, pero al final de la batalla la Sociedad quedó dividida casi por la mitad. Adler y Stekel dimitieron de sus cargos de presidente y vicepresidente de la Sociedad pocos días después de las observaciones de Freud del 22 de febrero. Adler siguió siendo miembro de la Sociedad hasta mayo, mes en que Freud le

46 ''On the History'', p. 59.
47 *Minutes*, Vol. II, p. 63.
48 Entrevista con Richard Wagner, 17 de diciembre de 1965; 11 de febrero de 1966 y 25 de marzo de 1966. Cf. la entrevista de Kurt Eissler con Paul Klamperer (archivos de Jones).
49 Sachs, *Freud*, p. 51.
50 Entrevista de Eissler con Klamperer.
51 Graf, ''Reminiscences of Professor Sigmund Freud'', Vol. II, p. 133.

pidió que dimitiera de su cargo de redactor del *Zentralblatt*. Cuando Adler abandonó la Sociedad para fundar la suya, se llevó sólo tres miembros con él. La llamó Sociedad para el Psicoanálisis Libre, nombre que Freud calificó, con profunda ironía, de ''elegante'' y que años después Jones inflexiblemente, haciendo eco a Freud, consideró ''de bastante mal gusto''[52]. Puede que el propio Adler pensara lo mismo, pues pronto dio a su grupo el nuevo nombre de Sociedad para la Psicología Individual.

Pronto se planteó la cuestión de si un miembro de la Sociedad de Freud podía asistir también a las reuniones de la de Adler (que se celebraban los jueves por la tarde), y ese problema se prolongó durante algún tiempo. La posición de Freud, a diferencia de la de Adler, era la de que un miembro debía escoger entre los dos grupos. Finalmente, en el otoño de 1911 la Sociedad Psicoanalítica de Viena aprobó una resolución en ese sentido, por once votos contra cinco; evidentemente, cinco miembros se abstuvieron de votar sobre alternativas tan tajantes. Posteriormente, como todos los miembros de la Sociedad se habían visto obligados por Freud a tomar posición, de una forma o de otra, otros seis miembros dimitieron de la Sociedad de Freud. Según Sachs, que se mantuvo leal a Freud, de los que se separaron

> la mayoría... no compartían las opiniones de Adler; en su decisión influyó el convencimiento de que el procedimiento en conjunto violaba la ''libertad de la ciencia''. Puede ser que la crítica incisiva y severa de Freud hiriera sus sentimientos moderados y los inclinara a pensar que la queja de intolerancia por parte de Adler estaba justificada[53].

Anteriormente, poco después de que Adler hubiera dimitido de su cargo de presidente, pero antes de que abandonara la Sociedad, Freud envió esta relación de su controversia a un discípulo de Suiza: ''Las teorías de Adler estaban apartándose demasiado del camino correcto, y había llegado el momento de pronunciarse contra ellas... Ha creado para sí mismo un sistema del mundo sin amor, y yo estoy poniendo en práctica la venganza contra él de la diosa ofendida Libido''[54]. a Karl Abraham Freud le explicó que Adler se había equivocado, porque ''niega la importancia de la libido, y hace remontar todo a la agresión''. Como consecuencia de las discusiones sobre las opiniones de Adler, Freud dijo que se había vuelto ''más severo. Tras su abstracción se esconde mucha confusión; encubre una oposición de mucho mayor alcance y muestra algunos rasgos paranoides muy claros''. Cuando se hubieron producido todas las dimisiones, Freud se sintió aliviado: ''He acabado la purga de la sociedad y he expulsado a los siete [*sic*] seguidores de Adler. El descenso en número no tiene importancia, y el trabajo va a ser mucho más fácil...'' Freud pensaba

52 ''On the History'', p. 51; Jones, *Sigmund Freud*, p. 51.
53 Sachs, *Freud*, p. 51.
54 *Letters of Freud and Pfister*, p. 48. Pero cf. Weigert, ''Dissent in the Early History of Psychoanalysis'', p. 353.

que había "forzado" a "toda la pandilla de Adler" a dimitir. Ya en noviembre de 1910 había escrito en una carta a Jung sobre su esperanza de librarse de Adler[55].

La rencilla acabó con amistades muy antiguas. Las esposas dejaron de hablarse mutuamente, y a las parejas les desagradaba estar sentadas unas al lado de otras en los banquetes[56]. Aunque algunos de los hijos consiguieron resistir el temporal y siguieron siendo amigos, el psicoanálisis no iba a volver a ser el mismo nunca más. Freud mostraba una actitud controlada y educada, pero sus penetrantes ojos y sus modales intranquilos e impacientes hacía tiempo que habían dado una indicación a sus seguidores de sus recursos internos. Para un grupo que había estado pendiente de todas las palabras de Freud, y que ya tenía ideas fantásticas sobre los deseos del maestro, le resultó electrizante contemplar semejante demostración de voluntad férrea. Una década depués, Freud escribió: "Un grupo... está sujeto al poder verdaderamente mágico de las palabras..."

> Un grupo es un hato obediente que nunca podría vivir sin un jefe. Anhela tanto la obediencia, que se somete instintivamente a cualquiera que se erija en su jefe. Aunque de ese modo las necesidades de un grupo lo conducen parcialmente a aceptar a su jefe, aun así éste ha de concordar con él en sus cualidades personales. El mismo ha de estar apoyado por una fe sólida (en una idea) para despertar la fe del grupo; ha de tener una voluntad fuerte e imponente, que el grupo, que carece de voluntad propia, puede aceptar de él[57].

A pesar de lo desagradable de la lucha, especialmente después de una década de tanto éxito, era comprensible que a Freud le preocupara que la esencia de sus descubrimientos originales se perdiera en las tendencias que representaba Adler. Freud había descubierto que la sexualidad se desarrolla en diferentes etapas, y que no empieza con la pubertad; y su descubrimiento central en psicología estribaba en señalar la persistencia de vestigios infantiles en la vida adulta. Desde el punto de vista de Freud, el interés de Adler por los procesos del yo estaba poniendo en peligro todo lo que Freud había elaborado. Como dijo Erik Erikson en defensa de Freud, "tenía que establecer cada cosa en su momento, y su gran contribución era la psicosexualidad. Constituye una característica de un gran hombre la de que vele celosamente por la expansión de su dominio. Se asegura de que ciertos principios no se pierdan antes de que se los pueda superar"[58]. Adler había desviado el foco de la Sociedad de Viena de lo que había sido lo más distintivo en la obra de Freud. En 1911 no estaba claro en absoluto que un día aquellas ideas de Freud tendrían amplia aceptación, época en la que

55 *Letters of Freud and Abraham*, pp. 103, 105, 110. *Freud/Jung Letters*, pp. 447, 373, 403.

56 Entrevista con la Sra. de Hanns Sachs, 22 de diciembre de 1965.

57 "Group Psychology and the Analysis of the Ego",, pp. 80-81.

58 Erik Erikson, *Dialogue with Erik Erikson*, ed. Richard I. Evans (Nueva York: Harper and Row; 1967), p. 16.

los conceptos de Adler podrían proporcionar una corrección muy necesaria. En aquel entonces el psicoanálisis estaba limitado a un grupo de personas tan pequeño, que Freud tenía razones legítimas para temer que quedara debilitado antes de imponerse.

En aquellas circunstancias un renegado parecía amenazar el movimiento en conjunto, no sólo a la Sociedad de Viena. Además, a Freud le resultaba difícil tolerar las "desviaciones", no sólo por razones personales, sino también porque pensaba que la organización que dirigía todavía no había tenido suficiente éxito como para permitir una amplia gama de opiniones. Una vez que el psicoanálisis llegó a estar reconocido y contó con miles de especialistas e influyó en muchísimos otros, los límites de la zona de desacuerdo permisible se ampliaron. Freud luchó con mayor encono contra los descarriados que contra el mundo exterior, para que el psicoanálisis no llegara a confundirse irremediablemente con otras técnicas y teorías. No tenemos razones para dudar de que "Freud puso todo el ardor y todo el vigor de su naturaleza a la hora de replicar a... Adler y Jung"[59].

Freud fue no sólo el descubridor del psicoanálisis, sino también el gran maestro de Adler. Nadie sabía mejor que Freud lo mucho que había significado para su infiel seguidor, ni a nadie le indignó con mayor justicia la notoriedad que Adler se granjeó con su riña con él. De modo que la insolencia de Adler al impugnar sus concepciones irritó a Freud. Había llegado a identificar su yo completamente con el psicoanálisis, y en 1914, "consumido por la ira y la rabia"[60], escribió sobre sus problemas con Adler (y también sobre la subsiguiente pelea con Jung) en la "Historia del movimiento psicoanalítico". En aquella época era prematuro, aunque profético, pensar que un conjunto tan pequeño de personas constituía un "movimiento" con derecho a una "historia". Pero Freud tenía suma confianza en lo que en última instancia depararía el futuro. Según escribió, "los hombres son fuertes, mientras representan a una idea fuerte; cuando se oponen a ella, se vuelven impotentes"[61].

En ese ensayo Freud explicó cómo llegó a sentirse alejado del grupo de Viena:

> Hubo sólo dos circunstancias desfavorables que al final me separaron interiormente del grupo. No conseguí establecer entre sus miembros las relaciones amistosas que deben existir entre hombres dedicados a la misma labor difícil; tampoco conseguí acabar con las disputas sobre la prioridad para las que había tantas oportunidades en aquellas condiciones de trabajo en común[62].

59 Sachs, *Freud*, p. 114.

60 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 304.

61 "On the History", p. 66.

62 *Ibid.*, p. 25.

Freud insistió primordialmente en un punto, el de que la obra de Adler no se confundiera con el psicoanálisis:

> No me ocupo de la verdad que pueden contener las teorías que estoy rechazando, ni voy a intentar refutarlas... Lo único que deseo es mostrar que dichas teorías contradicen los principios fundamentales del análisis... y que, por esa razón, no deben conocerse con el nombre de análisis [63].

Aquello no era simple carácter posesivo, pues, para que los conceptos de Freud pudieran llegar a ser reconocidos alguna vez, primero tenían que mantenerse distintos de las ideas alternativas.

Una vez que estuvo en medio de una batalla pública, Freud asumió plena responsabilidad por su obra: "el psicoanálisis es creación mía; durante diez años he sido la única persona que se ha ocupado de él". E "incluso hoy nadie puede saber mejor que yo lo que es el psicoanálisis..."[64] Incluso en aquella polémica a veces Freud podía hacer un comentario tolerante: "En la tierra de Dios hay bastante sitio, y quien pueda tiene perfecto derecho a perder el tiempo en ella sin que se lo impidan; pero no es conveniente que las personas que han dejado de entenderse y han llegado a ser mutuamente incompatibles permanezcan bajo el mismo techo"[65]. Para Freud la imagen de una familia no era forzada. Sin embargo, sospechaba que las innovaciones de Adler estaban "destinadas a probar que el psicoanálisis está equivocado en todo..."[66].

Sean cuales sean las justificaciones para lo que Freud escribió públicamente, en privado siguió mostrándose mordaz. "He engrandecido a un pigmeo" es un comentario que ha llegado hasta nosotros[67]. Freud observó que Lou Andreas-Salomé le había enviado "un intercambio de cartas con Adler que muestra a todas luces la penetración y claridad de ésta e igualmente la maldad y mezquindad de Adler, y con esa basura, etc."[68] La "maldad" de Adler parecía tal, que Freud lo consideró "un individuo repulsivo"[69].

Jones manifestó una opinión exaltada con respecto a la disputa de Freud con Adler. "[S]e ha dicho que tal y cual persona abandonó a Freud y su círculo no simplemente a causa de una diferencia de opinión, sino

63 *Ibid.*, pp. 49-50.
64 *Ibid.*, p. 7.
65 *Ibid.*, p. 52.
66 *Ibid.*, p. 51.
67 Wittels, *Sigmund Freud*, p. 225.
68 *Letters of Freud and Abraham*, p. 182.
69 *Sigmund Freud and Lou Andreas-Salomé: Letters*, ed. Ernst Pfeiffer, (a partir de aquí citado como *Letters of Freud and Andreas-Salomé*) (Londres: Hogarth; 1972), p. 19.

también a causa de la personalidad tiránica de Freud y de su dogmática insistencia en que cada uno de sus seguidores aceptara precisamente las mismas opiniones que él". Jones consideró esa idea "ridículamente falsa". Adler estaba equivocado en su "vociferante [actitud de pretender] ser el hijo favorito", que, según Jones, tenía un motivo pecuniario. Adler era uno de esos que se ven "obligados a perpetuar la rebeldía de la infancia y a seguir buscando figuras contra las que rebelarse". Objetivamente, Adler era exactamente como Freud lo había visto, "evidentemente muy ambicioso y [dispuesto] constantemente a pelearse con los demás por cuestiones de prioridad en sus ideas"[70]. Volviendo las tornas contra Adler, Jones dijo que la expresión "complejo de inferioridad", que tanto contribuyó Adler a popularizar, "estaba tomada sin reconocerlo de Marcinowski..."[71] Jones pensaba que el hecho de sobreestimar a hombres como Adler constituía un rasgo de la faceta femenina de Freud.

Sachs, discípulo ferviente de Freud hasta el final, que presenció la lucha con Adler en Viena (mientras que Jones estaba en Toronto), era el mejor psicólogo. "Al escribir, Freud nunca borraba un renglón... suprimía todo el conjunto y empezaba a escribirlo de otro modo... Siempre detestó hacer las paces, tanto en la esfera intelectual como en la emocional". Sobre la pelea con Adler, Sachs contó que "en el cumplimiento de aquel deber se mostró incansable e inflexible, duro e incisivo como el acero, una persona con gran capacidad para odiar, de carácter casi vengativo". Y, sin embargo, Sachs dijo también sobre sus años de relación con Freud: "Nunca le oí alzar la voz encolerizado o excitado"[72].

Resulta bastante curioso que el hombre que pensaba que había tenido que "cegarse" a sí mismo "artificialmente para enfocar toda la luz en un punto oscuro..."[73] y que aconsejó a sus estudiantes no malgastar sus energías creativas, acusara al mismo tiempo a Adler de ser demasiado unilateral. Según Freud, la obra de Adler era una simplificación exagerada, reduccionismo; había colocado y empujado prematuramente hasta el centro de la escena nociones periféricas del psicoanálisis: las sobrecompensaciones por sentimientos de inferioridad, por ejemplo. Las ideas de Adler eran "interpretaciones retorcidas y deformaciones de los hechos desagradables del análisis..." Adler mostraba "las más graves desviaciones con respecto a la observación real y la confusión más fundamental en sus conceptos".

> [T]odo queda comprimido en conjunto al servicio de la protesta masculina, la agresividad y la exaltación de la personalidad. El sistema está acabado; producirlo ha costado una cantidad ingente de trabajo empleado en la refundición de las interpretaciones, a pesar de lo cual no ha proporcionado una sola observación nueva... La concepción de la vida que refleja el

70 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 127, 129, 128, 130.
71 Jones, *Free Associations*, p. 218.
72 Sachs, *Freud*, pp. 95-96, 115, 42.
73 *Letters*, p. 312.

sistema de Adler se basa exclusivamente en el instinto agresivo; no hay sitio en él para el amor[74].

Posteriormente, Freud escribió: "a la gente le encanta seleccionar una porción de la verdad, colocarla en el lugar del conjunto y después impugnar el resto, que no es menos cierto, en favor de dicha porción aislada"[75].

Esencialmente, Freud estaba acusando a Adler de desexualizar el psicoanálisis, hasta el punto de recalcar conceptos como el de yo o el de deseo de poder. Por otro lado, al psicoanálisis le interesaba más mostrar que "todas las tendencias del yo tienen componentes libidinales. La teoría de Adler insiste en la contrapartida de esto, el componente egoísta en los impulsos libidinales instintivos"[76]. Según Adler, la libido no era la esencia de la neurosis; hasta el comportamiento sexual podía tener significados simbólicos. Tal como Freud resumió el enfoque de Adler, "la vida sexual es simplemente una de las esferas en que los seres humanos tratan de poner en acción su impulsiva necesidad de poder y dominación"[77].

Al mismo tiempo, en opinión de Freud, Adler había introducido innecesariamente los factores sexuales, por ejemplo al explicar sueños y síntomas bisexualmente "como una confluencia de las dos corrientes calificadas de masculina y femenina"[78]. Adler pensaba que todo el mundo intenta evitar las pautas femeninas de desarrollo y se esfuerza por conseguir los "rasgos" masculinos; en la concepción de Adler, eso era una parte de la tendencia humana a vivir mediante fines de los que las personas no son conscientes. Tal como Henri Ellenberger ha resumido recientemente la posición de Adler, "todas nuestras instituciones públicas y privadas se basan en el prejuicio de la superioridad del varón"[79]. Freud puso al razonamiento de Adler la siguiente objeción: "eso de que 'todos los sueños muestran un avance desde la línea femenina hasta la masculina' me parece que sobrepasa cualquiera de las afirmaciones que podemos mantener legítimamente en el terreno de la interpretación de los sueños"[80]. Adler recalcó la importancia del mecanismo por el cual el miedo a la feminidad provoca un comportamiento compensatorio, lo que llamó la "protesta masculina". Freud consideró que aquello representaba una versión sexualizada del propio concepto de represión de Freud:

74 "On the History", pp. 54-55, 57-58.

75 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 346. Cf. también Heinz Hartmann, Ernst Kris y Rudolph Loewenstein, "The Function of The Teory in Psychoanalysis", en *Drives, Affects, Behavior*, ed. Rudolph Loewenstein (Nueva York: International Universities Press; 1953), p. 28.

76 "On the History", p. 52.

77 "The Question of Lay Analysis", p. 208.

78 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 237.

79 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 611. Pero cf. Johnston, *The Austrian Mind*, p. 257.

80 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 397.

> No debemos dejar que la expresión "protesta masculina" nos confunda y nos haga suponer que lo que el hombre repudia es su actitud pasiva [como tal]... [E]sa clase de hombres muestran con frecuencia una actitud masoquista —un estado que equivale a la esclavitud— hacia las mujeres. Lo que rechazan no es la pasividad en general, sino la pasividad hacia un hombre. En otras palabras, la "protesta masculina" no es otra cosa en realidad que angustia de castración[81].

3. Las prioridades.

El tema del plagio se repitió a lo largo de toda aquella controversia entre Freud y Adler. El grueso de la obra era de Freud, y Adler había tomado una parte de ella. Freud sostuvo que Adler había propuesto "un cambio de nomenclatura con el que perdimos la claridad"[82], pero Freud pensaba que tras esos nombres nuevos se encontraban sus propias conclusiones anteriores. Por ejemplo, la insistencia de Adler en las ventajas psicológicas de estar enfermo era en realidad una de las visiones de Freud:

> El psicoanálisis se ve obligado a dar su respaldo a... [este] componente de la teoría de Adler, como haría con uno propio. Y, de hecho, no es otra cosa que conocimiento psicoanalítico, que ese autor extrajo de fuentes accesibles a todos durante diez años de trabajo en común y que ahora ha considerado propio mediante un cambio de nomenclatura[83].

Como Adler atribuyó el origen de su idea del complejo de inferioridad a la sensación de ser un niño, Freud sostuvo que él había descubierto el "disfraz bajo el cual reaparece... el factor del infantilismo..." "También hay que conceder a Adler la prioridad", observó Freud sarcásticamente, "con respecto a la confusión de los sueños con los pensamientos latentes en los sueños..." Cualquiera que pasara por alto los factores de la resistencia y de la transferencia en la terapia sería culpable de "apropiación indebida de propiedad mediante el intento de imitación, si persiste en llamarse psicoanalista"[84]. Con el apoyo de sus discípulos leales, Freud volvió a citar repetidas veces esas acusaciones contra los estudiantes descarriados. Freud observó con frecuencia que sus discípulos eran "como perros. Cogen un hueso de la mesa, y lo roen por su cuenta en un rincón. Pero ¡es un hueso mío!"[85].

Estuviera o no en lo cierto Freud al afirmar que Adler tenía "un

81 "Analysis Terminable and Interminable", pp. 252-53.

82 *Minutes*, Vol. II, p. 433.

83 "On the History", p. 53.

84 *Ibid.*, pp. 56, 57, 16.

85 Entrevistas con Helene Deutsch, 22 de mayo de 1965; 6 de agosto de 1966 y 8 de abril de 1967. Cf. también la carta de Louis S. London a Ernest Jones, 15 de mayo de 1956 (archivos de Jones), *Reich Speaks of Freud*, pp. 59-60, y la entrevista con Richard Sterba.

anhelo incontrolado de prioridad''[86], es indudable que Adler dio un traspiés a la hora de distinguir a Freud como hombre, falible y con defectos humanos, del psicoanálisis como corpus de conocimientos. Cuando Lou Andreas-Salomé llegó a Viena, al principio visitó tanto a Freud como a Adler. (Freud le había concedido una dispensa especial que le permitía asistir a las reuniones de las dos Sociedades.) Una carta dirigida a Lou muestra la comprensión por parte de Adler de parte de lo que había ocurrido:

> Comparto la valoración que hace usted de la importancia científica de Freud, pero sólo hasta llegar al punto a partir del cual me fui separando de él cada vez más. Indudablemente, su modelo heurístico es importante y útil como tal... Pero, además de eso, la escuela de Freud ha considerado la fraseología sexual como el núcleo de la cuestión. Puede ser que Freud como hombre haya provocado una actitud crítica en mí. No puedo lamentarlo [87].

Los discípulos de Freud que lo abandonaron pensaron que se habían dejado seducir por su modo de pensar, y reaccionaron con irritación. Adler, ante su problema con Freud, adoptó una actitud de rebelión y, después, de deserción.

Adler compartía plenamente la preocupación de Freud por las prioridades. Lou Andreas-Salomé indicó que Adler afirmó haber descubierto la ''ambivalencia'' antes que Bleuler[88], y, en una carta dirigida a ella, Adler exponía con claridad su resentimiento contra Freud:

> Desgraciadamente, mi posición con respecto a la escuela de Freud nunca ha tenido oportunidad de tener en cuenta sus argumentos científicos. Lo único que veo, lo único que ven mis amigos es una apropiación de lo ajeno y hurto constantes y todas las demás jugarretas científicas... ¿Por qué intenta esa escuela tratar nuestras concepciones como propiedad común, mientras que nosotros hemos insistido siempre en los errores de *sus* opiniones...? ¡Mis opiniones pueden estar equivocadas! Pero, ¿es ésa una razón suficiente para, además, robármelas?[89].

Algunos colegas afirmaron que Adler, mientras era todavía un miembro de la Sociedad de Freud, no había recibido el reconocimiento que merecía, mientras que otros insistían en que no hacía otra cosa que dar una nueva formulación, sin reconocerlo, a las concepciones de Freud[90].

El problema de la necesidad de citar las fuentes de las ideas de cada cual no era nuevo en la vida de Freud o en su círculo. Por ejemplo, Freud usó el término de ''libido'' en su teoría de los instintos para ''describir las manifestaciones dinámicas de la sexualidad''. Según lo que escribió Freud en 1922, ''libido'' había sido ''usado ya por Moll (1898) y fue introducido en el psicoanálisis'' por el propio Freud[91]. La actitud de Freud en aquella ocasión era más que escrupulosa, pues había mencionado el término ''libido'' en una carta a Fliess de 1894 y en un artículo del año siguiente. Albert Moll, un médico berlinés, publicó otro libro, *La vida sexual del niño*, en 1908, y antes de que apareciera había empezado a hacer planes para una nueva revista y convenció a Freud para que colaborara con algunos artículos. Freud estaba deseoso de que un artículo, sobre ''Las teorías sexuales de los niños'', apareciera, en parte a causa de la inminente publicación del nuevo libro de Moll, que, según creía Freud, estaba anunciándose por todas partes[92].

Cuando el libro de Moll apareció, la Sociedad de Viena pasó una tarde comentándolo. Los seguidores de Freud atacaron el libro rotundamente, pero la razón principal no fueron unas pocas críticas a la teoría psicoanalítica que en él figuraban. Muchas de las salvedades de Moll sobre Freud eran mesuradas y acertadas. Pero su condescendencia con respecto a la posición de Freud en la especialidad, a pesar de que rechazaba muchas de las conclusiones de Freud, resultaba irritante. En lugar de intentar aprender del libro de Moll o de responder a los pequeños pasajes de él dedicados a Freud, la Sociedad pasó gran parte del tiempo tratando la cuestión de la rivalidad científica. Un analista acusó a Moll por considerar ''una entrometisión en su dominio personal el hecho de que otra persona haya realizado algo también en esa especialidad''. Otro no encontraba en el libro ''nada original'', sólo una ''reacción'' ante los tres ensayos de *Tres ensayos sobre Teoría sexual* (1905) de Freud. El propio Freud lo consideró

> un libro inadecuado, inferior, y, sobre todo, fraudulento... el auténtico descubridor de la sexualidad infantil fue... Freud; antes de éste, no había la menor alusión a ella en la literatura... Moll recogió la importancia de la sexualidad infantil en *Una teoría sexual*, y después se puso a escribir su libro. Por esa razón, todo el libro de Moll está impregnado del deseo de negar la influencia de Freud.

Por otro lado, sostenían que Moll debió de leer a Freud ''selectivamente'', dado que la argumentación de Moll omitía algunos de sus puntos fundamentales. Freud se quejó de que en el capítulo de Moll sobre la perversión su propio nombre ''no aparece citado. Tampoco cita Moll la conexión de la perversión con la neurosis y la sexualidad infantil. Esa omisión tiene que ser por fuerza intencional: el carácter de Moll es de sobra conocido... Es un individuo mezquino, malicioso y de estrechas miras''. Freud puso incluso la objeción de que Moll no atacaba lo que merecía criticarse en *Tres ensayos sobre Teoría sexual* de Freud. Sobre uno de los propios conceptos de Moll, Freud observó que ''es una gran desgracia, cuando un hombre, como Moll, que carece de ideas originales, tiene una idea por una vez[93].

86 ''On the History'', p. 51. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 373.
87 Citado en Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 33.
88 *Ibid.*, p. 127.
89 Citado en *ibid.*, 160-61.
90 *Minutes*, Vol. II, pp. 251, 580, 510, 579.
91 ''Two Encyclopaedia Articles'', p. 255.
92 Carta de Sigmund Freud a Max Marcuse, 17 de agosto de 1908.
93 *Minutes*, Vol. II, pp. 43-52. Cf. un examen del clima ideológico en que Freud escribió en Stephen Kern, ''Freud and the Discovery of Child Sexuality'', *History of Childhood Quarterly*, Vol. I, Nº 1. (verano de 1973), pp. 117-141.

El día siguiente al de la discusión de *La vida sexual del niño* en la Sociedad de Viena, Freud escribió que consideraba el libro "tan despreciable como fraudulento". El 8 de febrero de 1909, todavía estaba preocupado por su crítico y rival. Según escribió a Abraham, refiriéndose a Moll, Freud no pensaba que "nuestras relaciones con él lleguen a ser muy amistosas". Una recensión sobre uno de los historiales clínicos de Freud en la revista de Moll le había hecho "sospechar que Moll pretende oponerse a nosotros en esa revista y que usa una apariencia de imparcialidad como adorno de su carácter bastante solapado. Varios pasajes de *La vida sexual del niño* merecen verdaderamente una acusación por difamación, pero la mejor forma de contestar es con... prudencia y silencio"[94].

En abril de 1909, Moll visitó a Freud en Viena, pero, tal como cuenta éste, la "entrevista acabó de mala manera. Llegamos a pronunciar palabras mayores, y se marchó de repente, después de haber segregado rápidamente mucho veneno. Tuve casi la impresión de que pensaba que estaba protegiéndonos, ante lo cual me exalté un poco"[95]. Freud describió la visita con mayor detalle en una carta a Jung:

> Por decirlo sin rodeos, es un bruto; no es un médico realmente, sino que tiene la constitución intelectual y moral de un picapleitos trapacero. Me asombró descubrir que se considera como una especie de protector de nuestro movimiento. Le dije todo lo que pensaba; ataqué el pasaje de su lamentable libro en el que dice que componemos nuestros casos clínicos para apoyar nuestras teorías, y no al revés, y tuve el placer de escuchar sus zalameras excusas: que si su afirmación no pretendía ser un insulto, que si todos los observadores se ven influidos por sus ideas preconcebidas, etc. Después se quejó de que yo era demasiado susceptible, y dijo que debía aprender a aceptar las críticas justificadas; cuando le pregunté si había leído el de "El pequeño Hans", se enroscó en varias espirales, se volvió cada vez más venenoso y, por fin, para mi alegría, se levantó bruscamente y se preparó para marcharse. En la puerta esbozó una sonrisa forzada e hizo un intento infructuoso de quedar bien preguntándome cuándo iría yo a Berlín. Figúrese si debe estar deseoso de devolverme la hospitalidad, pero, a pesar de todo, no me sentí del todo satisfecho al verlo marcharse. Había dejado tufo en la habitación como el propio diablo, y en parte por falta de práctica y en parte porque era mi invitado no le había zurrado bastante. Desde luego, ahora podemos esperar de él toda clase de faenas...[96].

En 1914 Freud llegó a la inverosímil conclusión de que la Sociedad de Moll en Berlín estaba "destinada a conseguir el reconocimiento para Fliess". Freud pensaba: "debemos permanecer independientes a toda costa y mantener nuestros derechos iguales", pero reconoció que "en última instancia conseguiremos unirnos a todas las ciencias paralelas"[97]. Años después, en 1926, Freud abandonó el Comité Internacional para la Preparación de Congreso sobre Investigaciones Sexuales por la razón de que Moll iba a dirigir el Congreso; según escribió Freud, era una persona que

94 *Letters of Freud and Abraham*, pp. 58, 73-74.
95 *Ibid.*, p. 78.
96 *The Freud/Jung Letters*, p. 223.
97 *Letters of Freud and Abraham*, p. 171.

deseaba evitar. Freud dijo que, según le habían contado, en una conferencia de prensa el Dr. Moll había hecho algunas observaciones "maliciosas e impertinentes" sobre el psicoanálisis. Freud quería que la organización conociese los motivos de su decisión[98]. Los discípulos de Freud también boicotearon la reunión, pero Adler asistió a ella y fue uno de los oradores[99].

¿Cómo hemos de entender la actitud de Freud en la controversia con Moll y en algunas de las otras dificultades de su vida? Aun reconociendo la inevitable hostilidad que hasta una innovación despreciable puede provocar —por no citar una revolución en la historia de las ideas—, parece legítimo preguntarse cómo pudo ser que Freud se viera metido en tantos altercados. En primer lugar, era extraordinariamente susceptible a las críticas, ya procedieran del crítico menos importante o de aquellos con respecto a los cuales tenía razones para sentirse seguro. Ellenberger ha escrito que ni siquiera en la década de 1890

> Existen testimonios de que Freud estuviera realmente aislado, y menos todavía de que lo trataran mal sus colegas durante aquellos años... [Freud tenía] una profunda intolerancia hacia cualquier tipo de crítica... Cuando C. S. Freund publicó un artículo sobre las parálisis psíquicas, Freud lo consideró "casi un plagio", a pesar de que el artículo exponía una teoría completamente diferente de la de Freud, a quien el autor cita incluso en ese sentido[100]

Puede ser que no se apreciara a Freud adecuadamente en Viena, especialmente en sus primeros tiempos, pero para finales de la Primera Guerra Mundial era mundialmente famoso. Max Graf contó que "en aquella época [la primera década del círculo de Freud] cuando alguien citaba el nombre de Freud en una reunión vienesa, todo el mundo se echaba a reír, como si hubiera contado un chiste"[101]. En los círculos psiquiátricos, en particular, Freud siguió siendo un extraño en Viena. En 1924 Freud dijo que "a consecuencia del anatema oficial contra el psicoanálisis... los analistas empezaron a sentirse más unidos"[102]. Quizás exista una analogía en esto con la actitud de Freud hacia su naturaleza judía: "mientras no se admita a los judíos en los círculos gentiles", cuentan que dijo, "no les queda más remedio que estrechar las filas entre ellos"[103].

Sin embargo, Freud podía exagerar la amplitud e intensidad de la oposición a él y a su obra, de igual forma que es probable que exagerara el

98 Carta de Sigmund Freud a Max Marcuse, 26 de noviembre de 1926.
99 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 849.
100 *Ibid.*, p. 448.
101 Graf, "Reminiscences of Professor Sigmund Freud", p. 469.
102 "An Autobiographical Study", p. 50.
103 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 144.

papel que el antisemitismo había desempeñado en su vida. En 1915, cuando un científico a quien Freud dijo haber "rechazado como discípulo hacía algunos años, porque parecía ser demasiado anormal" recibió el Premio Nobel, Freud observó que "sería ridículo esperar una señal de reconocimiento, cuando las tres cuartas partes del mundo están contra uno"[104]. Al tiempo que Freud se preocupaba tanto de lo que sus "rivales" declaran ante el mundo" y tenía una opinión tan alta de su importancia como para escribir que "lo que nos une contra el mundo es nuestro convencimiento de la importancia de la libido", también estaba convencido de que "todas las teorías sacrifican algo, cuando se vuelven populares"[105].

"Mucho después de que su obra hubiera obtenido amplio reconocimiento, Freud siguió actuando como un hombre que se enfrentara diariamente al peligroso fuego del enemigo"[106]. En 1936, cuando se acercaba el octogésimo cumpleaños de Freud, no esperaba con interés la festividad: "qué absurdo es intentar compensar todos los malos tratos infligidos durante toda una vida celebrando una fecha tan discutible. No, mejor es que sigamos siendo enemigos"[107]. Unos meses después Freud observó que Peter Schmidt, a quien Freud llamaba su "archienemigo", acababa

de recibir la condecoración austríaca del mérito artístico y científico por sus mentiras en el dominio de la etnología. Evidentemente, está destinada a consolarle por el hecho de que la providencia me ha permitido alcanzar la edad de ochenta años. El destino tiene sus propios modos de volverle a uno altruista. Cuando mi maestro Ernst Brücke recibió esa condecoración, en medio de mi admiración tomé conciencia de mi incipiente deseo de recibir el mismo honor algún día. Hoy me conformo con haber sido responsable indirectamente de que otro lo reciba[108].

Como otros, Freud estaba convencido de que su mejor obra provocaría las críticas más severas; para él la oposición era una señal de reconocimiento. Resulta difícil averiguar qué fue primero: la actitud tremendamente provocativa de Freud o los feroces ataques contra él. "Como hace tiempo que he reconocido que el destino inevitable del psicoanálisis es fomentar la contradicción y provocar encono, he llegado a la conclusión de que debo ser el auténtico creador de todo lo que es característico de él"[109].

Freud se crecía con la oposición, ya procediera de los maestros, de las resistencias de los pacientes, de los discípulos desviacionistas o del mundo exterior. Cuentan que hizo la observación a un paciente favorito de que "la oposición franca, e incluso los insultos, eran preferibles con mucho a

104 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 189-90.
105 *Letters of Freud and Abraham*, p. 352; Binswanger, *Freud*, p. 30; *Letters of Freud and Abraham*, p. 64.
106 Puner, *Freud*, p. 212.,
107 *Letters of Freud and Zweig*, pp. 122-23.
108 *Ibid.*, p. 130.
109 "On the History", p. 8.

verse desairado en silencio"[110]. "Cuantos más enemigos, más honor", escribió. "Si la época del 'Reconocimiento' llegara sería al presente lo que el extraño encanto del infierno es al bendito aburrimiento del paraíso. (Naturalmente, quiero decir lo contrario)"[111]. Mientras que para algunos la existencia de enemigos sería incómoda, si no un infierno, a otros podría parecerles como el paraíso. El hecho de verse atacado puede ser, psicológicamente, una garantía de que se tiene algo que vale la pena defender. El hecho de tener enemigos puede ser también una ventaja a la hora de tratar la agresividad interna; se puede centrar la ira dispersa en un objeto externo y al mismo tiempo no sentirse agobiado por la culpabilidad, dado que el rival merece que uno se irrite con él y, aun así, uno no lo lastima. Paradójicamente, la existencia de enemigos puede aliviar a uno de la tensión interior.

Freud recalcó su aislamiento, fundamentalmente porque le gustaba; prefería "retener" los conceptos hasta haberlos pensado hasta el final. Pero en el momento de su divulgación, podría ser que tuviera que renunciar a su "derecho a la prioridad con respecto a esa idea"[112]. Freud podía olvidar que había inspirado ideas a otros, de igual forma que le costaba trabajo recordar sus propias fuentes.

Para un psicólogo tan interesado por la memoria, los recuerdos falsos (o "paramnesias", como él las llamó) sobre los orígenes de las ideas eran dignos de mención; la ilusión de recordar acontecimientos es complementaria de las amnesias, de las lagunas en la memoria. Según Freud, los recuerdos ilusorios eran más que nada como las extrañas sensaciones de *déja vu*: esas extrañas impresiones de haber experimentado algo anteriormente; Freud consideró las ilusiones de "*'fausse reconnaissance', 'déja vu', 'déja raconté'* etc., en que tratamos de aceptar algo como perteneciente a nuestro yo, de igual forma que en las desrealizaciones estamos deseosos de mantener algo fuera de nosotros"[113]. Freud pensaba que tras esas ilusiones hay recuerdos y fantasías inconscientes. Antes de la ruptura con Freud, Adler describió un tipo específico de plagio inconsciente que era aplicable a la difícil situación de los primeros analistas, cualesquiera que fuesen sus buenas intenciones:

algo que el plagiario conocía le parece ajeno a él. El mecanismo... se remonta al mismo origen: a la ambición insatisfecha, al sentimiento de inferioridad, y a una sensación que puede expresarse de la siguiente forma: no puedo soportar la idea de no haber sido el primero que dijera determinada cosa[114].

Freud intentó mantener una actitud recta en su relación con los

110 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 122, 110-11.
111 Citado en *ibid.*, p. 45. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 178.
112 *Minutes*, Vol. II, pp. 516, 461-62.
113 "A Disturbance of Memory on the Acropolis", p. 245.
114 *Minutes*, Vol. II, p. 536.

predecesores. Era característico de su estilo narrativo comenzar un libro o un artículo citando autoridades anteriores sobre el tema. Esa técnica de la exposición no sólo constituía un criterio para sus propias contribuciones, sino que, además, servía para incluir las concepciones rivales dentro de su propio sistema incipiente.

Para un hombre tan amante de la verdad, el peligro de ser culpable de hurto intelectual no era una cuestión trivial. "En vista de las extensas lecturas de mi juventud", escribió en su vejez, "nunca puedo estar seguro de si lo que consideré una creación nueva podría ser un efecto de criptoamnesia [los canales ocultos de la memoria]"[115]. En el caso de un escritor austríaco ahora olvidado, Josef Popper-Lynkeus, Freud se mostró generoso al señalar el paralelismo (tanto en la oportunidad como en el contenido) entre sus descripciones independientes de los sueños; de ese modo, reveló Freud, "la originalidad de muchas de las nuevas ideas empleadas por mí en la interpretación de los sueños y en el psicoanálisis se ha esfumado..."[116]

Freud reconoció también francamente que el filósofo Arthur Schopenhauer había sido un precursor del psicoanálisis. "Probablemente muy pocas personas pueden haber comprendido la trascendental importancia para la ciencia y la vida del reconocimiento de los procesos mentales inconscientes". En tono semejante al que en otro tiempo habría mostrado su respeto Breuer, Freud declaró que "sin embargo, hemos de apresurarnos a añadir que no fue el psicoanálisis el primero en dar ese paso".

Hay filósofos famosos a los que podemos citar como precursores: ante todo, el gran pensador Schopenhauer, cuya "Voluntad" inconsciente es equivalente a los instintos mentales del psicoanálisis. Además, ese mismo pensador fue el que en palabras de expresividad inolvidable advirtió a la humanidad la importancia, todavía tan subestimada por ella, de su deseo sexual. La única ventaja del psicoanálisis es que no ha afirmado esas dos proposiciones, que son tan inquietantes para el narcisismo —la importancia psíquica de la sexualidad y el carácter inconsciente de la vida mental— a partir de una base *abstracta*, sino que las ha demostrado en cuestiones que afectan personalmente a todos los individuos y les fuerzan a adoptar alguna actitud hacia esos problemas. Sin embargo, precisamente por eso se granjea la aversión y las resistencias que todavía hacen que se adopte una actitud de temor reverente ante el nombre de ese filósofo [117].

No fue Freud el primero en reconocer a Schopenhauer como un precursor del psicoanálisis, sino su leal seguidor Otto Rank:

Con toda seguridad, la teoría de la represión se me ocurrió independientemente de fuente alguna; no puedo citar impresión exterior alguna que podría habérmela sugerido, y durante mucho tiempo pensé que era enteramente original, hasta que Otto Rank (1911) nos mostró un pasaje de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, en que este filósofo

115 "Analysis Terminable and Interminable", p. 245.
116 "Josef Popper-Lynkeus and the Teory of Dreams", p. 261.
117 "A Difficulty in the Path of Psychoanalysis", pp. 143-44.

intenta dar una explicación de la locura. Lo que en él dice sobre la resistencia a aceptar un retazo inquietante de realidad coincide con mi concepción de la represión tan completamente, que una vez más debo la suerte de haber hecho un descubrimiento al hecho de no ser muy leído. Ahora bien, otros han leído el pasaje y han pasado por él sin hacer ese descubrimiento, y quizás me habría ocurrido lo mismo a mí, si en mi juventud hubiera tenido más inclinación a leer obras filosóficas.

Quizás Friedrich Nietzsche fuera un antecedente todavía más evidente de Freud como psicólogo de las profundidades, y Freud explicaba a continuación:

En años posteriores me he negado el enorme placer de leer las obras de Nietzsche, con el objeto deliberado de no verme entorpecido a la hora de elaborar las impresiones recibidas en el psicoanálisis por clase alguna de idea anticipatoria. Por consiguiente, tuve que estar preparado —y lo estoy, con gusto— para olvidar todos los derechos a la prioridad en los numerosos casos en que la laboriosa investigación psicoanalítica lo único que puede hacer es confirmar las verdades que el filósofo reconoció por intuición [118].

Las penetrantes visiones de Nietzsche resumen sucintamente muchos de los conceptos que Freud logró a costa de mucho esfuerzo: el hecho de que lo mejor que hay en nosotros se encuentra en nuestro yo más primitivo; la agresión dirigida hacia adentro como origen de la formación de la ética y de la conciencia; y la forma como reprimimos los recuerdos que pugnan con nuestro orgullo. Los pacientes y discípulos [119] solían enseñar esos pasajes a Freud.

En las dos reuniones de la Sociedad de Viena relativas a Nietzsche en 1908, Freud describió su forma personal de trabajar. Según cuentan las *Actas* Freud dijo que deseaba recalcar

su propia relación peculiar con la filosofía: su naturaleza abstracta le resulta tan desagradable, que ha renunciado al estudio de la filosofía. No conoce la obra de Nietzsche; los intentos ocasionales de leerla quedaron sofocados por un exceso de interés. A pesar de las numerosas semejanzas que muchas personas han señalado, puede asegurar que las ideas de Nietzsche no han tenido la más mínima influencia en su obra [120].

Freud pensaba que "nadie había conseguido nunca el grado de introspección logrado por Nietzsche, ni es probable que vuelva a conseguirse de nuevo". Desde luego, Nietzsche era un moralista, y Freud declaró ser por encima de todo un científico. Pero Freud repitió que "nunca ha sido capaz de estudiar la obra de Nietzsche, en parte por la semejanza de las penetrantes visiones intuitivas de Nietzsche con nuestras laboriosas investi-

118 "On the History", pp. 15-16.
119 "Notes upon a Case of Obsessional Neurosis", p. 184. Entrevista con Heinz Hartmann, 18 de octubre de 1965.
120 *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society*, ed. Herman Nunberg y Ernst Federn, Vol. I (Nueva York: International Universities Press; 1962) (a partir de aquí citado como *Minutes*), pp. 359-60.

gaciones, y en parte a causa de la riqueza de ideas, que siempre ha impedido a Freud pasar de la mitad de la primera página, siempre que ha intentado leerla''[121]. En 1924 pensaba que

> no hay que achacar las grandes coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer... a mi conocimiento de sus doctrinas. Leí a Schopenhauer en época muy avanzada de mi vida. A Nietzsche, otro filósofo cuyas conjeturas e intuiciones coinciden con frecuencia de forma asombrosa con los laboriosos descubrimientos del psicoanálisis, lo evité durante mucho tiempo, por esa razón precisamente; me preocupaba menos la cuestión de la prioridad que la de mantener mi mente libre de confusión[122].

En algunas ocasiones Freud podía ser extravagante con respecto a sus deudas. En 1930 dijo a un paciente que había tomado todas sus ideas de los novelistas rusos, especialmente de Dostoievski; Freud estaba dispuesto a reconocer que ellos lo sabían todo[123]. Y, sin embargo, le resultaba incómodo verse obligado a leer la literatura importante. En su período de relación con Fliess, Freud había escrito que ''no quiero leer, porque me sugiere demasiadas ideas y me priva de la satisfacción del descubrimiento''[124]. En 1909 Freud escribió a un discípulo que era ''en realidad muy ignorante con respecto a mis predecesores. Si alguna vez nos encontramos arriba, no hay duda de que me recibirán como a un plagiario. Pero'', explicaba Freud, ''constituye un placer tan grande investigar la cosa en sí en lugar de leer la literatura relativa a ella''[125]. Freud solía bromear posteriormente así: ''Inventé el psicoanálisis, porque no había literatura sobre él''[126].

La cuestión de la originalidad y, por tanto, de las prioridades, es inherente a la actividad de cualquier grupo científico. ¿Fue Darwin o Wallace el primero en descubrir la evolución a través de la selección natural? Peor aun: los conductos más verosímiles del plagio no son conscientes. Es demasiado fácil interpretar mal los orígenes de las ideas sin intención fraudulenta. Además, la psicología profunda es un dominio en que muy pocas cosas pueden demostrarse objetivamente; las innovaciones se producen principalmente en relación con la forma como concebimos los procesos mentales. En las ciencias naturales, las contiendas sobre las prioridades por lo menos se refieren a descubrimientos más objetivos[127].

Por otro lado, cuanto más famosos fueran los predecesores que Freud pudiera citar, mayor crédito podría darse a sus propios descubrimientos. Paralelamente a su temprana sensación de identificación con grandes

121 *Ibid.*, Vol. II, pp. 31-32.
122 ''An Autobiographical Study'', pp. 59-60.
123 Entrevista con Irmarita Putnam.
124 *The Origins of Psychoanalysis*, p. 126.
125 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 443.
126 Entrevistas con Helene Deutsch, 11 de junio de 1966, y 21 de enero de 1967.
127 Cf. Roazen, *Hermano animal*, Cap. 3.

guerreros como Napoleón y Aníbal, Freud se concibió a sí mismo dentro de la tradición de grandes hombres de la historia de la ciencia: Kepler, Newton, Copérnico (''a pesar de que algo semejante había afirmado la ciencia alejandrina'') y Darwin[128]. No obstante, Freud pensaba que él, personalmente, había trabajado con especial esfuerzo y aislamiento. Einstein, por ejemplo, ''tenía el apoyo de una larga serie de predecesores desde Newton en adelante, mientras que yo he tenido que cortar a través de la jungla para abrirme cada paso que he dado en solitario''[129]. Freud era profundamente consciente de que la historia no premia invariablemente a sus descubridores; como él dijo, ''el éxito no siempre va acompañado del mérito: América no recibió el nombre de Colón''.

Pero el sentido que Freud tenía de la grandeza histórica no le impedía ser auténticamente modesto personalmente y con autenticidad. Siempre consideró su descubrimiento del psicoanálisis como un golpe de buena suerte: siguió siendo un hombre sencillo que trataba un tema grandioso. Repetidas veces ponía salvedades a sus afirmaciones con expresiones prudentes —''si no me equivoco'' o ''si el futuro lo confirma''— incluso en las ocasiones en que estaba más seguro de sí mismo. Luchó por la causa más que por él mismo. No fue falsa humildad lo que impulsó a Freud a desechar la idea de que era un gran hombre.

> Tengo una elevada opinión de lo que he descubierto, pero no de mí. Los grandes descubridores no son necesariamente grandes hombres. ¿Quién cambió el mundo más que Colón? ¿Qué era? Un aventurero. Es cierto que tenía carácter, pero no era un gran hombre. Así, que, como se ve, uno puede encontrar grandes cosas sin que signifique que sea grande realmente[130].

Tampoco estaba Freud adoptando una pose cuando evitó la lectura de Nietzsche para mantener su mente ''libre de confusión''; no estaba simplemente eludiendo los penosos problemas de las prioridades. El hecho de descubrir a sus predecesores habría acabado con la penetración de la mente de Freud. Después de haberse fijado sus compromisos intelectuales iniciales en la década de 1890, Freud pasó el resto de su vida elaborando sus consecuencias; la protección de su autonomía era esencial para la continuación de su desarrollo. Freud se obstinaba en permanecer independiente y en llevar sus ideas hasta sus últimas consecuencias con lógica y lucidez. De modo, que a veces las contribuciones de otros le parecían ''ajenas'' o incluso ininteligibles; no podía utilizar las ideas ajenas hasta que no se hubiera preparado para ello. Como escribió en cierta ocasión: ''No me resulta fácil abrirme camino por entre ideas con las que no estoy

128 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 285; ''A Difficulty in the Path of Psychoanalysis'', pp. 139-41.
129 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 131.
130 Citado en *ibid.*, Vol. II, p. 415.

familiarizado, y generalmente tengo que esperar hasta haber encontrado un punto de contacto con ellas mediante mis propios senderos complicados''[131].

Algunos grandes hombres piensan que nada es real, salvo en el caso de que ellos mismos lo hayan pensado. Freud no daba buena acogida a las ideas originales de los demás, porque quería pensarlo todo por sí mismo, como parte de su reconstrucción del mundo. Tenía gran necesidad de llegar a puntos nuevos en su trabajo y a su modo, mediante el desarrollo continuo de conceptos ya asimilados. No podía aceptar las ideas ajenas en su forma original, sino que primero tenía que transponerlas a su propia forma de pensar. A través de su serie organizada de proposiciones y mediante las integraciones estructuradas de sus conceptos, el psicoanálisis alcanzó un dinamismo intelectual suyo peculiar.

De hecho, en el desarrollo de las ideas de Freud hubo un ímpetu interior; a pesar de sus excentricidades y trivialidades aparentes, Freud inventó algo que los demás podían construir y usar. Creó su propio mundo, que, sin embargo, no era simplemente para él, sino que tenía también valor objetivo. Es importante recalcar las realizaciones científicas de Freud; como temía a lo infantil, emprendió la tarea de dominarlo.

A Freud no le satisfacía vivir al día, y la capacidad de su pensamiento para avanzar ordenadamente ha dado a su obra una fuerza mayor que la de las psicologías rivales. Incluso su extraordinaria susceptibilidad a las críticas constituyó un componente esencial de su obra. Nada de lo que las otras personas hacían era indiferente para Freud. Recogía hasta las indicaciones más insignificantes mediante las que las personas se expresan, y prestaba la mayor atención a esos aspectos del comportamiento, que con frecuencia pasan desapercibidos; gracias a su minuciosa atención construyó una teoría de la psicología humana de mucho alcance. El hombre que era tan propenso a las resistencias y que a veces podía interpretar equivocadamente las críticas legítimas o exagerar la oposición hostil fue también capaz de percibir con claridad algunos de sus autoengaños.

4. El revisionismo.

Las controversias de hace sesenta años pueden parecer hoy pendencias teológicas anticuadas. La terminología de aquella época psicoanalítica tan alejada es tan ajena a los oídos contemporáneos, que tiende a confundir las cuestiones que se debatían. Con el paso del tiempo resulta engañosamente fácil leer retrospectivamente desarrollos teóricos y clínicos posteriores en función de las concepciones que sostenían entonces Adler y Freud. Y lo

131 *Letters of Freud and Abraham*, p. 345.

peor es que podría parecer en gran medida una controversia semántica; sin embargo, como señaló Lou Andreas-Salomé, ''a veces nos vemos obligados a sospechar que una disputa con respecto a cuestiones terminológicas se produce cuando la auténtica cuestión que se debate es mucho más profunda y en absoluto de carácter terminológico''[132].

En general, Adler insistió en que los problemas emocionales se originaban en gran medida en los conflictos presentes y en las disonancias culturales, más que en el pasado infantil del paciente. ''A Adler no le interesaban las causas de una neurosis, sino sus fines'', lo que para Freud, que tenía una formación biológica, olía a teleología. Adler interpretaba ''cada símbolo como un arma de agresividad parasitaria; la angustia tiene el objetivo inconsciente de imponer atención; es una llamada de ayuda''[133] ''Basándose en la teoría de las ficciones de Hans Vaihinger, Adler interpretó la neurosis no como represión inconsciente, sino como una artimaña deliberada mediante la cual elude uno una tarea abrumadora''[134]. Freud había distinguido lo que llamó el ''beneficio primario'' de una enfermedad, la ventaja que adquiere el yo con la neurosis al no hacer frente a algo penoso, del ''beneficio secundario'', la ventaja que una persona puede obtener posteriormente con la explotación de la neurosis, una vez constituida ésta. En opinión de Adler, el beneficio secundario era el que merecía atención, y, por lo tanto, el remedio práctico estribaba en la intervención activa, el estímulo y el apoyo de corta duración por parte del terapeuta. Por valioso que eso fuera como complemento del enfoque de Freud, la opinión de Adler de que la esquizofrenia puede considerarse como el resultado de un desánimo extremo[135] indica la relativa debilidad de sus concepciones.

Por oposición al análisis de los problemas, al modo freudiano clásico, Adler subrayaba la importancia de las capacidades sintetizadoras del paciente. Según Lou Andreas-Salomé, Adler hablaba ''de lo que la *psique* hace con *ellas* [guiar las tendencias], mientras que Freud tiene presente lo que *éstas* hacen con la *psique*''[136]. Adler ''insistía siempre en que la 'totalidad' del paciente era la clave para sus síntomas y, de hecho, verdaderamente no atribuía valor a los síntomas separados de la personalidad individual''[137]. Adler recalcó ese aspecto de su pensamiento en el nombre que escogió para su escuela: Psicología Individual. Para él, el individuo representaba ''una totalidad unificada, todas cuyas partes cooperan de cara a un fin común''[138].

132 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 43.
133 Weigert, ''Dissent in the Early History of Psychoanalysis'', pp. 35, 351.
134 Johnston, *The Austrian Mind*, p. 256.
135 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 617.
136 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 88.
137 Bottome, *Alfred Adler*, p. 72.
138 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 600.

Adler se propuso ayudar a los pacientes con sus sentimientos de inferioridad, y sacarlos del aislamiento que suponía su preocupación por sí mismos para que participaran en la vida de la comunidad. Gracias al cultivo del sentido social y del servicio a la sociedad, se podía superar el egoísmo. Adler se opuso a la que consideró forma egocéntrica de enfocar el mundo propia de Freud; para Adler, la psicología de Freud era la de un "niño consentido", que no entiende que dar es mejor que recibir; "Adler consideraba [el complejo de Edipo] como el resultado de la educación imperfecta recibida por un niño mimado"[139]. Freud concebía al individuo realizando grandes cosas en solitario y consideraba la cultura como resultado de la frustración de los instintos. Postuló que la homosexualidad sublimada desempeñaba algún papel en la formación de los vínculos sociales: "Las tendencias homosexuales... se combinan con partes de los instintos del yo,... con lo que aportan un factor erótico a la amistad y la camaradería, al *esprit de corps* y al amor de la humanidad en general"[140]. En 1909, cuando Adler era todavía miembro del círculo de Freud, presentó un artículo sobre un tema favorito, el marxismo. En aquella época, Freud dijo que "su actitud hacia esas lecturas, que amplían nuestro horizonte, tiene por fuerza que ser receptiva"[141]. Sin embargo, después de su separación, aludió a la "prehistoria socialista"[142] de Adler como causa de sus problemas.

La técnica terapéutica de Adler estaba menos definida que la de Freud; pero Adler miraba a los pacientes cara a cara, los intervalos entre las sesiones eran mayores, y la propia terapia era más corta. Lou Andreas-Salomé puso en contraste los dos enfoques de este modo: "Freud y Adler... difieren con respecto al método terapéutico como el bisturí del ungüento"[143].

En cierto sentido, los objetivos de Freud como terapeuta eran modestos. Como advirtió correctamente con relación a los adlerianos, "en su separación del psicoanálisis, una sección de los analistas de Viena parece haber llegado a una especie de combinación de la medicina y la educación"[144]. En lugar de la pedagogía, Freud propuso su método específico de tratamiento, que aspiraba a enriquecer al paciente desde dentro. Freud consideraba el enfoque de Adler semejante al del clero:

> Ambos procedimientos, cuyo poder procede de estar basados en el análisis, tienen un lugar en la psicoterapia. Nosotros, los analistas, nos fijamos como objetivo el análisis más completo y profundo posible de quienquiera que sea nuestro paciente. No tratamos de prestarle auxilio admitiéndolo en la comunidad católica, protestante o socialista. Al contrario, lo que tratamos de hacer es enriquecerlo a partir de sus propias fuerzas internas, poniendo a disposición de su yo las energías que, a causa de la represión, están confinadas de forma inaccesible en su inconsciente, así como aquellas que su yo se ve obligado a malgastar en la infructuosa tarea de mantener dichas represiones[145].

139 *Ibid.* p. 613.
140 "Psychoanalytic Notes on an Autobiographical Account", p. 61.
141 *Minutes*, Vol. II, p. 174.
142 "On the History", p. 61.
143 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 62.
144 "On the History", p. 38.

La posición freudiana era la de que los analistas "no pueden guiar a los pacientes a su [síntesis]; mediante la labor analítica lo único que podemos hacer es prepararles para ello"[146]. Freud hacía una clara distinción entre la ética y la ciencia, y posteriormente los adlerianos le parecieron "bufones... que publican libros sobre el significado de la vida (!)..."[147] Freud pensaba que "en el momento en que uno se pregunta por el sentido o el valor de la vida está enfermo, dado que objetivamente ni uno ni otro tienen existencia. Al hacerlo, estamos reconociendo un excedente de libido insatisfecha..."[148] La predicación a los pacientes indicaba una regresión a formas de terapia prepsicoanalíticas y constituía un obstáculo para el progreso de la comprensión científica.

Según Jones, Adler era "un hombre con considerables dotes de observación psicológica de tipo superficial; tenía poca capacidad para la penetración profunda"[149]. De hecho, parece ser que Adler tenía una comprensión práctica e intuitiva de la naturaleza humana, mientras que todo el mundo reconoce que Freud era un mal *Menschenkenner*, un "mal conocedor de los hombres"[150]. Sin embargo, Adler tenía un conocimiento de la humanidad basado en algo más que en el sentido común, aunque cabe pensar que esa clase de talento no sería ninguna desventaja para un psicólogo; sus contribuciones a la psicología no fueron despreciables en absoluto.

Si se les pidiera que defendieran a Freud de las críticas de Adler, los analistas contemporáneos se encontrarían en una posición embarazosa. El concepto de "libido", tan apreciado por Freud, raras veces aparece hoy en la literatura profesional. En 1954 un analista ortodoxo destacado sostuvo que "en comparación con el pasado, ahora prestamos mayor atención no sólo a la primera infancia, sino también a los acontecimientos y conflictos que se hayan producido en la vida posterior de nuestros pacientes y en el presente"[151]. Erik Erikson subraya lo que él llama los "aspectos prospec-

145 "The Question of Lay Analysis", p. 256.
146 Ernst Kris, "Some Vicissitudes of Insight in Psychoanalysis", Vol. *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 37, Parte 6 (noviembre-diciembre de 1956), p. 453.
147 *Letters*, p. 401.
148 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 465.
149 Jones, *Free Associations*, p. 217.
150 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 412.
151 Rudolph Loewenstein, "Some Remarcks on Defense, Autonomous Ego and Psychoanalytic Technique", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 35, Parte 2 (1954), p. 189.

tivos del ciclo vital''. En el primer período del psicoanálisis, ''se recalcaban mucho más las tendencias regresivas en la vida humana... que lo que inclina a un niño a salir del pasado, de la familia y a participar en experiencias más amplias''[152]. Ya no constituye una herejía para los psicoanalistas practicar una psicoterapia de apoyo y de corta duración.

Un movimiento que haya tenido éxito puede apropiarse conceptos de todas las procedencias, y los discípulos de Freud recogieron las ideas de Adler, a pesar de que puede que no fueran conscientes de lo que estaban haciendo. A Adler le interesaban los que ahora se conocen como ''problemas del carácter''. Pero ''en 1914 Freud todavía creía que el psicoanálisis no podía explicar otra cosa que los síntomas neuróticos, no la personalidad total''[153]. Aunque Freud practicó sus ideas con fervor, y creyó haber encontrado ''la verdad'', aun así negó con modestia haber construido un ''sistema completo''; no era un pensador completo, sino que centraba su atención en las ''lagunas'' que otros habían pasado por alto[154]. Como escribió en cierta ocasión en defensa de sí mismo,

> las teorías completas no caen del cielo ya hechas y tendríamos todavía mayores razones para sospechar, si alguien nos presentara una teoría impecable y completa al comienzo mismo de sus observaciones. Semejante teoría sólo podría ser fruto de su especulación y no de un examen de los hechos sin ideas preconcebidas[155].

Por el contrario, la teoría de Adler ''era desde el comienzo mismo un 'sistema', cosa en la que el psicoanálisis procuró no convertirse''[156]. Freud criticó a Adler por interesarse excesivamente en la psicología normal:

> El psicoanálisis nunca ha pretendido proporcionar una teoría completa de la mentalidad humana en general, sino que ha esperado sólo que lo que ofrecía fuera aplicable para completar y corregir los conocimientos adquiridos por otros medios. Sin embargo, la teoría de Adler va más allá de eso; intenta explicar de un plumazo el comportamiento y el carácter de los seres humanos, así como sus enfermedades neuróticas y psicóticas[157].

La herejía de aquella época ha pasado a ser la ortodoxia de hoy; una de las tesis principales de la psicología del yo contemporánea es que podamos basarnos en la obra de Freud para aplicar la adaptación lograda así como los defectos de funcionamiento que aparecen en la práctica clínica.

Adler fue un precursor con su interés en el yo como órgano de la mente, y pensó, proféticamente, que ese concepto ayudaría a acabar con la separación entre lo patológico y lo normal. Según Lou Andreas-Salomé,

152 Erikson, *Dialogue with Erik Erikson*, pp. 100, 27.
153 Weigert ''Dissent in the Early History of Psychoanalysis'', p. 350.
154 *Minutes*, Vol. II, p. 441.
155 ''Five Lectures on Psychoanalysis'', p. 20.
156 ''On the History'', p. 52.
157 *Ibid.*, p. 50.

Adler habló de ''símbolos del yo'', en lugar de símbolos disfrazados de yo[158]. Adler parece ahora casi contemporáneo por las consecuencias que sacó de la psicología del yo para la comprensión de los niños; como Anna Freud muchos años después, sacó la conclusión de que era ''enormemente difícil diferenciar los defectos de los niños de los síntomas neuróticos''[159]. Y, como los psicólogos actuales que estudian los sueños, Adler se interesaba en la función de resolver conflictos propia de los sueños[160]. No es de extrañar que, cuando la psicología del yo pasó a ser una rama legítima del psicoanálisis, los discípulos de Freud tuvieran la sensación de que se les pudiera acusar de ''volverse adlerianos''[161].

Adler no es una figura poco importante de la historia de la psicoterapia. Para 1920 había dirigido sus esfuerzos a establecer consultas con maestros de escuela; siempre le había intrigado la psicología del grupo familiar, era ''partidario de tratar a los niños en su casa, y, hablando en general, su insistencia en los factores sociales lo convierte en un precursor de la psiquiatría de grupo actual. (Los llamados neofreudianos, como Harry, S. Sullivan, Karen Horney, Erich Fromm y Clara Thompson formaban parte, todos ellos, de esa corriente de pensamiento)''[162]. Además de su obra inicial sobre los ''instintos del yo'', que Freud reconoció haber descuidado hasta entonces, Adler formuló el ''instinto de agresión'' mucho antes de que Freud hablara de un concepto semejante[163] (si bien para la década de 1930 Adler había abandonado su propia teoría anterior).

Examinando retrospectivamente la controversia entre Freud y Adler, se parece más que nada a lo que Freud calificó de narcisismo de las pequeñas diferencias: una disputa entre hombres que están tan próximos uno al otro, que se sienten obligados a compararse, pero que consideran sus diferencias como reproches o críticas implícitas. La leyenda de los estudiantes que abandonaron a Freud contribuyó posteriormente a la unidad de su movimiento. Como el propio Freud sabía:

> Siempre es posible unir a un elevado número de personas por el amor, mientras existan otras personas que reciban las manifestaciones de su agresividad... precisamente las comunidades con territorios contiguos, y relacionadas mutuamente también de otros modos, son las que sostienen rencillas constantes y se ridiculizan mutuamente...[164].

Freud persiguió a Adler con toda la venganza de su apasionada naturaleza. Freud consideraba a Adler con desprecio, como un traidor y un

158 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 35.
159 *Minutes*, Vol. II, p. 322.
160 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, pp. 579-80.
161 Ernst Kris, ''Book Review of Anna Freud's *The Ego and the Mechanisms of Defence*'', *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 19 (1938), p. 142.
162 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, pp. 638-39.
163 *Minutes*, Vol. II, pp. 260, 266, 321.
164 ''Civilization and Its Discontents'', p. 114.

desertor. Y carece de importancia saber si Adler se separó del psicoanálisis o si fue expulsado, dado que ambos elementos intervinieron en lo que ocurrió.

En la década de 1930 los discípulos de Freud procedían principalmente del extranjero, y su fama era más firme en el mundo en general que en su ciudad natal. (Se ha dicho que la Sociedad Psicoanalítica de Viena sigue siendo incapaz de atraer a los jóvenes[165].) En Viena, Adler consiguió una posición firme entre las clases trabajadoras, mientras que Freud era un psicólogo destacado de los intelectuales judíos burgueses. A Adler siempre le había interesado la educación, y muchos admiraban la escuela adleriana para niños y la consideraban la mejor de Viena. Sin embargo, el éxito de Adler en Viena hizo que su grupo se viera más expuesto a la devastación de los nazis, mientras que el movimiento psicoanalítico supranacional pudo sobrevivir mejor del holocausto europeo.

Freud nunca perdonó a los miembros de su Sociedad que la abandonaron con Adler. Paul Klemperer afirmó que Freud se negaba incluso a mirarlo en la calle, lo que coincide con el comportamiento de Freud para con Breuer[166]. (Cuando Jones cita el "huracán de oposición" que Freud tuvo que soportar y el hecho de que "le negaran el saludo en la calle, lo excluyeran y no le hicieran caso"[167], tenemos por fuerza que preguntarnos cuál fue la verdad en realidad.) Klemperer fue a América y regresó a Viena después de la Primera Guerra Mundial; aunque su primo, Paul Federn, era leal a Freud e intercedió en favor de Klemperer, Freud se negó firmemente a recibirlo"[168]. En opinión de Freud, Adler era un hereje y Klemperer se había pasado al enemigo. Como señaló Sachs, "todas las rupturas con un antiguo amigo en la vida de Freud eran definitivas"[169].

Y, sin embargo, Freud nunca olvidó completamente a un antiguo aliado. Inmediatamente después de la riña en 1911, Freud empezó a desquitarse en sus notas a pie de página. Ernst Oppenheim era otro miembro de la Sociedad que la abandonó en el momento de la disputa con Adler. Una referencia a Oppenheim apareció en una nota a pie de página en la edición de 1911 de *La interpretación de los sueños*, pero nunca después. Como James Strachey sabía, esta "omisión... se explica indudablemente por el hecho de que poco después Oppenheim se convirtió en un partidario de Adler..."[170] Para Freud aquélla no era una cuestión insignificante, pues se tomaba muy en serio las referencias en sus escritos.

165 Entrevista con Willy Hoffer, 29 de junio de 1965.
166 Cf. la entrevista de Kurt Eissler con Paul Klemperer.
167 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 107.
168 Entrevista con Ernst Federn.
169 Sachs, *Freud*, pp. 120-21.
170 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 621; "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 12, p. 178.

Oppenheim había escrito también en colaboración con Freud un artículo corto, "Los sueños en el folklore", que desapareció del mapa y no se publicó hasta 1958.

Para con Adler, Freud fue tan inflexible como considerado había sido en otro tiempo. Por ejemplo, en una nota a pie de página de un historial clínico publicado originalmente en 1909, Freud se refería a "mi colega, el Dr. Alfred Adler". En la siguiente edición de dicho historial clínico, en 1913, Freud hizo un cambio cuidadoso: entonces era "el Dr. Alfred Adler, que antes fue analista..."[171] Freud eliminó también algunas citas de la obra de Adler[172]. Pero aquello era una pequeña señal de hasta qué punto había llegado a despreciar al "pequeño Adler". En una carta de 1912 vemos a Freud decir que "tengo que calmar constantemente mi irritación personal y debo protegerme de las que provoco en otras personas". A continuación Freud se refería a la "ignominiosa deserción [de Adler]... [es] un pensador de talento, pero también un paranoico malicioso..."[173].

Freud era furibundo, pero se controlaba a sí mismo. En su ensayo de 1914 "Sobre el narcisismo", hizo una pausa para comentar (como crítica de Adler) que existían casos de neurosis "en que la [protesta masculina] o, como nosotros la consideramos, el complejo de castración, no desempeña papel patógeno, e incluso no aparece en absoluto". Cuando, en 1926, le pidieron que diera una interpretación de esa oración, mucho después de la pelea con Adler, Freud dijo que se "encontraba en una posición embarazosa" con respecto a la cuestión de "si hay neurosis en que el complejo de castración no intervenga..." Aunque eso había formado parte claramente de su polémica contra Adler, Freud no podía "recordar en qué estaba pensando entonces. Es cierto que hoy no podría nombrar neurosis alguna en que no encontremos ese complejo..."[174]

Todos los artículos y libros de Freud posteriores a 1911 pueden entenderse como parte de una interacción con diferentes adversarios. Pero también criticó explícitamente las opiniones de Adler. Se sintió obligado a advertir a otros contra esa peligrosa desviación con respecto al psicoanálisis, así como a exponer su propia posición. En 1922, por ejemplo, Freud habló de Adler (y de Jung) como dirigentes de movimientos "divergentes con respecto al psicoanálisis", "evidentemente con el objeto de mitigar sus características repelentes". Al mismo tiempo, Freud dijo una vez más que Adler se había limitado a "reproducir muchos factores procedentes del

171 "Notes upon a Case of Obsessional Neurosis", p. 160.
172 Cf. "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 184; "The Psychoanalytic View of Psychogenic Disturbance of Vision" ["Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicopatógenas de la visión"], *Standard Edition*, Vol. 11, p. 218.
173 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 146. Cf. también *Freud/Jung* Letters, pp. 373, 376, 387, 422, 428.
174 "On Narcisism" ["Introducción al narcisismo"], *Standard Edition*, Vol. 14, pp. 92-93.

psicoanálisis con otros nombres...'' Según Freud, ''pronto quedó claro que [las teorías de Adler] tenían muy poco en común con el psicoanálisis, al que estaban destinadas a substituir''. Además, el movimiento de Adler no había ejercido ''influencia permanente sobre el psicoanálisis''[175].

Hubo otros ejemplos de la incapacidad de Freud para olvidar a Adler[176]. Siguió criticándolo; en su obra había pocas cosas nuevas de valor[177]. Los motivos egoístas no eran tan fundamentales como Adler creía, y el narcisismo, no el sentido de inferioridad, era el estado primario original de la infancia[178]. En una virulenta nota a pie de página de 1925 Freud examinó el ''núcleo de verdad'' de la teorización de Adler:

> Esa teoría no vacila en explicar el mundo entero mediante ese único aspecto (''la inferioridad de los órganos'', la ''protesta masculina'', ''el abandono de la línea femenina'') y se jacta de haber quitado de ese modo su importancia a la sexualidad y haber colocado en su lugar el deseo de poder... Por otro lado, hay analistas que alardean de no haber encontrado señal de la existencia de un complejo de castración, a pesar de haber trabajado durante docenas de años. Hemos de hacer una reverencia en reconocimiento de la grandeza de semejante hazaña, aunque sólo sea negativa, un ejemplo de virtuosismo en el arte de pasar por alto y errar. Las dos teorías forman un interesante par de opuestos: en la segunda ni rastro de un complejo de castración, en la primera no otra cosa que sus consecuencias[179].

En una carta de 1924 Freud escribió que un discípulo mostraba ''demasiado respeto por la insignificancia de Adler. Pregúntese simplemente qué diferencia supondría para su obra [de usted], si no hubiera oído usted hablar nunca de la teoría adleriana''[180]. Y, sin embargo, Freud tenía derecho a afirmar su prioridad con respecto a Adler: ''Atribuye usted a Adler la responsabilidad de la conexión entre la ambición y el erotismo uretral. Pues bien, siempre había creído que era un descubrimiento mío''[181].

En 1932 Freud volvió a considerar las ideas de Adler con relativa extensión, a pesar de que la Psicología Individual de Adler tenía ''muy poco que ver con el psicoanálisis, pero, a consecuencia de determinadas circunstancias históricas, lleva una existencia parasitaria a sus expensas... Su propio nombre es inapropiado y parece haber sido producto del descon-

175 ''Two Enciclopaedia Articles'', p. 248.

176 Freud puso objeciones al uso por parte de Helene Deutsch de la expresión ''como si'' en su obra sobre los psicópatas. Deutsch no sabía que Adler había citado con frecuencia el libro de Vaihinger *La filosofía del ''como si''*, razón por la que Freud se oponía a la aparición de esa expresión en un artículo de un discípulo leal.

177 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, p. 507.

178 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 53; ''Totem and Taboo'', *Standard Edition*, Vol. 13, p. 90.

179 ''Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes'', pp. 253-54.

180 *Letters of Freud and Pfister*, p. 95.

181 *Letters of Freud and Abraham*, p. 364.

cierto''[182]. ''Aunque sólo [fuera] porque el complejo de inferioridad... [había] llegado a ser tan popular'' para entonces, Freud se lanzó a otra discusión de él; indudablemente, escribió Freud, ''la sensación de inferioridad que, según se supone, caracteriza particularmente a los neuróticos... ronda especialmente por las páginas de las que se conoce por *belles lettres*'' más que en las de los escritos científicos. Freud pensaba que las ideas de Adler sobre la inferioridad y el objetivo de la perfección podían explicarse entonces de forma más elegante mediante su propio concepto nuevo del superyo; la conciencia y la sensación de culpabilidad pueden considerarse como la consecuencia de agresión dirigida hacia adentro.

> La sensación de inferioridad tiene raíces sexuales profundas. Un niño se siente inferior si nota que no lo aman, y lo mismo le ocurre a un adulto... pero la mayor parte de la sensación de inferioridad se deriva de la relación del yo con su superyo; de igual modo que la sensación de culpabilidad es una expresión de la tensión entre ellos. En conjunto, resulta difícil separar la sensación de inferioridad de la de culpabilidad. Quizás fuera correcto considerar la primera como el complemento erótico de la sensación moral de inferioridad[183].

En una entrevista de aquel mismo año cuentan que Freud fue más lejos que nunca a la hora de desechar la obra de Adler: ''la marcha de Adler no fue una pérdida; Freud no lamentaba que se hubiera ido, pues nunca fue un analista''[184].

Incluso a la muerte de Adler en 1937, un cuarto de siglo después de los debates en la Sociedad, Freud permaneció inflexible y no lo perdonó. Adler había muerto de repente en un viaje a Aberdeen, y Arnold Zweig dijo en una carta a Freud que estaba muy conmovido por la noticia. Freud respondió:

> No entiendo su simpatía por Adler. Que un muchacho judío procedente de un suburbio vienés muera en Aberdeen constituye una carrera sin precedentes y una prueba de lo lejos que había llegado. Realmente el mundo le premió con largueza por haberse opuesto al psicoanálisis[185].

(En 1904 Adler se había convertido al protestantismo; cuentan que se había ''tomado a mal el hecho de que la religión judía se limitara a un solo grupo étnico, y deseaba pertenecer a una universal''[186].) Aunque Jones incluyó el comentario de Freud sobre la muerte de Adler en su biografía, el hijo de Freud, Ernst, censuró el pasaje en el volumen de la correspondencia de Freud con Arnold Zweig, publicado en 1970, sin indicar que hubiera una omisión.

182 ''New Introductory Lectures'', p. 140.

183 *Ibid*,. pp. 65-66.

184 E. A. Bennet, *C. G. Jung* (Nueva York, E. P. Dutton; 1962), p. 56.

185 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 208.

186 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 595.

Los demás discípulos de Freud compartieron su antagonismo hacia Adler; y Adler y sus amigos respondieron con la misma moneda al rencor de Freud. Durante años, al tiempo que formulaba sus propios conceptos, Adler había atacado reiteradamente los de Freud. Adler se jactó incluso de haber "trazado una divisoria entre la Psicología Individual y el psicoanálisis... mucho más nítida que la de Freud"[187]. Un año o dos antes de morir, Adler calificó el psicoanálisis de Freud como esa "basura", "materia fecal"[188]. Por aquella misma época, un admirador de Adler, Abraham Maslow, tuvo una conversación con él en la que en un momento determinado se dijo algo que daba a entender que Adler había sido un discípulo de Freud. Adler "se enfureció, enrojeció y habló en voz tan alta, que atrajo la atención de las demás personas. Dijo que eso era una mentira y un engaño del que acusaba a Freud enteramente, al que entonces llamó estafador, marrullero, maquinador..."[189].

Hoy pocos psicoanalistas se sentirían del todo cómodos si se los identificara con la tradición de Adler[190]. Los más ortodoxos han diferenciado explícitamente la psicología del yo freudiana de cualquier cosa procedente de Adler[191]. El psicólogo del yo americano Ives Hendrick fue una excepción al reconocer que su idea de un "instinto de dominación" era "esencialmente lo mismo que el deseo de poder de Alfred Adler"[192]. Adler, el gran disidente, puso los cimientos de una perspectiva duradera de la psicología humana. Sentía especial compasión por las víctimas de la injusticia social, y consideraba de importancia primordial contribuir a fomentar la dignidad humana. Como Jean-Paul Sartre muchos años después, Adler entendió que las personas, a partir de sus propias insuficiencias y falta de autoestima, pueden sostenerse a sí mismas degradando a otras, y que, cuando se ha tratado de inferior a un grupo o a una clase, esos sentimientos se intensifican y pueden conducir a maniobras compensatorias de las dudas sobre sí mismos. Adler se adelantó a su tiempo en la comprensión de algunos de los fundamentos sociales de la destructividad; por ejemplo, quienes se han ocupado de la raza como fuerza psicológica en

187 Alfred Adler, *Social Interest: A Callange to Mankind,* traducido.

188 Entrevista con Emmanuel Miller, 27 de agosto de 1965.

189 A. H. Maslow, "Was Adler a Disciple of Freud? A Note", *Journal of Individual Psychology,* Vol. 18 (noviembre de 1963), p. 125.

190 Cf. la crítica que hace Kurt Eissler de los conceptos de Franz Alexander por considerarlos adlerianos. "The Chicago Institute of Psychoanalysis", *The Journal of General Psychology,* Vol. 42. (enero de 1950), p. 115.

191 Robert Waelder, "Present Trends in Psychoanalytic Theory and Practice", *The Yearbook of Psychoanalysis,* Vol. 1 (Nueva York: International Universities Press; 1945), p. 87.

192 Ives Hendrick, "The Discussion of the 'Instinct to Master'", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. 12, Nº 4 (1943), p. 563.

el mundo moderno —hombres tan diferentes como Kenneth Clark[193] y Franz Fanon[194] — han reconocido su deuda para con Adler.

5. Tánatos.

Las dificultades entre Freud y Wilhelm Stekel llegaron a su culminación año y medio después de la ruptura con Adler. Sin embargo, sería un error considerar la pelea con Stekel como una réplica de la pelea con Adler. Pues en todas las confrontaciones de Freud, aunque existen continuidades temáticas, las cuestiones específicas y las personalidades que intervinieron difirieron considerablemente.

Wilhelm Stekel (1868-1940), médico en ejercicio en Viena, fue una de las personas más indisciplinadas de las que se incorporaron al grupo de Freud. Al principio fue necesaria cierta falta de equilibrio para interesarse en la obra de Freud por poco que fuera, pues el psicoanálisis era una actividad que se alejaba de lo establecido. Stekel era un escritor de talento y prolífico, así como poeta y músico excelente, y algunas de sus descripciones clínicas tenían gran mérito. Pero su obra era algo periodística, y su interés en la sexualidad fue siempre casi pornográfico; a algunos miembros del movimiento les pareció un personaje dudoso con interés indecente por el material clínico.

"En vistas del valor demostrado por su dedicación a un tema tan mal visto y de tan pocas perspectivas" escribió Freud en 1914, "estaba dispuesto a tolerar a los miembros muchas cosas, a las que, de otro modo, habría puesto objeciones"[195]. En el período en que el apoyo que recibía Freud era escaso se mostraba crédulo con respecto a los elogios al psicoanálisis y sentía una simpatía inmediata por cualquiera que se interesara en sus ideas[196]. Aceptaba toda clase de adulaciones —nunca le parecían exageradas— y, en consecuencia, a veces cometió errores garrafales de juicio sobre algunas personas. Por otro lado, a Freud no le gustaban quienes no tuvieran un carácter moral o ético; y, sin embargo, la aprobación y la admiración, especialmente las procedentes de personas con fantasía e imaginación, lo cautivaban hasta tal punto, que podía dejarse embaucar totalmente.

Stekel había sido en otro tiempo paciente de Freud, por sufrir de lo que

193 Kenneth Clark, "Implications of Adlerian Theory for an Understanding of Civil Rights Problems and Action", *Journal of Individual Psychology,* Vol. 23 (noviembre de 1967). pp. 181-90.

194 Franz Fanon, *Black Skin, White Masks* (Nueva York: Grove Press; 1967).

195 "On the History", p. 26.

196 Cf. la entrevista de Kurt Eissler con Edoardo Weiss.

en diferentes ocasiones Jones calificó de "un penoso trastorno neurótico" y "un estado muy peligroso"[197]. Jones contó que Freud había cometido la indiscreción de hablarle de la perversión sexual de Stekel, a pesar de que Jones pensaba que Freud no debería haberlo hecho; el biógrafo omitió, a su vez, los detalles clínicos[198].

No está del todo claro cuál era el problema de Stekel. En una conversación con un discípulo, el propio Freud excluyó la homosexualidad[199]. En una carta publicada de Freud hay por lo menos una insinuación de que aquello a lo que se refería Jones podría haber sido simplemente la masturbación. "Algún día, cuando yo ya no exista —mi discreción irá conmigo a la tumba—, resultará manifiesto que la afirmación de Stekel sobre el carácter inofensivo de la masturbación desenfrenada se basa en una mentira. Es una lástima que... pero esto es suficiente"[200]. Parece ser que Freud violó deliberada, aunque cautelosamente, la intimidad de aquel antiguo paciente que para entonces se había convertido en un enemigo. (Pero su hijo Ernst, en su edición de las cartas completas de Freud, oscureció aquella indiscreción por ignorancia. En un error editorial, insertó una cláusula en la carta que cambiaba su significado, con lo que reza así: "la afirmación de Stekel sobre [mi supuesta tesis del] carácter inofensivo de la masturbación desenfrenada", etc. Pero Stekel había sido el único miembro del círculo de Freud que había insistido en el carácter inofensivo de la masturbación, y desde luego no el propio Freud, por lo que éste no podía haber pensado que Stekel le hubiera atribuido a él una posición sobre una cuestión que era un motivo de discusión pública entre ellos. Al suprimir la cláusula insertada, el significado que Freud parece dar a entender resulta más claro.)

Fueran cuales fuesen los trastornos de Stekel[201], un corto psicoanálisis (unas semanas) con Freud lo alivió, y se convirtió, como él dijo, en "el apóstol de Freud, que era mi Cristo"[202]. La de que se iniciaran las discusiones en grupo de los miércoles por la tarde fue sugerencia de Stekel[203]. Sin embargo, no muchos años después podemos ver en las *Actas* de la Sociedad de Viena a Stekel reclamando prioridades para sí, así como señalando los precursores de Freud[204]. Un seguidor de Freud

197 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 7; Jones, *Free Associations*, p. 220.

198 Carta de Ernest Jones a Max Schur, 4 de octubre de 1955 (archivos de Jones); Jones, *Free Associations*, 220.

199 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 147.

200 *Letters*, p. 352.

201 Escribió que después había sufrido dificultades de la potencia durante dos años. Stekel, *Autobiography*, p. 123.

202 *Ibid.*, p. 106.

203 "On the History", p. 25; Stekel, *Autobiography*, pp. 115-16.

204 *Minutes*, Vol. II, pp. 112, 248, 551, 560.

aprobó la "unilateralidad" de Stekel por considerar que había sido "inmensamente fructífera", al tiempo que señalaba un pasaje de Freud que anticipaba el contenido de un artículo de Stekel[205].

Stekel llegó a ser conocido por su comprensión intuitiva de las emociones inconscientes, especialmente el simbolismo de los sueños. Según Freud, tenía "olfato" para el inconsciente[206]. Strachey pensaba que "pasó relativamente bastante tiempo antes de que... [Freud] comprendiera la importancia plena del simbolismo de los sueños, en gran medida por influencia de Wilhelm Stekel. Hasta la cuarta edición (1914) de *La interpretación de los sueños*, no dedicó una sección especial al tema"[207]. Freud siempre reconoció el talento psicológico de Stekel. Teniendo en cuenta la renuencia de Freud a reconocer deudas para con sus seguidores, su mención de la contribución de Stekel al desarrollo de su propia obra (hecha después de su ruptura) parece generosa, a pesar de la salvedad que también hay en ella:

> el *simbolismo* en el lenguaje de los sueños fue casi la última cosa que llegué a entender, pues las asociaciones del que sueña ayudan muy poco a comprender los símbolos... Pude establecer el simbolismo de los sueños por mi cuenta antes de que me condujera a ello la obra de Scherner sobre el tema. Hasta época posterior no llegué a apreciar plenamente ese modo de expresión en los sueños. Lo debo en parte a la influencia de las obras de Stekel, quien al principio realizó una obra de ese tipo muy estimable, pero después se equivocó de camino completamente[208].

Después de la riña con Adler, dicen que Freud hizo este cumplido a Stekel: "he engrandecido a un pigmeo, pero no me he fijado en un gigante que tenía al lado"[209].

En una serie de reuniones de la Sociedad de Viena en 1911 y 1912, se debatieron los efectos psicológicos y fisiológicos de la masturbación; aquello era parte de los esfuerzos de Freud para "por lo menos... someter los problemas de la vida sexual del hombre a un examen científico"[210]. Aquella discusión formaba parte de un antiguo debate sobre el tema entre Freud y Stekel. En 1908 cuentan que Freud declaró:

> Por lo que se refiere a la antigua controversia con Stekel sobre la masturbación, la opinión de Freud todavía difiere de la de Stekel. La masturbación como tal puede causar un daño puramente somático, lo que consideramos la neurastenia común. Sin embargo, es cierto que el mayor daño de la masturbación es el que produce en la esfera psíquica: a saber, el cambio de carácter que ocasiona esa frustración entre el deseo y la satisfacción, al evitar el mundo exterior, y especialmente al establecer una pauta prototípica para toda la vida sexual [futura][211].

205 *Ibid.*, pp. 111-12.

206 *Ibid.*, p. 273.

207 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 149.

208 "On the History", p. 19.

209 Wittels, *Freud*, p. 225.

210 "Contributions to a Discussion on Masturbation", p. 243.

211 *Minutes*, Vol. II, p. 61.

En opinión de Freud, la masturbación era "un acto antisocial" que entrañaba "el envilecimiento general de la vida sexual"[212]. Durante algún tiempo Freud había creído que existía una clase especial de neurosis (las "neurosis actuales" por oposición a las "psiconeurosis") en que los síntomas habituales eran el resultado de prácticas sexuales insatisfactorias. En esos casos Stekel, al contrario, exploraba el significado psicológico de los síntomas, lo que para Freud era "psicogenia enormemente... exagerada"[213].

Freud inició su contribución a la reunión de 1912 sobre la masturbación con ánimo de tolerancia postadleriana:

> Las discusiones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena nunca tienen por objeto eliminar las diferencias ni llegar a conclusiones. Los diferentes oradores, que se mantienen unidos por su adopción de una opinión fundamentalmente semejante en relación con los mismos hechos, se permiten expresar de la forma más rigurosa la variedad de sus opiniones individuales sin considerar para nada la probabilidad de convertir a alguien del auditorio que pueda pensar de forma diferente. Puede haber muchos puntos en estas discusiones que se hayan enunciado o entendido erróneamente, pero, a pesar de todo, el resultado final es que todos han recibido la impresión más clara de opiniones diferentes de las suyas y han comunicado sus propias opiniones distintas a las de los demás [214]

Aceptó críticas a una línea de su razonamiento (que parecía teleológica y, por tanto, demasiado como las de Adler), y en otro momento fue capaz de conceder "hoy lo que antes no podía creer..."[215].

> Por lo que se refiere a la mayoría de los puntos de controversia entre nosotros, tenemos que agradecer las estimulantes críticas de nuestro colega Wilhelm Stekel, basadas en su grande e independiente experiencia. No hay duda de que hemos dejado muchos puntos sin establecer ni clarificar, tareas que corresponderán a un grupo futuro de observadores e investigadores. Pero podemos consolarnos con la certeza de que hemos trabajado honradamente y sin estrechez de miras, y con ello hemos abierto nuevos caminos por los que podrán avanzar las investigaciones posteriores[216].

Freud tenía antiguos escrúpulos con respecto a la posibilidad de que el carácter y la obra de Stekel desacreditaran al psicoanálisis. Se quejó de que Stekel contaba "exclusivamente con sus inspiraciones, en lugar de someterlas al control del pensamiento consciente"[217]. En 1909 Freud estuvo de acuerdo con algunas observaciones críticas de Jones sobre un libro de Stekel: "ha dado usted en el clavo. La teoría y el pensamiento no son su fuerte, pero tiene buen instinto para descubrir el significado de lo oculto y lo inconsciente. Su libro no puede satisfacerme personalmente, pero va a

212 *Ibid.*, p. 562.
213 "Contributions to a Discussion on Masturbation", p. 248.
214 *Ibid.*, p. 243.
215 *Ibid.*, p. 249.
216 *Ibid.*, p. 246.
217 *Minutes*, Vol. II, p. 10.

ser muy beneficioso [*sic*] para los que no son miembros, pues su nivel está mucho más próximo al suyo". Algunos años después, Freud escribió sobre otro libro de Stekel que era "ofensivo para nosotros, a pesar de las contribuciones nuevas que aporta". En otra ocasión Freud observó que "la evaluación teórica consciente de las cosas no es tan fácil para Stekel como la investigación sobre el origen de los símbolos inconscientes, en que el inconsciente propio sirve de varita mágica"[218].

Freud siempre admiró las aptitudes de una rica imaginación; pero al parecer, Stekel se sentía libre para inventar ilustraciones, siempre que faltaba el material preciso[219]. Stekel publicó también relaciones de las discusiones del grupo en un periódico vienés, lo que, si bien servía a Freud para fines propagandísticos, tenía por fuerza que resultarle incómodo.

Con el paso de los años, el grupo que había empezado a reunirse para discutir en la sala de espera de Freud llegó a convertirse en el centro de un movimiento internacional. Posteriormente Stekel pensó que los problemas de Freud con Adler, Jung y él mismo procedían en parte de la aspiración de Freud de hacer que el psicoanálisis cristalizara en una asociación coherente. Como recordó Stekel, "la antigua armonía entre los freudianos había desaparecido; había una lucha por la sucesión y una rivalidad secreta entre los discípulos"[220]. Al mismo tiempo Stekel dijo que Freud "parece abrigar un profundo odio hacia Viena"[221] y a sus partidarios en dicha ciudad.

Hemos visto que la preferencia de Freud por Jung ofendió a los discípulos vieneses de Freud más antiguos. El comportamiento de Adler había contribuido enormemente a dar verosimilitud (y, por tanto, a justificar) las peores angustias de Freud con respecto a su grupo. Como dijo Stekel, Freud tenía el "complejo de la horda primitiva. El es el Viejo, asustado de sus discípulos"[222]. (Esas imágenes procedían de *Tótem y tabú* de Freud.) "El éxito [de Stekel] en el terreno del simbolismo le hizo creer que había sobrepasado a Freud", como lo resume una anécdota que llegó a ser legendaria. A Stekel

> le gustaba expresar esa opinión sobre sí mismo a medias modestamente diciendo que un enano en el hombro de un gigante podía alcanzar más lejos con la vista que el propio gigante. Cuando Freud oyó aquello comentó severamente: "Eso puede ser cierto, pero un piojo en la cabeza de un astrónomo, no" [223].

218 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 62, 135; *Minutes*, Vol. II, p. 401. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 259.
219 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 136.
220 Stekel, *Autobiography*, p. 125.
221 *Minutes*, Vol. II, p. 466.
222 Wittels, *Freud*, pp. 192-93.
223 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 136. Esta máxima de Freud era una paráfrasis de una de las sentencias de Heine; Freud citaba a menu o a éste con admiración.

Las quejas privadas de Freud sobre Adler se mezclaron a veces con reproches contra Stekel. En noviembre de 1910, Freud escribió en una carta a un discípulo extranjero que "la falta de tacto y el comportamiento desagradable de Adler y Stekel hacen que me resulte muy difícil que nos llevemos bien. Estoy crónicamente irritado con los dos". Con el trabajo que Adler y Stekel le daban, a Freud le quedaba poca energía para escribir: "Lo estoy pasando atrozmente mal con Adler y Stekel. He abrigado la esperanza de que llegaríamos a una separación clara, pero se está prolongando tediosamente y, a pesar de que opino que no hay nada que hacer con ellos, tengo que seguir haciendo esfuerzos sobrehumanos"[224].

El envío de comentarios de ese tipo al extranjero no sólo contribuía a garantizar que el movimiento en conjunto cerraría filas contra Adler y Stekel, sino que, al mismo tiempo, reforzaba el convencimiento de sus seguidores leales de que formaban más que nunca una minoría preparada para la batalla. En febrero de 1910, Freud había escrito que ya "no [podía] obtener la más mínima satisfacción con los vieneses. La generación de más edad es una pesada cruz para mí. Stekel, Adler, Sadger. Pronto pensarán que soy un obstáculo y como tal me tratarán, pero no puedo creer que tengan a alguien mejor para substituirme". Freud escribió también sobre su "larga aversión reprimida hacia los [analistas] vieneses"[225]. En abril de 1911, Freud llamó a Adler y Stekel "Max y Moritz", los dos muchachos malos de un libro del humorista y caricaturista Wilhelm Busch. Freud pensaba que Adler y Stekel estaban "retrocediendo rápidamente y pronto acabarán negando la existencia del inconsciente". "Adler es un Fliess en pequeño resucitado y su apéndice Stekel por lo menos se llama Wilhelm"[226].

Cuando Freud había cedido su puesto de presidente de la Sociedad de Viena a Adler, dudaba incluso de que su grupo "lamentara siquiera" su retirada; "casi me había tocado desempeñar el penoso papel del viejo insatisfecho e indeseable"[227]. Cuando Adler dimitió de su cargo de presidente el 22 de febrero de 1911, Stekel abandonó su puesto de vicepresidente al mismo tiempo; Stekel había adoptado la postura de que no había una contradicción fundamental entre las opiniones de Freud y las de Adler. Stekel compartía también algunas de las posiciones teóricas de Adler; por ejemplo, a ambos les gustaba interpretar los sueños bisexualmente. La interpretación que dio Freud de aquellas dificultades fue la de que "papá no está haciendo lo suficiente por ellos. Críticas al Padre impotente. De hecho, mi capacidad para distribuir a los pacientes ha

224 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 139.
225 Citado en *ibid.*, p. 71.
226 Citado en *Ibid.*, p. 130. Cf. también *Freud/Jung Letters*, pp. 376, 382.
227 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 71.

disminuido considerablemente en este año de continua agitación. Con Stekel habrá probablemente una reconciliación; es incorregible, pero fundamentalmente decente, y ha prestado grandes servicios al psicoanálisis"[228].

La ruptura final con Stekel se produjo, cuando Freud se puso de parte de Tausk después de una "escena desagradable" entre Stekel y Tausk en la Sociedad[229]. Freud había querido que Tausk supervisara las recensiones de libros en el *Zentralblatt*, del que Stekel era co-director (junto con Adler). Stekel opuso obstinada resistencia a aquella intromisión en sus poderes de decisión. Freud escribió al editor para pedirle que expulsara a Stekel del cargo de director. Aun así, Stekel no se movió, y también comunicó su versión de lo sucedido al editor. Finalmente, Freud ordenó que todas las personas relacionadas con la revista dimitieran, con lo que dejaron a Stekel con un título casi vacío. Entonces se fundó el *Internationale Zeitschrift* para substituir al *Zentralblatt*.

Antes de abandonar por fin la Sociedad de Freud, parece ser que Stekel participó en algunos planes con Adler, su antiguo aliado en lo que Freud había llamado la "Oposición" vienesa a su trato preferencial a Jung y a los suizos. Finalmente, Stekel dimitió de la Sociedad de Viena el 6 de noviembre de 1912, pero a finales del mismo mes seguía negando (a Lou Andreas-Salomé) que fuera "partidario de las concepciones de Adler... y ello en la calle y con toda clase de testigos". Lou cuenta que Adler se le quejó de la "deslealtad"[230] de Stekel para con él.

El 3 de noviembre de 1912, Freud escribió sobre su alivio ante la inminente salida de Stekel de la Sociedad:

> Stekel se va a ir por su camino. (Estoy encantado por ello; no puede usted imaginar cuánto he sufrido con la obligación de defenderlo contra el mundo entero. Es una persona insoportable). La ocasión para la ruptura no fue científica, sino el hecho de que tuviera el atrevimiento de pretender excluir a otro miembro de la Sociedad de las recensiones en "su revista" cosa que yo no podía permitir... constituye una bendición haberse librado de un personaje tan dudoso... [231].

Parece ser que los analistas suizos tenían especiales dudas sobre algunas de las obras de Stekel. No obstante, Freud usaba términos grandilocuentes (su "obligación de defender" a Stekel contra "el mundo entero") para describir lo que era una disputa de importancia relativamente pequeña. ¿Contra quién había ido dirigido el intolerable "atrevimiento": contra Tausk, o contra Freud en realidad? El 21 de noviembre Freud escribió a un seguidor que "la bendición de haberse librado de Stekel bien vale algún

228 *Letters of Freud and Pfister*, Vol. II, p. 136.
229 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 136.
230 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 53, 67.
231 *Letters of Freud and Abraham*, p. 125.

sacrificio'', y la semana siguiente Freud habló a otro de la ''traición'' de Stekel[232]. Poco después, Freud escribió que ''la pérdida de Stekel se considera universalmente como una gran ganancia''[233].

Posteriormente, Freud trató el asunto de Stekel de formas que ahora ya resultarán familiares. Aunque conservó en su *Psicopatología de la vida cotidiana* parte del material ilustrativo de Stekel que originalmente había incluido, en ediciones posteriores del libro es comprensible que suprimiera la frase ''mi colega''[234], al referirse a Stekel; y en otros lugares de las obras de Freud se suprimieron algunas menciones directas de Stekel. En 1909 Freud había escrito refiriéndose a Stekel que ''para la auténtica explicación de los sueños sobre exámenes tengo que dar las gracias a un colega de gran experiencia'', pero, después de la ruptura, en lugar de la frase ''la auténtica explicación'' Freud insertó la expresión más cautelosa: ''otra explicación''[235]. A su vez, Stekel suprimió de las ediciones subsiguientes del volumen un prefacio que Freud había escrito para uno de sus libros[236].

Freud intentó pagar sus deudas lo mejor que pudo; pero, como ya hemos indicado, cualquier cosa que no estuviera incorporada todavía a su propio pensamiento era probable que le pareciera ''incomprensible'', ''ininteligible'' o ''confusa''. Según contó Stekel, Freud ''me confesó una vez (en un momento de [debilidad]) que todas las concepciones nuevas ofrecidas por otros le inspiran resistencias y que no adopta una actitud receptiva hacia ellas. A veces le ha costado dos semanas vencer dichas resistencias''[237]. Jones estaba en lo cierto al pensar que, en relación con las opiniones ajenas, Freud ''solía escucharlas educadamente, mostraba interés por ellas y con frecuencia hacía comentarios penetrantes sobre ellas, pero de algún modo uno notaba que no iban a modificar en nada la suya''[238]. Para 1924 Freud consideraba entre los ''rasgos que conozco perfectamente de mí mismo... el de que me veo obligado a seguir mi propio camino, muchas veces dando un rodeo, y el de que no puedo utilizar las ideas que me sugieren, cuando no estoy preparado para ellas''. Y, sin embargo, Freud pensaba que era (o esperaba que fuera) una ''mala interpretación la de que niego las cosas simplemente porque todavía no puedo juzgarlas o asimilarlas''[239].

232 *Ibid.*, p. 127; cf. también Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 150.
233 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 151.
234 ''The Psychopatology of Everyday Life'', p. 120.
235 ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 4, p. 274.
236 ''Preface to Wilhelm Stekel's, *Nervous Anxiety States and Their Treatmen*'' [''Prólogo para un libro de Stekel''], *Standard Edition*, Vol. 9, p. 250.
237 Stekel, *Autobiography*, p. 134.
238 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 248.
239 *Letters*, p. 346.

Stekel fue el primero en usar el término ''Tánatos'' para referirse al deseo de muerte, y, aunque posteriormente Freud escribió cada vez más sobre la psicología de la muerte, hasta el punto de llegar a postular un ''instinto'' de muerte, su aversión hacia Stekel le impidió usar ''Tánatos'' en sus escritos[240]. Jones observó simplemente que era ''un poco extraño'' que ''el propio Freud nunca usara el término *Tánatos* para referirse al instinto de muerte, salvo en conversaciones...''[241].

Desde el comienzo mismo Stekel insistió mucho en el tema de la muerte. Según su descripción de 1910, la angustia debía considerarse como ''la reacción ante el avance del instinto de muerte, causado por una supresión del instinto sexual''[242]. Stekel fue el responsable del primer examen del simbolismo de la muerte en la vida de los sueños, si bien Freud puso objeciones a la ''confusión'' que parecía subyacer a la ''seguridad de que la idea de la muerte se encuentra infaliblemente detrás de todos los sueños''. Freud formuló sus reservas de forma típica: ''No entiendo claramente qué significa esa fórmula. Pero sospecho que encierra una confusión entre el sueño y la personalidad completa del que sueña''[243]. En 1913, al describir el origen de la moralidad como una defensa contra el odio —la ética como un medio de proteger nuestros objetos de amor de la hostilidad—, Freud se dio cuenta de que ''quizás sea éste el significado de una afirmación de Stekel, que en su momento me pareció incomprensible, en el sentido de que el odio y no el amor es la relación emocional primordial entre los hombres''[244]. Y para 1929 Freud ''ya no [podía] entender cómo hemos podido pasar por alto la ubicuidad de la agresividad y la destructividad no eróticas y cómo hemos podido dejar de atribuirles el lugar que les corresponde en nuestras interpretaciones de la vida''[245].

A pesar de saber eso, Freud no pudo por menos de hacer una observación irónica, pero sutil, sobre lo que pensaba que le habían quitado, así como aprovechar la oportunidad para dar a entender que la contribución de Stekel era aciéntifica. Después de rendir homenaje en 1922 a Stekel por haber sido el primero que describió el simbolismo de la muerte, Freud añadió en un paréntesis: ''No hemos de dejar de cumplir con el deber, muchas veces sentido como algo incómodo, de reconocer las contribuciones ajenas''[246]. Stekel particularizó el instinto de muerte,

240 Carta de Edoardo Weiss a Ernest Jones, 22 de agosto de 1956 (archivos de Jones).
241 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II. p. 248.
242 *Minutes*, Vol. II, p. 395.
243 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 237.
244 ''The Disposition to Obsessional Neurosis'' [''La disposición a la neurosis obsesiva''] *Standard Edition*, Vol. 12, p. 325.
245 ''Civilization and Its Discontents'', p. 120.
246 ''Dreams and Telepathy'' [''El sueño y la telepatía''], *Standard Edition*, Vol. 18, p. 197.

cuando se quejó de que posteriormente Freud había "adoptado algunos de mis descubrimientos sin citar mi nombre..."[247].

Después de la riña con Stekel, Freud se mostró quizás más condescendiente que mordaz. En 1914 calificó de "precipitadas" las interpretaciones de Stekel; "la falta de espíritu crítico de este autor y su tendencia a la generalización a toda costa inspira dudas sobre otras interpretaciones suyas o las vuelve inutilizables..."[248] Freud siempre reconoció el talento de Stekel para descifrar el inconsciente, si bien distinguió su obra de la de Stekel. En una adición a *La interpretación de los sueños* en 1925, Freud escribió:

> El análisis de este último... sueño es una prueba clara de que reconocí la presencia del simbolismo en los sueños desde el comienzo mismo. Pero fue sólo gradualmente y a medida que mi experiencia aumentó como llegué a apreciar plenamente su amplitud e importancia, y lo hice por influencia de las contribuciones de Wilhelm Stekel... Este autor, que quizás haya dañado al psicoanálisis en la misma medida en que le ha beneficiado, presentó una gran cantidad de traducciones insospechadas de los símbolos; al principio, se las acogió con escepticismo [¿por parte de Freud?], pero posteriormente la mayoría quedaron confirmadas y hubo que aceptarlas... Stekel llegó a sus interpretaciones de los símbolos mediante la intuición, gracias a un don especial para su comprensión directa. Pero en general no se puede contar con la existencia de dicho talento, su eficacia no está sometida a las críticas y, en consecuencia, sus descubrimientos no son dignos de crédito[249].

Esas afirmaciones públicas coincidían plenamente con las opiniones más privadas de Freud. En 1923 Freud hizo una nueva formulación de sus opiniones sobre Stekel:

> A pesar de sus modales insoportables y su enfoque irremediablemente acientífico, lo apoyé durante mucho tiempo frente a ataques procedentes de todos lados, hice esfuerzos para desconocer su tremenda falta de espíritu autocrítico y de veracidad —tanto exterior como interior— hasta que, por fin, en cierta ocasión que reveló su perfidia y desagradable falta de honradez "saltaron todos los botones de [hasta mis] pantalones [250].

Es justo coincidir con Sachs en que, comparada con la deserción de Adler y Jung, "la marcha de Stekel no provocó emociones profundas; Freud nunca lo había tomado totalmente en serio, aunque reconoció sus diferentes dotes"[251]. Pero, aun así, Freud lo consideraba un personaje despreciable. Según escribió Freud en 1924, Stekel era un caso de "insensatez moral"[252]. Freud lo clasificó regularmente entre quienes habían desertado sin prestarle demasiada atención en público, a diferencia de lo

247 Stekel, *Autobiography*, p. 138.
248 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, pp. 353. 357.
249 *Ibid.*, p. 350.
250 *Letters*, p. 350.
251 Sachs, *Freud*, p. 115.
252 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 137.

que hizo con Jung y Adler. Stekel nunca pudo alegar que era autor de una doctrina en gran escala ni completa, aunque Freud pensaba que podría decirse que Stekel tenía un "punto de vista" próximo al de su antiguo maestro[253].

En fecha tan avanzada como 1927 Freud conservaba cierto respeto por las capacidades de Stekel o, por lo menos, le preocupaba la cuestión de si Stekel y él podrían compartir ciertas ideas. Retrasó la publicación de un artículo sobre "El fetichismo" hasta que "pudo averiguar si Stekel había aludido a la solución que proponía en un libro que aquél había dedicado recientemente al tema"[254]. Freud no podía resistir la lectura del libro de Stekel, y encargó a Wittels (que acababa de volver al redil después de haber sido un seguidor de Stekel durante algún tiempo) que lo leyera por él.

Con el paso de los años, Stekel buscó reiteradamente una reconciliación, pero Freud permaneció inflexible. Después del comienzo del cáncer de Freud, Stekel le escribió a finales de 1923 para expresarle sus buenos deseos de que mejorara su salud. En respuesta a lo que Stekel escribió sobre sus relaciones pasadas, Freud replicó, incapaz de "abstenerme de contradecir la opinión de usted sobre algunos puntos importantes":

> Está usted en un error, si piensa que odio o he odiado a usted. La realidad es que, después de una simpatía inicial —quizás recuerde usted cómo empezó nuestra relación—, durante muchos años tuve razones para sentirme molesto con usted, al tiempo que me veía obligado a defenderlo contra la aversión de todas las personas que me rodeaban, y que rompí con usted, despues de que me engañara en cierta ocasión del modo más infame. (En sus cartas no ha citado usted nunca dicha ocasión: ***Zentralblatt.)*** Perdí la confianza en usted entonces y, después, no me ha proporcionado usted experiencia alguna que me ayudara a recuperarla.
>
> También contradigo la afirmación que hace usted con tanta frecuencia de que lo rechacé a causa de diferencias científicas. Eso suena muy bien en público, pero no corresponde a la verdad. Fueron exclusivamente las cualidades personales de usted —habitualmente llamadas carácter y comportamiento— las que hicieron que la colaboración con usted por parte de mis amigos y de mí mismo fuera imposible. Como no hay duda alguna de que no va usted a cambiar —no lo necesita, pues la naturaleza le ha dotado con una autocomplacencia insólita—, no existe posibilidad alguna de que nuestra relación deje de ser lo que ha sido durante los últimos doce años. No me molestará enterarme de que sus actividades médicas y literarias le hayan valido el éxito; reconozco que ha permanecido usted fiel al psicoanálisis y ha sido útil para él; también le ha hecho usted mucho daño.
>
> A mis amigos y discípulos les resultará más fácil valorar sus publicaciones objetivamente, cuando empiece a expresar sus críticas y polémicas en un tono más apropiado [255].

Stekel, que hacía más de diez años que estaba fuera del movimiento, había expresado muchas opiniones independientes; pero, a pesar de que, como Adler y Jung, usó las ideas de Freud como un telón de fondo para

253 "Letter to Fritz Wittels", p. 286.
254 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 138.
255 *Letters*, pp. 347-48.

las suyas, sus diferencias con respecto a Freud las expresó de forma menos ruidosa. Cuando intentó usar la enfermedad de Freud como un puente para la reconciliación, podría ser que hubiera concebido muchas esperanzas. En otra carta Stekel propuso que el grupo que había formado a su alrededor cooperara con la Sociedad Psicoanalítica de Viena, y que se olvidaran las diferencias del pasado. (Stekel había imitado a Freud de forma bastante ridícula; se hacían fotografías de él rodeado de sus seguidores, cuando se reunían en "Congresos".) Según el resumen de Jones, Stekel explicó que las "cosas habrían sido diferentes, con sólo que Freud hubiera reconocido a tiempo que las disensiones de la época anterior a la guerra habían surgido a causa de los celos mutuos en petición de su amor y no de aspiraciones a su inteligencia"[256]. Jones pensaba que probablemente Freud nunca respondiera a aquella carta.

Freud siguió considerando a Stekel un analista y su punto de vista también analítico[257]. Según cuenta Joseph Wortis (un analizando en formación con quien Freud se llevaba mal), Freud pensaba que Tausk había demostrado que Stekel era un mentiroso. "Dije que Stekel me había descrito a Freud como [uno de los más grandes genios], pero Freud rechazó el cumplido diciendo que lo había pronunciado expresamente para que llegara a sus oídos... 'Primero me llaman genio y después se ponen a rechazar todas mis opiniones'". Las profesiones de admiración hacia Freud por parte de Stekel eran "una simple pose... Se hace pasar por el discípulo respetuoso y, entretanto, se arroga los privilegios de un superior. Me perdona por todo lo que me ha hecho". Wortis cuenta que Freud dijo "algunas cosas muy duras sobre Stekel: hombre sin escrúpulos, sin consideración para con los demás, de ambiciones de lo más mezquinas, con triviales ideas de grandeza..." "'del tamaño de un guisante'... cuyo comportamiento era tal, que resultaba imposible seguir manteniendo relaciones con él". Freud pensaba que Havelock Ellis debería avergonzarse por hablar bien de Stekel a Wortis[258]. Eso coincide con un comentario de Freud en una carta de 1923, en que observaba que "la admiración hacia Stekel [por parte de un paciente] es... una señal inquietante de poca capacidad de juicio y de gusto pervertido..."[259].

Stekel siguió escribiendo cartas cordiales a Freud. En honor del septuagésimoquinto cumpleaños de Freud en 1931, Stekel envió una carta que Jones califica de "muy amistosa, con algunas reflexiones tristes sobre los viejos y buenos tiempos, cuando, en su calidad de discípulo más antiguo

256 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III. p. 102.
257 Bennet, *C. G. Jung*, p. 56.
258 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, pp. 142, 163, 30, 41.
259 Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 39. Cf. también *Reich Speaks of Freud*, p. 90.

de Freud, le había ayudado a construir el edificio del psicoanálisis"[260]. Cuando en 1938 Freud encontró refugio de la persecución nazi en Londres, Stekel —que acababa de llegar a Inglaterra— le envió una carta de bienvenida[261]. Stekel padecía diabetes, y concibió la paranoica idea de que los nazis lo perseguían; se suicidó el 25 de junio de 1940.

260 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 158.
261 *Ibid.*, p. 234.

Capítulo 6

EL PRINCIPE HEREDERO: CARL GUSTAV JUNG

1. La ciencia de la psiquiatría.

Desde el punto de vista de Freud, Carl Gustav Jung (1875-1961) encabezó la más dolorosa de las "secesiones" que conoció el psicoanálisis; pues, de todos los discípulos de la vida de Freud, Jung fue el que desempeñó el papel más importante. Freud declaró "hereje" a Jung algún tiempo después de sus problemas con Adler y Stekel; sin embargo, las tres controversias estaban relacionadas entre sí. Aquellos hombres fundaron la tradición revolucionaria dentro del psicoanálisis. Todos los psicoanalistas posteriores iban a sentirse tentados y asustados por la perspectiva de la rebelión declarada; en la década de 1920 podía ser posible incluso, como en el caso de Otto Rank, que los discípulos destacados ayudaran a impulsar a otro para que se convirtiera en "desviacionista". No obstante, existía una amplia gama de estrategias evasivas, que permitían a un analista ser él mismo y, aun así, también freudiano.

De todas las acusaciones posibles, probablemente la de "jungiano" sea todavía la más devastadora entre los descendientes intelectuales de Freud. Todas las subculturas tienen sus villanos, y Jung es una figura especialmente odiosa, en parte porque Freud había puesto tantas esperanzas en él. Su posterior contacto con los nazis no hizo sino colocar el sello final de desaprobación sobre un hombre que los discípulos de Freud habían aprendido a detestar. Todavía hoy, siguiendo el ejemplo de Freud[1], se desecha a

1 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 146.

Jung por considerarlo un "místico", supuestamente tan acientífico como el socialista Adler.

La intensidad del rencor freudiano con respecto a Jung puede inferirse a partir de las dificultades que los archivos de Jung encontraron para conseguir acceso a la parte correspondiente a Jung de su correspondencia con Freud. Cuando, mucho después de la muerte de Freud, pero estando todavía vivo Jung, los archivos de éste ofrecieron intercambiar con los archivos de Freud su mitad de las numerosas cartas cruzadas entre los dos hombres, Anna Freud no pudo encontrar las cartas de Jung dirigidas a su padre. Entonces los archivos de Jung enviaron copias de las cartas de Freud, pero sin que los archivos de Freud hicieran lo propio. Sin embargo, en cuando Jones necesitó las cartas de Jung para su biografía, de algún modo reaparecieron, e incluso a los archivos de Freud el momento les pareció poco oportuno[2].

* * *

Para entender cómo pudo llegar la carrera de Jung a ocupar un lugar tan cardinal en la vida y en la obra de Freud, hay que considerar en todo su alcance los sentimientos de desavenencia de Freud con respecto a la ciencia médica de su época. Freud, que había recibido la formación de un neurólogo, consideraba que la psiquiatría de su época no se interesaba por los procesos mentales, sino que se limitaba a aplicar "nombres a las diferentes obsesiones... [sin decir] nada sobre ellas"[3]. Como recordó posteriormente uno de los discípulos de Freud con formación psiquiátrica, las anotaciones en los historiales clínicos freudianos eran "estereotipadas: 'el paciente no habla', 'el paciente dice cosas ininteligibles', 'el paciente no está aseado', etc."[4].

Un antiguo compañero de estudios de Freud, Julius Wagner von Jauregg, ocupaba la cátedra de psiquiatría más prestigiosa del Imperio Austrohúngaro. Wagner sentía inclinación a hacer chistes irónicos sobre la obra de Freud con humor mordaz y risa fúnebre. Aunque puede que Wagner admirara a Freud personalmente, e intercambiaron algunas cartas amistosas, como psiquiatra destacado Wagner tenía que tomar una posición con respecto al psicoanálisis. Lo que a Freud le parecían grandes descubrimientos a él le parecían disparates. No era que Wagner no estuviera orientado científicamente; posteriormente llegó a ser el único psiquiatra que ganó el premio Nobel por su tratamiento de la fiebre en los casos de paresia general. Tampoco dejaba de interesarse Wagner por la terapia; aunque tenía modales bruscos y a veces rudos, era un hombre amable y su preocupación por sus pacientes era evidente.

2 Carta de Kurt Eissler a Anna Freud del 17 de septiembre de 1954 (archivos de Jones).
3 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 260.
4 Nunberg, *Memoirs*, p. 12. .

Wagner adoptaba una actitud más burlona que agresiva y hostil con respecto a las ideas de Freud. Pero era justo y permitía a sus ayudantes que adoptaran la actitud que desearan con respecto a Freud. No obstante, la mayoría de ellos no compartían su respeto personal hacia Freud, y tendían a mostrarse contrarios a la labor psicoanalítica. Freud sabía que la clínica de la Universidad de Viena estaba en manos enemigas y que no era probable que alguien que estudiara con Wagner adoptara una actitud favorable hacia las innovaciones de Freud.

Por ello, Freud tenía razones más que poderosas para sentirse encantado, cuando en la primavera de 1906 Jung le escribió dando muestras de apreciar su obra desde uno de los centros de formación psiquiátrica más prestigiosos de Europa, el Burghölzli de Zurich, Suiza. (No obstante, fue una señal de la poca estima en que se tenía la psiquiatría en aquella época el hecho de que, cuando Jung decidió especializarse en ella, amigos bienintencionados temieran que estuviera poniendo en peligro su carrera.) Jung había sido un miembro del personal del Burghölzli desde finales de 1900, y poco despues le habían pedido que presentara un informe sobre *La interpretación de los sueños* de Freud.

Para 1906 Jung había alcanzado una posición respetable en la comunidad científica. Además de su tesis doctoral sobre la psicología de las experiencias ocultas, había trabajado para perfeccionar la técnica de la asociación de palabras. El experimentador pronunciaba una palabra y después cronometraba la reacción ante el estímulo; el objetivo de Jung era detectar conflictos emocionales reprimidos, o lo que llegó a llamar "complejos", mediante respuestas y series de asociaciones inapropiadas. Cuanto más interpretaba Jung las asociaciones de los pacientes psicoanalíticamente, más fácil parecía encontrar significado en síntomas psicóticos que hasta entonces habían parecido puramente extravagantes. En noviembre de 1906 Jung publicó una respuesta a una crítica de la teoría de la histeria de Freud, y en febrero de 1907 visitó a Freud en Viena. Cuentan que en su primer encuentro pasaron trece horas consecutivas hablando. Dada la posición desarraigada de Freud en la psiquiatría vienesa, por no citar la general falta de reconocimiento para su obra, no es difícil entender que Freud sucumbiera a su tendencia ocasional a sobreestimar el reconocimiento oficial.

En aquella época, Jung era el ayudante jefe de Eugen Bleuler, director del Burghölzli y uno de los expertos mundiales en la esquizofrenia; hoy puede ser mejor conocido por su concepto de "ambivalencia". A Bleuler le interesaba la psicología y había conseguido crear un centro cosmopolita para la formación psiquiátrica. Futuros analistas como Ernest Jones, Sandor Ferenczi, Karl Abraham y Abraham Brill hicieron investigaciones en él, e incluso después de la ruptura final con Jung, Freud fue lo suficientemente generoso como para reconocer en 1914 que "la mayoría de mis seguidores y colaboradores de la actualidad me han llegado a través de Zurich,

incluso los que geográficamente estaban más cerca de Viena que de Suiza"[5].

Bleuler y Jung representaban la mejor psiquiatría de su época. Para Freud el período de 1906 a 1909 constituyó una ruptura con su pasado, al salir de la limitada esfera de Viena y entrar en la psiquiatría europea en general. Bleuler, un año mayor que Freud, se mostraba cauteloso con el carácter sectario del psicoanálisis. Posteriormente, Freud atribuyó tanto a Bleuler como a Jung el haber "tendido el primer puente de la psicología experimental al psicoanálisis", mediante el uso del cronómetro como instrumento para estudiar las asociaciones[6]. Bleuler acompañó a Jung al primer Congreso de Analistas de Salzburgo en 1908, después del cual Freud escribió que Bleuler le había "causado una impresión extraña; la situación no puede ser agradable para él"[7]. Cuando Jung dimitió de su puesto en la clínica de Bleuler para dedicarse enteramente al psicoanálisis, Freud, según Jones, "salió alborozado"[8].

En 1907 Jung había publicado un libro sobre la psicología de la demencia precoz, en que intentaba mostrar que esa forma de locura podía entenderse desde el punto de vista de la teoría de la neurosis de Freud. Jung "se esforzó constantemente por comprender el significado más profundo de los delirios y por interpretar el material presentado en la esquizofrenia, que se caracteriza por la riqueza de los símbolos, y así se convirtió en uno de los defensores del enfoque psicoterapéutico para el tratamiento de la esquizofrenia"[9]. Como Bleuler y Jung habían trabajado sobre la motivación dinámica que conduce a la conducta psicótica, naturalmente intentaron utilizar terapéuticamente ese conocimiento.

Freud, como tenía mala opinión sobre las supuestas mediocridades de su grupo de Viena, deseaba trasladar el centro del psicoanálisis a Zurich. Aquella actitud fue en parte un reflejo de su total aversión hacia Viena. Aunque resulta difícil valorar las frecuentes afirmaciones de Freud en el sentido de que odiaba Viena —saber, por ejemplo, si estaba adoptando simplemente una pose romántica, dado que, después de todo, decidió vivir en ella toda su vida adulta—, Freud escribió una vez en una relación autobiográfica anónima de la década de 1890: "Nunca me sentí verdaderamente a gusto en esa ciudad"[10].

Sin embargo, cuando, en el Congreso de Nuremberg de 1910, el discípulo húngaro favorito de Freud, Sandor Ferenczi, hizo "algunas observaciones despectivas sobre la calidad de los analistas vieneses y sugirió

---

5 "On the History", p. 27.
6 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 109.
7 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 138. Cf. también *Freud/Jung Letters*, p. 158.
8 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 50.
9 Jolande Jacobi, "C. G. Jung", *International Encyclopaedia of the Social Sciences*, Vol. 8 (Nueva York: Macmillan-The Free Press; 1968), p. 328.
10 "Screen Memoires", p. 312.

que el centro de la futura administración no podía ser otro que Zurich, con Jung de Presidente''[11], quedó preparado el escenario para los siguientes años agitados del grupo vienés de Freud. La preferencia de Freud por el suizo fue no sólo una búsqueda organizativa de hombres con las mejores inteligencias para promover el avance del psicoanálisis, sino también un esfuerzo intensamente personal para conseguir una identidad más completa y para pertenecer a una comunidad científica más amplia que aquella a la que había tenido acceso hasta entonces.

Como judío que era, Freud sentía la necesidad profunda de la ayuda por parte del gentil Jung. El grupo psicoanalítico vienés estaba compuesto casi enteramente de judíos, y Freud quería que el psicoanálisis fuera algo más que una secta judía. Una vez que Jung quedó, como dijo Freud, ''adoptado formalmente... como primogénito'', y ungido como su ''sucesor y Príncipe Heredero''[12], Freud tuvo que defender al suizo de los celos de sus demás seguidores. Como escribió en cierta ocasión Freud a Abraham,

> Por favor, sea usted tolerante y no olvide que en realidad para usted es más fácil que para Jung seguir mis ideas, porque en primer lugar usted es completamente independiente, y, además, usted está más próximo a mi constitución intelectual a causa del parentesco racial, mientras que él, como cristiano e hijo de pastor que es, encuentra grandes resistencias internas en su camino hacia mí. Por esa razón, su asociación con nosotros es tanto más valiosa. Casi diría que su aparición en escena fue lo que permitió al psicoanálisis escapar al peligro de convertirse en una cuestión nacional judía [13].

Freud pensaba que Abraham sentía ''una desconfianza excesiva'' hacia Jung, ''vestigio de un complejo de persecución''[14]. En la medida en que Freud aspiraba a realizar su antiguo sueño de fundar un gran movimiento intelectual, no podía tener esperanza de conseguirlo hasta que no obtuviera seguidores gentiles; y, como judío que intentaba subvertir y superar las normas cristianas de moralidad, Freud tenía que salir de los estrechos confines de los círculos judíos de Viena.

Después de la ruptura con Freud, los discípulos de Jung empezaron (como los partidarios de Adler) a negar que su dirigente hubiera sido nunca un discípulo de Freud[15]. No obstante, el lenguaje que empleaba Freud no permitía dudas a sus seguidores sobre su modo de ver aquella cuestión. ''El rostro [de Freud] rebosaba de alegría, siempre que hablaba de Jung: 'Este es mi amado hijo, en quien tengo puestas todas mis complacencias'''[16]. Freud se había identificado desde hacía tiempo con

11 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 69.
12 Citado en C. G. Jung, *Memoires, Dreams, Reflections*, grabado y compilado por Aniela Jaffé, Winston (Nueva York: Vintage Books; 1965), p. 361.
13 *Letters of Freud and Abraham*, p. 341.
14 *Ibid.*, p. 62.
15 Jacobi, ''C. G. Jung'', p. 327; E. A. Bennet, *C. G. Jung*, p. 41.
16 Wittels, *Freud*, p. 138.

Moisés, como conductor de un pueblo que, en lugar de agradecérselo, iba a volverse contra él airado y desobediente. ''Jung iba a ser el Josué destinado a explorar la tierra prometida de la psiquiatría que Freud, igual que Moisés, sólo iba a poder contemplar desde lejos''[17]. Freud llamó a Jung su ''hijo y heredero'': ''Cuando el Imperio que he fundado quede huérfano, no otro sino Jung ha de heredarlo por entero''[18]. El tema de la sucesión era de importancia crucial para un hombre patriarcal como Freud y, después de la pérdida de Jung, Freud dijo que ''esperaba obtener de Jung la seguridad de que no les faltaría nada a los hijos, lo que para un padre judío es una cuestión de vida o muerte...''[19].

Freud era diecinueve años mayor que Jung y el dirigente indiscutible de un movimiento en desarrollo; Jung no trató de ser el organizador que Freud era, y en realidad no le gustaban las organizaciones, ni la suya ni ninguna otra. Hasta años más tarde no se fundó algo que se aproximaba a un movimiento jungiano, y aun entonces Jung no se lo tomó en serio. Así, que es improbable que Jung pudiera haber aspirado nunca por sí mismo a encabezar el movimiento de Freud. Jung se sentía constantemente agobiado por las exigencias organizativas que Freud le hacía, y Freud tenía que reprenderlo por no cumplir con suficiente seriedad sus funciones de director; finalmente, Jung sacó la conclusión de que su propia obra tenía que tener prioridad sobre sus tareas en la Asociación Psicoanalítica Internacional[20].

Aunque Freud podía mostrar una actitud acrítica hacia un nuevo partidario, en el caso de Jung sabía que había encontrado a un joven de extraordinario talento. Uno de los hijos de Freud describió el carácter excepcional que revestía la presencia de Jung en la mesa de la familia Freud. Jung

> nunca hizo el más mínimo intento de dar conversación por cortesía a mamá o a nosotros, los niños, sino que continuaba el debate que había quedado interrumpido por la llamada a la mesa. En aquellas ocasiones Jung era el que hablaba todo el tiempo y papá el que escuchaba sin poder contener su satisfacción. Poco era lo que podíamos entender, pero sé que, igual que papá, su forma de exponer una cuestión me resultaba de lo más fascinante... Creo que sus características más destacadas eran su vitalidad, su vivacidad, su capacidad para proyectar su personalidad y para controlar a quienes le escuchaban. La presencia de Jung era imponente. Era muy alto y de hombros anchos... [21].

Freud medía apenas 1,70 m., mientras que Jung medía 1,90 m.; Freud era susceptible con respecto a su estatura, por lo menos en relación

17 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 53 33. Cf. *Freud/Jung Letters*. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 196-97.
18 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 33; citado en Binswanger, *Freud*, p. 31.
19 *Letters*, p. 302.
20 *Freud/Jung Letters*, pp. 343, 364, 370.
21 Martin Freud, *Glory Reflected*, pp. 108-09.

con Jung[22]. Cuando Freud estuvo en Estados Unidos con Jung en 1909, les hicieron una fotografía en que aparecen sentados; Jung parece mucho más alto que Freud. Sin embargo, en una fotografía de grupo tomada en el Congreso de Weimar en 1911, Freud parece ser el más alto de los dos; no sólo estaba Freud subido a algo para dar esa impresión, sino que, además, se puede ver a Jung agachándose hacia adelante lealmente para permitir a Freud resaltar como dirigente del movimiento.

En la época de su primer encuentro, Freud tenía cincuenta y tantos años, y contaba no sólo con un conjunto de teorías establecidas, sino también con una opinión sobre sí mismo consolidada; Jung tenía treinta y tantos años y todavía era en gran medida un buscador. En 1909 Jung reconoció en una carta a Freud que "en general, todavía no tengo el alto grado de seguridad y de serenidad que es tan característico de usted..."[23]. Freud comentó con admiración las diferencias entre ellos:

> He descubierto invariablemente que hay algo en mi personalidad, en mis palabras y en mis ideas que a la gente le parece hostil; mientras que para usted todos los corazones están abiertos. Si usted, que es una persona sana, se considera un tipo histérico, en ese caso debo encuadrarme en la clase "obsesiva", cada uno de cuyos miembros vive en un mundo aislado del resto[24].

Así como anteriormente Freud había necesitado a Fliess como auditorio, así también entonces contó con Jung, aunque con mayor contención: "la tranquila certeza que por fin alcancé y que me ordenaba esperar hasta que una voz desconocida me respondiera. ¡Era la voz de usted!"[25] (En años posteriores, Freud iba a escribir en términos casi idénticos a más de un discípulo sobre la enorme necesidad que tenía de oír sus voces "procedentes de lo desconocido".)

Un rasgo fundamental de sus personalidades los unió durante algún tiempo, pero al final hizo que la cooperación continua resultara imposible: su carácter rebelde mutuo. Jung daba mucha importancia a su afinidad natural con la herejía, y el desafío de Freud al saber aceptado de su época fue una fuente de la atracción que sintió por el psicoanálisis. "Yo mismo soy un hereje", escribió Freud en más de una ocasión[26]. Antes de su primer encuentro, Freud escribió a Jung que "los grandes nombres de la psiquiatría significan muy poco; el futuro nos pertenece a nosotros y a nuestras ideas, y en todas partes la juventud está poniéndose de nuestra parte con entusiasmo"[27]. En su viaje a América en 1909, un comentario de Freud sorprendió a Jung, mientras entraban en el puerto de Nueva York. Mientras que Jung estaba impresionado por la vista del horizonte, Freud observó: "'¡Qué sorpresa se van a llevar, cuando oigan lo que tenemos que decirles...' '¡Qué ambicioso es usted', exclamó Jung. '¿Yo?', dijo Freud. 'Soy el más humilde de los hombres y el único que no es ambicioso'". Como recordó Jung, en aquel momento indicó a Freud que "'Ser el único es algo muy grande'"[28].

Freud reconoció que las diferencias en sus temperamentos, que a la larga hicieron que su separación fuera inevitable, encontraron una expresión legítima en sus diferentes enfoques de sus obras. Cuando llegó el momento de estudiar la formación del carácter, por ejemplo, Freud pensó que "Jung podría hacerlo mejor que yo, pues él está estudiando a los hombres desde las capas superficiales hasta las profundas, mientras que yo estoy avanzando en la dirección opuesta"[29]. En fecha tan avanzada como diciembre de 1910, Freud observó refiriéndose a un encuentro con Jung que "estuvo magnífico y me hizo mucho bien. Le abrí mi corazón, y le conté el asunto de Adler, mis dificultades y mi preocupación con respecto a qué hacer con la cuestión de la telepatía". Freud aludió a sus dudas con respecto al interés de Jung por la mitología, y le pidió "que regresara a tiempo a las neurosis. Ahí está la patria en que debemos fortificar primero nuestro dominio contra todo y contra todos"[30].

Era típico de Freud no entablar amistades íntimas con facilidad; y, sin embargo, cuando se permitía a sí mismo depender de alguien, la intimidad se alimentaba gracias a la correspondencia. (Durante años Freud llevó un registro de las cartas enviadas y recibidas.)[31] Mientras que para Jung la correspondencia entre él y Freud no era tan decisiva, para Freud significaba que, mientras hubiera intercambio de cartas, la relación estaba bajo su control como escritor.

Nada de esto debe oscurecer el entusiasmo de Freud hacia su joven amigo. Después de que Jung recomendara a Freud una novela contemporánea, bastante insignificante desde el punto de vista de la literatura universal pero interesante para quien estuviera enfrascado en la psicología freudiana, Freud escribió un ensayo sobre ella "especialmente para agradar a Jung"[32]. A diferencia de Freud, que se crió en una ciudad agitada, Jung había ido a la escuela con hijos de campesinos y era el menos inhibido de los dos; cuando uno de los discípulos de Freud comentó que "las bromas [de Jung] eran bastante groseras", Freud "respondió abruptamente: 'Es una grosería sana'"[33].

22 Entrevista con Theodor Reik, 4 de abril de 1967. Cf. también Freeman, *Insights*, p. 116.
23 Citado en Jolande Jacobi, "Freud and Jung-Meeting and Parting", *Swiss Review of World Affairs*, Vol. 6, Nº 5 (agosto de 1956), p. 18.
24 *Letters*, p. 256. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 82.
25 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 112.
26 Citado en Carl y Sylvia Grossman, *The Wild Analyst*, p. 102; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 46.
27 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 309.
28 Bennet, *C. G. Jung*, p. 41.
29 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 65.
30 Citado en *ibid.*, p. 140.
31 Sachs, *Freud*, p. 92.
32 "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 9, p. 4; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 341.
33 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 86.

La vida privada de Jung fue en los aspectos esenciales completamente diferente de la de Freud. A diferencia de Martha, la mujer de Freud, Emma Jung aprobaba y entendía la obra de su marido y llegó a ser, a su vez, una terapeuta en ejercicio. Jung y su esposa, con sus cinco hijos, fundaron una familia enorme, que llegó a ser más extensa que la de Freud, y para las apariencias exteriores Jung fue siempre el representante recto del comportamiento familiar convencional. No obstante, Antonia Wolff, una psiquiatra y antigua paciente de Jung, llegó a ser su amante y siguió siéndolo por mucho tiempo; incluso después de que dejaran de ser amantes, su relación siguió siendo amistosa y estrecha, y en los escritos de Jung figuran muchas citas de la obra de ella.

Todavía no se conocen las fechas de aquella relación amorosa de Jung, pero parece improbable que Jung hablara nunca a Freud de la existencia de dos mujeres en su vida. Pero lo que sí hizo Jung fue aludir a sus tendencias "polígamas", y sostuvo que "el requisito necesario para un buen matrimonio... es el permiso para ser infiel"[34]. Emma Jung habló con Freud por lo menos de algunos de sus problemas matrimoniales (también trató de diferenciar su intervención en la vida de Freud de la de alguien como la esposa de Fliess: "no me cuente usted entre las mujeres que, como me dijo usted una vez, siempre echan a perder sus amistades"[35]).

Freud, a pesar de su austeridad, su reserva y su frecuente actitud distante para con sus discípulos, adoptaba una actitud íntima y sin reservas con Jung. Confió a la esposa de Jung la gradual decadencia de la sexualidad en su matrimonio con Martha, y en 1910 escribió a Jung: "Mi veranillo de San Martín erótico de que hablamos en nuestro viaje ha languidecido lamentablemente ante el apremio del trabajo"[36]. En años posteriores —cuando Freud y sus discípulos criticaron severamente la "cobardía" de Jung frente a los "hechos" de la sexualidad infantil—, debió de parecerle irónico a Jung que en realidad él había tenido una vida sexual mucho menos frustrada evidentemente que Freud. Puede que Jung rechazara las concepciones de Freud sobre la sexualidad, pero es que tenía menos necesidad personal de convertir al sexo en algo de una importancia tan absoluta.

2. Lo oculto.

Freud y Jung compartían un interés por lo oculto. Freud escribió en una ocasión que uno de los dos temas que "siempre"[37] le desconcertaron fue el problema del ocultismo, y el espiritismo y la parapsicología

34 *Freud/Jung Letters*, pp. 207, 289.
35 *Ibid.*, pp. 467, 452.
36 *Ibid.*, p. 292.
37 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 391.

fueron intereses constantes de Jung. A Freud le preocupaba que a causa de su interés especial por la telepatía (o la "transferencia del pensamiento", como prefería calificarla), se lanzaría la acusación de misticismo contra el resto de su obra. Pero Freud y Jung tenían toda clase de razones para persistir en esa línea de investigación.

Los estudios de Freud sobre los sueños ya habían provocado la sospecha de que era acientífico, si no místico; pero precisamente porque Freud decidió prescindir del saber científico recibido fue por lo que pudo confirmar algunas de las creencias populares sobre el significado de los sueños. Tanto la telepatía como los sueños habían "sufrido el mismo trato despreciativo y arrogante por parte de la ciencia oficial"[38], lo que impulsó a Freud a sostener la legitimidad de las investigaciones en el que, de los dos dominios, era el que todavía no estaba (para él) claro: el de la telepatía.

Al justificar su interés por lo oculto, volvió a referirse a sus descubrimientos sobre los sueños:

> uno debe mostrarse como es y no tiene por qué preocuparse por el escándalo más que en otra ocasión, quizás en ocasiones más importantes... a escala reducida tuve que repetir el gran experimento de mi vida: a saber, el de proclamar una convicción sin tener en cuenta repercusión alguna en el mundo exterior[39].

A pesar de lo mucho que escribió Freud sobre su necesidad de un "auditorio", también deseaba estar solo. Freud estaba convencido de que había ganado el territorio intelectual de los sueños a la ciénaga del misticismo; y, de igual modo que durante mucho tiempo se ha asociado los sueños con la locura, en su esfuerzo para entender la neurosis Freud se sentía autorizado a explorar la zona todavía más sombría de lo oculto.

Gran parte del interés inicial en las ideas de Freud procedía de personas interesadas principalmente en fenómenos parapsicológicos. Entre los discípulos de Freud, Jung fue el que fue más lejos por ese terreno, en sus intentos de entender la grafología y la astrología, e incluso la alquimia, y en años posteriores los platillos volantes. No sólo respetaba Jung el misticismo religioso, sino que incluso consideraba como una probabilidad la comunicación entre los vivos y los muertos. Esos son algunos de los elementos de la obra de Jung que permiten a un adversario como Jones desecharlo como "una personalidad alegre" cuyo "pensamiento carecía de claridad y de estabilidad"; según Jones, Jung tenía "una mente confusa" marcada por el "obscurantismo místico"[40].

Jones emitió ese juicio severo sobre el carácter y la obra de Jung en su

38 "Dreams and Telepathy", p. 178.
39 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 394-95.
40 Jones, *Free Associations*, p. 165.

totalidad, porque por un tiempo temió el poder que la influencia de Jung parecía tener sobre Freud; en años posteriores Jones intentó aconsejar a Freud que no se tomara en serio la telepatía. Otros más compartían las angustias de Jones; en particular, Karl Abraham estaba "descontento con lo que llamaba la tendencia al ocultismo, la astrología y el misticismo en Zurich..."[41] Freud dijo a Abraham para tranquilizarlo que el psicoanálisis no se hundiría científicamente a causa de Jung, pues "en conjunto es más fácil para nosotros, los judíos, ya que carecemos del elemento místico"[42].

Aunque Jones intentó esforzarse al máximo para describir el interés de Freud por lo oculto, su propio escepticismo lo condujo a excluir todo lo que no pudiera entender. Un vistazo a la obra de algunos de los demás discípulos de Freud muestra el importante papel que los problemas telepáticos desempeñaron en la vida de Freud. Por ejemplo, Sandor Ferenczi, un amigo íntimo y el analista húngaro más importante, era un partidario entusiasta de la realidad de la telepatía; en cierta ocasión Freud escogió los estudios sobre lo oculto de Ferenczi como prueba de que era capaz de evolucionar independientemente dentro del psicoanálisis, sin sucumbir ni a las tendencias a la rebelión ni a las tendencias a la sumisión[43].

Ferenczi parecía creer en la posibilidad de la capacidad para profetizar, y en cierta ocasión, antes de la Primera Guerra Mundial, llevó a un telepatista a una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Alguien debía escribir algo y el médium debía intentar adivinar lo que era[44]. Siempre que uno de sus discípulos presentaba un informe relataba un sueño telepático o algo que una persona especialmente dotada parecía capaz de realizar, Freud —sin negar la existencia de semejantes fenómenos— solía decir a sus seguidores que fueran prudentes. En 1910 las *Actas* de la Sociedad de Viena cuentan de "una larga discusión informal" "sobre los fenómenos del espiritismo, el ocultismo y la videncia..."[45].

En el período anterior a la Primera Guerra Mundial, quizás porque el futuro del psicoanálisis era demasiado inseguro como para permitir la inclusión de algo como la telepatía, Freud siguió siendo escéptico, por lo menos en público. En su intervención al final de la reunión de 1910 en la Sociedad en que se discutió de modo informal sobre "espiritismo, ocultismo y videncia", Freud dijo que "en caso de que esas cosas existan, son fisiológicas y no psicológicas. Además, parece que, *subjetivamente*, siempre debe estar presente la tendencia a engañar"[46]. No obstante, algunos discípulos absolutamente leales a Freud siguieron escribiendo sobre la

41 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 138.
42 *Letters of Freud and Abraham*, p. 46.
43 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 166-67.
44 Entrevista con Edoardo Weiss, 13 de mayo de 1965.
45 *Minutes*, Vol. II, p. 422.
46 *Ibid.*,

telepatía y lo oculto, un indicio tan bueno como cualquier otro del continuo interés de Freud por el tema[47].

Aunque Freud podía mostrarse dispuesto a aceptar la posibilidad de la telepatía y "desconcertado" por el tema del ocultismo, podía mostrarse también intransigente con respecto al terreno de lo misterioso y lo milagroso. Cuando Freud escribió sobre "la tendencia general de la humanidad a la credulidad y a la creencia en lo milagroso"[48], se refería precisamente a lo que tenía intención de vencer mediante el psicoanálisis. Y su "sospecha de que el interés por el ocultismo es de hecho religioso"[49] señala el peor origen que un tema podía tener, por lo que a él se refería. Freud escribió, con pesar, que "cuando el psicoanálisis y el ocultismo tropiezan el uno con el otro... el primero tiene, por decirlo así, todos nuestros instintos mentales en contra; el segundo despierta simpatías poderosas y misteriosas"[50]. Para Freud, la oposición significaba que uno había dado con una verdad profunda; el hecho de despertar simpatía significaba que, intencionalmente o no, uno estaba ofreciendo complacientemente lo que la gente, ilusoriamente, desea creer.

Como Freud sostenía que "el anhelo de misticismo por parte de la humanidad es inextirpable, y... hace esfuerzos incesantes para recuperar para el misticismo el territorio que le ha quitado *La interpretación de los sueños*"[51], le correspondía a él por lo menos intentar explicar los anhelos místicos. A la larga, sostuvo que el misticismo era "la oscura autopercepción del dominio exterior al yo, del ello"[52]. Los sentimientos humanos que Freud veía tras las creencias místicas estaban vinculados con otras emociones que le resultaba difícil entender o tolerar. Las sensaciones de "transitoriedad", así como la "sensación oceánica", no eran fáciles de asimilar para el ideal de racionalidad de Freud; parece que cualquier éxtasis era sospechoso como interferencia en el control intelectual que era tan importante para él.

Para Freud, la esencia de la ciencia era que representaba "la renuncia más completa al principio de placer de que es capaz nuestra actividad mental"[53]. Se enorgullecía de su capacidad para descubrir nuestra causalidad mental en casos en que el sentido común podría no percibir ni

47 Cf., por ejemplo, Helene Deutsch, "Occult Processes Occurring During Psychoanalysis", en *Psychoanalysis and the Occult*, ed. George Devereux (Nueva York: International Univesities Press; 1953), pp. 133-46; y Edward Hitschmann, "Telepathy and Psychoanalysis", en *Heirs to Freud*, ed. Hendrick M. Ruitenbeek (Nueva York: Grove Press; 1966), pp. 101-1 101-20.
48 "New Introductory Lectures", p. 33.
49 *Ibid.*, p. 34.
50 "Dreams and Telepathy", p. 204.
51 "The Psychogenesis of a Case of Homosexuality in a Woman" ["Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina"].
52 "Shorter Writings" ["Escritos breves"], *Standard Edition*, Vol. 23, p. 300.
53 "A Special Type of Object Choice Made by Men", *Standard Edition*, Vol. II, p. 165.

siquiera la presencia de algo problemático; rechazaba la opinión de que "precisamente en el caso de las decisiones insignificantes, indiferentes, es en el que podríamos perfectamente haber actuado de otro modo: que hemos actuado de acuerdo con nuestra voluntad libre e inmotivada"[54]. Si bien Freud deseaba que su ciencia explicara verdades desagradables, que no era probable que agradaran, también reconocía la presencia del azar: "Creo en el azar externo (real), es cierto, pero no en acontecimientos internos (psíquicos) accidentales. Lo contrario es lo que creen las personas supersticiosas"[55]. El frío racionalista que había en Freud pensaba que sería supersticioso encontrar causas en todos los casos, en que se producen coincidencias efectivamente. Estaba en contra de "un respeto exagerado por el 'inconsciente misterioso'. Es demasiado fácil olvidar que un sueño es por regla general simplemente un pensamiento como cualquier otro"[56].

Freud llegó hasta el extremo de negar la legitimidad de la intuición en psicología:

> no existen otras fuentes de conocimiento del universo que la reconstrucción intelectual de las observaciones hechas minuciosamente —en otras palabras, lo que llamamos investigación— y junto a eso no existe conocimiento alguno procedente de la revelación, la intuición o la adivinación... La intuición y la adivinación serían... [métodos de investigación], si existieran; pero podemos considerarlas, sin temor a equivocarnos, como ilusiones, la satisfacción ilusoria de los deseos impulsivos[57].

Relacionar la intuición con la "revelación" y la "adivinación" equivalía a condenarla como si fuera una especie de prestidigitación. En otro lugar Freud escribió que "la 'empatía'... desempeña el papel más importante en nuestra comprensión de lo que otras personas tienen de intrínsecamente ajeno a nuestro yo"[58]. Y, sin embargo, era tan racionalista, que, al hablar de los procesos de construcción de teorías, comentó: "No creo que en la actividad de ese tipo lo que se llama 'intuición' desempeñe un papel importante". Y: "Por mi experiencia de la intuición, me parece el producto de una especie de imparcialidad intelectual"[59].

Como ha observado un biógrafo, Freud tenía por lo menos dos facetas:

> Una sombría, apasionada, inclinada al autotormento y la superstición, a veces tierna hasta el sentimentalismo, y sin embargo, dotada de sentido del humor...; la otra, racional y algo polémica, siempre dispuesta a reconocer sus errores, con tal de que se le demostraran, y con tendencia a establecer la ley y a extraer una lección de todo[60].

54 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 254.
55 *Ibid.*, p. 257.
56 "Remarks on the Theory and Practice of Dream Interpretation" ["Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación onírica"], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 112.
57 "New Introductory Lectures", p. 159.
58 "Group Psychology and the Analysis of the Ego", p. 108.
59 "Beyond the Pleasure Principle", p. 59.
60 Robert, *The psychoanalytic Revolution*, pp. 63-64.

A medida que fue envejeciendo, esos dos aspectos —el romántico respetuoso de lo desconocido y el científico racionalista de lo observable— fueron diferenciándose cada vez más, y rasgos que los discípulos de Freud habían considerado como simples excentricidades privadas tendieron a aglutinarse tras su defensa de la existencia de la telepatía. Resulta bastante curioso que ese cambio en favor de la creencia en la transferencia del pensamiento se produjera en un período de la vida de Freud, la década de 1920, en que estaba insistiendo cada vez más en el aspecto puramente científico del psicoanálisis, por oposición al artístico. Aunque muchas de esas tendencias del pensamiento de Freud se manifestaron mucho después de que Jung abandonara el círculo de Freud, si queremos entender lo que unió a aquellos dos hombres, así como por qué llegaron a separarse, tenemos que examinar la carrera de Freud en conjunto.

Freud contó en 1901 que, en la época de su noviazgo con Martha,

> En la época en que estaba viviendo en una ciudad extranjera [París] —era joven entonces—, con frecuencia oía que una voz inconfundible y querida pronunciaba mi nombre; entonces anotaba el momento exacto de la alucinación y preguntaba anhelante a los de casa lo que había ocurrido en aquel momento. Nada había ocurrido.

Sin embargo, para 1924 la actitud de Freud hacia la telepatía había cambiado lo suficiente como para añadir una nueva oración a la descripción de lo que había llamado sus experiencias de "alucinación": "No obstante, debo confesar que en los últimos años he tenido algunas experiencias extraordinarias que habrían podido explicarse fácilmente mediante la hipótesis de la transferencia telepática del pensamiento"[61].

Freud participó por lo menos en una sesión telepática[62], y se mostró tan abierto ante lo oculto como el gran psicólogo, aunque a veces algo crédulo, William James. Principalmente pensaba, no en comunicar con los muertos, sino en la comunicación sin palabras con los vivos. La posibilidad de que dos mentes estuvieran en contacto sin la ayuda de un puente consciente le fascinaba y le repelía al mismo tiempo. La telepatía era un concepto atractivo para Freud porque con él podría aumentar la importancia del inconsciente. Pero temía que pareciera que "después de un rodeo por la ciencia, estábamos volviéndonos supersticiosos de nuevo"[63]. Y en una ocasión se apresuró a rechazar un aparente ejemplo de telepatía entre madre e hijo, y afirmó que de lo que se trataba era de que sus mentes inconscientes estaban en contacto tan estrecho, que no hacía falta la transferencia del pensamiento para explicarlo.

Por lo menos en época tan temprana como 1889 Freud se refirió en sus escritos a "los oscuros problemas que lindan con el hipnotismo (la

61 "The Psychopathology of Everyday Life", pp. 261-262.
62 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 65.,
63 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 59.

transferencia del pensamiento, etc.)...''[64] En la medida en que él mismo había confiado en la técnica hipnótica en su primera psicoterapia, Freud estaba familiarizado con las susceptibilidades de la psique humana semejantes a la magia. Pensaba que ''el estado en que nos encontramos cuando dormimos parece especialmente idóneo para recibir mensajes telepáticos''[65], de modo que el estudio de las transferencias del pensamiento parecía desprenderse lógicamente de sus escritos anteriores sobre los sueños. No sólo señaló Freud ''el hecho indiscutible de que el reposo crea condiciones favorables para la telepatía'', sino que, además, quizás por concebir el reposo como una forma temporal de la muerte, sostuvo que ''el mayor número, con mucha diferencia, de todas las sugerencias telepáticas se refieren a la muerte o a la posibilidad de la muerte...''[66]

Por imparcial que intentara Freud ser con respecto a la telepatía, su preocupación por la muerte era excesiva hasta el extremo de caer en la superstición. El hecho de encontrarse con alguien que se pareciera a él le recordaba la creencia popular de que la visión del propio doble constituye una profecía de la muerte[67]. Escribió con franqueza que en ''operaciones mentales inconscientes con números descubro en mí una tendencia a la superstición...'' e invariablemente esos números representaban la fecha de su muerte: ''Generalmente me encuentro con especulaciones sobre la duración de mi propia vida y de las vidas de mis seres queridos...''[68] Jones cuenta que cuando contaba sesenta años Freud ''creía supersticiosamente que sólo le quedaba un par de años de vida''[69], y en un viaje a Italia Freud estuvo obsesionado por el número sesenta y dos. En diferentes épocas creyó que iba a morir a una edad fijada; a los ochenta y un años abrigaba la idea de que iba a morir a la misma edad que su padre.

La angustia de Freud con respecto a la telepatía estaba íntimamente relacionada con el problema de la mortalidad. Si bien su ''doble'' era el ''misterioso heraldo de la muerte'', también representaba ''una garantía de inmortalidad...''[70] Freud pensaba que la creencia en ''el doble' fue originalmente una garantía contra la destrucción del yo, una 'negación enérgica del poder de la muerte', como dice Rank; y probablemente el alma 'inmortal' fuera el primer 'doble' del cuerpo''[71].

Siempre que un pensamiento de Freud aparecía reproducido exactamente en la realidad exterior, sus miedos supersticiosos despertaban. En 1906, en honor del quincuagésimo cumpleaños de Freud, sus discípulos acuñaron un medallón con el lema —procedente del *Edipo Rey* de Sófocles— ''Quien adivinó el famoso enigma [de la Esfinge] y fue hombre muy

64 ''Review of August Forel's *Hypnotism*'', p. 91.
65 ''New Introductory Lectures'', p. 37; cf. también ''Dreams and Telepathy'', p. 208.
66 ''Dreams and Telepathy'', pp. 218-19.
67 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 184.
68 ''The Psychopathology of Everyday Life'', p. 250.
69 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 184.
70 ''The 'Uncanny''', p. 235.
71 *Ibid.*

poderoso''. Aquellas palabras parecieron sobrenaturales a Freud, dado que resultó que eran idénticas a la inscripción que años antes había imaginado para su busto en la Universidad de Viena. Cuando Freud vio el mensaje del medallón, ''se puso pálido y agitado y con voz ahogada preguntó a quién se le había ocurrido''[72].

La aguda sensibilidad de Freud para el recuerdo, sus selecciones y deformaciones, apoyaba lógicamente su interés por las sensaciones de ''*déja vu*''. Pero su investigación sobre esa clase de ilusiones estaba ligada también a una serie de sensaciones privadas más problemáticas, a saber, sus reacciones de angustia, si no repulsión, hacia lo que colocaba bajo el epígrafe de lo misterioso. Para Freud, lo misterioso significaba lo desagradable, y en un ensayo lo relacionó ''con lo aterrador: con lo que despierta espanto y horror...''[73] La curiosidad de Freud sobre lo misterioso no dejaba de verse afectada por la angustia. Freud conocía a los autores que habían profundizado en lo sobrenatural, lo que es bastante comprensible en un hombre tan interesado por el problema del doble. Es significativo que Freud presentara su contribución a la comprensión de lo misterioso sin pretensiones de originalidad. Como compuso su ensayo durante el aislamiento impuesto por las condiciones de Viena durante la Primera Guerra Mundial, Freud escribió que no había

> hecho un examen muy completo de la literatura, especialmente la extranjera, relacionada con esta modesta contribución mía, por razones que, como es fácil de suponer, estriban en los tiempos en que vivimos; de modo, que presento mi artículo al lector sin pretensión alguna de prioridad[74].

Pensando retrospectivamente en los problemas de Freud con Adler y Stekel, resulta difícil no sacar la conclusión de que la preocupación de Freud por las prioridades, por legítima que fuera, se debía también a angustias privadas. En relación con ésto, resulta interesante que la segunda cuestión que siempre ''desconcertó'' a Freud, además del problema del ocultismo, fuera la controversia sobre el supuesto autor auténtico del teatro de Shakespeare[75].

Freud decidió examinar el aspecto negativo de las sensaciones de lo misterioso. Pensaba que esas experiencias se remontaban ''sin excepción a algo familiar que había quedado reprimido''[76], ya que para él lo misterioso era ''la clase de fenómenos aterradores que nos hacen remontarnos a lo que conocemos y nos es familiar desde hace mucho''. Si el maestro de Jung, Bleuler, había causado una impresión ''misteriosa'' a

72 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 13-14.
73 ''The 'Uncanny'''', p. 219.
74 *Ibid.*, pp. 219-20.
75 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 391.
76 ''The 'Uncanny'''', pp. 247, 220.

Freud en el Congreso de Salzburgo, quizás aquel hecho específico pueda explicarse por el principio más general de Freud de que "podemos... calificar de misteriosa a una persona viva, y lo hacemos cuando le atribuimos malas intenciones"[77] (Bleuler era un dirigente rival de quien Freud consiguió arrebatar a Jung.)

Freud iba a tener algunos de los mismos problemas con Jung que había tenido anteriormente con Fliess y Adler, por lo menos en sus controversias sobre quién había sido el primero en concebir determinada idea. El tratamiento psicoanalítico giraba en torno a la transferencia de los pensamientos, tanto conscientes como inconscientes, del paciente al analista, de modo que no era sorprendente que Freud intentara entender y dar una explicación racional de las comunicaciones telepáticas. Quizás un analista contemporáneo podría ver en el "tormento" de Freud con respecto a la transferencia del pensamiento (como en sus angustias con respecto a los números) un vestigio de su pasado infantil: un miedo pánico a que alguien pudiera quitarle algo y una confirmación de que era el primer hijo de su madre, si no el único[78].

Por lo menos alguna explicación de ese tipo es necesaria para explicar el hecho de que un científico disciplinado como Freud llegara tan lejos en la aceptación de la realidad de la telepatía. Antes de la Primera Guerra Mundial, a las tantas de la noche y en un café, Freud podía citar a sus seguidores su creencia en algo místico de lo que no quería hablar. Sin embargo, con el paso del tiempo, fue cobrando mayor audacia, y en 1921 leyó a un pequeño grupo de partidarios un artículo sobre "el psicoanálisis y la telepatía", que permaneció inédito hasta su muerte. Aunque afirmó que su "actitud personal ante ese material" seguía siendo "poco entusiasta y ambivalente", con el paso de los años fue hablando con mayor claridad[79].

En 1932 Freud escribió sobre los problemas ocultos que "cuando se me plantearon por primera vez hace más de diez años, yo también temí una amenaza contra nuestra *Weltanschauung* científica, que tenía por fuera que abrir paso al espiritualismo o al misticismo, si partes del ocultismo resultaban ser ciertas. Hoy no pienso igual"[80]. Freud llegó a creer que tenía suficiente material sobre la telepatía procedente de sus experiencias clínicas como para sacar la conclusión de que "la balanza se inclina en favor de la transferencia del pensamiento"[81]. Como en el caso de sus ideas anteriores, Freud insistió en calificar su contribución de factual, en lugar de conceptual: según escribió en este caso, "sigue habiendo muchas probabilidades en favor de la consideración de la transferencia del pensamiento como un hecho"[82]. Como escribió en una carta aquel mismo año, "tras todos los llamados fenómenos ocultos hay algo nuevo e importante: el hecho de la transferencia del pensamiento, es decir, la transferencia de procesos psíquicos a otras personas a través del espacio"[83]. Igual que los sueños, los fenómenos ocultos esconden su significado secreto tras su contenido manifiesto.

77 *Ibid.*, p. 243. Cf. Roazen, *Brother Animal*, pp. 77-78.
78 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 169.
79 "Psychoanalysis and Telepathy" *Standard Edition*, Vol. 18, p. 181.
80 "New Introductory Lectures", p. 54.
81 *Ibid.*, p. 54, Cf. también *ibid.*, p. 47.

Quizá no sea sorprendente que a veces Freud creyera tanto en la telepatía como Jung. Al explicar los orígenes del carácter supersticioso, Freud había notado "la predilección que los neuróticos obsesivos sienten por la incertidumbre y la duda", que los conducía a "dirigir sus pensamientos preferentemente hacia los temas con respecto a los cuales ningún hombre tiene certeza y sobre los cuales nuestro conocimiento y nuestros juicios deben seguir necesariamente sometidos a la duda"; en este caso Freud citó la muerte y los recuerdos, además de la paternidad y la inmortalidad[84]. No sabemos qué fue lo que despertó el interés de Jung por lo oculto, pero, en el caso de Freud, su carácter obsesivo le proporcionó motivos suficientes.

Desde luego, Freud pensaba que su "superstición tiene su origen en la ambición reprimida (la inmortalidad) y en mi caso substituye a esa angustia con respecto a la muerte que surge de la incertidumbre normal de la vida..."[85] Tanto Freud como Jung tenían anhelos de inmortalidad, y la querella entre ellos es un buen ejemplo del principio de Freud de que a veces uno interpreta la motivación inconsciente de los demás para seguir sin ver la propia. El método de tratamiento de Freud tendía a sobreestimar la importancia de la realidad psíquica, y Freud consideraba que esa tendencia era el origen de la superstición.

Freud escribió en 1901 que en las personas de "gran inteligencia"

> la superstición deriva de los impulsos hostiles y crueles reprimidos. La superstición equivale en gran medida a esperar contratiempos; y una persona que haya albergado malos deseos frecuentes contra los demás, pero se haya visto inclinada a comportarse bien por la educación recibida y, en consecuencia, haya reprimido esos deseos en el inconsciente, tendrá una propensión especial a esperar castigo por su maldad inconsciente en forma de contratiempos que la amenacen desde el exterior[86].

Esa caracterización podría cuadrar con Freud de forma bastante exacta. Según su opinión, quienes tienen tendencias obsesivas notan que experimentan coincidencias inhabituales —como la de encontrarse repetidas veces con el número sesenta y dos— que son en realidad proyecciones de sus sentimientos interiores; eso ayuda también a explicar la creencia supersti-

82 *Ibid.*, p. 43.
83 Citado en Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 69.
84 "Notes upon a Case of Obsessional Neurosis", p. 233.
85 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 260.
86 *Ibid.*

ciosa que también mantienen de que los pensamientos se realizan en el mundo exterior. Sin embargo, en cierta ocasión Freud afirmó que era "una de esas personas indignas en cuya presencia los espíritus suspenden su actividad y lo sobrenatural se esfuma, de modo que nunca he estado en condiciones de experimentar personalmente algo que pudiera provocar una creencia en lo milagroso"[87].

Pero no hay duda de la preocupación de Freud por el ocultismo; en cierta ocasión escribió: "Si volviera a vivir, me dedicaría a la investigación parapsicológica y no al psicoanálisis"[88]. La paradoja de que un científico llegue tan lejos en esa dirección como lo hizo Freud puede ser sólo aparente. Freud, impulsado por sus necesidades interiores, había fundado una técnica terapéutica y un sistema teórico; y, a partir del tratamiento de sus pacientes, había descubierto una ayuda para la autocuración. Sin embargo, aunque sea fácil estructurar la personalidad de Freud, nunca fue tan fácil entenderla en la vida real. Pero por lo menos ha de ser posible reconocer que ciertos conflictos interiores de Freud, aun cuando sólo se los pueda entender parcialmente, debieron de ser oscuros para el propio Freud, y al mismo tiempo hicieron estragos en algunas de sus relaciones humanas. Además de las diferencias científicas objetivas, los anhelos místicos de Freud y su intranquilo interés por lo oculto contribuyeron a la ruptura entre él y su sucesor electo.

3. Edipo.

La controversia con Jung cuadra con una pauta ya bien establecida en la vida de Freud. A veces se ofrecía a las personas de forma demasiado entusiasta y tendía a idealizarlas. Después les reprochaba no tener las cualidades que él mismo les había atribuido, no haberse mantenido fieles a su concepción —fantástica— de ellas.

La observación de las relaciones de Freud con sus discípulos favoritos, así como con sus mentores, puede recordarnos lo que Freud había escrito en *La interpretación de los sueños* sobre las relaciones que mantuvo en su infancia con su sobrino John:

> Todos mis amigos han sido en cierto sentido reencarnaciones de aquella primera figura... Mi vida emocional siempre ha insistido en que debía tener un amigo íntimo y un enemigo odiado. Siempre he podido proporcionármelos ambos, y con frecuencia ha ocurrido que la situación ideal de la infancia se ha reproducido tan completamente, que amigo y enemigo han coincidido en una sola persona, aunque, desde luego, no los dos a la vez ni con oscilaciones constantes, como pudo ocurrir en mi infancia[89].

[87] *Ibid.*, p. 261.
[88] Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 392.
[89] "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 481.

A lo largo de toda su vida Freud mantuvo algunas amistades (por ejemplo, con Oskar Rie y Leopold Voenigstein) que no siguieron la pauta de aquella relación con su sobrino; pero aquellos hombres sabían poco o nada sobre su obra. Sus discípulos leales hablaron públicamente de la "cobardía", "resistencia" y "huida del inconsciente" de aquellos colegas anteriores que decepcionaron a Freud. Aunque puede haber algo de verdad en esas acusaciones, al mismo tiempo hemos de examinar el problema desde la perspectiva de los discípulos de Freud de mayor talento. A Jung, igual que a Adler anteriormente, le resultaba intolerable que un genio se interpusiera en su camino, y, para aliviar su frustración y continuar su creatividad, Jung tuvo que lanzarse por su propio camino.

Había unos rasgos especiales del círculo de Freud que facilitaban aquellos conflictos. Entre otras cosas, el psicoanálisis era "ciencia" y se basaba en pruebas objetivas, y, sin embargo, a veces Freud señalaba el carácter autobiográfico de sus descubrimientos. ¿Cómo iba a saber un discípulo cuál era la parte de la obra de Freud que representaba una contribución a la ciencia neutral y cuál la que reflejaba simplemente las idiosincrasias personales? Y —para el caso es igual— ¿cómo iba a decir el propio Freud en una ocasión dada si un seguidor estaba amenazando realmente con la deformación de una de sus ideas o si un discípulo ambicioso y contencioso había activado uno de sus complejos personales? Freud pensaba que tenía derechos especiales de propiedad con respecto a su especialidad y al mismo tiempo deseaba considerar el psicoanálisis independiente de la voluntad humana y como parte de la ciencia occidental.

Además, las controversias en los círculos psicoanalíticos han tendido desde el principio a ser relativamente pocas, aunque probablemente eso sea más cierto ahora que antes de la Primera Guerra Mundial. En vista de las divisiones que se han producido en el psicoanálisis, esta afirmación puede parecer sorprendente; pero, al desaprobar las controversias y fomentar la conformidad con la voluntad del grupo (si no la de Freud), el psicoanálisis ha desaprovechado muchas oportunidades de ventilar sus agravios intelectuales y sus diferencias de opinión; a consecuencia de ello, los estallidos han solido ser de una intensidad desproporcionada. Desde luego, hay que reconocer, como el propio Freud señaló en una ocasión, que la naturaleza de las pruebas en el psicoanálisis hace que nunca se pueda conseguir el grado de certeza de otros dominios[90]; con lo que se usa con más frecuencia la excomunión como método de zanjar las disputas.

En el momento culminante de sus dificultades con Freud, en 1912-1913, Jung pensaba, al parecer, que el tipo de dirección ejercida por Freud era la causa de que se movilizaran contra él las diferentes rebeliones. En una carta a Jung que no llegó a enviar, Freud se refería al "reproche que me hace usted de que abuso del psicoanálisis con el fin de mantener a mis

[90] Entrevista con Edoardo Weiss, 26 de junio de 1966.

discípulos en un estado de dependencia infantil y de que, por esa razón, soy responsable personalmente de su comportamiento infantil con respecto a mí...''[91] Al mantener a los discípulos en un estado de dependencia hasta que su individualidad sólo podía expresarse en la rebelión, y al convertir la profesión de analista en una cuestión de todo o nada, Freud contribuyó a provocar reacciones edípicas. Wittels creía que Freud ''indudablemente trataba a sus discípulos como si fueran niños, alternando en premios y castigos y manteniéndolos alejados de las malas compañías''[92]. Jung escribió en una carta en marzo de 1913 que ''entre los neuróticos, no son pocos los que no necesitan que se les recuerden sus deberes y obligaciones sociales, sino que más que nada han nacido para —y están destinados a— ser portadores de nuevos ideales culturales''.

Mientras observemos la vida sólo retrospectivamente, como hacen los escritos psicoanalíticos de la escuela vienesa, nunca seremos justos con esas personas ni les proporcionaremos la liberación tan anhelada. Pues, de ese modo, les enseñamos a ser hijos obedientes, con lo que intensificamos precisamente las fuerzas que provocan su enfermedad: su falta de desarrollo y su retrógrada sumisión a la autoridad... el impulso que [les] incita... a superar su retrógrada relación con el padre no es en absoluto un deseo infantil de insubordinación; es una tendencia potente a desarrollar su propia personalidad, y la lucha para conseguirlo es para ellos un deber perentorio. La psicología de Adler adopta una actitud mucho más justa para con esa situación que la de Freud [93].

Después de su ruptura, Freud describió a Jung como ''una persona que era incapaz de tolerar la autoridad de otra, que era todavía menos capaz de ejercerla personalmente, y que dedicaba inexorablemente sus energías a favorecer sus intereses''[94].

Jones hizo algunos esfuerzos para convencer al público de que la fama de intolerancia que Freud se había granjeado no estaba justificada, y, en particular, atacó la analogía que comparaba al psicoanálisis con un movimiento religioso, cuyo nuevo Papa sería Freud. Según la versión que Jones dio de esos malentendidos,

naturalmente, Freud era el Papa de la nueva secta, si no un personaje todavía más alto, al que todos debían obediencia; sus escritos eran el texto sagrado, en el cual debían creer obligatoriamente los supuestos partidarios de la infalibilidad que habían experimentado la necesaria conversión, y tampoco faltaban los herejes que eran expulsados de la iglesia. Era una caricatura demasiado obvia, pero lo poquísimo de verdad que en ella había se consideró suficiente para substituir a la realidad, que era muy diferente [95].

91 *Letters*, p. 296.
92 Wittels, *Freud*, p. 176.
93 Carl G. Jung, *Freud and Psychoanalysis, Collected Works*, Vol. IV, ed. Herbert Read, Michael Fordham, y Gerhard Adler, (Nueva York: Pantheon; 1961), pp. 284-85.
94 ''On the History'', p. 43.
95 Jones, *Free Associations*, p. 205.

Aunque Jones no pensaba que ''la idea general de un Papa''[96] fuera de mucha ayuda para entender a Freud, la honradez de éste era tal, que arruinó los intentos posteriores de Jones para clarificar la posición del maestro. Como Ludwig Binswanger recordó: ''Pregunté... [a Freud] cómo había sido que precisamente sus discípulos más antiguos y quizás de mayor talento, Jung y Adler, por poner ejemplos, hubieran sido los que se hubieran separado de él. Respondió, no sin autoironía: ''Precisamente porque también ellos querían ser Papas''[97]. En 1924 Freud volvió a utilizar la metáfora religiosa al hablar de ''los dos herejes'' refiriéndose a Jung y a Adler[98].

Poco después de la presentación de Jung a Freud surgió el inquietante tema de Edipo. El día siguiente al de la primera visita de Jung, en febrero de 1907, cuentan que Freud le preguntó a él (y a Binswanger, otro psiquiatra suizo) por sus sueños; como recordó el compañero de Jung, ''no recuerdo el sueño de Jung, pero sí recuerdo la interpretación que de él hizo Freud, a saber, que Jung deseaba destronarlo y ocupar su lugar''[99]. Indudablemente, Jung aspiraba a realizar por lo menos tanto como Freud, y hacia el final de su relación puede que tuviera deseos de que Freud muriera. Pero la mitología clásica, que, según creía Freud, muchas veces desarrolla como tema consciente lo que está profundamente oculto en nuestro interior, cuenta, además del crimen de Edipo, el intento de infanticidio por parte de su padre, y cuenta también el caso de otros padres que tomaron esa iniciativa contra sus hijos; Cronos acabó con todos sus hijos excepto uno, y éste fue Zeus.

Incluso cuando las relaciones entre Freud y Jung eran de lo más estrechas podían detectarse señales de tensión entre ellos. Jung sentía ''veneración'' por Freud, al desarrollar su ''pasión religiosa''; de niño, Jung había sido víctima de un ataque sexual por parte de un hombre al que en un tiempo había adorado, y, por esa razón, se sentía intranquilo por sus sentimientos hacia Freud[100]. Por su parte, Freud pensaba que ''una transferencia de carácter religioso me parecería de lo más desastrosa; tendría por fuerza que acabar en apostasía...''[101]

Ambos fueron invitados a hablar en el vigésimo aniversario de la Universidad Clark en 1909; de modo que se dirigieron por barco (junto con Ferenczi) a América. Durante su viaje se comunicaron sus sueños. Para Freud, Jung y Ferenczi eran sus herederos psicoanalíticos; posterior-

96 *Ibid.*, p. 206.
97 Binswanger, *Freud*, p. 9.
98 ''An Autobiographical Study'', p. 53. Cf. también *Freud/Jung Letters*, pp. 42, 301, 400.
99 Binswanger, *Freud*, p. 2. *Freud/Jung Letters*, p. 457. La esposa de Jung escribió una vez a Freud sobre el ''complejo paterno'' de este último: ''no piense usted en Carl con sentimiento de padre: 'El crecerá, pero yo tengo que disminuir', sino como un ser humano piensa en otro, que, como usted, tiene su propia ley que cumplir''.
100 *Ibid.*, p. 95.
101 *Ibid.*, p. 98.

mente dijeron a Jones que "el tema predominante que ocupaba" los sueños de Freud "era la preocupación y la angustia por el futuro de sus hijos y del psicoanálisis"[102]. No obstante, Jung recordó que en determinados momentos Freud se negó a aportar sus asociaciones al material soñado que ofrecía, y la razón que aducía era que el hecho de mostrarse tan franco podía debilitar su autoridad como dirigente del movimiento psicoanalítico, y aquel rechazo de la intimidad, basado en semejante razón, iba a debilitar la posición de Freud ante Jung[103]. Se dice que Jung pensó que el problema de los sueños de Freud era que se referían a

el triángulo: Freud, su esposa y la hermana menor de [su] esposa. Freud ignoraba que yo estaba al corriente del triángulo y de su relación íntima con su cuñada. Así, que, cuando Freud me habló del sueño en que intervenían de forma destacada su esposa y la hermana de ésta, pedí a Freud que me dijera algunas de sus asociaciones personales con el sueño. Me miró con severidad y dijo: "Podría decirle más cosas, pero no puedo poner en peligro mi autoridad". Naturalmente, aquello puso fin a mi intento de abordar sus sueños[104].

Las señales más espectaculares de la tensión se produjeron con ocasión de dos desmayos de Freud. Uno se produjo en Bremen, antes de que iniciaran su viaje de 1909 a Estados Unidos. Freud acababa de convencer a Jung para que abandonara la abstinencia de alcohol en que Bleuler insistía; es curioso que Freud, a quien desagradaba "la ofuscación mental que provoca hasta una bebida ligera"[105] se empeñara en cambiar la actitud de Jung hacia el alcohol. Pero la posición de Jung con respecto a la bebida formaba parte de la tradición del Burghölzli, y el hecho de que Jung tomara unas copas con Freud y Ferenczi significaba un abandono por parte del joven médico suizo de su compromiso de lealtad.

En la época de su discusión sobre el alcohol, Jung dijo que se sentía fascinado por ciertos descubrimientos recientes en cementerios prehistóricos de Copenhague de "cadáveres en turberas". Jung había confundido aquellos cadáveres con unas momias del siglo XVII preservadas en Bremen; Freud le corrigió, pero el persistente interés de Jung en el tema de los cadáveres "exasperó a Freud". Jung recordó que Freud le preguntó:

"¿Por qué le interesan a usted tanto esos cadáveres?", me preguntó varias veces. Se sentía irritado de modo exagerado por todo aquel asunto y durante una de aquellas conversaciones, mientras comíamos juntos, repentinamente se desmayó. Después me dijo que toda aquella charla sobre cadáveres significaba que yo deseaba su muerte. Aquella interpretación me sorprendió enormemente; la intensidad de sus fantasías me alarmó: eran tan intensas que, evidentemente, podían provocarle desmayos[106].

102 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 44; cf. también *ibid.*, Vol. II, p. 55.
103 Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, p. 158. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 526.
104 Bilinsky, "Jung and Freud", p. 42.
105 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 386.
106 Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, p. 156; cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 146; carta de Lester Bernstein a Ernest Jones, 26 de noviembre de 1954 (archivos de Jones).

Otra vez, en un encuentro en Munich en 1912, cuando las tensiones entre Freud y Jung eran mucho más evidentes, Freud —según cuenta Jones— reprochó

a los dos suizos, Jung y Riklin, que escribieran artículos en que exponían el psicoanálisis en revistas suizas sin citar su nombre. Jung respondió que no lo habían considerado necesario, por ser tan conocido, pero Freud ya había notado las señales de la disensión que iba a producirse un año después. Persistió y recuerdo que pensé que estaba tomándose aquella cuestión de forma bastante personal. De repente... cayó al suelo desmayado.

Jung llevó a Freud a la habitación contigua, donde Freud observó: "Qué agradable debe de ser morir"[107].

La cuestión de las prioridades, que Freud nunca se tomaba a la ligera, ya se había planteado en el contacto de Jung con el psicoanálisis. Jones citó la ocasión de 1908 en que se produjo

una de esas absurdas pequeñas disputas sobre prioridad que con tanta frecuencia han echado a perder los artículos científicos... Se produjo porque Abraham no citó o no atribuyó mérito alguno a Bleuler ni a Jung en el artículo que presentó al Congreso por sus investigaciones psicológicas sobre la demencia precoz, lo que Jung tomó muy a mal entonces[108].

Habitualmente, Freud intentaba mitigar "la susceptibilidad [de sus seguidores] con respecto a la prioridad"[109], y en aquella ocasión lo consiguió. No obstante, su propia preocupación por el problema no contribuía a reducir la de sus partidarios. Cuando Freud estaba en buenas relaciones con Jung podía hablar medio en broma de su confianza en la obra de su estudiante principal como si fuera una forma de plagio[110].

El desmayo de Freud en Munich —como el que había tenido en Bremen— también estaba relacionado íntimamente con la cuestión de los deseos de Jung de que Freud muriera. Antes del desmayo, Freud y Jung estaban comentando el artículo reciente de Abraham sobre el antiguo egipcio Amenofis IV (Akenaton); Abraham se había sentido impresionado por la "insistencia constante en la verdad en sus doctrinas éticas", y había mencionado de pasada que, aunque Amenofis no era epiléptico, se dijo que de niño había sufrido "ataques"[111]. Según Jung,

Se insistió en que, a consecuencia de su actitud negativa hacia su padre, había destruido las figuras ovales que representaban a su padre en las estelas, y en que tras su gran creación de una religión monoteísta se ocultaba un complejo paterno. Aquello me irritó e intenté

107 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 317.
108 *Ibid.*, Vol. II, p. 47. En 1905 Jung había publicado un artículo sobre la "criptomnesia". Cf. también *Freud/Jung Letters*, p. 149.
109 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 48.
110 *Ibid.*, p. 312.
111 Karl Abraham, *Clinical Papers and Essays in Psychoanalysis* (Londres: Hogarth; 1955), pp. 273, 265.

razonar que Amenofis había sido una persona creadora y profundamente religiosa cuyos actos no podían explicarse mediante resistencias personales hacia su padre. Al contrario, dije, había honrado el recuerdo de su padre, y su celo destructivo había ido dirigido contra el nombre del dios Amon, que había eliminado en todas partes; también se lo había borrado con el cincel de las figuras ovales que representaban a su padre Amon-hotep. Además, otros faraones habían subsituido los nombres de sus antepasados reales o divinos por el suyo en los monumentos o estatuas, por creer que tenían derecho a hacerlo, dado que eran encarnaciones del mismo dios. Sin embargo —señalé— no habían inaugurado ni un estilo nuevo ni una religión nueva. En aquel momento Freud cayó de su silla desmayado[112].

En sus últimos años, Freud volvió a tratar el problema de los orígenes del monoteísmo egipcio, en *Moisés y la religión monoteísta*, entonces volvió a plantear de forma diferente el problema de las prioridades, al hablar de que Moisés había tomado de los egipcios una religión que después transmitió a los judíos[113].

Sin embargo, en 1912 el conflicto entre Freud y Jung afectaba a la preocupación del maestro por el futuro de sus ideas en manos de su sucesor electo. Freud se expresó con el dramático medio de los desmayos. Jung recordó que, después de que hubo llevado a Freud a la otra habitación, éste "volvió en sí a medias, y nunca olvidaré la mirada que me dirigió. En su debilidad me miró como si fuera su padre"[114]. Freud tenía la sensación de depender de Jung, y la interpretación que hizo Jung de Amenofis —la de que era mucho más que un hombre que había eliminado el nombre de su padre de los monumentos, que no se lo podía desechar, dado que era el fundador de una nueva religión— debió de hacer tambalear su fe en que aquel fuera el hombre a quien confiar el psicoanálisis.

En los dos episodios de los desmayos, parecía como si Freud estuviera tan abrumado por la ira, que no podía soportar sus propias emociones. Mediante los desmayos quizás estuviera Freud intentando mostrar a Jung el que consideraba el motivo subyacente de Jung, a saber, su deseo de que Freud desapareciera. Quizás pueda verse también el desmayo de Freud como un gesto de apaciguamiento por su parte, un intento de recuperar lo que imaginaba por adelantado que corría peligro de perder. No obstante, Jung interpretó el desmayo de Freud como una evasión y una capitulación; por un lado, Freud era susceptible a la crítica y a cualquier desafío a su autoridad, y, por otro, no deseaba sostener un conflicto cara a cara con Jung. Freud "no podía soportar una palabra de crítica", según cuentan que Jung recordó aquellos incidentes. "Igual que una mujer: si se la coloca ante una verdad desagradable, va y se desmaya"[115].

112 Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, 9. 157.
113 Cf. más abajo, pp. 322-324, 546-549.
114 *Ibid.*
115 Carta de Lester Bernstein a Ernest Jones (archivos de Jones).

De niño fue Jung quien tuvo desmayos. Pero, de adulto, Freud tuvo por lo menos otros dos episodios semejantes, ambos en relación con Fliess. A comienzos de la década de 1890 Fliess había operado de la nariz a una de las pacientes de Freud, "Irma" (Emma Eckstein); algún tiempo después, ésta sufrió una abundante hemorragia nasal delante de Freud y éste se desmayó a la vista de la sangre[116]. Al verlo en un "momento de debilidad", se dice que ella "se burló de él con esta observación: 'Este es el sexo fuerte'"[117]. Puede ser que mediante el desmayo Freud intentara escapar de la situación, con lo que no tendría que tratar a la paciente que estaba sangrando, o testimoniar que su amigo había sido culpable de algún modo.

Una vez más en la década de 1890, cuando Freud pensó que tenía palpitaciones del corazón que no eran de origen orgánico, experimentó en compañía de Fliess "síntomas semejantes, aunque no tan intensos, en la *misma* habitación"[118] de Munich en que posteriormente se desmayó ante Jung. Jones pensó que "la semejanza entre las dos situaciones", primero con Fliess y luego con Jung, era "inequívoca" y arrojaba "luz sobre la actitud general de Freud de evitar las disputas; sus emociones, si les permitía manifestarse plenamente, podían ser demasiado intensas para él, lo que explica el control férreo en que solía mantenerse"[119].

En noviembre de 1912 Freud escribió a Ferenczi: "Tuve un ataque de angustia en la mesa" en Munich, "semejante al que había tenido... en Bremen"[120]. Y el mes siguiente Freud escribió a Binswanger: "Estoy resignado a que se me considere un candidato a la eternidad en razón de mi ataque en Munich. Recientemente, Stekel ha hablado de que mi comportamiento está mostrando ya el 'rasgo hipocrítico'. Todos ellos están impacientes por que ocurra, pero puedo contestarles como hizo Mark Twain en circunstancias semejantes: 'Informes sobre mi muerte groseramente exagerados'"[121]. Freud no dejó de autoescrutarse después de los episodios de sus desmayos:

Mi ataque de desmayo en Munich fue provocado sin lugar a dudas por elementos psicógenos, que recibieron intensos refuerzos somáticos (una semana de contratiempos, una noche en vela, el equivalente de una jaqueca, las tareas de aquel día). Ya había tenido varios ataques de ese tipo; en todos los casos hubo causas semejantes que contribuyeron a ellos, con frecuencia un poco de alcohol, que no tolero. Entre los elementos psíquicos figura el hecho de que había tenido un ataque semejante en el mismo lugar de Munich, en dos ocasiones anteriores, hace cuatro y seis años. A la luz de un diagnóstico más minucioso, no parece

116 Entrevista con Albert Hirts, 21 de enero de 1966. Cf. Schur, *Freud*, pp. 80-82.
117 Schur, "Some Additional 'Day Residues' of 'The Specimen Dream of Psychoanalysis'", pp. 55, 77.
118 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 317.
119 Jones, *Free Associations*, p. 222.
120 Citado en Schur, *Freud*, p. 266.
121 Citado en Binswanger, *Freud*, pp. 48-49.

posible atribuir mi ataque a una causa más grave, por ejemplo una afección cardíaca. Naturalmente, los sentimientos reprimidos, en esta ocasión dirigidos contra Jung, como anteriormente contra un predecesor suyo, desempeñaron el papel principal[122].

Lo que Freud escribió en 1922 sobre los ataques de Dostoievski (como pensaba Freud, "mucho antes de la manifestación de la 'epilepsia'") puede explicar en parte su comprensión plena de sus demayos anteriores:

Aquellos ataques significaban la muerte... Conocemos el significado e intenciones de ataques semejantes a la muerte. Significa una identificación con una persona muerta, ya sea alguien que esté muerto realmente o alquien que todavía esté vivo y cuya muerte desee el sujeto. La segunda causa es la más importante. En ese caso, el ataque tiene el valor de un castigo. Uno ha deseado la muerte de otra persona, y ahora uno es esa otra persona y está muerto[123].

Así, pues, al desmayarse delante de Jung, Freud pudo haber estado expiando su odio asesino, con el que respondió a los deseos de muerte hacia él que detectaba en su discípulo.

Mediante el desmayo Freud había escapado enfurecido de una situación desagradable. Puede ser mejor morir en la fantasía que tener que soportar la propia agresividad. Al mismo tiempo, Freud estaba renunciando a su posición en la discusión, y, aun así, indicando del modo más dramático posible a Jung que la cuestión que estaban debatiendo era de la mayor importancia.

La relación emocional de Freud con Jung resultó intensificada por el carácter diplomático de su elección. Al preferir a un extranjero, Freud se había enemistado con sus seguidores vieneses a cambio de una penetración en el mundo. Otros miembros del movimiento consideraron la confianza de Freud en Jung como una muestra de favoritivismo hacia el mundo gentil.

El año 1912, que —según escribió Freud posteriormente— había sido "la culminación misma de la obra psicoanalítica", resultó ser crítico por la separación entre Freud y Jung. Freud solía pensar que la actitud de Jung hacia él estaba enfriándose, siempre que Jung dejaba de responder con prontitud a una de sus cartas. La naturaleza de Freud era celosa, y se tomaba a mal la negligencia en la correspondencia. El gusto con que Freud escribía cartas se debía a su necesidad de expresar ideas para sí mismo y también a que ésa era su forma de ser comunicativo con los demás. Aunque Freud era extraordinariamente digno de confianza en los aspectos de la vida diaria, Jung podía ser olvidadizo, y Freud se apresuraba a percibir los elementos que en ello había de traición inconsciente. Cuando Jones contó a Freud un *lapsus linguae* de Jung, su reacción fue ésta: "Un caballero no debe hacer cosas así ni siquiera inconscientemente"[124].

122 Citado en *ibid.*, p. 49.
123 "Dostoyevsky and Parricide", pp. 182-83.
124 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 145.

Freud y Jung tenían perspectivas tan diferentes con respecto a la psicología humana, cada una de ellas fruto de sus experiencias, que sus puntos de vista opuestos parecen discordantes casi inevitablemente. Por ejemplo, Freud consideraba las creencias religiosas como una sarta de mentiras impuestas a una plebe estúpida. En los casos individuales en tratamiento, Freud podía apreciar el papel constructivo que la religión podía desempeñar, pero cuando escribía en general, habría estado de acuerdo con el antiguo refrán de que el oficio de gobernante es asesinar y el del cura engañar.

La concepción de la religión por parte de Freud era fundamentalmente patriarcal: "los sentimientos ambivalentes con respecto al padre... son un factor subyacente a todas las religiones..."[125] Freud pasaba por alto la figura de la Virgen; "consideraba el impulso religioso como puramente negativo y movido por el miedo, basado no en el amor sino en la culpabilidad, no en la fe sino en la necesidad de expiar, no en la comunión con una figura amada sino en el anhelo de apaciguar a una figura odiada"[126]. Su resistencia a las ideas religiosas estaba emparentada con su rechazo más general de la dependencia y la pasividad, que asociaba con la feminidad. Siempre que las opiniones de Freud parecen intolerantes, es probable que sintiera amenazado algo en su interior y puede ser que el problema de la religión le preocupara más de lo que daba a entender. Si Freud no dio importancia a la religión como forma de dominar sus angustias y de encontrar apoyo para sus aspiraciones, puede ser también que sus opiniones personales contra la religión fueran consecuencia de la pasividad que atribuía al judaísmo.

La actitud hacia la religión que Freud adoptó era coherente con el resto de su obra. La investigación psicoanalítica se ocupaba del "Hades" de la vida instintiva, no de las normas éticas tradicionales. Y Freud tenía la concepción relativamente limitada de lo que es un instinto propio de un biólogo:

A muchos de nosotros... puede resultarnos difícil abandonar la creencia de que existe un instinto en los seres humanos que los inclina a la perfección, que los ha conducido a su alto nivel actual de realización intelectual y de sublimación ética y del que podemos esperar que vele por su desarrollo hasta el superhombre. Sin embargo, yo no creo en la existencia de un instinto interior de esa clase y no veo forma de mantener viva esa benéfica ilusión. No me parece que el desarrollo actual de los seres humanos requiera una explicación diferente del de los animales[127]

Por mucho que Freud, de joven y en su vejez, aspirara al entendimiento filosófico, ante Jung recalcó la necesidad de refrenar las tendencias especulativas, de igual modo que tenía motivos para preocuparse de que

125 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 65.
126 Puner, *Freud*, p. 239.
127 "Beyond the Pleasure Principle", p. 42.

con Jung el psicoanálisis quedara vinculado de forma demasiado estrecha con el misticismo.

Aunque Jung no era un gran partidario de las religiones establecidas, respetaba las filosofías religiosas, y en una etapa avanzada de su vida hizo un estudio comparado de las creencias religiosas mundiales. Intentó impedir que la psicoterapia se volviera rígida prematuramente por presunción científica, y pensaba que el respeto hacia la religión era una forma de mantener humanizado al psicoanálisis. Sin embargo, Freud detestaba cualquier insistencia en las funciones positivas de la religión, y, mientras que Freud había llegado a la conclusión de que la religión reflejaba una neurosis colectiva, Jung se colocó en el extremo opuesto al sostener que la neurosis era un reflejo de la desorientación: "El neurótico no está enfermo porque haya perdido su antigua fe, sino porque todavía no ha encontrado una nueva forma para sus aspiraciones más positivas"[128].

Desde luego, Jung era hijo de un pastor, una de las características que habían atraído a Freud en primer lugar; pero Freud singularizó retrospectivamente "la prehistoria teológica de tantos suizos"[129] como una de las causas de los problemas entre Jung y él. El hecho de que en todo momento sospechara que en Jung había un antisemitismo solapado debió de contribuir a aumentar las dificultades de Freud. Mientras que Freud, como judío que era, intentó ganarse a Jung con el fin de salir del ambiente estrecho de los judíos vieneses, Jung había optado por subrayar el hecho de que grupos culturales diferentes desarrollan sistemas psicológicos distintos, y en particular el hecho de que la psicología "aria" podía diferir de la psicología judía. Pero para Freud cualquier actitud que no llegara a la aceptación total del psicoanálisis como verdad universal para toda la humanidad, independientemente de las diferencias superficiales en el carácter nacional, parecía racismo.

Freud debió de sentir considerable horror, cuando, durante la ruptura entre él y Jung, anunció que "en las últimas obras de la escuela de Zurich... vemos el análisis impregnado de ideas religiosas en lugar del resultado previsto, que era el opuesto"[130]. Freud se enorgullecía de la capacidad del psicoanálisis para repudiar "tantos ideales convencionales", lo que por alguna razón no parecía coincidir con los objetivos de Jung. En 1907 Freud había escrito a Jung para alentarlo: "ya que no podemos eludir las resistencias, ¿por qué no plantarles cara de una vez? En mi opinión, el ataque es la mejor defensa"[131].

Freud afirmó que en 1912 Jung se había "jactado, en una carta procedente de América[132], de que sus modificaciones del psicoanálisis

128 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 289.
129 "On the History", p. 61.
130 *Ibid.*, p. 37.
131 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 436.
132 *Freud/Jung Letters*, pp. 436, 515. De hecho, la carta fue enviada *después* de un viaje

habían vencido las resistencias de muchas personas que hasta entonces no habían querido saber nada de él"[133]. A Freud le ofendía cualquier "colocación en segundo plano del factor sexual en la teoría psicoanalítica de ese modo forzado"[133], y en época tan avanzada como 1919 todavía sostenía que "el tema de la sexualidad... es nuestra consigna"[134]. En el momento culminante de los problemas de Freud con Jung, el fundador del psicoanálisis enunció la premisa de toda su actitud combativa: "Estamos en posesión de la verdad; estoy tan seguro de ello como hace cincuenta años"[135]. La disputa con Jung forzó a Freud a exponer de nuevo los rasgos esenciales de su sistema de ideas: "la teoría de la represión y de la resistencia, el reconocimiento de la sexualidad infantil y la interpretación y aprovechamiento de los sueños como fuente de conocimiento del inconsciente"[136]. Así, pues, Freud tenía un consejo específico para sus seguidores sobre el modo de difundir sus creencias:

> Realmente, hemos de tratar a los doctores como hacemos con nuestros pacientes: por tanto, no mediante la sugestión, sino evocando sus resistencias y el conflicto... hemos de contentarnos con enunciar nuestro punto de vista y relatar nuestras experiencias del modo más claro y decidido posible, sin preocuparnos demasiado por la reacción del auditorio[137].

4. El padre primitivo.

El recibimiento que se dió a Jung en América debió confirmarle algunas de sus vacilaciones anteriores con respecto a las ideas de Freud. Freud aprobó el viaje de Jung al Nuevo Mundo, pero el proyectado Congreso de analistas de 1912 tuvo que aplazarse a causa de la ausencia de Jung. En septiembre de aquel año Jung pronunció una serie de conferencias en la Universidad Fordham de Nueva York, que señaló un paso importante en el abandono de su apoyo a Freud. No parece que Jung hubiera deseado conscientemente una ruptura con Freud[138], y después de su riña final envió un ejemplar de uno de sus libros a Freud con una dedicatoria

de Jung a América; pero, evidentemente, Freud culpaba a América de haber despertado lo que llamó "gusto por las ganancias" de Jung. Este había escrito: "Descubrí que mi versión del psicoanálisis conquistó a muchas personas que hasta ahora se habían sentido desconcertadas por el problema de la sexualidad en la neurosis".
133 "On the History", p. 58.
134 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 15.
135 Citado en *ibid.*, Vol. II, p. 148.
136 "On the History", p. 15.
137 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 124.
138 Tal como Brill lo recordó, "Como he estado en el centro del movimiento, puedo afirmar claramente que Jung habría preferido permanecer dentro del redil psicoanalítico, pero sus concepciones diferían tanto de las de Freud, que era mejor para ambas partes que se separaran". A. A. Brill, "A Psychoanalyst Scans His Past", *The Journal of Nervous and Mental Disease*, Vol. 95, N.º 5 (mayo de 1942), p. 547.

humilde. Según la visión que Jung tenía de la filosofía de la ciencia, semejante a la de Freud, era posible distinguir estrictamente entre "los hechos" y "las teorías", y mientras Jung sentía estar confirmando "hechos" psicoanalíticos, podía creer que no se estaba mostrando desleal para con los fines esenciales de Freud.

En Fordham, Jung consideró que estaba hablando en defensa de Freud; y, sin embargo, resulta difícil creer que Jung hubiera esperado que Freud aceptara —especialmente después de la reciente disputa con Adler— el tipo de ideas que Jung estaba proponiendo entonces. Por ejemplo, Jung sostuvo que "la fantasía del incesto es de importancia secundaria y no causal, mientras que la causa primordial es la resistencia de la naturaleza humana a cualquier clase de esfuerzo"[139].

> Creo que no queda otro remedio que abandonar la definición sexual de la libido, o perderemos lo que hay de valioso en la teoría de la libido, a saber, el punto de vista energético... Los freudianos harían mal en no escuchar a los críticos que acusan a nuestra teoría de la libido de misticismo y de ininteligibilidad... Me parece pura y simplemente imposible aplicar la teoría de la libido a la demencia precoz, porque esta enfermedad revela una pérdida de realidad que no se puede explicar exclusivamente mediante la pérdida del interés erótico[140].

Anteriormente, en la primavera de 1912, Jung había escrito a Freud que "el incesto está prohibido *no porque se lo desee*, sino porque la angustia que fluctúa en libertad reactiva regresivamente el material infantil... El significado etiológico de la prohibición del incesto debe compararse directamente con el llamado trauma sexual, que suele deber su función etiológica exclusivamente a la reactivación regresiva"[141].

En Fordham, Jung rindió homenaje a la unilateralidad anterior de Freud: "debemos alegrarnos de que haya personas lo suficientemente valientes como para ser inmoderadas y unilaterales". Pero Jung sostuvo que "*el hecho de obtener placer no es en absoluto idéntico a la sexualidad*"[142]. Por eso, puso objeciones a "la terminología incorrecta y a la extensión ilimitada del concepto de sexualidad" en la obra de Freud: "Lo que llama una desaparición no es sino el *auténtico comienzo de la sexualidad*, pues todo lo que lo precede es simplemente una etapa preliminar a la que no puede atribuirse carácter sexual auténtico". Para Jung, "la incorrección de la concepción de la sexualidad infantil no [era] un error de observación... El error estriba en la concepción"[143].

La orientación de Jung hacia el pasado de un paciente también era diferente de la de Freud. A Jung le parecía "muy sospechoso... que con frecuencia los pacientes tengan una pronunciada tendencia a explicar sus

139 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 208.
140 *Ibid.*, pp. 118-22.
141 *Freud/Jung Letters*, pp. 505-06.
142 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 107.
143 *Ibid.*, pp. 164-65.

dolencias mediante alguna experiencia lejana del pasado, con lo que alejan ingeniosamente la atención del analista del presente y la dirigen por una pista falsa del pasado"[144]. Observó la "tendencia de nuestros pacientes a alejarnos con engaños lo más posible del presente crítico", y sacó la conclusión de que "la *causa del conflicto patógeno radica principalmente en el momento presente*"[145]. Al mismo tiempo, Jung respetaba la regresión por considerarla como "la condición básica para el acto de creación" y pensaba que "cedemos demasiado al miedo ridículo a que en el fondo seamos seres imposibles, a que si todo apareciera como es en realidad se produciría como consecuencia una catástrofe social espantosa"[146]. Presentó aquellas opiniones como las contribuciones de "la labor de la escuela de Zurich"[147].

Algunos de los críticos de Freud habían rechazado desde el principio su obra a causa de que había insistido de forma exagerada en el papel desempeñado por la sexualidad. Y ahora Jung estaba diciendo que "la expresión [polimorfo-perverso] se ha tomado de la psicología de la neurosis y se ha proyectado retrospectivamente en la psicología del niño, donde naturalmente está fuera de lugar"[148]. Freud había ampliado el significado común de sexualidad para abarcar una diversidad de esferas, desde la infancia hasta la enfermedad mental, en las que la ciencia no había reconocido ampliamente el papel desempeñado por lo erótico; y era precisamente esa ampliación de Freud lo que Jung estaba desechando entonces. Desde el principio Jung había intentado convencer a Freud para que usara alguna otra palabra y no la de "sexual"[149], pero Freud se atuvo firmemente a sus compromisos anteriores. A Jung, Freud le parecía innecesariamente reduccionista; pero, desde el punto de vista de Freud, los argumentos de Jung sobre el papel desempeñado por las fantasías incestuosas, por ejemplo, habían quedado enterrados con la expulsión de Adler.

El convencimiento de Jung de que los pacientes inventaban con frecuencia traumas sexuales infantiles, como forma de escapar a los deberes de la vida presente, ha pasado a formar parte de la ortodoxia psicoanalítica más de medio siglo después; ahora se reconoce que un conflicto infantil del pasado es un medio potencial de pasar por alto la importancia de un problema actual[150]. Aunque hoy en día la mayoría de los clínicos, y muchos analistas, estarían de acuerdo con el convencimiento de Jung de que muchas veces es más cómodo vivir en el pasado que afrontar el futuro, en una época en que las ideas de Freud todavía no habían obtenido

144 *Ibid.*, p. 132.
145 *Ibid.*, p. 166.
146 *Ibid.*, pp. 180, 197.
147 *Ibid.*, p. 202.
148 *Ibid.*, p. 128.
149 *Freud/Jung Letters*, p. 25.
150 Schur, *Freud*, pp. 167, 170.

una aceptación amplia, temía que todo aquello por lo que había luchado se perdiera en el revisionismo de Jung.

Una vez que Jung se hubo lanzado a la reinterpretación del significado del complejo de Edipo de Freud, quedó abierto el camino para un rechazo total de las conclusiones de Freud. Este había intentado forzar al hombre a afrontar el aspecto instintivo de su naturaleza. Jung, igual que Adler con su insistencia en el yo, estaba en "retirada" con respecto a Freud, dado que Jung recalcaba la importancia clínica de la misión —"más elevada"— de la autorrealización en que los pacientes podían fracasar. Freud veía en las nuevas desviaciones de Jung una "resistencia" al inconsciente, y un deseo de destruir al padre. Como escribió Jung a Freud en noviembre de 1912, "lamento mucho que crea usted que lo que me impulsa a hacer ciertos cambios es el espíritu de resistencia"[151].

Jung pensaba que el enfoque literal que daba Freud al complejo de Edipo descuidaba aspectos más sutiles de la psicología humana; por ejemplo, el hecho de hablar del vínculo sexual del niño con su madre no debe ser motivo para dejar de reconocer la legítima necesidad de dependencia de un hijo con respecto a su madre. Y en la obra de Jung "aparece considerada como una figura que protege y abriga, no como el objeto de deseos incestuosos"[152]. Jung podría haber llamado la atención sobre la propia relación de dependencia de Freud con respecto a su madre, que aquel dejó sin interpretar. Como han señalado después Erich Fromm y otros, considerar la relación entre madre e hijo desde el punto de vista sexual es en cierto sentido adoptar una postura demasiado racionalista y eludir la esfera menos racional de la falta de diferenciación al principio por parte del niño entre el yo y el mundo exterior. A medida que iba Jung elaborando sus ideas se vio incapaz de acabar el último tercio final de su *Símbolos de la transformación*; al final, Freud intentó convencerle de que no lo publicara, y Jung sacó la conclusión de que sus dificultades para acabar el manuscrito estribaban en su angustia con respecto a su alejamiento de algunas de las opiniones de Freud.

Jung regresó de América más decidido a afirmar su independencia. Reconoció que sus innovaciones "se alejaban [efectivamente] en algunos puntos de las concepciones existentes hasta entonces", pero se negó a aceptar que sus ideas fueran motivo para que se lo "tratara como a un necio presa de complejos"[153]. Al contrario, abogaba por una actitud de "liberalismo":

> Propongo que se permita que prevalezca la tolerancia en el *Jahrbuch*, de modo que cada cual pueda desarrollarse a su modo. Sólo cuando se les concede libertad, dan las personas lo mejor de sí. No debemos olvidar que la historia de las verdades humanas es también la historia de los errores humanos. Así, que concedamos al error bienintencionado el lugar que le corresponde[153].

151 Citado en Jacobi, "Freud and Jung", p. 19. Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 515.
152 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 698.
153 *Freud/Jung Letters*, p. 516.

El 24 de noviembre de 1912, Jung encontró a Freud en una conferencia psicoanalítica en Munich; aunque aparentemente se llevaron bien, Freud sufrió el desmayo de que hemos hablado más arriba. En su primera carta a Jung desde su encuentro, Freud reconoció que "a uno siempre le resulta bastante irritante que la otra persona insista en tener una opinión propia". Por lo que se refiere a su desmayo, Freud se refirió a "un poco de neurosis que verdaderamente debo examinar"[155].

Jung aprovechó aquella ocasión para sugerir que ese "poco de neurosis" "en mi opinión, debe tomarse muy en serio verdaderamente... a causa de ella mis relaciones con usted se han visto afectadas..." Jung intentaba hablar como un amigo, pero a continuación puso la objeción de que "la mayoría de los psicoanalistas hacen mal uso del psicoanálisis con el fin de quitar valor a los demás y a sus progresos mediante insinuaciones sobre complejos..." Por último, Jung ponía la objeción de que "los psicoanalistas están en una situación de dependencia con respecto al psicoanálisis tan sumisa como la de nuestros adversarios con respecto a su creencia en la autoridad. Descartan con el calificativo de complejo cualquier cosa que pudiera hacerles pensar. Era urgentemente necesario revelar esa función protectora del psicoanálisis"[156].

Freud siguió guardando silencio. En respuesta a Jung, sugirió "un remedio doméstico: que cada cual preste más atención a su propia neurosis que a la de su vecino". Pero Freud objetó: "No es cierto, como supone usted, que mi neurosis le haya dañado"[157]. Freud comentó a Jones sobre su desmayo de Munich que había "algo de sentimiento homosexual refractario en el origen de la cuestión"[158]. Después Freud precipitó una ruptura en su relación con Jung al señalar un lapsus en una de las cartas de Jung. El 14 de diciembre de 1912, la intención de Jung era defenderse —"Ni siquiera los compañeros de Adler me consideran como uno de su grupo"— pero al escribir por error una palabra con mayúscula transformó la expresión "de su grupo" en la de "del grupo de usted"[159].

Hacía poco que Freud había escrito a Jung que, en su opinión, "en las relaciones entre analistas, igual que en el propio análisis, cualquier forma de franqueza es permisible"[160]. Pero Jung, que se había contenido en sus cartas para no interpretar los desmayos de Freud, respondió de modo

154 *Ibid.*, p. 521.
155 *Ibid.*, pp. 523-24.
156 *Ibid.*, pp. 525-27.
157 *Ibid.*, pp. 529-30.
158 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. I, p. 317.
159 *Freud/Jung Letters*, p. 533.
160 *Ibid.*, p. 529.

inesperadamente acerbo ante el hecho de que Freud hubiera aprovechado aquel lapsus:

Permítame que le diga unas palabras en serio. Reconozco la ambivalencia de mis sentimientos hacia usted, pero me inclino por adoptar una visión honrada y absolutamente sincera de la situación. Si duda usted de mis palabras, tanto peor para usted. No obstante, quiero señalar que su modo de tratar a sus discípulos como si fueran pacientes es *un craso error*. Con esa actitud produce usted o bien hijos serviles o bien vanidosos descarados (Adler-Stekel y toda esa pandilla de insolentes que están dándose importancia ahora en Viena). Soy lo suficientemente objetivo como para ver la pequeña jugarreta de usted. Va usted olfateando todas las acciones sintomáticas de todos cuantos lo rodean, con lo que los reduce al nivel de hijos e hijas que admiten avergonzados la existencia de sus faltas. Mientras tanto, usted permanece en las alturas como el padre, en posición ventajosa. Por puro y simple servilismo, nadie se atreve a tirar al profeta de la barba ni a preguntar de una vez por todas qué diría usted a un paciente con tendencia a analizar al analista en lugar de a sí mismo. Indudablemente, le preguntaría usted: "*¿Quién es* el que tiene la neurosis?".

Como ve, querido Profesor, mientras usted castigue de este modo a los demás, me importan un comino mis acciones sintomáticas; se reducen a nada en comparación con la enorme viga en el ojo de mi hermano Freud. No soy neurótico lo más mínimo: ¡toquemos madera! Me he sometido *lege artis et tout humblement* al análisis y me encuentro mucho mejor. Usted sabe, por supuesto, lo lejos que llega un paciente con el autoanálisis; *no* para salir de su neurosis... exactamente como usted. Si alguna vez se liberara usted enteramente de sus complejos y dejara de desempeñar el papel de padre para sus hijos, y en lugar de apuntar continuamente a sus puntos flacos echara un buen vistazo a los suyos, para cambiar, entonces me enmendaré y de una vez desarraigaré el vicio de vacilar con respecto a usted. *¿Ama usted a los neuróticos* lo suficiente como para estar siempre de acuerdo consigo mismo? Pero quizás *odie* usted a los neuróticos. En ese caso, ¿cómo puede esperar que sus esfuerzos para tratar a sus pacientes indulgente y amorosamente *no* vayan acompañados de sentimientos conflictivos? Adler y Stekel se dejaron engañar por las pequeñas tretas de usted y reaccionaron con insolencia infantil. Yo voy a seguir apoyándole a usted públicamente, y manteniendo al mismo tiempo mis opiniones propias, pero en privado voy a empezar a decirle en mis cartas lo que pienso realmente de usted. Considero que ese procedimiento es el único decente.

No me cabe la menor duda de que esta peculiar prueba de amistad le enfurecerá a usted, pero también le hará bien, a pesar de todo.

Freud, después de hacer esfuerzos inhabituales para redactar una respuesta tardía a las "recriminaciones" de Jung, por fin arguyó que "quien actúa de forma anormal y al mismo tiempo sigue gritando que es normal da motivos para la sospecha de que carece de capacidad para ver su enfermedad" y propuso que "abandonemos enteramente nuestras relaciones personales"[161].

Así quedó preparado el escenario para una confrontación pública entre Freud y Jung en el Congreso para analistas celebrado en Munich a primeros de septiembre de 1913. Iba a ser el último encuentro entre los dos. A lo largo de la primavera de 1913 Freud había estado pensando en la próxima ruptura pública con Jung, que había llegado a ser tan "inútil" para Freud,

161 *Ibid.*, pp. 534-35, 538-39.

que "apenas podía imaginarse a sí mismo manteniendo las mismas relaciones que habían existido entre ellos anteriormente"[162]. Entonces el grupo de Zurich estaba sobreestimando su importancia para la causa de Freud, y éste reconoció que su preferencia anterior por el suizo había sido la causa primordial de aquella situación. El 27 de marzo de 1913 Freud escribió que "naturalmente no soy indiferente hacia las deformaciones de mi psicoanálisis"[163], al tiempo que intentaba diferenciar la obra reciente de Jung de la suya. El mismo día Freud escribió a otro discípulo, Karl Abraham, que

Jung está en América, pero sólo por cinco semanas, es decir, que pronto estará de regreso. En cualquier caso, está haciendo más por sí mismo que por el psicoanálisis. Me he separado mucho de él, y ya no tengo pensamientos amistosos hacia él. Sus deficientes teorías no me compensan su carácter desagradable. Está siguiendo los pasos de Adler, pero sin la coherencia de ese personaje maligno[164].

Freud acabó el manuscrito de *Tótem y tabú* aquella primavera, y pensó que serviría para empezar a señalar las diferencias entre él y Jung. Esperaba que el libro se publicara antes de la reunión de Munich y "sirviera para trazar una divisoria nítida entre nosotros y toda la religiosidad aria"[165]. La tesis de Freud en *Tótem y tabú* se refería nada menos que a los orígenes de la sociedad humana; había descubierto que el complejo de Edipo arrojaba "una luz de importancia inopinada sobre la historia de la raza humana y de la evolución de la religión y de la moralidad"[166].

Desde septiembre de 1911 Freud y Jung habían estado trabajando en el mismo tema del origen de la religión. Freud, fascinado por el misterioso significado del doble, reconoció su preocupación ante el hecho de tener un gemelo intelectual:

cuando concibo una idea de vez en cuando, constituye un tormento para mí pensar que puedo estar quitándole algo a usted o apropiándome algo que usted podría haber acabado de conseguir igualmente... ¡Dios! ¿Por qué se me ocurriría seguirle a usted hasta este terreno?[167].

Freud había opuesto resistencia a los intentos de Adler y sus seguidores de permanecer en la Sociedad de Viena basándose en que lo deseaban "para proveerse parasitariamente de ideas y material que falsificar"[168]. Jung conocía perfectamente la susceptibilidad de Freud hacia los problemas del plagio y de las prioridades. En 1908, por ejemplo, Freud había enviado un paciente a Jung: un psicoanalista drogadicto, Otto Gross.

162 Binswanger, *Freud*, p. 53.
163 Citado en *ibid.*
164 *Letters of Freud and Abraham*, p. 137.
165 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 353.
166 "The Interpretations of Dreams", Vol. 4, p. 263.
167 *Freud/Jung Letters*, p. 459.
168 *Ibid.*, p. 447.

En un principio pensé que usted se haría cargo de él durante el período de abstinencia y que yo empezaría el tratamiento analítico en el otoño. Es una prueba de egolatría vergonzosa, pero debo reconocer que de ese modo es mejor para mí; pues me veo obligado a vender mi tiempo, y mi energía ya no es lo que solía. Pero, sinceramente, la dificultad habría consistido en que se habría borrado inevitablemente la línea divisoria entre nuestros derechos de propiedad respectivos con respecto a las ideas creativas; no habríamos podido desenredarlas nunca con conciencia clara. Desde que traté al filósofo Swoboda, he sentido horror de esas difíciles situaciones[169].

Si el tema de *Tótem y tabú* había contribuído a socavar los sentimientos de Freud hacia su heredero, Jung no se mostraba tampoco muy sosegado con respecto a él: "si también usted pasa a ocuparse de la psicología de la religión, las perspectivas van a ser muy sombrías para mí. Es usted un rival peligroso"[170].

En *Tótem y tabú* Freud postuló que al principio el hombre vivió en una banda u horda primitiva, dominada por un padre que monopolizaba a todas las mujeres; los hijos se agruparon y se rebelaron, y, después de haber asesinado al padre, se lo comieron. No obstante, el amor de los hijos hacia su padre asesinado pronto les hizo sentirse abrumados con sentimientos de culpabilidad por su crimen, y convinieron en que ningún varón llegaría a tener nunca los poderes que su padre había ejercido; Freud pensaba que, una vez establecidas restricciones de los impulsos, podía decirse que había comenzado la civilización[171].

Al hacer remontar el comienzo de la sociedad a aquel crimen original —o, como han sugerido algunos, a una serie de asesinatos de ese tipo—, Freud estaba ampliando la importancia del complejo de Edipo, que Jung había intentado colocar en una perspectiva diferente. Mediante la interpretación del significado de la religión totémica en función de la realización de los deseos edípicos, en lugar de las fantasías incestuosas que afligían a los pacientes neuróticos, Freud pensó que había descubierto que los "comienzos de la religión, la moralidad, la vida social y el arte coinciden en el complejo de Edipo"[172].

Los antropólogos no han podido confirmar nunca la existencia de esas hordas primitivas; en los grupos de esa clase documentados no aparece el carácter posesivo descrito por Freud, ni los celos, ni nada que se parezca a la institución de un macho dominante que monopolice a las hembras[173]. Las fuentes en que Freud se basó eran obra de antropólogos de salón, que posteriormente quedaron desacreditadas con el desarrollo de los trabajos modernos de investigación sobre el terreno. Pero en la vida intelectual del siglo XIX era un lugar común la identificación de la mentalidad primitiva

169 *Ibid.*, p. 152. Cf. también *ibid.*, pp. 157, 414.
170 *Ibid.*, p. 460.
171 Cf. Roazen, *Freud: Political and Social Thought*, Cap. 3.
172 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 360; citado en *ibid.*, Vol. III, p. 329.
173 Carta de Geoffrey Gorer a Ernest Jones del 14 de diciembre de 1955 (archivos de Jones).

con la de los "salvajes". Por lo menos igualmente dudosa era la insistencia de Freud en la herencia filogenética del hombre; pues sostuvo que una característica adquirida —la culpabilidad por haber asesinado al padre primitivo— podía heredarse.

Resulta sorprendente que "antes de 1910 no pueda encontrarse mención alguna de la filogénesis en la doctrina freudiana"[174]. Freud reconoció que "en 1912... la convincente indicación de Jung de las analogías de gran alcance entre los productos mentales de los neuróticos y de los pueblos primitivos me hizo prestar atención a ese tema"[175].

C. G. Jung fue el primero en llamar la atención explícitamente sobre la sorprendente semejanza entre las desordenadas fantasías de los que padecen demencia precoz y los mitos de los pueblos primitivos; mientras que quien esto escribe señaló que los dos deseos que se combinan para formar el complejo de Edipo coinciden precisamente con las dos prohibiciones principales impuestas por el *totemismo* (no matar al antepasado primitivo y no casarse con una mujer perteneciente al clan propio) y sacó conclusiones de gran alcance a partir de ese hecho[176].

Jung era más propenso a citar interpretaciones filogenéticas que el propio Freud, aunque después de su encuentro parece ser que Freud adoptó parte del método de enfoque de Jung. Si bien Freud consideró "un error metodológico" por parte de Jung "adoptar una explicación filogenética antes de haber agotado las posibilidades ontogenéticas", él mismo no sólo habló de "herencia orgánica', sino que, según Jones, sacó la conclusión de que "ciertas fantasías primordiales, entre otras las del coito y la castración, se transmitían por herencia de una forma u otra..."[177].

Sin embargo, en aquella época a Freud las ideas de Jung le parecieron en el mejor de los casos confusas, si no ininteligibles o demenciales. El 1 de junio de 1913 Freud escribió a Abraham: "Jung está loco, pero no deseo la separación y me gustaría dejarle hundirse primero. Quizás mi *Tótem y tabú* precipite la ruptura contra mi deseo"[178]. Abraham siguió siendo el discípulo leal, y los términos en que Freud expresó su gratitud a Abraham por sus comentarios sobre *Tótem y tabú* dan una idea de lo que Freud deseaba de sus discípulos. "La forma como todos ustedes intentan mostrarme el valor de la obra", escribió Freud, "completándola y sacando conclusiones a partir de ella es naturalmente la más maravillosa"[179]. A lo que Freud puso objeciones repetidas veces fue a la "confusión"[180] de Jung. Como en el caso de otros "disidentes" del psicoanálisis, más que

174 Wittels *Freud*, p. 168.
175 "An Autobiographical Study", p. 66.
176 "Two Encyclopaedia Articles", p. 253.
177 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 97; "Three Esaays on the Theory of Sexuality", p. 225; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 308.
178 *Letters of Freud and Abraham*, p. 141.
179 *Ibid.*, p. 142.
180 *Letters of Freud and Abraham*, p. 141.

discrepar con respecto a la obra de Jung, lo que ocurría era que a Freud le resultaba ininteligible. Freud "siempre se propuso entender cabalmente"; y, por esa misma lógica, "la música no le interesaba, porque la consideraba un lenguaje ininteligible"[181].

Freud no era una persona depresiva y, en consecuencia, no tenía tendencia a criticarse a sí mismo por lo que había hecho a los demás; era más propio de Freud buscar lo que los otros le habían hecho a él[182]. Pero en julio de 1913, después de acabar *Tótem y tabú* y antes de su último encuentro con Jung, sufrió una depresión que pudo haberle permitido ver el papel que había desempeñado su personalidad en el fracaso de su relación con Jung[183]. Sin embargo, en el invierno siguiente Freud centró su atención en el comportamiento de Jung como presidente; según contó,

> Jung dirigió (el Congreso) de modo desagradable e incorrecto; limitó el tiempo de los conferenciantes y las discusiones hicieron olvidar las ponencias... Las fatigosas y poco edificantes sesiones acabaron en la reelección de Jung para la presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que aceptó, a pesar de que dos quintas partes de los presentes le negaron su apoyo[184].

Jones contó que Jung le había dicho al final del Congreso, refiriéndose al hecho de que estaban en bandos opuestos, "pensaba que era usted cristiano"[185]. Como Jones era uno de los pocos gentiles que asistían al Congreso, podría parecer que Jung esperaba, por esa razón, que estuviera de su parte; pero en su autobiografía, que dejó inacabada a su muerte, Jones dio una versión diferente y más amplia: "Al tiempo que se despedía, me hizo la siguiente observación burlona: 'Pensaba que tenía usted principios éticos' (expresión que le gustaba mucho); mis amigos interpretaron la palabra 'éticos' en el sentido de que en aquel caso significaba 'cristiano' y, por tanto, antisemita"[186]. Ya fuera Jones o sus amigos del bando de Freud quien hiciera aquella interpretación, el caso es que Jones la comunicó en su biografía de Freud como un comentario literal de Jung, cosa que evidentemente no era, según su relato posterior.

Pero nadie que relea el artículo presentado por Jung al Congreso puede dudar de que Freud había de considerar la posición de Jung como una afrenta intolerable. "Contribución al estudio de los tipos psicológicos" era una presentación brillante en que Jung introducía sus conceptos de "introversión" y "extroversión", que posteriormente iba a elaborar por extenso y a considerar como orientaciones opuestas hacia el mundo. La investigación de esos tipos de carácter no podía satisfacer a Freud, que en aquella época estaba preocupado principalmente por la comprensión y el tratamiento de los síntomas. Pero quizás lo más fastidioso de todo fuera un pasaje al final del artículo de Jung en que trataba la obra de Adler y la de Freud como enfoques opuestos correspondientes a los dos tipos psicológicos de Jung. La frase final de Jung —"La difícil tarea de crear una psicología que sea igualmente imparcial para con ambos tipos ha de reservarse para el futuro"— no podía tolerarse verdaderamente, a la luz de la controversia de Freud con Adler en Viena[187].

El último intercambio de cartas entre Freud y Jung se produjo en octubre de 1913, después de más de siete años de correspondencia[188]. Aquel mes Jung dimitió de su cargo de redactor del *Jahrbuch*, y en una carta a Freud escribió que

> estaba asombrado ante la completa analogía que puede trazarse entre la primera huida ante el descubrimiento del carácter sexual subyacente de las neurosis por parte de Breuer y la más reciente por parte de Jung. Eso hace que resulte todavía más indudable que ésa es la esencia del psicoanálisis[189].

A pocas figuras responsables del psicoanálisis les inquietaría hoy día que un analista presentara opiniones idénticas a las de Jung de 1913; por ejemplo, años antes de la aparición de la psicología del yo, Jung sostuvo que "el hecho de que el neurótico parezca estar influido de forma manifiesta por sus conflictos infantiles muestra que se trata menos de una cuestión de fijación que del uso peculiar que hace de su pasado infantil"[190].

Aunque posteriormente Freud describió la "soledad"[191] que lo rodeó, no parece que reconociera que él mismo había provocado aquella situación. Lo único que sabía era que tenía que

> protegerme contra personas que durante muchos años se han dicho discípulos míos y que deben todo a mi estímulo. Ahora debo acusarles y rechazarlos. No soy una persona pendenciera ni comparto la difundida opinión de que una disputa científica aporta claridad y progreso. No obstante, no soy partidario de los compromisos chapuceros ni estoy dispuesto a sacrificar nada por una reconciliación improductiva[192].

181 Edward Hitschmann, "Freud in Life and Death", *American Imago*, Vol. 2, Nº 2 (julio de 1941), p. 127.

182 Como escribió Freud en 1915, "Nunca he hecho nada vergonzoso o malicioso, ni tampoco encuentro en mí tentación alguna de hacerlo... hay otros que son brutales e indignos de confianza..." Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pp. 189-90.

183 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, 16 de junio de 1954 (archivos de Jones).

184 "On the History", p. 45.

185 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 102.

186 Jones, *Free Associations*, p. 224.

187 Jung, *Psychological Types, Collected Works*, Vol. VI, (Princeton: Princeton University Press; 1971), p. 509.

188 En 1923 Jung envió un paciente a Freud por carta, pero no recibió respuesta. *Letters of Freud and Abraham*, p. 151.

189 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, pp. 246-47.

190 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 176.

191 *Freud/Jung Letters*, p. 553.

192 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 176.

Paradójicamente, para que el psicoanálisis siguiera siendo su movimiento, para imponer su voluntad a la historia, Freud tuvo que reducirlo en talento y en número.

En 1913 invitaron a Jung a hablar en Londres "como representante del movimiento psicoanalítico"[193]. Para que no trascendiera la noticia de "que el psicoanálisis ha cambiado", escribió Freud, "en el Congreso de Munich me pareció necesario aclarar esa confusión, y lo hice declarando que no admitía las innovaciones de los suizos como continuaciones legítimas y desarrollos ulteriores del psicoanálisis iniciado por mí"[194]. En lugar de escribir desde el punto de vista de sus propias creencias, Freud prefirió la expresión, de apariencia más impersonal: "doctrina psicoanalítica"; después de haber expulsado a los disidentes, en años futuros Freud iba a poder hablar de "la declaración unánime de todos los psicoanalistas"[195]. Otra forma persuasiva de argumentar propia de Freud era: "Hace mucho que los analistas han convenido en que..."[196]

En enero y febrero de 1914 Freud escribió su ensayo "Historia del movimiento psicoanalítico" para los lectores del *Jahrbuch*, en el que achacaba a Jung su "abandono completo del psicoanálisis"[197]. Freud resumió las tendencias científicamente regresivas representadas por la obra de Adler y de Jung, y su polémica contra ellos estaba destinada a garantizar que el público entendiera por qué consideraba que habían "abandonado" el psicoanálisis y se habían "separado" de él. Y, sin embargo, había sido él quien en ambos casos se había sentido autorizado a tomar la iniciativa. Jung debía haber sabido que Freud quería que la Asociación Psicoanalítica Internacional fuera algo más que una institución para conceder títulos oficiales[198]; también era una organización política. Jung no dimitió de su cargo de presidente hasta abril de 1914. (Lo sucedió interinamente Karl Abraham.)

Cuando se publicó la polémica de Freud en julio de 1914, Jung se separó de la Asociación Psicoanalítica Internacional, junto con prácticamente todos los analistas suizos. Como en el caso de las dimisiones de Adler, "una de las razones aducidas... por los de Zurich fue 'la imposibilidad de realizar investigaciones dependientes'"[199]. A pesar de su actitud cada vez más crítica hacia la obra de Freud, Jung había deseado seguir al

193 Jung, *Freud and Psychoanalysis.*, p. 243.
194 "On the History", p. 60.
195 "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 165; "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 298.
196 "From the History of an Infantile Neurosis, p. 72.
197 "On the History", p. 60.
198 Franz Alexander and Sheldon Selesnick, "Freud-Bleuler Correspondence", *Archives of General Psychiatry*, Vol. 12 (enero de 1965), pp. 1-9. Al comienzo de su compromiso con Freud, Jung había "abogado por el plan de excluir de la asistencia a las reuniones a quienes no estuvieran de acuerdo con la totalidad de la doctrina". Cf. *Freud/Jung Letters*, p. 55.
199 Binswanger, *Freud*, p. 55.

lado de Freud, pero éste parecía empeñado en expulsarlo. Como escribió Freud a finales de julio de 1914, "me muero por recibir la noticia oficial de que nos hemos librado de los 'independientes'"[200]. Freud escribió sobre el psicoanálisis como en otro tiempo había escrito sobre el estado de su mente en cartas a Fliess: "se ve zarandeado por las olas, pero no se hunde" (citando el escudo de la ciudad de París)[201]. Por lo menos, Freud había preservado la que consideraba la integridad de sus doctrinas, y, cuando llegara su momento, sus contribuciones originales obtendrían el reconocimiento.

5. La psicología analítica.

Desde el punto de vista psicoanalítico ortodoxo, Jung ha parecido "ni más ni menos que un prefreudiano que, después de haberse dejado arrastrar al principio por la corriente del pensamiento freudiano, luego ha hecho esfuerzos constantes para hacer las paces con la psicología consciente". El peligro para la posición de Freud era el "uso [por parte de Jung] de la terminología freudiana de un modo que la priva de su significado original, con lo que engaña al lector desorientado"[202]. Los escritos de Jung carecían efectivamente de la extraordinaria claridad de Freud. En 1914 Freud escribió que

> la modificación por parte de Jung... [del psicoanálisis] deshace la conexión de los fenómenos con la vida instintiva; y además, como han señalado sus críticos (por ejemplo, Abraham, Ferenczi y Jones), es tan oscura, ininteligible y confusa, que hace que sea difícil adoptar una postura con respecto a ella[203].

No obstante, Freud no pudo deshacerse de uno de los conceptos de Jung —el de "complejo"—, ya que había formado parte del vocabulario psicoanalítico durante tanto tiempo. El encargado de la edición de las obras de Freud, James Strachey, observó que "la primera vez que apareció en los escritos publicados de Freud el término de la escuela de Zurich 'complejo'"[204] fue en 1906. En 1912 Freud, que ya estaba separándose de Jung, intentó por un tiempo hacer que pareciera que ese término era superfluo para el psicoanálisis, pero era demasiado tarde[205]. En años posteriores Jones intentó quitar a Jung el mérito de ese término mediante

200 Citado en *ibid.*
201 "On the History", p. 7.
202 Edward Glover, *Freud or Jung?* (Nueva York: Meridian Books; 1957), pp. 33, 45.
203 "On the History", p. 60.
204 "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 9, p. 100.
205 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 38-39.

la referencia a un psiquiatra berlinés "que tenía interés de propietario en la palabra 'complejo', pues fue el primero en introducirla..."[206].

Al comienzo, el psicoanálisis centró su atención en el conflicto. Desde la muerte de Freud, los autores psicoanalíticos se han interesado más en las zonas "libres de conflicto" de la psique. Jung sentía tanto desprecio por la obra de Heinz Hartmann sobre el yo "autónomo" como convencido estaba de que los conceptos de Freud eran inapropiadamente negativos. Para Jung, el psicoanálisis ortodoxo siguió siendo simplemente una explicación hedonista del dilema. A pesar de las diferencias de Jung con la posición adleriana, podría haber convenido en que "la teoría del complejo de Edipo universaliza las experiencias decepcionantes del niño consentido, de igual modo que la teoría de la libido universaliza sus propensiones a la búsqueda del placer"[207]. Y, como Adler, Jung quería liberarse de la concentración de Freud en causas procedentes del pasado: "ningún hecho psicológico puede explicarse nunca, en función de la causalidad exclusivamente; como fenómeno vivo, siempre va ligado indisolublemente a la continuidad del proceso vital, de modo que no es sólo algo deducido, sino también algo que es creativo y está desarrollándose constantemente"[208].

La preocupación de Freud por la condición humana de los conflictos internos, su empatía hacia el sufrimiento, su reconocimiento del carácter inevitable de la tragedia, pueden verse en el dualismo persistente de sus ideas. En sus primeros escritos concibió los impulsos libidinales opuestos a criterios de la conciencia, y en sus últimos años lanzó la hipótesis de un instinto de vida opuesto a un instinto de muerte; a pesar de las referencias ocasionales a una unidad psíquica, el dualismo de las emociones humanas —lo que Bleuler había llamado "ambivalencia"— fue lo que llegó a ser el interés principal de Freud. Jones cuenta que "Freud... dijo a Jung que, si él [Freud] hubiera de padecer una neurosis, sería la de tipo obsesivo. Eso significa... una ambivalencia profunda entre las emociones del amor y del odio..."[209] Jones sabía que Freud tenía una "determinación casi obsesiva a limitarse exclusivamente a dos conjuntos de instintos[210].

Jung se separó de la teoría de Freud al lanzar la hipótesis de que la libido era una fuerza psicológica mucho más amplia y omnipresente de lo que Freud imaginaba. La teoría de la libido de Freud sostenía que la sublimación era el resultado de la contención de la sexualidad. Para Jung el hecho de considerar la creatividad como resultado de la negación de otras capacidades humanas era simplemente una expresión de las inhibiciones sexuales de Freud[211].

206 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 113.
207 Lewis Way, *Adler's Place in Psychology* (Nueva York: Collier; 1962).
208 Jung, *Psychological Types*, p. 431.
209 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 423.
210 *Ibid.*, Vol. III, p. 306.
211 Cf. Anthony Storr, *The Dynamics of Creation* (Nueva York: Atheneum; 1972), pp. 9-12, 172.

La concepción que tenía Freud de la libido era más estrictamente sexual, aunque para él el sexo siempre incluía las emociones relacionadas con la sexualidad infantil. Jung puso la objeción de que "la idea que tiene Freud de la sexualidad es increíblemente elástica y tan vaga, que se puede hacer que abarque prácticamente cualquier cosa"[212]. Freud consideraba que, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, la libido era de carácter intrínsecamente masculino, y usó términos militares para describir el desarrollo de las etapas libidinales: por ejemplo, describió a la mente dejando tropas a lo largo del camino del crecimiento. Freud intentó afirmar que incluso el egoísmo era un problema libidinal, y su ensayo "Sobre el narcisismo" fue un esfuerzo para establecer una alternativa a la libido asexual de Jung (así como a la noción de protesta masculina de Adler)[213]. Pero Freud incluyó tantas cosas en su concepto del narcisismo, que a un lector moderno puede resultarle difícil entender en qué difiere realmente Freud del monismo de que acusó a Jung.

Pero en los puntos de vista que a la larga llegaron a representar Freud y Jung había un conflicto inevitable. Por ejemplo, Freud sospechaba firmemente de la capacidad humana para la regresión, mientras que Jung tendía a considerar lo no racional como un competente profundo de la visión humana. Freud podía hablar a veces en términos románticos, y en cierta ocasión felicitó a un paciente por un corto relato que había hecho: "Generalmente, lo que hace el inconsciente lo hace bien"[214]. Pero, en conjunto, el trabajo de Freud como terapeuta y su temperamento racionalista hicieron que desconfiara de lo que no se podía explicar racionalmente, y tanto en los pacientes como en su propia vida se mostraba cauteloso con respecto a las debilitaciones pasajeras y aparentes de la madurez o del control. Jung contó que en cierta ocasión Freud le había dicho: "'Lo único que me pregunto es qué harán los neuróticos en el futuro, cuando se haya revelado el significado de todos sus símbolos. Les va a resultar imposible tener una neurosis'. Tenía esperanzas de que la iluminación resolviera todo"[215]. Según el punto de vista que Jung había desarrollado en 1934:

> No debemos intentar "liberarnos" de una neurosis, sino experimentar lo que significa, lo que puede enseñarnos, cuál es su finalidad. Deberíamos incluso sentirnos agradecidos a ella; de lo contrario, pasamos de largo y desaprovechamos la oportunidad de llegar a conocernos como somos en realidad. Una neurosis queda eliminada verdaderamente, cuando ha eliminado las actitudes falsas del yo. No la curamos: nos cura. Un hombre está enfermo, pero la enfermedad es el intento que hace la naturaleza para curarlo[216].

212 Jung, *The Practice of Psychotherapy, Collected Works*, Vol. XVI, (2ª ed.; Nueva York: Pantheon; 1966), p. 156.
213 "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 14, p. 70.
214 Entrevista con Albert Hirst.
215 Jung, *The Spirit in Man, Art, and Literature, Collected Works*, Vol. X (Nueva York: Pantheon; 1964), p. 170.
216 Jung, *Civilization in Transition, Collected Works*, Vol. X (Nueva York: Pantheon; 1964), p. 170.

Jung pensaba que "la mente consciente es todavía más diabólica y perversa que la naturalidad del inconsciente", y desechó "la suposición, totalmente errónea, de que el inconsciente es un monstruo"[217].

Para Jung, las regresiones podían desempeñar funciones positivas y no simplemente negativas, y posteriormente esa concepción iba a quedar incorporada al psicoanálisis ortodoxo, principalmente a través de los escritos de Ernst Kris[218]. Un analista posterior, Ronald D. Laing, iba a llegar hasta el extremo de recalcar los aspectos positivos incluso de la psicosis, el hecho de que el enfermo mental puede ser más perceptivo que las llamadas personas sanas.

La diferencia en las actitudes de Jung y de Freud hacia la regresión afectaba también a su concepción de la función del propio inconsciente. Para Freud, el inconsciente era primordialmente regresivo; cuando Jung impugnó esa opinión, a Freud le pareció que Jung iba camino de rechazar totalmente el concepto de inconsciente. Pero también podía decirse simplemente que Jung tenía una concepción diferente del inconsciente; Jung apreciaba más las posibilidades creativas del inconsciente, y veía en lo desconocido por lo menos tantas fuerzas de vida como fuerzas de muerte. La diferencia en las concepciones del inconsciente de Freud y de Jung se refleja en sus actitudes contrapuestas con respecto a la fantasía. Freud había pensado poder "afirmar que una persona feliz nunca fantasea; eso sólo lo hace una persona insatisfecha"[219]. Por otro lado, Jung escribió: "Tengo un alto concepto de la fantasía. Para mí, es el aspecto maternalmente creativo del hombre masculino... Como dice Schiller, el hombre es completamente humano sólo cuando juega"[220].

Jung sostuvo que "entre lo consciente y lo inconsciente existe una relación compensatoria, y... el inconsciente siempre intenta completar la parte consciente de la psique añadiéndole las partes que faltan, con lo que impide un desequilibrio peligroso"[221]. Por consiguiente, para Jung la psique era "un sistema autorregulado que mantiene su equilibrio del mismo modo que el cuerpo... La existencia de demasiado poco en un lado produce como consecuencia mucho en el otro"[222].

Jung percibió la desconfianza de Freud con respecto al inconsciente en su teoría de los sueños. Freud pensaba que "sería completamente incorrecto atribuir carácter 'creativo' alguno"[223] a la "actividad de los sueños" propia de la mente. La experiencia condujo a Jung a "concebir... [los

217 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 152.
218 Ernst Kris, *Psychoanalytic Explorations in Art* (Nueva York: International Universities Press; 1952).
219 "Creative Writers and Day-Dreaming", p. 146.
220 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, pp. 45-46.
221 *Ibid.*, p. 123.
222 *Ibid.*, p. 153.
223 "Two Encyclopaedia Articles", p. 241.

sueños] como funciones de compensación" en lugar de realización de deseos[224]. La idea de realización de los deseos recalcaba la satisfacción obtenida mediante el alivio de los impulsos instintivos, mientras que la de compensación daba a entender que mediante los sueños el paciente podría estar buscando una dirección ética. Según Jung, Freud "atribuye también una función compensatoria a los sueños en la medida en que preservan el reposo"[225]. Jung rechazó la distinción hecha por Freud entre contenido manifiesto y contenido latente de los sueños, al sostener que el primero, que a Freud le parecía simplemente la superficie de un sueño, contenía también el mensaje del sueño:

> Nunca pude estar de acuerdo con la afirmación de Freud de que el sueño es una "fachada" tras la cual permanece oculto su significado: un significado ya conocido, pero negado, por decirlo así, maliciosamente a la conciencia. Para mí; los sueños son una parte de la naturaleza, que no abriga intenciones de engañar, sino que expresa algo lo mejor que puede, de igual modo que una planta crece o un animal busca su comida como mejor puede[226].

"Cuando Freud afirma que el sueño significa algo diferente de lo que dice, esa interpretación es una 'polémica' contra la presentación natural y espontánea de sí mismo que hace el sueño y, por lo tanto, no es válida"[227]. Jung pensaba que "los sueños pueden contener verdades ineluctables, proclamas filosóficas, ilusiones, fantasías extravagantes, recuerdos, planes, anticipaciones, experiencias irracionales, incluso visiones telepáticas, y Dios sabe qué otras cosas"[228].

Uno de los compañeros suizos de Jung, Alphonse Maeder, habló de "la tendencia prospectiva de los sueños", que, como la idea de Adler de los elementos masculinos y femeninos en los sueños, era una desviación de la teoría original de Freud de la realización de deseos. Freud pensó que tenía que refutar la utilidad de las teorías rivales de los sueños. Mediante la atribución a aquellos presuntos "descubrimientos" de la pretensión de universalidad (que Jung había tenido la preocupación de no formular), Freud intentó descartarlas: "La razón por la que he citado estos descubrimientos de nuevas características universales de los sueños es la de avisar al lector contra ellos o, por lo menos, despejar las dudas con respecto a lo que pienso de ellos"[229].

Jung hizo por lo menos una innovación en la psicología de los sueños que en general hoy aceptan los analistas; a saber, su sugerencia de que los

224 Jung, *The Development of Personnality, Collected Works*, Vol. XVII, (Nueva York: Pantheon; 1954).
225 Jung, *The Structure and Dynamics of the Psyche, Collected Works*, Vol. III VIII, (Nueva York: Pantheon; 1960), p. 251.
226 Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, pp. 161-62.
227 Jung, *The Development of Personnality*, p. 88.
228 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 147.
229 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 237.

personajes de los sueños pueden interpretarse como representantes de aspectos del yo del que sueña. Un hombre que sueña con una muchacha que está muy triste puede estar expresando su propia tristeza; y era típico de Jung pensar que un hombre podía haber perdido el contacto con su feminidad (''anima''), de igual modo que muchas mujeres sufren de falta de acceso a su faceta masculina (''animus''). ''En el hombre el inconsciente tiene rasgos femeninos, en las mujeres masculinos...''[230]

Para Freud, las figuras de los sueños, cuando se interpretaban en sus significados latentes, representaban a personas correspondientes a la vida pasada del que sueña. Mientras que hoy muchos psicólogos estarían de acuerdo con Jung e incluso, como Erikson, hablan de ''símbolos del yo'' en los sueños, Freud se mostró inflexible a la hora de rechazar esa parte del que juzgaba camino equivocado de Jung: ''Tengo que rechazar como muestra de especulación sin sentido e injustificada la idea de que *todas* las figuras que aparecen en un sueño deben considerarse como fragmentaciones y representaciones del propio yo del que sueña''[231].

La insistencia de Jung en la necesidad de entender la ''misión vital'' del que sueña, y su preocupación por los conflictos actuales (en lugar de los ocultos o disimulados) de sus pacientes, puede haber tenido su origen en una peculiaridad de su práctica clínica original. Pues, si llegó a ser ''uno de los principios fundamentales de la psicoterapia jungiana'' el de devolver ''al paciente a la realidad''[232], en lugar de estimular el rodeo propio de Freud, a través del pasado para entender el presente, eso fue consecuencia de que Jung había estado mucho más familiarizado que Freud con los pacientes mentales más desequilibrados. Freud daba por sentado que los yos de sus pacientes estaban más o menos intactos, cuando, en realidad, los pacientes más desequilibrados proyectan con mucha frecuencia porciones de sí mismos en los demás. Mediante su posición en un hospital de Suiza, Jung había observado casos que Freud no habría tenido oportunidad de ver; y Jung se mostró más tolerante hacia las psicosis que Freud en ninguna época de su vida[233]. En sus primeros años Jung trató casos de psicosis, y se sentía más fascinado por el material aportado por un esquizofrénico que por el aportado, por ejemplo, por un neurótico obsesivo común.

Jung se mostraba menos defensivo que Freud con relación a las psicosis, y eso puede explicar muchos aspectos de sus diferencias. Al tratar a una persona con trastornos esquizofrénicos, el analista no puede dar por sentado el sentido de la realidad que tiene el paciente en el momento presente y puede ser que tenga que intervenir para asegurarse de que

230 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 15. Cf. Anthony Storr, *C. G. Jung* (Nueva York: Viking; 1973), pp. 44-45.

231 ''Remarks on the Theory and Practice of Dream-Interpretation'', pp. 120-121.

232 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 664.

233 No obstante, Jung era ''notoriamente intolerante con respecto a los homosexuales masculinos''. Además, escribió relativamente poco sobre el aspecto positivo del ''animus'' de las mujeres: ''un tema que aparece una y otra vez... es el desastroso efecto que, según pensaba, tenían las universidades —especialmente las universidades americanas— sobre la personalidad de las mujeres. Las llamaba ''incubadoras de animus''...''. Storr, *Jung*, P. 48.

realice las tareas diarias más ordinarias (lavarse, vestirse, etc.). Además, quienes han trabajado con las enfermedades mentales más graves son más sensibles ante la posibilidad de que intervengan trastornos bioquímicos y, por esa razón, tienen mayor tendencia a seguir respetando la competencia especial del médico en el terreno de la psicoterapia. Aunque Jung no se oponía a la práctica del análisis realizado por profanos, su miedo a la presencia de psicosis latentes en los pacientes lo condujo a sostener que ''un analista profano... debe trabajar siempre con un doctor''[234]. Cuando todavía formaba parte del círculo de Freud, Jung aceptó la imagen que tenía Freud del analista como un cirujano mental, y en 1913 escribió que ''me engañaría a mí mismo, si pensara que soy un médico en ejercicio. Soy ante todo un investigador...''[235] Pero en 1942 Jung pensaba que ''lo importante no es la neurosis, sino el hombre que tiene la neurosis. Tenemos que ponernos a trabajar con el ser humano, y hemos de ser capaces de apreciarlo como ser humano que es''[236].

Freud discrepó reiteradamente en relación con quienes sentían enorme interés en los casos psicóticos. Freud escribió su historial clínico de Schereber (un psicótico) bajo el efecto de su asociación con Jung, a pesar de que se basó en un libro de recuerdos y no en material clínico propio. Freud esperaba que su ensayo le granjeara ''la burla despectiva o la inmortalidad o ambas cosas''[237]. Se ha sugerido que ''la contribución más importante de Jung'' al psicoanálisis fue la de señalar ''que Freud no había distinguido los fenómenos neuróticos de los psicóticos en el caso de Schereber''[238]. Freud reconoció ''la asombrosa luz arrojada por C.G. Jung sobre los síntomas más oscuros de lo que se conoce por demencia precoz''; no obstante, Freud añadió que Jung había hecho eso ''en una época en que era simplemente un psicoanalista y todavía no aspiraba a ser un profeta...''[239] Sin embargo, Freud tenía su propio aspecto profético, como mostró en su denuncia de la creencia religiosa y en su crítica de la moralidad religiosa tradicional. Pero las descripciones de la psicología profunda moderna han omitido con demasiada frecuencia los grandes logros de Jung como terapeuta.

La experiencia e interés de Jung en un principio en relación con la comprensión de la psicosis iba acompañada de su opuesto aparente: su

234 Jung, *Psychology and Religion: West and East, Collected Works*, Vol. XI, (Nueva York: Pantheon; 1959), p. 351.

235 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, pp. 147, 264.

236 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 83.

237 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 268.

238 Sheldon T. Selesnick, ''Carl G. Jung'', en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 76.

239 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 269.

fascinación por lo supranormal, por el genio. El tema del héroe ocupó una posición central en el pensamiento de Jung y, para enriquecer su entendimiento de la mitología, Jung se puso a estudiar la religión comparada. En 1912 Freud pensaba que Jung tenía "fundamentos excelentes para su afirmación de que las fuerzas mitopoéticas de la humanidad no se han extinguido, sino que hasta hoy mismo siguen originando en las neurosis los mismos productos psíquicos que en las más remotas épocas pasadas"[240].

Pero en 1914 Freud se quejó de que en las nuevas teorías de Jung "la investigación de los individuos ha pasado a segundo plano y ha quedado substituida por conclusiones basadas en pruebas procedentes de la investigación antropológica"[241]. Mientras que Freud estaba usando la prehistoria en *Tótem y tabú* para recalcar de nuevo la importancia del complejo de Edipo, Jung encontró una vía en la antropología para usar la religión, el simbolismo y la mitología de los pueblos de cultura oral para promover sus propios intereses especiales. En años posteriores visitó a los indios del sudoeste americano y viajó a India, Egipto, Africa del Norte y el Sahara para aumentar su conocimiento del hombre.

En conformidad con su orientación religiosa, Jung concebía "la vida como una sucesión de metamorfosis, de las cuales la principal es 'el viraje de la vida' en torno a la edad de treinta y cinco años"[242]. En el trascurso de las metamorfosis del individuo, la segunda mitad de la vida era, en opinión de Jung, para unos pocos hombres excepcionales, "un período de confrontación con el arquetipo del espíritu y del yo"[243]. El concepto del arquetipo de Jung no tenía "que ver lo más mínimo con ideas heredadas, y sí con modos de comportamiento"[244]. Freud había hecho la distinción primordial entre infancia y edad adulta, e interpretaba la segunda de acuerdo con características únicas de la primera. Freud se había mostrado cauteloso a la hora de analizar a los pacientes más ancianos, pero Jung llegó a interesarse de forma especial en sus problemas. Las dificultades de los ancianos eran diferentes de las de los jóvenes; les preocupaban menos las vicisitudes de la sexualidad y más los problemas del significado.

Al tratar las actitudes fundamentales de una persona hacia el ser, Jung regresaba al terreno religioso que Freud había intentado invalidar. Freud reconoció la legitimidad de la dirección del pensamiento de Jung, por lo menos en relación con "la fantasía de la reencarnación, sobre la que Jung

240 "Psychoanalytic Notes on an Autobiographical Account", p. 82.
241 "On the History", p. 63.
242 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 686.
243 *Ibid.*, p. 711.
244 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 124. Anthony Storr ha sugerido recientemente que Jung pensaba en predisposiciones heredadas; por ejemplo, "hay que tener en cuenta las imágenes 'arquetípicas' de la madre buena y de la mala, que... se proyectan sobre la madre real de tal modo, que puede parecer una especie de divinidad o bien una especie de bruja". Storr, *Jung*, p. 41.

ha llamado la atención recientemente y a la que ha asignado una posición tan dominante en la vida imaginativa de los neuróticos". Pero, añadía Freud en tono de crítica, "eso estaría muy bien, si no hubiera nada más que decir"[245]. No obstante, medio siglo después, no sólo iban los analistas a tratar a pacientes ancianos de mayor edad que la que Freud consideraba máxima para que el sujeto fuera receptivo a la influencia terapéutica, sino que, además, iban a seguir el ejemplo de Jung (a veces sin saberlo) al estudiar la psicología de etapas de la vida distintas de las que interesaron a Freud específicamente.

La total entrega de Jung a las investigaciones filosóficas fue claramente una causa de disconformidad entre él y Freud. Jung sostenía que el terapeuta debe estar preparado para ir al encuentro del paciente a todos los niveles, incluido el moral. Aunque en muchos sentidos era un conformista en la vida cotidiana, Freud se mostraba cínico con respecto a la moralidad tradicional; en fecha tan avanzada como 1921 afirmó que "hace tiempo que somos de la opinión de que 'la angustia social' es la esencia de lo que se llama conciencia"[246]. Freud estaba convencido de que controlamos nuestros impulsos instintivos inconscientes, "en que todo lo que es malo en la mente humana va contenido como una predisposición", por miedo al mundo exterior[247]. En 1930 Freud hizo la exposición más extensa de su modo de entender los orígenes de la conciencia en su *El malestar en la cultura*, pero anteriormente había desechado la idea de "un instinto hacia la perfección en los seres humanos" por considerarlo una "ilusión bondadosa".

Jung intentó tratar directamente las dimensiones filosóficas de la psicología profunda, y estaba más dispuesto que Freud a examinar las consecuencias de esas ideas para una concepción moderna del individualismo. Según Jung, todo el mundo tiene una "persona", un medio de presentarse al mundo exterior. Pero desde "el punto de vista [de Jung] la llamada personalidad centrada puede llevar una existencia semejante a la de una máscara"[248]. Jung pensaba que, para que un paciente se abriera paso por entre lo que pudiera haber llegado a ser con el fin de agradar a los demás, tenía que entrar en contacto con su "sombra", que se encuentra detrás de la "persona". Por "sombra" Jung "entendía el aspecto 'negativo' de la personalidad, la suma de todas esas características desagradables que nos gusta esconder, junto con las funciones insuficientemente desarrolladas y el contenido del inconsciente personal"[249].

245 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 100.
246 "Group Psychology and the Analysis of the Ego", pp. 74-75.
247 *Ibid.*, p. 74.
248 Weigert, "Dissent in the Early History of Psychoanalysis", p. 356.
249 Jung, *Two Essays on Analytical Psychology*, (Nueva Yor: Meridian Books; 1956), p. 313.

Con sus conceptos de persona y de sombra, una vez más Jung estaba desarrollando un aspecto de la obra de Freud más de lo que el propio Freud deseaba, si bien los estudiosos posteriores de Freud han llegado a sentirse a gusto con la distinción de Jung. Sin usar la terminología de Jung, Donald Winnicott estaba designando entidades filosóficas (y clínicas) semejantes, cuando distinguió "el yo verdadero del falso", el segundo de los cuales se compone de "las reacciones a los estímulos externos". Según Winnicott, la función defensiva del "Yo Falso" "consiste en ocultar y proteger al Yo Verdadero, cualquiera que pueda ser éste"[250].

Jung pensaba también que las susceptibilidades irracionales del propio analista desempeñaban un papel importante en el tratamiento psicoterapéutico. Su interés por la importancia de la propia neurosis del analista pudo haberse iniciado con su comprensión de las limitaciones de Freud; en 1912 sacó la conclusión de que el autoanálisis era imposible y de que, por consiguiente, todos los analistas debían someterse a un análisis personal[251].

En 1912 Jung dijo que "resulta completamente imposible, aun mediante el análisis más sutil, impedir que el paciente adopte instintivamente la forma como su analista trata los problemas de la vida"; para evitar que "las exigencias infantiles no reconocidas del analista" se identifiquen "con las exigencias paralelas del paciente", el analista debe someterse "a un análisis riguroso por parte de otro analista"[252]. Aquel mismo año Freud escribió: "Considero uno de los muchos méritos de la escuela de analistas de Zurich el de que hayan insistido con mayor fuerza en ese requisito, y de que lo hayan incluido en la exigencia de que cualquiera que desee analizar a otras personas debe someterse primero a un análisis con alguien experimentado"[253]. Hasta 1918 no animó Freud a uno de sus discípulos, Herman Nunberg, a introducir la regla propuesta de que todos los analistas se analizaran; por fin, se aceptó la propuesta en 1926 como norma oficial de la Asociación Psicoanalítica Internacional[254]. Sin embargo, Jung, más que Freud, consideraba que "el gran factor de curación en la psicoterapia" es "la personalidad del doctor"[255]. En 1934 expresó su desaprobación de la rigidez artificial en la técnica terapéutica; refiriéndose al análisis del analista, Jung escribió:

> Freud apoyó ese requisito porque, evidentemente, no podía eludir el convencimiento de que el paciente debe verse confrontado por un doctor y no por una técnica. Indudablemente, es muy loable que un doctor intente ser lo más objetivo e impersonal posible y que procure no injerirse en la psicología de su paciente como un salvador sobremanera entusiasta. Pero, si esa actitud se prolonga artificialmente, produce consecuencias desafortunadas. El doctor descubrirá que no puede traspasar los límites de la naturalidad impunemente. Además, subestimaríamos peligrosamente a los pacientes, si imagináramos que son demasiado estúpidos como para advertir los artificios del doctor, sus medidas de seguridad y su jueguecito de prestigio[256].

250 Donald W. Winnicott, *The Maturational Processes and the Facilitating Environment* (Londres: Hogarth; 1965), pp. 34, 142.
251 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 719.
252 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, pp. 198-99.
253 "Recommendations to Physicians Practising Psychoanalysis", p. 116.
254 Nunberg, *Memoirs*, p. 35.
255 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 88.

La primitiva preocupación de Jung por la interferencia inconsciente del analista en el progreso de sus pacientes distinguió su forma de terapia del ideal más antiséptico de Freud expresado en sus recomendaciones sobre la técnica analítica[257]. Como escribió Jung en 1935 refiriéndose a la reacción de un analista ante su paciente (con palabras con las que no podemos imaginar que Freud asentiría): "Si deseo tratar a otro individuo psicológicamente lo más mínimo, para bien o para mal debo abandonar toda clase de pretensiones a un conocimiento superior, toda clase de autoridad y de deseo de influir. Debo adoptar por fuerza un procedimiento dialéctico consistente en una comparación de nuestros descubrimientos mutuos"[258].

Al atribuir tanta importancia a la vida presente del paciente, Jung tuvo necesariamente que considerar la relación doctor-paciente[259]. Para Jung, "el terapeuta ya no es el agente del tratamiento, sino un compañero partícipe en un proceso de desarrollo individual"[260]. Mediante un proceso de "individuación", el "paciente llega a ser quien realmente es"; eso se produce "mediante la reconciliación de los factores internos opuestos"[261]. Pero

> el psicoterapeuta debe dejar de trabajar sometido a la ilusión de que el tratamiento de la neurosis no exige otra cosa que el conocimiento de una técnica; debe ver con toda claridad que el tratamiento psicológico del enfermo es una *relación* en que el doctor está tan implicado como el paciente[262].

Para Jung, el método de tratamiento de Freud parecía estimular el deseo neurótico de regresar al pasado, que Jung consideraba como una evasión del presente; "existe una gran diferencia en la práctica entre el hecho de que interpretemos algo regresivamente y el de que lo hagamos progresivamente"[263]. Jung pensaba que "tiene poca importancia que,

256 Jung, *Civilization in Transition*, pp. 159-60.
257 En 1911 Freud había puesto objeciones a la técnica de Jung y Pfister: "siguen ustedes dejándose implicar, dando mucho de sí mismos y esperando que el paciente dé algo a cambio... eso es imprudente en todos los casos... es mejor permanecer en actitud de reserva y puramente receptiva". *Freud/Jung Letters*, p. 476.
258 Jung, *The practice of Psychotherapy*, p. 5.
259 Clara Thompson, *Psychoanalysis: Evolution and Development* (Nueva York: Grove Press; 1950), p. 15.
260 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 81, p. 8.
261 *Ibid.*, p. 10; Storr, *The Dynamics of Creation*, p. 230.
262 Jung, *Civilization in Transition*, p. 164.
263 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 9.

incluso actualmente, prevalezca en muchas partes la opinión de que el análisis consiste principalmente en 'desenterrar' el más temprano complejo infantil con el fin de arrancar el mal de raíz. Eso es simplemente la secuela de la antigua teoría del trauma''[264]. Jung consideraba que ''no podemos extraer pura y simplemente su morbilidad [de un paciente] como un cuerpo extraño, no vaya a ser que extirpemos con ella algo esencial, algo destinado a la vida. Nuestra misión no es la de extirpar, sino la de cultivar y transformar ese elemento en desarrollo hasta que pueda desempeñar su papel en la totalidad de la psique''[265].

Freud puso la objeción de que el enfoque de Jung representaba, como anteriormente el de Adler, una regresión científica ''al volver sobre el conflicto actual, en que... lo esencial no iba a ser en absoluto lo accidental y personal, sino lo general: de hecho, el incumplimiento de la misión vital''[266]. No obstante, insistió en que la concepción del ''conflicto real'' por parte de Jung no se refería a ''*la insignificante vejación del momento*'', sino al ''problema de la adaptación''[267]. Pero, según Freud, ''el primer sector de la realidad con que debe habérselas el paciente es su enfermedad. Los esfuerzos por ahorrarle esa tarea señalan la incapacidad del médico para ayudarle a superar sus resistencias, o bien el temor del médico a los resultados del trabajo''[268].

Para Freud, la diferencia en la técnica de Jung procedía de su incapacidad para adoptar el que entonces era el sistema psicoanalítico aceptado. Freud se quejó de que para Jung

el complejo de Edipo tiene un significado meramente ''simbólico'': en él la madre significa lo inalcanzable, a lo que hay que renunciar en provecho de la civilización; el padre que resulta muerto en el mito de Edipo es el padre ''interior'', del que debe uno liberarse para llegar a ser independiente[269]

Freud sacó la conclusión de que las teorías de Jung sobre la independencia tenían un origen autobiográfico en la necesidad de Jung de liberarse de Freud.

Jung llegó a creer que los pacientes no sólo necesitan análisis, sino también síntesis; y en esto las doctrinas religiosas y filosóficas pueden tener alguna importancia. Pero, para Freud, el análisis entrañaba automáticamente síntesis, y daba por sentada la capacidad del paciente para decidir por sí mismo el tipo de vida que llevaría. El punto de vista psicoanalítico ha sostenido que ''quien se aventura a enseñar o a guiar a sus pacientes

264 *Ibid.*, p. 133.
265 *Ibid.*, p. 138.
266 ''On the History'', p. 63.
267 *Freud/Jung Letters*, p. 548.
268 ''On the History'', p. 66.
269 *Ibid.*, p. 62.

—lo sepa o no— ha usurpado los privilegios del ministro de la religión''[270]. A pesar de lo cerca que llegó a estar Jung de la religión tradicional, también él dio marcha atrás; como escribió en 1935: ''En la mayoría de los casos trato con personas a las que no puedo inculcar valores ni convicciones de ningún tipo... Naturalmente, el pastor de almas no se encuentra en esa posición, por regla general; trata con personas que piden expresamente que se las reforme espiritualmente desde arriba''[271]. A pesar de la insistencia de Jung en la importancia de ayudar a los pacientes neuróticos con los problemas de significado filosófico, podía corregir el exceso de celo de un discípulo: ''Usted *quería ayudar*, lo que constituye una imposición a la voluntad de los demás. Su actitud debería ser la de quien ofrece una oportunidad que puede aceptarse o rechazarse''[272].

Como Adler, Jung abandonó el uso del sofá analítico y no se atuvo a la neutralidad del analista para evocar transferencias. En realidad, Jung solía mostrarse indeciso a la hora de permitir que se desarrollaran las reacciones de transferencia, que Freud consideraba la esencia del tratamiento psicoanalítico. En 1935 Jung se contentaba ''con un máximo de cuatro consultas a la semana. Con el comienzo del tratamiento sintético es provechoso separar las consultas. Entonces suelo reducirlas a una o dos por semana, pues los pacientes deben aprender a seguir su propio camino''[273]. Llevando hasta sus últimas consecuencias su principio anterior de que ''el psicoanálisis es simplemente un medio de quitar obstáculos de la senda del desarrollo...''[274] Jung estaba convencido de la necesidad de interrumpir

el tratamiento cada diez semanas aproximadamente, para lanzar... [al paciente] de nuevo a su ambiente normal. De ese modo no está enajenado de su mundo, pues realmente sufre de su tendencia a vivir a expensas de otro. Con ese procedimiento el tiempo puede hacer efecto como un factor de curación, sin que el paciente tenga que pagar el tiempo del doctor[275].

El hecho de proporcionar ayuda psicoterapéutica a corto plazo, en lugar de análisis en gran escala, no era una estafa a los pacientes, pues a veces podría ser el mejor medio de tratamiento.

* * *

La realización máxima de Freud fue el desarrollo de su técnica de la asociación libre, pues era algo que podía trasmitir a los demás; puede que

270 Glover, *Freud or Jung?*, p. 141.
271 Jung, *Letters*, Vol. I (Princeton: Princeton University Press; 1972), p. 196.
272 *Ibid.*, 83-84.
273 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 20.
274 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 278.
275 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 27.

fuera excesivamente terco al excluir ciertos tipos de casos del tratamiento, pero por lo menos sus seguidores pudieron adaptar posteriormente su enfoque a una gama más amplia de pacientes. Jung fue un terapeuta más abierto, más dispuesto a tratar casos que Freud podría haber considerado "indignos" de análisis, y más flexible con respecto al tipo de intervenciones en la vida de un paciente que podrían ser posibles o deseables. Y, sin embargo, Jung estaba tan interesado en la interacción entre él y su paciente, que no desarrolló un conjunto de principios terapéuticos tan firmes como los de Freud y, por tanto, no formó a tantos discípulos. En consecuencia, los círculos jungianos se han caracterizado por su indisciplina, y a fin de cuentas la rigidez de Freud dio como resultado el éxito de su movimiento. Aunque "todo el mundo coincide en que Jung era un psicoterapeuta extraordinariamente dotado, que adoptaba un enfoque diferente con cada uno de sus pacientes, según su personalidad y necesidades"[276], su ejemplo no fue suficiente para superar el ímpetu de los seguidores de Freud.

Con perspectiva histórica, en la actualidad a la mayoría de los observadores les parecería que con respecto a muchas cuestiones técnicas Jung estaba en lo cierto con más frecuencia que Freud. Mientras que Freud acusó a Jung de cobardía frente a la sexualidad, también es verdad que algunos de los primeros analistas fueron defensores desenfrenados de la licencia sexual. En el caso de Otto Gross, quien posteriormente murió de inanición, no hay duda de que Jung estaba en lo cierto, cuando en 1909 escribió que "la actitud extrema representada por Gross es indiscutiblemente errónea y peligrosa para el movimiento en conjunto... Tanto con los estudiantes como con los pacientes avanzo más sin atribuir una función prominente al tema de la sexualidad"[277].

Freud y sus primeros seguidores sentían demasiada inclinación a buscar interpretaciones profundas, con lo que pasaban por alto los conflictos del momento actuales, y no podemos decir sencillamente que Freud confundiera el beneficio secundario procedente de una enfermedad (en la evitación de una misión vital) con la causa primordial (los tormentos de la vida instintiva)[278]. Pues los jungianos estaban en lo cierto al pensar que Freud consideraba lo "primario" como de algún modo más real que lo "secundario", mientras que ahora la mayoría de los terapeutas podrían considerar las interpretaciones conjeturales de importancia terapéutica limitada.

Freud desechó la contribución de Jung, como había hecho antes con la de Adler, con arrogancia majestuosa:

276 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 681.

277 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 139. Sobre Otto Gross, cf. Arthur Mitzman, *The Iron Cage: An Historical Interpretation of Max Weber* (Nueva York: Knopf; 1970), pp. 280-82.

278 Glover, *Freud or Jung?*, p. 124.

> Recientemente hemos recibido un consejo, que pretende representar uno de los últimos desarrollos del psicoanálisis, en el sentido de que el conflicto actual y la causa estimulante de una enfermedad deben colocarse en el primer plano del análisis. Ahora bien, eso es exactamente lo que Breuer y yo solíamos hacer al principio de nuestro trabajo con el método catártico[279].

El objetivo de Breuer y Freud había sido la eliminación de los síntomas actuales gracias a un renacimiento del pasado mediante el hipnotismo, mientras que a Jung le interesaba la forma como podía usarse el pasado en el análisis para fines defensivos, salvo en el caso de que el terapeuta tome la iniciativa al examinar las realidades de la situación vital del paciente.

Freud temía que ese enfoque pudiera conducir a las cuestiones "filosóficas" que deseaba excluir del psicoanálisis. En 1932 Freud volvió a formular sus objeciones a las ideas de Jung:

> Cuando las diferencias de opinión hubieron superado determinado punto, lo más sensato era separarse y en adelante seguir nuestros caminos diferentes, especialmente cuando la diferencia teórica entrañaba un cambio en el procedimiento práctico. Supongamos, por ejemplo, que un analista atribuya poco valor a la influencia del pasado personal del paciente y busque la causalidad de las neurosis exclusivamente en los motivos del momento presente y en las esperanzas con respecto al futuro. En ese caso tampoco prestará atención al análisis de la infancia; tendrá que adoptar una técnica enteramente diferente y tendrá que suplir la omisión de los fenómenos procedentes del análisis de la infancia aumentando su influencia didáctica e indicando directamente ciertos objetivos particulares en la vida. Por nuestra parte, nosotros diremos: "Eso puede ser una escuela de sabiduría; pero ya no es análisis"[280].

La disposición de Freud a permitir a sus pacientes que establecieran sus propios objetivos en la vida era admirable. Era correcto insistir en que los pacientes debían aceptar la responsabilidad de todo lo real relativo a sus vidas y en que, en lugar de buscar las faltas de los demás, debían ocuparse de su autocrítica. Freud sostenía que, aunque alguna otra persona fuera culpable, lo que cuenta es lo que el paciente es capaz de hacer con la situación.

Sin embargo, en casos más graves (o en el tratamiento de los niños), no bastaría con analizar simplemente los problemas de un paciente y dejar a su cargo su resolución. El paciente puede precisar el apoyo y la dirección emocionales del analista. Aun en 1930, según dicen, los discípulos de Freud agobiaban demasiado a un niño en tratamiento[281]. Aunque actualmente los analistas de niños han cambiado su técnica, al principio con demasiada frecuencia desconocían las realidades de una situación familiar. Sin embargo, Jung había usado su noción del inconsciente colectivo para recalcar que un individuo existe siempre en el contexto de un entorno. Pensaba que "la psicología de un individuo nunca puede explicarse exclusivamente a partir de él mismo; se necesita un reconocimiento claro de la

279 "On the History", p. 10.

280 "New Introductory Lectures", p. 143.

281 Entrevista con Irmarita Putnam.

forma como está condicionado también por las circunstancias históricas y ambientales''[282]. Consideraba que ''una neurosis es más un fenómeno psicológico que una enfermedad en sentido estricto'', y proponía considerar ''a la persona neurótica como un sistema enfermo de relaciones sociales''[283]. Esas ideas condujeron al enfoque opuesto al freudiano primitivo a la hora de tratar a los niños, pues Jung achacaba la responsabilidad de la salud de los niños a los padres o a sus substitutos. Los terapeutas posteriores iban a convenir en que no sólo no se puede dar por sentada la capacidad de un paciente para aceptar nuevos puntos de vista, sino también que, tanto en el caso de un adulto como en el de un niño, no puede pasarse por alto tranquilamente el entorno.

6. Posteriormente.

Jung tenía mucho genio, pero no solía conservar su enfado con alguien durante mucho tiempo. Se enfadó con los seguidores de Freud después de su separación del psicoanálisis, alegando que arruinaron su práctica durante años; y propaló historias sobre la neurosis de Freud[284]. Pero, cuando Ernest Jones estaba trabajando en su biografía de Freud y escribió a Jung para preguntarle por su versión de la controversia, respondió que, puesto que habían pasado tantos años, y hacía mucho que había muerto Freud, no deseaba prolongar la rencilla. (Jung parece haber olvidado aquella petición de ayuda, pues cuando vio la biografía de Jones reprochó a Jones que no le hubiera consultado.) Freud era una persona más serena que Jung, pero, una vez despertada su ira, podía durar. En la polémica que sostuvo con Adler y Jung en 1914, Freud observó que podía ser ''tan ofensivo y furioso como cualquiera...''[285].

El rencor de Freud contra ellos nunca desapareció, y, aunque conservó muchas referencias a las obras de Jung en sus escritos, también suprimió a veces una cita anterior[286]. Una sugerencia de Wittels sobre el antagonismo de Freud hacia Stekel puede aplicarse también a su odio hacia Jung y Adler: Freud ''deseaba librarse de una parte de su propio yo, y lo consiguió cuando comenzó a odiar a Stekel. La proyección explica el odio afectivo con que durante años consideró Freud... a su ex discípulo''[287].

Siempre que Freud contó la historia del psicoanálisis, se sintió obligado

282 Jung, *Psychological Types*, p. 431.
283 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 24.
284 En 1941 Jung escribió en una carta: ''El propio Freud fue un neurótico a lo largo de toda su vida. Yo mismo lo analicé por un síntoma muy desagradable que, gracias al tratamiento, quedó curado''. Jung, *Letters*. Vol. I. p. 302.
285 ''On the History'', p. 39.
286 Por ejemplo, cf. ''Leonardo da Vinci'', p. 79.
287 Wittels, *Freud*, p. 2331-233.

a referirse a los que consideraba los principales movimientos secesionistas que lo habían abandonado. Freud sostuvo que cada uno de los disidentes del psicoanálisis (a veces los calificaba irónicamente de ''independientes'') o bien ''siguieron sus propios caminos, o bien se convirtieron en una oposición que parecía amenazar la continuidad del desarrollo del psicoanálisis''[288]. Cada uno de aquellos grupos estaba organizado en torno a su dirigente, concepción y teorías respectivos; pero, según Freud, las ideas de los desertores adolecían de unilateralidad:

> Separan de un conjunto muy complejo una parte de los factores eficientes, los proclaman verdaderos y luego niegan, en su favor, la otra parte y el todo. Si examinamos más de cerca qué grupo de factores ha sido objeto de esa preferencia, hallamos que es siempre el que contiene material ya conocido por otras fuentes o lo que puede relacionarse con mayor facilidad con dicho material. Así, Jung escoge la actualidad y la regresión, y Adler los motivos egoístas. Sin embargo, lo que abandonan y rechazan por considerarlo falso es precisamente lo que es nuevo en el psicoanálisis y peculiar de él. Ese es el método más fácil de rechazar los avances revolucionarios e incómodos del psicoanálisis[289]

Freud tenía derecho a enfadarse de la forma que lo hizo con Jung en la medida en que éste, como el resto de los discípulos de Freud, había ganado mucho más del contacto con el psicoanálisis de lo que Freud había obtenido a cambio. En público, Freud puso buena cara ante aquella cuestión, y en 1914 afirmó: ''Ni esperé gratitud ni siento el más mínimo deseo de venganza...''[290] No obstante, no pudo ser totalmente casualidad que en 1913 Freud aludiera en un ensayo a la ''tragedia de la ingratitud''[291]. Cuando en 1920 Freud empezó a hablar de su concepto de compulsión a la repetición, y de su impresión de que ''hemos encontrado personas todas cuyas relaciones humanas dan el mismo resultado'', su primer ejemplo fue el del ''benefactor al que al cabo de un tiempo abandonan airados cada uno de sus *protegés*, por mucho que difieran éstos entre sí en las demás cuestiones, y que parece condenado a catar toda la amargura de la ingratitud...''[292].

Freud pensaba que la ''desilusión'' que Adler y Jung le habían causado

> podría haberse evitado si yo hubiera prestado mayor atención a las reacciones de los pacientes sometidos a tratamiento analítico. Desde luego, yo sabía perfectamente que cualquiera puede darse a la fuga ante su primera aproximación a las incómodas verdades del análisis... Pero no esperaba que alguien que hubiera alcanzado un entendimiento de cierta profundidad pudiese renunciar a dicho entendimiento y perderlo... a los psicoanalíticos puede ocurrirles exactamente lo mismo que a los pacientes en el análisis[293]

288 ''A Short Account of Psychoanalysis'', p. 202.
289 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 53.
290 ''On the History'', p. 49.
291 ''The Theme of Three Caskets'', [''El tema de la elección de cofrecillo''], *Standard Edition*, Vol. 12, pp. 300-01.
292 ''Beyond the Pleasure Principle'', p. 22.
293 ''On the History'', pp. 48-49.

Parte de la respuesta inmediata de Freud ante la pérdida de Jung fue minimizar la importancia del apoyo suizo: "no fue el apoyo de la escuela de Zurich lo que dirigió por primera vez la atención de la comunidad científica hacia el psicoanálisis en aquella época. Lo que ocurrió fue que el período de latencia había expirado..."[294] Freud estaba tan próximo al acontecimiento, que es natural que sus emociones ante la pérdida de Jung fueran confusas, pero incluso hoy los relatos de sus seguidores más ortodoxos hacen que toda la historia parezca insípida y artificial. "Si acaso", según una de esas versiones, "podemos reprochar a Freud que siguiera amando con exceso a discípulos que no lo merecían"[295].

La repetida advertencia de Freud contra "un analista [que] puede... intentar recalcar exclusivamente uno de los descubrimientos o concepciones del psicoanálisis a expensas de todo el resto"[296] era un velado reproche de plagio. En otras ocasiones Freud llegó hasta el extremo de dar a entender que Jung había robado pura y simplemente el nombre de análisis:

> Podemos decir... que mediante su "modificación" del psicoanálisis nos ha ofrecido un duplicado del famoso bisturí de Lichtenberg. Ha cambiado el mango, y le ha puesto una nueva hoja; sin embargo, como lleva grabado el mismo nombre, se espera de nosotros que consideremos el instrumento como si fuera el original[297].

La idea del "bisturí" cuadra con la propia concepción que Freud tenía del psicoanálisis como una forma de cirugía.

Freud fue explícito con respecto al modo como Jung, igual que Adler, había tomado conceptos del psicoanálisis y se había limitado a darles nuevas denominaciones. Por ejemplo, Freud pensaba que "la 'inercia psíquica' especializada [de Jung] es simplemente otro término, aunque no mejor, para denominar lo que en el psicoanálisis acostumbramos a llamar una 'fijación' "[298]. En cierta ocasión se refirió a la concepción (sin citar el nombre de Jung) de que

> aquellas escenas de la más temprana infancia, a cuyo conocimiento llegamos en todo análisis exhaustivo de una neurosis... no serían reproducciones de sucesos reales a los que pudiéramos atribuir una influencia sobre la conformidad de la vida posterior y sobre la producción de síntomas, sino fantasías provocadas por estímulos pertenecientes a la edad adulta destinadas a una representación en cierto modo simbólica de deseos e intereses reales y que deben su génesis a una tendencia regresiva, a un desvío de las tareas del presente[299].

294 *Ibid.*, p. 27.
295 Kurt Eissler, "Mankind at Its Best", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. 12, Nº 1 (enero de 1964), p. 212.
296 "An Autobiographical Study", p. 74.
297 "On the History", p. 66.
298 "A Case of Paranoia Running Counter to the Psychoanalytic Theory of the Disease", p. 272.
299 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 49.

Para contrarrestar esa posición, Freud escribió el extenso historial clínico del Hombre-Lobo, en el que intentó mostrar la fuerza de la experiencia infantil en la neurosis de un niño. Pensaba que podía sopesar imparcialmente los méritos del punto de vista de Jung, dado que "fui el primero —detalle que ninguno de mis oponentes ha citado— que reconoció tanto el papel desempeñado por las fantasías en la formación de un síntoma como las 'fantasías retrospectivas' de impresiones posteriores proyectadas en la infancia y su sexualización a posteriori"[300]. Jung contestó a la preocupación de Freud por las prioridades aludiendo a que su discípula Sabina Spielrein (analista de Jean Piaget) había desarrollado "su idea del instinto de muerte, que después Freud hizo suya"[301].

De los dos movimientos, el de Adler y el de Jung, en 1914 Freud pensaba que el de Adler era "indiscutiblemente el más importante; a pesar de ser radicalmente falso, se caracteriza por su consistencia y coherencia. Además, se basa, a pesar de todo, en una teoría de los instintos"[302]. Freud se quejó de que las ideas de Jung no eran claras: "En todos los casos en que entendemos algo, hemos de estar preparados para que nos digan que lo hemos entendido erróneamente, y no hay modo de saber cómo se llega a un entendimiento correcto"[303].

Jung reconoció cierta verdad tanto al punto de vista de Adler como al de Freud; como escribió en cierta ocasión, "cada uno de esos métodos y teorías está justificado hasta cierto punto, dado que cada uno de ellos puede jactarse no sólo de ciertos éxitos, sino también de datos psicológicos que demuestran en gran medida su hipótesis particular"[304]. Pero a Freud no le gustaban los compromisos y no deseaba partidarios a medias. Puso la objeción de que Jung exponía sus ideas

> con vacilaciones peculiares, unas veces como "una desviación muy ligera, que no justifica las airadas protestas que ha provocado" (Jung), y otras veces como un nuevo mensaje de salvación que ha de iniciar una nueva época para el psicoanálisis y, de hecho, una nueva *Weltanschauung* para todo el mundo[305].

Freud no sabía si las que consideraba incoherencias de Jung se debían a una "falta de claridad" o a una "falta de sinceridad". Pero podía señalar que los partidarios de Jung estaban "ahora impugnando cosas que ellos

300 *Ibid.*, p. 103.
301 Jung, *Symbols of Transformation, Collected Works*, Vol. V (Nueva York: Pantheon; 1956), p. 328. Cf. también Jung, *Letters*, Vol. I, p. 73. "Beyond the Pleasure Principle", p. 55. En "Más allá del principio de placer", Freud decía que "gran parte de estas especulaciones han sido anticipadas por Sabina Spielrein (1912) en un artículo instructivo e interesante que desgraciadamente no está del todo claro para mí, a pesar de todo". "Beyond the Pleasure Principle", p. 55.
302 "On the History", p. 60.
303 *Ibid.*
304 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 4.
305 "On the History", p. 60.

mismos sostuvieron anteriormente, y, además, no se basan para ello en observaciones nuevas...''[306].

La acusación que Freud dirigió contra Adler y Jung fue la de que habían ofrecido simplemente lo que a veces llamó ''nuevas interpretaciones'' y otras veces ''reinterpretaciones retorcidas''; las que consideraba ''nuevas interpretaciones de los hechos del psicoanálisis''[307] le resultaban inútiles. Cuando Freud atribuyó a Adler ''habilidad extraordinaria, combinada con una disposición particularmente especulativa''[308] le estaba haciendo un honor ambiguo; pues la especulación ocupaba un lugar destacado en la lista de Freud de los pecados intelectuales. Para Freud, Jung adolecía del mismo defecto: ''primero crea una concepción teórica de la naturaleza del instinto sexual y después intenta explicar la vida de los niños a partir de esa base... Pero esos problemas no pueden solucionarse mediante la especulación; la solución vendrá gracias a otras observaciones o a observaciones en otros campos''[309]. Cuando Freud presentó sus propias ideas, intentó asegurarse de que el lector no confundiría la naturaleza de las tesis psicoanalíticas: ''el lector no debe suponer ni por un instante que lo que le presento como la concepción psicoanalítica sea un sistema especulativo. Al contrario, es empírico...''[310].

Freud pensaba que Jung había experimentado una ''iluminación''[311] irracional que exigía una respuesta. En opinión de Freud, las desviaciones encabezadas por Adler y Jung constituían una nueva resistencia emocional a sus ideas; en el invierno de 1914-15 escribió: ''ahora hay gente que está adoptando otro plan: el de reconocer los hechos, pero eliminar, mediante interpretaciones retorcidas, las consecuencias que de ellos se desprenden, de modo que los críticos pueden rechazar las novedades desagradables con tanta eficacia como otras veces''[312]. Jung, en particular, ''intentó dar a los hechos del análisis una nueva interpretación de carácter abstracto, impersonal y ahistórico...''[313] En esencia, la opinión de Freud sobre la obra de Jung era la de que

> se ha creado un nuevo sistema ético-religioso, que, exactamente como el de Adler, estaba destinado a reinterpretar, deformar o desechar los descubrimientos efectivos del análisis. La verdad es que esas personas han escogido unos cuantos armónicos de la sinfonía de la vida una vez más han sido incapaces de escuchar la potente y primordial melodía de los instintos[314].

306 *Ibid.*
307 *Ibid.*; ''Introductory Lectures'', Vol. 15, pp. 207-08; ''A Short Account of Psychoanalysis'', p. 202.
308 ''On the History'', p. 50.
309 *Ibid.*, p. 19.
310 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 244.
311 ''On the History'', p. 65.
312 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 9.
313 ''An Autobiographical Study'', pp. 52-53.
314 ''On the History'', p. 62.

Freud culpó a Jung de suavizar el psicoanálisis, y por motivos de poco peso. ''[E]n un intento de amoldarse a las normas éticas'', Jung ''despojó al complejo de Edipo de su anténtica importancia al atribuirle un valor *simbólico*, y en la práctica abandonó la revelación del olvidado y —como también podemos llamarlo— 'prehistórico' período de la infancia''[315]. Jung, igual que Adler anteriormente, había sucumbido a la tentación de ''liberar a la sociedad humana'' de lo que en 1926 Freud consideraba con bastante puritanismo el ''yugo de la sexualidad'':

> unos cuantos de mis seguidores de aquella época cedieron ante la necesidad de liberar a la sociedad humana del yugo de la sexualidad que el psicoanálisis estaba intentando imponerle. Uno de ellos explicó que lo sexual no significa sexualidad en absoluto, sino algo más, algo abstracto y místico. Y otro declaró que la vida sexual es simplemente una de las esferas en que los seres humanos intentan poner en acción la apremiante necesidad de poder y dominación. Han recibido muchos aplausos, por lo menos de momento[316].

En fecha tan temprana como 1914 parte del rencor de Freud se debía a su convencimiento de que Adler y Jung iban a recibir el apoyo de la oposición que él había conseguido provocar: ''Esos dos movimientos retrógrados... inspiran una opinión favorable exponiendo ciertas ideas elevadas, que ven los fenómenos, por decirlo así, *sub specie aeternitatis*''[317]. La fuerza de Adler y Jung ''radicaba... no en su propio contenido, sino en la tentación que ofrecían de liberar de los que se consideraban los repulsivos descubrimientos del psicoanálisis, aun cuando ya no se rechazara su material real''[318].

La obra que valió a Jung su mayor fama y popularidad fue sus *Tipos psicológicos* (1921); en 1931 Freud respondió al extenso libro de Jung sobre el tema de la introversión y la extroversión con un ensayo corto. Al titularlo ''Tipos libidinales'', Freud daba a entender que no es necesario rechazar la teoría de la libido, como había hecho Jung, para construir tipologías del carácter. En 1923 Freud se sintió bastante seguro como para escribir sobre las controversias con Adler y con Jung de 1911-13: ''pronto quedó claro que aquellas secesiones no habían dañado de forma duradera'' al psicoanálisis[319]. Y en 1932 Freud observó:

> A la gente le gusta acusarnos a nosotros, los psicoanalistas, de intolerancia. La única manifestación de esa desagradable característica ha sido precisamente que nos hayamos separado de quienes piensan de modo diferente al nuestro. Ningún otro daño han recibido. Al contrario, han salido bien del paso, y están en mejor situación que antes. Pues, mediante su separación, se han solido liberar de uno de los pesos que nos agobian a nosotros —el oprobio

315 ''Two Encyclopaedia Articles'', p. 248.
316 ''The Question of Lay Analysis'', p. 208.
317 ''On the History'', p. 58.
318 ''An Autobiographical Study'', p. 52.
319 ''A Short Account of Psychoanalysis'', p. 202.

de la sexualidad infantil, quizás o el disparate del simbolismo— y están considerados en sus ambientes como medianamente respetables, lo que no es cierto en el caso de quienes hemos quedado detrás[320].

Aunque tanto Adler como Jung, "en vista de la hostilidad general al psicoanálisis, podían estar seguros de una recepción favorable", en opinión de Freud ambos "siguieron siendo estériles científicamente"[321]. Sin embargo, Jung inició con éxito la psicoterapia de corta duración, y el uso de *test* de proyección así como instituciones de autoayuda como "Alcohólicos anónimos" se inspiran en su obra. Los analistas de niños han "adoptado las técnicas de Jung de la terapia mediante el dibujo y la pintura"[322].

En el otoño de 1913, Freud acabó un ensayo titulado "El Moisés de Miguel Angel". Su estudio de una estatua de Moisés en la que sostiene los Diez Mandamientos es de lo más revelador sobre sus sentimientos para con Jung. Pues Freud se identificaba con Moisés como dirigente de su pueblo que lo liberó de la opresión. Aunque Freud no volvió a tratar el tema de Moisés hasta la década de 1930, el primer ensayo es importante por sí mismo. Dicho ensayo, compuesto en torno a la época en que se hizo pública la ruptura con Jung, y publicado originalmente como de autor anónimo, revela preocupaciones autobiográficas a través de un tema caro a Freud.

Freud había admirado la estatua durante años, pues había escrito que "ninguna escultura me ha causado nunca una impresión mayor que ésta", y particularizó ante la atención del lector "el airado desdén de la mirada del héroe". Naturalmente, era el propio Freud quien estaba irritado con el descarriado Jung, y, cuando imaginaba la vista del "populacho hacia quien dirige los ojos, el populacho que no puede mantenerse firme con respecto a convicción alguna, que carece de fe y de paciencia, y que se alborozará cuando ha recuperado sus ilusorios ídolos"[323], está claro que Freud estaba pensando en aquellos seguidores suyos infieles que resultaron ser menos leales de lo que había previsto. Freud se identificaba con Moisés en el momento de bajar del monte Sinaí, "cuando advierte que, entretanto, el pueblo ha fabricado un Becerro de Oro y está bailando y regocijándose en torno a él"[324].

Apreciaba la "ira" de Moisés, así como "el conflicto que tiene que surgir por fuerza entre semejante genio reformador y el resto de la humanidad". Freud pensaba que "el gran secreto del efecto producido por

320 "New Introductory Lectures", p. 144.
321 "Psychoanalysis", p. 270.
322 Ellenberger, "*The Discovery of the Unconscious*, p. 732.
323 "The Moses of Michalangelo", ["El 'Moisés' de Miguel Angel"], *Standard Edition*, Vol. 13, p. 213.
324 *Ibid.*, p. 216.

el Moisés estriba en el artístico contraste entre el fuego interior y la calma exterior de su figura"[325]. Examinando —como era de esperar en él— detalles aparentemente insignificantes, Freud afirmó que la estatua representaba a Moisés depués de haber vencido la tentación de romper los Mandamientos, "y ahora se quedará sentado e inmóvil, con su fría ira y su pena mezclada con desprecio"[326]. Moisés contuvo su pasión, "recordó su misión y por ella renunció a dar rienda suelta a sus sentimientos"[327].

Según Freud, "el Moisés de la leyenda y de la tradición tenía un temperamento impulsivo y estaba sujeto a arrebatos de pasión". Pero Miguel Angel había tallado un personaje diferente, un ser superior al Moisés histórico. La estatua iba a colocarse en la tumba del Papa Julio II: "de modo que el gigantesco cuerpo con su tremenda pujanza física se convierta simplemente en una expresión concreta de la realización mental más elevada que es posible en un hombre, la de luchar con éxito contra una pasión interior por el bien de una causa a la que se ha consagrado"[328]. Puede parecer algo incongruente que el bajo y delgado Freud se identificara con la tremenda figura heroica de un hombre que Miguel Angel había esculpido. Pero Freud había escogido a Jung, un hombre más alto y corpulento, como sucesor; quizás por esa razón fuera la estatua un vehículo apropiado para expresar sus sentimientos al perder a su discípulo.

Hacía mucho tiempo que Freud se había mostrado firme como un guerrero espiritual; y al escribir que la relación de Miguel Angel con el Papa ayudaba a explicar la naturaleza de su estatua, pudo vencer sus propias emociones. Pues lo que Freud escribió sobre las personalidades de Miguel Angel y el Papa Julio podía aplicarse también al propio Freud.

Julio II se pareció a Miguel Angel en que intentó realizar objetivos grandes y extraordinarios, y especialmente designios en gran escala. Era un hombre de acción y tenía un propósito definido: el de unir Italia bajo la supremacía papal. Deseaba llevar a cabo él solo algo que no iba a ocurrir hasta varios siglos después, y aun entonces gracias exclusivamente a la conjunción de muchas fuerzas distintas; y trabajó solo, con impaciencia, en el corto lapso de soberanía de que disfrutó, y usó medios violentos. Apreciaba a Miguel Angel como hombre de su clase, pero con frecuencia le hizo sufrir con su ira repentina y su total falta de consideración para con los demás. El artista sintió la misma fuerza de voluntad en su interior, y, como pensador más introspectivo, puede que tuviera una premonición del fracaso a que estaban condenados ambos. Así, que esculpió su Moisés en la tumba del Papa, no sin cierto reproche contra el pontífice fallecido, como advertencia para sí mismo, en prueba de autocrítica, elevándose por encima de su propia naturaleza[329].

Debió de ser una conmoción para Freud descubrir que tendía a socavar

325 *Ibid.*, p. 221.
326 *Ibid*, p. 229.
327 *Ibid.*, p. 230.
328 *Ibid.*, p. 233.
329 *Ibid.*, pp. 233-34.

sus propios esfuerzos. Sin embargo, hasta la ruptura con Jung no se sintió seguro Freud de su identidad. Con enemigos como Adler y Jung, Freud sintió que podía reclamar su papel histórico, que hasta entonces no había hecho valer.

Al justificar públicamente su elección de Jung, Freud explicó: "Deseaba... dejar en segundo plano a mí mismo y la ciudad donde vio la luz por primera vez el psicoanálisis"[330]. Después de su fracaso, Freud pasó a ocupar el centro del escenario; después de haberse mostrado relativamente lento a la hora de mantener que "el psicoanálisis era creación suya (y no de Breuer) —hasta 1914 no afirmó que "el psicoanálisis es creación mía"— Freud sentía entonces la suficiente seguridad como para asumir plena responsabilidad por sus ideas. Como parte de la tarea de definir lo que era, Freud tenía que describir lo que no era; y, en consecuencia, tenía que repudiar a Jung y a Adler. Al mismo tiempo, Freud sostuvo su discusión en forma impersonal: "Cuando llegue al punto en que se produjeron las divergencias, tendré... que defender los justos derechos del psicoanálisis con algunas observaciones de carácter puramente crítico"[331].

Si Freud pudo escribir a Jones después de la Primera Guerra Mundial que "su intención de purgar la Sociedad de Londres de los miembros partidarios de Jung es excelente"[332], no se trataba simplemente de una venganza personal, sino de estrategia de estado. Freud tenía su modo especial de dirigir las controversias. Siempre que tenía una desavenencia con un discípulo, tenía tendencia a buscar la motivación; su concepto de "resistencia" solía impedir que se examinaran en la discusión los méritos del caso. En relación con Adler y Stekel, por ejemplo, Freud escribió en cierta ocasión que "cualquier comentario analítico que hiciera yo sobre esos dos hombres lo pronuncié ante otros y principalmente en una época en que ya no estaban en contacto conmigo"[333]. Pero un paciente en un análisis didáctico después de la Primera Guerra Mundial no consiguió arrastrar a Freud a una discusión de la ruptura con Jung, ya que Freud explicó que las razones habían sido "personales y científicas"[334]. Y, sin embargo, cuentan que en la década de 1930, "veinte años después de aquello, un visitante ocasional quedó asombrado ante el rencor de Freud con respecto a Jung, rencor que —según dijo— 'se traslucía constantemente y que hacía extensivo de la persona [de Jung] a sus compatriotas'"[335].

Cuando todavía formaba parte del círculo de Freud, Jung había intentado minimizar el alcance de sus propias motivaciones, pero posteriormente

330 "On the History", p. 43.
331 *Ibid.*, p. 50.
332 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 254. Cf. también *Freud/Jung Letters*, p. 372.
333 *Letters.*, p. 296.
334 Entrevista con Abram Kardiner, 1 de abril de 1967.
335 Puner, *Freud*, p. 181. Cf. también Roy Grinker, "Reminiscences of a Personal Contact with Freud", p. 852.

insistió en lo mucho que había aprendido por su cuenta y lo poco que había obtenido de Freud. En una carta de 1933 Jung escribió: "Me gustaría aprovechar esta oportunidad para rectificar el error de que procedo de la escuela freudiana. Soy un discípulo de Bleuler..."[336] En fecha tan temprana como 1908 Freud se había quejado de que Jung se veía "estorbado por un espíritu de compromiso", a lo que Jung replicó: "En realidad, no soy un propagandista... Siempre tengo algo más que hacer que ser simplemente un seguidor fiel. En cualquier caso, a usted no le faltan esa clase de seguidores. Pero no hacen progresar la causa, pues mediante la fe exclusivamente nada prospera a la larga"[337]. Y, sin embargo, en otras ocasiones Jung sostuvo que estaba buscando un entendimiento más profundo del inconsciente, y que "lo único que estoy haciendo es avanzar por la vía seguida por Freud..."[338] No obstante, su descarrío debió de ser evidente para él, aunque sólo fuera a causa de la necesidad que sintió de suprimir ciertos pasajes de sus ensayos anteriores[339]. No debió de resultarle fácil a Jung la etapa posterior a su ruptura con Freud. Recordamos relaciones de quienes han abandonado el Partido Comunista. Como lo ha expresado de forma excelente Jean-Paul Sartre,

> No es fácil abandonar un partido. Están todas sus leyes que hay que arrancar de sí mismo antes de poder trasgredirlas. Están todos esos hombres cuyas caras queridas y familiares pasarán a ser las sucias jetas del enemigo, esa multitud sombría que seguirá desfilando tercamente hasta desaparecer.

Pero, mientras que, según Sartre, "un comunista solo está perdido"[340], un antiguo freudiano solo no tiene por qué estarlo nunca. Puesto que Freud había glorificado, y de hecho exagerado, su aislamiento en la década de 1890, y estaba deseoso de reducir las dimensiones de su movimiento para purificarlo, un discípulo de Freud podía siempre identificarse con él en el propio acto de emprender la marcha por un camino independiente.

Jung podía ser dictatorial, a su vez; "quienes han conocido a Jung recuerdan el tono de absoluta convicción con que hablaba del ánima, el yo, los arquetipos y el inconsciente colectivo"[341]. Jung criticó con frecuencia la teoría de Freud de la libido por considerarla demasiado unilateral y biológica, a pesar de que anteriormente, en 1906, había escrito en defensa de Freud que "raras veces ha aparecido una gran verdad sin envolturas fantásticas"[342]. En 1948 Jung creía que Freud había

336 Jung, *Letters*, Vol. I, p. 122.
337 *Freud/Jung Letters*, pp. 137, 139, 144.
338 Jung, *The Practice of Psychotherapy*, p. 123.
339 Cf., por ejemplo, Jung, *Freud and Psychoanalysis*, pp. 306, 317, 329, 320.
340 Jean Paul-Sartre, "Paul Nizan" en *Situations* (Nueva York: Fawcett; 1969), p. 119 (trad. esp.: *Situaciones*. Buenos Aires: Losada).
341 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 673.
342 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 334.

"dirigido su atención principalmente al despiadado deseo de placer", como había hecho Adler con la "psicología del prestigio"[343]. Jung pensaba que "Freud comenzó considerando la sexualidad como la única fuerza motriz, y hasta después de mi ruptura con él no tuvo en cuenta otros factores"; pero, para Jung, "era inútil que [Freud] modificara los peores aspectos de sus teorías en años posteriores. Para la opinión pública, está marcado por sus primeras afirmaciones"[344]. Jung pensaba que su propia insistencia en la importancia de la naturaleza más elevada del hombre había reaparecido en el concepto posterior de Freud del superyo.

En 1929 Jung negó haber sido un "adversario" de Freud: "Esa presentación de mí se debe exclusivamente a su estrechez de miras y a la de sus discípulos"[345]. Tal como había explicado Jung anteriormente su relación con Freud:

> Después de haber... puesto el dedo en los mismos mecanismos psicológicos que Freud, era natural que me convirtiera en su discípulo y colaborador durante muchos años. Pero, aunque siempre reconocí la verdad de sus conclusiones en lo referente a los hechos, no podía ocultar mis dudas con respecto a la validez de sus teorías. Su lamentable dogmatismo fue la razón principal por la que me sentí obligado a separarme de él [346].

En 1932, aunque pensaba que la psicología de Freud no había sido lo suficientemente "progresiva", Jung reconoció que Freud

> es un gran destructor que rompe los grilletes del pasado. Nos libera de la dañina presión de un mundo de hábitos corrompidos... como un profeta del Antiguo Testamento, derribó falsos ídolos y expuso despiadadamente a la luz del día la corrupción de la psique contemporánea [347].

Hasta el final de su vida no tuvo Jung una asociación con revistas e institutos de formación. Muchos de sus seguidores eran mujeres, por lo menos en Suiza, y eran relativamente inexpertos. Jung no era el escritor ni el maestro que era Freud, y podía burlarse de sus discípulos posteriores (por ejemplo, por sus inhibiciones sexuales). En cierto sentido, desarrolló más un culto que una escuela. No obstante, los discípulos de Jung no experimentaron el tipo de controversias que atormentaron a los freudianos. Pues, según la teoría de los opuestos de Jung y su concepto de la sombra, si uno está intensamente contra algo probablemente sea a causa de sentimientos positivos latentes; a consecuencia de ello, era casi imposible que se produjera una auténtica disputa en los círculos jungianos y los problemas solían quedar ocultos.

En los últimos veinte años de Jung, sus intereses, como los de Freud al final de su vida, tendieron a trascender su anterior orientación médica y

343 Jung, *The Structure and Dynamics of the Psyche*, p. 50.
344 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 337; *The Practice of Psychotherapy*, p. 30.
345 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 334.
346 Jung, *The Development of Personality*, p. 67.
347 Jung, *The Spirit in Man, Art and Literature*, p. 36.

estuvieron dirigidos a toda la humanidad. "A pesar de que siempre fue cordial y compasivo, Jung siempre estuvo más interesado en las ideas que en las personas..."[348] A pesar de que Jung había comenzado con mayor ambición terapéutica que Freud, al final Freud estuvo más interesado por los enfermos que Jung; por lo menos Freud siguió practicando hasta pocos meses antes de su muerte, mientras que Jung dejó de hacerlo mucho antes. Algunas de las ideas de Jung sobre la sociedad y el arte concordaban casi exactamente con las de Freud: por ejemplo, la opinión desdeñosa que Jung tenía de las masas y su hostilidad hacia el arte contemporáneo. Sin embargo, en el terreno de la religión, ocupaban los extremos opuestos del espectro, y la publicación de *El porvenir de una ilusión* de Freud no hizo sino confirmar la desconfianza de Jung hacia la devoción de Freud por lo que le parecía una concepción materialista de la ciencia.

En parte a causa de la tendencia de Freud a exagerar la oposición, resulta difícil valorar el antisemitismo de que se quejó, y, en particular, hasta qué punto contribuyó la actitud de Jung hacia los judíos a las dificultades con Freud. Freud citó públicamente la decisión de Jung "de abandonar ciertos prejuicios raciales por atención hacia mí..."[349] En privado, Freud se quejó de "las mentiras, la brutalidad y la antisemita condescendencia hacia mí" de Jung[350]. Sin embargo, resulta bastante curioso que en la correspondencia de Freud con Jung no haya ni rastro de semejante acusación.

Durante el predominio nazi en Europa, Jung no sólo ayudó a refugiados judíos en Suiza, sino que además ayudó a judíos a llegar a Inglaterra. Los nazis pusieron su nombre en su "lista negra" y "sus obras fueron prohibidas por los nazis en Alemania y en los países ocupados"[351]. En cierto sentido, Freud y sus seguidores tenían que retratar a Jung como un antisemita, dado que el entusiasmo de Freud por Jung en primer lugar había sido de carácter esencialmente antisemita. El hecho de adoptar una posición absolutamente negativa hacia un grupo, cualquiera que fuese, habría desentonado con el carácter y con las teorías de Jung. Aunque en varias ocasiones hizo observaciones hostiles tanto sobre los ingleses como sobre los suizos, por ejemplo, intentó mostrar que hay elementos buenos y malos en todo.

Ya fuera a causa de su concepto de la sombra o a causa de su ingenuidad con respecto a Hitler (que muchos otros compartieron), al principio Jung interpretó erróneamente la auténtica naturaleza del fenómeno nazi en Alemania. Jung había pensado siempre que los grupos culturales diferentes tenían psicologías apropiadas para ellos y en particular distinguió la psicoterapia judía de la "aria". Para Jung, tanto Adler como

348 Storr, *Jung*, p. 10.
349 "On the History", p. 43.
350 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 189. Anteriormente se había omitido este pasaje de la carta. Cf. *Letters*, p. 308.
351 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 678.

Freud "merecían reproches por haber recalcado exageradamente el aspecto patológico de la vida y por interpretar al hombre exclusivamente a la luz de sus defectos"[352]. (No obstante, Jung tuvo tendencia a errar en la dirección opuesta.) Lo que Jung escribió en 1934 era enteramente coherente con su entendimiento del propio carácter de Freud:

ningún psicoterapeuta debe dejar escapar la oportunidad de estudiarse a sí mismo críticamente a la luz de esas psicologías negativas. Freud y Adler han contemplado con mucha claridad la sombra que nos acompaña a todos. Los judíos tienen esa particularidad en común con las mujeres; al ser más débiles físicamente, tienen que apuntar a las grietas en la armadura del adversario, y, gracias a esa técnica que se han visto obligados a adoptar durante siglos, los propios judíos están mejor protegidos para aquello para lo que los demás son vulnerables al máximo. A causa, una vez más, de su civilización, más del doble de antigua que la nuestra, son muchísimo más conscientes que nosotros de las debilidades humanas, de la faceta de sombra de las cosas, y por esa razón son menos vulnerables que nosotros en ese sentido. Gracias a su experiencia de una antigua cultura, al tiempo que son plenamente conscientes de sus flaquezas, pueden vivir en paz con ellas, mientras que nosotros somos demasiado jóvenes como para no tener "ilusiones" sobre nosotros mismos. Además, se nos ha confiado la misión de crear una civilización... y para eso las "ilusiones" en forma de ideales, convicciones y planes, etc. unilaterales son indispensables. Como miembro de una raza con una civilización de tres mil años de antigüedad, el judío, como el chino culto, tiene una conciencia psicológica más amplia que la nuestra. Por consiguiente, *en general* al judío le resulta menos peligroso atribuir un valor negativo a su inconsciente. Por otro lado, el inconsciente "ario" contiene fuerzas explosivas y gérmenes de un futuro que todavía no ha nacido, y no se les puede quitar importancia alegando que se trata de romanticismo infantil sin peligro psíquico... El judío, que tiene algo de nómada, no ha creado todavía nunca una forma cultural propia y, por lo que podemos ver, nunca lo hará, dado que todos sus instintos y talentos requieren una nación más o menos civilizada que haga de huésped para su desarrollo... El inconsciente "ario" tiene un potencial mayor que el judío; ésa es a un tiempo la ventaja y la desventaja de una juventud todavía no independizada completamente de la barbarie. En mi opinión, ha sido un grave error en la psicología médica hasta ahora aplicar las categorías judías —que ni siquiera son válidas para todos los judíos— de forma indiscriminada a la cristiandad alemana y eslava. A causa de ello, el secreto más precioso de los pueblos germánicos —su creativa e intuitiva profundidad anímica— se ha explicado como una marisma de infantilismo vulgar, al tiempo que mis propias advertencias durante décadas han sido sospechosas de antisemitismo. Esa sospecha procedió de Freud. No entendió la psique germánica, como tampoco la entendieron sus seguidores germánicos. ¿Ha sido una enseñanza mejor para ellos el formidable fenómeno del nacionalsocialismo, que el mundo contempla con ojos asombrados?... Por eso es por lo que digo que el inconsciente germánico contiene tensiones y potencialidades que la psicología médica debe considerar en su valoración del inconsciente[353].

Jung había sido un gran admirador de la cultura china; como afirmó indignado en una carta, "el mero hecho de que hable de una diferencia entre la psicología cristiana y la judía basta para permitir a cualquiera manifestar el prejuicio de que soy antisemita. O, en opinión del israelita suizo Weekly, mi afirmación de que soy tan poco antisemita como antichino demuestra mi intención de comparar a los judíos con una horda

352 Jung, *Freud and Psychoanalysis*, p. 335.
353 Jung, *Civilization in Transition*, pp. 165-66.

mongólica"[354]. Pero, así como Jung compartió prejuicios sexistas con respecto a las mujeres, no sería sorprendente que hubiera adoptado acríticamente muchos tópicos sobre los judíos. No obstante, Jung había permitido que sus comentarios sobre las diferencias entre la psicología judía y la "aria" apareciesen en un artículo publicado en Alemania; la proximidad de la distinción de Jung entre "ciencia judía" y "ciencia alemana" con la nazi es espeluznante.

En 1934, poco después de que los nazis llegaran al poder, Jung sacó la conclusión en "Wotan" de que "hay cosas que deben ocultarse en segundo plano y que no podemos imaginar en el momento presente, pero podemos esperar que aparezcan en los próximos años o décadas". Pero, para Jung, "lo impresionante del fenómeno alemán es que un hombre, que evidentemente está 'poseído', haya contagiado a toda una nación hasta el punto de que todo se pone en marcha y ha empezado a avanzar hacia la perdición"[355]. En 1939 Jung se quejó polémicamente de que "se considera la introversión... como algo anormal, mórbido o censurable por alguna otra razón. Freud lo identifica con una actitud autoerótica, 'narcisista', de la mente. Comparte su postura negativa con la filosofía nacionalsocialista de la Alemania moderna, que acusa a la introversión de ser un delito contra el sentimiento de la comunidad"[356].

Desgraciadamente para la posterior reputación de Jung, en junio de 1933 la Sociedad Alemana de Psicoterapia fue reorganizada por los nazis y convertida en la Sociedad Médica General Internacional de Psicoterapia; su presidente dimitió, y Jung aceptó el puesto[357]. Casi inmediatamente, un analista suizo, Gustav Bally, denunció públicamente a Jung. Jung había pasado también a ser director de la revista de la Sociedad, y en 1936 nombraron como codirector a un psiquiatra primo de Göring. Hasta 1940 no cortó Jung su conexión con la asociación nazi. Jung escribió una réplica a Bally[358], y por el resto de su vida se sintió obligado a explicar su colaboración con los nazis. En una carta de 1951 Jung escribió sobre el "rumor calumnioso":

Cuando... se fundó la Sociedad Médica Internacional de Psicoterapia, mis colegas alemanes temieron que los nazis extirparan la psicoterapia completamente de Alemania y deseaban que una autoridad no alemana les ayudara. Pues bien, intervine e hice posible que los doctores judíos expulsados pasaran a ser miembros de la Sociedad Internacional... La revista de la Sociedad se publicaba en Alemania, pues estaba ligada por un contrato a un editor alemán y eso era algo que yo no podía cambiar. El presidente pasaba a ser automáticamente su director y tuve que firmar. Poco después los nazis nombraron a Göring. Quise retirarme, pero mis

354 Citado en Ernest Harms, "Carls Gustav Jung-Defender of Freud and the Jews", *The Psychiatric Quarterly*, Vol. 20 (1946), pp. 228-29.
355 Jung, *Civilization in Transition*, pp. 192, 185.
356 Jung, *Psychology and Religion: West and East*, p. 481.
357 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 186.
358 Jung, *Civilization in Transition*, pp. 535-44.

colegas insistieron en que debía quedarme, con la esperanza de que pudiera hacer algo por ellos. Finalmente, conseguí ocultar la Psicoterapia en un remoto departamento, donde el jefe médico nazi no pudiera alcanzarla. Desde 1937 en adelante intenté retirarme, pero representantes de los holandeses y del recién fundado grupo británico me pidieron que no me diera por vencido y mantuviera la conexión... No estaba dispuesto a desautorizar a mis colegas y amigos. Así, que tuve que seguir el juego y andar con cautela (¡lo que no iba lo más mínimo con mi carácter!), sabiendo como sabía que era una oveja negra a causa de mi ensayo sobre Wotan, que sólo un asno rematado puede confundir con una opinión pro-nazi. Nunca he cambiado mi opinión sobre los nazis ni he sido nunca antisemita; pero estoy convencido de las diferencias entre los judíos y los gentiles, como entre los franceses y los ingleses, etc.[359].

Una extensa literatura ha ido surgiendo relativa al papel desempeñado por Jung como compañero de viaje de los nazis; a unos les parecía que a cambio de un puesto psiquiátrico prestigioso Jung estaba dispuesto a tratar con los nazis, y que su versión posterior fue simplemente un intento de justificar lo que, como mínimo, ha de resultar por fuerza desagradable. Sin embargo, personas responsables están convencidas de que el co-director de Jung, el primo del delegado de Hitler, estaba intentando proteger de verdad a los terapeutas en Alemania. La nueva Sociedad que Jung encabezó podía albergar a terapeutas que hubieran sido expulsados de la organización anterior. Ernest Jones también trató con M. H. Göring, y Jones lo recordó como "una persona bastante amable y tratable"[360]. Jones estaba intentando proteger a analistas de Alemania, y Göring le pareció bastante flexible[361]. Sin embargo, cuando en 1935 los miembros holandeses de la nueva organización se negaron a asistir a un congreso, Jung recurrió al "principio" del neutralismo:

> Debo insistir firmemente en que nuestros colegas alemanes no son protagonistas de la revolución nazi, sino que viven en un estado que exige una actitud política concreta. Si ahora se va a poner en peligro la asociación con Alemania por razones políticas, estamos incurriendo en el mismo error de que acusamos a los otros: oponer simplemente una política a otra política[362].

No tenemos testimonios de lo que pensó Freud sobre las actividades de Jung en conexión con los nazis. Siguió analizando y escribiendo a lo largo de la década de 1930, y volvió a ocuparse del tema de Moisés. *Moisés y la religión monoteísta*[363] fue una reconstrucción de la leyenda bíblica. Freud pensaba que había habido de hecho dos Moisés: el primero, un noble egipcio, el auténtico fundador del monoteísmo, y un segundo Moisés que pudo gobernar y poner en práctica la religión monoteísta gracias a los sentimientos de culpabilidad de los judíos por haber matado al primer

359 Carta de Jung a Parelhoff, 17 de diciembre de 1951.
360 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 187.
361 Carta de Ernest Jones a Anna Freud, 20 de julio de 1936 (archivos de Jones).
362 Jung, *Letters*, Vol. I, p. 205. Cf. también pp. 152-53.
363 Cf. más abajo, pp. 546-549.

Moisés, contra cuya severidad se habían rebelado. En su polémica de 1914 contra Adler y Jung, Freud había citado su esperanza de la década de 1890 de que "la ciencia no me tuviera en cuenta lo más mínimo durante mi vida; algunas décadas después, alguien daría infaliblemente con las mismas cosas —para las que ahora la época no estaba madura—, conseguiría el reconocimiento con ellas y me honraría como un precursor cuyo fracaso había sido inevitable"[364].

Aunque *Moisés y la religión monoteísta* tenía poca base objetiva en la Historia (el propio Freud lo calificó de "novela"), reflejaba fielmente temas que eran importantes para Freud. En época tan temprana como la de su desmayo en Munich estando con Jung, Freud había asociado el misterio de la antigua egiptología con el territorio desconocido del inconsciente, y le había preocupado la cuestión de si sucesor electo sería fiel a las ideas innovadoras que él, como el primer Moisés, había conseguido lanzar. Pero, al transformar al primer Moisés en un egipcio —al privar a los judíos de su figura más grandiosa—, ¿no podría ser que Freud estuviera expresando su incomodidad por el hecho de ser judío, convirtiéndose a sí mismo en un gentil en la fantasía y contribuyendo, con ello, a garantizar lo que esperaba que Jung realizara, a saber: la protección del análisis contra la acusación de ser puramente una psicología judía?

A Freud le gustaba identificarse con el héroe mítico que es un desarraigado y no pertenece a su pueblo, si bien hemos de seguir sin saber si, como sugiere un autor, sentía "enfado, secreto o no declarado, por el simple hecho de ser judío, de verse forzado a ser inferior, cuando en realidad estaba convencido de sus dotes superiores"[365]. En concordancia con la sugerencia de que *Moisés y la religión monoteísta* volvía a la cuestión de la relación de Freud con Jung, y de los temores de Freud con respecto al futuro del psicoanálisis después de su muerte, una parte del libro está próxima a las doctrinas de Jung del inconsciente colectivo. En *Moisés y el monoteísmo*, como en *Tótem y tabú*, Freud sostuvo que los sentimientos de culpa adquiridos podían transmitirse genéticamente, y al final el complejo de Edipo adquirió para Freud un carácter arquetípico. Aunque Freud escribió que "creo que no ganamos nada con la introducción del concepto de un inconsciente 'colectivo'"[366]. La teoría de los arquetipos de Jung podría encontrar apoyo en la teoría de Freud del simbolismo; Freud pensaba que los símbolos eran una herencia filogenética. Para Jung, la noción del "superyo" de Freud denotaba el inconsciente colectivo de

364 "On the History", p. 22. Cf. también la carta citada en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 400.
365 Puner, *Freud*, p. 61. En 1933 Freud escribió sobre sí mismo: "En esto puede haber arteramente algo oculto, algo de oposición a mi propia naturaleza judía. Después de todo, nuestro gran maestro Moisés fue un antisemita acérrimo y no lo ocultó". Citado en Schur, *Freud*, p. 468.
366 "Moses and Monotheism"; ["Moisés y la religión monoteísta"], *Standard Edition*, Vol. 23, p. 132.

Jung, "del que el individuo es en parte consciente y en parte inconsciente (porque está reprimido)"[367].

En 1936 la Universidad de Harvard celebró su tricentenario; un ex alumno, Franklin Roosevelt, era Presidente de Estados Unidos, y los preparativos de las ceremonias fueron complicados. Un comité decidió unánimemente ofrecer un título honorario a Freud. No se les ocurrió a los miembros que pudiera rechazarlo. Unos días después Erik Erikson les informó de que las posibilidades de que Freud aceptara eran nulas[368]. De modo, que el comité decidió no seguir adelante, por miedo a que Freud rechazara la invitación a causa de su edad y de su enfermedad; si una oferta resultaba rechazada, la decisión correspondería a un comité diferente, y los psicólogos participantes deseaban que uno de ellos recibiera el honor, antes de correr el riesgo de que el premio fuera a parar, por ejemplo, a manos de un economista. Así, pues, en lugar de Freud, Jung fue quien recibió el título honorario. También invitaron a participar en las sesiones a Pierre Janet, quien además pronunció una conferencia.

Jung se alojó en casa de un eminente neurológo de Harvard, Stanley Cobb. Cobb había ayudado a muchos analistas europeos que estaban en buenas relaciones con Freud. Al modo europeo, Jung puso sus zapatos fuera de su habitación por la noche, y Cobb, servicialmente, los limpió. Cobb tartamudeaba, y, cuando presentó vacilantemente a Jung en el amplio anfiteatro del Hospital General de Massachussets, el auditorio estuvo pendiente de cada una de sus palabras. Sin embargo, al final de sus observaciones, Cobb cometió uno de los clásicos *lapsus linguae* de la historia del psicoanálisis; pues presentó a Jung como "Dr. Freud". Lo que dio pie para que después algunos periodistas preguntarán por qué, si Jung era el discípulo de Freud, no se había invitado al maestro.

Posteriormente, Henry Murray, el psicólogo de Harvard, visitó a Freud en Viena. A pesar de ser un anciano, Freud seguía preocupándose por el reconocimiento del mundo, y una de las primeras cosas que Freud sacó a colación fue por qué había sido Jung, y no él, quien había recibido el título honorario de Harvard. Murray le explicó la votación y las razones por las que no se le invitó. Freud, que seguía enemistado con Jung, estaba convencido de que había estado en lo cierto cuando había predicho que quienes presentaban el psicoanálisis de modo más adaptable que él conseguirían fama y popularidad. En 1938 Jung recibió también un doctorado honorario de la Universidad de Oxford.

367 Jung, *The Archetypes and the Collective Unconscious, Collected Works*, Vol. IX, Parte 1 (Nueva York: Pantheon; 1959.

368 Carta de Henry Murray al autor, septiembre de 1972.

Capítulo 7
EL MOVIMIENTO LEAL

1. Los estadistas veteranos.

Siempre que Freud prefería no verse arrastrado a una disputa con uno de sus estudiantes, diferentes argumentos (unos legítimos, otros menos) podían endurecer su actitud defensiva. Solía saber muchas cosas de su vida privada y la forma como los problemas personales podrían constituir un obstáculo en su trabajo con un substituto paterno. Regular y discretamente, Freud estaba reclutando continuamente nuevos discípulos; si algunos se perdían por el camino, podía estar seguro de que serían substituidos por otros. Refiriéndose en 1914 al círculo que se había desarrollado a su alrededor, Freud observó que "en conjunto podía decirme a mí mismo que no era inferior en absoluto, en abundancia y variedad de talentos, al personal de cualquier profesor clínico que uno pudiera concebir"[1]. Al defenderse en 1924 contra la acusación de intolerancia, Freud llamó la atención sobre los muchos discípulos de talento que habían seguido con él:

muchas veces se ha citado la secesión de antiguos discípulos contra mí como señal de mi intolerancia o se ha considerado como prueba de una fatalidad especial que pesa sobre mí. Para responder basta con señalar que, en contraste con quienes me han abandonado, como Jung, Adler, Stekel y unos pocos más, existen muchos hombres, como Abraham, Eitingon,

1 "On the History", p. 25.

Ferenczi, Rank, Jones, Brill, Sachs, Pfister, van Emden, Reik y otros, que han trabajado conmigo durante unos quince años en leal colaboración y en la mayoría de los casos en amistad ininterrumpida. Sólo he citado los más antiguos de mis discípulos, que ya se han dado a conocer por sí mismos en la literatura psicoanalítica; si he omitido a otros, no debe interpretarse como un desaire, y, de hecho, entre los jóvenes que se han unido a mí últimamente se pueden encontrar talentos en los que pueden cifrarse muchas esperanzas. Pero creo que puedo decir en mi defensa que un hombre intolerante, dominado por una creencia arrogante en su propia infalibilidad, nunca habría podido mantener su influencia sobre un número tan elevado de personas intelectualmente eminentes, especialmente si tenía a su disposición tan pocos atractivos prácticos como los que yo tenía[2].

En 1924 el psicoanálisis estaba convirtiéndose en un método próspero de ganarse la vida. Los factores económicos en la historia del psicoanálisis pueden pasarse por alto fácilmente. La mayoría de quienes acudieron junto a Freud para formarse como analistas no habían tenido demasiado éxito en sus ocupaciones anteriores. El cambio de campo de trabajo representaba insatisfacción y recusación de sí mismos, y el hecho de incorporarse a un movimiento nuevo con un futuro incierto entrañaba el valor de correr un riesgo. Incluso en 1924 los antecedentes psicoanalíticos habrían sido un perjuicio en la psiquiatría académica prácticamente de cualquier país.

No obstante, la inestabilidad de la carrera tiene aspectos menos atractivos y más mundanos. Después de haberse jugado todo, con éxito, a una nueva carta —y en 1924 Freud era bien conocido internacionalmente—, los primeros analistas eran propensos a sentirse excesivamente seguros de sí mismos, en contraste con sus frustraciones anteriores (y quizás como compensación por ellas). Todavía sigue siendo más o menos cierto en relación con los psicoanalistas que defender a Freud equivale simultáneamente a defender los medios de vida propios. En 1924 los analistas tenían intereses establecidos que proteger, y el hecho de haber seguido a Jung, Adler o Stekel en la rebelión habría arruinado a la mayoría de ellos, dado que para la obtención de pacientes dependían bien del propio Freud bien de sus asociados diseminados por el mundo occidental. Por arriesgado que pudiera haber sido el psicoanálisis como profesión en sus primeros tiempos, a medida que empezó a afirmarse, sus perspectivas como carrera se aclararon de forma desproporcionada; paradójicamente, en la actualidad si hay cincuenta colegas en una ciudad, los ingresos de un psicoanalista están más seguros que en el caso de que sólo haya unos pocos.

En la década de 1920 el círculo de Freud había conseguido no sólo parte de la estabilidad que acompaña al éxito, sino también relativa paz. Las grandes controversias ideológicas de la anteguerra eran cosa pasada; y aunque estallidos menores iban a producirse justo hasta la muerte de Freud en 1939, fueran cuales fuesen los antagonismos que hubiera, nunca se iban a expresar a las claras, como, por ejemplo, en el "juicio" de Adler.

2 "An Autobiographical Study", p. 53.

En las décadas de 1920 y 1930 Freud dominaba la escena completamente, y por aquel entonces estaba por encima de semejantes rivalidades. Uno de los nuevos estudiantes de talento de Freud, Franz Alexander, tuvo ocasión de oír "de boca de uno de los más antiguos psicoanalistas vieneses que Freud en una ocasión, refiriéndose a un miembro más joven del grupo vienés, dijo: 'No puedo soportar la mirada parricida de sus ojos'"[3]. En la época de Alexander, Freud era un caballero anciano y eminente que estaba por encima de los enfrentamientos abiertos.

Mientras que en el caso de Jung, por ejemplo, Freud había escogido y animado a aquel partidario brillante e impaciente, ahora eran sus discípulos los que lo buscaban a él. No participaban en su movimiento por razones puramente científicas. Lo veneraban como a un monarca; estaba rodeado de una corte, cuyos miembros no era probable que le hicieran frente en ninguna cuestión. Erik Erikson cita a uno de los seguidores de Mahatma Gandhi: "No acudo junto a Gandhiji con la ambición de conseguir el éxito. Quiero vivir como su sombra..."[4]; y muchos de los seguidores de Freud tenían el mismo sentimiento exactamente hacia el maestro. Helene Deutsch recordó:

Todos... creaban la misma atmósfera en torno al maestro, una atmósfera de autoridad absoluta e infalible por su parte. Nunca fue culpa de Freud que le atribuyeran aquel papel y que —según un rumor que corre— se convirtieran en meros seguidores "serviles". Muy al contrario; a Freud no le gustaban los seguidores "serviles" y, así, ocurrió que precisamente los que demostraron ser los partidarios más leales y dignos de confianza no recibieron mayor simpatía de su parte[5].

Sin embargo, Freud ayudaba a sus discípulos en su obra simplemente con su presencia; todos los escritores necesitaban un público, y para Freud era para quien todos ellos escribían. Al mismo tiempo, la talla de Freud podía intimidar. Algunos discípulos se sentían tan "heridos" por la reacción de Freud ante su presentación de artículos, que no los proponían para publicación[6].

Los lazos que ataban a los miembros del círculo de Freud eran fuertes. Algunos de sus discípulos eran muy inteligentes y no más dóciles de forma natural que otros. ¿Por qué, entonces, se mostraban tan pasivos hacia Freud? Entre otras cosas, su intensa dedicación al psicoanálisis se veía reforzada por su miedo a la excomunión. Freud necesitaba dominar y ser jefe, y sus discípulos temían verse excluidos de su comunidad.

3 Franz Alexander, "Recollections of Berggasse 19", p. 200.

4 Erik H. Erikson, *Gandhy's Truth* (Nueva York: Norton; 1969), p. 314. La novela de Thomas Mann sobre Goethe pudo haberse basado en el conocimiento de Freud. Cf. *The Beloved returns: Lotte in Weimar* (Nueva York: Knopf; 1940), p. 75.

5 Helene Deutsch, "Freud and His Pupils", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 9, Nº 1 (1940), p. 189.

6 Por ejemplo, cf. Nunberg, *Memoirs*, p. 23.

Mientras que Freud veía, naturalmente, las rebeliones desde su propia perspectiva, sus discípulos veían la situación de otro modo; para ellos, el peligro (y la tentación) consistía en adoptar el papel del desafío y del revisionismo. La angustia "de verse aislado y expulsado por tener pensamientos e ideas que nadie compartiría"[7] podría ser suficiente para inducir al conformismo. En cualquier período determinado, los discípulos ortodoxos solían comprobar si los miembros del círculo estaban incurriendo discretamente en los errores de expulsos anteriores. El hecho de quedar estigmatizado así equivalía a correr el riesgo de perderse, de verse excluido del movimiento y perder con ello un puesto en la historia (y dicho riesgo era real, pues, una vez fuera del movimiento, la obra de un hereje no volvía a citarse). Igual que los primeros marxistas, los freudianos pensaban que el futuro estaba de su parte.

Freud afirmó que le desagradaba dar la impresión de que los analistas eran "miembros de una sociedad secreta y... que practicaban una ciencia mística"[8]. Y, sin embargo, el suyo era un ejército en marcha, desdeñoso con respecto a cualquier "compromiso" que pudiera debilitar a la causa. "Me gusta evitar las concesiones a la pusilanimidad. Nunca se puede saber adónde puede uno llegar por ese camino; primero se cede en palabras, y después poco a poco también en substancia... quien sabe esperar no tiene por qué hacer concesiones"[9]. Freud mantuvo a sus seguidores unidos mediante el espíritu combativo que les comunicó. Como escribió a un discípulo en 1927:

> Existe una forma de presentar la causa propia y, al hacerlo, de tratar al auditorio de modo tan indiferente y condescendiente, que tiene por fuerza que advertir que no estamos haciéndolo para agradarle. El principio debe ser siempre el de no hacer concesiones a quienes no tienen nada que ofrecer, pero pueden ganarlo todo de nosotros. Podemos esperar hasta que pidan de rodillas, aun cuando sea necesario mucho tiempo[10].

Así, que los seguidores de Freud podían ser increíblemente arrogantes, no directamente por su propio interés, sino por el psicoanálisis.

El Profesor adoptaba muchas medidas prácticas para mantener unido a su grupo. Ciertas fotografías suyas equivalían al carnet de un partido, y Freud las distribuía como señal de bienvenida y de afecto. El hecho de que Freud escribiera un prefacio a un libro de un discípulo era un indicio de reconocimiento especial. En cierta ocasión Freud describió la forma como un grupo se mantiene unido mediante la "ilusión... de que existe un jefe... que ama a todos los individuos del grupo con el mismo amor"[11]. El lazo que unía a cada individuo con Freud era también el origen del vínculo

7 Fromm, *Sigmund Freud's Mission*, p. 110.
8 "New Introductory Lectures", p. 69.
9 "Group Psychology and the Analysis of the Ego", p. 91.
10 "Freud's Letters to Simmel", pp. 102-03.
11 "Group Psychology and the Analysis of the Ego", p. 94.

que los unía entre sí. Con discípulos dóciles, una vez que Freud ofrecía su cordialidad y afecto, su amistad perduraba tan apasionadamente como su odio. También, su dominio sobre sus seguidores se debía en no poca medida a que cuando ellos (o cualquier persona por la que sintieran afecto) estaban personalmente angustiados, podían recurrir a él como terapeuta.

Los discípulos más fervientes podían burlarse en privado de los demás y considerarlos meros creyentes; pero el hecho de conocer a Freud dio sentido a sus vidas. Aquellos primeros analistas estaban rompiendo con sus constrictivas familias, simplemente para establecerse en un medio riguroso semejante al familiar. "Eran intelectuales urbanos, con profundo deseo de comprometerse con un ideal, con un dirigente, con un movimiento, y, sin embargo, carentes de un ideal o de convicciones religiosas, políticas o filosóficas..."[12]. Algunas personas pueden satisfacer con gusto la petición de fe y de sacrificio.

En palabras de Helene Deutsch, uno de los seguidores más leales de Freud, "sus discípulos debían ser ante todo oyentes comprensivos y pasivos", "objetos de proyección a través de los cuales él revisaba —a veces para corregirlas o desecharlas— sus propias ideas"[13]. En la década de 1920, un artículo de Robert Waelder que sistematizaba algunos de los conceptos del maestro sin sugerir nuevas formulaciones encantó a Freud. Freud dijo en señal de aprobación: "Me siento como si un pintor me hubiera hecho un retrato, y, cuando lo miro, es mejor que el original". Esa era la felicitación más efusiva que Freud podía hacer; lo que deseaba de ellos era que le reflejaran sus ideas, sin ofrecer nada inquietantemente nuevo. Los hijos e hijas ideales de Freud (saludaba y se dirigía a muchos de los hombres con la expresión: "hijo mío") estaban dedicados a la tarea de asegurar su inmortalidad científica. La categoría y generalidad de sus ideas eran tales, que un seguidor tenía que modificar sus creencias para moverse en el mundo de Freud. Ninguno de sus partidarios tenía que ser especialmente maduro ni brillante; cualquiera, por mediocre que fuera, podía ayudar a Freud al devolverle sus ideas con un simple giro ligeramente diferente o fomentando la práctica del propio psicoanálisis.

No está claro hasta qué punto era corruptora toda aquella adulación, para el propio Freud o para sus discípulos[14]. Aunque puede ser que éstos fomentaran inconscientemente su sentido de la grandiosidad, se mantuvo distanciado de ellos y nunca perdió de vista su utilidad para él. "Todas las personas que rodeaban a Freud querían que éste las amara, pero sus realizaciones intelectuales significaban mucho más para él que las personas que lo rodeaban. Como precursor inspirado que fue, se sentía

12 Fromm, *Sigmund Freud's Mission*, p. 105.
13 Deutsch, "Freud and His Pupils", pp. 188-89.
14 Por ejemplo, Freud nunca advirtió hasta qué punto era sugestiva su repercusión sobre sus seguidores, y, por lo tanto, podía inclinarse a pensar que observadores independientes estaban confirmando auténticamente sus descubrimientos.

justificado para considerar a sus colaboradores como medios para conseguir su propia realización objetiva e impersonal...''[15] Freud consideraba a los discípulos más jóvenes del final de su vida como ''colonos'' que substituirían a los ''pioneros'' de los primeros tiempos[16]. Por usar otra de las imágenes de Freud, cualquiera podía añadir ''ladrillos'' al edificio del psicoanálisis.

Freud esperaba inmensa devoción por parte de sus partidarios. No puede ser casual que en su estudio de la psicología de las masas los dos ejemplos que examinó fueran ''las iglesias —comunidades de creyentes— y los ejércitos''[17]. Freud pensaba que podía ''decirse del psicoanálisis que, si alguien le ofrece un dedo, rápidamente coge la mano entera''[18].

Por regla general, un doctor o bien profesa el psicoanálisis o bien no lo profesa en absoluto. Los psicoterapeutas que utilizan el análisis entre otros métodos, ocasionalmente, no mantienen —que yo sepa— una posición analítica firme; no han aceptado el análisis en su totalidad, sino que lo han suavizado, incluso lo han vuelto inofensivo; no se los puede considerar como analistas.[19]

Hacia una clara distinción entre quienes eran analistas auténticos y constantes y quienes no lo eran, a pesar de que, desde su propio punto de vista, ''la cooperación en la práctica médica entre un analista y un psicoterapeuta que se limite a otras técnicas sería muy conveniente''[20]. Sin embargo, Freud se mostraba extraordinariamente posesivo para con quienes formaban parte de su grupo, y en Viena, por ejemplo, se habría considerado una interferencia en el aprendizaje de un candidato la práctica de la psicoterapia además de la del análisis clásico.

Las diferentes comunidades analíticas estaban compuestas de personas con convicciones y motivos profundos. En la práctica, ellos eran los únicos que estaban familiarizados con sus técnicas especiales y, dentro de su propio círculo interno, podían intercambiar sin riesgo comentarios sobre sus experiencias terapéuticas y darse mutuamente consejos prácticos. Freud les había prevenido contra los ''eclécticos'', que no harían suya completamente su obra, ''esos partidarios a medias o en una cuarta parte'', si bien ''indudablemente, quedan excusados por el hecho de que su tiempo y su interés corresponden a otras cosas...''[21] Los extraños estaban considerados de forma parecida a los no creyentes en el terreno religioso. Freud escribió en cierta ocasión que

15 *Ibid.*, p. 191.
16 ''New Introductory Lectures'', pp. 145-46.
17 ''Group Psychology and the Analysis of the Ego'', p. 93.
18 ''Introductory Lectures'', Vol. 15, p. 193.
19 ''New Introductory Lectures'', p. 153.
20 *Ibid.*
21 *Ibid.*, p. 138.

una religión, aun cuando se llame la religión del amor, ha de ser inflexible y sin amor para con aquellos que no pertenezcan a ella. De hecho, en lo fundamental cualquier religión es de ese mismo modo una religión del amor para todos aquellos a quienes abarca; al mismo tiempo, la crueldad y la intolerancia hacia quienes no pertenecen a ella es natural a cualquier religión.

A continuación, predecía que otros vínculos, como los políticos, podrían ocupar el lugar de los religiosos; y ''entonces habrá la misma intolerancia hacia los extraños que en la época de las guerras de religión; y, si las diferencias entre las opiniones científicas pudieran llegar a tener alguna vez una importancia semejante para los grupos, se repitiría una vez más el mismo resultado con esa nueva motivación''[22].

Públicamente, Freud adoptó una actitud arrojada ante las rebeliones científicas que en un tiempo perturbaron al psicoanálisis; sin embargo, todos los miembros del círculo de Freud sabían perfectamente lo mucho que le dolían aquellas ''deserciones''. Pero, precisamente porque a Freud le gustaban las personas brillantes y originales, y no le gustaba que alguien (especialmente un hombre) llegara a depender demasiado de él, respetaba poco a algunos seguidores que permanecieron a su lado hasta el final. Tal como Freud resumió su dilema a un paciente a finales de la década de 1920, ''los santurrones no valen, y los díscolos se marchan''[23]. Ni siquiera en su lista de 1924 de los que permanecieron para hacer contrapeso a los que lo habían abandonado pudo Freud resignarse a incluir algunos de sus discípulos más conocidos. Aunque se cubrió diciendo que ''si he omitido a algunos, no debe considerarse un desaire'', todo el mundo sabía perfectamente en el círculo de Freud hasta qué punto era una cuestión polémica la de quiénes estaban considerados y quiénes no. Freud conservó junto a sí a algunos porque desempeñaban funciones específicas o mostraban capacidades especializadas; pero otros permanecieron por su absoluta devoción hacia él, mientras que él los soportaba como gratitud por sus servicios a su causa en sus primeros momentos.

* * *

Paul Federn (1871-1950), por ejemplo, no fue un favorito especial de Freud, a pesar de que desempeñó un papel destacado en la historia del psicoanálisis. Era uno de los partidarios más antiguos de Freud, pues se había incorporado al círculo de Freud en 1903; *Frau Professor* solía incluir a la esposa de Federn entre aquellas a las que hacía una visita de cortesía una vez al año. Para la generación de analistas que se unieron a Freud en las décadas de 1920 y 1930, Federn era un profeta barbudo, el San Pedro del movimiento. Otto Fenichel, Wilhelm Reich, Edward Bibring, Edoardo

22 ''Group Psychology and the Analysis of the Ego'', pp. 98-99.
23 Entrevistas con Eva Rosenfeld, 3 de septiembre de 1965 y 3 de noviembre de 1966.

Weiss, Heinrich Meng, Smith Ely Jeliffe y August Aichhorn fueron analizados por él. Si Federn no había acabado de comer, invitaba a comer a su paciente y trató gratis a Reich. El poeta Rainer Maria Rilke acudió a él por un período breve, como también el novelista Hermann Broch. Como otros de la primera generación de analistas, Federn no se había analizado. Con frecuencia citaba, con gran tristeza, su pena y enfado por el hecho de que Freud no lo hubiera aceptado para el análisis; pues sólo Freud habría tenido suficiente antigüedad en el grupo para tratar a Federn.

Freud siempre trató a Federn con el respeto que merecía como antiguo seguidor: el discípulo más antiguo que Freud tenía todavía a su lado, cuando los nazis entraron en Viena. En aquella época, Freud confió a Federn, como un obsequio, las *Actas* de las reuniones de la Sociedad de Viena (el Volumen I se publicó en 1962, el Volumen II en 1967, y los Volúmenes III y IV aparecieron en 1974). En 1934, en una celebración en honor del septuagésimoquinto cumpleaños de Freud en Freiberg, Moravia, Freud comisionó a Federn para que acompañara a la hija de Freud, Anna, y pronunciara un discurso. En 1930, cuando la madre de Freud cayo gravemente enferma poco antes de su muerte a la edad de noventa y cinco años, Federn la acompañó de regreso a Viena desde el lugar de veraneo.

Después de que Freud cayera enfermo de cáncer en 1923, nombró a Federn vicepresidente de la Sociedad de Viena. Freud lo convirtió en su substituto personal, y automáticamente le envió algunos pacientes que habían acudido a Freud en busca de tratamiento[24]. Como otros europeos de aquella época, Freud no pudo amoldarse al uso del teléfono con habilidad; de modo, que comunicaba por carta con Federn (como con otros discípulos) en relación con los pacientes y candidatos en formación. Cuando Freud pidió a Federn que hiciera de substituto personal suyo en 1924, a éste le pareció que aquél lo estaba nombrando su heredero, y desde entonces se consideró como el auténtico sucesor de Freud.

Con el ataque de su enfermedad Freud dejó de asistir también a las reuniones públicas de la Sociedad, y, en lugar de ello, invitaba a un grupo selecto de analistas a reunirse en su piso los miércoles por la tarde cada varias semanas. Había participantes regulares y participantes ocasionales, y Freud encargó a Federn que decidiera a quiénes debía invitarse para aquellas reuniones privadas. En 1938, cuando se disolvió la Sociedad de Viena, Freud dio a Federn un certificado escrito de que había sido "mi substituto en la dirección del grupo psicoanalítico de Viena, con lo que lo reconozco como el miembro más destacado, que se ha distinguido igualmente por su obra científica, por su experiencia como profesor y por su éxito terapéutico"[25].

[24] Edoardo Weiss, *The Structure and Dynamics of the Human Mind* (Nueva York: Grune and Stratton; 1960), p. xii.

[25] Citado en Ernst Federn, "Thirty-Five Years with Freud", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Vol. 8, Nº 1 (enero de 1972), p. 18.

No obstante, Freud tenía sus dudas sobre las capacidades de Federn; por ejemplo, en una carta Freud dijo que "no" era "totalmente digno de confianza"[26]. Eran dos tipos de personas diferentes. Federn podía ser confuso tanto en sus escritos como en su vida diaria, si bien hizo enormes esfuerzos para vencer sus dificultades como conferenciante. Sus *lapsus linguae* llegaron a ser famosos entre los miembros del grupo de Viena, y él mismo hacía chistes a propósito de ellos; podía invitar a una pareja a cenar y recibirlos en la puerta con una expresión perpleja, por haber olvidado la invitación. Pero las numerosas anécdotas sobre Federn se contaban en tono benévolo.

"Federn era un soñador y un romántico, unas veces expuesto a gran desánimo y otras veces superoptimista... carecía del realismo y el escepticismo de Freud"[27]. Si Freud era un científico y un investigador, Federn era un médico y un reformador. Políticamente, Freud era moderado y favorable al orden establecido, y en la década de 1930 apoyó a un régimen reaccionario en Austria. Por otro lado, Federn era un idealista y un socialista activo. Mientras que Freud era uno de los más cautelosos creyentes en sus propias ideas, Federn pensaba que el psicoanálisis era el mensaje definitivo de liberación para la humanidad. Freud se inclinaba a pensar que no había muchas cosas que pudieran ayudar a mejorar a la humanidad. Federn fue uno de los autores de un manual "popular" del psicoanálisis, todavía reimpreso recientemente; para una nueva edición del libro escribió un pasaje sobre psicoanálisis y sociedad cuya publicación desaconsejó Freud, porque era demasiado optimista (en consecuencia, no se publicó hasta después de la muerte de Federn).

Parte de la falta de claridad de Federn en sus escritos pudo haberse debido a su consideración para con Freud; pues, aunque sus ideas seguían una línea relativamente diferente de la de Freud, no quería acabar en el papel de disidente y rebelde. Conocía algunas de sus limitaciones y sacó el mayor partido de las aptitudes con que contaba. Su fuerza la debía a Freud y al movimiento psicoanalítico; Federn consiguió lo que otros no pudieron lograr: sumergirse en el genio de un hombre más fuerte.

Se decía que Federn tenía la impresión de haber traicionado a su padre, un conocido internista, por no haber seguido una carrera semejante; así, que había algo secreto en su lealtad hacia Freud. Puso a su hija el nombre de Anna, y encargó un retrato de Freud pintado durante un corto período en 1908 cuando Freud no llevaba barba. (Tenía intención de ofrecérselo como regalo de boda a la hija de Freud, Mathilda, pero, como a ésta no le gustó, Federn se lo quedó para él.) Federn encargó también un busto de Freud al escultor Oscar Nemon, quien posteriormente hizo una estatua de

[26] Citado en Edward Bernays, *Biography of an Idea* (Nueva York: Simon and Schuster; 1965), p. 272.

[27] Weiss, *The Structure and Dynamics of the Human Mind*, p. xiii.

Winston Churchill para la Cámara de los Comunes. Federn observaba a Freud atentamente y aconsejaba a los demás que nunca se acercaran a él cuando estaba solo y sumido en sus pensamientos, pues semejante interrupción irritaría a Freud al principio, aun cuando se mostraría bastante cordial unos minutos después[28].

Como terapeuta, Federn era más humano y compasivo que Freud, y tenía menos características de un investigador científico. Federn, que era judío, estaba prendado por el ideal cristiano de la caridad, y estuvo siempre a punto de convertirse al protestantismo (como hicieron sus dos hermanos; su esposa era protestante y sus hijos recibieron una educación protestante). "Desde el punto de vista terapéutico... Federn era más médico y estaba dispuesto a luchar con mayor firmeza y contra mayores dificultades para ayudar al paciente que Freud, en quien el científico siempre fue más marcado que el curador"[29]. Federn trató a pacientes más enfermos que los que trataron otros miembros del círculo de Freud, y tuvo más suicidios (incluida una de las sobrinas de Freud); llegó a convencerse de que "la psicosis sólo podía curarse por medios somáticos, aunque en combinación con la psicoterapia..."[30] Como el propio Freud, Federn era capaz de inspirar la devoción de antiguos estudiantes y pacientes.

En cambio y a diferencia de Freud, Federn era un depresivo; se sentía agobiado por sentimientos de culpabilidad, y a veces superaba el mal humor y la agresividad potenciales mediante una actitud de nobleza y de sacrificio para con los demás. A la edad de casi ochenta años decidió suicidarse; su esposa ya había fallecido, y él había tenido una recidiva de cáncer de la vesícula. Poco antes había sufrido una operación a causa del cáncer, que no logró su objetivo pero provocó una psicosis temporal. Semejante desorden mental inmediatamente posterior a una operación grave es más común de lo que suele pensarse popularmente; puede ser un proceso orgánico o puede representar incluso una lucha por la vida. Cuando su herida se curó, Federn se recuperó totalmente. Pero entonces lo citaron para una nueva operación, y no pudo afrontar la posibilidad de un nuevo colapso postoperatorio. Traspasó a sus pacientes a otros terapeutas, y después se disparó un tiro (sentado en su sofá analítico) la mañana en que habían de enviarlo al hospital. En la nota que dejó a sus hijos, recurrió a su romántica imagen de sí mismo como soldado, "el sargento que durante tantos años ha servido en el ejército psicoanalítico". Fue muy propio de él decir en la nota a sus hijos que tuvieran cuidado con la pistola, pues todavía quedaba una bala. Hasta el final tuvo que preocuparse de los demás.

Aunque su "constante devoción hacia Freud le impidió expresar sus

28 Entrevista con Edoardo Weiss, 26 de junio de 1966.
29 Weiss, *The Structure and Dynamics of the Human Mind*, p. xiv.
30 Heinrich Meng, en "Thirty Five Years with Freud", p. 35.

divergencias con respecto a él de un modo que no fuera ambiguo", fue uno de los precursores de la moderna psicología del yo. En su momento, Freud "no podía prestar atención a los descubrimientos de Federn ni captar su importancia"[31]. La compasión de Federn hacia los enfermos se ocultaba tras su interés especial por el tratamiento de los psicóticos, y a ella adaptó sus ideas. Basándose en el concepto de "identidad" introducido en el psicoanálisis por su amigo íntimo y rival Victor Tausk, Federn expuso que un defecto en la capacidad de organización podía ser la explicación de la incapacidad de un paciente frente a las tendencias instintivas.

Freud había sostenido en un principio que el hecho de volver consciente un instinto tiene por fuerza que debilitarlo. Pero el objetivo de eliminar las autodecepciones presupone que el yo del paciente sea capaz de integrar esa nueva concienciación que se le presenta. De lo contrario, el psicoanálisis podría eliminar las defensas de un paciente, con lo que lo dejaría en una situación peor que la anterior. En lugar de calificar a los psicóticos de narcisistas o de demasiado preocupados de sí mismos —como haría Freud—, Federn, igual que Tausk, consideraba que padecían una deficiencia en la potencia del yo. En ese caso, el problema del psicótico era la debilidad más que el exceso, y la clave para su trastorno radicaba en el yo más que en una vida sexual instintiva y subterránea o en la agresión. Sólo en caso de que se fortalecieran las capacidades de integración del individuo, podría llegar a ver éste con realismo la divisoria entre su mundo interior y exterior.

Como era habitual, a Freud le parecía "oscura" cualquier cosa que fuera diferente de su obra; y, además, Federn dejaba mucho que desear en cuanto a claridad a la hora de escribir o de hablar. En una reunión de la Sociedad de Viena, mientras Federn estaba presentando un artículo, Freud pasó una nota a otra estudiante, Helene Deutsch: "¿Sabe usted de qué está hablando?" decía Freud en broma. "Yo no"[32]. La obra de Federn sobre la psicología del yo no le parecía nada nuevo a Freud: eran sus propias ideas expresadas de modo algo diferente. Aunque le entristecía el silencio de Freud con respecto a su condición de iniciador del tratamiento psicológico de las personas gravemente trastornadas, por lo menos Freud no le ordenó que interrumpiera esa clase de trabajo ni que se marchara. El deseo de Federn de mantener una actitud de lealtad y de devoción ocultó incluso para él mismo la originalidad de sus concepciones, y hasta un mes antes de morir no comprendió que había más diferencias de lo que había creído entre su psicología del yo y la de Freud[33].

31 Weiss, *The Structure and Dynamics of the Human Mind*, p. xiv.
32 Entrevistas con Helene Deutsch, 28 de noviembre de 1964 y 18 de junio de 1966.
33 Edoardo Weiss, "Federn's Concepts and Their Applicability to the Understanding and Treatment of Schizofrenia", *The Journal of the Nervous and Mental Diseases*, Vol. 133, Nº 2 (agosto de 1961), p. 155.

En la década de 1930 la psicología del yo empezó a ser más importante para los autores psicoanalíticos; desviaron su atención de las vicisitudes del instinto sexual y escrutaron con mayor detenimiento los mecanismos de defensa o de adaptación que el yo desarrolla para tratar los conflictos. En las décadas de 1950 y 1960 esa labor iba a pasar a ocupar una posición central en el psicoanálisis. Aunque los dialécticos de la teoría psicoanalítica afirmaron que esa nueva dirección representaba un regreso a las formulaciones de Freud de la década de 1890 sobre las defensas, el espíritu de dicha labor era nuevo: de hecho, revisionista, en substancia, aunque no lo declarara. A partir de la década de 1930, las formas de autocuración iban a ser por lo menos tan importantes para la teoría psicoanalítica como los mecanismos de autoengaño.

Incluso en la década de 1930 Federn pensaba, y con razón, que su obra anterior estaba pasando desapercibida; así, que se quejó de que no se lo citaba adecuadamente, especialmente en los escritos de Anna Freud. "Después de 1930 algunos psicoanalistas próximos a Freud, que habían asistido a seminarios de Federn, publicaron una serie de libros y artículos sobre la psicología del yo sin mencionar ninguna de las contribuciones de Federn. Aquello decepcionó y amargó a Federn"[34]. Pero la noción de "límites del yo" destinada a recalcar que tras la esquizofrenia se ocultan defectos del yo, era una formulación original de Victor Tausk. No nos queda más remedio que preguntarnos si la propia renuencia de Federn en años posteriores a reconocer la prioridad de la contribución de Tausk no reflejaría en parte su conmoción ante las circunstancias que rodearon la muerte de Tausk[35].

Federn se había identificado plenamente con la actitud de Freud hacia las prioridades. En un artículo publicado en 1930, Federn planteó la cuestión del plagio inconsciente, la "excesiva falta de escrúpulos en relación con la apropiación de las ideas de otros". Freud y Bullit estaban trabajando juntos entonces en su libro sobre Woodrow Wilson, y Federn citó el libro de Hale sobre Wilson, que Freud había leído: "Hale, ministro de Wilson, pensó que tenía razones para vengarse del presidente por haberle hurtado sus ideas". En observaciones que describen el estilo de Freud como escritor, Federn observaba que "constituye una práctica general la de comenzar un artículo científico citando los descubrimientos, explicaciones y teorías de otros autores"; y, lo que también era cierto en el caso de Freud, "si la causa de la resistencia es inconsciente, el lector no llega a entender lo que está leyendo"[36].

Como señaló en cierta ocasión Theodor Reik, Federn era un pacifista con carácter beligerante. (Esa caracterización había hecho reír a Freud.)

34 Weiss, *The Structure and Dynamics of the Human Mind*, p. xvii.

35 Cf. p. 350.

36 Paul Federn, "The Neurotic Style", *Psychiatric Quarterly*, Vol. 31 (octubre de 1957), pp. 689, 684, 688, 682.

Naturalmente, Federn se puso de parte de Freud en las controversias con Adler y Jung, aunque no desempeñó un papel destacado. Sin embargo, cuando se trasladó a América, era un veterano estadista de la ortodoxia doctrinal, y pasó a ser uno de los dirigentes de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York que insistía en señalar los deslices heréticos de un brillante analista húngaro, Sandor Rado. Tal como lo expresó Federn en una reunión pública, en Italia hay dos tipos de artistas: uno que vende lo que produce y otro que desentierra objetos antiguos y los vende como si fueran suyos, con lo que hace mucho dinero. Federn concluía de este modo: "Dejo a iniciativa del lector la cuestión de decidir a cuál de ellos corresponde el Dr. Rado"[37].

Edward Hitschmann (1871-1957) fue otro de los primeros analistas vieneses que Freud sintió como una carga en cierto modo; y, sin embargo, cuando emigró a América, Hitschmann pasó a ser una figura de alguna importancia. Tan notable como la capacidad de Freud para atraer a seguidores era su capacidad para conservar a aquellos a quienes no admiraba de forma especial. Aunque Hitschmann tenía un ingenioso sentido del humor, a Freud llegó a parecerle una persona sarcástica, rígida y superficial. Personalmente, a Freud le gustaba mucho más un hombre con la imaginación de Federn. Y, sin embargo, tanto Hitschmann como Federn eran representantes típicos de los analistas que se unieron a Freud en una época en que tenía pocos entre quienes escoger.

Poco después de la Primera Guerra Mundial, Freud empezó a premiar a sus favoritos regalándoles piedras antiguas para que las engastaran en anillos. Aunque al principio aquélla era una forma de distinguir a los especialistas de talento, al final de su vida aquella práctica representaba una señal de gratitud por un servicio personal prestado o simplemente una señal de afecto. En todas las épocas significaba que quien recibía aquel regalo formaba parte bien del movimiento psicoanalítico en general bien de la familia personal de Freud, en la medida en que esas dos esferas se mantuvieran separadas. Pero una vez que Freud hubo pasado por alto a Hitschmann y a Federn —a ninguno de los dos dio un anillo—, habría sido un insulto dárselo mucho después; no habría hecho otra cosa que recalcar hasta qué punto había estado Freud buscando todo el tiempo partidarios más ilustres.

Quien presentó a Hitschmann al grupo de Freud en 1905 fue su antiguo amigo Federn. Entonces Hitschmann era un internista establecido, razón por la que se lo recibió con los brazos abiertos en un grupo la mayoría de cuyos miembros no eran médicos. Por un tiempo hizo de médico de la familia de Freud, pero desde el punto de vista de Hitschmann era demasiada responsabilidad. En honor del sexagésimo cumpleaños de Freud, Hitschmann escribió una alocución a Freud, que, según Hitschmann,

37 Entrevista con Ernst Federn.

Freud estaba demasiado impaciente por oír. Freud respondió con la observación de que "para vivir es necesario que unas pocas personas estén convencidas de que he tenido éxito"[38]. Cuando en 1922 se inauguró en Viena una clínica psicoanalítica, llamada el *Ambulatorium*, Freud nombró director a Hitschmann.

La actitud ligeramente desdeñosa de Freud hacia alquien como Hitschmann no era un tema del que, en mis entrevistas, desearan hablar los antiguos analistas más diplomáticos. Pero parece ser que por la década de 1930 se dio una intolerancia general para con Hitschmann, en parte por identificación con Freud, pero también a causa de la torpeza de las observaciones de Hitschmann[39]. A medida que el grupo de Viena fue ampliándose, el pensamiento de Hitschmann fue pareciendo cada vez más anticuado. Pero mantuvo su devoción y lealtad hacia Freud, y con frecuencia alquiló una casa de verano cercana a la del maestro. Como otros del círculo, los Hitschmann nunca olvidaban el cumpleaños de Freud: la pareja le enviaba regularmente una piña, cosa que constituía una rareza en Viena y que encantaba a Freud. Solían encargarla con un mes de antelación en varias tiendas para estar completamente seguros de que conseguirían una. Como a Federn, a Hitschmann no le disgustaba el hecho de depender de Freud, como tampoco era para Freud un hijo enérgico capaz de matar a una figura paterna. Hitschmann hacía dibujos divertidos, y en cierta ocasión dibujó un escudo del psicoanálisis que llegó a ser popular en aquella época entre los círculos psicoanalíticos, que se caracterizaban por su mojigatería en las cuestiones sexuales; la frase "cuanto más largo, mejor" aparecía blasonada en el escudo, en torno a cuyos bordes figuraban las flores de un tipo de judía a la que comúnmente se aplicaba ese dicho.

Freud juzgaba a las personas de acuerdo con criterios muy elevados. Hitschmann era un hombre culto y bien educado, y uno de los primeros que trabajaron en biografías psicoanalíticas, si bien lo único que solía demostrar en las vidas de grandes hombres era la intervención del complejo de Edipo. También escribió un excelente resumen popular de los descubrimientos psicoanalíticos, uno de los primeros exceptuando el que escribió el propio Freud. Antes de que iniciara aquella muestra de lo que las *Actas* de la Sociedad de Viena calificaban de "propaganda" que había que dirigir "principalmente al gremio de los médicos", Freud advirtió que "ese trabajo requeriría que el autor se abstuviera de expresar sus propias ideas". Hitschmann respondió que "en ese libro no pretendería en ningún momento ofrecer sus propias ideas; en realidad, no tendría que hacer otra cosa que copiar"[40]. En conjunto, el triunfo del psicoanálisis fue lo que elevó a aquel hombre a la prominencia histórica. Pero la lectura de cualquiera de los artículos debidos a ese miembro del círculo escritos en la época en que más próximo estaba a Freud equivale a la lectura de lo mejor

[38] "Freud Correspondence", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 25 (1956), p. 361.
[39] Entrevista con Edith Jackson.
[40] *Minutes*, Vol. II, pp. 208, 210, 213.

que escribió e, indirectamente, de la obra de Freud. Muchas de las realizaciones de sus seguidores —más de las que habrían sido capaces de llevar a término sin ella— se debieron a la inspiración de Freud, si bien la creatividad de aquéllos dependía con frecuencia de la continua presencia de éste.

2. Victor Tausk.

Victor Tausk (1879-1919) fue uno de los partidarios de Freud de mayor talento, pero, a pesar de que fue una figura que descolló entre los psicoanalistas de la época anterior a la Primera Guerra Mundial, acabó por quedar casi completamente olvidado. Parte de su obra es conocida entre quienes se interesan profesionalmente en los primeros trabajos psicoanalíticos[41], pero, en la medida en que Tausk ha tenido un lugar en la historia, ha sido principalmente como uno de los amantes de Lou Andreas-Salomé (1861-1937).

Tuvieron una corta relación en Viena, durante la estancia de ella en dicha ciudad en 1912-13. Al parecer, años antes en la vida de Lou, Nietzsche la había pretendido, y posteriormente intimó con Rilke. Cuando se incorporó al círculo de Freud, Lou no podía conseguir al propio Freud; pero Tausk, que tenía enorme talento y categoría en opinión de Freud, representaba el mejor partido de todos los demás. Y en la parte de su *Diario* dedicada a Freud escribió los comentarios más penetrantes sobre el carácter de Tausk.

El propio Freud compuso la necrología oficial de Tausk. "Nadie", escribió, "podía evitar la impresión de que se trataba de un hombre de importancia". El juicio final de Freud era que "su ilustre recuerdo perdurará en la historia del psicoanálisis y de sus luchas iniciales"[42]. Y, sin embargo, fue necesario medio siglo para que se hiciera pública una descripción completa de las dificultades entre Freud y Tausk. No es de extrañar que los discípulos de Freud en Viena guardaran silencio sobre esa historia. Hemos de recordar su reverencia hacia Freud, así como su culpabilidad ante la caída de un rival. Un suicidio es un acto terrible en cualquier circunstancia. Pero, al producirse después de su reyerta con Freud, el suicidio de Tausk contribuyó a dar sensación de realidad a los poderes que los discípulos de Freud atribuían mágicamente a su dirigente.

[41] Cf. por ejemplo, Henry Brosin, "Contributions of Psychoanalysis to the Study of the Psychoses", en *The Impact of Freudian Psychiatry*, ed. Franz Alexander y Helen Ross (Chicago: Univesity of Chicago Press; 1961), pp. 178-99; Gregory Zilboorg, *A History of Medical Psychology* (Nueva York: Norton; 1941), p. 502.
[42] "Victor Tausk" ["En memoria de Victor Tausk"], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 275. Remito al lector que desee un estudio mucho más extenso de Tausk a Roazen, *Hermano animal*, y Roazen, "Reflections on Ethos and Authenticity in Psychoanalysis".

Tausk se crió en Cracovia, ahora parte de Yugoslavia pero entonces provincia fronteriza del Imperio Austrohúngaro. Fue un hijo tierno y considerado para con su madre, quien se comportó con autosacrificio y devoción familiar para con su agresivo e incluso tiránico esposo. Aunque, según dicen, había sido bella, la angustia constante y las exigencias de los hijos acabaron con sus energías y su alegría, y su marido le era infiel; podía ser encantador y las mujeres lo consideraban fascinante.

La relación de Tausk con su padre se caracterizó por sus tensiones y antagonismo; posteriormente escribió que siempre se sintió avergonzado de llevar el nombre de su padre. Sus compañeros de estudios lo admiraban y Tausk fue un dirigente entre ellos y un defensor de la justicia y la inteligencia. Tuvo una disputa con un profesor de religión cuyos principios se oponían a su ateísmo; justo antes de graduarse dirigió una huelga de estudiantes en relación con la religión. En un principio había deseado estudiar medicina, pero, como su familia no podía costear esa carrera, se decidió por la perspectiva menos costosa de hacerse abogado.

En 1897 Tausk fue a la Universidad de Viena; el año siguiente conoció a su futura esposa, Martha. La hostil relación de Tausk con su padre se reprodujo en su relación con su futuro suegro, un impresor tipógrafo; se odiaron apasionadamente. Pero Martha amaba a Victor intensamente, quedó embarazada y se casaron en 1900. Juntos se trasladaron a Yugoslavia, donde el niño murió al nacer.

Tausk continuó sus estudios de abogado, primero en Sarajevo y después en Mostar, período durante el cual su mujer dio a luz a dos hijos. A finales de la primavera de 1905 decidieron separarse: ella fue a Viena con los hijos y Victor acabó instalándose en Berlín. Después de haber estado vegetando en provincias durante varios años, a la edad de veintiseis años la ambición desazonaba todavía a Tausk. Publicó algunas baladas servias que había traducido al alemán, escribió relatos cortos y poesía, probó suerte como dramaturgo, y publicó crítica literaria[43].

En Berlín, Tausk se lanzó a una nueva carrera. Practicó el violín, hizo dibujos a carboncillo, y dirigió obras de teatro. No obstante, la necesidad de ganarse la vida lo obligó a abrirse camino en el periodismo, lo que le parecía degradante. En las cartas encontramos testimonios de sus esfuerzos para ganar dinero, su vivo deseo de realizar una obra creativa, así como de su preocupación por sus hijos.

Para Tausk, los de Derecho habían sido los estudios más cortos y más baratos que le daban acceso a un título profesional. Tenía la impresión de haber traicionado a su auténtico yo al hacerse abogado y, que, en consecuencia, se había comportado negativamente por odio a sí mismo, y aquello se sumó a sus problemas con su matrimonio. Además, parece ser

[43] Por ejemplo, cf. Victor Tausk, *Paraphrase als Kommentar und Kritik zu Gerhart Hauptmanns "Und Pippa Tanzt"* (Berlín: Siegfried Cronbach; 1906).

que Tausk había sido incapaz de tolerar el amor dependiente de su mujer; ésta no había sido lo suficientemente independiente como para que se sintiera a gusto con ella. Como en cierta ocasión le escribió él: "Sólo amo a las personas libres, a las que son independientes de mi... La forma como estoy viviendo ahora es la mejor verdaderamente...: independiente porque nadie depende de mí; no soy esclavo porque no soy amo". Las razones por las que fracasó su matrimonio iban a iluminar su futura vinculación con Freud.

Tausk entendía el ingrediente destructivo que había en su gran capacidad para el amor. Cuanto más amaba, más dependiente se volvía y, en consecuencia —en virtud de la curiosa lógica de sus emociones—, más cruel también. A lo largo de su vida se entregó a los demás, tuvo buen corazón, fue ferviente y leal. Pero, cuando se daba cuenta de repente de hasta qué punto había llegado a esclavizarse, cortaba la relación, y el ciclo completo volvía a comenzar con alguna otra persona.

En Berlín, la salud de Tausk fue debilitándose gradualmente. Además de la frustración de sus esfuerzos para ganarse el amor de una mujer y de la dolencia provocada por una recidiva de un trastorno pulmonar, se quejaba de fatiga y de falta de concentración. Consiguió una plaza gratis en un sanatorio alemán, a cambio de la promesa de escribir algunos artículos de propaganda. El diagnóstico fue agotamiento mental y físico. Inesperadamente, su condición empeoró rápidamente; cayó víctima de una depresión profunda. Anhelaba una profesión y un hogar, pero carecía de ambas cosas. Y, sin embargo, desempeñó admirablemente una función: la de describir, en cartas a su mujer, lo que significa no desempeñar una función. El colapso de Tausk se había producido repentinamente, y su recuperación fue igualmente rápida y espontánea. Pero las emociones depresivas, aunque nunca llegaran a debilitarlo tanto, volvieron a molestarlo.

Aun después de un colapso tan terrible, Tausk pudo recobrarse e intentar algo nuevo. Aquella situación desdichada lo impulsó hacia Freud y el psicoanálisis. En Freud buscó la dirección que —según pensaba— tan urgentemente necesitaba. Tausk contestó a un artículo de Freud con una carta, y Freud —pensando que Tausk era un médico— lo animó a trasladarse a Viena para estudiar el psicoanálisis. En el otoño de 1908 Tausk se trasladó a Viena para estudiar medicina; ya tenía intención de hacerse analista. Pero, antes de empezar de nuevo, decidió poner fin a una parte de su vida anterior: a pesar de que él y su esposa habían estado separados de octubre de 1905 hasta su regreso de él a Viena en octubre de 1908, no se divorciaron.

Tausk contaba con el apoyo personal de Freud, y los demás miembros del grupo psicoanalítico hicieron lo posible para facilitarle el camino; comprendieron inmediatamente que sus facultades eran mayores. Con las ventajas de la visión retrospectiva, su decisión de llegar a ser analista

puede parecer una maniobra de salvamento. Pero era también consecuencia de su talento y de sus intereses.

A diferencia de Freud y de la mayoría de sus seguidores médicos, Tausk decidió especializarse en psiquiatría. Los psiquiatras suizos partidarios de Freud habían sido importantes para éste, porque ofrecían a sus conceptos nuevo territorio que conquistar. Las realizaciones más originales de Tausk iban a ser sus estudios clínicos de la esquizofrenia y de la demencia maníaco-depresiva[44]. Fue el primer miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena que estudió las psicosis clínicamente, en una época en que al propio Freud sólo le interesaba tratar a personas menos trastornadas. Tausk hizo contribuciones duraderas a la teoría psicoanalítica que han quedado incorporadas a las obras de pensadores contemporáneos como Bruno Bettelheim y Erik Erikson[45]; pero no pudo sobrevivir en el círculo de Freud. Pues su contacto con Freud iba a abrumarlo.

La mejor fuente sobre la relación de Tausk con el grupo de Freud antes de la Primera Guerra Mundial sigue siendo el *Diario* de Lou Andreas-Salomé. Esta se acercó a Freud con el aura de la cultura europea pasada[46]. Cuando llegó a Viena en 1912, tenía cincuenta y un años, y se había preparado previamente leyendo todo lo que Freud había escrito. Se propuso hacer que Freud se interesara por ella, y lo consiguió plenamente.

Lou era del tipo de mujeres que tienen una habilidad especial para coleccionar a grandes hombres. Por buena que hubiera sido su apariencia física anteriormente, entonces tenía que contar con sus recursos psicológicos para llamar la atención de cualquier posible conquista. Tenía la capacidad de reaccionar con vivacidad ante las ideas y poseía un instinto extraordinario para identificarse con los hombres, y especialmente con la parte creativa de los hombres más sujeta a incertidumbres interiores. Pero, cuando los hombres se enamoraban de ella, tarde o temprano descubrían que no se había entregado verdaderamente. Los había reflejado, había prestado ayuda a su necesidad creativa, pero no se había entregado como persona. Todos ellos la necesitaban, pero al final se daban cuenta de que los había eludido.

44 Victor Tausk, "On the Origin of the 'Influencing Machine' in Schizophrenia", en *The Psychoanalytic Reader*, ed. Robert Fliess (Nueva York: International Universities Press; 1948), pp. 31-64. Cf. también Paul Roazen, "Victor Tausk's Contribution to Psychoanalysis", *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 38, Nº 3 (1969), pp. 349-53.

45 Bruno Bettelheim, *The Empty Fortress* (Nueva York: The Free Press; 1967), pp. 233-339; Edith Jakobson, *The Self and the Object World* (Nueva York: International Universities Press; 1964), p. xi; Erik H. Erikson, *Identity: Youth and Crisis* (Nueva York: Norton; 1968), p. 9; y la necrología de Federn que escribió Bertram Lewin, *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 19 (1950), p. 296.

46 H. F. Peters, *My Sister, My Spouse: A Biography of Lou Andreas-Salomé* (Nueva York: Norton; 1962) y Rudolph Binion, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Disciple* (Princeton: Princeton University Press; 1968.

A Freud le gustaban las personas con fantasía e imaginación. De modo, que Lou Andreas-Salomé tenía por fuerza que representar una adquisición para él personalmente, así como para el psicoanálisis. Muchos años después Freud escribió que había admirado a Lou inmensamente y que había estado unido a ella "y —lo que es curioso— sin asomo de atracción sexual"[47]. A través de ella Freud estuvo en contacto con lo mejor de la vida cultural alemana, y depositó su confianza en ella hasta grado extraordinario. En sus cartas de años posteriores comentó con ella los problemas emocionales de su hija Anna.

En 1912 Lou había calificado a Victor Tausk de "el más destacado"[48] de entre los estudiantes de Freud, y se puso a seducirlo activamente. Tausk era guapo, con pelo rubio, ojos azules y bigote. También tenía dieciocho años menos que ella. Durante el período de 1912-13, Freud, Lou y Tausk establecieron un triángulo que tenía ventajas para cada uno de ellos. Con frecuencia Lou había tenido dos hombres en su vida simultáneamente. A Freud aquella situación le producía frustraciones, además de satisfacciones. Sentía envidia de Tausk, por tener la oportunidad de tener una relación con Lou. Tausk era más joven, más viril y mayor físicamente. Por otro lado, Lou podía dar a Freud información sobre Tausk, para ayudar a mantener a aquel estudiante potencialmente incómodo bajo control. Para ambos hombres ella era un amortiguador.

Como mujer que era, Lou no iba a despertar ninguno de los sentimientos de rebeldía de Freud. Para un hombre tan chapado a la antigua, las mujeres pura y simplemente no existían como rivales. Ella podía adularlo y aun así creer todo lo que decía. Una mujer puede disociar con más facilidad su sentido del yo de su labor profesional; de modo, que el hecho de dar a Freud lo que éste deseaba no comprometía en modo alguno la integridad de ella. Pero la exigencia de Freud de que sus estudiantes se identificaran con él acababa por movilizar la rebelión en los hombres; para un hombre ser realmente como Freud significaba al final ser original. Ahora bien, la originalidad acababa con su utilidad para Freud.

Al apoyar a Freud en su disputa con Adler, Tausk había mostrado un grado de malicia que Lou consideraba excesiva e injusta[49]. Y, en el punto culminante de la contienda pública de Freud con Jung, Tausk fulminó censuras contra la herejía de Jung[50]. En aquellas batallas verbales Tausk estaba en su elemento, aunque también en sus artículos podía ser feroz. Al oír a Tausk disertar sobre el psicoanálisis, Lou tenía la impresión de que se trataba "no sólo de la teoría freudiana clásica, sino también de un enfoque extraordinariamente afectuoso y reverente de los

47 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 213.

48 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 57.

49 *Ibid.*, p. 51.

50 *Ibid.*, p. 169. Cf. Carl G. Jung, "A Comment On Tausk's Criticism of Nelken", en *Spring: An Annual* (1963), pp. 183-87.

descubrimientos esenciales de Freud...'' La única objeción que puso fue la de que Tausk era ''freudiano con *demasiada* precisión; en cualquier caso, no es probable que se le haga nunca el reproche contrario''[51].

Ahora bien, Lou vio con exactitud los orígenes de la tensión entre aquellos dos hombres. De forma característica, Freud deseaba trascender todos los límites anteriores del conocimiento. Pero pensaba que Tausk estaba aprehendiendo problemas que se adelantaban a su tiempo[52]. La obra de Tausk irritaba a Freud, y gran parte del problema era la originalidad de aquél[53]. Lou y Freud hablaron de eso reiteradamente, mientras se mantuvo la relación entre ella y Tausk[54].

La independencia de Tausk era en parte una apariencia. Pues lo peor de todo, desde el punto de vista de Freud, era que Tausk se mantenía pegado a las propias preocupaciones de Freud. De modo misterioso, Tausk parecía capaz de anticiparse a las propias formulaciones de Freud[55]. Freud se sentía incómodo con Tausk, no sólo porque tuviera un pensamiento propio, sino también porque se atrevía a usar ese talento en problemas que eran de la mayor importancia para el propio Freud. El miedo de Freud a que Tausk pudiera robarle algunas de sus ideas antes de que hubiera acabado de perfilarlas ayuda también a explicar por qué podía Lou ser útil a Freud a la hora de vigilar a Tausk[56]. Freud podía estar seguro de que en última instancia ella estaría de su parte. No le gustaba la incertidumbre que entrañaba el miedo a que a Tausk pudiera ocurrírsele una idea antes que a él.

Lou advirtió que Tausk estaba absorto en sí mismo y que era introspectivo, excesivamente ambicioso y, aun así, apasionadamente leal a Freud. La situación era tal, que Tausk podía echar la culpa a Freud por sus mutuas dificultades. Tausk se mantenía fiel a Freud en parte a causa de su falta de recursos internos[57]. Lo que a Lou le gustaba de Tausk era su desamparo ante su ser interno, su atormentada lucha por usar su intelecto para dominar sus pasiones. Era exigente, pero su capacidad para alimentar ilusiones lo volvía adorable. No obstante, su yo seguía preso del pasado. ''Y, sin embargo, desde un principio me dí cuenta de que esa lucha de Tausk era lo que me conmovía más profundamente: la lucha de la criatura humana. Hermano animal. Tú''[58].

51 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 51, 56.

52 *Ibid.*, p. 51; ''Victor Tausk'', p. 274.

53 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 97-98.

54 *Ibid.*, pp. 97, 114; cf. también *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 215.

55 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, p. 114.

56 Lou afirmó que ''toda la substancia de... *La genealogía de la moral* (de Nietzsche) procedía de Paul Rée, que había estado comentando su concepción en una conversación con Nietzsche; éste escuchó atentamente a Rée, hizo suyas las ideas de Rée y después adoptó una actitud hostil hacia él''. Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 170.

57 Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 166-67.

58 *Ibid.*, pp. 167-68.

Pero con la Primera Guerra Mundial todo volvió a desplomarse en torno a Tausk. Después de haber terminado su educación médica, había empezado su nueva vida, pero entonces los pacientes escaseaban y era casi imposible practicar el psicoanálisis. Cuando lo llamaron a filas, Tausk actuó con auténtico heroísmo al usar los diagnósticos psiquiátricos para fines humanitarios. Escribió un artículo elocuente sobre la psicología de los desertores, que fue una de las primeras aplicaciones de los descubrimientos psicoanalíticos al derecho[59]. Repetidas veces se arriesgó por su amabilidad y altruismo en favor de los pacientes. Conviene añadir que también debía de acariciar la posibilidad de desafiar a sus superiores.

Con el fin de la guerra, Tausk regresó a Viena para reanudar su ejercicio. Sin embargo, la ciudad estaba en un caos económico. Tausk, que ya contaba casi cuarenta años, tenía que vivir todavía como un estudiante depauperado, al tiempo que mantenía a su familia. Se había abandonado a la dependencia del favor y de la aceptación personales de Freud. Muchos de sus amigos y compañeros compartían aquellos problemas, aunque la mayoría de ellos no estaban en una posición tan vulnerable. Paul Federn, por ejemplo, podía recurrir a su ejercicio de la medicina.

La productividad de sus escritos durante la guerra animó a Tausk a solicitar el puesto de *Dozent* en la Universidad de Viena, pero también a pedir a Freud que lo analizara: su gran sueño era que Freud lo analizara. Y, sin embargo, Tausk debía de saber que su presencia incomodaba a Freud, y la respuesta de éste fue negativa. Aunque aquella negativa dio mayor tirantez a la relación de Freud con Tausk, aquél pensó que podría mantener a éste dentro del redil.

Freud intentó llegar a un compromiso con Tausk. Le recomendó que se analizara con una psiquiatra más de cinco años más joven que él, Helene Deutsch, a quien Freud había aceptado para el análisis anteriormente aquel otoño[60]. Dicha psiquiatra llevaba tres meses analizándose con Freud, cuando Tausk empezó a ponerse en tratamiento con ella en enero de 1919. Freud tuvo que tratar el caso con Helene Deutsch y explicar sus razones para no aceptar que Tausk se analizara con él[61]. Le dijo que se sentía inhibido ante Tausk. Freud se sentía inquieto e incómodo con Tausk, como ya lo había descrito Lou anteriormente. Las ideas de Freud estaban todavía en estado de cambio, y dijo a Helene Deutsch que le causaba una impresión ''inquietante'' el hecho de que Tausk formara parte de la sociedad, donde podría tomar una idea de Freud y desarrollarla, antes de que Freud hubiera acabado de perfilarla completamente[62].

59 ''On the Psychology of the War Deserter'', *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 38, N. 3 (1969), pp. 354-81.

60 Helene Deutsch, *Confrontations with Myself* (Nueva York: Norton; 1973), p. 135.

61 ''The 'Uncanny'\'', pp. 220, 234, 238. Las razones que adujo Freud fueron exactamente las mismas que en el caso de su negativa a tratar a Otto Gross en 1908. Cf. más arriba, p. 288.

62 Resulta bastante extraño que en un ensayo, ''Lo sobrenatural'', que Freud acabó en la

La asignación era halagadora para Helene Deutsch, pero constituía un insulto terrible para Tausk. A pesar de su experiencia psiquiátrica, como analista Deutsch no era nadie. Tanto ella como Tausk sabían que él había realizado una labor mucho más importante. Pero Tausk no tenía por qué aceptar el insulto. No obstante, Lou había profetizado su incapacidad para ser plenamente independiente, y él reconoció parcialmente detalles de esa debilidad en sus relaciones con las mujeres. Así como él no podía ser independiente hacia Freud, así tampoco deseaba que otros dependieran de él. La autosuficiencia de Freud, como la de Lou, debió de ser especialmente atractiva para Tausk. Freud había estado rechazando en parte a Tausk por algún tiempo; aquello proporcionada a Tausk exactamente la combinación de apoyo y distancia que le hacía sentirse a gusto.

Tausk aguantó la ofensa y empezó a analizarse con Helene Deutsch; ésta podía ser un puente entre él y Freud. Tausk se tumbaba en el sofá de Deutsch seis días a la semana, sabiendo que ella lo hacía en el de Freud con la misma frecuencia. Podía analizarse con Freud a través de ella. Al mismo tiempo, estaba estableciendo de nuevo una relación con Freud a través de una mujer. Era casi la misma historia que con Lou; una vez más, una mujer atractiva iba a ser el canal entre los dos hombres. Tausk sabía que una mujer sería mucho menos amenazadora para Freud, y a través de ella podía argumentar su punto de vista. Para Freud, Helene Deutsch podía ser una fuente de información sobre Tausk, igual que Lou lo había sido.

En sus sesiones analíticas con Helene Deutsch, Tausk hablaba casi enteramente de Freud. Cualesquiera que fueran las dificultades profundas de Tausk, entonces pasaron a centrarse en Freud. No abominaba contra Freud; más que nada se lamentaba de la actitud del maestro hacia él. Tausk pensaba que el problema entre ellos dos se originaba en las dificultades de Freud. Pensaba que algunas ideas se le habían ocurrido antes que a Freud, pero que éste se negaba a aceptarlas. No hay duda de que Tausk era capaz de tener ideas propias, que de hecho podían corresponder a lo que Freud podría llegar a pensar. Pero la forma de trabajar de Freud tenía por fuerza que provocar el enfado de Tausk, porque le impedía llegar a conseguir el reconocimiento para hacerse valer de modo original.

Freud y Tausk tenían más o menos el mismo enfoque, y parte del interés de la disputa Freud-Tausk deriva de la semejanza de sus personali-

primavera de 1919, escribiera que "hace tiempo que no ha experimentado u oído algo que le haya causado una impresión de algo sobrenatural..." En otro lugar del mismo ensayo Freud aludía, al hablar de los fenómenos del "doble" y de la telepatía, a un problema del que se ocuparón él y Tausk: : "el sujeto se identifica con alguna otra persona, de modo que duda sobre cuál es su yo, o substituye su yo por el yo extraño". "[C]ualquier cosa que nos recuerda a [la]... 'compulsión [interior] a repetir' se percibe como sobrenatural" p. 260 (389). Anteriormente Freud había lanzado la hipótesis de que "parece que atribuimos características 'sobrenaturales' a impresiones que intentan confirmar la omnipotencia de las ideas..." "Totem and Taboo", p. 86.

dades. Cada uno de ellos pensaba que el otro estaba haciendo suyas ideas ajenas sin reconocerlo. Y cada uno de ellos tenía razones sólidas para creerlo. Freud estaba convencido de que lo que los discípulos concebían era en última instancia algo suyo. Y a Tausk le parecía que por lejos que llegara a su mente, tarde o temprano Freud estamparía su huella sobre las contribuciones de Tausk. Cada uno de ellos estaba convencido de que era un genio excepcional y temía que el otro lo destruyera. Sin embargo, Tausk fue el que buscó tratamiento. Por haber oído las quejas y acusaciones de ambas partes, Helene Deutsch pensó que había algo de realidad en lo que los dos creían.

Cualesquiera que fueran los motivos de Freud para enviar a Tausk a ella, o los de Tausk para aceptar la humillación, el arreglo resultó impracticable. Impresionada como estaba Helene Deutsch por lo que consideraba el genio de Tausk, llegó un momento en que en sus sesiones analíticas con Freud no se hablaba de otra cosa que de Tausk. Así, pues, Tausk empezó a interferir en el propio análisis de ella con Freud. Hacia finales de marzo de 1919, al cabo de tres meses, Freud puso coto a aquella situación incestuosa.

Freud explicó a Deutsch que Tausk se había convertido en una interferencia en su propio análisis y que Tausk debía de haberla aceptado como analista con la intención de comunicar con Freud a través de ella. Freud le obligó a escoger entre poner fin al análisis de Tausk con ella e interrumpir su propio análisis con Freud. Para Deutsch no constituyó una elección realista, sino una orden. El tratamiento de Tausk acabó inmediatamente.

En aquella etapa de su vida Freud no podía perder tiempo con personas que le causaban problemas. Tausk le pedía demasiado y se ofendía con facilidad. La actitud de Tausk hacia Freud era de dependencia neurótica, y a Freud le pareció más fácil librarse de él pura y simplemente que arriesgarse a verse —como pensaba— devorado por él. Desde luego, podía perfectamente permitirse el lujo de prescindir de un antiguo partidario como Tausk en un momento en que tantos discípulos nuevos acudían a él desde todas las partes del mundo.

Tausk trató de poner orden en su vida privada. Había fracasado particularmente a la hora de establecer una relación con una mujer. Ante su rechazo por parte de Freud y el fracaso de su intento de ser analizado, Tausk intentó tomar una nueva mujer en su vida: Hilde Loewi, concertista de piano dieciseis años más joven que él. Había sido una paciente que había acudido a él en busca de terapia. Para un analista casarse con una paciente era cometer el peor delito de su profesión. La exaltación de Tausk al enamorarse pudo haber encubierto aflicción y pena, y a veces se da el caso de que un paciente exprese sin inhibiciones sus conflictos emocionales después de semejante terminación repentina del tratamiento. En la elección por parte de Tausk de una antigua paciente podemos ver el vislumbre de su resentimiento cada vez mayor hacia Freud.

El rechazo de Freud fue tan personal, que resultaba difícil de racionalizar con fundamentos científicos. Tausk no se contentaba con ser uno de los apóstoles de Freud; sin una rebelión contra Freud, la parte creativa de Tausk habría quedado frustrada. Entonces tenía que descubrir si era capaz de ser creativo sin Freud. Indudablemente hubiera sido más sano por parte de Tausk haber abandonado a Freud. ¿Por qué no podía haber regresado a Berlín o a Yugoslavia?

Pero resulta fácil subestimar hasta qué punto podía quedar frustrada una persona en Europa central hace cincuenta años. La psiquiatría era la tercera carrera de Tausk; después de haber atacado el *status quo* en favor de Freud, de repente se vio perdiendo a Freud.

La causa que precipitó el suicidio de Tausk fue su incapacidad para llevar a cabo su matrimonio con Hilde Loewi. La mañana siguiente debía haber obtenido su licencia matrimonial. Debió de darse cuenta de que, a pesar de que se había enamorado de ella en parte para escapar de sus problemas, éstos no iban a desaparecer. Como tantas otras veces anteriormente, Tausk se había enamorado apasionadamente, y después todo se había esfumado. Al final se vio confrontado con su compromiso matrimonial. Con Hilde Loewi había deseado más que nunca triunfar en el amor; y, sin embargo, sabía que todo aquello ya le había ocurrido antes. Pero aquella vez tampoco tenía a Freud.

En la madrugada del 3 de julio de 1919, Tausk decidió matarse. Escribió un testamento en el que detallaba por extenso todas sus posesiones. Aquel enorme inventario era lo único que tenía para establecer su inmortalidad. También escribió y cerró dos cartas, que dejó sobre su escritorio: una a Hilde, la otra a Freud. Después de haber decidido matarse, Tausk descubrió una reconciliación interior; después de haber dirigido todos sus sentimientos agresivos hacia dentro, ya sólo le quedaba amor para los demás. Mientras escribía, sorbía *slivovitz*, la bebida nacional yugoslava. Después se ató un cordón de cortina al cuello, puso su pistola junto a su sien derecha y apretó el gatillo. Además de saltarse parte de la cabeza, se estranguló al caer.

* * *

Freud escribió la necrología oficial de Tausk, en la que elogió sus numerosas contribuciones al psicoanálisis. Pero en una carta a Lou Freud podía mostrarse mucho más franco sobre su alivio ante el hecho de que Tausk hubiera desaparecido por fin: "Confieso que no lo echo de menos; hacía tiempo que lo consideraba inútil, de hecho una amenaza para el futuro"[63]. Era característico de Freud comunicar sus sentimientos honradamente, mostrar valor a la hora de escribir sobre sus peores caracterís-

63 Compárese Sigmund Freud y Lou Andreas-Salomé, *Briefwchsel* (Frankfurt: Fischer;

ticas, que es precisamente lo que lo ha expuesto tanto a las críticas. En contraste con la necrología escrita por Freud, con su alabanza pública, en privado Freud sólo tuvo compasión para Tausk.

La fría reacción de Freud ante la muerte de Tausk desconcertó a Lou. Y, sin embargo, su respuesta a Freud fue una obra maestra de diplomacia sutil. En general se mostraba de acuerdo con la interpretación dada por Freud del carácter de Tausk; ahora bien, se las ingeniaba para trasladar el centro de gravedad de la necrología al encanto de Tausk. Este podía confiar más en su carácter que en su intelecto. Como observaba Lou refiriéndose a él en un comentario marginal de su carta, "incluso un carácter tan *fuerte* queda empequeñecido hasta la impotencia al enfrentarse a los gigantes interiores de la inmoderación". Lou estaba de acuerdo en que Tausk era una amenaza para el futuro del psicoanálisis. Aceptaba la adulación de Freud de que la amistad de ella con Tausk había sido la causa de que Freud lo hubiera soportado durante tanto tiempo. Lou lo abandonó con tanta facilidad, lo defendió tan poco, que podemos sacar la conclusión de que puede ser que hubiera usado a Tausk desde el principio como instrumento para su relación con Freud.

Lou, que llegó a ejercer el análisis, nunca escribió una palabra más a Freud sobre Tausk. Pero, al regresar a Viena en 1921 y asistir de nuevo a las reuniones de la Sociedad de Viena, registró en su diario cuánto le recordaban éstas la ausencia de Tausk: "Freud inalterado; 50 personas; faltaba una (Victor Tausk). Lo busqué por todas partes, con lo que me parecía que faltaban todas las antiguas caras familiares"[64].

La muerte de Tausk siguió siendo un secreto vergonzoso en la familia psicoanalítica. Para Helene Deutsch, el suicidio no fue responsabilidad suya, sino de Freud. Retrospectivamente, parece razonable que considerara su papel insignificante, el de mera intermediaria entre Tausk y Freud. Superficialmente, pocos lazos emocionales, de los que se dan entre paciente y analista, se establecieron entre Tausk y su analista. Sin embargo, de forma sutil Tausk había estado galanteando a Helene Deutsch con la historia de su conflicto con el maestro; era el poder más seductor que tenía a su disposición. Helene Deutsch podía ceder a su interés por aquel discípulo rebelde sin reconocer para sus adentros que también ella podía tener sentimientos de crítica hacia Freud. Todos sus impulsos negativos hacia Freud podían quedar aislados y encarnados en la persona de Tausk. Puede incluso que fomentara el interés de Tausk en el propio análisis de ella y sus expresiones de rebeldía. Helene Deutsch nunca advirtió que Tausk estaba adulándola con su relato o que ella podía estar beneficiándose de él en opinión de Freud.

1966), p. 108, con *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, pp. 98-99. Cf. también Binion, *Frau Lou*, pp. 402-03. Originalmente, este pasaje de la carta fue censurado, pero ahora aparece íntegro en la edición inglesa.

64 *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 229.

Paul Federn, en una carta[65] a su esposa escrita inmediatamente después de la muerte de Tausk, vio la motivación exclusivamente en función del fracaso de Tausk a la hora de conquistar el interés humano de Freud. La disputa de Tausk con Freud no tenía por qué haberse mantenido en secreto, excepto por la necesidad de hacer parecer poderoso a Freud. Federn, así como otros miembros de aquella diminuta subcultura, creía sin la menor vacilación que, si Freud abandonaba a un hombre, aquello podía conducir a la autodestrucción. La exclusión de la comunidad revolucionaria era una aniquilación mayor que la muerte física.

Sin embargo, Lou Andreas-Salomé sabía que la neurosis de Tausk había abarcado toda su personalidad; todas y cada una de sus partes se consumieron en la lucha con Freud. Pero también vio que el poder puede infantilizar tanto a quienes lo esgrimen como a quienes se someten a él. Aunque siguió leal a Freud hasta su muerte en 1937 —había ayudado psicoanalíticamente a la hija de Freud, Anna, y con frecuencia Freud le enviaba dinero en tiempos difíciles—, a diferencia de muchos de los seguidores de Freud, era capaz de reconocer que los logros de éste iban unidos a sus limitaciones. Como escribió en cierta ocasión, "ante un ser humano que nos impresiona por su grandeza, ¿no deberíamos sentirnos animados en vez de desalentados por la idea de que quizás podría haber alcanzado su grandeza a través de sus debilidades?"[66].

3. Los apóstoles.

Como personalidad, Hanns Sachs (1881-1947) fue un prototipo de la vida intelectual judía vienesa. Era ingenioso e inteligente, locuaz, efusivo y optimista; sabía un "sinfín de los mejores chistes judíos"[67], y, con su gordura y baja estatura, algunos pensaban que se parecía a un búho. Le gustaba la buena comida, el vino, y las mujeres bonitas, y visitaba con frecuencia los cafés. Su matrimonio había sido desgraciado y de corta duración, pero, como no hablaba de él prácticamente nunca, pocos de sus compañeros sabían que hubiera estado casado. Fue un soltero despreocupado con muchas mujeres en su vida; también le gustaban las películas y los espectáculos de variedades cuando llegó a América.

Originalmente, Sachs había estado insatisfecho de su vida de abogado; había formado parte del círculo de Freud durante nueve años, cuando, en 1919, después de un ataque de tuberculosis, abandonó el derecho totalmente y decidió ejercer como analista "profano" (no médico). Freud daba buena acogida a personas procedentes de otros campos, pues podrían

65 Roazen, *Brother Animal*, pp. 153-154.
66 Andreas-Salomé, *Freud Journal*, p. 163.
67 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 161.

aplicar su obra a las humanidades y a las ciencias sociales. Deseaba que ejercieran el análisis, para que pudieran entenderlo plenamente; pero tenían que abandonar sus carreras anteriores, pues Freud no creía que se pudiera ser un analista correcto, a no ser que se practicara el análisis permanentemente.

En el análisis Sachs encontró sentido para su vida en conjunto. "Había encontrado", al leer *La interpretación de los sueños*, "la única cosa por la que valía la pena vivir para mí; muchos años después [1919] descubrí que también era la única cosa gracias a la cual podía vivir"[68]. Anteriormente Sachs había tenido una diversidad de intereses, pero, una vez que dejó el derecho para hacerse psicoanalista, el mundo de Freud se convirtió en el centro de su vida. Como profeta —más que científico— que era, consideraba el psicoanálisis como una religión revelada.

Freud había llegado a sentir enorme interés personal por Sachs, que fue uno de los primeros en recibir el apreciado anillo. Sachs fue designado, junto con Otto Rank, Sandor Ferenczi, Karl Abraham y Ernest Jones, para formar parte de un comité secreto fundado por Freud antes de la Primera Guerra Mundial (después de la pérdida de Adler, Jung y Stekel) para promover la causa. Jones había propuesto la idea a Freud, a quien le gustó inmediatamente: "La existencia y las acciones de ese comité tendrían que ser *rigurosamente secretas*". A Freud le preocupaba el futuro de su obra; "Estaba tan inquieto por lo que el populacho humano haría de él, cuando yo hubiera desaparecido"[69]. El comité se reunió por primera vez como grupo a finales de la primavera de 1913. "El 25 de mayo de 1913, Freud celebró el acontecimiento regalándonos a cada uno de nosotros una antigua talla griega, que después mandamos engastar en un anillo de oro. El propio Freud había llevado un anillo semejante durante mucho tiempo..."[70] Como observó en cierta ocasión el propio Freud, un anillo es "un objeto de... rico significado simbólico", que suele asociarse con "un vínculo erótico"[71]. La entrega de anillos marcaba a quienes lo recibían como portadores especialmente escogidos de su mensaje.

Sachs, que carecía de experiencia clínica, llegó a ser uno de los primeros que se dedicaron primordialmente a analizar a futuros analistas. Como escribió Sachs a propósito de semejantes análisis "didácticos":

> Las religiones siempre han exigido un período de prueba, un noviciado, a aquellos de sus adictos que deseaban entregar su vida entera al servicio de lo sobrehumano y lo sobrenatural, en otras palabras, a quienes iban a ser monjes o sacerdotes... Puede verse que el análisis necesita algo correspondiente al noviciado de la Iglesia[72].

68 Sachs, *Freud*, pp. 1-2.
69 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 153; citado en Sidney Pomer, "Max Eitingon", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 53.
70 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 154.
71 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 205.
72 *Ten Years of the Berlin Psychoanalytic Institute*, p. 45.

En 1920 se trasladó a Berlín, donde se estaba estableciendo el primer instituto de enseñanza psicoanalítica; una de las atracciones del psicoanálisis como carrera era la de que podía practicarse en cualquier parte. Sachs siempre insistió en la importancia de fomentar el aspecto positivo de la relación del paciente con el analista. Entre sus analizandos figuraron Erich Fromm, Franz Alexander, Edwin Boring, Gregory Zilboorg, Karen Horney y John Dollard. En una época en que había pocas obras de autoridad sobre la técnica terapéutica, Sachs dio muchas conferencias sobre ese tema. Por entonces Sachs, y algunos otros, acostumbraban a llevarse de vacaciones a una caravana de aprendices (que también llevaban a sus pacientes). Aquello ayudaba a Sachs a pagar las facturas, y desde el punto de vista de los aprendices —especialmente los procedentes del extranjero—, era provechoso, pues, además de unas vacaciones subvencionadas, tenían a su disposición más análisis.

Sachs, que tenía sensibilidad artística (y carecía de dotes para la política del movimiento), se interesó especialmente en la aplicación del psicoanálisis a los problemas culturales, y compuso estudios literarios y un libro sobre el emperador romano Calígula. Sachs fue también, junto con Otto Rank, fundador de *Imago* (1912), revista especializada en los aspectos no médicos del psicoanálisis. En 1932 fue invitado a trasladarse a Boston, porque en dicha ciudad necesitaban desesperadamente un analista para la formación de futuros analistas. Para que aceptara, tuvieron que garantizarle ocho pacientes al día, pero a los analistas locales no les resultó difícil encontrarlos. En una ciudad de tradición médica como Boston, Sachs encontró algunos problemas como analista profano, pero consiguió un puesto de profesor en la Escuela de Medicina de Harvard.

Sus últimos años fueron sombríos; además de padecer del corazón, se enteró de que sólo unos pocos de sus amigos y parientes habían podido escapar al holocausto nazi. También quedaron defraudadas sus esperanzas de convertir a una paciente inglesa en una discípula fiel: se trata de una autora que se llama a sí misma Bryher y que prefirió retirarse a Suiza. Sachs tuvo también dificultades con analistas locales que estaban intentando establecer un procedimiento sistemático para aceptar a los candidatos a analistas. Sachs se identificaba con los métodos más arbitrarios de Freud, y solía aceptar a un candidato en el momento y después lo notificaba al instituto psicoanalítico local.

En su relación con Freud, Sachs fue siempre un hijo. Su libro sobre el maestro, escrito no mucho antes de su propia muerte, era un poema de amor. En Berlín su "sofá estaba colocado de tal modo, que el analizando se encontraba frente a un busto de Freud colocado sobre un pedestal de madera"[73]. En sus hábitos personales Sachs llegó a ser lo más parecido posible a Freud. Todos los hombres del círculo fumaban, y la mayoría de ellos se aficionaron a los puros. Algunos de ellos adquirieron incluso los

[73] Fritz Moellenhoff, "Hanns Sachs", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 188.

rasgos neuróticos de Freud. Por ejemplo, Freud nunca se libró de sus angustias con respecto a los viajes y tenía que estar en la estación mucho antes de la salida del tren; Sachs tenía la misma obsesión exactamente, y solía recorrer el andén mucho antes de la salida del tren.

Entre los apóstoles vieneses leales a Freud, Theodor Reik (1888-1969) puede ser el mejor conocido del público lector en general de hoy. A lo largo de la vida de Freud, los escritos de Reik fueron serios y a veces incluso originales. Tenía grandes conocimientos en el terreno religioso, y Freud lo animó a hacerse analista profano. Freud compuso su libro sobre el análisis por parte de profanos en favor de Reik, que tuvo que afrontar un juicio promovido en virtud de una ley vienesa contra los curanderos.

Reik ejerció en Berlín y en Holanda. En aquella época había muchas idas y venidas de una sociedad psicoanalítica a otra, a causa de revueltas políticas e insatisfacción con los grupos locales. Incluso en Viena, y mucho más aún después de trasladarse a América, Reik fue una figura vivaz. En Viena fue el admirador ferviente de cualquier palabra que el Profesor pronunciara. Freud lo analizó durante un corto período de tiempo, después de la muerte de la primera esposa de Reik. Cuando abandonó Europa camino de Estados Unidos, Reik acentuó todavía más su asociación con Freud.

Sin embargo, Reik no pudo entenderse con los analistas de Nueva York, de modo que fundó allí su propio grupo de formación. Siempre había procurado imitar a Freud: en el fumar, en su estilo de escritura e incluso en el modo de hablar. Estando en América por un tiempo se dejó una barba como la de Freud. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de fotografías que reflejaban etapas diferentes de la vida de Freud; hacia Freud personalmente conservó la adoración de un escolar. No obstante, los escritos de Reik llegaron a ser anecdóticos, a pesar de que hizo mucho por difundir muchos aspectos fundamentales de la psicología de Freud: como por ejemplo la importancia del masoquismo en la teoría psicoanalítica.

Herman Nunberg (1883-1970) fue uno de los más científicos miembros del grupo de Viena, si bien su carácter agrio le impidió ser un favorito especial de Freud. Relativamente tarde en su vida, se casó con Margerete Rie, amiga de Anna Freud e hija del antiguo amigo de Freud, Oskar Rie. Mientras que Nunberg tuvo sólo una breve experiencia terapéutica con Paul Federn, su esposa se analizó por un tiempo con Freud; era también la hermana de la analista Marianne Kris, que también se había analizado con Freud y cuyo esposo, Ernst Kris, fue un estudiante destacado de la ultima fase de Freud. A través del matrimonio de Nunberg, así como de su profesión de psiquiatra psicoanalítico, pasó a ser un miembro firme de la familia de Freud.

Nunberg fue uno de los analistas más ortodoxos, hasta el punto de defender la teoría del instinto de muerte, que muchos otros rechazaron. En épocas diferentes se formaron con él Lawrence Kubie, Grete Bibring y

Willi Hoffer. Nunberg, devoto y sumiso para con Freud, probablemente cuadre con la categoría de seguidores "serviles" que, como escribió con tacto Helene Deutsch, según se "rumoreaba", rodeaban a Freud al final.

La principal contribución de Nunberg al psicoanálisis procedió de su capacidad para sistematizar teóricamente algunas de las concepciones bastante desordenadas de Freud. En un artículo brillante y muy conocido profesionalmente de finales de la década de 1920 sobre la función "sintética" del yo, Nunberg (muchos años después de los rebeldes Adler y Jung pero, a diferencia de ellos, con tacto) intentó reconocer el papel desempeñado por los factores psicológicos no incorporados dentro de la primitiva teoría de los instintos de Freud. Por entonces Freud se interesaba en los procesos del yo. Según el relato de Nunberg sobre la discusión por parte de Freud de dicho artículo, presentado en el piso de Freud, el Profesor dijo:

> Su artículo me recuerda un cuadro de Schwind (un famoso pintor austríaco de finales del siglo XIX). Representa la construcción de una capilla en la cumbre de un montículo escarpado. San Wolfgang, el obispo, que aparece delante de la capilla, hace un gesto mágico, mientras el diablo, jadeando y con la lengua fuera, empuja un carro abarrotado de piedras desde el pie del montículo hacia arriba. Envidio al obispo que sólo tiene que hacer su gesto mágico para forzar al diablo a hacer el trabajo pesado por él, para que las piedras queden situadas en los lugares que les corresponden. Yo parezco ser el diablo que hace el trabajo pesado, mientras usted hace un gesto mágico, y todo queda situado en el lugar que le corresponde[74].

Según la descripción hecha por Sachs de aquella misma reunión, el problema para Freud era no tanto su preferencia por lo diabólico y lo inferior frente a lo religioso y más elevado, sino el carácter especulativo (en lugar de clínico) de la presentación de Nunberg. Además, según la leyenda de San Wolfgang, el diablo había hecho un trato con el santo para suministrar las piedras con las que construir la iglesia, pero el santo le engañó y no le dio su recompensa. Freud dijo:

> Mi suerte fue la del diablo. Tuve que sacar las piedras de la cantera como pude y me sentí contento cuando conseguí disponerlas mejor o peor para que formaran algo parecido a un edificio. Tuve que hacer el trabajo difícil de modo difícil. Ahora le toca a usted, y puede usted sentarse a meditar tranquilamente y proyectar así un edificio armonioso; creo que yo nunca tuve la oportunidad de hacer eso[75].

Después Freud dio a Nunberg una litografía del diablo y el obispo orando, si bien había algo de salvedad irónica en su apreciación de la obra de Nunberg. Mientras que en el caso de las figuras de mayor talla y de más amplias miras, como las de Jung o Adler, la posición de Freud como un dios había constituido un obstáculo para que llegaran a ser como él, para alguien como Nunberg no había casi problema. El hecho de ser

74 Nunberg, *Memoirs*, p. 54.
75 Sachs, *Freud*, p. 168.

discípulo era una gran satisfacción; para el discípulo significaba la garantía de éxito para su carrera. Siempre era posible imaginarse en la posición de Freud como descubridor de todo.

De entre los que recibieron los anillos de Freud, Karl Abraham (1877-1925) probablemente sea hoy el más respetado como científico. Freud no era tan entusiasta con respecto a Abraham como con respecto a Sandor Ferenczi, ya que prefería a personas con menos seriedad y más vivacidad. Freud elogiaba la "claridad, solidez y capacidad persuasiva" de Abraham; anteriormente Freud había lamentado su incapacidad para "aunar" la "precisión" de Abraham y el "brío" de Jung[76]. Freud se quejaba de que Abraham carecía de "brío"[77]; pero estaba dedicado plenamente al psicoanálisis, y su entrega carecía de interés personal. En sus largas y ampulosas cartas a Freud, Abraham se revela como un hombre bastante conservador y aburrido. Según dicen, tuvo una opinión "más razonable" de los "disidentes" (Adler, Jung, y posteriormente Rank) que el propio Freud, pero Abraham pudo haber empeorado con frecuencia una situación mala, por celos, como a veces pensó Freud en aquella época. Abraham contaba con la suficiente confianza por parte de Freud como para suceder a Jung en la presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional en 1914.

Fueran cuales fuesen los defectos de Abraham, era un pensador y clínico sólido. Tenía considerable capacidad organizativa, y fue el principal responsable de que Berlín se convirtiera en el centro del psicoanálisis que llegó a ser. Después de la Primera Guerra Mundial los analistas empezaron a fundar sus propios centros para formar a novicios. Esos institutos, que entonces eran informales, hoy están más organizados —con regulaciones detalladas, seminarios y comités—; no obstante, los primeros institutos fueron capaces de propagar las doctrinas de Freud. A partir de entonces iba a ser posible supervisar la formación de los candidatos sin tener que depender directamente de las opiniones personales de Freud.

En la década de 1920 Berlín ofrecía el mejor sistema de enseñanza. Sachs se había trasladado allí específicamente para aliviar algunas de las obligaciones con respecto a la enseñanza de Abraham. Viena podía tener al Profesor, pero Berlín pronto tuvo, además de a Abraham y Sachs, a Franz Alexander y Sandor Rado. Aunque durante aquel período existió rivalidad entre Viena y Berlín, Viena no contó con un instituto en funcionamiento hasta 1925. El instituto de Viena nunca tuvo tanto éxito como el de Berlín: por el número de candidatos, por la calidad de su labor o por sus recursos financieros.

El dinero de Max Eitingon (1881-1943) hizo posible la fundación en 1920 de la Policlínica y del Instituto Psicoanalítico de Berlín. Eitingon,

76 *Letters of Freud and Abraham*, pp. 91, 47.
77 *Freud/Jung Letters*, pp. 105, 140.

médico ruso de medios independientes, se analizó con Freud durante paseos nocturnos por Viena. Según se ha dicho, Eitingon era "enteramente adicto a Freud, cuyo deseo u opinión más mínimos eran decisivos para él"[78]. Anteriormente Freud había añadido un sexto miembro a su comité secreto: Anton von Freund, un acaudalado cervecero húngaro; cuando éste murió en 1920 (parte de su dinero se dedicó a la fundación del instituto de Berlín), Freud decidió conceder a Eitingon su puesto en el comité. Resulta difícil decir muchas cosas sobre Eitingon, ya que no era ni buen profesor ni buen orador (era tartamudo) y no escribió prácticamente nada[79]. Como los demás, era una persona culta, si bien científicamente era el menos importante del comité; se ocupó principalmente de establecer normas didácticas para la Asociación Psicoanalítica Internacional. Su esposa no aprobaba su colaboración con Freud; y la actitud de las esposas de los miembros del círculo de Freud no era cosa de poca monta. Un pasaje de una de las numerosas cartas que Freud envió a Eitingon transmite el carácter de su asociación en 1922:

> Aprovecho esta oportunidad de responder a su amistosa referencia al décimoquinto aniversario de nuestra relación. No ignora usted el papel que ha desempeñado en mi vida y en mi familia. Sé que no me apresuré a asignárselo. Durante muchos años tuve conciencia de los esfuerzos de usted para aproximarse más a mí y lo mantuve distante. Hasta que no expresó usted en términos tan afectuosos el deseo de pertenecer a mi familia —en el sentido más restringido—, no adopté la actitud mucho más confiada de mi juventud y lo acepté, y desde entonces le he permitido prestarme toda clase de servicios y le he impuesto toda clase de tareas.
>
> Hoy confieso que al principio no apreció los sacrificios de usted tan favorablemente como más adelante, después de reconocer que verdaderamente —estando como está usted agobiado por la carga de una esposa amante y amada a la que no le gusta demasiado compartirle a usted con otros, y ligado a una familia que fundamentalmente siente poca simpatía por sus empeños— se exigió demasiado a sí mismo al hacer aquella oferta. Pero no deduzca usted de esta observación que estoy dispuesto a soltarle. Sus sacrificios han llegado a ser tanto más valiosos para mí; si han llegado a ser excesivos para usted, es usted quien debe decírmelo.
>
> Así, que sugiero que continuemos nuestra relación, que de amistosa ha pasado a ser filial, hasta el final de mis días[80].

78 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 161.

79 "Bulletin of the International Psychoanalytical Association", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 9 (1938), p. 133. Eitingon inauguró el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck en 1927 con un discurso cuyo tono transmite el espíritu triunfal de los primeros analistas: "En este año nuestro Congreso es un Congreso de jubileo. Por ser el décimo, es el último de una década de congresos, hitos silenciosos pero que no cesan de aumentar en un progreso espléndido, una marcha imparable hacia la conquista del hombre, de la humanidad. Si bien los nombres de Nüremberg, Weimar, Munich, Budapest, La Haya, Berlín, Salzburgo, Hombrug e Innsbruck no representan realmente los campos de batalla de Freud y del psicoanálisis, por lo menos pasan revista ante nosotros a lo que se ha logrado y realizado y son un toque de corneta para esa marcha hacia adelante que siempre debemos tener presente".

80 *Letters*, pp. 337-38.

Fuera lo que fuese lo que Eitingon (que perdió su dinero en la gran quiebra de la década de 1930) hubiera hecho por el Instituto de Berlín, Abraham (y el respeto de Freud hacia él) fue quien atrajo a personas procedentes del extranjero. De todos los primeros analistas excepto el propio Freud, Abraham fue el que tuvo en sus análisis didácticos a los futuros analistas más eminentes: Sandor Rado, Alix Strachey, Edward y James Glover, Helene Deutsch, Theodor Reik, Karen Horney, Melanie Klein y Ernst Simmel. Según dicen, la técnica terapeutica de Abraham era moderada, tranquila y regular[81]. Su personalidad y su obra le han valido el elogio no sólo de sus antiguos estudiantes, sino tambien de su amigo Ernest Jones. Abraham dio sistemáticamente un carácter más detallado y preciso a los conceptos de Freud de las etapas libidinales; y, como fue uno de los pocos miembros del movimiento formados en la psiquiatría suiza, Abraham intentó entender las psicosis. No obstante, en un dominio que podía ser tan indisciplinado como el psicoanálisis, desgraciadamente la de clasificar puede ser una tentación para algunos de sus teóricos. Uno de los méritos de la obra de Reik y Sachs consistió en poner objeciones a la excesiva rigidez y sistematización del enfoque de Abraham, el "enfoque ordenado, metódico y quirúrgico del inconsciente"[82].

Freud contaba con Abraham como firme partidario, hasta que éste cayó enfermo repentinamente y murió, probablemente de cáncer de pulmón, a finales de 1925[83]. La muerte de Abraham conmovió a Freud, especialmente porque coincidió con su propia enfermedad. La reunión conmemorativa en su memoria de la Sociedad de Viena llegó a ser legendaria entre los analistas. Freud temía desde hacía mucho tiempo que su presencia fuera un factor de inhibición en las discusiones de aquellas reuniones, y con el comienzo de su cáncer (que le obstaculizaba el habla) Freud había dejado de asistir a ellas. La reunión en honor de Abraham fue la primera excepción a aquella decisión de Freud, y también la última. Reik, que entonces era un favorito de Freud, fue el encargado de pronunciar el panegírico que Freud había escrito para aquella ocasión, pero llegó unos minutos tarde; Freud se enfadó ante aquella falta de puntualidad. Federn presidió la reunión, y, al referirse a su difunto colega, substituyó el nombre de Abraham por el de Reik. (Posteriormente Federn sintió que tenía que dar una larga explicación a Freud de aquel *lapsus linguae*[84].) Freud estaba irritado por haber creado aquellas ambivalencias entre sus

81 Entrevista con Edward Glover, 25 de agosto de 1965.

82 Joseph M. Natterson, "Theodor Reik", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 257. Cf. también Ann Leslie Moore y Merrill Moore, "Notes on Reading Dr. Hanns Sachs's Last Book" *The American Imago*, Vol. 11, N.º 1 (Primavera de 1954), pp. 6-7.

83 A pesar de su trastorno pulmonar, Abraham insistió en operarse de la vesícula biliar. Desde el punto de vista médico, aquello era tan extraño, que Sandor Rado especuló con la idea de que Abraham se había matado a sí mismo para evitar un conflicto con Freud, con lo que hacía eco a la versión que había dado Federn de la muerte de Tausk.

84 Cf. más arriba, p. 80.

estudiantes, y, de acuerdo con su forma de actuar de o todo o nada, nunca volvió a presentarse en la Sociedad de Viena. En la necrología de Abraham publicada por Freud, lo llamó "una de las más sólidas promesas de nuestra ciencia, tan joven y tan combatida todavía; quizás se haya perdido también un trozo irreparable de su futuro"[85].

4. La cacería desenfrenada.

Georg Groddeck (1866-1934) era diferente de Abraham: tan asistemático, desorganizado e inspirado como hombre de ciencia disciplinado era Abraham. Groddeck, también alemán, horrorizaba a los seguidores de Freud que se preocupaban de establecer el psicoanálisis como corpus de conocimientos científicos. Ahora bien, Groddeck era un hombre con ideas, con gran intuición psicológica y talento literario. De Groddeck fue de quien Freud reconoció haber tomado el término *das Es*, o "ello". (A su vez, Groddeck —como señaló Freud— había tomado el término de Nietzsche). Tal como Freud resumió la posición de Groddeck, "nunca se cansaba de insistir en que lo que llamamos nuestro yo actúa de forma esencialmente pasiva en la vida, y en que, tal como él lo expresa, somos 'vividos' por fuerzas desconocidas e incontrolables"[86]. Como terapeuta, Groddeck centró su atención en los síntomas orgánicos y en sus significados simbólicos. Fue el primero que escribió sobre problemas psicosomáticos. Fue también un precursor por su insistencia en el papel desempeñado por la madre en el desarrollo del niño, así como en las ambiciones femeninas de los hombres, que no suelen reconocerse, como las fantasías sobre el embarazo. Groddeck era un hombre imaginativo, y, aunque Freud no lo respetara totalmente, aun así se ganó el cariño de éste. Freud defendió a Groddeck, por ejemplo, contra las censuras del pastor suizo Pfister. Y, a su vez, Pfister reconoció que "el estado mental que le impulsa a usted a animar a Groddeck es exactamente el mismo que lo convirtió a usted en el descubridor e iniciador del psicoanálisis"[87].

Freud se sentía más unido personalmente a Groddeck que al ordenado Abraham. De uno de los libros de Groddeck Freud escribió que era "la labor de una mente al nivel de la de Rabelais"[88]. Y, sin embargo, en la medida en que Freud se permitió considerar a Groddeck con afecto, afrontaba también la amenaza que habían presentado algunos de sus

85 "Karl Abraham", ["En memoria de Karl Abraham"], *Standard Edition*, Vol. 20, p. 277.

86 "The Ego and the Id", ("El 'yo' y el 'ello'"), *Standard Edition*, Vol. 19, pp. 23, 25.

87 *Letters of Freud and Pfister*, p. 81.

88 Citado en Schur, *Freud*, p. 312.

seguidores más famosos. El 5 de junio de 1917, en respuesta al anuncio de Groddeck de su conversión con reservas, Freud escribió:

> Ha pasado mucho tiempo desde que recibí una carta que me ha gustado e interesado muchísimo; también siento la tentación de substituir, al contestarla, la cortesía normal debida a un extraño por la sinceridad analítica.
>
> Voy a hacer lo posible: observo que me insta usted a confirmarle oficialmente que no es un psicoanalista, que no pertenece al grupo de los discípulos, sino que se le puede considerar como algo aparte e independiente. Evidentemente, le haría un gran favor a usted si lo rechazara al lugar que ocupan Adler, Jung y otros. Pero no puedo hacerlo; debo reclamarlo a usted, debo insistir en que es un analista de primer orden que ha captado la esencia de la cuestión de una vez por todas. El hombre que ha reconocido que la transferencia y la resistencia son los ejes del tratamiento pertenece irrevocablemente a la "cacería desenfrenada". Y no importa que dé también al *Inc* (Inconsciente) el nombre de "Ello".

A Freud le gustaba concebir a sus seguidores como una horda en una "cacería desenfrenada"; esa idea cuadraba con la imagen de conquistador que tenía de sí mismo. Mientras que sólo cinco años antes Freud había censurado a Tausk por un comentario sobre los fenómenos psicosomáticos, por la razón de que era "demasiado pronto para hablar de esas cosas", ahora estaba no sólo dispuesto a mantener esa clase de discusiones, sino también decidido a zanjar la cuestión de la originalidad, de un modo que recuerda al episodio de la cocaína:

> Permítame demostrarle que la noción de INC *no* requiere *ampliación* para que abarque las experiencias de usted con las enfermedades orgánicas. En mi ensayo sobre el INC que cita usted encontrará una nota poco destacada: "En otro contexto citaremos otra prerrogativa del INC". Voy a revelarle a qué se refiere dicha nota: a la afirmación de que el INC ejerce sobre los procesos somáticos una influencia de un poder mucho más plástico que la de acto consciente alguno. Mi amigo Ferenczi, que está familiarizado con esta idea, ha escrito un artículo sobre patoneurosis que ha de publicarse en *Internationale Zeitschrift*; está muy próximo a las revelaciones de usted. Además, el mismo punto de vista le ha inducido a hacer un experimento biológico para mí para mostrar que una continuación coherente de la teoría de Lamarck de la evolución coincide con el resultado final del pensamiento psicoanalítico. Las nuevas observaciones de usted armonizan tan bien con el razonamiento de esta obra, que nos alegraría sobremanera, si pudiéramos citar el artículo ya publicado de usted, cuando tengamos listo nuestro trabajo para enviarlo a la imprenta.

La carta de Groddeck a Freud había mencionado su envidia de lo que Freud había revelado. Después de haber admitido a aquel nuevo estudiante en el redil, al tiempo que señalaba que las ideas de Groddeck ya habían sido anticipadas parcialmente, a continuación Freud comentaba su interés en los canales ocultos de la memoria y desdeñaba la preocupación de su discípulo por las prioridades:

> Si bien me gustaría muchísimo recibir su colaboración con los brazos abiertos, hay algo que me molesta: que no haya conseguido usted superar apenas esa vulgar ambición que anhela originalidad y prioridad. Si se siente usted seguro de la independencia de sus descubrimientos, ¿por qué había de desear usted afirmar su originalidad? Y, además, ¿puede usted estar seguro de ello? Al fin y al cabo, ha de ser usted de diez a quince o posiblemente

veinte años más joven que yo (1856). ¿Acaso no es posible que asimilara usted las ideas principales del psicoanálisis de forma criptomnemónica? ¿Semejante a la forma como he podido explicar mi propia originalidad? En cualquier caso, ¿con qué fin disputar la prioridad a una generación anterior?

Lamento de forma especial ese detalle de su comunicación porque la experiencia ha demostrado que un hombre con ambición desmedida tiene por fuerza que descarriarse algún día y convertirse en un cascarrabias, en detrimento de la ciencia y de su propio desarrollo.

Me gustan mucho las muestras de sus observaciones que ofrece usted y espero que, incluso después de un severo examen crítico, muchas de ellas seguirán siendo válidas. A pesar de que ese dominio no es nuevo para nosotros, ejemplos como el del ciego que presenta usted no se habían ofrecido nunca hasta ahora.

La preocupación de Freud de que el entusiasmo de Groddeck no fuera a conducirlo a una forma de misticismo estaba justificada; recuerda su preocupación por Jung y los peligros del "monismo" y la "filosofía". Indudablemente, era cierto que Groddeck tenía inclinación a ver el inconsciente por todas partes; al fin y al cabo, un choque entre dos trenes no tiene por qué entrañar una motivación oculta.

Y ahora mi segunda objeción: ¿por qué se precipita usted desde su excelente posición ventajosa en el misticismo, anula la diferencia entre los fenómenos psicológicos y los físicos y se entrega a teorías filosóficas que no son necesarias? Al fin y al cabo, sus experiencias no superan la comprensión de que los factores psicológicos desempeñan un papel inesperadamente importante también en el origen de las enfermedades orgánicas. Pero, ¿son esos factores psicológicos la *única* causa de las enfermedades? ¿y acaso ponen en tela de juicio la diferencia entre lo psíquico y lo físico? Tan arbitrario exactamente me parece dotar a la naturaleza en conjunto con una psique como negar rotundamente que la tenga. Concedamos a la naturaleza su infinita variedad, que va desde lo inanimado hasta lo orgánicamente animado, desde lo vivo de modo puramente físico hasta lo espiritual. No hay duda de que el INC es el auténtico mediador entre lo físico y lo mental, quizás sea el "eslabón perdido", buscado desde hace tanto tiempo. Pero ¿acaso es una razón el simple hecho de haber reconocido eso por fin para negarse a ver cualquier otra cosa?

Temo que sea usted también un filósofo y tenga la tendencia monista a menospreciar todas las hermosas diferencias de la naturaleza en favor de la tentadora unidad. Pero, ¿acaso ayuda eso a eliminar las diferencias?

¡No necesito decir que me encantaría recibir una respuesta de usted! Estoy deseoso de saber cómo recibirá usted esta carta, que puede parecer mucho menos amistosa de lo que es mi intención[89].

A pesar de las reservas de Freud sobre la tendencia de Groddeck a ver los problemas orgánicos exclusivamente como expresiones de conflictos psicológicos, Groddeck exigió a Freud estímulo, aprobación y apoyo en grado excesivo; cuanto más se acercaba Freud a sus discípulos, más se convertían en una carga para él, una prueba para su paciencia.

Paul Schilder (1886-1940) fue un brillante teórico y especialista psiquiátrico que, por su cargo en el departamento psiquiátrico de la Universidad de Viena, desempeñó un papel importante en la psiquiatría europea.

89 *Letters*, pp. 316-18.

Desde la perspectiva del futuro, "Schilder hizo más por la propagación de los descubrimientos analíticos entre los psiquiatras europeos que ningún otro partidario del psicoanálisis, exceptuando a Freud"[90]. Formalmente, Schilder fue miembro de la Sociedad de Viena, conoció a todos los miembros del grupo y había asimilado cuidadosamente las obras de Freud. Pero se había negado a convertirse en un creyente, consideraba la Sociedad asfixiante y no se sometió pasivamente a Freud.

A diferencia de Jung, Schilder nunca abandonó el mundo académico de la psiquiatría; estaba completamente dedicado a su trabajo y necesitaba el material clínico de hospital para su investigación. Una vez que llegó a ser profesor titular de la Universidad en 1925, fue totalmente independiente. Emocionalmente, conservó su objetividad con respecto a Freud y fue siempre un espíritu crítico dentro del psicoanálisis. Freud había deseado profundamente la lealtad entusiasta y su independencia le molestaba.

Estos datos esenciales ayudan a comprender una acusación formal contra Schilder, hecha por Federn en la Sociedad de Viena en 1922, de que en un libro sobre el hipnotismo Schilder había plagiado a Ferenczi y a Freud. Los miembros de la Sociedad solían estar divididos en dos grupos: los psicoanalistas en ejercicio y los que no lo eran, que efectivamente eran miembros honorarios. La posición de Schilder era independiente; no era un miembro del círculo interno y al mismo tiempo no se lo podía considerar un *dilettante* en absoluto.

Lanzar una acusación de plagio contra un hombre que no había abrazado la doctrina de Freud a propósito de una cuestión con respecto a la cual Freud era muy susceptible equivalía a un gesto de lealtad al maestro. El incidente es una buena ilustración de la forma como puede una ortodoxia influir en los hombres. En cuanto se presentaba una oportunidad, los discípulos de Freud mostraban su devoción al maestro atacando a quienes no habían "aceptado plenamente" sus ideas.

Federn podría no haber parecido el seguidor más idóneo para dirigir la inquisición. Era un terapeuta amable y compasivo, romántico y soñador en relación con la cuestión de ayudar a los demás, pero, al mismo tiempo, vivía en otro nivel, que era hostil y agresivo. A los analistas más jóvenes de Viena la cuestión del plagio les parecía una obsesión de Federn, probablemente antes incluso de que tuviera razones para sospechar que otros autores psicoanalíticos no estaban citando su obra lo suficiente. Por frecuente que fuera la insistencia en las prioridades en aquel círculo (Nunberg afirmó en cierta ocasión que Franz Alexander le había acusado de plagio[91]), resulta difícil no pensar en este caso que Federn sabía a quién iba a agradar con la acusación contra Schilder en la Sociedad.

Freud presidió la reunión en que se planteó la acusación contra

90 Heinz Hartmann, "The Psychiatric World of Paul Schilder", *Psychoanalytic Review*, Vol. 31 (1944), p. 296.

91 Nunberg, *Memoirs*, pp. 61-62.

Schilder. Un detalle *ad hominem* destacó en la discusión: Schilder no sólo no se había analizado, sino que además no creía que un análisis "didáctico" fuera necesario. Schilder tuvo el valor de salir en defensa propia, y dirigió aquella acusación contra Otto Rank, que tampoco se había analizado. El juicio contra Schilder fue mezquino; tenía tantas ideas propias, que apenas necesitaba tomar prestadas las de otros. Pero necesitaba defensores, ya que era relativamente independiente con respecto al psicoanálisis. (Posteriormente, en América, su falta de ortodoxia hizo que la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York lo obligara a abandonar la organización.)

Aunque existen relaciones opuestas sobre el trascurso de aquella reunión, en la que no se llegó a nada concreto, parece ser que Freud permaneció relativamente silencioso todo el tiempo. Un miembro pensó que Freud estaba contra Schilder. Tal como otro lo recordó, Freud se irritó al final porque no le habían preguntado su opinión sobre el caso. Si se comportaban así cuando todavía estaba vivo, ¿qué pasaría después de su muerte? Como debería haber advertido Freud, nadie se atrevía a preguntarle sus opiniones. Pues si se hubiera implicado a Freud tan directamente, la disputa se habría vuelto más tempestuosa de lo que ya era.

En años posteriores Freud siguió reconociendo el talento de Schilder. Fue una excepción a la regla de que era imposible abrirse paso entre los ultimátums de Freud, conservando la independencia propia y sin enemistarse irremediablemente con Freud. En la década de 1930 Freud habló elogiosamente a Joseph Wortis de Schilder; según ese relato, Freud dijo a Wortis que podía

> aprender mucho de Schilder... Schilder comparte la mayoría de nuestras concepciones. Sin embargo, con relación a algunos temas, tiene opiniones propias, a las que todo el mundo tiene derecho indudablemente, razón por la cual queda fuera del grupo psicoanalítico. Por ejemplo, no cree en la necesidad de un análisis didáctico, y mantiene a sus pacientes en tratamiento durante sólo tres o cuatro meses[92].

Además, Schilder adoptó una actitud hacia la teoría de los instintos de Freud, que hoy parece precursora:

> Schilder se opuso a la tesis básica de Freud de que los deseos tienden a establecer un estado de descanso. En cambio Schilder afirmó que los impulsos y deseos superan la mera satisfacción. No tienden simplemente a devolver al individuo a un estado de descanso; impelen hacia el mundo exterior. Los impulsos no tienen sólo tendencias regresivas. Un esfuerzo constructivo hacia el mundo está ya presente en la percepción y creación de objetos. Schilder reiteró de muchas formas esa actitud positiva y constructiva del individuo hacia el mundo[93].

Mientras que la carrera de Schilder ejemplificó el modo como podían vencerse las tensiones de aquel círculo, el suicidio de Herbert Silberer fue

92 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, pp. 131-32.
93 Isidore Ziferstein, "Paul Schilder", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 465.

consecuencia de la frustración y del fracaso. Silberer (1882-1923), cuyo padre era rico y muy conocido en Viena, entró en la Sociedad de Viena en 1910. Por algún tiempo fue ya que no el único no judío de la Sociedad, lo suficientemente prominente como para que como tal se lo recordara. A los analistas no les resultaba difícil, especialmente después de la pérdida de Jung, calificar de antisemita a cualquier gentil que fuera miembro del movimiento, o quizás eso fuera característico de aquella generación de judíos vieneses.

Desde el comienzo la obra de Silberer fue heterodoxa. Se decía que procedía de "otro punto de vista", aunque no está claro si eso significaba que disentía con respecto al saber convencional o que su punto de partida en la psicología académica le daba una perspectiva especial. Silberer escribió sobre los fenómenos hipnagógicos, las imágenes que vemos al despertar o al quedar dormidos. Freud pensaba que Silberer había "hecho contribuciones importantes a la interpretación de los sueños al observar directamente esa transformación de las ideas en imágenes visuales"[94]. Silberer publicó al principio artículos sobre ese "proceso primario" y simbólico, diferente del pensamiento consciente y verbal. Además, interpretó los sueños de forma diferente que Freud, es decir, éticamente (interpretaciones "anagógicas"), y más parecida a las formulaciones de Jung. Silberer sacó la conclusión de que "ciertas imágenes de los sueños son autorrepresentaciones simbólicas, y fue el primer psicoanalista que se ocupó del significado simbólico de la alquimia"[95].

Como hemos visto, a Freud le resultaba difícil apreciar los trabajos que no siguieran su propia línea de pensamiento; y prefería ser él quien iniciara los cambios. De modo, que había muchas razones para que Silberer no armonizara con el grupo psicoanalítico de Viena. Por un corto período de tiempo editó incluso una revista con Stekel. La única vez que Hitschmann vio a Freud profundamente irritado y hasta el punto de empalidecer fue cuando Silberer invitó a los otros miembros de la Sociedad de Viena a hacer contribuciones al *Zentralblatt* de Stekel[96].

Pero Freud admiraba la obra de Silberer. Aunque consideraba las ideas de Silberer sobre la comprensión de los sueños demasiado "especulativas" y "filosóficas", siempre tomó en serio cualquier contribución a la interpretación de los sueños; la demostración por parte de Silberer del papel desempeñado por la "observación" en los sueños era, en opinión de Freud, "una de las pocas aportaciones indiscutiblemente valiosas a la teoría de los sueños"[97]. Freud citó reiteradamente las contribuciones de Silberer con respeto, aunque también señalara sus errores. Después, a principios de la década de 1920, Freud expulsó expresamente a Silberer del psicoanálisis.

94 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 102.
95 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 728.
96 Memorándum de Edward Hitschmann (archivos de Jones).
97 "On Narcisism". p. 97.

No es posible reconstruir la sucesión de acontecimientos que culminó en el suicidio de Silberer. No obstante, estaba deprimido por sus relaciones con Freud. Según un buen amigo, Silberer se sentía ofendido y rechazado por la actitud de Freud hacia él[98]. Nadie sabía exactamente por qué no gustaba Silberer a Freud; era leal a Freud y había realizado una labor importante, pero Freud dejó de mostrarse amistoso o receptivo para con él. Todo sucedió a las claras, aunque al parecer a Silberer le costaba trabajo admitir la opinión de Freud sobre él. Su suicidio no fue una sorpresa, aunque quizás Silberer había estado todo aquel tiempo esperando demasiado de Freud.

La expulsión de Silberer por parte de Freud fue brusca y oficial[99]. En una corta carta podemos ver en miniatura una versión exagerada de los métodos anteriores usados por Freud para librarse de los estudiantes incómodos. La carta de Freud a Silberer lleva la fecha de 17 de abril de 1922:

Muy señor mío:
Le ruego no me haga la visita proyectada. A consecuencia de las observaciones e impresiones de los últimos años, no deseo más contactos personales con usted.

Atentamente,
Freud

Silberer se suicidó de modo horrible nueve meses después; se colgó de las rejas de una ventana y dejó una linterna enfocando su cara al tiempo que se estrangulaba para que su esposa pudiera verlo, cuando llegara a casa.

La necrología oficial resumió la carrera de Silberer en el psicoanálisis:

El 12 de enero,... [1923], a la edad de cuarenta años, Herbert Silberer puso fin a su vida. Silberer fue durante muchos años un miembro del grupo de Viena, pero en los últimos años sólo raras veces había asistido a sus reuniones. Sus escritos científicos, en particular los referentes al tema de la psicología de los sueños, han recibido el reconocimiento de diferentes autores psicoanalíticos. No obstante, han puesto objeciones críticas a más de una generalización injustificable por su parte.

Freud ya se había referido a "una generalización injustificable" de Silberer, "basada en unos cuantos ejemplos válidos,... y contenida en la afirmación de que todos los sueños permiten dos interpretaciones: una que coincide con nuestra descripción, o 'psicoanalítica' y otra, 'anagógica', que pasa por alto los impulsos instintivos y se propone representar las funciones superiores de la mente"[100]. Freud sostuvo que el hecho de

98 Entrevistas con Robert Jokl, 28 y 30 de diciembre de 1965.

99 Indudablemente, existen otras controversias desconocidas en la vida de Freud. Wittels contó, por ejemplo, que Freud cortó sus reclaciones con Max Kahane. Wittels, *Freud*, p. 216.

100 "Introductory Lectures", Vol. 15, 9 p. 237.

interpretar los sueños anagógicamente equivaldría a "desviar el interés de sus raíces instintivas"[101].

En una conferencia de 1922 que "por alguna razón"[102] Freud no leyó ante la Sociedad de Viena, a pesar de que había tenido intención de hacerlo (no obstante, se publicó el mismo año), criticaba la preocupación "superficial" de Silberer por la ética, en lugar de por "la región de la vida reprimida de los instintos". "Silberer, que fue uno de los primeros en avisarnos para que no perdiéramos de vista la faz más noble del alma humana, ha expuesto la concepción de que casi todos los sueños permiten... una interpretación doble: una más pura, la anagógica, además de la innoble, la psicoanalítica". Según Freud, el problema estribaba en que

el contraste entre los dos temas que dominan la misma serie de ideas no es siempre el existente entre el elevado, o anagógico, y el inferior, o psicoanalítico, sino el existente entre ideas ofensivas y respetables e ideas indiferentes... En nuestro ejemplo presente no es casualidad, desde luego, que las interpretaciones anagógica y psicoanalítica se opongan mutua y profundamente; ambas se refieren al mismo material, y la tendencia más reciente es precisamente la que corresponde a las formaciones reactivas, erigidas contra los impulsos instintivos repudiados[103].

Pocos años después, los psicoanalistas, incluido el propio Freud, no iban a hablar tan superficialmente de que la ética "más reciente" fuera una "formación reactiva" contra la vida instintiva. El concepto del superyo iba a concebirse específicamente para tener en cuenta esos criterios de la conciencia dentro del sistema de Freud. Pero en la época de Silberer, como decía su necrología a continuación, "evidentemente su interés quedaba fuera del dominio del psicoanálisis propiamente dicho". La necrología hacía también un cumplido algo dudoso a Silberer, al decir que "consiguió gran éxito en su obra sobre la comprensión psicológica de los llamados fenómenos ocultos... en el libro que fue verdaderamente su obra principal..."[104]. El hecho de señalar su interés básico en el ocultismo equivalía a colocar a Silberer en la periferia del grupo de Viena y del movimiento en conjunto. (Aunque aquella noticia necrológica no iba firmada, parece una expresión de la actitud de Freud hacia la obra de Silberer; si Freud no la escribió personalmente, probablemente se la inspirara en lo esencial a Otto Rank.)

También Wilhelm Stekel publicó una necrología de Silberer: "Cuando me separé de Freud, fue el único de todos los freudianos que siguió fiel a mí. (Iba a pagar cara esa amistad)"[105]. Básicamente, Stekel consideraba

101 "The Interpretation of Dreams", Vol. 5, p. 524.

102 "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 18, p. 196.

103 "Dreams and Telepathy", p. 216.

104 "Obituary of Herbert Silberer", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 4 (1923), p. 309. Jung aceptó la obra de Silberer sobre la alquimia, y comentó: "Desgraciadamente, el psicologismo racionalista lo destrozó". Jung, *Letters*, Vol. I, p. 206.

105 Wilhelm Stekel, "In Memorian Herbert Silberer", *Fortschritte der Sexualwissenschaft*

que Freud, que había expresado quejas sobre Silberer en cartas de hacía más de diez años[106], había acabado con Silberer desde el momento en que éste colaboró con Stekel en su revista. Sin embargo, antes de su muerte, había recibido ataques en un artículo contra el psicoanálisis; también había abandonado la redacción de una revista por la publicación de un ataque contra Freud. A pesar de ello, Silberer se había visto atacado ferozmente al presentar un artículo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena[107], y dicen que Freud explicó el comportamiento de sus seguidores basándose en que "se trata de un jesuita"[108]. (Otto Rank "contó que el Profesor había dicho que aceptaría la obligación 'de acabar con Silberer'"[109].) Stekel vio la muerte de Silberer en el contexto más amplio del fracaso de sus ambiciones, y específicamente en función de su reciente aflicción al no conseguir que le concedieran un doctorado honorario.

Cualquier persona interesada en el psicoanálisis en aquellos primeros tiempos tenía indudablemente suficientes dificultades personales como para ayudarle a superar las formas triviales de desechar la psicología profunda. (Incluso hoy, por lo menos en América, el índice de suicidios entre los médicos parece ser alto, y el correspondiente a los psiquiatras puede ser superior al de cualquier otro grupo profesional.) Silberer pudo haber sobreestimado el valor que Freud atribuía a su relación con él. A Freud podía agradarle que un discípulo se interesara en el psicoanálisis, pero no siempre se alegraba de que esos sentimientos lo incluyeran a él personalmente; no se sentía obligado a corresponder a dichos sentimientos. Podría ser incluso que Freud sintiera que el resultado de todo aquello iba a ser el suicidio, y por esa razón se contuvo.

5. Ernest Jones: el precursor.

De los cinco primeros discípulos que recibieron anillos —los que componían el comité secreto original—, Ernest Jones (1879-1958) fue el único que perdió el suyo; se lo robaron de una caja donde lo guardaba en la maleta del coche. Aunque sólo podemos hacer especulaciones sobre lo que habría pensado Freud de aquella pérdida, dado que se produjo después

und Psychoanalyse, Vol. I (1924), p. 411. Estoy en deuda con el Prof. William M. Johnson por haberme prestado un ejemplar de esa necrología.

106 Binswanger, *Sigmund Freud*, p. 40.

107 Ernest Jones, "Book Review of Wittels's *Freud*", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 5 (1924), p. 482. Jones afirmó en cierta ocasión que Silberer "había roto sus relaciones con el grupo de Viena años antes de su muerte" y que había adoptado una actitud "de oposición abierta"

108 Stekel, "In Memorian Herbert Silberer", p. 415.

109 Martin Grotjahn, "Notes on Reading the 'Rundbriefe' ", *Journal of the Otto Rank Association*, Vol. 8, N.º 2 (Invierno 1973-74), p. 50.

de su muerte, podemos decir sin temor a equivocarnos que no le habría gustado lo que habría considerado un desliz sintomático por parte de Jones. Una maleta de coche no era el lugar más adecuado para depositar lo que para Jones, como para los demás, era un objeto sagrado. Freud esperaba mucho del inconsciente de un caballero; un acto que se prestaba a una interpretación racional en un paciente podría ser imperdonable en un partidario suyo.

Jones se incorporó al movimiento psicoanalítico, que calificó en su autobiografía de "la cosa más importante con mucho de mi vida"[110], después de que su carrera de neurólogo hubiera conocido un grave desdoro. La neurología era entonces una de las glorias de la medicina inglesa, y Jones consiguió una buena preparación en su especialidad. No obstante, no logró obtener un puesto académico al que creía tener derecho; a causa de aquella decepción, se trasladó a Toronto, Canadá, para ocupar un cargo. Al escribir una necrología de su buen amigo Karl Abraham, Jones particularizó el "deseo bastante extraño" de Abraham de conseguir un puesto en la Universidad de Berlín:

> Con una sola excepción, cuya naturaleza confirmaba la regla, era imposible detectar en él señal alguna de la más mínima ambición; la excepción fue el deseo bastante extraño de llegar a ser profesor en la Universidad de Berlín, y evidentemente iba unido al prestigio del psicoanálisis[111].

Posteriormente, a Edward Glover le pareció que aquél era "un comentario bastante obtuso por proceder de alguien que en su época sufrió el trauma de no conseguir el reconocimiento académico en la vida académica inglesa"[112]. Aunque Jones anhelaba el prestigio en la profesión de médico, los honores no le llegaron hasta una época avanzada de su vida.

Jones era un hombre bajo y fogoso, con modales abruptos y militares, y, en su peor faceta, podía ser rencoroso, envidioso y displicente. Un psiquiatra dijo que su cara era pálida, pero acre, como una salsa para sazonar ensaladas; sus ojos eran penetrantes y su tono de voz imperioso. Al mismo tiempo, la opinión de Jones sobre sí mismo recalcaba su "tacto"[113]; "Freud iba a decir riendo que mi habilidad diplomática podría hacer que tuvieran que cederme a la Sociedad de Naciones"[114]. Se calificó a sí mismo de persona "que fácilmente entraba en relación con otras personas"[115], lo que pudo perfectamente haber sido cierto, pero no hacía amigos fácilmente y fue muy odiado.

110 Jones, *Free Associations*, p. 201.

111 Ernest Jones, "Introductory Memoir", en Karl Abraham, *Selected Papers on Psychoanalysis*, (Londres: Hogarth; 1926), p. 38.

112 Edward Glover, "Karl Abraham", (manuscrito), p. 25.

113 Jones, *Free Associations*, p. 195.

114 *Ibid.*, p. 176.

115 *Ibid.*, p. 172.

Jones podía carecer de tacto en las reuniones profesionales, hasta el punto de hacer pedazos a veces un artículo ajeno. En el caso de un paciente que acudió a su consulta, Jones concluyó la entrevista (después de enviarlo a otro analista) con la observación de que era como "un tizón arrancado del fuego", a pesar de que el ofendido no tenía la sensación de que fuera a esfumarse. Cuando el *Psychoanalitic Quarterly*, revista que competía con el *International Journal of Psychoanalysis*, que él dirigía, empezó a publicarse en América, Jones pensó que los iniciadores de aquella empresa arriesgada eran un grupito de advenedizos inquietos y ambiciosos[116]. En un congreso internacional, Jones consiguió que se adoptara una resolución que exigía a los miembros de las sociedades psicoanalíticas de Estados Unidos que se subscribieran al *International Journal of Psychoanalysis*; esencialmente ésta era una revista británica, a pesar de que la mayoría de sus subscriptores eran americanos, pero Jones había mantenido el calificativo de "internacional". Posteriormente Glover comentó que la "habilidad con que [Jones] mantuvo el carácter internacional del *Journal* y garantizó su estabilidad financiera al hacer que su adquisición fuera obligatoria para los miembros de habla inglesa de la Asociación Psicoanalítica tenía que verse para creerse"[117].

Jones vio coronada por el éxito su persecución del poder. En la década de 1930 quiso convertir la Sociedad Británica en la sociedad psicoanalítica rectora del Imperio, a la que estarían subordinadas las demás sociedades (como la Sudafricana)[118]. Para concluir el catálogo de los rasgos menos atractivos de Jones, digamos que también sentía un respeto excesivo por la fama y la riqueza: tanto su autobiografía como su biografía de Freud adolecen de su tendencia a impresionar citando a personas famosas.

Jones, que era más limitado e intolerante como persona que Hanns Sachs, mentalmente era más abierto y comprensivo. Su gran capacidad intelectual obstaculizaba sus contactos humanos; pues, además de obstinado y egocéntrico, era extraordinariamente inteligente y erudito. Tan admirable era con la pluma como difícil en persona. No había quien lo venciera en una polémica; Jones era "un polemista genial que advertía al instante el punto débil de un argumento y se expresaba con la mayor mordacidad"[119]. Jones dominaba su especialidad, y como Freud, era un científico. En cierta ocasión, dijo de sí mismo, muy acertadamente, que tenía

116 Carta de Ernest Jones a A. A. Brill, 15 de julio de 1932 (archivos de Jones).

117 Edward Glover, "In Praise of Ourselves", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 50, Parte 4 (1969), p. 499.

118 Cartas de Ernest Jones a Johann van Ophuijsen del 26 y 28 de marzo de 1933 (archivos de Jones). Jones no quería que Heinz Hartmann editara un volumen conmemorativo del centenario del nacimiento de Freud; habría quitado relieve a la propia obra de Jones sobre Freud. Cf. la carta de Ernest Jones a Heinz Hartmann del 15 de febrero de 1955 (archivos de Jones).

119 Edward Glover, "Ernest Jones", *The British Journal of Medical Psychology*, Vol. 31 (1958), p. 72.

"una curiosa intolerancia con respecto a la ilusión" y necesitaba "la sensación de seguridad que proporciona la búsqueda de la verdad"[120]. Por ejemplo, a pesar de lo mucho que le apenó la lectura del manuscrito de Freud y Bullit sobre Woodrow Wilson, Jones nunca puso en tela de juicio la autencidad del texto y dijo a Strachey que quizás ese libro debería figurar en la *Standard Edition* de las obras de Freud, dado que los estudios sobre *La histeria*, que Freud había escrito con Breuer, habían aparecido ya en ella[121].

Jones era también valiente. Tan pronto como los nazis entraron en Viena, tomó un avión y se presentó allí para ayudar a rescatar a Freud y a la comunidad analítica. Y acabó el volumen final de su biografía de Freud a pesar de muchas enfermedades graves. Durante algunos años había padecido artritis reumatoidea, y, sin embargo, podía ver a diez u once pacientes al día. Jones, además de buen administrador, era enormemente diligente y realizó una gran labor. Su firmeza había causado algunas de sus dificultades con los colegas; como hombre meticuloso y capaz que era, la marcha de los asuntos vieneses le parecía asombrosamente lenta. Antes de hacerse psicoanalista Jones se había sentido "atraído por las doctrinas socialistas; la causa fue más la disciplina y eficacia que parecían prometer que el deseo de remediar la injusticia social"[122].

La vida privada de Jones parece haber sido relativamente feliz, a pesar de que su primera esposa murió prematuramente. Posteriormente, Hanns Sachs le presentó a una mujer vienesa, Katherine Jokl (que, a diferencia de Jones, era judía). Al cabo de tres días se comprometieron y al cabo de tres semanas se casaron. Un hijo suyo, novelista muy conocido, escribe también para periódicos y revistas, y otro se hizo músico; a su muerte, Jones tenía cuatro nietos. Su segunda esposa se consagró a él completamente, y en la época en que Jones estaba escribiendo la biografía de Freud aquélla hacía de secretaria suya. Cuando Freud llegó a Inglaterra en 1938, regaló a Katherine una piedra para que la engastara en un anillo como muestra de agradecimiento por su traducción de *Moisés y la religión monoteísta* al inglés; Freud le pidió que le enviara la factura, pues un regalo no debe costar nada. Freud tenía mucha prisa, pues sabía que iba a ser su último libro.

Jones era galés: casi todos los primeros analistas británicos fueron gentiles y casi ninguno fue inglés; James y Edward Glover eran escoceses, y en su autobiografía Jones escribió que en Inglaterra "sólo dos analistas han sido judíos (aparte de los refugiados extranjeros)"[123]. Probablemente los analistas suizos constituyan el otro único grupo psicoanalítico occidental notable por su ausencia de judíos. La propia actitud de

120 Jones, *Free Associations*, p. 63.

121 Carta de Ernest Jones a William C. Bullit, 7 de junio de 1956 (archivos de Jones).

122 Jones, *Free Associations*, p. 62.

123 *Ibid.*, p. 209.

Jones hacia el hecho de que Freud fuera judío estuvo limitada por lo que su generación de Inglaterra consideraba su actitud poco convencional hacia la religión; las religiones eran el producto de la superstición humana y el hecho de que Freud fuera judío (para James Strachey más quizás que para Jones) era una excentricidad interesante más que un factor vivo (y condicionante) en la vida de Freud. En el movimiento de Freud, Jones resaltó como uno de los pocos gentiles notables.

En Inglaterra, en contraste con la situación en América, el psicoanálisis se desarrolló independientemente de la psiquiatría médica. Jones dirigió la Sociedad Británica con firmeza. Antes de la Primera Guerra Mundial existió en Londres un grupo psicoanalítico dirigido por él, pero la guerra contribuyó a su dispersión. "De los quince miembros originales sólo cuatro llegaron a practicar el psicoanálisis; los demás se contentaron con un interés más o menos académico en él"[124]. Jones insistió de forma exagerada en la exclusividad psicoanalítica, y le agradó ver disolverse el ecléctico grupo de antes de la guerra. El grupo británico se reorganizó después de la guerra como una sección de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que siguió controlando Jones. (En una carta Jones se refirió al error que habían cometido al principio, al trabajar con miembros inseguros; y aconsejó a los japoneses que mantuvieran su sociedad dentro de límites lo más reducidos que pudieran.)[125]

A principios de la década de 1920 casi ninguno de los miembros de la Sociedad Británica era médico y la mayoría de ellos eran más que nada aficionados. Jones invitó a Melanie Klein a trasladarse allí desde Berlín en parte para aumentar la importancia de su sociedad y para ayudar a sus miembros a vencer sus sentimientos de inferioridad; también deseaba que tratara a sus hijos. No obstante, mantenía relaciones estrechas con los círculos intelectuales de Cambridge; y el famoso grupo de Bloomsbury se enorgullecía de estar libre de prejuicios. James Strachey (hermano de Lytton), Alix Strachey (pariente de Bernhard Berenson), Lionel Penrose, John Rickman, Karen Stephen (hermana de Clive Bell y nieta de Bertrand Russell), Adrian Stephen (hijo de Sir Leslie Stephen y hermano de Virgina Woolf), además de analistas, fueron miembros de la *intelligentsia* inglesa.

Después de la Primera Guerra Mundial los Strachey fueron a Viena para analizarse con Freud, quien descubrió su talento literario para la traducción. James y Alix Strachey eran antiguos amigos de Virginia y Leonard Woolf, y, como a los analistas londinenses les costaba mucho trabajo publicar sus escritos, James Strachey hizo propuestas a Leonard Woolf, que por aquella época estaba fundando la editorial Hogarth Press, y quedaron de acuerdo sin dificultad. (Sir Allen Unwin había deseado que la Sociedad Psicoanalítica Británica subscribiera la publicación de las obras de Freud con una subvención.) Los analistas británicos no valían para los

124 *Ibid.*, p. 229.

125 Carta de Ernest Jones a Max Eitingon, 26 de septiembre de 1929 (archivos de Jones).

negocios, y por megalomanía habían impreso 10.000 ejemplares de uno de los libros de Freud, del que sólo se vendieron 500 durante los doce primeros meses.

El propio Freud no valía mucho para los negocios. Había vendido totalmente al Instituto Psicoanalítico de Londres, por cincuenta libras cada uno, los derechos de los primeros volúmenes de sus *Collected Papers*. Una vez que Leonard Woolf recuperó aquel adelanto, escribió a Freud y le ofreció un contrato de publicación más equitativo con un convenio normal del 10 por ciento de derechos de autor. Aunque Leonard Woolf desempeñó un papel prominente en la propagación de las ideas de Freud en el mundo de habla inglesa, es de destacar que, a pesar de los repetidos colapsos mentales (y del suicidio final) de su esposa, no sólo no la llevó nunca a un terapeuta de orientación psicodinámica (su hermano Adrian era analista), sino que, además, años después, al reflexionar sobre la enfermedad de ella, parece ser que adoptó una visión notablemente racionalista y nada psicoanalítica de sus dificultades[126].

Después de la disolución de la Sociedad de Viena en 1938 y de la emigración de muchos de sus miembros a Inglaterra, la Sociedad Británica se convirtió en un grupo más profesional, pero al mismo tiempo más aislado de contactos intelectuales exteriores. Jones conservó su soberanía a lo largo de los años. Como en Viena, los miércoles por la tarde se celebraban reuniones oficiales. Jones, igual que Freud, acabó por excluir a sus rivales masculinos potenciales. En la época de la toma del poder por los nazis, impidió a Theodor Reik (que había estado ejerciendo en Holanda) trasladarse a Inglaterra, porque se decía que carecía de escrúpulos en su práctica, y porque era un analista profano, no un refugiado alemán propiamente dicho, y Jones pura y simplemente no lo quería allí[127]. (Su actitud hacia Reik fue tanto más sorprendente cuanto que Jones ayudó a otros analistas refugiados a llegar a Estados Unidos y a Gran Bretaña.) Desde el comienzo de su Sociedad, Jones había alimentado sus envidias, pues se resistió a admitir la participación activa en ella de personas intelectualmente eminentes. Por ejemplo, David Forsyth tenía amplias conexiones con la medicina académica, fue el primer inglés que recurrió a Freud después de la Primera Guerra Mundial y opinaba que cualquier función que desempeñara en el psicoanálisis de Inglaterra debía ser de la mayor importancia. Jones era contrario a esa aspiración. Forsyth procedía de sociedades médicas en las que era frecuente aspirar a ocupar la presidencia; pero Jones no soltó la presidencia de la Sociedad Británica hasta su semirretiro en 1944.

Jones sentía envidia también de David Eder; sus métodos dictatoriales causaron dificultades con Bernard Hart, y se negó a admitir como miem-

126 Leonard Woolf, *Beginning Again* (Londres: Hogarth; 1964), pp. 75-82. *Recollections of Virginia Woolf*, ed. Joan Russell Noble (Londres: Peter Owen; 1972), pp. 117-17.

127 Carta de Ernest Jones a A. A. Brill, 2 de diciembre de 1933 (archivos de Jones).

bro a un psiquiatra tan prometedor como Emmanuel Miller. Igual que Freud, Jones pensaba que no se podía ser analista, a no ser que se practicara con dedicación exclusiva; por eso, pensó que Lionel Penrose tenía muchos otros intereses (y Penrose lo reconoció). También como Freud, al final Jones reunió en torno a sí a un grupo de mujeres psicoanalistas de especial talento. Si Jones aceptaba a un médico como miembro, prefería a una mujer. También alentó a profanos: la Sra. Joan Rivière, por ejemplo, fue una brillante graduada de Cambridge, analizada primero por Freud y después por Melanie Klein. Era una mujer hermosa e inteligente, disfrutaba de su poder detrás del trono y en cierta ocasión intentó llegar a un trato con el lugarteniente de Jones, Edward Glover (que era médico, pero, según Jones, era un simple escocés) para gobernar sin Jones; pero Glover se negó a secundarla[128].

Jones, que calificaba la Sociedad Británica de "mi prometedora Sociedad"[129], consideraba su posición como director de la comunidad analítica británica de tan vital importancia, que al comienzo de la Primera Guerra Mundial, a pesar de que el deber patriótico lo acuciaba a alistarse, al principio se resistió porque se sentía "como un centinela en su puesto"[130]. Freud había apoyado la opinión de Jones sobre su propia importancia en el psicoanálisis, cuando, en 1913, le felicitó por haber polemizado en público con Janet: "Me resulta difícil expresar la satisfacción que he sentido ante su informe del Congreso y por el hecho de que haya derrotado usted a Janet delante de sus compatriotas. Los intereses del psicoanálisis y de la persona de usted en Inglaterra son idénticos, y ahora confío en que aproveche usted esta oportunidad"[131].

Con ocasión del quincuagésimo cumpleaños de Jones en 1929, Freud lo elogió públicamente. Según aquel homenaje, Jones

> trabajó incansablemente por el psicoanálisis, dando a conocer sus descubrimientos mediante conferencias, defendiéndolo contra los ataques y malentendidos de sus adversarios mediante críticas brillantes, severas pero justas, manteniendo su difícil posición en Inglaterra frente a las exigencias de la "profesión" con tacto y moderación, y, junto a todas esas actividades dirigidas al exterior, colaborando lealmente con el desarrollo del psicoanálisis en el Continente y realizando la labor científica que atestiguan sus *Papers on Psychoanalysis* ["Escritos psicoanalíticos"] y *Essays on Applied Psychoanalysis* ["Ensayos de psicoanálisis aplicado"].

En opinión de Freud, Jones "no sólo es indiscutiblemente la figura principal entre los analistas de habla inglesa, sino que, además,... está reconocido como uno de los representantes más destacados del psicoanálisis en general..." Freud no podía "imaginar a Ernest Jones, ni siquiera después de su quincuagésimo cumpleaños, de otro modo que antes:

128 Entrevista con Edward Glover, 25 de agosto de 1965.
129 Jones, *Free Associations*, p. 240.
130 *Ibid.*, p. 244.
131 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 100.

entusiasta y enérgico, combativo y entregado a la causa"[132]. Como en el caso del marxismo y del calvinismo, un sistema de ideas aparentemente determinista marchaba a la par con gran activismo individual. En privado, Freud escribió a Jones con motivo del mismo cumpleaños:

> Siempre le he considerado a usted como un miembro de mi círculo familiar e íntimo y voy a seguir haciéndolo, lo que indica (por encima de cualquier clase de desavenencias que raras veces están ausentes en una familia y tampoco han faltado entre nosotros) la existencia de una fuente de afecto a la que siempre se puede recurrir de nuevo[133].

Jones tuvo un ataque al corazón en 1944 y se trasladó al campo donde vivió en situación de semirretiro; en 1940 se había trasladado por primera vez al campo ante la amenaza de invasión. Se ablandó, y en algunos casos se mostraba favorable hacia la obra de los jóvenes. Sin embargo, siguió cobrando honorarios por sus análisis didácticos (lo que no era una práctica habitual), razón por la cual sus escasos discípulos solían ser ricos. De acuerdo con ciertos criterios, podía ser comprensivo y tolerante; no sólo apoyó y protegió a Melanie Klein, considerada una cismática en Viena, sino que, además, escribió una introducción a la obra de Ronald Fairbairn, el único analista que había por aquel entonces en Escocia. No obstante, no tuvo relaciones amistosas con la independiente Clínica Tavistock de Londres, ya que ésta defendía el eclecticismo y él se oponía con igual firmeza a la "suavización" de las concepciones de Freud y a los neurólogos y psiquiatras antianalíticos y tradicionalistas. (Incluso en la década de 1930 el psicoanálisis en Gran Bretaña era limitado y segregacionista. Jones estableció la regla de que ningún analista capacitado podía pronunciar conferencias sobre el psicoanálisis ante auditorio alguno sin su aprobación expresa; Karen Stephen no respetó ese procedimiento a la hora de pronunciar unas conferencias en la Clínica Tavistock, y, según dicen, Jones le regañó a causa de ello.)

Jones fue un excelente publicista en favor del psicoanálisis, y sus exposiciones de las ideas de Freud no tienen igual por su claridad. El estilo elegante es una cualidad rara, y cualquiera que esté interesado en la vida y la obra de Freud ha de sentirse agradecido a la contribución de Jones. Consideraba que era con relación a Freud lo que Huxley había sido con respecto a Darwin[134]. Aparte de Freud, nadie describió mejor el modo como el psicoanálisis centra su atención en "las profundas disonancias que existen en el centro de la naturaleza humana". Los "secretos del alma humana tenían que aprehenderse y entenderse exclusivamente en conexión

132 "Dr. Ernest Jones" ["A Ernest Jones, en su cincuenta aniversario"], *Standard Edition*, Vol. 21, pp. 249-50.
133 *Letters*, p. 385.
134 Jones, *Free Associations*, p. 60.

con el sufrimiento: mediante la capacidad de uno mismo para sufrir y entrar, así, en contacto con el sufrimiento de los demás''[135].

Decir que sus escritos psicoanalíticos consistieron principalmente en una popularización de las ideas de Freud no es peyorativo para Jones. Freud expuso con claridad sus necesidades; en una carta a Jones del 1 de febrero de 1927, Freud escribió que deseaba ''hacer lo más conveniente para fines propagandísticos''. Freud respetaba a Jones como cabeza del psicoanálisis en Inglaterra, al enviarle pacientes y someter a su consideración (si bien a veces sin demasiado entusiasmo) las cuestiones relativas al embrollado sector de las traducciones y de los derechos de publicación. De forma característica, Freud era descuidado (desde el punto de vista del traductor, no del suyo) en la cuestión de las traducciones; por ejemplo, podía conceder los derechos de un nuevo libro a un americano y a un inglés, sin decírselo a ninguno de los dos, a pesar de que habría diferencias entre esas dos ediciones en la misma lengua. A consecuencia de ello, se produjo gran confusión sobre sus derechos de autor. (Confusiones semejantes hubo en Italia con los libros de Freud.)

Naturalmente, en sus escritos Jones se apoyó en sugerencias de Freud. Por ejemplo, Jones desarrolló lealmente una nota a pie de página de Freud en *La interpretación de los sueños* sobre el significado edípico de *Hamlet*, primero en un ensayo y después en un libro impresionante. Pero Jones pensaba que a veces Freud había echado a perder sus posibilidades de realizar una obra original por su indiscreción. Jones estaba trabajando en un libro sobre Napoleón, y habló de ello varias veces a Freud. Este

comunicó algunas de las ideas a Ludwig Jekels, que estaba entonces analizándose con él y que resultó ser un rival mío con respecto a cierta dama. Jekels se las apropió ávidamente y escribió un ensayo excelente sobre el tema. Perdí la idea básica; la guerra y otros intereses sobrevinieron, y nunca llegué a escribir mi libro [136].

Se parece mucho una repetición del episodio Fliess-Swoboda-Weiniger.

Por su idolatría hacía Freud, Jones hizo todo lo posible para impedir cualquier publicación sobre Freud que pudiera interpretarse de modo poco halagador para éste. A principios de la década de 1930 Isidor Sadger, uno de los seguidores vieneses de Freud de antes de la Primera Guerra Mundial, estaba preparando un libro sobre Freud; a Jones le exasperaron tanto algunas de sus interpretaciones, que recomendó a Federn que se internara a Sadger (que era judío) en un campo de concentración[137], si fuese necesario, para asegurarse de que el libro no se publicaría nunca.

135 *Ibid.*, p. 154.

136 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 191.

137 Carta de Ernest Jones a Paul Federn del 10 de octubre de 1933. Cf. también la carta de Ernest Jones a Max Eitingon del 19 de diciembre de 1932, y la carta de Anna Freud a Ernest Jones del 31 de diciembre de 1932 (archivos de Jones).

(Nunca se publicó). Posteriormente Jones incluyó una descripción maliciosa (pero quizás imparcial) de Sadger en su autobiografía[138]. Jones tenía también un sentido de la historia extraordinariamente presciente, y en todos sus primeros informes, recensiones de libros y necrologías tuvo presente constantemente una perspectiva histórica.

Jones estaba eminentemente capacitado para llegar a ser el biógrafo oficial de Freud. Anna Freud era una fuente principal de información, y, como había guardado celosamente y en todas las épocas los documentos de su padre, tenía a su disposición un material que podía superar en detalles a cualquier estudio rival; pero el hecho de que tuviera acceso a esos recursos significaba que Jones tenía que trabajar bajo las coacciones de escribir para la familia de su héroe. Los ingleses y los americanos del movimiento quedaron encantados con el resultado de los esfuerzos de Jones, mientras que los analistas europeos fueron más conscientes de las limitaciones de Jones.

Al mismo tiempo, Jones probablemente supiera más sobre la faceta irracional de Freud de lo que declaró en su libro. Por ejemplo, en un ensayo que Jones publicó titulado ''El complejo de Dios'', enumeraba ciertas tendencias características de éste que posteriormente atribuyó a Freud, si bien, al hablar de Freud no se habría atrevido a usar semejante expresión o a desarrollar ninguna de sus connotaciones: ''una tendencia al retraimiento. Ese tipo de persona no es lo mismo que los demás mortales, es algo aparte, y hay que conservar cierta distancia entre uno y otros''; esa clase de personas ''raras veces invitan a amigos a su casa, en la que reinan con grandeza solitaria''; ''semejante persona aspira a envolverse en una nube impenetrable de misterio y reserva. Confiere incluso a las muestras más triviales de información sobre sí misma, aquellas que para un hombre ordinario no tiene sentido guardar para sí mismo, un significado de la mayor importancia, y se desprende de ellas sólo bajo cierta presión''; por último, ''por regla general, son ateos, y es natural que lo sean, porque no pueden soportar la existencia de otro Dios''[139].

Aunque Jones no habló de algunos aspectos del carácter de Freud, aun así fue más independiente y más libre de pensamiento que los seguidores de Freud en Viena. Estos solían no tener ningún otro interés aparte del psicoanálisis. Jones fue un excelente jugador de ajedrez y practicó el patinaje artístico con destreza (incluso escribió un libro sobre esto último). El mismo dijo que su ''propia contribución al Comité consistió esencialmente en aportarles una visión más amplia del mundo exterior. El círculo

138 Jones, *Free Associations*, p. 169. En 1908 Freud había escrito a Jung que Sadger era un ''fanático congénito de la ortodoxia, que por simple casualidad cree en el psicoanálisis en lugar de en la ley dada por Dios en el Sinaí...'' *Freud/Jung Letters*, P. 130.

139 Ernest Jones, *Essays in Applied Psychoanalysis*, Vol. II (Nueva York: International Universities Press; 1964), pp. 244-60. Cf. Rudolf Plomeyer, ''Der Gottmensch-Komplex bei Freud und seine Darstellung bei Jones'', *Zeitschrift für Analytische Psychologie und ihre Grenzgebiete* (julio de 1973), pp. 247-70.

vienés tenía una visión limitada, que en algunos sentidos era incluso bastante provinciana''[140].

A la hora de acusar a Jung de antisemitismo, Jones citó la visión ''enormemente parcial'' que tenía Jung del grupo vienés que rodeaba a Freud:

> Jung me había dicho en Zurich que era una lástima que Freud no tuviera seguidores de la más mínima importancia en Viena y que estuviera rodeado allí por un ''grupo degenerado y bohemio'' que decía muy poco a su favor... Pronto descubrí que la descripción de Jung era enormemente parcial, por decirlo con palabras suaves... No me quedó más remedio que preguntarme si no se debería exclusivamente a simple antisemitismo...

Y, sin embargo, la propia descripción que Jones hizo de la Sociedad de Viena, cuando llegó a ella por primera vez (sólo unas páginas después de este ataque a Jung) no es mucho más lisonjera que la que atribuyó a Jung:

> No me impresionó demasiado aquella asamblea. Parecía un acompañamiento indigno para el genio de Freud, pero en la Viena de aquella época, tan llena de prejuicios contra él, era difícil conseguir un discípulo que tuviera reputación y se arriesgara a perderla; así, que tuvo que aceptar lo que pudo obtener [141].

Como analista, Jones era duro con los pacientes, casi ceremonioso (quizás por miedo); el hombre que describió la concepción psicoanalítica como derivada del sufrimiento mental no se preocupaba lo más mínimo de si sus pacientes sufrían. Como analista, Jones tenía una técnica bastante regular; al describir su carrera anterior como neurólogo, Jones explicó que él

> no sufría la obsesión terapeútica —la creencia en que el tratamiento es el comienzo y el fin de la medicina— que produce tantos doctores mediocres y constituye un obstáculo para el progreso del conocimiento médico. Al contrario, yo sostenía —y sigo sosteniendo— que las cuestiones de la prevención y la cura se resolverán por sí solas, con tal de que entendamos lo suficiente la naturaleza de la enfermedad y de las fuerzas que intervienen en ella [142].

Aunque Freud habría estado de acuerdo con Jones en eso, estaba menos seguro que él con respecto a la técnica terapéutica apropiada[143]. En relación con la disputa con Jung en Munich, Freud reconoció que ''las objeciones de nuestro portavoz —creo que la intervención principal fue la de Ernest Jones— fueron demasiado duras e inflexibles''[144].

140 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 162.

141 Jones, *Free Associations*, pp. 166-67, 169-70.

142 *Ibid.*, p. 98.

143 Freud expuso sus primeras impresiones sobre él en una carta a Jung: ''Indudablemente Jones es un hombre muy interesante y valioso, pero me da una sensación casi diría de extrañeza racial. Es un fanático y no come bastante. 'Que me rodeen hombres gordos', dice César, etc. Casi me recuerda al flaco y hambriento Casio. Niega cualquier clase de herencia; en su opinión, incluso yo soy reaccionario. ¿Cómo pudo llevarse bien con él usted, tan moderado?''. *Freud/Jung Letters*, p. 145.

144 ''Lines of Advance in Psychoanalytic Therapy'', p. 165. Puede ser que Freud

La concepción vienesa de la terapia psicoanalítica era menos intransigente que la de Jones; había que ayudar a un paciente sólo a vencer ciertos problemas, y dejarlo en libertad para seleccionar los demás por su cuenta. Y, según Freud, algunos síntomas era mejor dejarlos enteramente intactos. Un famoso cirujano del cerebro comentó en cierta ocasión con Jones

> un inquietante síntoma neurótico que padecía antes de cada una de sus grandes operaciones del cerebro. Deseaba que yo lo analizara en relación con dicho síntoma, pero nunca llegó a ser posible. Posteriormente hablé de aquello a Freud, y, para mi sorpresa, dijo que él no habría aconsejado el tratamiento en un caso así: podría resultar que las extraordinarias operaciones del cirujano estuvieran en conexión tan estrecha con el síntoma neurótico —en cierto sentido condicionadas por él—, que la alteración de éste podría alterar aquéllas. Mi propia opinión es que esa eventualidad sería exclusivamente pasajera [145].

Jones llegó hasta el extremo de describir al novelista James Joyce como un caso profundamente patológico[146]. Consideraba que ''el análisis de los sueños es el núcleo de nuestra labor terapéutica práctica...'' y estaba impresionado por ''el valor del psicoanálisis para la profilaxis, para prevenir que casos ligeros se agravaran''[147]. Es característico de las diferencias temperamentales entre Jones y Freud que, mientras que el primero temía el antinaturalismo de la religión, el segundo temía más aún los peligros del materialismo científico de la medicina[148].

Jones expuso por extenso la amplitud de cualesquiera diferencias doctrinales que hubiera entre él y Freud, en un intento de demostrar lo tolerante que éste podía ser. Es cierto que a veces la franqueza de Freud horrorizaba a Jones; en cierta ocasión, a las tantas de la noche le entró a Freud un talante lo suficientemente ''supersticioso'' como para hablar de la posible existencia del Todopoderoso. No obstante, en general a Jones le resultaba relativamente fácil tratar con Freud desde Londres, y los miembros del comité se escribían cartas circulares unos a otros. Jones contó que en cierta ocasión Freud le había dicho que ''el modo más simple de aprender el psicoanálisis era creer que todo lo que escribía él era cierto, y luego, después de entenderlo, se lo podía criticar como se quisiera...''[149]. Sin embargo, podría resultar difícil superar esa etapa inicial de la creencia, y en la obra de Jones podemos encontrar pasajes que constituyen reproducciones de otros de Freud casi palabra por palabra.

''Discrepé completamente de Freud en muchas cuestiones...'', pensaba Jones, pero, cuando examinamos detalladamente su enumeración, las

confundiera el papel desempeñado por Jones con el desempeñado por Tausk. Cf. Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, pp. 168-70.

145 Jones, *Free Associations*, p. 190.

146 Carta de Ernest Jones a Leonard Albert, s.f. (archivos de Jones).

147 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pp. 215, 251.

148 Carta de Ernest Jones a Freud del 10 de enero de 1933 (archivos de Jones).

149 Jones, *Free Associations*, p. 204.

cuestiones parecen de poca importancia[150]. La única excepción fue el apoyo de Jones a Melanie Klein, enemiga de Anna Freud. La única ocasión en que un tono de enfado se insinuó en la descripción por parte de Jones de su relación con Freud se produjo después de la muerte del primer hijo de Jones. Cuando Freud se enteró de la pérdida de Jones, le escribió "sugiriendo un tema de investigación sobre Shakespeare con la esperanza de que me distrajera"[151]. (Esa insensibilidad nos recuerda la reacción de Karl Marx ante la muerte de la que había sido la amante de Engels durante mucho tiempo: Marx puso tirante su relación con Engels al sugerir a éste que hiciera otros trabajos de traducción para la causa de Marx.)

Como cabeza de la Sociedad Británica, Jones tuvo éxito en una cuestión particularmente importante para Freud: estableció, a pesar de reservas privadas, el análisis profano en Inglaterra. En contraste con la situación de América, el análisis ortodoxo en Inglaterra siempre ha contado con un alto porcentaje de analistas profanos. Cuando, a finales de la década de 1920, se discutió por primera vez y extensamente en el psicoanálisis la cuestión de si la formación médica era necesaria o aconsejable para un analista, el 40 por ciento de los miembros de la Sociedad Británica no eran médicos. Pero, según escribió Jones, "no adoptamos la posición extrema de Freud de convencer a los candidatos que tuvieran intención de estudiar medicina para que no lo hiciesen". No es cierto que Freud adoptara la postura que Jones le atribuyó, pero a éste le pareció que sus opiniones sobre aquella cuestión bastaron "para que Freud me considerase casi tan adversario como si me hubiera opuesto rotundamente al análisis profano... Nunca podía entender las posturas intermedias"[152].

Anteriormente, cuando vivía en Toronto, Jones viajó por toda América, hablando en reuniones y organizando el apoyo para el psicoanálisis; de modo, que, además de sus servicios en Gran Bretaña, Jones ayudó a la causa en el país que con el tiempo llegó a ser el mayor centro de analistas del mundo. Aunque Jones compartía los prejuicios antiamericanos de un europeo de su época, ayudó a mantener unido el movimiento. Pues en la década de 1920 hubo un peligro real de escisión entre Europa y América a propósito de la cuestión del análisis profano. La disputa continuó, congreso tras congreso, pues los americanos se opusieron a cualquier trasgresión del monopolio médico del psicoanálisis en su país. Jones fue un buen presidente, y simpatizaba con las exigencias especiales de las sociedades que componían la Asociación Psicoanalítica Internacional, de la que fue presidente de 1920 a 1924 y de 1932 a 1949.

150 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. xii. Cf. también pp. 196-97.
151 *Ibid.*, p. 140.
152 *Ibid.*, pp. 293-95.

6. Ernest Jones y Sandor Ferenczi: la rivalidad.

En el período inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando todavía era soltero y vivía en Canadá, y podía viajar con libertad, Jones estuvo en estrecho contacto personal con Freud. Al advenimiento de la guerra, Jones estaba de regreso en Inglaterra, y, cuando aquella acabó, se casó y se convirtió en el director de una Sociedad Británica que iba creciendo. Ninguno de los primeros pioneros psicoanalíticos llevó una vida privada convencional y Jones no fue una excepción. En Toronto, Jones pagó a una chantajista (una antigua paciente) quinientos dólares para impedir que le acusara públicamente de haberla seducido; Jones, que probablemente fuera inocente, se sintió demasiado inseguro profesionalmente como para no entregar el dinero[153].

Antes de ir al Canadá, Jones había conocido a Loe Kann, una joven holandesa (que era judía), y durante siete años sus vidas estuvieron "estrechamente unidas". Jones la describió en su autobiografía como una persona de un carácter extraordinariamente bueno, y él adquirió "la costumbre de compartir su piso..."[154] Desgraciadamente, Loe padecía una afección renal, que requería operaciones. "Contra el dolor tomaba morfina dos veces al día y acabó con una grave adición a la droga. En aquella época la venta de esa clase de drogas al público era bastante libre"[155]. La salud de ella, tanto mental como física, empeoró tanto en Canadá, donde había ido con Jones, que durante un tiempo "raras veces se había levantado de la cama". "Así que en 1912 decidió ir a Viena y ponerse en manos del Profesor Freud"[156].

Jones fue con Loe a Viena y se quedó allí con ella algún tiempo. "Pasaba dos o tres noches a la semana en tête-à-tête con Freud". Jones escribió que

> El me había tomado afecto, y parecía desear abrir su pecho a alguien que no fuera de su medio. Era un conversador magnífico, y nos entendíamos sobre toda clase de temas de filosofía, sociología y, sobre todo, psicología. Más de una vez tuve que reprocharme por permitirle continuar hasta las tres de la mañana, cuando sabía que su primer paciente estaba citado para las ocho. Aquella fue la época en que llegué a conocer bien a Freud: su intrepidez de pensamiento, su absoluta integridad mental y de carácter, y su encanto personal[157].

153 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 253. En Londres, Jones había sido acusado por dos niños pequeños de haberse "comportado indecentemente durante el examen verbal que realicé con ellos..."; en realidad, lo encarcelaron durante una noche, pero después el magistrado sobreseyó el caso. Sin embargo, posteriormente una niña de diez años a quien Jones había entrevistado clínicamente "se jactó ante otros niños de la sala de que el doctor había estado hablando de temas sexuales con ella..."; Jones tuvo que dimitir de su puesto. Jones, *Free Associations*, pp. 145, 150-51. Su carrera no podía permitirse el lujo de otro escándalo de ese tipo.
154 *Ibid.*, p. 140.
155 *Ibid.*
156 *Ibid.*, p. 197.
157 *Ibid.*

Como otros conversos al psicoanálisis, la atracción inicial de Jones hacia el movimiento no se había basado en la influencia personal de Freud; algunos, como Stekel, habían acudido como antiguos pacientes agradecidos, mientras que el motivo original de otros, como Jones, fue el sentido que las ideas de Freud proporcionaban a su entendimiento científico.

Cuando Freud regresó de sus vacaciones en septiembre de 1912, decidió que sería mejor para Loe que Jones no permaneciera en Viena durante su análisis. (En la autobiografía de Jones, aparece citada discretamente como Loe simplemente, mientras que en su biografía de Freud la cita como Loe Kann, paciente de Freud y mujer de alguna importancia en su vida, sin citar su relación íntima con ella.) Jones regresó a Viena procedente de Canadá en mayo de 1913, con la intención de volver a ejercer en Londres. A consecuencia del tratamiento de Freud a Loe, Jones y ella decidieron separarse, después de lo cual los dos nos casamos y fuimos felices''[158].

En aquella época Freud aconsejó a Jones que utilizara su libertad momentánea con respecto a los compromisos profesionales para analizarse. Según Jones, aquella recomendación no tenía nada que ver con lo que podría parecer a un observador exterior: el análisis de Loe y la relación de Jones con ella, en resumen, la mayor familiaridad con respecto a Jones conseguida por Freud a través de Loe. Para Jones, la sugerencia de Freud estaba relacionada con su decisión de recomendar a Jones como sucesor de Jung, ''y quizás fuera ésa la razón por la que me aconsejó aquella primavera someterme a un análisis didáctico''[159].

Freud recomendó a otro soltero, Sandor Ferenczi (1873-1933) de Budapest, como analista.

> Mi análisis, como el resto de mi vida, fue intenso. Empleé una hora dos veces al día en el durante aquel verano y aquel otoño, y obtuve gran beneficio de él. Me proporcionó una mayor armonía interior conmigo mismo, y una visión insustituible y del tipo más directo sobre los modos como actúa la mente inconsciente, cuya comparación con el conocimiento más intelectual que había tenido anteriormente fue muy instructiva[160].

Jones afirmó haber sido ''el primer psicoanalista'' que se analizó con fines didácticos. Sólo una fina línea divisoria separa un análisis terapéutico de un análisis didáctico, especialmente en aquella época; en teoría, el objetivo del segundo es preparar al paciente para la práctica de la profesión, mientras que el del primero es aliviar el sufrimiento psicológico. Ya había habido antiguos pacientes de Freud (Stekel y Ludwig Jekels) que se habían hecho psicoanalistas. Y se sabía que antes de la Primera Guerra Mundial Freud recomendaba a los jóvenes candidatos a las escuelas de

158 *Ibid.*
159 *Ibid.*, p. 224.
160 *Ibid.*, p. 199.

medicina que se interesaban en serio en el psicoanálisis que se analizaran. Jung había propuesto ya que todos los futuros analistas se analizasen.

Jones puede que fuera uno de los primeros en analizarse de los analistas más destacados de la primera época; del comité inicial, sólo Sandor Ferenczi se había sometido a un análisis regular, aunque con Freud, durante cortos períodos de tiempo —unas semanas— en 1914 y 1916. Después de los meses que pasó con Ferenczi en Budapest, Jones regresó a Londres en el otoño de 1913. En junio de 1914 Freud y Otto Rank fueron a Budapest para asistir a la boda de Loe Kann con un hombre llamado Herbert Jones. Según Ernest Jones, aquella ceremonia matrimonial fue ''una de las dos únicas bodas a las que [Freud] asistió nunca fuera del círculo inmediato de su familia''[161]. (Igual que el matrimonio de los Brunswick[162], también éste acabó en divorcio.)

Los cuatro meses que Jones pasó analizándose con Ferenczi tuvieron consecuencias desafortunadas para la futura reputación histórica del húngaro. Pues Jones urdió una descripción de los últimos años de Ferenczi tan extraordinaria, que sentimos la tentación de dar la razón a James Strachey y Edward Glover, quienes mantuvieron que Jones nunca perdonó a Ferenczi por haber sido su analista[163]. Quizás el resentimiento de Jones por aquella relación se debiera también a los celos que sentía ante la mayor intimidad de Ferenczi con Freud y al hecho de que Freud había analizado a Ferenczi y no a Jones. Indudablemente, a veces Jones podía describir a Ferenczi en su mejor faceta de un modo que concuerda con otras descripciones de él y explica por qué llegó a ser Ferenczi un gran favorito personal de Freud:

> Tenía una personalidad absolutamente encantadora que conservaba gran parte de la sencillez y una cantidad todavía mayor de la imaginación del niño: nunca he conocido a nadie más capaz de evocar, en el habla y en los gestos, el punto de vista de un niño... Tenía una percepción intuitiva muy aguda y directa, que iba bien con la mayor honradez innata posible... Sus ideales eran demasiado numerosos como para que más de una pequeña porción de ellos quedaran consignados por escrito, de modo que esa característica sólo podía apreciarse plenamente a partir de repetidas conversaciones con él... una persona juvenilmente encantadora, con gran vitalidad y gusto por la vida, sencilla, directa, y honrada hasta la médula, que centelleaba con ideas interesantes la mayoría de las cuales surgían sin esfuerzo en el momento, y con una aguda percepción de las ideas y motivos de las otras personas. Así era, cuando lo traté por primera vez, antes de la desgraciada deterioración que sobrevino unos veinte años después.... Como es bien sabido, alguna capa muy profunda de trastorno mental empezó a afligirlo unos años antes de su muerte, en conexión en gran parte con la enfermedad orgánica que padecía, y su carácter cambió en muchos sentidos[164]

161 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 106.
162 Cf. más abajo, p. 455 y ss.
163 Entrevista con James Strachey, 28 de junio de 1965. Entrevista con Edward Glover, 29 de julio de 1965.
164 Jones, *Free Associations*, pp. 199-200.

Según todas las personas que conocieron a Ferenczi íntimamente durante sus últimos años, y en contraste con lo que Jones escribió y calificó de "bien sabido", la idea de una "desgraciada deterioración" y de "alguna capa muy profunda de trastorno mental" era completamente ficticia.

Muchos consideran que Ferenczi fue el más cordial, más humano, más sensible de los miembros del primer grupo psicoanalítico. Ferenczi era un hombre de baja estatura y de carácter expresivo, poético y nada egotista, que se interesaba por las demás personas y siempre estaba dispuesto a ayudar; era una persona encantadora e imaginativa. Tenía la capacidad para concebir ideas nuevas sin estar seguro de creer en ellas realmente. No se casó hasta marzo de 1919, cuando contaba cuarenta y tantos años de edad; durante algún tiempo Freud había sido partidario de la consumación de su largo noviazgo, a pesar de que la mujer era mucho más mayor que Ferenczi, estaba casada y tenía dos hijas. Posteriormente Freud dio a Gisela Ferenczi uno de los preciados anillos; en cierta ocasión había dicho de ella a Jung que estaba "totalmente versada en nuestra ciencia y es firme partidaria de ella"[165]. Como el propio Ferenczi, era cordial y sentimental; no obstante, se divorció de su marido para entrar en aquel nuevo matrimonio. Su primer marido había sido un hombre suave y triste, desgraciadamente sordo, por lo que había tenido grandes dificultades para comunicar con otras personas.

El día que Ferenczi se casó con su esposa, el primer marido de ésta murió (según algunos, se suicidó; mientras que otros sostienen que se trató de un ataque al corazón[166].) Ella había decidido no divorciarse hasta que no se hubieran casado sus dos hijas. Una de ellas (Magda) se casó con un hermano menor de Ferenczi, y la otra (Elma) con un americano. En 1907 o 1908 Ferenczi, que entonces era doctor en medicina general, había quedado de acuerdo con Freud para que Elma fuera a analizarse con él, lo que duró tres meses. Elma y Freud se llevaron bien; ella recordaba que su análisis fue agradable, no fue ningún cataclismo, y sin embargo tenía la impresión de que cuando regresó a Hungría era otra persona.

Ferenczi había dispuesto el análisis de Elma al comienzo de su asociación con Freud. Debió de ser una persona importante para él, además de ser la hija de la mujer que amaba. En una carta de 1957 Jones aseguraba al albacea literario de Ferenczi, Michael Balint, que en su biografía de Freud había tenido el mayor cuidado de omitir la vida privada de Ferenczi, sus relaciones con Gisela y su intimidad con Elma[167]. Quizás Jones se sintió envalentonado para decir lo que quiso sobre la enfermedad y el "trastorno mental" de los últimos años de Ferenczi precisamente porque

165 *Freud/Jung Letters*, p. 271.

166 Entrevista con Elma Laurvik, 3 de abril de 1967; entrevista con Kara Levy, 2 de julio de 1965.

167 Carta de Ernest Jones a Michael Balint, 16 de diciembre de 1957, y carta de Michael Balint a Ernest Jones, 19 de diciembre de 1957 (archivos de Jones).

Balint (que había heredado el anillo de Ferenczi) sabía que Jones conocía la información inédita sobre los primeros años de Ferenczi.

Freud escribió más cartas —aproximadamente 2.500— a Ferenczi que a ninguna otra persona. (Jones, por ejemplo, recibió unas 400.) En caso de que Ferenczi hubiera estado alguna vez profundamente enamorado de la hija de su futura esposa, Freud no habría esgrimido semejante comportamiento "irregular" contra él. Mientras que, en una carta a Ferenczi, Freud había elogiado a Jones por sus "magníficas cartas, llenas de victorias y luchas"[168], lo que llamó la "personalidad encantadora y cariñosa"[169] de Ferenczi fue lo que lo conquistó. Los rostros de las personas que conocieron a Ferenczi todavía se iluminan ante la mención de su nombre. Tal como Jones lo entendió, quizás celosamente, Freud se sintió "atraído por el entusiasmo de Ferenczi y por el carácter vivaz y especulativo de su mente..."[170] Freud prefería a las personas brillantes pero no demasiado organizadas.

Jones sabía también lo favorable que era la reacción de Freud ante la generosidad emocional de Ferenczi: "Lo que vimos fue el dirigente y amigo alegre, benévolo y alentador... con su naturaleza candorosa, sus dificultades internas y sus elevadas fantasías, [Ferenczi] causó una gran atracción a Freud. En muchos sentidos fue un hombre de su completo agrado"[171]. Dice mucho en favor de Freud el hecho de que Ferenczi fuera más interesante para él que los científicos más dignos de confianza del movimiento, como Abraham. Como escribió Freud en cierta ocasión, "no puedo por menos de desear que la claridad y exactitud de Abraham pudieran combinarse con el talento de Ferenczi y la incansable pluma de Jones"[172].

Desde luego, Ferenczi publicó críticas a la herejía de Jung (y posteriormente a la de Otto Rank), y creía confiadamente con los demás que el "conocimiento de la verdad puede compensarnos por lo mucho que perdemos y también por nuestros muchos sufrimientos"[173]. Pero Ferenczi (más que Jones, en cualquier caso) se identificaba con la faceta de Freud que deseaba evitar las discusiones públicas y estériles del psicoanálisis[174]. La generosa naturaleza de Ferenczi, su intuición psicológica, y su capacidad (dentro del mundo de Freud) para acariciar ideas nuevas fueron la causa del profundo afecto que Freud sintió hacia él. En un homenaje a Ferenczi con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, Freud lo elogió por "su originalidad, la riqueza de sus ideas y su dominio de una imaginación

168 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 75.

169 "Sandor Ferenczi" ["A Sandor Ferenczi"], *Standard Edition*, Vol. 22, p. 227.

170 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 34-35.

171 *Ibid.*, pp. 157-58.

172 Citado en Jessie Taft, *Otto Rank* (Nueva York: Julian; 1958), p. 78.

173 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 7. Cf. también Martin Grotjahn, "Notes on Reading the 'Rundbriefe'", p. 59.

174 Carta de Sandor Ferenczi, *Rundbriefe*, Vol. 19, p. 269.

científica bien orientada'', y observó que ''sus amigos saben que Ferenczi se ha guardado incluso más de lo que se ha decidido a comunicar''[175].

Ferenczi desempeñó un papel significativo en lo que Freud llamó los ''asuntos exteriores''[176] del psicoanálisis. En ''Historia del movimiento psicoanalítico'' Freud citó sólo un colaborador húngaro, Ferenczi, ''que vale más que toda una sociedad''[177]. La primera reunión de la Sociedad Psicoanalítica Húngara se había celebrado en 1913 bajo la dirección de Ferenczi; bajo su ''guía'', llegó a ser, en opinión de Freud, ''un centro de trabajo intenso y productivo y se distinguió por una acumulación de ingenios como ninguna otra Sociedad filial mostró''[178]. En el Congreso de analistas de Budapest de 1918, Ferenczi fue elegido presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional[178].

El recibimiento que la ciudad de Budapest dio a los analistas reunidos en 1918 fue un hito en la historia del psicoanálisis. La Primera Guerra Mundial (como después la Segunda) estimuló el interés psiquiátrico en las concepciones psicoanalíticas; pues los problemas emocionales que obstaculizaban el cumplimiento del deber por parte de los soldados, las ''neurosis de guerra'', habían llegado a ser una cuestión fastidiosa para las autoridades militares. El Congreso de Budapest constituyó un momento crucial para el movimiento de Freud. Durante un breve período de tiempo (marzo-agosto de 1919) Ferenczi enseñó en la primera cátedra universitaria de psicoanálisis.

Freud tenía esperanzas de realizar en Budapest lo que en otro tiempo no había podido lograr en Zurich: establecer ''la capital analítica de Europa''[179] fuera de Viena, con lo que garantizaría la continuidad del psicoanálisis después de su muerte. (En 1939, cuando vivía en Inglaterra, Freud felicitó a Jones por el hecho de que ''los acontecimientos de los últimos años han convertido a Londres en el principal emplazamiento y en el centro del movimiento psicoanalítico''[180].) No obstante, no sólo las dificultades políticas aislaron pronto a Hungría del resto del mundo (momento en el que Ferenczi dimitió de su puesto de presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y cedió el puesto a Jones en Londres), sino que, además, Anton von Freund, un húngaro rico de quien dependía Freud para el apoyo financiero y a quien Ferenczi había nombrado en 1918 secretario de la Asociación, murió en enero de 1920. Durante la guerra von Freund había dado a la ciudad de Budapest (de acuerdo con el tipo de cambio de antes de la guerra) el equivalente de 300.000 dólares con el fin de fundar un instituto psicoanalítico

175 ''Dr. Sandor Ferenczi'' ['En memoria de Sandor Ferenczi''], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 269.
176 *Ibid.*, p. 267.
177 ''On the History'', p. 33.
178 ''Dr. Sandor Ferenczi'', p. 268.
179 *Ibid.*, p. 267.
180 *Letters*, p. 458.

en el que iba a practicarse, enseñarse y hacerse accesible al público el análisis. Se tenía intención de formar a un gran número de médicos en aquel Instituto que después recibirían un estipendio de él para el tratamiento de neuróticos pobres en una clínica para pacientes externos. Además, el Instituto iba a ser un centro para otras investigaciones científicas en relación con el análisis[181].

Mediante ''una suma relativamente pequeña'' dada a Freud por von Freund, se fundó finalmente en Viena una editorial psicoanalítica internacional (*Internationaler Psychoanalytischer Verlag*); no obstante, esa donación así como la anterior ascendió, a fin de cuentas, a menos de lo que se había esperado, a causa de las dificultades políticas para sacar el dinero de Hungría y también de la inflación económica general.

En aquel período Freud tenía una tendencia especial a analizar a húngaros (considerados incluso más vivaces y extrovertidos que los vieneses), y, además de a Ferenczi y a von Freund, analizó a Istvan Hollos (que posteriormente padeció una psicosis durante cinco años antes de su muerte) y a Elisabeth Rado-Revesz, los cuales se hicieron analistas. Von Freund era un rico fabricante de cerveza con intereses filantrópicos, y también era doctor en filosofía. Era un hombre encantador y popular, pero desgraciadamente su vida privada fue dolorosa y agitada (su primera esposa se suicidó, su hija estuvo desequilibrada, y, cuando estaba casado con su segunda esposa, mantenía a una querida a la que legó algún dinero). Von Freund contrajo un cáncer, se recuperó, y después murió, casi al mismo tiempo que la hija de Freud, Sophie. ''No sé a quién estoy llorando más por ahora, si a Toni o a Sophie'', comentó Freud a la hermana de Freund, Kata Levy, a la que después analizó por un breve período (gratis)[182]. La Sra. Levy estaba casada con un médico, Lajos Levy, que fue uno de los miembros fundadores de la Sociedad Psicoanalítica Húngara y a quien Freud recurría en algunas ocasiones en busca de consejo médico; se había analizado brevemente con Freud durante la estancia de éste en Budapest, posteriormente se hizo analista profano, y después, por haber perdido su dinero a finales de la Segunda Guerra Mundial, se trasladó a Londres, donde vivió en una casa contigua al jardín de Anna Freud. Freud convenció a una de sus cuñadas para que llamara a su hijo Anton, como el hermano de Kata, y por lo menos una pareja de seguidores leales, Ernst y Marianne Kris, hicieron lo mismo.

A pesar de todo lo que significaba Budapest para Freud como centro para el psicoanálisis, personalmente Ferenczi fue más importante para él. Normalmente, Freud se encontraba dividido entre su deseo de reconocimiento y su necesidad de aislamiento. Pero (exceptuando a Minna, la cuñada de Freud) Ferenczi fue su compañero de viajes favorito; muchas

181 ''Dr. Anton Von Freund'' ['En memoria de Anton von Freund''], *Standard Edition*, Vol. 18, p. 268.
182 Carta de Kata Levy dirigida a mí.

veces pasaron las vacaciones juntos en Italia. En sus numerosas cartas a Ferenczi, Freud hablaba regularmente de su salud (Ferenczi tenía sus propias angustias hipocondríacas), cosa que no habría hecho con otros miembros del comité[183]. Freud raras veces recibía a huéspedes extranjeros, excepto a Ferenczi, y en cierta ocasión dijo que le habría gustado que Ferenczi se hubiera casado con su hija mayor, Mathilda[184]. En 1926 Ferenczi se ofreció incluso a acudir a Viena para analizar a Freud, y el hecho de que Freud se sintiera emocionado, más que enfadado, por aquella proposición constituye un homenaje a su relación[185].

Freud enviaba sus nuevos manuscritos a Ferenczi (como había hecho a veces con Abraham) para que los leyera y comentara. Colocaba la obra científica de Ferenczi a la altura de la de Abraham; en su necrología de Abraham en 1926, aludió a la posición especial de Ferenczi: "entre todos los que me siguieron por los obscuros senderos de la investigación psicoanalítica, [Abraham] conquistó un lugar tan preeminente, que sólo otro nombre podría colocarse junto al suyo"[186]. En su necrología de 1933 Freud declaró que las obras escritas de Ferenczi habían "convertido a todos los analistas en discípulos suyos"[187].

7. Sandor Ferenczi: la técnica y la víctima histórica.

Cualesquiera que fueran las rivalidades entre Ferenczi y Abraham, o entre Ferenczi y Jones, en la historia del movimiento psicoanalítico no debe permitirse que su política bizantina obscurezca su logro central: el desarrollo de una nueva concepción de la mente. Pero, aunque Ferenczi fue un teórico de tanto talento como cualquiera de los discípulos de Freud (desarrolló una teoría "bioanalítica" de la genitalidad en *Thalassa*[188]), lo que más le interesaba era la técnica terapéutica. Nadie ha quedado nunca plenamente satisfecho con los resultados terapéuticos, analíticos o de otro tipo. Como escribió Freud en su necrología de Ferenczi, "un único problema había monopolizado su interés. La de curar y ayudar se convirtió en la necesidad suprema para él". Freud siempre había recomendado que sus estudiantes concentraran sus energías, pero en opinión de Ferenczi "probablemente se había asignado objetivos que, con nuestros medios terapéuticos, son totalmente inalcanzables en la actualidad"[189]. Ferenczi

183 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 89.
184 *Ibid.*, Vol. II, pp. 55, 156.
185 *Ibid.*, Vol. III, p. 120.
186 "Karl Abraham", p. 277.
187 "Sandor Ferenczi", p. 228.
188 Sandor Ferenczi, *Thalassa* (Nueva York: Psychoanalytic Quarterly; 1938).
189 "Sandor Ferenczi", p. 229.

era partidario de experimentar con la técnica psicoanalítica "clásica" y de mejorarla, y sólo de acuerdo con su impulsiva naturaleza húngara fueron sus cambios en la dirección de la "elasticidad" y la "relajación" de las recomendaciones más austeras de Freud. Mientras que Freud adoptaba con frecuencia una actitud de intolerancia con respecto a las regresiones de un paciente en la terapia, la actitud de Ferenczi con respecto a semejante infantilismo solía ser confiada. Ferenczi era capaz de hacer todo lo posible para ayudar a un paciente, para hacer de la relación terapéutica un encuentro interpersonal auténtico.

Ferenczi, que estaba deseoso de aprovechar su propia personalidad para fines terapéuticos, llegó a convencerse gradualmente de que la misión del analista consistía en rectificar los errores de la severa educación recibida por sus pacientes. Sostenía que no había niños malos, sino sólo padres inadecuados, mientras que Freud había abandonado su insistencia anterior en la influencia del ambiente (la creencia en la seducción de los padres) por la opinión de que era la lucha del niño con los problemas instintivos lo que conducía posteriormente a las dificultades neuróticas[190]. Quizás porque no tenía hijos, Ferenczi adoptaba fácilmente el papel del padre que ayuda[191]. (No podemos hacer otra cosa que preguntarnos por el papel que pudo haber desempeñado en eso la relación de Ferenczi con la hija de Gisela, Elma.) Tal como Freud resumió la postura final de Ferenczi, a la que llegó poco antes de su muerte en 1933, "se podía ser mucho más eficaz con los pacientes dándoles bastante del amor que habían anhelado de niños"[192].

Las ideas de Ferenczi sobre la técnica se desarrollaron a lo largo de unos años, y hasta el final de su vida no surgieron dificultades graves entre él y Freud. En 1923 Ferenczi había publicado *El desarrollo del psicoanálisis* en colaboración con Otto Rank, el favorito especial de Freud en Viena y amigo íntimo de Ferenczi. Freud se enteró de la publicación inminente del libro y tenía una idea aproximada de su contenido, pero no así los demás miembros del comité; con el apoyo de Freud, Ferenczi y Rank no tenían por qué preocuparse por lo que los otros miembros del comité pensaran. Sin embargo, fueron incautos, pues, según Jones, el libro "revelaba inmediatamente los gérmenes de tendencias divergentes"[193].

Según la descripción de Ferenczi y Rank, el psicoanálisis "de ser una terapia había pasado a ser una ciencia e incluso una actitud hacia la vida..." Pero temían que "quedara fijado... en tal o cual fase", con lo que

190 Clara Thompson, *Interpersonal Psychoanalysis*, ed. Maurice R. Green (Nueva York: Basic Books; 1964), p. 74.
191 Sandor Lorand, "Sandor Ferenczi", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 32.
192 "Sandor Ferenczi", p. 229.
193 Jones, *Free Associations*, p. 228.

dejaría de evolucionar con la experiencia[194]. Ferenczi y Rank insistían en la importancia de las realidades actuales en el tratamiento, pretendían acortar la terapia, y recalcaban la intercomunicación entre paciente y analista. Sugerían que, para dar resultado terapéuticamente, un análisis necesitaba ser algo más que una reconstrucción intelectual de los primeros años de la infancia del paciente; tenía que consistir en volver a experimentar de forma auténtica una vivencia emocional. Uno "podría sentir la tentación de preguntarse si nuestros análisis terapéuticos no han sido hasta ahora demasiado [didácticos], mientras que los llamados análisis didácticos enseñaban menos análisis que teoría..."[195] Pero cualquier mejora en el perfeccionamiento de la técnica entrañaba, como subrayaba Ferenczi en particular, más "actividad" y participación del analista de lo que se había permitido explícitamente hasta entonces. Abraham, como Jones, sospechaba que se trataba de una herejía, y previno a Freud contra un renacimiento de las ideas de Jung con una nueva apariencia. Freud habló a Rank de las sospechas de Abraham, Rank a su vez se lo contó a Ferenczi, y "resulta difícil saber cuál de los dos se enfadó más"[196].

A Freud el libro no acabó de gustarle, y Ferenczi se sintió denostado por las reservas expresadas por Freud. Pero Freud escribió para tranquilizar a Ferenczi el 4 de febrero de 1924:

> En cuanto a su esfuerzo para coincidir constantemente conmigo, lo aprecio enormemente como una expresión de su amistad, pero ese objetivo no me parece ni necesario ni fácilmente alcanzable. Sé que no soy muy accesible y me resulta difícil asimilar las ideas ajenas que no van por el mismo camino que las mías. Tardo bastante tiempo en formar un juicio sobre ellas, de modo que en el ínterin tengo que abstenerme de juzgar. Si usted tuviera que esperar tanto en cada ocasión, se acabaría su productividad. Así, que ése no es el camino. Me parece fuera de duda que ni usted ni Rank abandonarán el terreno del psicoanálisis en sus vuelos independientes. Así, pues, ¿por qué no habían de tener ustedes entonces el derecho a ver si existe una solución por un camino diferente al seguido por mí? Si se extravían al hacerlo, ustedes mismos lo descubrirán antes o después, o yo me tomaré la libertad de señalárselo tan pronto como esté seguro de ello[197].

Como Rank estaba también en aquella época exponiendo sus nuevas ideas sobre el trauma del nacimiento, Freud escribió una carta oficial a los otros miembros del comité: para clarificar su propio pensamiento y para tranquizarlos con respecto a las posibilidades de otras "desviaciones" del psicoanálisis. Freud volvió a reconocer que no "me resulta fácil abrirme paso hasta los modos de pensamiento ajenos, y por regla general tengo que esperar hasta haber encontrado alguna conexión con mis tortuosos avances. De modo, que, si desearan ustedes esperar a lanzar una idea hasta que yo

194 Sandor Ferenczi y Otto Rank, *The Development of Psychoanalysis* (Nueva York: Dover Books; 1956), pp. 50, 53.
195 *Ibid.*, pp. 60-61.
196 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 65.
197 Citado en *ibid.*, pp. 57-58.

pueda hacerla mía, correrían el riesgo de que, cuando llegara ese momento, fueran bastante viejos"[198]. Freud pensaba que las sugerencias técnicas de Ferenczi y Rank, como "experimentos", estaban "totalmente justificadas. Ya veremos qué resultado dan. En cualquier caso, debemos abstenernos de condenar desde el principio semejante intento por herético". Freud tenía sus dudas, especialmente porque, en manos de "principiantes ambiciosos", el tipo de terapia activa de Ferenczi podría conducir a una comprensión superficial, y, por lo tanto, presentar una "tentación peligrosa".

> Ahora bien, me inclinaré ante la experiencia, naturalmente. Personalmente, seguiré haciendo análisis "clásicos", dado que, en primer lugar, apenas analizo a pacientes, sino sólo a discípulos para los que es importante que experimenten conscientemente el mayor número posible de sus procesos internos —no se puede adoptar el mismo método exactamente en los análisis didácticos que en los análisis terapéuticos— y, en segundo lugar, soy de la opinión de que todavía tenemos mucho que investigar y aún no podemos basarnos exclusivamente en nuestras premisas, como es necesario en el caso de análisis acortados[199].

Mientras que Otto Rank fue derivando gradualmente hasta salir del mundo de Freud, Ferenczi siguió siendo leal a Freud. En 1926 Ferenczi fue invitado a dar un curso en Nueva York en la Nueva Escuela de Investigación Social; él y su mujer permanecieron ocho meses, y su curso en la Nueva Escuela hizo mucho para promover el interés en el psicoanálisis en América. Ferenczi dio también seminarios sobre la técnica para miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York y la Asociación Psicoanalítica Americana, y realizó algunos análisis. Muchos de los analistas locales estaban descontentos de la visita de Ferenczi, ya que compartía plenamente la postura de Freud en favor de la formación de analistas profanos. Aunque Freud había aprobado el nombramiento de Ferenczi para la Nueva Escuela, Jones le había aconsejado que no fuera, por "una corazonada intuitiva". Según la versión de Jones, "Ferenczi no volvió a ser nunca más el mismo hombre, aunque pasaron otros cuatro o cinco años antes de que su deterioración mental resultara manifiesta para Freud"[200].

Freud había intentado durante años impedir que Ferenczi dependiera demasiado de él, pero al regreso de Ferenczi de Nueva York

> Freud estaba disgustado de que [Ferenczi] no hubiera regresado antes [junto a Freud] en lugar de pasar primero tres meses en Europa. Sospechaba que aquello presagiaba una tendencia a emanciparse (de Freud o del psicoanálisis o, como mostraron los acontecimientos, de ambos); "cuando uno llega a ser lo bastante viejo, al final tiene a todo el mundo en contra". Encontró a Ferenczi notablemente reservado desde su visita de América[201].

198 Citado en *ibid.*, p. 60.
199 Citado en *ibid.*, p. 61.
200 *Ibid.*, p. 127.
201 *Ibid.*, p. 135.

A pesar de la intransigencia de Freud a la hora de resistir las "influencias" exteriores, Ferenczi tuvo una gran repercusión sobre él; por ejemplo, los dos estaban igualmente fascinados por la posibilidad de la telepatía y de la transferencia del pensamiento. Pero en 1930 Ferenczi se quejó ante Freud de que, en su análisis durante la Primera Guerra Mundial, no hubiera buscado en Ferenczi hostilidad reprimida alguna hacia él[202]. Esa queja puede parecer una puerilidad por parte de Ferenczi, pero era cierto que Freud había deseado minimizar lo más posible la ambivalencia de sus seguidores hacia él. Ferenczi era un maestro de la técnica analítica, y Freud mencionó esa cuestión técnica particular en un escrito posterior a la muerte de Ferenczi. Freud reconocía que no había que excluir "totalmente" —"teniendo en cuenta el limitado horizonte del análisis en aquellos primeros tiempos"— que no hubiera prestado "atención a las posibilidades de transferencia negativa". No obstante, Freud dudaba de que, aun cuando "no hubiera dejado de observar algunas señales muy tenues" de transferencia negativa en Ferenczi, "hubiera tenido capacidad para activar un tema... mediante el simple procedimiento de señalarlo, mientras no estuviera activo en el propio paciente en esa época"[203].

El tema esencial de discusión entre Freud y Ferenczi fue la cuestión de la actividad en la técnica del analista. Por lo que sabemos a partir de la pequeña porción de su correspondencia que se ha publicado, el problema de las prioridades no turbó su relación. Freud podía reconocer que Ferenczi estaba más adelantado que él en relación con un aspecto, e incluso retrasó la publicación de uno de sus artículos para que Ferenczi pudiera lograr un reconocimiento pleno[204]. En una conferencia pronunciada en su viaje a América en 1926, Ferenczi había hecho eco a la actitud de Freud con respecto a las diferentes formas como se habían "apropiado" sus ideas otros autores:

> En Europa ha llegado a ser habitual que otros autores se apropien parte de la obra de toda la vida de Freud, la presenten con una forma y una terminología nuevas y la publiquen como obra original suya... Por otro lado, parece como si los americanos... estuvieran mucho más dispuestos que nosotros, los europeos, a aceptar la concepción suavizada y atenuada de algunos de los antiguos discípulos de Freud[205].

Ferenczi pensaba que "la forma más usual y censurable de aceptar las teorías de Freud es redescubrirlas y difundirlas con nombres nuevos"[206].

A pesar de que Ferenczi no discutió tanto con Freud como los otros,

202 *Ibid.*, p. 149.
203 "Analysis Terminable and Interminable", pp. 221-22.
204 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 330; Vol. II, p. 231.
205 Sandor Ferenczi, *Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis*, ed. Michael Balint, (Londres: Hogarth; 1955), p. 42.
206 *Ibid.*, p. 305.

su cordialidad y efusividad personales lo condujeron a experimentar con la técnica analítica establecida. Jones contó con "asombro" el hecho de que Ferenczi pudiera "irrumpir" en una habitación y besar tanto a él como a Freud en las mejillas"[207]. En 1931 era evidente que Ferenczi besaba a los pacientes y les permitía besarle a él, como parte del afecto maternal que, según pensaba necesitaban; pero Freud temía que los futuros partidarios de la concepción de Ferenczi dieran un paso más y practicaran el "toqueteo" con los pacientes, y después se pusieran quizás a "mirarse a hurtadillas y a exhibirse", etc. hasta llegar por último al acto sexual. La "técnica del beso" era, según Freud, una expresión del silencioso alejamiento de Ferenczi: "me parece que la necesidad de independencia definitiva es mayor en usted de lo que da a entender"[208].

Probablemente fuera cierto que, igual que Paul Federn, Ferenczi "fue siempre un rebelde en secreto, que no podía permitirse a sí mismo tomar conciencia de su rebelión". Ferenczi "padecía... una necesidad de ser aceptado y amado. A causa de esa necesidad, su relación personal con Freud era más importante para él que su pensamiento independiente"[209]. Nunca llegó a producirse una ruptura final entre Freud y Ferenczi, pero su último encuentro, el 24 de agosto de 1932, fue tenso. Freud había querido que Ferenczi no publicara su último escrito hasta un año después. "Freud pensaba que el escrito que Ferenczi había preparado no podía beneficiar a su reputación y... le pidió que no lo leyera" en el congreso psicoanalítico de aquel año. Desde la perspectiva de hoy, aquel artículo rebosaba de ideas nuevas, pero —en opinión de Jones— otros dirigentes del movimiento "pensaban que sería escandaloso leer semejante artículo ante un congreso psicoanalítico"[210].

El hecho de que Freud acogiera a Ferenczi en primer lugar, tantos años antes, y lo mantuviera en el movimiento por tanto tiempo, debe considerarse por lo menos tan importante como su rechazo final de él. Para Ferenczi, la actitud de Freud hacia su experimentación técnica fue una experiencia cruel[211]. Para Freud, Ferenczi era entonces como tantos de los otros, pero, tal como escribió a su seguidor húngaro, con menos motivo incluso: "Cada uno de los que en un tiempo estuvieron próximos a mí y después se alejaron podrían haber encontrado más motivos para

207 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 173. Cf. Sandor Ferenczi, "Confusión of Tongues Between Adults and the Child", en *Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis*, pp. 156-57. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 16.
208 *Ibid.*, pp. 164-65.
209 Thompson, *Interpersonal Psychoanalysis*, pp. 74, 73.
210 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 173. Cf. Sandor Ferenczi, "Confusion of Tongues Between Adults and the Child", en *Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis*, pp. 156-67.
211 Carta de Izette de Forest a Ernest Jones del 8 de diciembre de 1954 (archivos de Jones). Cf. también Izette de Forest, *The Leaven of Love* (Nueva York: Harper and Row, 1954).

hacerme reproches que usted precisamente. (Mejor dicho, Rank tan pocos como usted)''[212]. Para Ferenczi, el juicio de Freud contra la ''actividad'' analítica le parecía un desaire personal, y no simplemente el resultado de una controversia científica[213]. En su última entrevista, Freud había advertido a Ferenczi que estaba desviándose peligrosamente en la técnica. Al acabar la reunión, Ferenczi contó haberle tendido la mano ''como despedida afectuosa. El Profesor me volvió la espalda y salió de la habitación''[214]. Ferenczi estaba afligido y disgustado ante el comportamiento de Freud, le escribió muchas menos cartas, pero, aun así, permaneció leal a Freud y al psicoanálisis hasta el final.

Ferenczi murió el 22 de mayo de 1933. Había estado padeciendo anemia perniciosa, si bien, a causa de su hipocondría, resulta difícil decir durante cuánto tiempo. En el Congreso psicoanalítico de 1932 habló de su enfermedad (a Jones, entre otros), y para los médicos presentes los signos externos de la grave enfermedad eran ya evidentes. En cartas posteriores a la muerte de Ferenczi, así como en su necrología, Freud mencionó esa enfermedad. ''Paulatinamente se manifestaron los signos del grave proceso orgánico destructivo que probablemente ya había ensombrecido su vida desde años atrás: poco antes de cumplir los sesenta años, sucumbió a una anemia perniciosa''[215]. A su muerte Ferenczi estaba amargado; todavía quería seguir viviendo, pero, aunque estaba taciturno y deprimido, no estaba desorientado lo más mínimo al final[216].

Toda clase de barreras, interiores y exteriores, impedían a los estudiantes leales a Freud competir con el maestro; pero existían toda clase de incentivos para que compitieran entre sí por el favor de Freud, mientras estuvo vivo, y por su importancia en la historia del psicoanálisis, después de que muriera. Jones podía ser implacable en la lucha con sus rivales. Toda su hostilidad iba dirigida hacia sus colegas, en lugar de hacia el propio Freud. Jones afirmó que por lo menos en una ocasión Ferenczi lo había acusado de plagio[217], y Jones consideró todas sus dificultades con Ferenczi o Rank como precursores de la oposición que posteriormente manifestaron contra el propio Freud[218].

Los psicoanalistas abusan con frecuencia de su ciencia al aplicar a otros los términos propios de los diagnósticos, y el tratamiento que Jones dio a los últimos años de Ferenczi puede ser perfectamente el caso más notorio de ello en un texto impreso. No sólo narró los últimos años de Ferenczi como si el húngaro hubiera estado degenerando hasta la demencia, sino

212 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 173.
213 Carta de Michael Balint a Ernest Jones del 22 de enero de 1954 (archivos de Jones).
214 Citado en Fromm, *Sigmund Freud's Mission*, p. 65.
215 ''Sandor Ferenczi'', p. 229.
216 Entrevista con Elma Laurvik.
217 Vincent Brome, *Freud and His Early Circle* (Londres: Heinemann; 1967), p. 165.
218 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 129.

que, además, minimizó el papel desempeñado por la enfermedad orgánica de Ferenczi. En el Volumen II de la biografía de Freud, Jones se refirió simplemente a un ''trastorno severo y profundo'' de la personalidad de Ferenczi, y a que ''la estabilidad [de Ferenczi] empezó a desmoronarse''[219]. En el Volumen III, Ferenczi era ya, según Jones, víctima de una ''deterioración mental''[220]; Ferenczi ''hacia el final de su vida... desarrolló manifestaciones psicóticas que se revelaron, entre otras cosas, en un alejamiento de Freud y de sus doctrinas. Las semillas de una psicosis destructiva, invisible durante tanto tiempo, germinaron por fin''[221]. Junto con la ''progresiva deterioración'' de su ''condición mental'', en la fase final de su enfermedad su trastorno físico, según escribió Jones, ''exacerbó indudablemente sus tendencias psicóticas latentes''[222]. Según esta versión, Ferenczi experimentó un ''estado alucinatorio final'', cometió ''errores de regresión'' doctrinales, tuvo ''alucinaciones sobre la supuesta hostilidad de Freud'' y, justo antes de morir, tuvo ''arrebatos violentos, paranoicos e incluso homicidas''[223]. Tal fue la muerte, según la descripción de Jones, del ''amigo más íntimo de Freud''[224].

Y, sin embargo, ninguna de las personas que conocieron íntimamente a Ferenczi durante aquel período final de su vida ha confirmado detalle alguno de la versión de Jones[225]. Al final, la anemia de Ferenczi lo había debilitado tanto, que estuvo postrado en cama; temiendo que su propio entusiasmo lo hubiera conducido a errores que le privaran para siempre del respeto de Freud y del de sus colegas, Ferenczi habló de rehacer sus últimos escritos para eliminar malentendidos[226]. Cuando los volúmenes de la biografía de Freud escrita por Jones se publicaron por primera vez, a los analistas todavía vivos les pareció un milagro tan grande que se hubieran recreado aquellos primeros años (lo que también era bueno para el negocio), que pocos se mostraron deseosos de hacer críticas a la obra. No obstante, el albacea literario de Ferenczi, Michael Balint, impugnó el relato de la psicosis de Ferenczi en una carta al *International Journal of Psychoanalysis*[227]. Jones respondió, a su vez, con una carta, pero previamente había convencido a Balint para que eliminara de su carta cualquier referencia al hecho de que Ferenczi los había analizado a los dos. Jones

219 *Ibid.*, Vol. II, pp. 82, 9, 84.
220 *Ibid.*, Vol. III, p. 127.
221 *Ibid.*, p. 45.
222 *Ibid.*, pp. 166, 176.
223 *Ibid.*, pp. 176, 178.
224 *Ibid.*, p. 178.
225 Cf. Sandor Lorand, ''Sandor Ferenczi'', pp. 14-34. Erich Fromm, ''Psychoanalysis - Science or Party Line?'', en *The Dogma of Christ* (Nueva York: Holt, Rinehard and Wiston; 1963), pp. 131-44. Carta de Michael Balint a Ernest Jones del 31 de mayo de 1957 (archivos de Jones). Entrevista con Elma Laurvik.
226 Carta de Michael Balint a Ernest Jones del 22 de enero de 1954 (archivos de Jones).
227 Cf. *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 34 (1958), p. 68.

afirmó tener una fuente directa de su versión de la muerte de Ferenczi, si bien se abstuvo de citar nombres. Sin embargo, el examen de la correspondencia de Jones en torno a la época de la muerte de Ferenczi revela una imagen diferente de la que presentó en su biografía de Freud. En una carta del 20 de junio de 1933, en que hablaba de los "locos" del psicoanálisis que fueron también alborotadores, Jones se refirió a la enfermedad orgánica final de Ferenczi; al tiempo que afirmaba que Ferenczi se volvió paranoico, citaba también los estragos que probablemente causara la anemia perniciosa en la médula espinal de Ferenczi. Pero Jones no incluyó a Ferenczi entre los demás presuntos "locos" (como Gregory Zilboorg, Victor Tausk, Wilhelm Reich y Jenö Harnik)[228].

Probablemente el propio Freud habría calificado a Ferenczi de "enfermo" y habría dicho que padecía afecciones misteriosas. Un paciente de Freud explicó en cierta ocasión la "deterioración" de Jones utilizando la analogía del uso primitivo de los rayos X, cuando sus descubridores sufrieron las consecuencias de una exposición demasiado prolongada a los rayos, porque no conocían sus peligros potenciales[229]. Freud consideró que se trataba de una explicación brillante, pues concordaba perfectamente con su aspiración a tratar el psicoanálisis como una ciencia pura; él mismo la usó al hablar de los "peligros" que entrañaba el hecho de ser analista. (De hecho, la analogía era antigua: Stekel se había referido a ella en su necrología de Silberer.)

La correspondencia de Jones indica que la fuente para su descripción de la muerte de Ferenczi podría haber sido el propio maestro. Ferenczi murió de modo bastante repentino, y en aquella época quiso conocer más detalles sobre la enfermedad de Ferenczi. (El analista-antropólogo húngaro Geza Roheim dijo a Jones que la muerte de Ferenczi fue inesperada y repentina, pero que no sufrió excesivamente.) Jones telefoneó a Freud a Viena[230], y después le escribió una carta que indica algunos detalles de lo que Freud le comunicó. Jones supuso (y posteriormente omitió de su biografía) que la enfermedad física de Ferenczi, en su fase terminal, había atacado a su médula espinal. Jones prometió mantener secreta una de las observaciones de Freud sobre Ferenczi —algo relativo a una mujer americana—, pero Jones pensaba que la paranoia era ya del dominio público, que era evidente para quien oyera o leyera el último trabajo de Ferenczi, el que presentó al Congreso[231].

Podría ser que Freud, en una conversación telefónica, hubiera usado una palabra como "paranoide" refiriéndose a Ferenczi; aunque Ferenczi era una persona apacible y pacífica, existían dificultades reales entre él y

228 Carta de Ernest Jones a A. A. Brill, de 20 de junio de 1933 (archivos de Jones).

229 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.

230 Carta de Ernest Jones a Anna Freud del 1 de junio de 1933 (archivos de Jones).

231 Carta de Ernest Jones a Sigmund Freud del 3 de junio de 1933 (archivos de Jones). "Sandor Ferenczi", p. 229.

Freud, y éste (como otros analistas) a veces aplicaba el término de forma poco rigurosa a fases defensivas o susceptibles de las vidas de otras personas. En caso de que Jones estuviera basándose en la más alta autoridad para parte de su descripción de la muerte de Ferenczi, podemos imaginar que no hubiera deseado implicar a Freud citando su nombre. Sin embargo, la necrología de Ferenczi que esribió Freud era justa y objetiva, y subrayaba la enfermedad física que afligió a Ferenczi al final. Como caballero que era, Freud no habría recurrido públicamente al razonamiento *ad hominem* que Jones adujo para explicar el alejamiento de Ferenczi con respecto a Freud, la supuesta "inaccesibilidad" de Ferenczi. (Por el momento todavía no disponemos de una explicación sobre la referencia a una mujer americana, probablemente una relación erótica entre Ferenczi y una de sus pacientes o discípulas. O quizás se refiriera Freud a la hijastra de Ferenczi, Elma, que entonces era de nacionalidad americana. Puede ser que Freud conociera algo que nosotros no podemos saber; pero en el contexto de su temor a que las innovaciones técnicas de Ferenczi pudieran conducir a deshonestidades profesionales, es concebible que fuera receptivo a un simple rumor.)

La mayoría de las personas que participaron en los primeros tiempos del psicoanálisis consideran la descripción de Ferenczi hecha por Jones como una caricatura de la verdad. A Ferenczi se lo recuerda como un maestro inspirador; constituía un gran acontecimiento que pronunciara una conferencia como invitado en la Sociedad de Viena. Ferenczi no fue sólo un especialista en la técnica analítica: también fue el iniciador del análisis del carácter. Ferenczi tuvo menos estudiantes eminentes que Karl Abraham, en gran medida por razones lingüísticas (pero Clara Thompson, que se analizó con Ferenczi, llegó a ser uno de los autores analíticos más precursores). El húngaro es una lengua inhabitual, por lo que era menos probable que los estudiantes la conocieran que el alemán; y, aunque Ferenczi podía analizar a los pacientes en alemán o en inglés, el hecho de ir a tratarse con Ferenczi a Budapest podría obligar a llevar a toda la familia, y los niños no podrían defenderse con una lengua tan difícil. Cuando Freud escribió en su necrología que Ferenczi había conseguido convertir a "todos los analistas en sus discípulos", se trata de un enorme elogio verdaderamente. A Freud le parecía "imposible creer que la historia de nuestra ciencia llegue a olvidarlo nunca".

8. Los americanos: J. J. Putnam y H. W. Frink.

Freud nunca tuvo un favorito indiscutido y absoluto en América. Y, sin embargo, en ningún otro sitio ha triunfado una versión del psicoanálisis en tal escala. La recepción de Freud en América[232] es una cuestión

232 Cf. John C. Burnham, *Psychoanalysis and American Medicine, 1894-1918* (Nueva

interesante de historia comparada. Por ejemplo, a pesar de que las traducciones de los libros de Freud aparecieron simultáneamente en Inglaterra y en América, a partir del período de antes de la Primera Guerra Mundial Freud encontró, para su consternación, un auditorio más atento y favorable en Estados Unidos.

William James, probablemente el mayor filósofo de América, conocía los escritos de Freud en época tan temprana como principios de la década de 1890. Al principio, James dio buena acogida a las contribuciones de Freud, ya que parecían ampliar su propia psicología de lo irracional. (Quizá fuera también James el primero de los miembros de la *intelligentsia* de Cambridge, Massachusetts, que usó personalmente los servicios psiquiátricos del Hospital McLean.) Y, sin embargo, James llegó a tener sus dudas sobre los primeros analistas y sobre Freud, después de haber conocido a éste personalmente en 1909: "Tienen por fuerza que arrojar luz sobre la naturaleza humana, pero confieso que a mí, personalmente, me dio la impresión de un hombre obsesionado con ideas fijas"[233].

Morton Prince, otro bostoniano, era uno de los dirigentes médicos progresistas del movimiento psicoterapéutico de América que había hecho mucho para interesar al público lector en el concepto de inconsciente y en la técnica del hipnotismo; escribió un libro famoso sobre un caso de personalidad múltiple. No obstante, Ernest Jones lo consideró un enemigo peligroso. En años posteriores Jones atribuyó a Freud la responsabilidad por la forma como trató a Prince:

> Un ligero desacuerdo entre nosotros surgió a propósito de la personalidad de Morton Prince, a quien yo había conocido por correspondencia en Londres años antes y en cuya casa me alojaba siempre en mis visitas a Boston. Había sido el primer pionero americano en psicopatología, hecho que me parecía merecía reconocimiento. Además, abrió sin reservas a los escritos sobre psicoanálisis su revista, *The Journal of Abnormal Psychology*, casi la única entonces accesible para ese fin. Era un completo caballero, un hombre de mundo, y un colega muy agradable, como descubrí al colaborar con él por varios años en la redacción de su *Journal*. Pero tenía un grave defecto. Era bastante estúpido, lo que para Freud era siempre un pecado imperdonable[234].

Para Freud, Prince carecía del "más mínimo talento" y era "algo intrigante"; "realmente es un asno arrogante... La crítica de Jones es moderada y cortés..."[235] Prince se sintió profundamente ofendido por lo

York: International Universities Press; 1967); David Shakow y David Rapoport, *The Influence of Freud on American Psychology* (Nueva York: International Universities Press; 1964); Marie Jahoda, "The Migration of Psychoanalysis: Its Impact on American Psychology", *Perspectives on American History*, Vol. 2 (1968), pp. 420-45; y F. H. Matthews, "The Americanization of Sigmund Freud: Adaptations of Psychoanalysis Before 1917", *Journal of American Studies*, Vol. 1 (abril de 1967), pp. 39-62.

233 Citado en Nathan G. Hale, *Freud and the Americans*, Vol. 1 (Nueva York: Oxford University Press; 1971), p. 19. Cf. también Jones, *Free Associations*, p. 191.

234 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, pp. 61-62.

235 *Freud/Jung Letters*, pp. 398-99.

que consideró el intento de Jones de "désacreditar" su obra, y llamó a Jones "fanático" en favor del psicoanálisis[236]. Prince consideró una de las cartas de Jones "no sólo mordaz, sino también ofensiva, por no decir insolente", y concluyó que Jones era "un joven nervioso, excitable y egocéntrico, y toma todo lo que uno dice como dirigido a él personalmente"[237].

Prince había "insistido en que las neurosis eran perversiones de los procesos normales de la memoria y que la mejor forma de llegar hasta los recuerdos enterrados era la hipnosis", pero su concepción del inconsciente era indiscutiblemente diferente de la de Freud:

> Concibo el inconsciente no como una mente inconsciente, desenfrenada y desalmada, como hacen algunos freudianos, lista para aprovechar un momento de descuido para asestar un golpe, para matar, al modo de un espíritu maligno, sino como un gran mecanismo mental que participa en forma ordenada y lógica en todos los procesos de la vida diaria, pero que en ciertas circunstancias en las que intervienen particularmente los instintos emocionales se vuelve desordenada y perversa[238].

A medida que el psicoanálisis fue afianzándose en América (y recibió una acogida favorable en los círculos médicos antes que entre el público en general), los argumentos se volvieron más agresivos. Prince pensaba que los analistas se estaban convirtiendo más en un "culto" que en un grupo científico, y sostuvo que la "literatura freudiana estaba salpicada de expresiones como 'probado', 'establecido', 'bien sabido', 'aceptado'. Dichas expresiones substituyen a las de 'teoría', 'posibilidad', 'probabilidad', a que estamos acostumbrados en la ciencia progresiva..."[239].

El enfoque terapéutico de Freud, aunque más útil en su forma de la época anterior a la Primera Guerra Mundial que en años posteriores, parecía demasiado austero a muchos americanos, y su "tendencia a atribuir un carácter positivo al inconsciente siguió abriéndose paso"[240]. Aunque el análisis de los sueños, la técnica de la asociación libre y el renacimiento de los recuerdos pasados gustaban a los americanos, por su deseo de vencer la reticencia excesiva[241], éstos se mostraban reacios a admitir que el análisis pudiera producir automáticamente una síntesis por parte del paciente. Tenían tendencia a creer, en la misma dirección seguida por Jung en sus conferencias de Fordham, no sólo que el inconsciente era menos peligroso de lo que Freud pensaba, sino también que el analista no debía limitar sus actividades de forma tan estricta como Freud proponía.

236 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pp. 329, 332.

237 Ibid., pp. 328-29.

238 Hale, *Freud and the Americans*, pp. 305, 307.

239 *Ibid.*, pp. 285, 283.

240 *Ibid.*, p. 463.

241 *Ibid.*, p. 463.

Un destacado defensor de esas opiniones fue James Jackson Putnam (1846-1918), fundador de la Asociación Neurológica Americana y prestigioso profesor de la Escuela de Medicina de Harvard, que desde la década de 1890 había estado experimentando con la hipnosis y la psicoterapia. Como Prince, Putnam estaba desilusionado con respecto a la herencia como factor etiológico, y su método de tratamiento, como el de Jung, fue en parte improvisado. Como buen discípulo de Emerson, Putnam era un optimista y ambientalista declarado, y, como oriundo de Nueva Inglaterra con conciencia social, opinaba, como Adler, que había que cultivar los "instintos sociales" de los neuróticos. Para Putnam, el psicoanálisis de Freud significó un nuevo estallido de optimismo.

Como dijo Freud, Putnam representó "una adquisición totalmente maravillosa"[242] para el movimiento psicoanalítico, y Freud estaba deseoso de pasar por alto muchas diferencias entre sus concepciones y las de Putnam a causa del carácter excelente de éste, así como por el bien del psicoanálisis en América. Freud admiraba el "elevado carácter moral y el intrépido amor a la verdad" de Putnam, y, tras la muerte de éste, Freud escribió que "era una de esas personas de tipo obsesivo felizmente compensadas, para quienes la nobleza es una segunda naturaleza y para quienes cualquier concesión a la indignidad ha llegado a ser imposible"[243]. El hecho de que fuera un grupo de puritanos brahmines de Nueva Inglaterra quienes adoptaran las ideas de Freud en América constituye un tributo al puritanismo americano; tenían un conocimiento de primera mano de aquello contra lo que estaba luchando Freud. Putnam no sólo estaba bien relacionado socialmente, sino que, además, era un gentil, un representante de la "raza inglesa" que Freud admiraba.

Sería difícil sobreestimar lo que el psicoanálisis significó para Putnam. Contaba sesenta y tres años cuando se convirtió en un defensor de la causa de Freud. Como otros que recibieron la influencia de Freud, Putnam pensaba que la visita de Freud a Estados Unidos en 1909 había "ayudado a cambiar radicalmente todo el rumbo de mi vida y de mi pensamiento en conjunto"[244]. En cierta ocasión Putnam calificó a un paciente suyo de "converso total" al psicoanálisis[245]. Freud conocía el valor de Putnam; como escribió a éste al final de 1910:

> No quiero dejar que concluya este año memorable y turbulento sin haberle dado las gracias a usted por muchas cosas; por sus valiosos artículos, por la ayuda inestimable que ha prestado a nuestra causa, por permitir que su nombre se haya usado en América como protección contra los posibles malentendidos y abusos de que, de lo contrario, habría sido víctima mi persona. Desde el fondo de mi egotista corazón le deseo salud y energía plenas.

242 Citado en Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pp. 147, 43.
243 "On the History", p. 31; "James Jackson Putnam", ["En memoria de James. J. Putnam"], *Standard Edition*, Vol. 17, P. 271.
244 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 147.
245 *Ibid.*, p. 140.

La referencia de Freud a su propio egotismo era algo irónica, ya que al altruismo de Putnam, propio de Nueva Inglaterra, le hacía sentirse incómodo. Pero era típico de Freud decir en la misma carta que "a nuestra causa le va muy bien aquí; la oposición está en su punto álgido" [246].

Uno de sus parientes observó sobre el viaje de Freud a América en 1909: "Freud nunca olvidó que en una etapa relativamente temprana de su carrera los americanos le proporcionaron la oportunidad de presentar en... alocuciones públicas los resultados de sus investigaciones... y que le concedieron un doctorado honorario"[247]. (Según la leyenda, el camarero que servía a Freud en el viaje de regreso estaba leyendo la *Psicopatología de la vida cotidiana.*) Freud se alojó en un campamento en los montes Adirondacks, propiedad de Putnam y de algunos de sus antiguos amigos. Fue al campamento con Jung y Ferenczi simplemente para descubrir que en honor de los doctores "alemanes" visitantes —uno austríaco, otro suizo, y el tercero húngaro— los edificios estaban engalanados con los emblemas de la Alemania Imperial. Aquel honor debió de revelarles algo del grado de entendimiento americano de los sentimientos europeos. Quizás no hubo suficientes formalidades para Freud, pues las costumbres y modales le parecieron bárbaros; la diarrea y los dolores de estómago de Freud no contribuyeron a hacerle sentirse a gusto, pero aflicciones semejantes no fueron suficientes para enemistar a Jung con América[248]. En parte como correspondencia a la visita de Freud, Putnam fue a Weimar para asistir al Congreso de analistas de 1911: "indudablemente, la atracción principal del Congreso fue la aparición de Putnam"[249]. Durante aquel viaje a Europa Putnam pasó seis horas en análisis con Freud[250]. Su grado de intimidad fue tal, que Putnam pudo confiar en una carta que "mis relaciones sexuales con mi esposa han sido bastante infrecuentes durante muchos años, sumamente infrecuentes en los últimos años, y... las he 'temido'..."[251].

Como terapeuta, Putnam parecía a Freud del bando de los "ambiciosos", demasiado deseoso de encontrar medios para ayudar y curar. Cuando surgieron las controversias dentro del movimiento psicoanalítico sobre las ideas y las personalidades de Alfred Adler y Carl Jung, Putnam siguió siendo totalmente leal a Freud, pero confió en que se pudiera llegar a un arreglo de compromiso con los disidentes. Putnam había estado durante mucho tiempo interesado en tratar casos relativamente más graves que aquellos a los que Freud prefería limitar su técnica.

246 *Ibid.*, p. 110.
247 Ernst Waldinger, "My Uncle Sigmund Freud", *Books Abroad*, Vol. 15, Nº 1 (enero de 1941), p. 5.
248 C. G. Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, p. 336.
249 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 85.
250 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 39.
251 *Ibid.*, p. 127.

La tolerancia de Putnam se revela en su defensa de Morton Prince en una carta a Jones: "Creo que sería totalmente desafortunado que quienes nos preocupamos realmente de la psicopatología en el sentido más amplio acabemos separándonos, cualquiera que sea la provocación"[252]. En época tan tardía como el otoño de 1912 Putnam no podía entender del todo el alboroto en relación con Jung. Un antiguo paciente de Putnam le había dado a conocer el hegelianismo americano, y éste lo convenció de que los pacientes necesitan ideales que estimulen las sublimaciones. De modo, que Putnam simpatizaba con la opinión de Freud de que el analista debe ayudar al paciente a resolver sus problemas actuales.

Freud toleró diferencias considerables entre su posición y la de Putnam. Para el anciano de Nueva Inglaterra, la concepción que tenía Freud del inconsciente era "demasiado *negativa* para ser plenamente satisfactoria"[253]. Aunque Putnam apreció la novedad del enfoque de Freud, no aceptó algunas de sus consecuencias: "No puedo convencerme a mí mismo de que la vida, con todo lo que la hace admirable, deba explicarse pura y simplemente a través del estudio de los conflictos... tenemos que tener en cuenta en todo momento factores *positivos*, más que *negativos*, en el mundo"[254]. Anticipándose al interés por los problemas del superyo de analistas posteriores, Putnam expresó su "anhelo de obtener todo lo que la metafísica pueda ofrecer", con lo que se alejaba del reduccionismo de Freud. Putnam esperaba y creía que "las explicaciones psicogenéticas terriblemente penetrantes [de Freud] corresponden exclusivamente a un polo de la vida humana, y que existe otro polo que no le interesa"[255].

Putnam no podía aceptar la opinión de Freud de que la religión era una consecuencia del desamparo infantil y de la necesidad de un padre todopoderoso. Como Jung, puso la objeción de que el inconsciente "real contenía no sólo el aspecto 'sombrío' de la naturaleza humana, sino también un reconocimiento implícito de lo bueno"[256]. En consecuencia, según Putnam, "ningún paciente está curado realmente hasta que no se vuelva mejor y más tolerante moralmente, y, a la inversa, creo que una regeneración moral contribuye a una eliminación de los síntomas"[257]. En una carta a Freud, Putnam insistió todavía más en que "no debe concebirse al individuo como una existencia aislada, sino que debe considerárselo como parte íntegra de la comunidad en que vive"[258].

En su respuesta Freud eludió la substancia del argumento de Putnam y afirmó simplemente: "No comparto su gran respeto por las teorías de

252 *Ibid.*, p. 259.
253 *Ibid.*, p. 94.
254 *Ibid.*, pp. 185-86.
255 *Ibid.*, p. 79.
256 *Ibid.*, p. 54.
257 *Ibid.*, p. 118.
258 *Ibid.*, p. 172.

Adler"[259]. Entonces Putnam envió una respuesta bastante abyecta en la que prometía tener en cuenta profundamente la referencia de Freud al peligro de la herejía adleriana. A diferencia de Putnam, Freud estaba decidido a mantener alejado el psicoanálisis de la filosofía, para establecer sus nuevos dominios sobre bases científicas independientes. Tal como lo expresó Freud, "la filosofía de Putnam es como un adorno en el centro de una mesa; todo el mundo lo admira, pero nadie lo toca"[260]. Las cartas de Putnam podían ser aburridas, y, aunque Freud solía responder inmediatamente a su correo, con frecuencia tardaba en contestar a las misivas más aburridas de Putnam.

Freud nunca afirmó que los analistas tuvieran que ser perfeccionistas, ni con respecto a sí mismos ni con respecto a sus pacientes. Por eso, Freud podía escribir a Putnam: "No siento necesidad de una síntesis moral más elevada, del mismo modo que no tengo oído para la música"[261]. Freud explicó con detalle su postura en su correspondencia con Putnam:

> Si no nos satisface la máxima, "Sé moral y filosófico", es porque es demasiado facilona y porque se ha pronunciado con demasiada frecuencia sin resultado alguno... Quien sea capaz de realizar la sublimación recurrirá a ella inevitablemente tan pronto como se vea libre de su neurosis. Quienes no sean capaces de ella por lo menos se volverán más naturales y más honrados[262].

Cualesquiera que fuesen las diferencias entre Putnam y Freud, el americano permaneció firme en su defensa del psicoanálisis. Los primeros analistas, incluido Freud, compartían un miedo a seducir, literalmente, a sus hijos, y Putnam temía sentar a sus hijas en su regazo; incluso fijó el sillín de la bicicleta de una de sus hijas para que no resultara indebidamente estimulada[263]. (Actualmente, muchos analistas piensan que sin alguna forma de seducción paterna indirecta padres e hijos sufren una privación.) Evidentemente, la labor de Putnam en favor de Freud perjudicó a su propia práctica médica, y sin duda alguna ofendió a su esposa. Esta lo consideraba crédulo y demasiado fácil de engañar, y su hija cuenta que aquélla reaccionó "con trágica amargura, pues opinaba que [su marido] se había dejado llevar con engaños hacia un rumbo falso que arruinaría su reputación profesional"[264]. Su muerte el 4 de noviembre de 1918 fue una amarga decepción para Freud, ya que a partir de entonces el futuro americano iba a ser más incierto; incluso unos meses antes de que Putnam muriera repentinamente, Freud, a causa del interés de los americanos por

259 *Ibid.*, p. 173.
260 Jones, *Free Associations*, p. 189.
261 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, p. 105.
262 *Ibid.*, pp. 121-22.
263 Entrevista con Marian C. Putnam, 22 de septiembre de 1966.
264 Hale, ed., *James Jackson Putnam and Psychoanalysis*, pp. xii-xiii.

Adler y Jung, calificó a América de "tierra... que ahora es tan hostil con nosotros..."[265].

Freud consideró la muerte de Putnam "una gran pérdida", y posteriormente dijo: "Me sentía protegido tras su personalidad como tras un escudo"[266]. Después de la Primera Guerra Mundial, Freud tenía a su alrededor una multitud de jóvenes americanos que acudieron a Europa en busca de formación, y "en opinión de Freud, el más brillante y prometedor de los jóvenes americanos" era Horace W. Frink (1883-1935)[267]. Su libro de texto psicoanalítico, *Morbid Fears and Compulsions* ["Temores y compulsiones patológicos"], era el mejor de su clase en aquella época. Era un clínico excepcional, un hombre encantador y un excelente conversador. El contraste entre Frink y sus colegas americanos era especialmente marcado, ya que muchos de éstos eran novatos y poco perspicaces. Frink, que había quedado huérfano desde su tierna infancia[268], era un gentil, como Putnam. Frink, analizado en dos ocasiones por Freud, dio el 25 de octubre de 1921 una charla informal en la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York sobre su experiencia con Freud[269].

Anteriormente, Frink se había analizado con A. A. Brill, que era entonces la cabeza del psicoanálisis en América. Pero, poco después de que Freud conociera a Frink, recurrió a él para que substituyera a Brill como delegado suyo en Estados Unidos, a pesar de que mantenía relaciones personales amistosas con Brill[270]. Frink fue elegido presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York virtualmente por orden de Freud. El entusiasmo de Freud por Frink, y la confianza en sus capacidades, pudo haber contribuido involuntariamente a la ruina de éste; semejante admiración expresada y pública por parte de un analista, y nada menos que Freud, pudo haber sido demasiado para Frink.

La ilimitada fe de Freud en Frink persistió a pesar de que, durante su segundo análisis con Freud, Frink experimentó un episodio psicótico. Sufrió una despersonalización tan aguda, que un ayudante tuvo que cuidarlo[271]. Parece ser que Freud interpretó erróneamente las dificultades de Frink, al considerarlas simplemente como parte del análisis. Freud

265 "Lines of Advance on Psychoanalytic Therapy", p. 165.

266 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, p. 50.

267 Hale, *Freud and the Americans, pp.* 305, 307, 9 p. 348. Cf. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 85, 105-06, y Clarence P. Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America* (Nueva York: Grune and Stratton; 1953), p. 148.

268 Hale, *Freud and the Americans*, p. 323.

269 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 85, 105-06, 111.

270 En una recensión publicada en 1923, Frink había señalado algunas de las deficiencias de Brill: "La omisión de comillas en párrafo tras párrafo de material tomado prácticamente palabra a palabra de Freud crea una mala impresión, que no merece en absoluto". Horace Frink, "Review of Psychoanalysis by Brill", *Mental Hygiene*, Vol. 7 (1923).

271 Entrevista con Abram Kardiner, 1 de abril de 1967.

mostró a un paciente suyo, Abram Kardiner (que anteriormente se había analizado con Frink), dos fotografías de Frink, una tomada antes y otra después de su análisis. Frink había perdido veinte kilos, y, como respuesta a la sensación de conmoción de Kardiner, Freud comentó: "Eso es lo que hace el análisis".

Frink tenía proyectado casarse a su regreso a Estados Unidos, después de su segundo análisis. Su futura esposa era una antigua paciente suya, una mujer judía rica. El marido de ésta se había sentido desconsolado ante el hecho de que se hubiera enamorado de su analista, y había amenazado con provocar un escándalo. "En realidad, Freud aprobaba el paso que Frink tenía intención de dar; el hecho de enamorarse era un error, pero, una vez cometido, había que aceptarlo"[272]. Mientras Frink estaba en Viena para su segundo análisis con Freud, el marido de aquella mujer murió; después su propia esposa murió; y Frink y su antigua paciente se sintieron profundamente afectados por sentimientos de culpabilidad. Cuando regresó a Nueva York, Frink era un hombre destrozado, y no reanudó su práctica psicoanalítica[273]. Pero, cuando la futura esposa de Frink le preguntó su opinión, Freud afirmó que Frink estaba lo suficientemente bien como para casarse. No obstante, el matrimonio duró poco, y estaba claro que Frink iba a ser incapaz de satisfacer las esperanzas de Freud. En una reunión psicoanalítica Brill leyó una carta de Freud a otro analista de Nueva York, que declaraba que evidentemente Frink no podía cumplir el encargo que le había hecho Freud, porque estaba sufriendo un desorden mental. Aunque Frink no estaba presente en la reunión, la carta constituyó un golpe grave para él.

Posteriormente, Frink acudió a John Hopkins para someterse a tratamiento con el famoso psiquiatra Adolf Meyer. La situación de un analista que está perdiendo la razón, que sabe y no sabe lo que le pasa, es especialmente patética. Tal como Frink explicó a Kardiner, quien fue a visitarlo con el manuscrito de un nuevo libro: "No tengo conciencia de mi cuerpo, sólo de mis labios"[274]. Frink desechó el análisis, pero no acusó a Freud ni del modo más remoto de lo que le había ocurrido. Mejoró lo suficiente como para casarse en 1935, y después murió el mismo año en el Hospital Mental de Chapel Hill en un estado de excitación maníaca[275]. Su muerte fue prematura y su carrera una tragedia, y aquel episodio, combinado con la pérdida de Putnam, animó a Freud a hablar en general de su decepción con respecto a América.

272 Carta de Clarence Oberndorf a Ernest Jones del 23 de diciembre de 1953 (archivos de Jones).

273 Carta de Clarence Oberndorf a Ernest Jones, del 23 de diciembre de 1953 (archivos de Jones).

274 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 85.

275 Carta de Clarence Oberndorf a Ernest Jones del 23 de diciembre de 1953 (archivos de Jones). Cf. también la necrología en *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 5 (1936), pp. 601-03.

9. Los americanos: A. A. Brill y el futuro de la causa.

Después del colapso de Frink, Abraham A. Brill (1884-1948) siguió siendo durante años la cabeza del psicoanálisis en América. Escribió gran cantidad de artículos y libros para exponer el psicoanálisis, pero quizás sea mejor conocido actualmente por sus primeras y controvertidas traducciones de las obras de Freud al inglés. Brill, que era de origen húngaro, emigró a América a la edad de quince años; así, que ni el inglés ni el alemán eran su lengua materna. En su versión del alemán de Freud en inglés, al llegar a las ilustraciones de sueños o de *lapsus linguae* Brill se limitó a substituir los ejemplos de Freud por otros suyos. Freud explicó en cierta ocasión sus objeciones a la forma de proceder de Brill:

> Entiendo las dificultades que existen para traducir errores y sueños en otra lengua, pero no considero que el recurso que usó de inventar ejemplos semejantes fuera el método correcto... Lo único apropiado habría sido substituir los ejemplos intraducibles de *lapsus linguae*, juegos de palabras en los sueños, etc., por otros ejemplos *basados en su propia experiencia analítica*, y ocasionalmente anotar el ejemplo alemán[276].

La reputación de Brill ha sufrido excesivamente en ese aspecto. En una ocasión, Freud rindió homenaje con razón a la labor de Brill como traductor[277], ya que Brill había concebido la suya como una tarea de popularización de Freud y no de presentación de los textos en forma definitiva. (Freud solía desinteresarse de la cuestión de las traducciones, aunque se preocupaba más de sus lectores ingleses que de los americanos)[278]. Al preparar su versión de Freud para la *Modern Library*, Brill eliminó pasajes deliberadamente de los libros de Freud, para que la colección no obstaculizara las ventas de las obras individuales de Freud. Indudablemente, Freud concedía a los traductores a otras lenguas el derecho a "hacer los cambios de ese tipo en los ejemplos" que consideraran necesarios[279]; no obstante, habría sido mejor que Brill hubiera indicado en los textos dónde se introducían sus propias substituciones. Pero, cuando Jones intentaba hablar a Freud contra las traducciones de Brill, aquél se irritaba y atribuía la postura de Jones a celos hacia Brill[280].

Brill fue un buen organizador; cuando fundó la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York en 1911, Jones (que entonces estaba en Toronto) contestó en mayo de 1911 inaugurando la Sociedad Psicoanalítica Americana, que incluiría a todos los analistas de Estados Unidos que vivieran fuera de la ciudad de Nueva York. (Con el tiempo, la segunda organización llegó a ser la matriz, con lo que las sociedades miembros, como los grupos de Nueva

276 Citado en Bernays, *Biography of an Idea*, p. 259.
277 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. xxxii.
278 Jones, *Free Associations*, p. 232.
279 Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 24.
280 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 45.

York, cayeron bajo su égida.) Aunque al principio hubo algo de competencia entre aquellos dos primeros grupos, al cabo de un año Brill se incorporó a la asociación de Jones. Pronto éste regresó a Europa, y, a finales de la Primera Guerra Mundial, Brill era la cabeza reconocida del psicoanálisis en América, y con frecuencia concedía entrevistas a los periodistas[281]. Aunque Brill le gustaba personalmente, Freud podía sentirse molesto con él; como escribió Freud: "Está totalmente americanizado, aunque sigue siendo un buen muchacho"[282].

A pesar de los esfuerzos de Freud para colocar a Frink como substituto suyo, Brill siguió conmovedoramente leal a Freud. Como en el caso de muchos de los primeros analistas, para Brill, quien dedicó su primer libro a "Mi estimado maestro, el profesor Doctor Sigmund Freud, cuyas ideas aparecen reproducidas aquí"[283], Freud era una figura paterna lograda. Brill llamó a su hija Gioia (Alegría), el significado literal del apellido de Freud en alemán. Y, como Freud, intentó analizar a uno de sus hijos. Cuando Freud visitó Nueva York en 1909, Brill vivía en *Central Park West*; Freud quedó tan impresionado por el lugar, que dijo: "quédese aquí; no abandone este lugar; es la parte más agradable de la ciudad, por lo que puedo ver"[284]. Hoy, también, muchos analistas de Nueva York han escogido esa zona para vivir.

En general, los historiadores no han tratado bien a Brill. No se le concederá su auténtica talla hasta que, como en el caso de Putnam, no se pongan sus escritos a disposición de los investigadores, si es que no se publican. Las cartas de Brill que conocemos se leen con extraordinario interés y revelan una vivacidad mental inesperada. Por su parte, Freud criticó duramente a Brill en lo referente a la correspondencia, ya que podía ser difícil obtener una respuesta de él[285]. Como afirmó Jones, Brill tenía "un corazón de oro"[286], pero sus ofertas a Jones de dimitir de sus puestos parecen bastante infantiles. En comparación con los primeros analistas, fue una persona despreocupada; cuando llegó por primera vez a Estados Unidos, "para ganarse la vida trabajó barriendo bares, dando lecciones de mandolina y enseñando"[287]. Brill era tan bonachón, que resultaba fácil de engañar, y Jones no siempre se abstuvo de hacerlo, cuando surgían divergencias relativas a la política de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

281 Hale, *Freud and the Americans*, pp. 394-96.
282 Martin Grotjahn, "Collector's Items from the Correspondence Between Sigmund Freud and Otto Rank", *Journal of the Otto Rank Association*, Vol. 6, Nº 1 (junio de 1971), p. 17.
283 Hale, *Freud and the Americans*, p. 391.
284 Fritz Wittels, "Brill", *Psychoanalytic Review*, Vol. 35 (1948), p. 398.
285 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 37; Jones, *Free Associations*, p. 231.
286 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 37; p. 46.
287 Hale, *Freud and the Americans*, p. 202.

Sin embargo, la posición de Brill era lo suficientemente insegura como para que el favorito de Freud en Viena, Otto Rank, imaginara que la dirección del psicoanálisis en Estados Unidos estaba todavía vacante. Cuando llegó a América en 1924, se le ocurrió la idea de organizar a los analistas americanos, encabezados por él[288]. Desde luego, Brill se sintió disgustado ante el hecho de que otro favorito de Freud intentara ocupar su puesto, y protestó ante Freud. En época tan avanzada como 1933 Jones pensaba que la Sociedad de Nueva York parecía tan agitada con intrigas personales, que el propio psicoanálisis tenía que resultar desatendido[289].

Jones reconoció que Brill había "prestado muchos más servicios al psicoanálisis en América que ninguna otra persona"[290]. Freud había confiado en Brill para que se encargara de las transacciones económicas relativas a sus libros en Estados Unidos, y Brill extendía un cheque para Freud, cuando la ocasión le parecía apropiada. La mente de Brill era ágil y viva, y en la década de 1930 se había convertido en el centro de los envíos de pacientes psicoanalíticos en la ciudad de Nueva York. (En última instancia, Brill dependía del favor de Freud; en cierto sentido Freud mantenía a todos sus seguidores, dado que la estructura económica del movimiento descansaba sobre él. El favor de Freud se expresaba mediante el envío de pacientes, citas en la literatura, y recomendaciones verbales; había psicoanalistas dependientes de Freud en todas las partes del mundo, y aquello podía ser una influencia corruptora.) Sin embargo, Brill era bastante tosco, y, aunque había estudiado por un corto período de tiempo en el Burghölzli de Zurich y ocupaba un puesto importante de psiquiatría en Columbia, sus modales carecían del tipo de refinamiento que podía promover la aceptación del psicoanálisis en el mundo de la medicina oficial[291].

Hasta 1922 aproximadamente el ingreso en la Sociedad de Nueva York era completamente libre; posteriormente, se exigieron análisis personales, pero todavía no se había ideado la práctica por la que analistas veteranos supervisaban análisis realizados por estudiantes en formación. En 1930 los analistas de Nueva York tenían 50.000 dólares con los que querían fundar un instituto didáctico inspirado en el de Berlín. Un grupo de ellos (Bertram Lewin, Monroe Meyer y Abram Kardiner) se entrevistaron con Brill y le pidieron que se trajera a alguien para dirigir el instituto, ya que en su opinión Brill no era el hombre indicado para el puesto. Todos quedaron de acuerdo en invitar a Sandor Rado de Berlín, y en 1931 pasó a ser el nuevo director, mientras que Brill siguió siendo el presidente de la Sociedad.

288 Entrevistas con George Wilbur, 24-25 de septiembre de 1965.

289 Carta de Ernest Jones a Anna Freud del 25 de octubre de 1933 (archivos de Jones).

290 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 111.

291 Paula Fass, "A. A. Brill - Pioneer and Prophet", tesis doctoral, Departamento de Historia, Columbia University, junio de 1968, p. 29.

Aunque ningún analista tenía el apoyo incondicional de Freud, tampoco floreció la democracia entre los analistas; y Rado llegó a sentirse molesto con el espíritu de ortodoxia y de tradicionalismo sustentado por una oligarquía del grupo de Nueva York. La intolerancia de los más ortodoxos duró mucho más que los ataques mal informados[292]. Aun hoy muchos analistas americanos comparten parte de la actitud defensiva de Freud hacia el mundo exterior, como si ya no formaran parte del orden establecido. El modelo de Freud ha servido para muchos fines, y puede respaldar incluso la pretensión de audacia e innovación por parte de quienes en realidad son bastante conformistas. Antes de que Rado abandonara la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York en 1944 para dirigir la escuela para formación de analistas de la Universidad de Columbia, Karen Horney (que era gentil) ya había sido tachada de traidora. Y a finales de la década de 1930, cuando muchos analistas refugiados se establecieron en Nueva York, Brill había encontrado un fondo de oposición, no a causa de su ortodoxia, sino porque su estilo individualista de dirección era entonces demasiado anticuado.

Originalmente, la idea de las sociedades psicoanalíticas de América era que grupos eclécticos de personas se reunieran para discutir cuestiones de interés mutuo. Pero había una tendencia a la profesionalización, y los institutos didácticos llegaron a tener su propia organización. Al principio, para llegar a ser miembro de una sociedad bastaba con asistir a las reuniones. A finales de la década de 1930 los institutos habían llegado a tener gran fuerza, y resistieron el desafío de la tradición de enseñanza con que los analistas europeos estaban más familiarizados. El ascenso de los institutos se vio favorecido por la receptividad social a las instituciones nuevas en América, donde les resultaba más fácil que en Europa adquirir prestigio.

Muchos observadores de la vida americana han señalado que, junto a la retórica individualista, la auténtica forma de vida ha tendido a ser profundamente conservadora. De hecho, esos dos opuestos pueden juntarse para explicar la receptividad de América hacia Freud. Una sociedad relativamente carente de jerarquía y de niveles fijos de posición social, tiene por fuerza que hacer que cada individuo dependa más de la aprobación del grupo. El psicoanálisis era atractivo tanto para la faceta colectivista como para la individualista del carácter nacional americano. El miedo a ser diferente ha alimentado con frecuencia el interés por la insistencia psicoanalítica en lo excepcional y en lo anormal.

Freud nunca alcanzó en la vida cultural inglesa la posición que desde hace mucho tiempo ha tenido en Estados Unidos; incluso desde el punto de vista de los honorarios, un analista tendría una mejor situación prácticamente en cualquier parte de Norteamérica que en Londres. A finales del

292 Entrevista con Sandor Rado, 29 de junio de 1966.

siglo pasado y comienzos del actual la neurología inglesa era una de las mejores del mundo, e indudablemente eso impidió la aparición de un movimiento psicoanalítico potente. Además, Inglaterra, a diferencia de Estados Unidos, poseía una cultura antigua y un aprecio por su pasado. Hasta finales del siglo pasado no se vieron los americanos forzados a advertir que con el final de la expansión su futuro se veía profundamente restringido por las limitaciones de la historia.

Aun en comparación con la propia actitud mojigata de Freud hacia el sexo, los americanos de finales del siglo pasado y comienzos del actual parecen haber sido más puritanos; y un vestigio de ese interés puritano en el sexo persiste en la América actual. No obstante, América ha evolucionado mucho en su concepción de la moralidad sexual. Por ejemplo, "el estereotipo de mujer de los médicos fue volviéndose 'más puro' desde la década de 1870 hasta 1912 aproximadamente"[293], lo que sugiere que nuevamente se estigmatizaba a las mujeres. Se condenaban las perversiones por considerarlas malsanas, y tanto la masturbación excesiva como el coito frecuente se juzgaban peligrosos; cuando el propio Freud se preguntaba si la masturbación podía provocar una pérdida de la virilidad, mostraba simplemente que era un hombre de su tiempo.

A pesar de la aclamación que Amárica tributó a Freud, la actitud de éste hacia la vida americana fue desdeñosa y despectiva; eso iba ligado en parte a su odio a la dependencia, ya que en sus últimos años los americanos fueron sus pacientes más lucrativos. Según Jones, que compartía plenamente la opinión de Freud a ese respecto, Freud tenía

> la sensación de que el éxito comercial predominaba en la escala de valores de Estados Unidos, y que la erudición, la investigación y la reflexión profunda... eran poco estimadas... posteriormente llegó a adoptar la opinión bastante cínica de que era un país cuya única función era proporcionar dinero para sostener la cultura europea... [294].

Cuanto más limitada estuvo la práctica de Freud a pacientes americanos, y no locales, más tuvo que cambiar el foco de su necesidad de oposición. Anteriormente, Freud había "necesitado la oposición de Viena psicológicamente y no deseaba desperdiciar la oportunidad de burlarse de los vieneses"[295].

En la década de 1920, al despedir a un paciente americano al que consideraba aburrido y superficial, Freud explicó que aquel hombre "¡carecía de inconsciente!". Ante la descripción de un sueño especialmente

293 Hale, *Freud and the Americans*, p. 39.

294 Jones, *Free Associations*, pp. 39, 190-91. Cuando un médico vienés que viviera en Estados Unidos daba muestras de no ser digno de confianza, Jones lo calificaba de "psicoanalista americano". *Sigmund Freud: Four Centenary Addresses* (Nueva York: Basic Books; 1956), p. 52.

295 Reik, "Years of Maturity", p. 70.

extraño de otro americano, exclamó: "Ese es un auténtico sueño". La pasión de Freud por el tabaco le hacía pensar que el descubrimiento de éste era "la única excusa que conozco para la faena que nos hizo Colón"[296]. En cierta ocasión Freud dijo bromeando: "América es un error; un error gigantesco, es cierto, pero un error, al fin y al cabo"[297]. Negó que "odiara" a América, simplemente la "compadecía"[298].

En su memorable viaje a América de 1909, las razones de Freud para las dificultades a la hora de adaptarse a las costumbres locales iban desde la ausencia de retretes públicos, y la calidad de la comida y la bebida, hasta las quejas más comunes sobre Estados Unidos: la falta de respeto por la intimidad, los modales, la hipocresía sexual, la falta general de cultura, el alcoholismo, y el frenético ritmo de vida. En cierta ocasión Freud consideró la posibilidad de escribir algunos artículos populares para la prensa americana, pero después desistió ante las condiciones impuestas:

> Si un autor apreciado ofreciera un contrato a un editor alemán, éste estaría encantado de aceptarlo y no haría depender del éxito del primer artículo la decisión de publicar o no otro. Esa absoluta sumisión de vuestros editores al pésimo gusto de un público inculto es la causa del nivel de la literatura americana y, sin lugar a dudas, el anhelo irrefrenable de ganar dinero es la causa de esa sumisión. Un editor alemán no se habría atrevido a proponerme los temas sobre los que debo escribir [299].

A Freud le desagradaban los ideales americanos de igualdad, y especialmente el igualitarismo entre los sexos. En cierta ocasión se refirió despectivamente al "gobierno de las mujeres" en Estados Unidos, y dijo a un paciente americano que "las mujeres americanas son un fenómeno anticultural... Los hombres americanos no saben cortejar... Tiene que haber desigualdad, y la superioridad del hombre es un mal menor"[300]. Justificó su odio a América con tal variedad de razones, que de lo único que podemos estar seguros es de su aversión. Como Marx en su desagrado hacia Rusia, Freud detestaba el país que iba a escogerlo como uno de sus profetas. En 1952, el 64 por ciento de los miembros de la Asociación Psicoanalítica Internacional estaban en América[301].

Freud admiraba sin lugar a dudas el sentido de independencia de América, aunque suponía que la mayoría de sus librepensadores debían de ser judíos; tuvo colgada una reproducción de la Declaración Americana de

296 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 183.

297 *Ibid.*, p. 60.

298 Max Eastman, "Differing with Sigmund Freud", en *Einstein, Trotsky, Hemingway, Freud and Other Great Companions*" (Nueva York: Collier Books; 1962), p. 129.

299 Bernays, *Biography of an Idea*, p. 263.

300 "Civilization and Its Discontents", p. 49; Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 98. Cf. Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America*, pp. 148-49.

301 Robert P. Knight, "The Present Status of Organized Psychoanalysis in the United States", *Journal of the American Psychoanalytic* Association, Vol. 1, Nº 2 (abril de 1953), p. 209.

Independencia en una pared de su piso[302]. Quizás su comentario más favorable sobre América fuera el que hizo en una carta a Arnold Zweig en 1939, después de que se hubiera trasladado a Londres:

> Creo que ha hecho usted bien en escoger América en lugar de Inglaterra. En la mayoría de los aspectos Inglaterra es mejor, pero es muy difícil adaptarse aquí... América me parece un Anti-Paraíso, pero tiene tanto espacio y tantas posibilidades, y, en última instancia, se acaba por pertenecer a ella[303].

No obstante, al reflexionar sobre el desarrollo del movimiento psicoanalítico, Freud temía que los americanos se apresuraran demasiado a unir el psicoanálisis con la psiquiatría médica. "La esencia de su comentario" a Martin Peck poco antes de su muerte "fue que en América la medicina aplicada era la regla, y que las contribuciones a su estructura eran la excepción"[304].

La historia del movimiento psicoanalítico ilustra la "ley inflexible de la oligarquía" de Robert Michels, que afirma que todos los movimientos de reforma están condenados a burocratizarse y jerarquizarse, por oposición al espíritu que los creó. Antes de la muerte de Freud, había quedado claro que había un conflicto entre el genio creativo y las necesidades organizativas; el deseo de Freud de que hubiera estudiantes extranjeros que se formaran en Viena, fueran cuales fuesen los deseos de las sociedades psicoanalíticas de sus países, lo convirtió en una amenaza contra un movimiento burocratizante. Su especial actitud hacia América intervino en eso; cuando Freud preguntó a Theodor Reik "si me gustaría formar a un psiquiatra americano que sólo podía permanecer por un corto período de tiempo en Viena y expresé profundas dudas de que un período tan corto de formación fuera suficiente, dijo encogiéndose de hombros: 'Se trata de simple materia de exportación'"[305].

Los temores de Freud con respecto al futuro del psicoanálisis se centraban en el símbolo de América, su heredera no deseada. Le disgustaba la tendencia a comercializar sus ideas y a presentarlas de forma sensacionalista; y estaba convencido de que los americanos carecían de creatividad intelectual: "las contribuciones a nuestra ciencia procedentes de ese vasto país son exiguas y aportan pocas innovaciones"[306]. Freud pensaba que en América "los psiquiatras y los neurólogos usan con

302 Entrevista con Mathilda Hollitscher, 5 de noviembre de 1966.

303 *The Letters of Freud and Zweig*, p. 178l 178.

304 Martin Peck, "A Brief Visit with Freud", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 9, Nº 2 (1940), p. 206.

305 Reik, "Years of Maturity", p. 72. Cf. también la carta de Ernest Jones a Johann van Ophuijsen del 14 de diciembre de 1927 (archivos de Jones).

306 "Introduction to the Special Psychopathology Number of *The Medical Review of Reviews*", *Standard Edition*, Vol. 21, p. 254.

frecuencia el psicoanálisis como método terapéutico, pero por regla general muestran poco interés en sus problemas científicos y en su significado cultural"[307]. Le preocupaba incluso, como era característico en él, que la recepción americana de sus ideas no fuera suficientemente potente intelectualmente: los antiguos centros de cultura, donde se ha mostrado la mayor resistencia, han de ser el escenario de las luchas decisivas sobre el psicoanálisis"[308]. Fuera cual fuere la acogida que América diera a sus ideas, podía desecharse como el recurso de agarrarse a un clavo ardiendo, el anhelo de cualquier novedad, por parte de una cultura esencialmente inferior.

La tendencia americana, tal como Freud la veía, era "a acortar el estudio y la preparación y a pasar lo más rápidamente posible a la aplicación práctica"[309]. Había visto, primero con Jung y después con Otto Rank, el modo como las visitas a América parecían seducir a sus seguidores a abandonar partes de su edificio psicoanalítico. Para Freud, los recién llegados a Estados Unidos parecían desarrollar un temperamento rebelde, y habló mordazmente del interés americano en la obra de Adler[310]. Jones hizo eco reiteradamente a las afirmaciones de Freud sobre los peligros de la regresión científica presentados por el ambiente supuestamente enervante de América[311]. Delante de Freud podía ser extremadamente difícil encontrar los recursos emocionales para discrepar de él; y puede ser que advirtiera que la distancia podía afectar a la relación con él de un seguidor suyo. Por eso, la frase de despedida que Freud dijo a Franz Alexander, cuando éste salió para Estados Unidos, fue: "Espero que América deje algo intacto del Alexander real"[312].

La desconfianza de Freud con respecto a la favorable reacción americana ante sus ideas se vio reforzada por la negativa de los americanos a aceptar el análisis profano. El sentía una profunda hostilidad por la profesión médica, y pensaba que otras especialidades, diferentes de la medicina, podían ser una formación básica previa y apropiada para los aspirantes a analistas. Freud comprendió que "lo que se opone al psicoanálisis no es la psiquiatría, sino los psiquiatras", y fue lo suficientemente equitativo como para reconocer que "nuestros psiquiatras no son estudiantes del psicoanálisis y nosotros, los psicoanalistas, tratamos muy pocos casos psiquiátricos". Proponía la perspectiva de que "primero ha de madurar una raza de

307 *Ibid.*

308 "On the History", p. 32.

309 "Introduction to the Special Psychopathology Number of *The Medical Review of Reviews*", p. 255.

310 "New Introductory Lectures", p. 140.

311 Carta de Ernest Jones a Max Eitingon del 24 de febrero de 1937 (archivos de Jones); Jones, *Free Associations*, pp. 218, 221; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 135.

312 Franz Alexander, *The Western Mind in Transition* (Nueva York: Random House; 1960), p. 101. Las últimas palabras de Freud a Hanns Sachs fueron: "Sé que tengo por lo menos *un* amigo en América". Sanchs, *Freud*, p. 187.

psiquiatras que hayan pasado por la escuela del psicoanálisis como ciencia preparatoria'', y reconoció que ''actualmente se están dando en América los primeros pasos en esa dirección...''[313].

Fudamentalmente, el objetivo de Freud era el de una profesión totalmente nueva de analistas, sin antecedentes médicos ni clericales. No obstante, lo máximo que iban a hacer los americanos iba a ser promulgar una cláusula que aceptaba a los analistas antiguos sin títulos médicos, pero hicieron que fuera casi imposible que los candidatos jóvenes fueran admitidos a la preparación de primera clase, a no ser que ya hubieran acabado sus estudios de medicina. Freud consideró una ofensa personal la postura americana sobre el análisis profano; como escribió en cierta ocasión, ''me siento herido por el comportamiento de los analistas americanos en la cuestión del análisis profano. No parece que me aprecien demasiado''[314]. Pensaba que ''el movimiento contra el análisis profano parece ser simplemente un retoño de la antigua resistencia contra el análisis en general''[315]. En opinión de Freud, los analistas americanos, al tiempo que no producían obras de importancia fundamental, estaban minando también, con su oposición al análisis profano, las fuentes de futuras contribuciones al pensamiento psicoanalítico.

En el estudio sobre Woodrow Wilson en que Freud colaboró con William C. Bullit podemos encontrar otras pruebas de la naturaleza de los sentimientos de Freud hacia América. Wilson representaba todo el provincialismo beato que otros han visto en América, ''la tierra de Dios''[316]. Aunque toleró —y en ocasiones admiró— a individuos americanos, Freud esperaba que los analistas americanos repudiaran su obra algún día[317]. Los analistas americanos se opusieron de tal modo a la admisión de miembros que no fueran médicos, que a finales de la década de 1920 una secesión americana de la Asociación Psicoanalítica Internacional fue una posibilidad real[318]. Gracias a Ernest Jones, que apreció plenamente el resentimiento de los americanos ante el trato arrogante que recibían de los vieneses, se llegó a un compromiso en el Congreso de Oxford de 1929, por el que los europeos accedían a no aceptar en adelante a ningún candidato, ya fuera profano o médico, a no ser que su sociedad psicoanalítica hubiera dado su aprobación previamente[319]. En fecha tan avanzada

313 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, pp. 254, 423.

314 Citado en Nolan D. C. Lewis, ''Smith Ely Jelliffe'', en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 227.

315 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 292; cf. también *ibid.*, p. 298.

316 ''The Future of an Illusion'', p. 19.

317 Entrevista con Irmarita Putnam.

318 Carta de Ernest Jones a Johann van Ophuijsen, del 28 de octubre de 1927 (archivos de Jones).

319 Cartas de Johann van Ophuijsen a Ernest Jones del 14 de diciembre de 1927 y del 28 de noviembre de 1928 (archivos de Jones).

como 1938 Freud todavía afirmaba que ''probablemente el grupo americano se separará; lo esperamos''[320].

Los presentimientos de Freud con respecto a lo que sería de sus ideas en América se han cumplido en alguna medida. Por ejemplo, en las habitaciones de consulta de los analistas británicos actuales, el sofá analítico está colocado en lugar prominente, a veces en el propio centro de la habitación. Cuando cruzamos el Atlántico hasta Nueva Inglaterra, lo más probable es que el sofá analítico, aun siendo todavía una entidad diferenciada, no ocupe un lugar destacado y esté junto a una pared. En Chicago el sofá de un analista puede usarse para fines sociales además de terapéuticos, y en la Costa Oeste el mobiliario del despacho de un analista —que probablemente incluya sillas suficientes para la terapia de grupo— revela con toda claridad exactamente lo que Freud temía: que para el analista la práctica del análisis ha pasado a ser una técnica terapéutica entre muchas otras.

En contra de los deseos de Freud, el movimiento psicoanalítico en América se convirtió en parte integrante de la psiquiatría. Como observó Freud, ''no me gusta lo más mínimo ver que el análisis se ha convertido en el sirviente de la psiquiatría en América y en nada más''[321]. Los psiquiatras americanos, a diferencia de los ingleses, apoyaron la obra de Freud. Pero, así como en otros sectores de la vida americana ha habido sólo un mínimo de teorización, así también dentro del psicoanálisis ha triunfado el pragmatismo[322]. La inclinación americana, incluso en un campo tan introspectivo como el psicoanálisis, ha consistido en insistir en los cambios de comportamiento en el tratamiento terapéutico, en lugar de en conservar la insistencia de Freud en los cambios internos de la personalidad.

La práctica de Freud en su vejez extrema, cuando la mayoría de sus discípulos americanos lo conocieron, tendía a ser diferente del psicoanálisis de antes de la Primera Guerra Mundial. Fue el último Freud, agonizante, el que formó a la mayoría de los terapeutas que llevaron su técnica de regreso a Estados Unidos; ahora bien, éstos se identificaban con un hombre que estaba renunciando a sus contactos humanos, al que hacía daño hablar. El retraimiento cada vez mayor de Freud dio seguridad a los americanos —más ingenuos que sus colegas europeos con respecto a las posibilidades de conocimiento de los expertos— de que la ciencia del psicoanálisis, que Freud iba colocando cada vez más en primer plano, tenía una técnica que en última instancia iba a servir para sus propios fines especiales.

320 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, p. 108.

321 Citado en Lewis, ''Smith Ely Jelliffe'', p. 228. Cf. también la carta de Freud a Jacques Schneir del 5 de julio de 1938 (archivos de Jones).

322 Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America*, p. 2.

Así, que los americanos, optimistas legendarios, se entregaron al lúgubre estudio de Freud. Como extranjeros temporalmente desconectados de Estados Unidos, su pasado quedaba realzado para ellos, pues su vida en Viena era limitada y aislada. Para un americano, un análisis con Freud era particularmente aislado, en el sentido de que después el paciente volvería a su país de nuevo. Aunque a Freud le desagradaba tratar a americanos, necesitaba su dinero, y con respecto a éste podía ser bastante abierto; pero debió de saber que, al decidirse a analizar a pacientes americanos, estaba eliminando cualquier posibilidad que pudiera haber de que el psicoanálisis proliferara en Viena.

Los primeros partidarios del psicoanálisis estuvieron apasionadamente comprometidos con la causa: la campaña inicial en favor del enfoque freudiano estuvo en manos de especialistas muy diferentes de los de hoy. Y, sin embargo, los círculos psicoanalíticos americanos insisten menos en la claridad doctrinal que los europeos. La insistencia en la ortodoxia de algunos de los analistas europeos refugiados obstaculizó el desarrollo científico del análisis en América; consiguieron mantener el psicoanálisis más aislado de lo que era necesario. Pero puede ser que su fervor fuera una parte indispensable de la energía que hizo posible el triunfo del psicoanálisis en América.

Capítulo 8

OTTO RANK: HIJOS Y PADRES

1. El trauma del nacimiento.

Otto Rank (1884-1939) ocupó un lugar excepcional en la vida de Freud; fue importante para Freud de forma intensamente personal, y nadie desempeñó exactamente el mismo papel. Resulta difícil saber retrospectivamente hasta qué punto la envidia de Jones con respecto a la intimidad de Rank con Freud lo indujo a insistir en que Rank no hizo sino seguir el camino "descarriado" de Adler y Jung. En gran parte Jones podía recurrir al saber convencional entre los psicoanalistas, y con una gran abundancia de material hasta entonces inédito completó una versión oficial de lo que había ocurrido entre Freud y Rank. Según dicha versión, las grandes esperanzas de Freud le hicieron sobreestimar el talento de Rank y sus contribuciones potenciales al psicoanálisis. Tan pronto como Rank renunció a los descubrimientos básicos del psicoanálisis, y no sólo a su superestructura teórica, Freud prescindió de él.

Jones informó de las dificultades entre Freud y Rank con gran detenimiento:

> He relatado con cierta extensión el episodio del abandono de Freud por Otto Rank, porque proporciona la más completa refutación del mito, todavía popular, de que Freud era una persona dictatorial que se negaba a tolerar el más mínimo alejamiento de sus seguidores con respecto a sus ideas, y que al instante los expulsaba de su círculo [1].

[1] Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. xii.

Al combatir esa simplificación exagerada, Jones atacó con la afirmación de que Rank había tenido una psicosis formándose en su interior que contribuyó a separarlo de Freud. Ahora bien, se puede dar una explicación mucho más satisfactoria de lo que ocurrió entre Rank y Freud, que recalque los aspectos trágicos del conflicto entre aquellos dos hombres, sin recurrir a los antiguos tópicos, ya sea el de la resistencia del discípulo o el del autoritarismo del maestro. Aunque el relato de Jones contiene una porción de la verdad, podemos intentar hacer más plausible humanamente una controversia que, en mi opinión, se ha mitificado.

Rank, nacido en Viena en 1884, era de extracción social relativamente baja. Su padre bebía y era un irresponsable, pero "al parecer, afligió a su familia más por su indiferencia que por su brutalidad"[2]. Finalmente, la familia se separó. "A la edad de dieciséis o diecisiete años, Rank y su hermano se liberaron definitivamente de la autoridad de su padre"[3]. Su apellido había sido Rosenfeld, pero Otto comprendió que no podía soportar la carga del apellido de su padre. Así, que escogió el de Rank, quizás inspirándose en *Una casa de muñecas* de Ibsen, con lo que conservó sólo la letra "R" como parte de su pasado. (Por lo menos otro psicoanalista, Erik H. Erikson, inventó también su apellido.)

Desde muy joven Rank se puso a trabajar y ayudó económicamente a su madre. Según una versión, trabajó en una fábrica de vidrio, pero indudablemente hizo también otros trabajos. De algún modo Rank encontró también tiempo y energía para leer sobre los temas más variados, y los escritos de Freud lo hechizaron. Alfred Adler era el médico de la familia de Rank, y, estando una vez en el despacho de Adler para una consulta, Rank se aventuró a hablar de Freud. Adler se ofreció a presentárselo, y en 1906, a la edad de veintidos años, Rank acudió ante Freud con un ensayo que había escrito, "El artista".

Freud, que había tenido sentimientos opuestos hacia sus protectores en su propia juventud, pronto se convirtió en el mentor y protector de Rank. Tal como Freud lo describió en 1914:

> Un día, un joven que había estudiado en una escuela técnica se me presentó con un manuscrito que revelaba una comprensión muy poco habitual. Lo convencimos para que hiciera los estudios del *Gymnasium* y de la universidad y se dedicara al aspecto no médico del psicoanálisis. La pequeña sociedad adquirió con él un secretario entusiasta y responsable y yo gané con Otto Rank un ayudante y colaborador de lo más leal[4].

Rank escribía a mano las Actas de la Sociedad de Viena. Evidentemente, Rank realizaba su labor con eficacia, y él y Freud llegaron a ser íntimos. Freud encargó a Rank la revisión de las ediciones de *La interpretación de los sueños*; Rank se encargó íntegramente de las biografías de la cuarta, quinta y sexta ediciones (1914-22). Rank se convirtió en "el investigador [de Freud], en su lector de pruebas, en su hijo adoptivo"[5].

Freud estuvo firmemente convencido de las ventajas de que un maestro mantuviera cierta distancia con respecto a sus discípulos; inevitablemente, llegaba a ser más importante para ellos de lo que cualquiera de ellos podía llegar a ser para él. No obstante, con Rank, Freud consiguió adoptar su actitud más generosa. La confianza de Freud confirmó a Rank en sus aspiraciones creativas. Parte de la ayuda que Freud podía ofrecer era económica; pero igualmente importante fue la fe de Freud en las capacidades de Rank, sus grandes esperanzas con respecto a aquel joven de talento, que dieron a Rank el empujón que necesitaba. Con el bagaje de los conceptos psicoanalíticos con que trabajar, y animado por la inspiración personal de Freud, Rank llegó a ser escritor, intelectual y erudito.

Freud hizo todo lo que cualquier hombre mayor puede hacer por alguien más joven, y sería imposible sobreestimar lo que Freud significó para Rank. En la época en que Rank acudió ante Freud, la única formación de Rank era la de una escuela técnica. Con ayuda de Freud obtuvo el título de Doctor en Filosofía por la Universidad de Viena en 1912. Freud se convirtió en un subsituto ideal del padre de Rank.

El campo especial de interés de Rank era la mitología, en la que consiguió, según Jones, una "erudición verdaderamente inmensa"[6]. Tal como el propio Freud lo resumió, el enfoque de Rank de la psicología de los mitos consistía en ver cómo se proyectaba la mitología "en los cielos después de haber surgido en algún lugar bajo condiciones puramente humanas"[7]. También siguió desarrollando su interés en la creatividad y en la psicología de las artes. Un importante ensayo de Rank interpretaba el papel del "doble" en la literatura. Freud contribuyó con un ensayo al libro de Rank *El mito del nacimiento del héroe*. Mas notable aun es —y podemos imaginar la sensación que debió de causar a los demás discípulos de Freud— que éste permitiera que dos ensayos de Rank aparecieran en nuevas ediciones de *La interpretación de los sueños* (que posteriormente se eliminaron, después de su riña). Diseminadas por toda la obra de Freud podemos encontrar señales de la posición de Rank, comentarios como "lo que sigue está escrito bajo la influencia de un intercambio de ideas con Otto Rank" o "como ha señalado apropiadamente Otto Rank..."[8].

En 1912 Rank pasó a ser, junto con Hanns Sachs, director de *Imago*, y pronto Freud lo nombró el más importante redactor del *Zeitschrift*, la

---

[2] Jak Jones, "Otto Rank: A Forgotten Heresy", *Commentary*, Vol. 30, Nº 3 (septiembre de 1960), p. 219.

[3] *Ibid.*

[4] "On the History", p. 25.

[5] *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. I, ed. Gunther Stuhlmann (Nueva York: Harcourt, Brace and World; 1966), p. 292.

[6] Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 160.

[7] "The Theme of three Caskets", p. 292.

[8] "Group Psychology and the Analysis of the Ego", p. 135; "Mourning and Melancholia", p. 249. Cf. también "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 160.

revista principal de la literatura psicoanalítica publicada en alemán. Rank fue tambien el miembro principal (a pesar de ser el más joven) del comité secreto fundado después de la pérdida de Adler y de Jung para aliviar a Freud de algunas de las obligaciones de la dirección; en una fotografía de grupo tomada en 1922 de Freud y sus partidarios más próximos (Rank, Ferenczi, Abraham, Jones, Sachs y Eitingon). Rank era el que estaba colocado directamente detrás de la silla —semejante a un trono— de Freud. A principios de la década de 1920, Freud solía permanecer en la Sociedad de Viena sólo para la presentación de los artículos; después había un descanso y a continuación Rank se hacía cargo de la presidencia de la reunión.

Es comprensible que los demás discípulos tuvieran celos de Rank, y quizás esos celos fueron responsables a la larga de que Jones interpretara erróneamente las causas de las dificultades que surgieron entre Freud y Rank y de que minimizara la intensidad de su intimidad anterior. "Durante años Rank tuvo un contacto estrecho, casi diario, con Freud, y, sin embargo" —afirma Jones— "esos dos hombres nunca llegaron a tener una relación íntima. Rank carecía del encanto, entre otras cosas, que parecía significar mucho para Freud"[9]. Todos los testimonios de que disponemos impugnan esa interpretación; Freud valoraba en Rank precisamente las cualidades que condujeron a una intimidad espontánea[10].

Fuera lo que fuese lo que Freud hiciera por sus demás discípulos, Rank fue su favorito personal, de hecho fue algo más que un discípulo. Cuando Anna Freud cayó enferma de tos ferina, Freud escogió en su lugar a Rank para viajar con él; en calidad de hijo adoptivo fue como Rank figuró de forma tan destacada en la vida de Freud. El estímulo que Freud dio a Rank reflejaba en parte su insatisfacción con respecto a muchos de sus discípulos vieneses; y el reconocimiento por parte de Freud del talento de Rank procedía, en sentido más personal, de su distanciamiento con respecto a sus hijos. (El hijo mayor de Freud, Martin, llegó a sentirse enfadado y un poco celoso de la administración por parte de Rank de los asuntos de Freud; hasta después de su separación no pudo aquél hacerse cargo de las cuestiones económicas.)

Desde el punto de vista de Freud, Rank estaba especialmente indicado para ser su sucesor. Los propios hijos de Freud no lo estaban pues su falta de creatividad los descalificaba para sostener la inmortalidad que Freud estaba convencido de poseer. Otros discípulos tampoco eran apropiados; pues, al haber acudido ante Freud por lo menos con algunas realizaciones previas, podían ser independientes. Pero Rank había entrado en el círculo de Freud con sólo sus capacidades naturales, y Freud pudo darle a luz, metafóricamente. Freud pensaba que su genio había nacido completamente

9 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 160. Cf. también *ibid.*, p. 155.

10 Cf. por ejemplo, Felix Deutsch, "Hanns Sachs", *The American Imago*, Vol. 4, Nº 2 (abril de 1947), p. 4. Cf. también Sachs, *Freud*, p. 12.

desarrollado y que no podía atribuirse su origen a un pasado familiar o social reconocible. En Rank, Freud podía tener un sucesor digno, el producto de la voluntad del maestro, formado con generosidad, estímulo e inspiración.

La gratitud de Rank hacia Freud atribuía en alguna medida un carácter infantil a su actitud hacia su protector. Jones atribuyó parte del inmenso respeto de Rank hacia Freud al hecho de que procediera de un "estrato social claramente más bajo que los demás, y eso quizás explique el aspecto notablemente tímido e incluso deferente que presentaba en aquella época"[11]. "Deferencia" parece un término demasiado suave, y, sin embargo, "esclavitud" omitiría el afán que caracterizaba a la colaboración de Rank. Antes de la Primera Guerra Mundial, Rank era conocido por su servilismo, incluso en una cultura en que el respeto hacia los padres y superiores en general era habitual. En las reuniones Rank estaba preparado para ir a buscar un vaso de agua para Freud o para encender su puro.

A principios de 1916 Rank fue enviado a Cracovia para dirigir la revista oficial del ejército austríaco, el *Krakauer Zeitung*. Por primera vez se separaba de Freud, y sólo pudo hacer cortos viajes a Viena hasta el final de la guerra. Siguió editando *Imago* desde Cracovia y siempre consiguió enviar puros a Freud.

Jones pensó que los años pasados por Rank en Cracovia fueron "decisivos para el resto de su vida... [P]resentó dos personalidades completamente diferentes antes y después de la Gran Guerra; nunca ví a alguien cambiar tanto"[12]. Según Jones, la guerra había impedido los planes de Rank de ir a analizarse con Jones. Lejos de Freud, Rank por primera vez desempeño un puesto de responsabilidad propio. Tenía que viajar para su trabajo y parece ser que lo desempeñó de modo totalmente admirable. Al final de la guerra, el 9 de noviembre de 1918 se casó, con una rápida ceremonia militar; dos días después llevó a su esposa a Viena para que la conociera Freud.

Beata Tola Mincer contaba veinte y pocos años, cuando se enamoró de Rank. Su presentación a Freud fue para aquella tímida y sencilla muchacha polaca como una puesta de largo en la corte. Freud se había "convertido en un emperador, alguien a cuyo alrededor empezó a formarse y amplificarse una leyenda, que domina de forma ilustrada pero absoluta en su reino..."[13]. Mientras que Tola Rank era bonita, con más de un detalle de elegancia, su marido era un hombre casi feo. Pero formaban una pareja admirable, y ella se sometía a él con feminidad decimonónica.

Tola Rank pasó a ser inmediatamente un miembro de la familia de Freud, una cuñada adoptiva. Tola, que era casi de la misma edad que

11 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 160.

12 *Ibid.*, pp. 187, 160.

13 Wittels, *Freud*, p. 18.

Anna, la hija de Freud, fue aceptada por éste en su esfera. En un artículo que escribió en la primavera de 1919, una nota a pie de página agradecía a "la señora del Dr. Rank" una sugerencia[14]. La cita de Freud no pasó desapercibida a sus seguidores; evidentemente la esposa de Otto ocupaba una posición envidiable en el afecto de Freud. Cuando nació su hija, se la recibió como si fuera una auténtica nieta de los Freud; la familia de Freud contribuyó a la fabricación de un coche para la niña, y la cuñada de Freud, Minna, fue quien preparó el colchón. Hasta entonces los hijos de Freud sólo habían tenido hijos varones, de modo que aquella niña era, por decirlo así, su primera nieta.

A la larga, puede ser que el matrimonio de Rank lo condujera a interesarse por cosas exteriores al mundo de Freud, pero por el momento parecían encontrarse a sus anchas en su papel de pareja dentro de dicho mundo. La esposa de Freud raras veces recibía a invitados, en parte a causa de sus dificultades para hacer de anfitriona, así que Tola Rank hacía de anfitriona de Freud. Dio una cena para David Forsyth, un importante paciente inglés que estaba analizándose con Freud. También dio una cena para Lou Andreas-Salomé, cuando ésta visitó Viena; además de los Freud, los Rank invitaron a sus buenos amigos Helene y Felix Deutsch. En su piso de cuatro habitaciones, los Rank podían hacer de anfitriones con éxito para los Freud. Celebraron por lo menos una fiesta de Navidad a la que invitaron a los pacientes extranjeros de Freud.

Tola colaboraba, como había hecho en Cracovia, en la publicación de *Imago* y se encargaba de la lectura de pruebas de imprenta. También tenía el honor, junto con Anna Freud, de escribir al dictado las cartas de Freud para los miembros del comité, que se enviaban con las firmas tanto de Rank como de Freud. Freud y Rank "siempre escribían juntos y con frecuencia se referían a sí mismos con la expresión: 'nosotros'. El texto parecía sugerido por Freud en conversación con... Rank, quien después formulaba la carta a partir de su notas. Freud siempre asumía plenamente la responsabilidad"[15]. (Las otras cartas de Freud raras veces iban escritas a máquina, pues le gustaba escribirlo todo con su característica, pero muy difícil, caligrafía alemana.) El año después de que Anna Freud pasara a ser miembro de la Sociedad de Viena, Freud propuso que Tola Rank se incorporara también[16]. El hecho de ser miembro no significaba en aquella época que se estaba formado, o que se aspiraba a ejercer, pero tuvo que presentar un trabajo, que entonces era un requisito para pasar a formar parte de una sociedad psicoanalítica. El 30 de mayo de 1923, Tola Rank habló sobre "El papel desempeñado por las mujeres en la evolución de la sociedad humana" y quedó admitida.

14 "The 'Uncanny' ", p, 230.

15 Grotjahn, "Collector's Items from the Correspondence Between Sigmund Freud and Otto Rank", p. 26.

16 Una amiga de Tola recordó que fue a buscarla para asistir a un baile de disfraces por aquella época; Freud estaba en casa de los Rank, preocupado por Tola como si fuera su hija.

Después de que Viena empezó a recuperar la normalidad tras la Primera Guerra Mundial, Rank, con sus nuevas responsabilidades familiares, empezó a practicar el análisis. Como Freud, tenía su despacho contiguo a su piso, aunque era más pequeño. Rank fue uno de los primeros analistas profanos; en 1920 ya estaba analizando pacientes con pleno apoyo de Freud. Además, Rank se había lanzado a dirigir la nueva editorial de Freud con "asombrosa capacidad y energía, como director y como gerente..."[17].

Rank cenaba regularmente con los Freud los miércoles por la noche; a continuación Freud y Rank solían ir a hablar en las reuniones de la sociedad. Freud comentaba todo lo que escribía con Rank, y escuchaba lo que su discípulo tuviera que decir. A principios de la década de 1920 corrió incluso el rumor de que Rank había analizado a Freud durante un corto período de tiempo, y aunque eso parece extraordinariamente improbable —seguramente se habían limitado a intercambiar descripciones de sus sueños—, aun así da idea de la intimidad que había llegado a haber entre los dos. Aunque hubiera otros discípulos a los que admirara, a principios de la década de 1920 Otto Rank era no sólo su favorito personal, sino también su principe de Gales.

Al explicar el fracaso de los planes de Freud, Jones cita dos herejías de Rank: una, la teoría del trauma del nacimiento; la otra, un enfoque diferente de la terapia. Según Rank, su teoría se desarrolló en parte a partir de su experiencia terapéutica como analista, y, cuando perfiló su concepto del trauma del nacimiento, tenía consecuencias clínicas precisas. Verdaderamente, esas dos cuestiones fueron los temas cruciales de una disputa casi filosófica que con el tiempo surgió entre Freud y Rank.

Jones cuenta que en marzo de 1910 Rank sostenía ya que "la esencia de la vida era la relación entre madre e hijo". Tal como llegó a pensar pronto Rank, "los dos miembros de un matrimonio siempre repetían... esos [lazos] entre la madre y el hijo..."[18]. Sin embargo, en 1919, el psicoanálisis prestaba muy poca atención al papel de la madre en el desarrollo del niño o a las necesidades maternales de los pacientes en la terapia. Freud entendía a la madre como un objeto de deseo sexual y como una fuente de placer sensual. Pero no subrayó las funciones protectoras de la madre ni su función educativa, y ni siquiera citó a la madre como figura con respecto a la cual establece el niño una dependencia legítima en una primera etapa. (Quizás eso refleje la renuencia de Freud a explorar sus propias dependencias con respecto a su enérgica y dominante madre.)

En general Freud daba por sentadas las funciones educativas de una madre. La vinculación que Freud interpretó reiteradamente fue la del niño con su padre. En un historial clínico publicado en fecha tan avanzada como 1918, Freud habló del padre de un paciente como "su primera y más

17 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 31.

18 *Ibid.*, p. 58.

primitiva elección de objeto, que, en concordancia con el narcisismo de un niño pequeño, se había producido por la senda de la identificación''[19]. En aquella época Freud pensaba que el vínculo humano ''primero y más primitivo'' del niño pequeño era el que tenía con su padre, no con su madre. Freud no excluía la intervención de la madre en la psicopatología de sus pacientes; pero veía a la madre principalmente bien como una seductora que provocaba una situación edípica bien como el origen de los conflictos homosexuales adultos.

Como señaló Jones, la deducción práctica a partir del concepto de trauma del nacimiento de Rank era que ''clínicamente de él se desprendía que todos los conflictos mentales tenían que ver con la relación del niño con su madre...''[20]. Ahora eso se consideraría una simplificación exagerada, pero desde aquella época el psicoanálisis ha llegado a centrar su atención cada vez más en el papel de la madre tanto en el desarrollo normal como en el patológico. La obra de Donald Winnicott en Inglaterra y la de Erik Erikson en América, por ejemplo, han ido encaminadas a definir la esencial contribución de la madre a la salud en desarrollo del niño. Actualmente la angustia ante la separación y reacción del niño ante el miedo a la pérdida de la ayuda materna ya están estudiadas con detalle; aunque Jung ya la había previsto, la mayor parte de esa labor no se había publicado todavía a principios de la década de 1920, cuando los analistas consideraban todavía fundamentales los temores a la castración por parte del padre.

Cuando Rank presentó sus nuevos conceptos por primera vez, Freud comentó en broma que ''con una idea como ésa cualquier otra persona se habría establecido por su cuenta''[21]. Rank acabó el manuscrito de *El trauma del nacimiento* en abril de 1923, y lo presentó a Freud por su cumpleaños el 6 de mayo. Freud aceptó la dedicatoria del libro, que apareció impreso en diciembre de 1923; inicialmente, reaccionó favorablemente ante los nuevos conceptos de Rank. En febrero de 1924 Freud escribió que no sabía ''si el 66 o el 33 por ciento de él es cierto, pero en cualquier caso es el progreso más importante desde el descubrimiento del psicoanálisis''[22].

Sería injusto dar a entender que Rank fue el único psicoanalista de aquella época que subrayó la descuidada función de la madre. Georg Groddeck parecía estar llegando también a esa conclusión, y Sandor Ferenczi se inclinaba hacia el mismo punto de vista. Pero fue Otto Rank quien convirtió a la madre pre-edípica en el centro de su sistema. La idea de que la angustia procedía del trauma del nacimiento y de que dicho trauma tenía que volver a experimentarse en la terapia, pudo haber sido

19 ''From the History of an Infantile Neurosis'', p. 27.
20 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 58.
21 *Letters of Freud and Abraham*, p. 352.
22 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 59.

extrema, pero, aun así, en general la concepción de Rank estaba destinada a introducir la importancia psicológica fundamental de la madre[23]. Según un analista que hizo alguna labor de supervisión a las órdenes de Rank en aquélla época: ''Rank se limitó a colocar a la madre en todos los casos en que la concepción anterior había colocado al padre en el centro de los conflictos emocionales''.

El libro de Rank representaba una exageración caricaturesca del propio método de trabajo de Freud, consistente en enfocar un sólo problema en cada ocasión. Después de haber descubierto a la madre protectora para el psicoanálisis, Rank intentó desarrollar las consecuencias de aquel descubrimiento. El hecho de usar la noción del trauma del nacimiento equivalía en cierto sentido a seguir las huellas de Freud. Por lo menos en fecha tan temprana como 1908 Freud había mencionado ''el acto del nacimiento como una fuente de angustia''[24]. Y en otra ocasión escribió:

> El nacimiento es a un tiempo el primero de todos los peligros para la vida y el prototipo de todos los posteriores que nos hacen sentir angustia, y probablemente la experiencia del nacimiento haya dejado en nosotros la expresión de afecto que llamamos angustia. Macduff, personaje de la leyenda escocesa, que no nació de su madre, sino que fue sacado de ella desgarrándole el vientre, no conoció por esa razón la angustia[25].

El hecho de que Rank hubiera construido su tesis a partir de una idea de Freud entraba dentro de lo normal; así era como Freud esperaba que sus discípulos procedieran, elaborando sus propias contribuciones no desarrolladas. Pero, al usar su teoría como una acto de independencia, Rank se exponía a que le acusaran de hurto[26]; una vez más podía afirmarse que un discípulo de Freud estaba subrayando exageradamente un componente del psicoanálisis, construyendo un sistema a partir de una de las ideas de Freud.

Las conclusiones clínicas que Rank sacó, y que en parte lo condujeron a su teoría en primer lugar, se oponían radicalmente al pensamiento psicoanalítico de aquella época. Al examinar los escritos de Freud actualmente resulta demasiado fácil leer en ellos concepciones procedentes de nuestro presente estado de comprensión. En la época en que escribió Rank, Freud estaba subrayando con insistencia la comprensión intelectual como agente curativo.

Antes de escribir *El trauma del nacimiento*, Rank había colaborado con

23 Desde el punto de vista clínico, el concepto de trauma del nacimiento puede haber desempeñado un papel relativamente pequeño en la práctica de Rank. Por lo menos, un paciente que se analizó con Rank en 1926 nunca oyó hablar del trauma del nacimiento. Eso nos recuerda lo que dijo Karen Horney de que, cualesquiera que fueran las etapas de sus convicciones teóricas, su técnica como analista nunca se modificó.
24 *Minutes*, Vol. II, pp. 71-72, 323.
25 ''A Special Type of Object Made by Men'', p. 173. Cf. también ''The Interpretation of Dreams'', Vol. 5, pp. 400-01 e ''Introductory Lectures'', Vol. 16, pp. 396-97, 407.
26 Deutsch, *Confrontations with Myself*, p. 146.

Ferenczi en *El desarrollo del psicoanálisis*, cuya intención era alejarse de los primeros momentos —más racionalistas— de la obra de Freud. Aunque incluso en la década de 1950 Jones consideró el libro "siniestro"[27], su punto de vista ha pasado a formar parte del conocimiento común de los analistas. Rank y Ferenczi subrayaban la importancia de prestar atención constante a las realidades presentes a lo largo de todo el análisis, lo que era una forma de llamar más la atención sobre la interacción analista-paciente en la terapia. En general, Freud había desaprobado la tendencia de los pacientes a expresar con su conducta los problemas en lugar de rememorarlos. Por otro lado, Rank y Ferenczi señalaron los posibles usos terapéuticos de la expresión mediante la conducta como parte de un análisis que debería significar una nueva experimentación de las vivencias del pasado en lugar de simple conocimiento intelectualizado. Aunque Ferenczi iba a permanecer junto a Freud durante diez años más que Rank, aquel libro fue una causa de los problemas entre Freud y su sucesor elegido. El enfoque de Rank, como el de otros disidentes del psicoanálisis, indicaba que lo que era beneficioso para el paciente era el apoyo, no la simple comprensión. Como otros, Otto Rank era partidario de una actitud más tolerante hacia la psicoterapia y sus objetivos. Tal como se ha caracterizado el concepto de Rank del trauma del nacimiento, "la madre se manifiesta al niño en la relación de amor, y representa lo que el niño ya es, su condición natural, mientras que el padre se manifiesta en la relación de la virtud, y representa lo que el niño ha de llegar a ser"[28].

2. Una pena prematura.

Los demás estudiantes, especialmente Jones y Abraham, explotaron las tensiones entre Freud y Rank. Freud deseaba de todo corazón conservar a Rank a su lado. Pero hasta Freud llegó a ser víctima de los acontecimientos, a estar preso de su propia grandeza, una vez que hubo creado el movimiento psicoanalítico y propagado los relatos de las herejías de Adler y de Jung. Ahora bien, los que tenían razones para sentir celos de la posición de Rank, como recordó un analista, "cayeron sobre él como perros".

Las cualidades que habían hecho a Rank adecuado para ser el hijo adoptivo de Freud, y todo el aprecio que Freud le había demostrado, estimularon a los demás a atacar. Algunos de los discípulos de Freud han contado que él podía ser más tolerante que muchos de sus partidarios: "Mis discípulos son más ortodoxos que yo"[29], cuentan que dijo Freud,

27 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 55.
28 Jones, "Otto Rank: A Forgotten Heresy", p. 228.
29 Cartas de Rudolph Urbantschitsch a Ernest Jones del 29 de febrero de 1956 y del 30 de septiembre de 1956 (archivos de Jones).

lo que recuerda la renuncia de Marx a ser marxista. Provisionalmente, Freud parecía dispuesto a dejar que Rank elaborara sus ideas. Freud había aprendido algo de sus luchas anteriores con sus discípulos; y, por su amor a Rank, fue capaz de hacer una excepción.

Freud, como hombre, podría haber deseado mantenerse en paz con Rank. Pero el movimiento en conjunto, o por lo menos algunos dirigentes de él, obstaculizaron la actitud personal de Freud hacia Rank. Entonces el psicoanálisis tenía ya una vida propia, y consiguió acabar interponiéndose entre Freud y Rank. Como los discípulos leales no podían rivalizar con Freud, lo hacían entre sí. A todos ellos les movía el deseo de ser el hijo favorito. El libro de Rank sobre el trauma del nacimiento fue en cierto modo como una sorpresa, y había razones válidas para impugnar muchas de sus concepciones. Pero Rank no pensaba que hubiera "renunciado" a nada del psicoanálisis. Lo que cayó sobre él fueron todas las rivalidades y celos reprimidos de los demás discípulos de Freud.

Karl Abraham, que estaba en Berlín, era uno de los principales perseguidores de la herejía. Según Jones, Abraham tenía una opinión razonable y equilibrada de la postura de Rank. Al parecer, Abraham percibió en Rank señales de que estaba descarriándose desde el punto de vista científico de modo semejante a como lo había hecho Jung diez años antes. Pero, si tomamos al pie de la letra las cartas de Abraham a Freud, podemos formular otra interpretación: Abraham estaba afirmando que la situación era mucho peor. Tal como Freud le escribió en mayo de 1924 en relación con la nueva teoría de Rank, "creo que 'va a hundirse', si no la criticamos demasiado severamente, y después Rank, a quien aprecio por sus dotes y por los servicios que ha prestado, habrá aprendido una lección útil"[30].

Freud defendió reiteradamente a Rank ante Abraham, intentando contener el ataque. Según Jones, Abraham fue lo bastante "atrevido como para atribuir el cambio de actitud de Freud... (hacia Abraham) a su enojo porque le dijeran una verdad dolorosa"[31]. Freud contó a Rank las sospechas de Abraham y sus referencias al problema con Jung; de modo, que Rank tenía razones para ofenderse por la infidelidad de un antiguo amigo. Ferenczi apoyó la opinión de Rank con respecto a Abraham, y el comité dejó de funcionar para fines prácticos. Aun después de la muerte de Abraham en 1925, Freud todavía esgrimía contra el berlinés su fanatismo con respecto a Rank. "Indudablemente, el diagnóstico prematuro de Abraham aceleró y favoreció la marcha de los acontecimientos"[32].

Jones no sólo publicó su propia versión de aquellos acontecimientos en su biografía de Freud, sino que, además, había intervenido en la expulsión de Rank. Las tensiones entre Jones, Abraham y Rank no quedaron

30 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 68.
31 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 66.
32 Citado en *ibid.*, p. 76.

manifiestas para el resto del movimiento psicoanalítico hasta la publicación de partes de su correspondencia años después. Jones reconoció que era un hombre con ideas propias y definidas, y, como era director en Londres del *International Journal of Psychoanalysis*, tenían por fuerza que surgir antagonismos entre él y Rank, que era director del *Zeitschrift*, y gerente de la prensa de Viena. Jones era inteligente, pero su relato de la separación de Rank con respecto a Freud es pobre y parcial.

Posteriormente, Jones habló ampulosamente de que lo que lo había movido había sido el interés de Freud. Según afirmó, "durante tres años viví con el miedo a que la 'hostilidad fraternal' de Rank retrocediera hasta la más profunda 'hostilidad filial', y me aferré a la esperanza de que no ocurriría en vida de Freud"[33]. No obstante, Jones tuvo la suficiente honradez como para reconocer que a veces Freud culpó a Abraham y a Jones de lo que estaba ocurriendo con Rank, aunque, después de la pérdida final de éste, Freud pensó que podrían haber tenido razón. Freud defendió a Rank de "nuestras [las de Jones y Abraham] susceptibilidades supuestamente neuróticas. Naturalmente, los dos impugnamos la versión de Freud"[34].

En una carta de 1924, cuando todavía intentaba encontrar una salida de aquella confusión, Freud decía en tono agónico:

> Pura y simplemente, ya no entiendo a Rank... Durante quince años lo he conocido como lo que era: un hombre afectuoso y preocupado, siempre dispuesto a prestar cualquier servicio, discreto, completamente digno de confianza, tan dispuesto para recibir nuevas sugerencias como desenvuelto a la hora de elaborar sus propias ideas, que siempre se ponía de mi parte en una disputa y —tal como yo creía— sin que hubiera una compulsión que lo obligase a hacerlo... ¿Cuál es el Rank auténtico: el que he conocido durante quince años o el que Jones me ha estado mostrando en los últimos años?[35]

Si Freud se encontraba dividido entre su afecto y respeto hacia Rank y la posibilidad cada vez más real de perderlo, el relato personal es todavía más triste. Todas las descripciones coinciden en que la "separación de Rank... fue quizás la más difícil [de todas] para Freud, que había apreciado extraordinariamente a Rank y tenía muy buen concepto de su capacidad... Freud había visto en él su sucesor, que desarrollaría aun más sus ideas"[36]. Aunque hemos señalado algunas de las bases para la dificultad entre Rank y Freud desde el punto de vista de las cuestiones intelectuales y terapéuticas debatidas, y hemos expuesto la forma como Abraham y Jones en particular hicieron mucho más difícil una reconciliación, hubo otro acontecimiento que causó el desenlace: el cáncer de mandíbula de Freud. Aunque Jones reconoció que Freud siempre pensó que su enfermedad había desempeñado un papel en la disputa, esa idea no se difundió entre el resto de los discípulos de Freud[37]. Tal como Jones expuso la opinión de Freud sobre aquella cuestión, "siempre sostuvo posteriormente que aquella noticia [de su cáncer] había tenido un efecto decisivo sobre Rank, quien dependía totalmente de él para ganarse la vida, y que había animado a Rank a lanzarse por una senda independiente"[38].

33 *Ibid.*, p. 47.
34 *Ibid.*, p. 54.
35 Citado en *ibid.*, p. 69.
36 Nunberg, "Introduction", *Minutes*, Vol. I, p. xxvi.

A pesar de lo que enseñara el psicoanálisis en aquella época sobre la necesidad de que un hijo supere a su padre, antes de la enfermedad de Freud, Rank no fue consciente de sentimiento alguno de rivalidad o de ambivalencia hacia Freud. El cáncer de Freud comenzó en abril de 1923, el mes en que Rank compuso *El trauma del nacimiento*. Para Rank, la perspectiva de perder a Freud significaba verse privado de repente de su substituto ideal del padre. Para Freud, su enfermedad iba a ser un momento crucial en su carrera: a partir de entonces iba a verse atormentado por el sufrimiento físico.

De todos los miembros del comité, Rank fue el único que estaba informado de la gravedad de la enfermedad de Freud. En aquel momento se pensaba que Freud no se salvaría[39]. Jones afirmó que, cuando se mencionó el nombre de Freud en una cena, "Rank prorrumpió a reír de forma histérica e incontrolable"[40]. La reacción inmediata de Rank ante la enfermedad de Freud pudo haber sido maníaca; la exaltación repentina puede encubrir la más profunda pesadumbre y aflicción, y no sería sorprendente que la inminente muerte de Freud hubiera afectado a las tendencias emocionales más profundas de Rank. Además, Rank dependía totalmente de los casos que Freud le había estado enviando. Pero, también humanamente, Rank iba a sufrir mucho ante la desaparición anticipada de aquella figura de su vida.

Su pena por Freud iba acompañada de una separación natural de sus energías emocionales. Si Freud iba a desaparecer, en ese caso Rank tenía que prepararse para el futuro.

Nada de eso pudo haber estado claro en la mente de Rank ni podía ser entonces tan fácil desenredar la madeja de emociones complicadas como puede serlo ahora con las ventajas de la mirada retrospectiva. Pero un factor inesperado fue tan sorprendente entonces como importante es reconocerlo ahora. Freud no murió, se recuperó y consiguió vivir dieciséis años más. La explosión maníaca de Rank sugiere que su primera reacción ante lo que pensaba iba a ser la pérdida de Freud fue negarla. Rank temía cada vez más lo que sería de él después de la muerte de Freud; como toda la doctrina psicoanalítica mostraba, un temor puede estar relacionado con un deseo. Su angustia por la pérdida de su protector pudo ir acompañada

37 Una excepción es Schur, *Freud*, pp. 386, 467.
38 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 55.
39 Cf. Sachs, *Freud*, p. 158; Siegfried Bernfeld, "On Psychoanalytic Training", p. 467.
40 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 93.

de una parcial comprensión de su deseo de que Freud desapareciera, y los correspondientes sentimientos de culpabilidad. Semejante pesadumbre no es fácil de soportar. Ahora bien, al final, después de que Rank hubiera empezado a ordenar en su mente su vida, como si Freud hubiera dejado de existir, Freud se recuperó de repente. Para Rank, debió ser como si hubiera experimentado la pena de arrostrar la muerte de Freud, y después Freud hubiera resucitado[41].

La enfermedad de Freud tenía por fuerza que hacerle ver a Rank de forma diferente. Poco después de haber caído enfermo, 'recibió un recorte de un periodico de Chicago que anunciaba que estaba 'muriendo lentamente', había abandonado su trabajo y había traspasado sus pacientes a Otto Rank''[42]. Freud vio claramente que Rank estaría listo para ocupar su puesto. Entonces, para Freud, Rank se convirtió en el favorito llegado para matar al padre.

A principios de 1924 Freud se describió a sí mismo como ''un inválido con la capacidad para el trabajo disminuida y la mente debilitada...''[43]. Una vez que tuvo el cáncer en él, aquella muerte viva en su mandíbula, era fácil considerar a todos los hombres como sus asesinos. El trauma de su cáncer provocó la muerte de una parte de él. Rank representaba todo lo que en la vida de Freud había sido alentador, había consistido en inspirar, dar, compartir; a partir de entonces, ya no le era posible a Freud seguir siendo así. La reconciliación entre aquellos dos hombres resultó obstaculizada por el hecho de que la mera presencia de Rank personificaba exclusivamente para Freud la parte de sí mismo que había desaparecido.

Los años comprendidos entre 1923 y 1926 abarcaron el prolongado capítulo de la ''defección'' de Rank con respecto a Freud. Es cierto que Rank se volvió rebelde, y llegó a rechazar el camino de Freud, al tiempo que se lanzaba por el suyo. Pero, así como los motivos y acontecimientos que le hicieron salir del mundo de Freud fueron idiosincrásicos, así también la sucesión histórica estuvo llena de alejamientos y reconciliaciones.

Después de muchas disputas, la mayoría provocadas por Abraham, Rank aceptó una invitación para visitar América durante seis meses. Se embarcó el 27 de abril de 1924, justo unos días después de cumplir los cuarenta años. El distanciamiento proporcionado por el viaje desempeñó su papel en la salida de Rank del mundo de Freud. ''Sería difícil exagerar la importancia de aquel acto de separación en el espacio para quienes [Rank] dejó atrás, así como para él mismo''[44].

Durante los años siguientes, Rank viajó con frecuencia entre Viena,

41 Bernfeld, ''On Psychoanalytic Training'', p. 467.
42 Jones, *Sigmund Freud* Vol. III, p. 94.
43 Citado en *ibid.*, p. 65.
44 Taft, *Otto Rank*, p. 94.

París y Nueva York, por lo menos en parte como medio de hacer frente a sus sentimientos confusos hacia Freud. Cuando Rank llegó a Nueva York en la primavera de 1924, estaba decidido a independizarse; intentó organizar a los analistas americanos bajo su dirección, lo que no contribuyó a congraciarlo con las figuras reconocidas de aquel país. Freud volvió a tener que defenderlo; por ejemplo, al sobrino de Freud que vivía en América, Edward Bernays, Rank le pareció intolerablemente dominante[45].

Los analistas americanos, casi todos ellos concentrados en la ciudad de Nueva York, necesitaban una formación desesperadamente. Acudieron en tropel hasta Rank para analizarse con él, para aprender a manejar mejor su propia práctica. Por lo que sabían, Rank llegaba como el lugarteniente de mayor confianza de Freud. Rank aceptó gran número de pacientes, cada uno de ellos por un período relativamente corto, cobró honorarios mucho más altos que los analistas americanos e intentó difundir sus nuevas ideas. Los americanos recurrieron a Rank para que les explicara las teorías de Freud y se encontraron con que el propio Rank criticaba algunas de ellas.

Freud hizo lo posible para ganarse de nuevo a Rank. Las cartas que intercambiaron a través del Atlántico cuentan la historia de sus dificultades. La noción de Rank del trauma del nacimiento se convirtió para Freud en una forma más de eludir la realidad del complejo de Edipo. Freud señaló, acertadamente, una fuente de la insistencia de Rank en la madre: ''La exclusión del padre en la teoría de usted parece revelar demasiado el resultado de las influencias personales en la propia vida de usted...''[46]. Pero Rank fue capaz de contestar: ''Sabe usted tan bien como yo que la acusación de que una concepción se deriva de un complejo significa muy poco... y... no dice nada sobre el valor o la verdad de esa concepción''[47]. Freud se esforzó al máximo para ser comprensivo y tolerante:

> Supongamos que me hubiera dicho usted un día que no podía creer en la horda primordial ni en el padre primordial, o que pensara que la división en Yo y en Ello era inadecuada, ¿cree usted realmente que no le habría invitado a comer o que le habría excluido de mi círculo?... [R]econozco que nunca me resulta fácil seguir una nueva serie de ideas que de algún modo no vayan en la misma dirección que las mías o que no haya encontrado todavía por el camino que voy siguiendo[48].

A finales del verano y principios del otoño de 1924, Freud incluyó a Rank (para demostrar su tolerancia) entre los seguidores suyos que habían permanecido leales, por oposición a los famosos disidentes públicos como Adler y Jung[49].

45 Bernays, *Biography of an Idea*, pp. 270-71.
46 Citado en Taft, *Otto Rank*, p. 99.
47 Citado en *ibid.*, p. 101.
48 Citado en *ibid.*, p. 107. Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 60, y ''Letter to Fritz Wittels'', p. 287.
49 ''An Autobiographycal Study'', p. 53.

Freud reconoció que Rank necesitaba madurar, y que eso entrañaba cierta separación de su hogar espiritual. Como escribió Freud, "yo estaba tan encantado de que él hubiera llegado a realizar una obra original en el campo psicoanalítico, que estaba dispuesto a juzgarla del modo más amistoso"[50]. Y, sin embargo, el recuerdo de las traiciones anteriores obsesionaba a Freud.

"Su descubrimiento está haciendo perder el sentido a Rank, exactamente lo mismo que le ocurrió a Adler, pero si llega a independizarse, no va a tener la misma suerte..."[51] Freud llegó hasta el extremo de decir a Rank en una carta que el problema estribaba en la neurosis de éste y en el hecho de que no se hubiera analizado. "Rank replicó airado que, por lo que había visto de los analistas que Freud había formado en análisis, pensaba que era afortunado por no haberse analizado"[52].

Cualesquiera que fueran sus dificultades, durante casi veinte años Freud había satisfecho la necesidad profunda que tenía Rank de "una persona viva en la que pudiera proyectar su yo ideal"[53]. Rank, agobiado por los problemas de los analistas americanos, con sensación de culpabilidad y atormentado por haber decepcionado a Freud (y no simplemente como discípulo), regresó a Viena en octubre de 1924. Ya los acontecimientos de la Sociedad de Viena estaban forzando la marcha de Rank. Había sido vicepresidente, y habría pasado a ser presidente después de la enfermedad de Freud; en ausencia de Rank Freud había nombrado vicepresidente a Paul Federn y a Rank secretario de la Sociedad. Rank decidió trasladar su enseñanza y su práctica a Estados Unidos por lo menos durante parte del año, así que dimitió de su puesto de redactor jefe del *Zeitschrift;* al anunciar la retirada de Rank, Freud rindió homenaje a la "devoción incansable y [a] la obra ejemplar " de Rank[54]. Freud tenía que encontrar también a un gerente y director de la editorial. Como observó Freud un mes después de que Rank hubiera regresado a Viena, "se ha prevenido una ruptura manifiesta... Pero todas las relaciones íntimas con él se han acabado..."[55].

Rank volvió a salir de Viena a finales del otoño de 1924, llegó hasta París y después regresó junto a Freud. Había llegado a sentirse dependiente

50 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 65.

51 Citado en *ibid.*, p. 70.

52 *Ibid.*, pp. 69-70. Según Nunberg, en 1918 Rank se había unido a Tausk para rechazar la propuesta de que los futuros analistas tuvieran que someterse, a su vez, al análisis. "Introduction", *Minutes*, Vol. I, p. 22.

53 Taft, *Otto Rank*, p. 98.

54 "Editorial Changes in the *Zeitschrift*", *Standard Edition*, Vol. I, p. 22. No obstante, en privado escribió por aquella época a Lou Andreas-Salomé que Rank "sintió amenazados sus medios de subsistencia por mi enfermedad y sus peligros, miró a su alrededor en busca de un refugio y se le ocurrió la idea de aparecer en América. Realmente es el caso de una rata abandonando el barco que se hunde". *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 143.

55 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 71.

y deprimido, y entonces se sentía arrepentido y reconciliado con Freud. Según Freud, Rank se había recuperado de una afección psiquiátrica[56]. No está claro hasta qué punto fue estricta la relación terapéutica que se estableció entonces entre ellos. Pero, al cabo de muchas horas pasadas con Rank, Freud escribió a Abraham que confiaba en que "ha quedado curado de su neurosis gracias a esta experiencia, como si se hubiera sometido a un análisis propiamente dicho"[57].

En una carta de arrepentimiento que Rank envió a los demás miembros del comité, intentó exonerarse de cualquier clase de mala voluntad hacia Freud o hacia los demás analistas; Rank confesó que

> reconocí la causa real de la crisis en el trauma ocasionado por la peligrosa enfermedad del Profesor... [U]n estado maníaco... como reacción directa ante su enfermedad... estaba destinado a librarme de la pena de una pérdida... Desde luego, el Profesor conoce la historia con todos sus detalles y espero que a ustedes les baste también con eso[58].

Una vez efectuada aparentemente la reconciliación con Freud, Rank regresó a América en enero de 1925. Pero, después de que hubiera aparecido por primera vez una brecha en su intimidad, los dos hombres siguieron independizándose cada vez más el uno del otro. A finales de febrero, Rank estaba de regreso en Viena, y permaneció hasta septiembre. Después, volvió a salir para Estados Unidos, y regresó a Viena en la primavera de 1926. En abril, tres semanas antes de la celebración del septuagésimo cumpleaños de Freud, Rank le presentó sus respetos por última vez, y se marchó para siempre con destino a París. Aquel mismo año Rank notificó a la Sociedad de Viena que se había "instalado de modo permanente" en París; en 1929 dimitió discretamente. A diferencia de Adler y de Jung, no arrastró a otros analistas.

Durante aquel período de tensiones, Rank tuvo razones válidas para quejarse de los otros discípulos de Freud, "energúmenos escandalosos... [con] sus celos infantiles". Con toda justificación, consideró los "planes e intrigas de Berlín... indignos de un movimiento científico..."[59]. No obstante, en Viena por lo menos una amiga y colega, Helene Deutsch, había intercedido ante Freud para ayudar a que se produjera una reconciliación, mientras Rank estaba en América.

Lo hizó tanto por Freud como por Rank, ya que Freud estaba profundamente afectado. Deutsch explicó a Freud que la proximidad de Rank con respecto a él había colocado al joven en un estado de tensión extrema; eran necesarias paciencia y comprensión. Recordó a Freud el afecto de Rank hacia él, y también que había empezado a independizarse ante la inminencia de la muerte de Freud. Este rechazó la intercesión con la frase

56 *Ibid.*, p. 72.

57 *Letters of Freud and Abraham*, p. 379.

58 Citado en *Otto Rank*, pp. 110, 113, 114.

59 Citado en *ibid.*, p. 102.

final de una historia judía: ''Entonces, ¿por qué no está besando la estufa encendida?''. Como experto en anécdotas judías, Freud explicó su significado: Un rabino tiene una esposa joven y bonita, y en su casa viven muchos estudiantes. Un día, el rabino, al regresar a casa, encuentra a su discípulo favorito besando a su esposa. El rabino se dirige a su esposa para acusarla, pero ella intenta convencerle de que el discípulo no sabe lo que está haciendo, de que está enfermo. ''Entonces, ¿por qué no está besando la estufa encendida?''[60].

Freud estaba irritado no sólo con Deutsch, por su intervención, sino también con Rank. Las esperanzas de Freud, que habían influido en Rank, le hacían también sentirse traicionado. Su tiempo era precioso y no estaba dispuesto a seguir perdiéndolo con aquel asunto. Aunque reconoció que, en un nivel, la causa podría haber sido la pena prematura de Rank, Freud pensó que entonces la cuestión era mucho más sencilla: el dinero. Freud estaba convencido de que no había necesidad de profundizar más; a Rank le iba muy bien con sus teorías en América[61].

3. La voluntad y el artista.

El tema del dinero era nuevo en la vida de Rank. En Viena había vivido en las condiciones más modestas; sin embargo, en América, los psicoanalistas procedentes de Europa central eran recibidos como celebridades. No sólo eran los americanos ricos y estaban deseosos de ponerse en tratamiento, sino que, además, Rank ofrecía análisis más cortos, lo que significaba que podían pagar más por cada sesión (aunque a la larga la forma de hacer dinero, con menos esfuerzo para el analista, podría ser la de los análisis prolongados). En la época en que los Rank se trasladaron a París, vivían de modo extravagante en un piso de lujo, con mayordomo, cocinera y doncella. Aunque no volvió a ver a Freud nunca más, y ya estaba claro que la ruptura era inevitable, Rank tardó varios años más en dimitir oficialmente de la Sociedad de Viena. Para la posición de Rank como analista en París y Nueva York, era provechoso que siguiera siendo miembro del grupo de Freud, aun después del cese de los contactos personales.

Jones sacó a relucir la cuestión monetaria en forma indirecta: ''Rank tenía... una gran habilidad para las cuestiones prácticas y sin lugar a dudas habría tenido mucho éxito, si hubiera entrado en el mundo de las finanzas; existen rumores de que empleó dicha habilidad con buenos resultados en sus últimos años en París''[62]. Freud, que en otro tiempo había

60 Entrevistas con Helene Deutsch, 8 de septiembre de 1965, y 26 de febrero de 1966.
61 *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 144.
62 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 160.

considerado a Rank ''completamente honrado'', entonces lo calificaba de ''pícaro'' y ''farsante''; ''era uno de mis discípulos de más talento, pero también era un bribón [*gonif*]''[63].

Ahora parece como si desde el principio mismo tuviera la intención de establecerse después de haber patentado su invento. Ahora me parece que se parece al empleado de *Les travailleurs de la mer* de Victor Hugo que alcanzó gran confianza gracias a su correcto comportamiento durante años con el fin de poder apropiarse ilícitamente una suma enorme[64].

Rank siguió el camino de Jung al volverse cismático estando en América, país que había ofendido a Freud desde el principio por su respeto a la superioridad numérica, su creencia en la estadística, y su veneración de la riqueza ostentosa.

El rencor de Freud debio de ser tanto mayor cuanto que en eso, como con su teoría del trauma del nacimiento, en cierto sentido Rank estaba caricaturizándolo. Desde el final de la Primera Guerra Mundial habían estado llegando constantemente a Viena pacientes procedentes de América, y naturalmente Freud era el principal beneficiario psicoanalítico, y también dispensador, de la riqueza del Nuevo Mundo: se sentó a esperar que los americanos lo visitaran. Rank lo aventajó al marchar a América, para aceptar invitaciones a dar conferencias y en busca de pacientes. Como escribió Freud a Rank en mayo de 1924: ''Estoy muy contento de que haya encontrado usted la única forma racional de comportamiento con el que intenta vivir entre esos salvajes: venderles la propia vida al precio más elevado posible''[65]. Cuando Rank se trasladó a París, consiguió quedarse con pacientes americanos que iban camino de Viena. De igual modo que, cuando Rank fue a América por primera vez, todavía se lo consideraba el más fiel de los discípulos de Freud, incluso después de establecerse en París pasó algún tiempo hasta que se supo su disputa con Freud.

En ninguna de las relaciones publicadas desempeña la esposa de Rank, Tola, papel alguno en la ruptura entre Freud y su marido. Se sabe que había diferencias entre Tola y Otto y que ella no siempre lo acompañó en sus viajes a América. En 1935 se quedó en París, cuando él se trasladó para siempre a Estados Unidos. Poco antes de la muerte de Rank en 1939, se divorciaron, y él volvió a casarse. Tola, a quien Helene Deutsch invitó a trasladarse a Boston a finales de la década de 1930, fue una de las últimas personas sin la carrera de médico que recibió el título de analista en América.

63 *Freud/Jung Letters*, p. 28. Taft, *Otto Rank*, p. 180; *Letters of Freud and Zweig*, p. 107; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 76; carta de Anna Freud a Ernest Jones del 7 de noviembre de 1955 (archivos de Jones); entrevista con la Sra. Hitschmann, 28 de febrero de 1966.
64 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 70.
65 Citado en Grotjahn, ''Collector's Items' from the Correspondence Between Sigmund Freud and Otto Rank'', p. 22.

Aunque puede ser que Tola Rank no lo supiera, Freud la culpó en parte de lo que ocurrió entre él y su marido. "Es culpa suya, de su necesidad cada vez mayor de dinero y de importancia"[66]. En aquella época Anna Freud pensó que había sido culpa de Tola, aunque posteriormente llegó a la conclusión de que Tola había sido una víctima[67]. Nadie podía parecer menos apto para interponerse entre Freud y Rank. Tola era leal a Freud; como esposa de Otto, no desempeñó un papel independiente en el círculo íntimo que rodeaba a Freud. En aquella época no introdujo teorías o técnicas nuevas en el psicoanálisis. Asistió al seminario de Anna Freud sobre el análisis de los niños en Viena, y en fecha tan avanzada como noviembre de 1925 estaba prestando dinero a la prensa psicoanalítica[68].

La separación de Freud y Rank "afectó" a Tola "profundamente"[69]. Nunca entendió completamente las diferencias teóricas y clínicas que había entre ellos, y le resultó difícil afrontar las dolorosas divisiones que aquella controversia creó en ella. En el momento culminante de las dificultades Freud se quejó ante ella de la ingratitud de Otto. Aunque ya existían algunas desavenencias entre ella y su marido, se trasladó a París con él en 1926. Todavía no estaba claro que al final iba a ponerse de parte del "padre" y en contra del marido, pero siguió manteniendo sus lazos con Freud. A diferencia de su marido, nunca dimitió de la Sociedad de Viena. Cada año viajaba a Viena para ver a Freud y a sus amigos íntimos. En cierta ocasión, Freud le hizo una dura pregunta personal sobre Otto, y ella se defendió con tacto: "¿Por qué me pregunta usted eso? Ya sabe como pienso y siento, ¿por qué quiere hacérmelo más difícil todavía?" Señaló que tenía un hijo pequeño, y decidió seguir leal a su compañero de matrimonio[70].

Posteriormente contó que recordó a Rank lo que Freud había hecho por él y lo afectado que Freud estaba por perderlo. Y, sin embargo, raras veces hablaba con su marido del problema con el Profesor. Tanto Tola como Otto eran reservados, sigilosos incluso, con respecto a sí mismos. Tola no podía ponerse directamente del lado de Freud, mientras estaba todavía viviendo con Otto. Sin embargo, al final, cuando su matrimonio casi había terminado y estaba empezando a ejercer como analista, pasó a ser más abiertamente una seguidora pública de Freud.

La lealtad de Tola a Freud, por oposición a su marido, pareció oportunista a algunos. El afecto de Freud hacia ella había sido simplemente consecuencia de su matrimonio con Rank. Tenía ricas facultades psicológicas propias, y era una mujer intuitiva e imaginativa, del tipo que Freud

66 Entrevista con Helene Deutsch, 18 de noviembre de 1967.
67 Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 8 de febrero de 1955 (archivos de Jones).
68 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 113.
69 Entrevista con Beata Rank, 22 de agosto de 1966.
70 Entrevista con Beata Rank, 12 de febrero de 1966.

apreciaba; pero eso había sido menos importante para Freud que el hecho de que fuera la esposa de Rank.

La inmensa admiración de Tola hacia Freud, que persistió a lo largo de toda la época de lucha de Rank para independizarse, pudo haber estimulado los primeros esfuerzos de Rank para independizarse de Freud. Si Freud era el tipo de hombre que su esposa estimaba, en ese caso Rank intentaría parecerse más a él. Además, Tola era extravagante con el dinero. No es que el dinero en sí fuera importante para ella —no lo buscaba—, pero lo gastaba sin preocuparse demasiado.

En París, Rank creó un ambiente para su nueva concepción de él y para su esposa. Su círculo incluía a Henry Miller, Anaïs Nin, y pacientes americanos acaudalados. Tola se convirtió en la protectora de los artistas. Rank nunca podía ganar bastante para pagar la extravagancia de éstos. "Me veo obligado", escribió en 1931, "por las necesidades financieras a ir a América, porque, si no, no puedo ganarme la vida"[71]. Los amigos íntimos veían el mismo problema: "Rank habla de su desesperación. No puede ganarse la vida en Francia. Puede que tenga que aceptar una oferta de América. No quiere irse... la presión de la realidad es terrible: su esposa, su hija, su futuro"[72].

Tola siguió en París contra los deseos de Rank, quien la animaba a reunirse con él; Otto estaba colaborando en la fundación de una escuela de asistencia social en la Universidad de Pennsylvania. La tristeza de Otto con respecto a su relación era manifiesta. Tola había empezado a trabajar con niños en París, a pesar de que en fecha tan avanzada como 1934 seguía ocupándose principalmente de la casa. También se analizó con Mira Oberholzer, antigua paciente de Freud. No obstante, una vez que se instaló en Boston en 1939, fue elaborando gradualmente una práctica analítica propia; en aquella época era bastante habitual que se aceptara como analistas, a su vez, a las esposas de analistas fallecidos. Llegó a sobresalir por sí misma, y se especializó en la supervisión del trabajo con los niños y en la formación de futuros terapeutas; en el Centro para Niños James Jackson Putnam, inició la terapia de los niños "atípicos". Su éxito profesional en América, tanto más notable cuanto que en Europa había carecido de una posición oficial, siguió al fracaso de su matrimonio. Murió en 1967.

Mientras que Tola permaneció dentro del psicoanálisis, Rank luchó para liberarse de la influencia de Freud. Inmediatamente después de abandonar Viena en 1926, Rank envió una edición elegantemente encuadernada de las obras de Nietzsche a Freud por su septuagésimo cumpleaños; Freud se la enseñó a sus discípulos, cuando se reunieron para la celebración. Sin embargo, aquel lujoso regalo molestó a Freud; ya había censurado a Rank por una "extravagante edición, en cuero lujoso" de

71 Citado en Taft, *Otto Rank*, pp. 159-60.
72 *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. I, p. 334.

las propias obras completas de Freud[73]. El tema monetario resuena en los comentarios de Freud sobre el regalo, que consideró un soborno de Rank. Pero la elección de las obras de Nietzsche como regalo de cumpleaños pudo haber sido especialmente irritante. En la superficie, el regalo era leal y humilde, y, sin embargo, significaba también que Rank estaba recalcando la existencia de un predecesor de Freud. Era como si el regalo de Rank dijera: "tú me acusas de apropiarme de cosas tuyas; mira lo que tú has tomado de Nietzsche"[74].

El proceso de apartarse de un maestro que ha sido un ideal del yo, de alguien que se ha convertido en una parte interiorizada de uno mismo, puede ser doloroso, lento y atormentado. La gran tentación con respecto a la obra de Freud era o la aceptación total o el rechazo completo. Rank pasó de un extremo al otro, en su esfuerzo por emanciparse.

Un medio de romper con Freud que Rank escogió fue identificarse con el maestro perdido, convertirse él mismo en un maestro con discípulos para sacar adelante su propia obra. En París, Rank encontró a Anaïs Nin, artista y escritora; la prosa de Rank era ampulosa y difícil de leer, y deseaba que ella reescribiera sus libros, condensándolos y clarificándolos. La analizó; y ella empezó a practicar a su vez, y lo ayudó como secretaria privada.

Los diarios de Anaïs Nin son la descripción más elocuente del carácter ascético de Rank. Seguía siendo el especialista en las ideas: "Es un filósofo, no un artista. El poeta está enamorado, es un amante. El filósofo es un comentador... Rank tiene que pasar a extraer inmediatamente el significado o la esencia... *Il pense sa vie.* Su vida auténtica puede consistir en el análisis de ella". Anaïs Nin lo puso en contraste con su amigo Henry Miller:

> en la vida... [Rank] es inexperto. No aporta nada al vivir. Los detalles de la vida que tanto fascinan a Henry, los pasa por alto. La cara cómica de un transeúnte, el color de una casa, el sabor de las cosas pequeñas. La vida física, visible. Hace caso omiso de la apariencia, del color, del detalle. Su vida está en las abstracciones.

Según ella, Rank podía ser "sombrío y aburrido. No tiene *joie de vivre.* Sus placeres son mentales". Ella había encontrado en "el mundo del psicoanálisis el único metafísico que en él hay: Rank"[75].

El rumbo de Rank en París era cada vez más original. Recomendaba análisis de corta duración, con límites temporales fijados de antemano,

73 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 113.

74 Los discípulos más eruditos de Freud le indicaron pasajes especiales de la obra de Nietzsche. Con respecto a la relación de Freud con Nietzsche, cf. Roazen, *Freud: Political and Social Thought*, pp. 84-85, y *Brother Animal*, pp. 33, 43, 92. Cf. también *Letters of Freud and Zweig.*

75 *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. II, ed. Gunther Stuhlmann (Nueva York: Harcourt, Brace and World; 1967), p. 16; Vol. I, p. 327; Vol. II, pp. 26, 157.

mientras que Freud, cuanto más viejo y más experimentado llegaba a ser (y más empeoraba de su enfermedad), más defendía los tratamientos largos. Rank, en parte por autocrítica indudablemente, se volvió contrario a lo que consideraba la sequedad científica de la terapia freudiana:

> Creo que el análisis se ha convertido en el peor enemigo del alma. Mataba lo que analizaba. Vi demasiados aspectos del psicoanálisis volverse dogmáticos con Freud y sus discípulos. Por eso quedé excluido del grupo original. Empecé a interesarme en el artista. Empezó a interesarme la literatura, la magia del lenguaje. Me desagradaba el lenguaje médico, que era estéril[76].

Tal como Anaïs Nin aprendió de Rank, "si bien puede uno perderse en el laberinto de las emociones, uno puede perderse también en el laberinto del análisis... La objetividad es tan falible como los instintos, tan engañosa"[77]. Citó las siguientes palabras de Rank:

> La mitad de la efectividad del análisis estriba en el deseo del analista de curar y de ayudar... Todos los analistas lo tienen al principio y después lo van perdiendo gradualmente. Si el análisis se vuelve mecánico, se resiente... Freud empezó a analizarme. Estaba convencido de que todos los analistas deben analizarse, a su vez. Pero no pudimos seguir adelante. No era objetivo. O, por lo menos, yo no tenía la impresión de que lo fuera. Demasiados conocimientos me impedían mostrar mi yo natural[78].

Rank consideraba la neurosis, no como una enfermedad, sino como una obra de arte fracasada, y al neurótico había que tratarlo como un "artista fracasado"[79]. La clave estribaba desde el principio en la psicología de la creatividad. Como muchos autores posfreudianos más adelante, Rank llegó a convencerse de que las formulaciones psicoanalíticas anteriores habían colocado el yo individual en un papel demasiado pasivo con respecto a la vida instintiva, mientras que la capacidad para integrar los conflictos creativamente era la diferencia principal entre el éxito y el fracaso emocional. "Rank llegó a la conclusión de que el problema del paciente es realmente el de aprender a hacer valer su voluntad... hacia 1925 Rank estaba defendiendo una forma más activa de terapia destinada a animar al paciente a hacerse valer y a descubrir su propia individualidad"[80]. En lugar de recelar de las "resistencias", la misión del terapeuta consistía en ayudar al paciente a hacer valer su voluntad (las facultades creativas), a pesar de las sensaciones de culpabilidad, ya fuera con relación a la unión o a la independencia, que pudiera tener.

76 *Ibid.*, Vol. I, p. 277.

77 *Ibid.*, Vol. III, ed. Stuhlmann (Nueva York: Harcourt, Brace and World; 1969), p. 228.

78 *Ibid.*, Vol. II, p. 37.

79 *Ibid.*, Vol. I, p. 270.

80 Thompson, *Psychoanalysis*, p. 177. Cf. también Ruth Monroe, *Schools of Psychoanalytic Thought* (Nueva York: Dryden Press; 1955), p. 581.

Rank puso objeciones al que consideró excesivo racionalismo del enfoque de Freud, cuyo objetivo era eliminar las ilusiones y exponer la "verdad":

> La ciencia ha demostrado ser un fracaso completo en el dominio de la psicología... El error estriba en la glorificación científica de la conciencia, del conocimiento intelectual, que incluso el psicoanálisis venera como su dios supremo, a pesar de llamarse a sí mismo psicología de lo inconsciente... Una cosa es la comprensión intelectual y otra la resolución efectiva de nuestros problemas emocionales... [81]

Para Freud, la reconstrucción del pasado del paciente era la misión de la terapia y también de la investigación, y tenía tendencia a considerar el entendimiento racional como criterio de la salud y a dejar todo lo no racional expuesto a la acusación de neurosis. Según Anaïs Nin, Rank se oponía a la insistencia psicoanalítica en "el parecido entre las personas; yo subrayo las diferencias entre las personas". Rank no practicaba "la cirugía mental. Confiaba en su intuición, para intentar descubrir [en ella] a una mujer que ninguno de los dos conocíamos"[82]. Rank anhelaba abandonar el precepto de Freud de vencerse a uno mismo. "Realmente me gustaría poder retirarme y vivir pacíficamente el fin de mi vida. Estoy harto del 'mundo', y tengo mundos y más mundos dentro de mí mismo"[83]. El problema con el psicoanálisis era que no "[aceptaba] la naturaleza humana"[84]. Y, sin embargo, Anaïs Nin pensó que Rank no se había liberado completamente del punto de vista de Freud:

> A veces tengo la sensación de que Rank insiste demasiado en cómo deberían ser las cosas y no en cómo son; nunca acepta la experiencia como substituto de la sabiduría. A veces creo que el proceso de adquisición acelerada de sabiduría puede convertirse en un atajo peligroso. Elimina el terror y el dolor. Creo que sólo debería usarse en casos extremos [85].

A pesar suyo, Rank siguió siendo discípulo de Freud. De igual modo que en cierto sentido Freud lo había creado a él, así también se esforzaba él por crear a otros:

> Cuando Rank salvaba a personas, éstas eran creación suya. Tenía que continuar siendo la figura que las salvó, el hombre sabio ideal. No le estaba permitido ser humano, ni, siquiera, amarlas. La vida de un analista es trágica. Un médico de pueblo, un especialista en enfermedades físicas, puede ser humano, falible. Puede ser amado por lo que es fuera de su profesión. Un analista no existe en la mente de su paciente, excepto como una figura de su propio drama [86].

81 Citado en Taft, *Otto Rank*, p. 223.
82 *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. I, pp. 271, 276.
83 Citado en Taft, *Otto Rank*, p. 223.
84 Citado en Jones, "Otto Rank", p. 227.
85 *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. II, p. 34.
86 *Ibid.*, pp. 15-16.

En opinión de Anaïs Nin, Rank era demasiado "absolutista para la vida". Tenía la sensación de que "el análisis y la terapia lo separaban de la vida en lugar de satisfacer sus necesidades personales. El análisis creaba lazos ilusorios"[87]. La vida exige compromisos, limitaciones, mientras que en la creación Rank podía ser autocrático y dominante.

Jones no sólo eliminó el carácter distintivo de la vida de Rank en el paralelo con Jung, sino que, además, acusó a Rank de psicosis. Rank "padecía" ciclotimia (es decir, psicosis maníaco-depresiva)"[88]. Otros autores, aceptando la descripción de Jones, han hablado del "lento descenso de Otto Rank hacia la locura"[89]. Al parecer, Freud fue el primero que aplicó el diagnóstico de maníaco-depresivo (aunque casi con toda seguridad de carácter neurótico, y no psicótico) a aquel discípulo al que no parecía poder controlar. En 1934, por ejemplo, Freud comentó verbalmente sobre Rank que

> fue... mi secretario durante quince años, y estuvo en estrecha relación conmigo y realizó una labor muy valiosa, practicando el psicoanálisis del modo adecuado. Después siguió otro camino y desde entonces no hemos vuelto a tener relaciones... No puedo entrar en los motivos de ello, porque no tengo derecho a revelar su vida personal, pero puedo decir una cosa, porque es de todos sabida: desde que me abandono, Rank ha tenido fases de depresión periódica, y entre ellas, unos períodos —fases de tipo maníaco en cierto modo— en que trabaja mucho, y otros en que no puede trabajar lo más mínimo. Antes tenía esa tendencia, pero ahora... podríamos aplicarle el calificativo de enfermo... [90]

Pero, como ha observado recientemente un psiquiatra, "es importante hacer una distinción clara entre enfermedad y estructura caracteriológica. Un hombre puede tener una psicopatología maníaco-depresiva sin estar clínicamente enfermo o sin padecer clase alguna de crisis"[91].

Jones percibió en Rank cambios "asombrosos" y "notables"[92] (Jones usaba con frecuencia adjetivos con significados extremos como "asombroso", "extraordinario" y "radical": el conocido estilo británico caracterizado por el uso frecuente de la lítotes muchas veces va acompañado de exageración). Pero las personas que conocieron mejor a Rank —sus familiares, amigos y pacientes— nunca percibieron señal alguna del "colapso mental"[93] que Jones intentó documentar. A Rank le tocó pasar

87 *Ibid.*, Vol. III, p. 21.
88 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 73. Cf. también pp. 45, 47 y Vol. II, p. 187. En otros lugares Jones tuvo más cuidado a la hora de usar el término de "ciclotimia". Cf. *Papers on Psychoanalysis*, p. 497.
89 Robert, *The Psychoanalytic Revolution*, p. 241.
90 Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, p. 121. Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 74.
91 Storr, *The Dynamics of Creation*, pp. 204-05.
92 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 187.
93 *Ibid.*, Vol. III, p. 32.

lo suyo en cuanto a infortunios humanos, pero siguió siendo una personalidad perfectamente sólida, y sus estados de ánimo depresivos fueron contenidos y nunca se apoderaron de él.

Al rencor de Freud, Rank respondió con el suyo propio, aunque puede que hubiera más en los libros de Jones que en esos hombres. Rank se sintió ofendido del trato que recibió de sus antiguos colegas psicoanalíticos. Según su antiguo amigo Hanns Sachs (cada uno de los dos pensaba que el otro había sido quien había dejado de hablarle), Freud había descartado el tema de Rank diciendo "firmemente:... 'Ahora, después de que he perdonado todo, he terminado con él'"[94]. En sus escritos Freud recalcaba con frecuencia lo difícil que podía ser para cualquiera retirar afectos, y, como muchos de los demás aspectos del pensamiento psicoanalítico, eso era cierto en el caso del propio Freud. Con Freud nada se acababa nunca realmente.

El rechazo por parte de Freud de la elaboración que hizo Rank del trauma del nacimiento como fuente original de toda clase de angustia condujo a aquél a reconsiderar toda su postura, y el libro *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) fue el resultado. Aunque Freud consideró las interpretaciones de Rank forzadas y no verificadas, escribió que "sería injusto colocar este intento al mismo nivel que el de Adler..."[95]. Sin embargo, igual que Adler y Jung, Rank iba a repudiar la insistencia de Freud en el pasado infantil y a centrar su atención, en cambio, en las experiencias del momento presente dentro de la propia situación analítica. Rank estaba desarrollando una teoría y una técnica psicoanalíticas explícitamente opuestas a las de Freud. En 1932 no sólo tenía más dudas sobre el valor de la obra de Rank, sino que, además, lo veía con más claridad en la línea de sus dos disidentes más famosos. Después de criticar a Adler y a Jung, Freud negó a continuación la validez del proceso por el que "otro autor"

puede llegar a la concepción de que la experiencia de la angustia en el nacimiento constituye el germen de todos los trastornos neuróticos posteriores. Por eso, puede parecerle legítimo limitar el análisis a las consecuencias de esa única impresión y prometer resultado terapéutico a partir de un tratamiento que dure de tres a cuatro meses[96].

En 1937, dos años antes de que los dos murieran, Freud formuló de forma intransigente su postura con respecto a la obra de su antiguo amigo: el intento de Rank de acortar el tratamiento

Era audaz e ingenioso; pero no resistía la prueba del examen crítico. Además, era hijo de su tiempo, concebido ante el apremio del contraste entre la miseria de la Europa de la posguerra

94 Sachs, *Freud*, p. 148.

95 "Inhibitions, Symptoms, and Anxiety", ["Inhibición, síntoma y angustia"], *Standard Edition*, Vol. 20, p. 150.

96 "New Introductory Lectures", p. 143.

y la "prosperidad" de América, y destinado a adaptar el ritmo de la terapia analítica a la prisa de la vida americana. No tenemos muchas noticias sobre los resultados del plan de Rank en los casos de enfermedad. Probablemente no más que si los bomberos, llamados para apagar el fuego de una casa provocado por la caída de una lámpara de petróleo, se contentaran con sacar la lámpara de la habitación en que se hubiera iniciado el incendio. Indudablemente de ese modo se acortarían considerablemente las actividades de los bomberos. La teoría y la práctica del experimento de Rank son ya cosas del pasado, en la misma medida que la propia "prosperidad" americana[97].

Durante años Freud había deseado que Rank aplicara las teorías psicoanalíticas a la leyenda de Ulises: la búsqueda de un hijo por parte del padre y de un padre por parte del hijo. Ante la imposibilidad de convencer a un sucesor para que emprendiera la interpretación de la mitología, en la década de 1930 Freud se puso personalmente a examinar un mito, el Moisés de la leyenda. Al comienzo de la exposición, hizo una pausa para decir que "en 1909 Otto Rank, que estaba entonces bajo mi influencia, publicó, por sugerencia mía, un libro titulado *El mito del nacimiento del héroe*" (y en una nota a pie de página Freud suavizaba este comentario diciendo "lejos de mí la intención de reducir el valor de las contribuciones independientes de Rank a la obra"[98].) En *Moisés y el monoteísmo*, Freud mencionó el ejemplo clínico de

un joven cuyo destino era criarse junto a un padre despreciable, [y que], para oponerse a éste, empezó a convertirse en una persona capaz, digna de confianza y honorable. En la plenitud de la vida su carácter cambió, y a partir de entonces se comportó como si hubiera tomado por modelo al mismo padre. Al... comienzo de un desarrollo de ese tipo hay siempre una identificación con el padre en la tierna infancia. Posteriormente, se da un rechazo e incluso una sobrecompensación de ella, pero al final dicha identificación se impone una vez más[99].

Sachs reconoció en este pasaje a su antiguo amigo Rank, quien, según el razonamiento de Freud, había encontrado una compensación ideal por un padre indigno, pero después había regresado a la identificación con este último. En un viaje que hizo para ver a Freud justo antes de que muriera, Sachs pudo confirmar que Freud se refería efectivamente a Rank en este caso[100].

Sólo un mes después de que Freud muriera a la edad de ochenta y tres años, Rank falleció de repente en octubre de 1939, cuando contaba cincuenta y tantos años, y dos meses después de su nuevo matrimonio con Estelle Buel, su secretaria americana. Mientras que Freud sobrevivió dieciséis años a su cáncer, Rank tenía simplemente una infección de garganta, pero sucumbió unos días después a consecuencia de la reacción

97 "Analysis Terminable and Interminable", pp. 216-17.

98 "Moses and Monotheism", p. 10.

99 *Ibid.*, p. 125.

100 Entrevista con George Wilbur. Sachs menciona esto indirectamente. Cf. su *Freud*, p. 115.

alérgica a una medicina que contenía azufre. Anaïs Nin, pasmada ante la muerte de un hombre que recordaba tan lleno de vitalidad, nos ha dejado la valoración póstuma de él más conmovedora:

Había estado a punto de cumplir su deseo de vivir en California. Su nueva esposa tenía un rancho allí. Se había sentido feliz, a punto de escapar de la terapia individual. Había acabado un nuevo libro.

Anaïs Nin sintió un vacío:

Pero la memoria puede invocar una figura, y a causa de su propia viveza se presenta nítida y clara, con ojos a un tiempo suaves y penetrantes, su curiosidad e interés, su abundancia de ideas, su fecundidad. Desde luego, tuvo penas, depresiones profundas, decepciones, frustraciones, pero nunca se volvió amargado o cínico. Su fe nunca se extinguió, ni su capacidad para sentir, para reaccionar. Nunca se endureció, nunca se volvió insensible[101].

101 *The Diary of Anaïs Nin*, Vol. III, pp. 10, 20-21.

Capítulo 9
LAS MUJERES

1. Ruth Mack Brunswick: "Al rabino le está permitido".

Después de Otto Rank, Freud no volvió a "adoptar" a otro hijo. Aunque en su lista de 1924 de los discípulos que habían permanecido leales a él no figuraban mujeres, desde entonces las discípulas de Freud destacan notablemente. A Freud las mujeres le parecían menos difíciles y menos dadas a competir. De hecho, sus estudiantes femeninas constituyen una larga línea de hijas adoptivas: Mira Oberholzer, Eugenia Sokolnicka (la analista polaca de André Gide, a la que sacó en su novela *Los monederos falsos* y que, a pesar de haberse analizado con Freud, se suicidó con gas en 1934), Hermine von Hug-Hellmuth, Helene Deutsch, Marie Bonaparte, Ruth Mack Brunswick, Jeanne Lampl-de Groot, y las mujeres que llegaron hasta él primordialmente por su amistad con Anna Freud: Dorothy Burlingham, Eva Rosenfeld, Anny Katan y Marianne Kris.

Freud no fue el único hombre famoso que, cuando estaba envejeciendo y tenía mala salud, atrajo a una multitud de admiradoras; a Albert Schweizer, a quien Freud tenía en alto concepto, le ocurrió lo mismo. Freud no buscó activamente la adulación de esas mujeres ni escogió específicamente a sus admiradoras. En general, aceptaba pasivamente a mujeres como miembros de su círculo íntimo, aunque no le sorprendió la existencia de lo que parecía una corte real. Junto a la intensa preocupación de Freud por su trabajo y a su energía para enfrentarse al mundo exterior,

se daba en él un abandono pacífico, no a una mujer, sino a todo un grupo de mujeres. No quería preocuparse de las molestias de la vida diaria. En sus últimos años, aquellas mujeres formaron lo que algunos llamaron una "camarilla" en torno a él. Lo protegían de los visitantes, preparaban sus vacaciones, y velaban por su salud. Freud, que era tímido y retraído con las mujeres, acabó su vida rodeado de ellas; quizá valga la pena recordar que de niño tuvo cinco hermanas.

Aquellas mujeres llegaron a establecerse en una profesión notablemente receptiva a los talentos femeninos. Aunque todavía no se ha reconocido adecuadamente el papel desempeñado por Ruth Mack Brunswick en la vida de Freud, su carrera ilumina los últimos quince años de la vejez de Freud. En 1930 Ruth Mack Brunswick (1897-1946) era indiscutiblemente la favorita de Freud en Viena[1]. Tenía permiso excepcional de acceso hasta él: iba a cenar a su casa, solía visitarlos los veranos, y estaba en buenas relaciones con sus hijos. Realmente era un miembro de la familia personal de Freud. Ruth Brunswick, a quien la hija de Freud, Anna, amaba y consideraba —por celos— una rival, fue la más importante de las últimas hijas adoptivas de Freud[2].

También hizo de mediadora entre los analistas americanos y el círculo íntimo de Freud en Viena. Como americana que era y al mismo tiempo confidente de Freud, como miembro que era simultáneamente de las Sociedades de Nueva York y de Viena, estaba en una posición excelente para suavizar las disonancias naturales entre aquellos dos mundos muy diferentes. En la práctica privada de Freud, Ruth Brunswick era el conducto por el que americanos ricos llegaban hasta Freud; y, en general, atendía a los pacientes analíticos americanos en Viena.

Aunque para un extraño podría no quedar claro siempre quién gozaba del favor de Freud y quién no, quienes habían estado en comunicación durante algún tiempo con él conocían perfectamente la importancia de Ruth Brunswick. También la hija de ésta era una favorita de Freud y de su esposa. En su biografía, Jones no mencionó la posición de Ruth Brunswick, posiblemente por celos o quizás por tacto. Jones no sabía que fue una de las mujeres que recibieron de Freud el anhelado anillo[3].

Ruth Brunswick tenía encanto e inteligencia, y, como americana típica, pocas inhibiciones; era expansiva y vehemente, comunicativa, efusiva, y cariñosa. Además era una persona elegante y de modales refinados, y también vivaz, y estaba dotada con una inteligencia muy viva. Como mujer, ni era especialmente atractiva ni carente de atractivos para Freud.

1 Véanse ejemplos en las entrevistas con Edith Jackson e Irmarita Putnam.

2 Carta de Max Schur a Ernest Jones, del 30 de septiembre de 1955 (archivos de Jones).

3 Según Jones, sólo su esposa Katherine, la hija de Freud Anna, Lou Andreas-Salomé y Marie Bonaparte recibieron anillos. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 18. En realidad, entre las mujeres a las que Freud dio anillos, figuraban Gisela Ferenczi, Jeanne Lampl-de Groot, Ruth Mack Brunswick, Edith Jackson, Henny Freud y Eva Rosenfeld.

Como en el caso de su cuñada Minna, a Freud le gustaba usar a las mujeres como una pantalla para sus ideas; sin embargo, Ruth, a diferencia de Minna, tendía a ser dominante y no era del tipo de mujeres pacíficas y maternales que se contentara simplemente con entender las ideas de Freud. Tenía una gran cultura y facilidad de palabra, estaba bien informada gracias a sus abundantes lecturas, y era uno de los pocos americanos no estigmatizados por serlo, en opinión de Freud.

Ruth Brunswick tenía una mente intrépida, y quizás fuera eso lo esencial para Freud. No estaba limitada intelectualmente; se atrevía a correr riesgos. Podía tener una idea hoy y abandonarla mañana. Pocas personas aportaron a Freud esa misma elasticidad intelectual. Ella estaba orgullosa de su relación con él, y ésta era un placer para los dos.

Ruth Brunswick —que entonces se llamaba Ruth Blumgart— tenía veinticinco años, cuando se presentó ante Freud, y entró en el mundo de éste con entusiasmo. Freud se convirtió en la persona ideal para ella, su mentor científico y el substituto de su padre. Este, el juez Julian Mack, era un jurista ilustre y un conocido filántropo judío. Pero ella tenía una relación dudosa con él, y Freud pareció la solución perfecta. Sabía que, después del fallecimiento de Frink, Freud la consideraba a ella como su enlace con los americanos, y que contaba con ella para que su obra se interpretara correctamente en los círculos americanos.

Durante mucho tiempo Ruth Brunswick estuvo más próxima a Freud que su propia hija Anna[4]. Freud dio a Ruth algunas páginas del manuscrito de la obra sobre Woodrow Wilson, mientras que Anna no vio parte alguna de ese volumen hasta 1965. A medida que Freud colmaba a Ruth de honores y le concedía su amistad íntima, ella despertaba los celos de todos los demás discípulos menos favorecidos. Algunos de sus colegas masculinos la consideraban odiosa y agresiva.

Ruth Brunswick intervino de forma especial en la supervisión de la salud de Freud. Ella fue quien, gracias a la influencia de su padre en la Junta de Supervisión de Harvard, encargó en 1931 a un catedrático de medicina de Harvard que hiciera una prótesis especial para la boca de Freud[5]. Ella y Marie Bonaparte pagaron la costosa factura, lo que al final Freud tomó a mal; la nueva prótesis no fue satisfactoria, y Freud era muy susceptible en relación con el hecho de estar en deuda económicamente con alguien. Ruth no dejaba ni un momento de ocuparse de la enfermedad de Freud e incluso velaba porque respetara su dieta.

Ruth había estado casada con Hermann Blumgart, cuando llegó a Viena por primera vez en 1922. Blumgart había sido un estudiante de E. B. Holt en la Escuela de Medicina de Harvard, que no sólo dio uno de los primeros cursos sobre Freud, sino que, además, escribió uno de los primeros libros de texto sobre el psicoanálisis. Ruth, graduada en el

4 Entrevista con Oliver Freud.

5 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 167.

Radcliffe College, estudió en la escuela de medicina de Tufts. A través del hermano de Herman, Leonard, analista que ya había estado en Viena analizándose con Freud durante un corto período, hizo los preparativos para acudir allí, a su vez. Evidentemente, su matrimonio estaba pasando ya por graves dificultades. Pero había acabado su período de prácticas en su hospital psiquiátrico, y acudió a Viena no sólo en busca de ayuda, sino también para formarse. Blumgart se trasladó a Viena para intentar que regresara. El estaba decidido a seguir siendo médico, y ella quería hacerse analista. Hermann Blumgart habló con Freud para intentar evitar que el matrimonio se deshiciera, pero sin resultado. Así, que Blumgart dejó a su mujer allí y regresó a América, donde continuó su destacada carrera como especialista en enfermedades del corazón.

Ruth tenía ya pensado casarse con otro hombre, a quien también Freud prefería para ella: Mark Brunswick era cinco años más joven que ella y estaba muy enamorado de ella. Había decidido casarse con ella, cuando, siendo un adolescente, asistió a su boda. Hermann Blumgart era primo carnal de la madre de Mark Brunswick. Aquel grupo de americanos estaban relacionados mutuamente por vínculos complicados: posteriormente la madre de Brunswick se casó con el juez Mack en los últimos años de la vida de éste.

Ruth pidió a Freud que analizara a Mark, además de a ella. En 1924, a la edad de veintidos años, Mark entró en el círculo de Freud. Este tenía entonces sesenta y ocho años; Mark recordó el comentario de Freud en su primera entrevista: ''¿Cómo es posible ser tan joven?'' Mark tenía poca instrucción oficial; un año en la Academia de Exeter fue su último curso escolar. Era tímido y apocado, y un prodigio musicalmente, pero sin desarrollar emocionalmente; finalmente, llegó a ser profesor de música y presidente de su departamento en el City College de Nueva York de 1946 a 1965. Era un hombre abierto, imaginativo y con sensibilidad artística, y Freud se prendó de él inmediatamente. Mark no sabía nada de ciencia ni de medicina, y lo único que le importaba era componer música y sus amigos músicos de Viena[6]. Freud había empezado a analizarlo como un futuro yerno, por decirlo así; Ruth y Mark estaban ya enamorados, y Freud se puso a arreglar a Mark para que pudiera casarse con Ruth[7].

Su matrimonio en 1928 fue un acontecimiento en la vida de Freud, pues raras veces salía en público en aquella época. La boda se celebró en el ayuntamiento y Freud fue uno de los testigos. El segundo testigo de la ceremonia fue Oskar Rie, el pediatra de los nietos de Freud y posteriormente de la hija de Ruth y Mark. (Esta niña recibió su nombre de Mathilda Hollitscher, la hija mayor de Freud, que era una amiga íntima de Mark y Ruth). La hija de Rie, Marianne Kris, era la mejor amiga de Ruth. Los documentos matrimoniales de los Brunswick fueron redactados

6 Cf. su necrología en *The New York Times*, 28 de mayo de 1971, p. 32.
7 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.

por el hijo de Freud, Martin, que era abogado. También estuvieron presentes en la ceremonia el hermano de Mark, David (que estaba analizándose con Freud) y su hermana menor (que estaba analizándose con Nunberg.)

Freud estuvo analizando simultáneamente a Ruth y a Mark, y también a David, el hermano de Mark. Entre los tres ocupaban el 60 por ciento del tiempo dedicado por Freud a analizar y le proporcionaban el 60 por ciento de sus ingresos. (En aquella época Freud se ocupaba regularmente de cinco casos analíticos.) Sin embargo, a los analistas actuales no les gusta analizar a una pareja, casada o no, lo que constituiría una contraindicación de las ''reglas''; un analista necesita poder identificarse con su paciente, y eso resulta más difícil al tratar a personas relacionadas tan íntimamente. Pero Freud no solía respetar los procedimientos analíticos normales, sino que se inspiraba en la idea de que ''al Rabino le está permitido'': para el Rabino existían exenciones especiales[8].

Mark Brunswick vio en muchas ocasiones a Freud en su ambiente familiar, ya que Ruth y él visitaban con frecuencia a los Freud. Posteriormente, Mark pensaba que aquel contacto personal le hizo mucho bien, pero también reforzó algunos rasgos patológicos. Freud vivía en dos mundos y adoptaba actitudes autodefensivas; tenía tendencia a no utilizar la psicología, fuera de su actividad profesional. En su círculo familiar Freud era afable e indiscreto; en cierta ocasión gastó bromas a su yerno, el marido de Mathilda, por mostrarse tan galanteador para con Ruth, cuando ésta era la paciente de Freud.

Pero Mark no se habría atrevido a comunicar a Freud sus observaciones sobre la disparidad entre el comportamiento de Freud en su casa y en su despacho, o, mejor dicho, en aquella época no se le ocurrió nunda decir que no se atrevería a hacerlo. Antes de ir a Viena, Mark había leído y admirado *Tótem y tabú* de Freud, pero, aunque le interesaba la antropología, no pudo llegar a interesarse por la medicina. Nunca pensó en hacerse analista, a su vez. Asistió sólo una o dos veces a las reuniones de la Sociedad de Viena, y le escandalizaron las palabras que se usaban en público delante de personas de los dos sexos.

Mark conocía también a William Bullit, que entonces estaba analizándose con Freud, y a Marie Bonaparte, que, como Ruth, estuvo analizándose intermitentemente con Freud durante muchos años; en la década de 1930 conoció también a Edith Jackson, otra paciente de Freud. Hasta la década de 1930 los pacientes de Freud le pagaban veinte dólares por hora; después, por su propio acuerdo, decidieron aumentar sus pagos a veinticinco dólares.

La intimidad de aquellas relaciones personales mutuas no ayudó a Mark terapéuticamente, ni tampoco las indiscreciones de Freud. Por ejem-

8 Carta de Max Schur a Ernest Jones del 30 de septiembre de 1955.

plo, después de haber estado analizando a David durante algunas semanas, Freud se quejó a Mark: "¡Menuda me han hecho Ruth y usted! Su hermano es la persona más aburrida!" De modos diferentes, tanto Mark como David se sintieron intimidados por Freud. David pensó que Mark y Ruth lo habían predispuesto contra él; al parecer, por esperar resistencias intelectuales de David, el segundo día de su análisis Freud le dijo que hablara alemán y que se matriculara en una escuela de medicina. La formación de David era entonces la de psicólogo y esperaba dedicarse a ejercer el análisis; había abandonado los estudios de medicina en Estados Unidos, y posteriormente hizo lo mismo en Viena. Freud supuso que, como americano, David necesitaría un título médico para poder ejercer el análisis en Estados Unidos. Cuando David empezó a practicar en América, Freud le escribió: "el castigo adecuado para usted es que se haya hecho analista". Era una de las bromas de Freud, pero, para David, expresaba también la actitud de Freud hacia él.

El joven Mark Brunswick se había presentado ante Freud con graves trastornos del carácter. Retrospectivamente, Mark pensaba que, si Freud se hubiera negado a analizarlo por la razón de que Ruth ya era paciente suya, habría sido traumático para él, pero a la larga habría sido mejor. (Posteriormente también David pensaba que Freud no debería haber aceptado analizarlo.) En realidad, en septiembre de 1924, Mark empezó su análisis con Freud, que se prolongó durante tres años y medio. Entonces Freud lo declaró curado; Mark acabó el análisis y se casó con Ruth. Según Mark, no se había curado ni siquiera de un solo síntoma, aunque sí que tenía mejores sentimientos hacia su padre. Mark adoraba a Freud, si bien más adelante reveló algunos sentimientos negativos hacia él. No obstante, nunca había encontrado la más mínima señal de mezquindad en Freud; pensaba que los errores de Freud fueron consecuencia de su buena intención y que, si había pecado, había sido por exceso de sociabilidad.

Ruth y Mark abandonaron Viena en junio de 1928 con destino a Estados Unidos, donde nació su hija; regresaron a Europa en 1929 y estuvieron en Viena hasta 1938. Hacia finales de 1933 o principios de 1934, Mark dijo a Freud que seguía teniendo todos sus síntomas, pero que en cierto sentido se encontraba peor entonces, ya que estaba intentando cumplir con su situación de adulto. Freud se sintió consternado ante aquella noticia, y volvió a analizar a Mark.

Durante su primer análisis, cuando Mark había sido un joven enamorado de una mujer casada, Freud y Ruth habían comentado su caso con todo detalle. Ruth pasó a ser casi una madre para Mark. No obstante, en la segunda ocasión Freud explicó a Mark que Ruth no debía estar al corriente de su análisis del mismo modo, y que cometió un grave error al comentar con ella el análisis de Mark. Freud se mostró natural y franco a la hora de confesar su error anterior. (Con otros pacientes, como David, por ejemplo, se mostró menos comunicativo.)

Mark pronto se enamoró de una joven. Preguntó a Freud si era correcto incumplir su promesa matrimonial, y Freud dijo que sí. Ruth y Mark se divorciaron en 1937, pero volvieron a casarse seis meses después, aunque a Freud le desagradó que lo hicieran. Mark hizo progresos considerables en su tratamiento hasta 1938. Para entonces ninguno de sus amigos músicos seguía en Viena. Había abandonado Viena en octubre de 1937 y regresó en diciembre; por fin, se marchó definitivamente a finales de enero de 1938. Freud empezó a escribir el historial clínico de Mark el mismo mes que abandonó Viena, pero lo dejó inacabado a su muerte[9]. (Algunos años después Mark se sometió a otro análisis en Nueva York, que, según pensaba, dio mucho más resultado que los de Freud.)

Ya habían surgido tensiones entre Freud y Mark, principalmente a propósito de política. Freud decepcionó tanto a Ruth como a Mark, cuando los socialistas fueron derrocados violentamente en Viena en 1934. Políticamente, Freud parecía haber invertido completamente su postura, y defendió la necesidad de apoyar a Dollfuss, a pesar de que el régimen de éste era autoritario. Freud era un hombre agonizante, y quería quedarse en Viena a toda costa. En febrero de 1934 Mark y Freud decidieron de común acuerdo separarse por un tiempo, en vista del rencor de Mark ante la actitud política de Freud. Entonces Austria tenía un gobierno anti-intelectual, que representaba a las fuerzas sociales que no habían concedido reconocimiento a la obra de Freud, y los socialistas eran partidarios de Freud. Pero Freud no podía tratar aquella cuestión en el análisis, quizás a causa de su conciencia culpable.

Mark y Ruth instaron una y otra vez a Freud a abandonar Viena, pero a éste le molestaba aquella postura, pues pensaba que los temores de aquéllos carecían de fundamento. En época tan temprana como 1932 escribió en una carta: "Apenas puedo creer que haya posibilidad de peligrar personalmente [en caso de quedarse], como Ruth y Mark no se cansan de decirme. Soy bastante desconocido en Austria; los mejores informados sólo saben que cualquier mal trato que se me diera provocaría gran alboroto en el extranjero"[10]. Los demás miembros de la comunidad analítica de Viena tenían dificultades para marcharse, porque muchas veces tenían que volverse contra Freud para hacerlo, y les parecía que sería como abandonar un barco que se fuera a pique.

En la época en que los nazis se apoderaron de Austria, Ruth se había dado a conocer como analista, en gran medida gracias al padrinazgo de Freud. Pues éste le había hecho un gran favor personal: la cesión del Hombre-Lobo, su antiguo paciente. Al hacerlo, Freud le hizo el mayor honor. No obstante, en su tratamiento del caso, Ruth pasó por alto sus

9 "Splitting of the Ego in the Process of Defence" ["Escisión del 'yo' en el proceso de defensa"], *Standard Edition*, Vol. 23, pp. 275-78. Jones pensaba que el paciente era Bullit, pero Ruth y Mark Brunswick no eran de la misma opinión. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 239.

10 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 456.

propios sentimientos de transferencia hacia el Hombre-Lobo; como Ruth pensaba que "para ese paciente el análisis era Freud", consideró que como terapeuta "mi propio papel era casi insignificante; actué puramente como intermediaria entre el paciente y Freud"[11].

Para Ruth, el caso y el artículo que escribió sobre él contribuyeron extraordinariamente a aumentar su autoestima. Escribió el artículo en estrecha colaboración con Freud, si bien es de esperar que Freud no apoyara el tipo de tautología con que acababa su descripción: según escribió, la futura salud del Hombre-Lobo dependería "en gran medida del grado de sublimación de que demuestre ser capaz"[12]. Ante Freud se había encontrado a sí misma. Sin Freud, pocos de sus seguidores serían de la más mínima importancia para la historia de las ideas. Freud les inspiró y animó a realizar mucho más de lo que habían llevado a cabo en ningún momento anteriormente.

2. Ruth Mack Brunswick: Dependencia y adicción.

Freud había percibido una capacidad psicológica natural en Ruth Mack Brunswick. Tenía talento intuitivo para "olfatear" el inconsciente[13]. Su técnica analítica nunca fue convencional; dentro de los límites ortodoxos, fue una analista algo activa, si bien quizás sea sorprendente que no fuera más activa, teniendo en cuenta que Freud había sido su analista. Como Freud, le interesaba más la ciencia del psicoanálisis que la terapia por sí misma. La mayoría de sus pacientes fueron holandeses, probablemente porque Freud le había enviado inicialmente pacientes holandeses. (En Holanda se aceptó el análisis muy pronto[14]; quizás haya proliferado en ese país, porque Países Bajos es básicamente una nación de clase media. En la década de 1960 fue la única nación en que los analistas se quejaban de tener demasiados estudiantes en formación analítica.)

La policía molestó a Ruth en determinado momento, porque su visado no le permitía trabajar. Martin Freud explicó tendenciosamente a las autoridades que estaba trabajando, bajo supervisión, exclusivamente para formarse. En opinión del resto de la comunidad analítica, vivían como millonarios.

Freud ofreció generosamente a Ruth ideas y pacientes; a diferencia de algunos de sus discípulos anteriores, Ruth nunca fue una rival. Freud admiraba incluso su interés por los psicóticos. Dio un seminario sobre psicosis para sus colegas en la Sociedad de Viena; no formaba parte del

11 *The Wolf-Man*, p. 106. Cf. más arriba, p. 179-182
12 *Ibid.*, p. 307.
13 Entrevista con Anny Katan.
14 "On the History", p. 33.

plan de estudios del Instituto, sino que era un seminario para "graduados", y Marie Bonaparte y Paul Federn, entre otros, asistieron a sus sesiones en la casa de Ruth de Viena. Podríamos preguntarnos cómo pudo Freud estimular el trabajo de Ruth y guardar silencio con respecto al de Federn. Es cierto que las ideas de Federn eran confusas; pero, aun cuando Freud tuviera sus dudas sobre si el tratamiento de las psicosis era una aplicación legítima del psicoanálisis, su afecto hacia Ruth pudo más.

Ruth Brunswick tenía la capacidad intelectual para incorporar sus descubrimientos al sistema de Freud. Tenía un talento especial para manipular los conceptos teóricos de Freud, y sabía usarlos para exponer nuevas ideas suyas. Subrayó la importancia de la madre en el desarrollo del niño pero con tanto tacto, que a Freud no le pareció que fuera una rebelión contra sus ideas básicas. Una de las corrientes principales en el análisis desde la muerte de Freud ha sido un interés por los casos en que "la etiología de... la enfermedad se remonta a una época anterior al complejo de Edipo, y entraña una distorsión en la época de la dependencia absoluta"[15]. Como había señalado Jung mucho antes, al principio Freud no había pensado en la función no edípica del vínculo entre madre e hijo. Pero Ruth expresó sus descubrimientos con absoluta discreción.

Mientras que Rank había construido una teoría opuesta en torno a su innovación consistente en insistir en la importancia de los factores no edípicos, Ruth subrayó que había fases "pre-edípicas" del desarrollo del niño. De acuerdo con su cautelosa formulación, "que yo sepa, el término pre-edípico fue usado por primera vez por Freud en 1931... y por quien esto escribe en 1929..."[16] En un principio, se limitó a la psicología de las mujeres, pero en el futuro sus teorías iban a ser aplicables también a los hombres. Con el término de "pre-edípico" Ruth se refería a que una primera relación emocional precedía al conflicto triangular en que la niña pequeña anhela el amor de su padre y siente rivalidad hacia su madre y esa "posición" anterior, que se produce antes del complejo de Edipo, supone amor a la madre e identificación con ella por parte de la niña. Se trata de un compromiso emocional mucho más arcaico y primitivo que el edípico, y Ruth lanzó la hipótesis de que era la raíz de los problemas psicóticos que estaba estudiando.

Ruth Brunswick había conseguido incorporar fenómenos pasados por alto —y recalcados por los discípulos que habían abandonado a Freud— a su teoría de la libido; por lo cual éste alabó encarecidamente su obra. Al enunciar en principio su teoría en términos de la psicología de las mujeres (en la que Freud —como él mismo reconoció— no había sido capaz de llegar muy lejos) y conservar la importancia de la propia constelación de Edipo (siguiendo la idea de Freud de que tenía una "pre-historia"), pudo

15 D. W. Winnicott, *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*, p. 54.
16 Ruth Mack Brunswick, "The Pre-oedipal Phase of the Libido Development", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 9, Nº 2 (1940), p. 293.

subrayar de nuevo la importancia de los conceptos de Freud y al mismo tiempo ampliarlos.

En fecha tan temprana como 1925, Freud había iniciado ese cambio de rumbo en el pensamiento psicoanalítico al postular que la existencia de una fase de la vida emocional anterior al complejo de Edipo significaba que, en las niñas, "el complejo de Edipo es una formación secundaria"[17]. Cuanto más consistencia daba la obra de Ruth a la teoría de los factores pre-edípicos, más importante parecía volverse el complejo de Edipo, pues entonces tenía un desarrollo histórico propio. "Nuestra comprensión", escribió Freud en 1931, "de esa primera fase pre-edípica en las niñas constituye una sorpresa para nosotros, como el descubrimiento, en otro dominio, de la civilización miceno-minoica tras la civilización de Grecia"[18].

Freud aceptó la obra de Ruth Brunswick sobre las pautas pre-edípicas en las niñas; ella "estaba estudiando estos problemas al mismo tiempo que yo..."[19] Después de la muerte de Ruth, Nunberg afirmó que en "su importantísimo trabajo sobre 'la fase pre-edípica del desarrollo de la libido'... sostuvo que no podía decir exactamente cuáles eran ideas de Freud y cuáles suyas"[20]; aunque no podemos encontrar ese reconocimiento en el trabajo de Ruth, puede muy bien ser que Nunberg le oyera hacer esa observación, pues cuadra con su estrecha colaboración con Freud. Freud reconoció que las mujeres analistas habían sido capaces de descubrir ese primer vínculo con la madre que él mismo no había sido capaz de percibir "porque las mujeres que se analizaron conmigo podían aferrarse precisamente al vínculo con el padre en que se habían refugiado para escapar a esa primera fase en cuestión"[21]. Y, sin embargo, Freud siguió sosteniendo que "la fase de vinculación exclusiva con la madre, que podemos llamar fase *pre-edípica*, tiene una importancia mucho mayor en las mujeres que en los hombres"[22]. Según se creía, una fijación pre-edípica en una mujer provocaría una falta de libido hacia los hombres, mientras que un vínculo pre-edípico en un hombre entrañaría una fijación pasiva en el padre. Freud reconoció la prioridad de Ruth en ese sector; tal como escribió en 1932, ésta fue "la primera que describió un caso de neurosis que se remontaba a una fijación en la etapa pre-edípica y nunca había alcanzado en absoluto la situación edípica"[23].

17 "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes", p. 256.

18 "Female Sexuality", p. 226.

19 *Ibid.*, p. 238.

20 Herman Nunberg, "In Memorian: Ruth Mack Brunswick", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 15, Nº 2 (1945), p. 142.

21 "Female Sexuality", p. 226.

22 *Ibid.*, p. 230.

23 "New Introductory Lectures", p. 130. Cf. Ruth Mack Brunswick, "The analysis of a Case of Paranoia" ("Delusion of Jealousy"), *The Journal of Nervous and Mental Disease*, Vol. 70 (1929), pp. 1-22, 155-78.

Ruth Brunswick realizó una intensa labor clínica y también participó en la política del movimiento psicoanalítico a ambos lados del Atlántico. Jones afirmó que se puso de parte de Zilboorg y contra Brill; y Brill pensaba que se había opuesto a Schilder, hasta que éste dimitió de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York[24]. En Viena, Ruth estuvo más o menos analizándose constantemente con Freud, siempre que éste podía dedicarse a ella. El estudiante más famoso de Ruth fue Karl Menninger; también analizó a Robert Fliess, el hijo del antiguo amigo de Freud.

A pesar de su productividad científica y de su excelente desempeño del análisis, su salud no era buena. Tendía a convertir los problemas emocionales en síntomas somáticos, y sus doctores no podían diagnosticar sus enfermedades como inequívocamente orgánicas. En cierta ocasión le encontraron demasiado arsénico en la sangre; no estaba claro si la había envenenado su cocinera o el papel de la pared, pero mandó poner nuevo papel en sus habitaciones. (James Jackson Putnam había acusado al papel de las paredes como agente común en el envenenamiento con arsénico[25].)

Ruth usó morfina para resistir el terrible dolor de lo que pensaba eran ataques de la vesícula biliar. Max Schur, su doctor, pensaba que no tenía cálculos biliares, pero otros no estaban de acuerdo con él. (Ruth había analizado a Schur y a su esposa, con lo que había reproducido la situación de Mark con Freud.) También sufría de neuritis. Como médico que era, había podido recetarse a sí misma —tomaba píldoras para dormir y contra el dolor— y para 1933-34 había acabado en una situación grave en relación con las drogas. Por su infelicidad y las molestias que le causaban sus trastornos orgánicos, para 1937 se había convertido en una drogadicta. En aquella época la mayoría de las adicciones procedían del uso de las drogas para fines medicinales.

Por un tiempo se liberó de su dependencia de las drogas. Por consejo de Freud, cuando todavía estaba analizándose, se hospitalizó para intentar superar su adicción. Pero Ruth era adicta no sólo a las drogas; su personalidad era propensa a la dependencia y el apego, lo que en parte puede explicar por qué Freud llegó a rechazarla tanto al final. Su vida acabó trágicamente; por mucho que lo intentara, no consiguió superar una enfermedad que los analistas consideraron de carácter pre-edípico.

En Viena, cuando todavía vivía Freud, exteriormente no parecía trastornada. Desempeñó su trabajo con eficacia hasta la última parte de su vida, cuando llegó a depender gravemente de las drogas. Hasta su muerte a comienzos de 1946, se la consideró una psicoanalista destacada, favorita e íntima de Freud en los últimos años de la vida de éste.

Los sufrimientos privados de Ruth son importantes a causa de su

24 Carta de Ernest Jones a A. A. Brill del 22 de diciembre de 1933, carta de Jones a Clarence Oberndorf del 20 de diciembre de 1933 (archivos de Jones).

25 Hale, *Freud and the Americans*, p. 371.

estrecha relación con Freud. Teniendo en cuenta la personalidad de Freud, una adicción a las drogas tenía que ser especialmente intolerable para él. Cuando le quedaba poco de vida, a pesar del dolor producido por su cáncer, Freud era reacio a tomar incluso aspirinas. Era inaceptable usar sedantes para calmar el dolor, aturdir la mente y —peor aún— dejarse llevar hasta el extremo de volverse dependiente de ese modo. Estaba orgulloso de ser capaz de superarse a sí mismo. El hecho de que Ruth llegara a depender de las drogas y, finalmente, a ser adicta y esclava de ellas, fue un ultraje gravísimo para la intolerancia de Freud. El mismo nunca superó su adicción a la nicotina, a pesar de que durante años luchó contra el que llamaba "mi hábito o vicio". (Resulta bastante curioso que Freud no hiciera remontar ese problema del tabaco a un vínculo pre-edípico con su madre, sino que incluso en época tan avanzada como 1929 se refiriera a una identificación con su padre como "fumador empedernido"[26].) Freud reconoció que la adicción de Ruth era una enfermedad que había que entender y tratar, en lugar de condenarla, pero, aun así, esa clase de problemas le resultaban desagradables. La adicción de Ruth no podía deberse a un desafío inconsciente hacia Freud, para expresar su ambivalencia; había tenido ese problema desde siempre. Y, sin embargo, para Freud, cualquier problema de adicción tenía que ser particularmente grave, y fue una de las razones principales para su decepción final con respecto a ella.

Cuando Ruth llegó a Viena por primera vez en 1922, el aprendizaje equivalía a poco más que al hecho de analizarse, en el caso ideal con el propio Freud. Corren muchas falsedades con respecto a las primeras figuras del psicoanálisis. Desde un punto de vista contemporáneo, el aprendizaje en aquellos años puede parecer que era simplemente un gesto; se ha dicho que la mayoría de "los primeros seguidores [de Freud] sólo tenían una experiencia puramente intelectual del análisis y... cuando se habían analizado, su tratamiento había sido demasiado corto y demasiado superficial para producir el más mínimo resultado duradero"[27]. Se ha sugerido que habrían tenido menos problemas con sólo que se hubieran analizado adecuadamente.

No obstante, en el caso de Ruth, su análisis con Freud se prolongó interminablemente y se extendió, con algunas interrupciones, de 1922 a 1938. Un análisis tan largo era en sí mismo una adicción, que recordaba lo que tiempo atrás había temido Freud que pasaría con el uso de la técnica hipnótica[28]. El tratamiento de Ruth por parte de Freud contribuyó a producir la propia dependencia que el análisis debía eliminar. El rasgo principal de la triste enfermedad de Ruth es no el de que un análisis tan prolongado con Freud no la protegiera de un trastorno extenuante, sino el

26 Citado en Schur, *Freud*, p. 62.
27 Robert, *The Psychoanalytic Revolution*, p. 235.
28 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 449.

de que cuanto más la trataba Freud más estrecha se volvía su relación y menos le ayudaba a superar sus dificultades de dependencia.

A Freud le gustaba demasiado trabajar con Ruth; sus sentimientos hacia ella se convirtieron en una interferencia en los esfuerzos de ella para sobreponerse a sus trastornos. Ella disfrutaba dependiendo de él, lo que debería haberse tratado como un problema, en lugar de abandonarse a ello como a un placer[29]. Probablemente Freud debería haberla enviado a otro analista[30]. Ruth debería haber acudido a otro analista, y cuando regresó a América, por fin acudió a Nunberg justo antes de morir. Pero Freud era capaz de desear guardar a Ruth con él; su afecto mutuo y sus intercambios intelectuales los mantenían unidos.

El genio puede tener un poder seductor. Freud era irresistible para muchas personas, aun cuando podía ser que no hiciera nada intencionalmente para provocar la adulación. A Freud le desagradaban los afectos exagerados, y, sin embargo, los provocaba en grado extraordinario. Freud se había propuesto liberar, pero a veces esclavizaba. Los pacientes impresionables, los que tenían las autodefensas más débiles, eran los que sucumbían en contacto con Freud. Si no podemos estar de acuerdo con la afirmación de un analista de que Freud había "destruido" a Ruth, es porque ella misma carecía del narcisismo esencial que le habría permitido separarse de Freud para autoprotegerse.

Tal como lo expresó brillantemente un amigo, Ruth siempre hacía demasiadas alharacas en relación con el Profesor. Como otros, esperaba de Freud más de lo que ningún ser humano podía dar. Pero es que Freud había desempeñado un papel de gran importancia en su vida y había provocado una transferencia enorme. Freud trató primero a Ruth de forma demasiado íntima, y después intentó hacer que la relación fuera más distante[31]. Además de su dependencia, Ruth tenía tendencia a ser dominante y dictatorial, y posteriormente Mark Brunswick recordó haber observado una conversación entre Ruth y Freud en el porche de la casa de ellos en la que ella habló de forma autoritaria; Mark no pudo oír lo que decían, pero vio descomponerse la cara de Freud.

La decepción de Freud con respecto a Ruth cobró fuerza, a medida que empeoró su enfermedad y se sintió más débil, y a medida que ella se volvió más exigente y celosa por los cuidados que Anna Freud prodigaba a su padre. Por envidia, Ruth se comportaba agresivamente. Aunque algunos íntimos tanto de Freud como de Ruth no lo sabían, Freud se sintió desilusionado con respecto a ella. A pesar de haberse analizado durante años con él, era más adicta que nunca. En 1937, cuando su enfermedad había empeorado, a Freud le costaba más trabajo reprimir su irritabilidad

29 Entrevistas con David Brunswick.
30 Entrevistas con Mark Brunswick.
31 *Ibid.*

con ella. No obstante, desde fuera todavía parecía una de sus discípulos favoritos y más íntimos.

A medida que se deterioraba la salud de Freud, empeoraba también su relación. Ruth lo visitó en Londres en el verano de 1938, y se mostró exaltada por lo que había ganado con su renovado análisis. Pero en el invierno de 1939, el último en la vida de Freud, éste la rechazó constantemente. Ella quería ir a verlo, pero él no quería que fuera a verlo morir. Le reprochaba la que consideraba la "eterna" necesidad "femenina" de ver morir al padre; su idea de que demasiada preocupación podría encubrir un sentimiento opuesto era perfectamente válida, pero todos sus problemas estaban agravados y estaba amargado. En enero de 1939 estaba alterado, y empezó a comportarse de forma extraña hacia ella; aunque estaba desilusionado tanto con Mark como con Ruth, si hubiera estado mejor de salud, no se habría expresado de la forma en que lo hizo. Para su septuagésimo cumpleaños Mark le había regalado el primer volumen de la colección de historia antigua de Cambridge, y, como solían hablar de arqueología, a medida que fueron publicándose los volúmenes posteriores, Mark regalaba un ejemplar a Freud; pero, cuando apareció el último volumen en 1938, Freud lo encargó por sí mismo y después preguntó quién debería pagarlo. Había zonas de su personalidad que estaban limitándose por el dolor y por su conocimiento de la cercanía de la muerte. En cierta ocasión dijo, refiriéndose a la hija de Ruth, a la que adoraba: "Creo que he oído hablar de ella"[32].

Ruth no se había trasladado a Londres, cuando Freud emigró de Viena. Su padre estaba enfermo en América, y Mark la telefoneaba con frecuencia desde el otro lado del Atlántico; la madre de él estaba viviendo con Ruth y la hija de ellos en Viena. Como el oído y la memoria del padre de Ruth habían resultado afectados por su enfermedad, necesitaba a su única hija. Y los nazis estaban a punto de entrar en Austria. Freud tenía a otras personas que podían cuidarlo. Regresó a Estados Unidos de muy mala gana.

Sin embargo, al encontrarse lejos de Viena, Ruth fue desmoronándose gradualmente. Dada su tendencia a la hipocondría, no nos queda más remedio que preguntarnos si sus enfermedades, como las del Hombre-Lobo en la década de 1920, no se habrían agravado con una transferencia no resuelta hacia Freud. Tenía dolores horribles en los ojos, y se recetaba medicinas a sí misma. A pesar de sus problemas, Freud había estado todo el tiempo enviándole pacientes, y otros analistas seguían haciéndolo; al parecer, casi hasta el final no se produjo una decadencia manifiesta de su capacidad para analizar. Consiguió afidávits para todos sus amigos íntimos de Viena, con el fin de que pudieran trasladarse directamente a América, si lo deseaban.

32 *Ibid.*

Cuando Ruth regresó a Nueva York de su último viaje a Londres, Freud estaba agonizando. Su período de adicción más grave a las drogas se produjo en América. En 1940 murió su madre, y tres años después su padre. Y, como su relación con Mark había empeorado enormemente, sufría una tensión tremenda. Paradójicamente, si tenemos en cuenta sus propios problemas, se había opuesto a que Mark bebiera hasta los dos últimos años de su matrimonio, y él bebía a escondidas, aunque no mucho en comparación con lo normal en América. Se aferró a Mark, como a cualquier cosa a la que se sintiera apegada. Sin embargo, de todos los analistas fue ella quien dio la bienvenida al hijo de Freud, Oliver, cuando éste llegó a América con su esposa en 1943. Dos años después, Mark se divorció de ella, y ella acudió a Nunberg para seguir analizándose. Tal como lo expresó posteriormente Mark: "Parecía que todo lo que amaba se había desmoronado, así que también ella se desmoronó".

Hacia el final de su vida, Ruth —que siempre había tenido inhibiciones con respecto a su obra— sufrió una auténtica paralización. Nunca publicó tanto como Freud o ella misma pensaban que debía hacer, lo que en parte explica por qué es tan poco conocida del público en general de hoy. Recientemente, un psiquiatra ha relacionado las paralizaciones en la creatividad con el problema de la identidad: "Para realizar el trabajo de forma eficaz, es necesario cierto sentido de la identidad personal independiente de aquél"[33]. Quizás Freud sobreestimó su talento; pero, en caso de que así fuera, se debió a la inmensa atracción que sentía por ella, que en sí misma requiere alguna explicación. A pesar de lo susceptible que Freud podía ser con respecto al plagio en el caso de otros estudiantes, por lo menos en una ocasión insistió en "regalar" a Ruth una idea; dijo que le ofrecía la visión de que para el desarrollo del sentido estético la relación del niño con el pecho de la madre es de excepcional importancia[34]. Ella no siguió esa sugerencia de Freud, y en uno de sus últimos trabajos, en 1937, Freud todavía expresaba su esperanza de que ella publicara más material sobre el Hombre-Lobo, que en un tiempo había estado en tratamiento con ella[35].

No podemos estar seguros de si Ruth consideró su separación de Freud como un rechazo, que podía haber intensificado las exigencias que le planteaba. De hecho, hacia el final de su vida Freud no podía soportarla. Con la muerte de él, ella perdió no sólo a un hombre venerado, sino también una fuente de satisfacción para su propia autoestima. Puede ser que entonces comprendiera que no era tan creativa como en un tiempo había pensado. Su prematura muerte contribuyó a que hubiera publicado mucho menos que algunos de sus contemporáneos.

33 Storr, *The Dynamics of Creation*, p. 222.

34 Erasmus Darwin había expresado ya esa idea. Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 504.

35 "Analysis Terminable and Interminable", p. 218. Strachey no parece haber sabido que Ruth Brunswick tenía que haber escrito un segundo artículo sobre el Hombre-Lobo.

La muerte de Ruth no puede calificarse técnicamente de suicidio, pero fue consecuencia de autodestrucción por lo menos semiintencional. Aunque en principio sus enfermedades la habían vuelto propensa a las drogas, al final bebía elixir paregórico igual que un alcohólico podría beber whisky; también tomaba barbitúricos, y los muchos años de tomar drogas fueron destruyendo su salud. No sufría ataques ni mostraba otros síntomas de la adicción, pero el *Federal Bureau of Narcotics* sospechaba de ella. Entonces contrajo una pneumonía, a la que son propensas las personas adictas de esa clase. Después de una época difícil, pareció que iba mejorando; pero la noche antes de su muerte, no había podido asistir a una fiesta en honor de Marie Bonaparte, otra discípula favorita de Freud, que, sin embargo, al final de la vida de Freud había tomado la delantera a Ruth en el círculo íntimo de éste.

La muerte de Ruth el 25 de enero de 1946 fue una gran conmoción para todos; Mark la había visto seis horas antes. Oficialmente, la causa de su muerte había sido "un ataque al corazón provocado por pneumonía"[36], pero no era cierto. Murió de una dosis excesiva de opiáceos, combinada con una caída en el baño: se había dado un golpe en la cabeza y se había fracturado el cráneo. Había sufrido una grave diarrea, y solía tomar morfina para calmarla, con lo que se quedaba dormida en el suelo del baño. Posiblemente aquella última noche había tomado demasiadas píldoras para dormir, y entonces se cayó; la caída fue lo que la mató.

A pesar de su importancia para Freud y el psicoanálisis, no apareció ninguna necrología de ella en el *International Journal of Psychoanalysis*; a causa de su triste fin, nadie sentía deseos de escribir sobre ella. Nunberg sí que escribió una necrología para una revista americana, en la que se refirió simplemente a su "trágica muerte repentina"[37].

Cualquier vida que consideremos con simpatía ha de presentar rasgos trágicos; pero tan erróneo sería insistir demasiado en este aspecto como sucumbir a la tentación de hacer un panegírico. Según Freud, los logros van unidos a las limitaciones, e incluso nuestros mejores logros se pagan con pérdidas humanas. Pero un suicidio, o la autodestrucción gradual, es otra cuestión. Además de las muertes de Federn, Stekel, Tausk y Silberer, podemos encontrar documentados otros suicidios entre los miembros de aquel primer grupo de analistas: Karen Stephen, Eugenia Sokolnicka, Tatiana Rosenthal, Karl Schrötter, Monroe Meyer, Martin Peck, Max Kahane, Johann Honegger.

Jones ridiculizó los legendarios "peligros del psicoanálisis; o bien volvía loca a la gente o bien la condenaba a muerte"[38]. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre los limitados éxitos terapéuticos del psicoanálisis, indudablemente esas polémicas exageradas están fuera de lugar. Pero no

36 *The New York Times*, 26 de enero de 1946, p. 13.
37 Nunberg, "In Memoriam".
38 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 127.

por ello deja de ser inquietante que fueran tan frecuentes los suicidios entre aquellos primeros analistas o que, si no, tuvieran fines trágicos. Cuando le informaron de la muerte de Honegger en 1914, Freud reflexionó en una carta a Jung: "¿Sabe lo que pienso? Que agotamos a bastantes hombres"[39]. Y, sin embargo, es dudoso que aquel grupo estuviera más desequilibrado que cualquier otro conjunto de personas. Pareció que se habían sacrificado unas cuantas vidas por el triunfo de la obra de Freud, pero otras grandes ideas de la historia humana se han cobrado su tributo en vidas. Y lo que destaca en este grupo puede ser en gran medida resultado de la lente microscópica con que lo observamos. Examínese cualquier vida humana con suficiente detalle y atención, y encontraremos rasgos patológicos, dolor, sufrimiento, y tormento interior. Pero no tenemos por qué deducir de ello que la tragedia es la única experiencia humana. Puede ser muchísimo más fácil encontrar palabras y conceptos para describir los fracasos que sufrimos que abrirse paso entre las trivialidades y tópicos con que solemos describir las experiencias satisfactorias de la vida.

3. Anna Freud: El análisis del niño.

La serenidad de la vida de Anna Freud contrasta vivamente con la turbulencia de la de Ruth Mack Brunswick. Y, sin embargo, fueron las amigas más íntimas y durante algún tiempo rivalizaron por conseguir la atención de Freud. Anna Freud sentía celos de las mujeres que fueron importantes en la vida de Freud, y pensaba que sus recuerdos de sentimientos de celos constituían un medio para apreciar la importancia de una mujer en la vida de Freud[40]. Como tantos discípulos buscaban el amor de Freud, mientras que a él le servían principalmente para ampliar el psicoanálisis, Anna se sentía orgullosa de que su padre se separara de todos ellos. Adoptó la tendencia de su madre (y de su abuela por parte de padre) a colocar a Freud en un pedestal, y se identificó con Martha y contra otras mujeres de la vida de Freud. Anna Freud no necesitaba competir con su madre, dado que Martha ya había quedado excluida; pero sí con mujeres como Ruth Brunswick. Mark Brunswick pensaba que el cariño de Freud hacia su hija Tilly fue una causa más de celos con respecto a Ruth; Anna sólo podía ofrecer la devoción y solicitud de una hija soltera.

Anna Freud, nacida en 1895, fue el último de todos los hijos de

39 *Freud/Jung Letters*, p. 413.
40 Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 14 de febrero de 1954 (archivos de Jones). Además de Ruth Brunswick, Anna Freud mencionó también a Jeanne Lampl-de Groot y a Joan Riviere.

Freud, y evidentemente fue una hija no deseada. Quizás la renuencia de Freud a tener otro hijo reflejara sus angustias por sus ataques al corazón del año anterior; y parece ser que Martha se sintió decepcionada con aquel embarazo[41]. Pusieron a la niña el nombre de un amigo de la familia; ahora bien, Anna era también el nombre de una de las hermanas de Freud que menos le gustaban a éste. Por la época del nacimiento de aquella hija la práctica de Freud había mejorado de forma decisiva[42]. Como padre, Freud no intervenía activamente en el cuidado diario de los bebés. Nunca les daba de comer ni les cambiaba los pañales; no podían ir a pasear con "papá" hasta que no hubieran aprendido a hacer caca en el orinal. Sin embargo, en algunas ocasiones utilizó en sus escritos "material proporcionado por mis propios hijos" y citó uno de los sueños de Anna en *La interpretación de los sueños*[43]. Martha Freud puso término al uso de sus hijos como objetos de investigación, pero Freud tuvo más libertad a la hora de educar a los más jóvenes[44]. Freud era consciente de sus propios problemas contra-edípicos —¿cuáles se produjeron primero: los sentimientos de Freud o los de su hija menor?—, pero la vida de Anna Freud es un testimonio del principio de su padre de que "el primer afecto de una niña es el que siente por su padre..."[45].

Anna, que físicamente se parecía a la rama de su padre dentro de la familia, cuando se hizo mayor fue una joven sencilla. Freud le escribió por lo menos una carta comprensiva en su adolescencia, en la que la animaba a ser más indolente, pues, cuando no tenía nada que hacer, solía sentirse inquieta. Como le escribió Freud en tono de súplica a la edad de diecisiete años, cuando tuvo la oportunidad de pasar un invierno tomando el sol, después de una enfermedad:

> Tus planes para la escuela pueden esperar perfectamente hasta que hayas aprendido a tomarte tus deberes menos en serio. No se te van a escapar. Tiene por fuerza que sentarte bien ser un poco despreocupada y disfrutar de un sol tan magnífico en pleno invierno... Puedes estar segura de que todos disfrutamos mucho con tus cartas, pero tampoco vamos a preocuparnos si no te sientes con ganas de escribir una carta cada día. También tu conocerás una época de trabajo y preocupaciones, pero todavía eres demasiado joven [46]

41 Entrevista con Eva Rosenfeld, 17 de noviembre de 1966.

42 *The Originis of Psychoanalysis*, p. 136.

43 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, pp. 127, 130. Cf. también "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 132.

44 Entrevista con Kata Levy, 6 de julio de 1965.

45 "The Interpretation of Dreams", Vol. 4, p. 257.

46 *Letters*, pp. 294-95. Anna Freud ha recordado recientemente "una actitud mía que procede del pasado remoto. A la edad en que los niños no leen por su cuenta, cuando se les leen o cuentan historias, mi interés se limitaba a las que 'podían ser ciertas'. Eso no significaba que tuvieran que ser historias verdaderas en el sentido ordinario de la palabra, sino que no debían contener elementos que les impidieran ocurrir en realidad. Tan pronto como los animales empezaban a hablar, o aparecían duendes y brujas, o fantasmas —en resumen, frente a cualquier elemento no realista o sobrenatural—, mi atención decaía y desaparecía. Para gran sorpresa mía, no he cambiado mucho en ese sentido". Anna Freud, *Problems of Psychoanalytic Training, Diagnosis, and the Thechnique of Therapy*, Vol. VII de *The Writings of Anna Freud, 1966-1970* (Nueva York: International Universities Press; 1971), pp. 73-74. Es de suponer que las fábulas de Esopo o La Fontaine superaran su capacidad de comprensión infantil.

Con tres hijas, Freud podía equipararse al Rey Lear, y el tema del cariño de un padre por sus hijas aparece en sus escritos[47]. En sus cartas llamaba explícitamente a Anna su fiel Antígona, la hija del ciego y enfermizo Edipo[48]. Por permanecer soltera y desconocer relativamente cómo podría ser la vida fuera de la familia, Anna llegó a ser en cierto modo una víctima de la grandiosidad de la vejez de su padre.

Como era tímida y bonita de joven, en un momento u otro se decía de cada soltero del círculo de Freud que pretendía casarse con la hija de Freud, Anna. Especialmente en relación con Rank, hubo rumores de su boda con Anna. En los análisis de sus estudiantes, Freud solía afirmar con frecuencia que advertía el deseo de casarse con una de sus hijas; Binswanger observó que "la interpretación por parte de Freud de... [un] sueño, que me pareció bastante poco convincente... fue la de que indicaba un deseo de casar con su hija menor, pero, al mismo tiempo, contenía un rechazo de dicho deseo..."[49] Incluso con un paciente analítico, el "Hombre-Rata", Freud dio el mismo tipo de interpretación.

Todos los pretendientes de Anna Freud acudieron por mediación de su padre o de sus hermanos mayores. Cuentan que estuvo enamorada en diferentes períodos de por lo menos tres miembros del círculo de Freud —Siegfried Bernfeld, Hans Lampl y Max Eitingon— pero su vinculación a su padre se interpuso[50]. En 1935 Freud citó sus "inquietudes" con respecto a ella: "se toma las cosas demasiado en serio. ¿Qué hará cuando ya no me tenga a mí? ¿Hará una vida de austeridad ascética?"[51].

Carecía de formación científica propia (ni siquiera acabó el bachiller), y se hizo maestra de párvulos. Durante cinco años enseñó en una escuela elemental[52], pero ganaba muy poco dinero. Asistía a las conferencias que daba su padre en la universidad; hacía de secretaria de él. A pesar de no ser miembro, asistía a las sesiones de la Sociedad de Viena por lo menos en época tan temprana como 1918. Entonces aquello era un primer y corto paso antes de pasar a ser miembro de la Sociedad de Viena, ante la que presentó, el 13 de junio de 1922, un trabajo, "La superación de las

47 Carta de Freud a Bransom (archivos de Jones). "The Theme of the Three Caskets", pp. 293, 296, 298, 301; *Letters*, p. 301.

48 *Letters*, pp. 382, 424.

49 Binswanger, *Freud*, p. 2.

50 Entrevistas con Abram Kardiner, 12 de octubre de 1965, Helene Deutsch, 5 de junio de 1965 y Eva Rosenfeld, 3 de noviembre de 1966. Cf. Comunicado por Ernst Freud, 27 de noviembre de 1953 (archivos de Jones).

51 *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 204.

52 Anna Freud, "The Role of the Teacher", *Harvard Educational Review*, Vol. 22, Nº 4 (otoño de 1952), p. 229.

fantasías y de los sueños en estado de vela''; como su padre, hablaba sin notas. Empezó a ejercer el análisis justo antes de que su padre cayera enfermo en 1923, e inicialmente trabajó con niños.

Una de las leyendas más arraigadas entre los discípulos de Freud era la de que Lou Andreas-Salomé fue quien analizó a Anna Freud[53]; podría ser perfectamente que Freud se hubiera sentido indeciso a la hora de enviar a Anna a un analista de Viena. Lou y Anna llegaron a ser grandes amigas años después, y Lou dedicó uno de sus libros a ésta[54]. En vista de los notorios éxitos de Lou con los hombres, indudablemente habría sido una analista que hubiera producido inhibición en la retraída Anna Freud. Y casi con toda seguridad Anna habría competido con Lou en relación con el propio Freud. Pero por lo menos un testigo estaba seguro de que Lou había analizado a Anna, cuando estuvo viviendo en el piso de Freud en Viena[55].

En cualquier caso, Lou no podía haber sido el primer analista de Anna Freud; pues, anteriormente, a pesar de las reglas para la técnica analítica que estableció para los otros, Freud había analizado personalmente a su hija. El análisis debió de prolongarse durante varios años. Freud pasó un mes en Budapest en 1918, y había llevado con él a Anna; en aquella época ésta estaba ya analizándose con él[56]. Uno de los hijos de Freud, Oliver, recordó que en la primavera de 1921 su hermana acudía al estudio de Freud para analizarse[57]. Y en el análisis por parte de Anna de por lo menos un paciente, el hecho de que se analizara con su padre desempeñó un papel muy importante[58]. Freud podía hablar francamente de ello, y en una carta a Edoardo Weiss de 1935, quien le había pedido consejo sobre si analizar o no a su hijo, Freud respondió que con su hija el análisis había salido bien pero que con un hijo podría haber sido diferente:

> Respecto al análisis de su prometedor hijo, se trata indudablemente de una cuestión delicada. Con un hermano menor y prometedor, podría hacerse con mayor facilidad. Con mi propia hija me salió bien. Existen dificultades y dudas especiales con un hijo. No es que le avise contra un peligro; evidentemente, todo depende de las dos personas y de su relación mutua. Usted conoce las dificultades. No me sorprendería que diera resultado, a pesar de ellas. Desde fuera, resulta difícil decidir. Yo no le aconsejaría que lo hiciera y no tengo derecho a prohibírselo [59].

Weiss interpretó la carta de Freud en el sentido de que no le animaba a hacerlo.

53 *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 204.
54 *Ibid.*, p. 233.
55 Entrevista con Beata Rank, 12 de febrero de 1966. Cf. también Freeman, *Insights*, p. 82.
56 Entrevista con Kata Levy, 13 de julio de 1965.
57 Entrevista con Oliver Freud.
58 Entrevista con Anny Katan.
59 Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 81.

Ante el hecho de que Freud aceptara analizar a su propia hija, todas las disputas sobre lo que constituye la técnica psicoanalítica adecuada —si debe recibirse al paciente tres o cuatro o cinco días a la semana, si se permite o no a los pacientes leer la literatura psicoanalítica, si un análisis requiere el uso de un sofá, hasta qué punto debe el analista intervenir activamente— quedan reducidas a trivialidades. Pero, cuando Jones iba a ir a América para las celebraciones del centenario del nacimiento de Freud, Anna sugirió que podría ser que deseara hablar de la relación entre psicoanálisis y psicoterapia, con una severa advertencia con respecto a esta última[60].

En las elaboradas y esotéricas reglas de la técnica apropiada que han desarrollado los seguidores de Freud, la revelación del análisis por parte de Freud de su propia hija coloca a aquéllos en una posición bastante difícil. Era un secreto a voces para un pequeño grupo del círculo íntimo de Freud, pero a otros interesados en la historia del movimiento el análisis de su propia hija por parte de Freud les produce conmoción; algunos de los antiguos analistas vieneses o bien no tenían noticias de dicho análisis o bien no querían oír hablar de él.

Desde el punto de vista de Freud, existían razones válidas para hacer lo que hizo. Las reglas que estableció en sus artículos no eran para él, y tampoco esperaba que sus estudiantes las siguieran demasiado fielmente. Quizás Anna no se habría analizado con ninguna otra persona. Sin lugar a dudas, otro analista habría vacilado antes de atreverse a separar a Anna de su padre, lo que probablemente habría sido parte de la misión de un psicoanálisis adecuado. Puede ser que Freud temiera que otro analista pudiera herirla. Podría ser que pensara que podía dirigir el análisis libremente, con objetivos terapéuticos, y enseñarle al mismo tiempo lo mejor que pudiera. Equivalía a mostrar a su hija cómo actuaba, sin la esperanza de clarificar su relación con él, dado que eso habría sido prácticamente imposible.

Freud se había analizado a sí mismo, y podría ser perfectamente que hubiera pensado que era capaz de analizar a su hija. Cualquier otro analista a que podía recurrir ya tendría algún tipo de relación emocional con ella, como hija del maestro que era, así que puede ser que desconfiara de lo que cualquiera de ellos podía realizar. Si Freud no podía tomarse libertades con el psicoanálisis, ¿quién iba a poder? Al mismo tiempo, el hecho de que analizara a Anna y de que ella se sometiera a él habría equivalido a un acuerdo mutuo entre ellos en el sentido de que iba a conservarla consigo. El psicoanálisis era tan importante para los dos, que cualquier otra cosa se volvía trivial; la consideración primordial podría haber sido la de si el análisis contribuiría a hacer de ella una futura analista. Pero también puede ser que Anna temiera a su padre más de lo que los dos pensaban.

Los motivos de Freud pudieron haber sido los mejores del mundo, pero

60 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, del 20 de octubre de 1955.

médica y humanamente la situación era extraña. Como analista de ella, movilizaría inevitablemente sus sentimientos de supervaloración, al tiempo que perturbaría la intimidad de su alma; añadió nuevas emociones de transferencia a su relación, sin la posibilidad de llegar nunca a anularlas. Un genio, que era también una figura inmensa en la vida de fantasía de su hija, como analista suyo la ató permanentemente a él.

Freud podía criticar mordazmente las libertades técnicas de otro analista. Por ejemplo, en cierta ocasión escribió a Sandor Ferenczi: "Lo que uno haga en su técnica tiene que defenderlo abiertamente"[61]. El hecho de analizar a su hija satisfacía indudablemente un vínculo edípico por su parte; y al mismo tiempo era bueno para el movimiento psicoanalítico contar con Anna como analista. Pero para Anna, el análisis contribuyó a limitar sus posibilidades de satisfacción personal, a pesar de que desempeñó una función en la vida de su padre y, además, tarde o temprano ocuparía la dirección del movimiento, lo que constituía un intercambio rico. Quizás sólo con criterios normales fuera trágica su relación con semejante padre.

Sin embargo, en 1920 y, de hecho, hasta la muerte de su padre, no se vio con claridad que Anna estaba destinada a convertirse en la directora del movimiento psicoanalítico. Cuando era una joven sin credenciales oficiales, algunos de los antiguos discípulos de Freud podían mostrarse protectores de forma condescendiente con ella.

Para quienes eran conscientes de la presencia de Anna Freud en el movimiento, y de lo mucho que significaba para Freud, parecía que éste había defendido el análisis profano en parte para proteger el futuro de Anna. (Según cuentan, los ahorros de toda su vida desaparecieron con la inflación de la posguerra.) Pero los profanos, sin formación científica, son más propensos a la religiosidad; la exigencia de un título de medicina tendía por lo menos a cribar a quienes acudían al psicoanálisis con una excesiva preocupación por sus propias dificultades psicológicas. Freud animó a algunos de sus discípulos a estudiar medicina, no porque fuera importante en sí mismo, sino para facilitar sus carreras de analistas[62].

En época tan avanzada como la de la Primera Guerra Mundial, Freud había escrito que "el psicoanálisis es un procedimiento para el tratamiento médico de los pacientes neuróticos"[63], y en 1918 todavía calificaba al psicoanalista de "médico". Pero en 1924 pensaba que "ya no [era] posible restringir la práctica del psicoanálisis a los doctores ni excluir de él a los profanos"[64]. Freud tenía motivos para sentirse agraviado por la acogida que le habían dado en el mundo de la medicina: "Los médicos no tienen derecho histórico a ser los únicos en ejercer el análisis. Al contrario, hasta hace poco lo han combatido con todo lo que pudiera perjudicarle, desde el ridículo más bajo hasta la calumnia más grave"[65].

61 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 164.
62 Entrevista con Anny Katan.
63 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 15.
64 "An Autobiographical Study", p. 70.

Freud podía tolerar la disputa sobre el análisis profano, y citaba como prueba que "incluso en nuestro dominio están toleradas las diferencias de opinión"[66]. Pero le irritaba que otros no estuvieran de acuerdo con su derecho a nombrar analista a su hija menor, y tomaba la oposición al análisis profano como un ataque a Anna y también una crítica implícita a él. En 1926 Freud escribió que "mi hija Anna se ha consagrado al análisis pedagógico de niños y adolescentes. Todavía no le he asignado nunca un caso de enfermedad neurótica grave en un adulto". (Inmediatamente después añadía que "dicho sea de paso, el único paciente con síntomas moderadamente graves, rayanos en lo psiquiátrico, que hasta ahora ha tratado recompensó al doctor que lo envió a ella por su rotundo éxito"[67].) Las calificaciones médicas son menos importantes para trabajar con niños pequeños que con adultos, aunque sólo sea porque para la época en que pueda uno acabar el aprendizaje analítico (al añadirse el análisis de los niños a las habilidades analíticas básicas), podría ser demasiado viejo como para tener la paciencia adecuada para tratar a los niños.

Anna Freud se ha ganado fama justificadamente por su observación y tratamiento de los niños pequeños. Hermine von Hug-Hellmuth (1871-1924) la había precedido en Viena en ese terreno, y en Berlín y Londres Melanie Klein desarrolló una técnica diferente para trabajar con los niños, así como una elaborada teorización propia. En Viena, August Aichhorn había sentido interés por el tratamiento de delincuentes, y tanto Pfister (en Zurich) como Bernfeld (en Viena) se especializaron en el tratamiento de los adolescentes. Pero fue Anna Freud quien se especializó en los niños pequeños, e inevitablemente provocó celos a Hermine Hug-Hellmuth.

La Dra. Hermine von Hug-Hellmuth murió poco después de que Anna Freud entrara oficialmente en el escenario psicoanalítico. De aspecto, Hug-Hellmuth era una mujer pequeña, contraída, pulcra y sin elegancia; a los demás les resultaba fácil hacer chistes sobre ella, pero su obra fue original. Fue uno de los miembros gentiles y una de las pocas mujeres de la Sociedad de Viena. Inició la terapia del juego como medio de comunicar con los niños pequeños. Al parecer, era tan imaginativa que compuso un diario de su juventud, cuya traducción inglesa, *A Young Girl's Diary*, con un prefacio de Freud, todavía está a la venta[68]. Todo el mundo coincide en que el libro era un fraude, y su aparición provocó un escándalo; no se permitió su publicación en alemán. De tener que reconocerle algún mérito, diríamos que había reelaborado sus recuerdos de la infancia a la luz de las teorías psicoanalíticas de la década de 1920; su

65 "The Question of Lay Analysis", p. 229.
66 *Ibid.*, p. 239.
67 "Dr. Reik and the Problem of Quackery", *Standard Edition*, Vol. 21, pp. 247-48.
68 "Letter to Hermine von Hug-Hellmuth", *Standard Edition*, Vol. 14, p. 341.

libro expone todo lo que los freudianos enseñaban entonces sobre la naturaleza de la sexualidad femenina.

Hug-Hellmuth no había tenido una relación particularmente estrecha con Freud, a pesar de que lo admiraba enormemente. Aproximadamente un año antes de su muerte, Anna Freud empezó a practicar. A medida que la hija de Freud empezó a trabajar con los niños, pronto eclipsó la posición de Hug-Hellmuth. Era completamente natural que aquella iniciadora del análisis de los niños sintiera envidia de su nueva rival.

Poco después del Congreso de analistas de Salzburgo, el 9 de septiembre de 1924, Hug-Hellmuth fue asesinada por el hijo ilegítimo de su hermana, al que Hug-Hellmuth había criado. Al parecer, habían tenido una riña por dinero. Su muerte causó una gran conmoción en la comunidad psicoanalítica, y los periódicos se ocuparon por extenso del juicio de su sobrino, que contaba dieciocho años. Este fue condenado y encarcelado.

Una semana antes de morir, Hug-Hellmuth había pedido que no se publicara una necrología de ella en ninguna publicación psicoanalítica[69]. ¿Prevería su propia destrucción? Parece que su relación con su sobrino fue más la de un terapeuta que la de una tía o substituto de la madre. Cuando era niño, ella hacía "observaciones" sobre él, y las utilizaba como material ilustrativo para sus artículos. Un analista —convencido de que el asesinato de un terapeuta por parte de un paciente suele representar un impulso autodestructivo en el terapeuta que el paciente pone en práctica— calificó a Hug-Hellmuth de suicida.

El joven cumplió su sentencia y, cuando salió libre de la cárcel, fue a ver a Federn para pedirle dinero de la Sociedad de Viena por considerarse una víctima del psicoanálisis. Hitschmann recomendó que el muchacho fuera a ver a Helene Deutsch para recibir tratamiento; pensó que podía ser bueno para él resolver su problema con una mujer analista. El muchacho estaba amargado porque su tía soltera, en lugar de darle amor, lo hubiera utilizado como material para un caso clínico; Hug-Hellmuth no se había limitado a anotar un aspecto ocasional de su comportamiento para su obra, sino que había hecho un estudio sistemático del niño. Su riña por dinero pudo haber sido una simple excusa para el asesinato, pero a Helene Deutsch le desconcertó que la propusieran como segunda mujer analista para aquel paciente que estaba pidiendo dinero a la institución psicoanalítica que su difunta tía había representado. En la propuesta de Hitschmann Helene Deutsch detectó la hostilidad de su colega hacia ella; su marido estaba tan preocupado por la seguridad de su esposa, que alquiló a un detective privado para que vigilara los movimientos del muchacho.

El trabajo de Anna Freud con los niños tuvo un matiz distintivo desde el comienzo; le interesaba adaptar la técnica psicoanalítica clásica a las

69 Entrevistas con George Wilbur. Cf. *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 6 (1925), p. 106.

capacidades y fuerzas especiales de los niños pequeños, que es de esperar que no mientan en el sofá y que realicen las asociaciones libres. Su experiencia educativa le fue de utilidad; pues sostenía que los niños necesitan establecer una relación educativa con el terapeuta antes de aceptar las interpretaciones.

La distinción principal entre el análisis de los adultos y el de los niños, según Anna Freud, era la de que los niños no eran capaces de establecer una transferencia del tipo de la de los adultos, dado que todavía estaban vinculados a sus padres en la vida diaria. Con los niños un analista sólo podía obtener reacciones de transferencia, no una auténtica neurosis de transferencia. Así pues, a diferencia de Melanie Klein, más purista analíticamente, Anna Freud sugirió que era necesaria una fase preparatoria antes de poder empezar el tratamiento analítico. Y propuso trabajar terapéuticamente lo más posible a través de los padres de los niños en tratamiento (línea de razonamiento en la que el pediatra del círculo de Freud, Joseph Friedjung, la había precedido por lo menos en parte: "En muchos casos", había afirmado éste en 1909, "basta simplemente con cambiar el ambiente o la influencia ejercida por quienes rodean al niño, para provocar la desaparición de los síntomas"[70].)

Algunos analistas mandaron analizarse a sus hijos, aunque no necesariamente hubieran consultado a Freud sobre esa cuestión. Sin embargo, a diferencia de Melanie Klein, quien sostenía que el análisis del niño era la mejor profilaxis contra la neurosis, en general los analistas de niños vieneses no consideraban que todos los niños necesitaran tratamiento. No era raro que un analista de niños se negara a tratar a un niño por la razón de que era suficientemente normal; pero el caso de un niño de tres años, que posteriormente se suicidó en su juventud, sirve para subrayar lo limitado que es nuestro conocimiento en ese sector.

Freud estaba orgulloso de que los analistas hubieran pasado del estudio de la infancia mediante los recuerdos retrospectivos de los pacientes adultos a la observación directa: "Habíamos comenzado infiriendo el contenido de la infancia sexual a partir del análisis de los adultos... Posteriormente, nos pusimos a analizar a los propios niños..."[71] Pero insistía en que, aunque "se puede recurrir al psicoanálisis en la educación como medio auxiliar de ocuparse de un niño... no es un substituto apropiado de la educación... No debe confundirnos la afirmación —perfectamente cierta, dicho sea de paso— de que el psicoanálisis de un adulto neurótico equivale a una educación posterior"[72].

Freud dejó el análisis de los niños a cargo de Anna. Ella actuó con independencia, a pesar del escepticismo de Freud con respecto a las

70 *Minutes*, Vol. II, p. 318.

71 "The Question of Lay Analysis", p. 214.

72 "Preface to Aichhorn's *Wayward Youth*" ["Prefacio para un libro de August Aichhorn"], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 274.

posibilidades de terapia con niños pequeños; pero era partidario de la exploración mediante la observación directa de los niños. Freud señaló que no existía una pedagogía analítica, y no daba consejos a los pacientes con respecto a sus hijos. Era una cosa tan sabida, que muchos pacientes ni siquiera se habrían atrevido a pedir esa clase de consejos. Desde luego, era consciente del interés en "la aplicación del psicoanálisis a la educación, a la crianza de la generación siguiente", y escribió: "Me alegro de poder por lo menos decir que mi hija, Anna Freud, ha dedicado su vida a ese estudio y de ese modo ha compensado mi desinterés"[73]. Cuando pensamos en la Clínica James Jackson Putnam de Boston o en la Escuela Ortogénica de Bruno Bettelheim en la Universidad de Chicago, resulta evidente que aquellos primeros esfuerzos de Anna Freud y sus colaboradores iban a dar sus frutos e iban a continuarse, para que en el futuro pudiera tratarse a niños que en otro tiempo podrían haber parecido inaccesibles a la intervención psicoterapéutica.

A pesar del desinterés de Freud por ese dominio, tenía ideas definidas sobre la educación de los niños. Según cuentan, pensaba, por ejemplo, que "cuando una mujer es demasiado tierna con su hijo, con frecuencia se desarrolla homosexualidad"[74]. Y, en cierta ocasión en que una de las nueras de Freud estaba mimando —en opinión de éste— demasiado a su hijo, Freud se enfadó y la regañó[75], probablemente le preocupaba una posible seducción edípica. Años después su nuera arguyó en su defensa que los doctores actuales le aconsejarían a uno lo contrario (en aquella época su hijito sólo tenía tres o cuatro meses, era demasiado pequeño para sentarse). Aunque puede ser que Freud raras veces diera esa clase de consejos sobre la educación de los niños, no era muy de fiar cuando lo hacía. En esto hay algo paradójico: Benjamin Spock ha reconocido lo mucho que debía al psicoanálisis y sus manuales han sido prácticos y buenos.

A pesar de que Freud no deseaba decir a la gente cómo debía vivir, sí que insistía en que la educación sexual de los niños era aconsejable. Había enviado a sus hijos a un médico de la familia para aprender las cosas de la vida, pero recomendó que "habría que instruir a los niños gradualmente y desde el principio. Hay que hablar, desde el principio, de la vida sexual sin secretos delante de los niños"[76]. Freud consideraba que "una de las responsabilidades de la escuela es orientar al niño en la vida, y los problemas sexuales son una parte importante de dicha orientación... La instrucción debe sobre todo hacerles comprender claramente que se trata de actos de ternura..."[77] Pues "el mayor daño causado por el hecho de no [instruir] a los niños estriba en que, para el resto de la vida del niño, la sexualidad queda marcada con el estigma de lo prohibido..."[78].

73 "New Introductory Lectures", pp. 146-47.
74 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, pp. 71, 72.
75 Entrevistas con Esti Freud.
76 *Minutes*, p. 230.
77 *Ibid.*, p. 230.

4. Anna Freud: Las damas de compañía.

A partir del momento en que Freud cayó enfermo, en 1923, Anna Freud fue desempeñando un papel cada vez más importante como custodia del tiempo y la salud de su padre. Aunque éste prefería escribir sus cartas a mano, a veces ella hacía las funciones de secretaria privada suya. Cuanto más inválido se volvía su padre, más importante pasaba a ser la posición de ella como persona más próxima a él[79]. Las otras mujeres de la familia de Freud se ocupaban de protegerlo de las visitas no deseadas, pero Anna era particularmente susceptible ante los celos que solían surgir entre los miembros de la Sociedad de Viena a propósito de su padre[80]. Cualquiera que hubiera conocido a Freud antes de su enfermedad podía tener ya una relación establecida a la que recurrir. Pero los recién llegados al círculo de Freud solían entrar en contacto con él a través de su hija Anna. Era característico que aquellas mujeres fueran bien solteras, bien divorciadas, o bien sus maridos contaban poco.

Eva Rosenfeld, por ejemplo, entro en el mundo de Freud en noviembre de 1924 como amiga de Anna; como también era la sobrina de una cantante favorita de Freud, Yvette Guilbert, fue adoptada por la familia hasta el punto de que, por ejemplo, solían celebrar su cumpleaños. En 1929 Freud aceptó analizarla, por mediación de Anna; pero no le cobraba nada por el tratamiento. Estuvo analizándose durante dos meses, seis veces a la semana. Después de que hubiera acabado el análisis, los domingos por la tarde Freud solía analizar de nuevo a Eva; en su análisis él citó a la Sra. Burlingham como "la rival de usted", y a él le parecía que la esencia del análisis consistía en superar las rivalidades y los celos.

En las vacaciones de verano, Freud analizaba a Eva Rosenfeld cada día. A cambio, ella ayudaba a buscar alojamiento para la familia Freud durante los veranos. No parece que a su marido le molestaran las atenciones que ella tenía para con Freud. Aunque en años posteriores Eva se hizo analista, su posición en la corte de Freud fue de carácter personal principalmente. El admiraba el valor con que ella afrontaba la tragedia en su vida privada. Pero también terminó con Eva un día; el hecho de que ésta fuera a analizarse con Melanie Klein fue un insulto para su antigua amiga, Anna Freud.

Jeanne Lampl-de Groot era una psiquiatra holandesa, rica e intelectual

78 *Ibid.*, p. 236.
79 Schur, "The Medical History of Freud", p. 11.
80 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, del 8 de julio de 1935 (archivos de Jones).

(y gentil), que había estado prometida a un miembro del equipo de Wagner-Jauregg. No obstante, rompió el compromiso para casarse con Hans Lampl, que había formado parte durante años del círculo de Freud como amigo de su hijo Martin. Pero con el tiempo Hans Lampl se rebeló contra la estrecha relación de su mujer con Freud; quería una esposa, pero para ella todo giraba en torno a Freud. Cuando Lampl protestó vigorosamente contra aquella situación, el círculo que rodeaba a Anna Freud decidió que estaba paranoico y debía analizarse. Pero el analista llegó a la conclusión de que se trataba de celos realistas por su parte, y, aunque no era un hombre brillante, había sabido imponerse para que la dedicación a Freud no le privara de su esposa.

Marianne Kris, como hija de Oskar Rie, fue aceptada en el círculo de Freud como algo natural. Era demasiado joven para influir en las cuestiones psicoanalíticas, pero Anna Freud se ocupó de que Freud la analizara gratuitamente. A lo largo de varios años estuvo tratándola durante algunas semanas seguidas. Freud le tenía mucho afecto; su marido Ernst se analizó con Anna Freud, y a su hija le pusieron el nombre de Anna.

El padre de Marianne Kris, que era pediatra, había tratado gratuitamente a los hijos de Freud, pero también era un miembro habitual de las partidas de cartas a cuatro manos de Freud, que durante años se celebraron los sabados por la noche. Freud apreciaba a aquellos amigos no analistas, que, a diferencia de los antiguos pacientes, no eran una carga para él. Uno de ellos era Ludwig Rosenberg, que estaba casado con una de las hermanas de Oskar Rie y cuya familia pasaba los veranos con los Freud; la hija de Rosenberg, Anny Katan, llegó a ser analista también. Sin embargo, en aquel caso Anna Freud no se ocupó de que su padre analizara a Anny Katan, sino que realizó el análisis personalmente, a pesar de que ella y Anny Katan eran amigas de la infancia.

Dorothy Burlingham llegó también hasta Freud y el psicoanálisis como amiga íntima de Anna. Después de dejar a su trastornado marido, se trasladó de América a Viena con sus cuatro hijos. Primero se analizó con Theodor Reik y después con Freud. También una parienta de la Sra. Burlingham estuvo en Viena con sus hijos para analizarse. Dorothy Burlingham, que era miembro de la familia Tiffany, podía pagarse el tratamiento de toda su familia; sus hijos fueron unos de los primeros pacientes de Anna Freud.

Freud se alegró de que Anna encontrara a una amiga como Dorothy; para él significaba que pasaba a estar en buenas manos. En 1929 escribió: "nuestra simbiosis con una familia americana (sin marido), cuyos hijos está educando analíticamente mi hija con firmeza, se está haciendo cada vez más intensa, por lo que pasamos juntos las vacaciones del verano"[81]. Y en 1932 Freud observaba que Anna y "su amiga americana

[81] Citado en Binswanger, *Freud*, p. 88.

(que tiene coche) han comprado y amueblado... una casa de campo para los fines de semana"[82]. A Anna Freud le encantaban los perros, y en su vejez Freud solía jugar "con ellos igual que solía jugar con su anillo"[83]. Dorothy, que tenía en París un pariente que criaba *chows* era quien principalmente proporcionaba no sólo los perros de Freud, sino también los *chows* de otros miembros del círculo de Freud, como los Lampl, los Deutsch, y Edith Jackson. Dorothy Burlingham tuvo mucho contacto, independientemente del análisis, con Freud y su familia, pero, a diferencia del acceso directo de Ruth Brunswick, el de Dorothy se produjo a través de su amistad con Anna Freud. Anna se convirtió en una segunda madre de sus hijos, y Dorothy recibió uno de los anillos de Freud.

Ninguna de las mujeres que rodearon a Freud fue elegante en absoluto. Su total dedicación al psicoanálisis parecía consumir sus energías. Cuando se reunían en un restaurante, llevaban vestidos tan poco "de moda", que los camareros se daban cuenta de que iban juntas. Freud tenía tendencia a fiarse del juicio de la opinión de Anna sobre dichas mujeres. El se mantenía discretamente aparte, procurando no cotillear con unas a propósito de las otras.

Exceptuando a la propia Anna Freud, la princesa Marie Bonaparte (1882-1962) fue, hacia el final de la vida de Freud, la más importante de sus discípulas. Regularmente Freud tenía cinco pacientes en análisis, pero, cuando acababa con uno de ellos, admitía a Marie Bonaparte (igual que a Marianne Kris o a Ruth Brunswick). A Marie se la conocía en el círculo de Freud simplemente como "la Princesa"; era una descendiente directa de Lucien, el hermano de Napoleón. Además, era miembro por matrimonio de una de las familias reales más respetables de Europa; su marido, el príncipe George, era hermano del difunto Rey de Grecia y también miembro de la familia real de Dinamarca. De joven, Marie había querido ser médico, pero en aquella época su padre, geógrafo y antropólogo, se lo prohibió por considerarlo inadecuado para la hija de una familia principesca.

Su marido, un hombre sencillo y no intelectual, era mucho más mayor, y consideraba su participación en el psicoanálisis como si fuera un juguete para ella; pero, al mismo tiempo, tenía gran respeto por Freud. Marie y su marido tenían una relación distante, pero afectuosa, y con frecuencia vivían separados. Freud era algo esnob, y los demás miembros de su círculo disfrutaban con la perspectiva de no saber a quién podría ser que encontraran en casa de la Princesa: el Rey de Noruega, tal vez, u otros miembros de la nobleza. (El psicoanálisis ha tenido otra princesa, la esposa del autor de *El gatopardo*, Giuseppe di Lampedusa.) Si Freud tenía respeto por el dinero y los ricos, se debía a su preocupación por el movimiento que dirigía.

[82] *Letters of Freud and Zweig*, p. 39.
[83] Sachs, *Freud*, p. 169.

Marie Bonaparte era una gran personalidad cuyos errores podían ser tan divertidos como sus virtudes. Fue a ver a Freud por primera vez en 1925; tal como ella lo contó, "fui a Viena en 1925 para analizarme con el Profesor Freud... Así tuve ocasión de conocer a su familia"[84]. Durante los tres primeros meses escribió una descripción de su análisis, pero Freud le obligó a suspenderla. Fue un caso interesante para Freud, pues éste reconstruyó una escena de su infancia que ella no recordaba, pero pudo confirmar gracias a un testigo todavía vivo[85].

A través de Marie, Freud transmitió la iniciativa para la fundación de una sociedad psicoanalítica francesa en 1926. Tuvo gran influencia como partidaria de Freud, pero también era vulnerable a los ataques. A pesar de ser princesa y rica, era una mujer y no tenía el título de medicina. En su mundo de la aristocracia internacional, sus credenciales estaban dañadas por el hecho de que su abuelo por parte de madre había sido el fundador (judío) del casino de Montecarlo. A pesar de su matrimonio, podía verse humillada en la corte de Atenas por el dinero que "corrompía" sus antecedentes. Era muy conocida en la sociedad parisina y una especie de desarraigada en la aristocracia europea; después se incorporó a todo un movimiento de desarraigados, los psicoanalistas, ante los cuales tenía una posición social sin igual. Tanto ella como los analistas sintieron aumentado su autoaprecio con su participación en el psicoanálisis[86].

Francia tenía excelentes psiquiatras y una tradición nacional de psicoterapia; así, que los esfuerzos organizativos de Marie Bonaparte nunca tuvieron demasiada repercusión. A pesar de la talla de Freud, al principio los franceses lo consideraron una influencia alemana y, por tanto, extraña, y, a diferencia de los británicos, posteriormente iban a interesarse más en el aspecto metafísico de la doctrina de Freud que en su aspecto clínico. Pero, en cualquier caso, el psicoanálisis no se tomó muy en serio en Francia hasta después de la II Guerra Mundial. A pocos de los primeros analistas de Francia se los consideró como auténticos franceses, pues Francia es nacionalista a la hora de aceptar las ideas nuevas. En Francia (como en Inglaterra) los primeros analistas fueron extranjeros: suizos, polacos o alsacianos. Además, a la familia de la princesa Marie se la consideraba más internacional que específicamente francesa.

Marie llegó a ser una discípula ferviente de Freud, bastante parecida a Hanns Sachs. Abandonó todo por el psicoanálisis —su interés en la literatura, su vida de princesa— y, a cambio, su asociación con Freud la elevó por encima de su nivel intelectual natural. Aunque su compromiso con Freud le impidió cualquier otro interés, al mismo tiempo le proporcionó un enfoque para entender la psicología.

84 Marie Bonaparte, "Introduction", en Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 6.

85 Marie Bonaparte, "Notes on the Analytic Discovery of a Primal Scene", *The Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. I. ed. Ruth Eissler (Nueva York: International Unirvesities Press; 1945), pp. 119-25.

86 Entrevista con Erich Fromm, 5 de enero de 1966.

Marie no podía equipararse con algunos de los otros estudiantes de Freud por sus escritos o sus ideas; era "claramente incapaz de desempeñar su papel en el nivel científico"[87]. No obstante, escribió un largo estudio sobre Edgar Allan Poe, para el que Freud escribió un prefacio. Para Freud nunca dejó de ser sobre todo "nuestra Princesa" y una benefactora de su causa. Financió una expedición antropológica de Geza Roheim a Australia, pero los resultados del trabajo de campo decepcionaron a Freud. También ayudaba a la prensa psicoanalítica, siempre que ésta tenía problemas económicos.

Freud fomentó la transferencia que Marie había establecido hacia él. Encajaba en la categoría de mujeres bellas y narcisistas por la que Freud parece haber sentido una fascinación especial[88]. Marie, de la que se decía que por un tiempo había sido la amante de Aristide Bruant, era atractiva y seductora, y tenía un temperamento vivo. En el círculo interno que rodeaba a Freud, la Princesa Marie era una de las primeras figuras. Ella y Ruth Brunswick fueron las más próximas a Freud; cuando Marie estaba en Viena, podía vivir en casa de Ruth, y Ruth y Mark visitaban a Marie en París. Con frecuencia Marie y Ruth alquilaban juntas una casa de campo en el verano. Los veranos esas mujeres —Marie Bonaparte, Ruth Brunswick, Dorothy Burlingham, Eva Rosenfeld— formaban una colonia en torno a Freud. En cierta ocasión alquilaron cinco casas juntas: para Marie, Ruth, Dorothy, Eva y los Freud.

Anna siempre tuvo su posición especial como hija de Freud. Con respecto a muchos puntos existía una curiosa distancia entre ellos, y, por ejemplo, él nunca habló de la transferencia del pensamiento o de la telepatía con ella. Pero entre Freud y su hija menor existía un intercambio mutuo, y, si alguien como Siegfried Bernfeld era importante para Anna, eso bastaba para que Freud lo aceptara.

Anna Freud fue una gran admiradora de Bernfeld; cuando empezó a dar conferencias, buscó aliento y apoyo en él. Anna había ayudado a Bernfeld, que estaba casado y era mucho mayor que ella, a convertirse en miembro de la familia, en sentido amplio, de Freud. Como Hans Lampl, Bernfeld fue un hermano mayor para Anna; pero, a diferencia de Lampl, Bernfeld tenía una inteligencia excelente y, según decían, su cara revelaba la intensidad de un Savonarola.

Sólo en su casa parecía Anna estar a gusto con los hombres. Pero su porte y modales majestuosos podrían haber hecho sentirse incómodo casi a cualquier hombre. Bernfeld, que se divorció, prefería un tipo de mujer más erótica y se casó con una antigua paciente de Freud. Bernfeld no había

87 Wladimir Granoff y Victor Smirnoff, "History of Psychoanalysis in France and of the French Psychoanalytic Movement", p. iii (manuscrito).

88 "On Narcisism", p. 89. Cf. carta de Max Schur a Ernest Jones, 30 de septiembre de 1955.

empezado a ejercer hasta 1921, pero había estado asistiendo a las reuniones de la Sociedad de Viena desde 1913. No obstante, Freud llegó a sentirse decepcionado con respecto a él, y puede que eso reflejara en parte los propios sentimientos de Anna Freud. No obstante, Bernfeld hizo contribuciones históricas a nuestra comprensión de los comienzos de la carrera de Freud[89].

Aunque Anna Freud había entrado en la especialidad después de algunos discípulos, y tenía muchos rivales, especialmente entre las mujeres del círculo de Freud, finalmente desplazó a los demás. Pasó a ser psicoanalista poco después de que comenzara la disputa con Rank, y sirvió para llenar el vacío que éste dejó. Con el tiempo llegó a desempeñar todas las funciones de substituta de Rank. Así como Goethe había usado a su hijo para representarlo en las ceremonias oficiales, así también Freud enviaba a Anna a dar charlas y aceptar honores. A causa de su enfermedad, a Freud le resultaba difícil hablar en público, así que Anna no sólo pronunciaba sus alocuciones honoríficas sino que también leyó los trabajos de Freud en los Congresos psicoanalíticos de 1925, 1927 y de nuevo en el de 1938. Freud pensaba que, después de su muerte, Anna se vería obligada a ganarse la vida, y eso de que lo substituyera estaba pensado en parte para que fuera haciéndose un nombre por derecho propio.

Entre las funciones de Anna figuraba también la de enfermera privada de Freud. Este sobrevivió varias operaciones, y ella no dejó de cuidarlo. Le ayudaba a sobrellevar su sufrimiento; sin ella no habría sobrevivido dieciséis años con su cáncer. Como escribió en los últimos años de su vida, "cada vez dependo más de ella y menos de mí mismo"[90].

Entonces Anna acompañaba a Freud en sus viajes. Su cuñada, Minna, una admiradora acrítica, había sido una buena oyente para las ideas de Freud; incluso hablaba de sus pacientes con ella. Anna paso a desempeñar las funciones de Minna, excepto la de compañera de partidas de cartas. Pero lo que la esposa de Freud había aceptado en su hermana se convirtió en una causa de antagonismo entre madre e hija; y la señora Profesora solía decir de Anna que "*era* una niña tan tierna" pero que su dureza había salido a la superficie. Anna se sentía ofendida de que su madre hubiera colocado semejante carga sobre su hija y hubiera carecido de la fuerza para

89 Cf. "An Unknown Autobiographycal Fragment by Freud", *The American Imago*, Vol. 4, Nº 1 (agosto de 1946), pp. 3-19; "Freud's Earliest Theories and the School of Helmholtz", *Psychoanalytic Quarterly*.

90 Vol. 13, Nº 3 (1944), pp. 341-62; con Suzanne Cassirer Bernfeld, "Freud's Early Childhood", *Bulletin of the Menninger Clinic*, Vol. 8 (1944), pp. 107-15; con Suzanne Cassirer Bernfeld, "Freud's First Year in Practice: 1886-87", *Bulletin of the Menninger Clinic*, Vol. 16 (marzo de 1952), pp. 37-49; "Freud's Scientific Beginnings", en *The Yearbook of Psychoanalysis*, Vol. VI, ed. Sandor Lorand (Nueva York: International Universities Press; 1951), pp. 24-50; "Freud's studies on Cocaine, 1884-87", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. 1, Nº 4 (octubre de 1953), pp. 581-613; "Sigmund Freud, M. D.", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 32 (1951), pp. 204-17.

satisfacer las necesidades de Freud. Cuanto más incapaz se volvía Martha más se reafirmaba la sensación de Anna de ser una hija no deseada, y, por eso, tanto más significaba su padre para ella.

Freud estaba orgulloso de la obra de su hija como analista de niños. En 1926 pensaba que el análisis de los niños era "un medio excelente de profilaxis"[91]. Como se consideró apropiado formar a otros analistas de niños, Anna Freud pasó gradualmente a analizar a adultos. En 1935 Freud observó en una carta que "el único detalle brillante de mi vida es el éxito de la obra de Anna"[92]. En la época de la emigración de Freud a Londres, el dinero estaba en manos de Anna, por lo menos en lo referente a las cuestiones familiares delicadas[93].

En cierto sentido la obra de Anna Freud ha constituido un impedimento para lo que podría haber sido su vida privada. Evitaba los vestidos de moda y llegó a ser una solterona que llevaba vestidos obscuros, anchos y hasta los tobillos; llevaba siempre el pelo corto; su deporte era la equitación. Su relación con su padre la privó de lo que convencionalmente se considera una vida plena. Podía ser muy encantadora, pero la mojigatería que asimiló nunca le permitió superar la última barrera del miedo ante los hombres. Por compartir los intereses de su padre, estaba unida espiritualmente a él en gran medida. No obstante, al haber vivido su vida de ese modo, le resultaba intolerable que él fuera simplemente un hombre. Sólo el genio que había en Freud podía justificar el sacrificio de su vida.

5. Anna Freud: La psicología del yo.

La decisión de Freud de emigrar a Inglaterra en lugar de a América fue claramente una cuestión de conveniencia suya, no de Anna. Pues Inglaterra era la cuna de la única escuela rival de análisis de los niños, la de Melanie Klein. Aunque Anna era relativamente pacífica en comparación con la beligerancia propia de Melanie Klein, la eterna rencilla entre ambas mujeres amenazó con dividir la Sociedad Psicoanalítica Británica.

Antes de abandonar Viena en la primavera de 1938, Freud había expresado la esperanza para Anna de que "en Inglaterra también podrá hacer mucho por el análisis, pero no erá una intrusa"[94]. Después de la Segunda Guerra Mundial fundó con Dorothy Burlingham la Clínica de Terapia Infantil de Hampstead, compuesta por un grupo de empleados, la

91 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 241.

92 "The Question of Lay Analysis", p. 249.

93 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 195. Después de que Esti Freud abandonara por primera vez a su marido Martin, el dinero que se le enviaba desde Londres procedía de Anna Freud.

94 *Letters*, p. 444.

mayoría de los cuales no eran médicos, dedicados a la observación y el tratamiento de los niños. Sería difícil imaginar a Freud dirigiendo semejante clínica o colaborando con ella, dado que estaba tan entregado a la práctica de la terapia individual. Pero la experiencia de Anna Freud como maestra le ha permitido infundir a su clínica una atmósfera pedagógica que ha dado resultado. Las consultas comienzan tan puntualmente como las reuniones de la Sociedad de Freud. En 1956, con ocasión del centenario del nacimiento de Freud, se recaudó dinero en honor de Freud, especialmente en Estados Unidos, y se envió a la clínica de Anna Freud, lo que ofendió profundamente a los otros dirigentes de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

Durante la vida de Freud, Anna Freud no fue nunca por derecho propio una dirigente en el psicoanálisis, pero a estas alturas ha heredado el trono de Freud. Su acceso a las cartas y manuscritos de Freud (con ayuda de su hermano Ernst, y con el consejo de analistas importantes) le ha conferido también un poder especial. Además, Anna ha sido, como su padre, una terapeuta a la que otros psicoanalistas eminentes recurren en épocas de dificultades personales; no sólo analizó a personas como Robert Waelder, sino que, además, ha tratado a los hijos de analistas destacados.

Aunque ha mantenido vigente la cuestión del análisis profano, Anna Freud no ha provocado disputas de la importancia de las que protagonizó su padre en otro tiempo. Podía repelerle uno de los artículos de Erik Erikson sobre su padre, o despreciar completamente a Theodor Reik, pero, aún así, sus opiniones[95] no iniciaron nuevas disputas públicas en un movimiento que había llegado a contar con dos mil analistas plenamente capacitados. Sin embargo, siguió compartiendo la animosidad que había sentido su padre hacia los discípulos que se separaron de él. En lugar de considerar la pérdida de Adler y Jung como una desgracia que empobreció el análisis, al leer las descripciones hechas por Jones de aquellas primeras disputas Anna Freud prefería deleitarse con lo que consideraba la ferocidad de la "resistencia" a su padre[96].

Ha tenido tendencia a enfadarse con los analistas más antiguos que tuvieron vínculos firmes con su padre, pero no con ella. Y, de hecho, diferentes generaciones de analistas han tenido opiniones diferentes sobre ella. En general, quienes conocieron a Freud antes de la Primera Guerra Mundial es menos probable que sean tan leales a Anna Freud como los que acudieron en las décadas de 1920 y 1930.

Como el propio Freud, ha entendido el poder de la tradición; y, por eso, se trasladó hasta la poco conocida Universidad Clark en Worcester, Massachusetts, para recibir un título honorario, porque había concedido un honor semejante a su padre medio siglo antes. (Posteriormente, recibió

[95] Cartas de Anna Freud a Ernest Jones del 25 de diciembre de 1952, del 5 de abril de 1955 y del 10 de enero de 1956 (archivos de Jones).

[96] Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 6 de junio de 1954 (archivos de Jones).

el premio Dolly Madison del Centro Infantil de Hillcrest de la Casa Blanca en 1965, así como títulos honorarios de Yale, en la Universidad de Chicago, y de la Universidad de Viena.) Como su padre, ha apoyado a los discípulos preferidos escribiendo prefacios para sus artículos y libros, y ha entregado fotografías suyas exclusivas como señal de aprobación personal. En su vejez ha llegado incluso a adquirir los gestos característicos de Freud.

Aunque Anna Freud carecía del genio de su padre, heredó algunas de sus dotes para el lenguaje, su claridad de pensamiento y expresión, y su capacidad para hablar de forma inprovisada. Ambos eran testarudos y se sentían llamados a cumplir una misión, y los dos eliminaron todo lo que amenazaba con interponerse en su camino.

Bajo el peso de su posición de autoridad, de la muchacha tímida y dulce que era en su juventud, Anna se convirtió en una gran dama. Se ha iniciado la publicación de sus obras completas, y se la cita —especialmente los analistas americanos— de forma casi ritual. Anna Freud es menos efusiva que su padre y se expresa verbalmente con un lenguaje más pulido e incluso florido. Sin embargo, a pesar de la efusiva dulzura de su estilo, es capaz de convertirse en el jefe beligerante de un movimiento en pie de guerra.

El lugar donde ha realizado su obra ha sido 20 Maresfield, Gardens, en Hampstead, Londres, la casa en que murió Freud. Las casas designadas oficialmente de grandes hombres muchas veces sólo tienen una relación casual con su importancia en las vidas de dichos hombres. Freud vivió allí sólo un año aproximadamente; hasta hace poco no se ha reconocido su piso de Viena como lugar histórico, y hasta entonces la mitad de él estaba alquilado a familias que vivían en él y otra parte se había convertido en la tienda de una costurera. Mientras tanto, Anna Freud ha transformado su casa de Maresfield Gardens en un santuario en memoria de su padre.

Sus contribuciones teóricas y clínicas han sido importantes. Aunque al principio tuvo sus dudas con respecto a los conceptos de Heinz Hartmann, y ha sido más que escéptica con respecto a los escritos de su antiguo discípulo Erik Erikson, fue una de las primeras fuerzas —e indudablemente una de las más influyentes— dentro del psicoanálisis ortodoxo a la hora de subrayar las capacidades defensivas del yo. Al principio Freud había insistido en los impulsos instintivos; en la década de 1920 empezó a describir el mecanismo de la psique a la hora de hacer frente no sólo a los peligros internos, sino también a las amenazas procedentes del exterior. Aunque Freud y otros se le adelantaron, y, en particular, la obra de Reich sobre la estructura caracteriológica fue anterior a sus contribuciones, aun así su libro más famoso, *El yo y los mecanismos de defensa,* presentado a su padre en su octogésimo cumpleaños, sistematizaba y codificaba lo que entonces se sabía analíticamente sobre la psicología del yo. En él estudió fenómenos como la regresión, la represión, la formación reactiva, el aislamiento, la anulación retroactiva, la proyección, la introyección, la rebelión

contra el yo, la negación y la identificación con el agresor: todo ello desde el punto de vista de cómo puede el yo de una persona recurrir a esos procedimientos para resistir.

En general, Freud había dado por sentada la psicología del yo. E incluso cuando Anna Freud intentó reunir y exponer de forma elegante lo que podía decirse sobre el yo inconsciente, incluyó la sublimación como uno de los mecanismos de defensa de la mente[97]. Desde la perspectiva de hoy, una defensa es un mecanismo neurótico. Nosotros pensaríamos que en principio una sublimación sería una alternativa a la neurosis. No obstante, Anna Freud conservó en tan gran medida el primitivo interés analítico por la anormalidad y la patología, que incluyó la sublimación en el apartado de la defensa.

Durante la Segunda Güerra Mundial, Anna Freud y Dorothy Burlingham regentaron una guardería para niños cuyos padres no podía estar con ellos. Se trataba de niños normales, y Anna y su amiga tuvieron que enfrentarse a las limitaciones del pensamiento psicoanalítico primitivo. Una vez separados de sus madres, les sobrevenían inhibiciones del desarrollo y regresión. Aquel era un ejemplo del efecto del entorno en la vida instintiva, a través de la mediación de los yos de los niños; pues, una vez que una de las mujeres de la clínica establecía una relación estable del niño con una madre subrogada, las señales superficiales de la sintomatología desaparecían y "los niños empezaban a desarrollarse a pasos agigantados"[98]. Posteriormente, Anna Freud sacó la conclusión de que "con el desarrollo de buenas relaciones de objeto, la agresión quedó limitada y sus manifestaciones reducidas a cantidades normales"[99]. El uso de un término como "relaciones de objeto", desarrollado en parte en la Clínica Tavistock de Londres, constituyó un gran paso para alejarse de la concentración en los problemas edípicos clásicos. Gracias a su labor durante la Segunda Guerra Mundial, Anna Freud y Dorothy Burlingham sacaron finalmente la conclusión, en callado contraste con Freud, de que "la relación emocional del niño con su padre comienza después que la que tiene con su madre..."[100].

El interés de Anna Freud en los procesos del yo tuvo consecuencias para su concepción de la técnica psicoanalítica. Se mostró menos severa que Freud en sus recomendaciones de antes de la Primera Guerra Mundial a los futuros analistas, aun cuando puede ser que estuviera expresando simplemente la que había sido la práctica clínica vienesa habitual:

97 Anna Freud, *The Ego and the Mechanisms of Defence* (Londres: Hogarth; 1954), p. 56.

98 Anna Freud y Dorothy T. Burlingham, *War and Children* (Nueva York: Foster Parents, Plan for War Children; 1943), p. 160.

99 Anna Freud, "Observations on Child Development", *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. VI, ed. Ruth Eissler (Nueva York: International Universities Press; 1951), p. 24.

100 Anna Freud y Dorothy Burlingham, *Infants Without Families* (Nueva York: International Universities Press; 1944), p. 103.

mientras el paciente tenga una parte de su personalidad sana, su relación real con el analista nunca queda completamente oculta. Con el debido respeto a la necesaria puesta en práctica más estricta de la transferencia, aun así creo que deberíamos dejar sitio en alguna parte para la comprensión de que el analista y el paciente son también dos personas reales, con igual condición de adultos, en una relación personal mutua y real[101]

En su enfoque del tratamiento de los niños Anna Freud, a diferencia de Melanie Klein, rechazó el hecho de atenerse exclusivamente al juego como técnica. Según pensaba, igual que otras interpretaciones simbólicas del comportamiento, era demasiado rígida para la variedad total de la mente de un niño. Sus descripciones de las actividades mentales de niños pequeños son magistrales, testimonio del respeto por la psicología humana que las enseñanzas de Freud le habían inspirado.

La obra de Anna Freud estimuló a otros especialistas en psicología clínica a pensar en las partes de la psique que no son meramente sintomáticas, sino que, además, sirven para la adaptación. Aunque su enfoque inicial del yo había sido el de centrar la atención en sus funciones defensivas, en 1960 su trabajo con niños la había vuelto sensible a "la asombrosa variedad de manifestaciones patológicas o aparentemente patológicas" que le parecía requerían "nuevas categorías de diagnóstico basadas no sólo en la sintomatología, sino también en las consideraciones del desarrollo"[102]. Cada vez insistió más en la comprensión de lo que podría ser apropiado en un niño para determinado nivel de edad, con lo que podría ser posible distinguir entre trastornos que pueden considerarse como simples fases del desarrollo y problemas neuróticos graves[103].

Manteniéndose fiel a una corriente importante del psicoanálisis desde la muerte de Freud, la obra de Anna Freud ha intentado ampliar el campo del pensamiento clínico anterior, de modo que el funcionamiento psicológico normal pudiera recibir la atención que merece. Incluso al tratar de la agresión, Anna Freud llegó a la conclusión de que "los impulsos agresivos, si van unidos del modo normal a los libidinales, son influencias socializadoras, y no lo contrario. Proporcionan la fuerza y la tenacidad iniciales con que el niño se esfuerza por alcanzar el mundo del objeto y se aferra a él". Aunque en 1965 afirmó que "no existe antítesis entre el desarrollo y la defensa..." y que "todos los mecanismos de defensa están al servicio simultáneamente de las restricciones internas de los impulsos y de la adaptación externa, que son simplemente dos aspectos de una misma situación"[104], de la década de 1930 a la de 1960 hubo un innegable

101 Anna Freud, "The Widening Scope of Indications for Psychoanalysis", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Vol. 2 (1954), p. 618.

102 Anna Freud, "The Child Guidance Clinic as a Center of Prophylaxis and Elightenment", en *Recent Developments in Psychoanalytic Child Therapy*, ed. Joseph Weinreb (Nueva York: International Universities Press; 1960), p. 37.

103 Anna Freud, *Normality and Pathology in Childhood* (Nueva York: International Universities Press; 1965), p. 119.

104 *Ibid.*, pp. 180, 177.

cambio de talante en el análisis de los niños, que podemos ver reflejado en el enfoque de Anna Freud.

Mientras que en el primer período las características personales de la madre desempeñaban un papel poco importante en la comprensión de la psicodinámica del niño, no tardó en verse claro que ese enfoque era insostenible. Entonces el psicoanálisis posfreudiano insistió tanto en el rechazo por parte de la madre como había insistido anteriormente en la castración por parte del padre. Anna Freud advirtió que "en los servicios sociales ha existido una etapa de transición, y todavía sigue existiendo en parte, en la que toda la culpa, que en el pasado [prepsicoanalítico] más lejano se había echado a los niños malos, se echa ahora a la madre mala"[105]. No obstante, ella misma se basaba más que nunca en la ayuda al niño fomentando cambios en el comportamiento de la madre; como escribió en 1960,

> me niego a creer que las madres necesiten cambiar sus personalidades antes de poder cambiar el trato a sus hijos... a la hora de educar a sus hijos las madres no sólo se guían por los instintos y se ven afectadas negativamente por influencias personales deformantes, sino que, además, dependen en grado mayor incluso de la tradición y de la opinión pública, las cuales pueden cambiar[106].

Mientras que el analista de los adultos trabaja con el mundo interior del paciente, y, por tanto, "cree firmemente en la realidad psíquica, por oposición a la realidad externa", "por otro lado, para el analista de niños todas las indicaciones apuntan hacia la dirección opuesta, con lo que atestiguan la poderosa influencia del entorno"[107].

Aunque ha dado algunos pasos en la dirección del revisionismo neofreudiano, Anna Freud sigue siendo hoy una de las defensoras más francas de la ortodoxia psicoanalítica. Por ejemplo, ha sostenido, con más rigidez de la que habría usado su padre, que "en el psicoanálisis el método de terapia es idéntico al método de investigación"[108]. Pero Anna Freud ha perseverado en la renuencia de Freud a comercializar las ideas psicoanalíticas, y su integridad en esas cuestiones es muy parecida a la de él. También ha seguido abrigando enormes esperanzas sobre lo que puede realizar la terapia analítica: "lo que [los analistas] ofrecen es único, a saber, cambios completos de la personalidad, a diferencia de las curas sintomáticas superficiales"[109]. Todavía se remonta a "las revelaciones [originales] del psicoanálisis". Y ha sido capaz de prescribir de forma

105 Anna Freud, *Difficulties in the Path of Psychoanalysis* (Nueva York: International *pects of Pediatrics*, ed. Ronald MacKeith y Joseph Sandler (Londres: Pergamon; 1961), p. 39.
106 Anna Freud, "The Child Guidance Clinic", p. 37.
107 Anna Freud, *Normality and Pathology in Childbood*, p. 50.
108 Anna Freud, "Clinical Studies in Psychoanalysis", *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. XIV, ed. Ruth Eissler (Nueva York: International Universities Press; 1969), p. 17.
109 Anna Freud, *Difficulties in the Path of Psychoanalysis* (Nueva York: International Universities Press; 1960), p. 109.

moralista para un adulto neurótico impulsivo: "la mayor cantidad posible de análisis puro que su naturaleza pudiera tolerar, mientras que el resto sería análisis infantil, porque a causa de su carácter completamente infantil no merecería nada mejor".

A pesar de su residencia en Londres desde 1938, Anna Freud no ha recibido nunca en Inglaterra el reconocimiento que se merece, como tampoco Ernest Jones antes que ella. Paradójicamente, si consideramos sus opiniones sobre América —semejantes a las de su padre—, ha recibido más apoyo y mejor acogida en Estados Unidos que en ninguna otra parte del mundo. Uno de sus intereses especiales ha sido el psicoanálisis y el derecho, y durante algunos años colaboró en la dirección de un seminario en la Escuela de Derecho de Yale. En una reciente encuesta americana tanto entre psicoanalistas como entre psiquiatras para determinar a quién se consideraba el más destacado representante vivo de su especialidad, Anna Freud encabezaba la lista de ambos grupos de encuestados.

6. Helene Deutsch: El club de baraja "El gato negro".

Otra mujer que provocó celos a Anna Freud fue Helene Deutsch. Esta, que era once años mayor que aquélla, entró en el psicoanálisis desde dentro de la psiquiatría vienesa, mundo en el que Anna Freud no ocupaba posición alguna. El recuerdo más antiguo de Anna Freud sobre Helene Deutsch era la asistencia de ésta a una de las conferencias de Freud directamente desde la clínica de Wagner Jauregg, todavía con su bata blanca de psiquiatra.

Helene Deutsch fue una de las primeras mujeres seguidoras de Freud a la que éste analizó personalmente. Había nacido en 1884 en una ciudad polaca (Przemyśl) dentro del dominio de Austria-Hungría y creció en una región fronteriza del Imperio antes de trasladarse a Viena para dedicarse a su carrera profesional. Sus amigos más íntimos siempre la conocieron por su diminutivo polaco, "Hala". Su dominio del alemán iba a seguir siendo tan idiosincrásico como su inglés en años posteriores en América; no obstante, sus limitaciones en ambas lenguas le permitían alcanzar una especie de efecto poético.

Al principio deseaba ser abogado, como su padre, y se consideró a si misma una dirigente en la emancipación femenina. Cuando escogió el camino de la medicina, todavía era una carrera excepcional para una mujer. En 1912, justo antes de acabar por fin la carrera de medicina, Helene se casó con Felix Deutsch, médico internista. A finales de 1917, dió a luz a un hijo, Martin, y aunque todavía no había entrado oficialmente en el círculo de Freud, puede ser que hubiera adivinado la alegría de éste ante el hecho de que el hijo de ella recibiera el mismo nombre que

su hijo mayor[110]. (Su marido, Félix, había pertenecido a la misma organización sionista que Martin Freud.)

En aquella época era inhabitual que una mujer fuera psiquiatra, pero tenían menos que perder profesionalmente al acudir ante Freud que sus colegas masculinos. En la psiquiatría académica era poco probable que una mujer llegara muy lejos en su carrera, mientras que en un nuevo campo como el psicoanálisis, no habría ninguna de las barreras de la medicina oficial. En la primavera de 1918 Helene Deutsch intentó concertar con Freud su análisis con él; en 1911 había leído *La interpretación de los sueños*, y había asistido a sus conferencias en la Universidad de Viena y había ido incluso a las reuniones de la Sociedad de Viena. Con su talento genuino, evidentemente fue una adquisición para el movimiento de Freud; además, su marido ya era un *Dozent*. No obstante, Freud preguntó a Deutsch qué haría, si la enviaba a otro para analizarse; cuando dijo que no iría, aceptó analizarla el otoño siguiente.

La atmósfera en la clínica de Wagner-Jauregg era tan hostil a Freud, que Helene Deutsch pensó que no tenía otra alternativa que dimitir del cargo que ocupaba en ella, como parte del traslado de su lealtad a Freud. Freud deseaba que su doctrina penetrara en la clínica Wagner-Jauregg y, sin embargo, estaba convencido de que nadie podía servir a dos dioses simultáneamente. Freud, irritado por el rechazo que le daban en la clínica, se mantuvo alejado de la psiquiatría vienesa; pero tenía esperanzas de cambiar la posición oficial con respecto a su obra. Durante el análisis de Helene Deutsch, que comenzó en el otoño de 1918 y duró un año aproximadamente, en la clínica se decían cosas hostiles a Freud. Para no tener que repetir a Freud en su análisis observaciones sobre el psicoanálisis, Helene Deutsch informó a los miembros de la clínica que había empezado a analizarse con Freud. Cuando en una sesión analítica se refirió al hecho de que nunca presentaba historias desagradables sobre él en sus asociaciones libres, él dijo simplemente: "Eso se debe a que es usted demasiado decente". Freud sabía hacer cumplidos, y no recurrió al tipo de interpretación que un analista posterior podría haber usado, la de que se debía a que era tan hostil inconscientemente, que no podía permitirse ser agresiva conscientemente hacia Freud.

Helene Deutsch tuvo una transferencia emocional tan inmensa hacia Freud, que no se enfadó porque en dos ocasiones éste se quedara dormido en sesiones analíticas; tenían una relación tan fácil y amistosa, que bromeaban a propósito de aquello. (Pero en 1937 cuentan que Freud negó haberse quedado dormido nunca en una sesión analítica)[111]. En cierta

110 Su artículo "A Two-Year-Old Boy's First Love Comes to Grief", que, según dicen, Freud le "animó a publicar", probablemente se refiriera a su hijo. Cf. Marie Briehl, "Helene Deustch", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 286, y Helene Deutsch, *Neuroses and Character Types* (Nueva York: International Universities Press; 1965) pp. 159-64. También, cf. *Confrontations With Myself*, pp. 123-124.

111 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, p. 91.

ocasión se dejó su bolso en el sofá; cuando Freud le estrechó la mano, como hacía antes y después de cada sesión analítica, no la retiró y la miró a los ojos, hasta que ella comprendió que había cometido lo que Freud consideraba un acto sintomático. Para Freud, el bolso olvidado representaba una invitación sexual. Helene Deutsch sentía un ingrediente activo, indagatorio, en el comportamiento de Freud hacia ella. El tenía inclinación a las mujeres atractivas, y ella respondió con todo el fervor de una discípula que lo adoraba.

Los años siguientes Helene Deutsch alcanzó el punto culminante de su relación con Freud, y posteriormente consideró la primera década después de su análisis como el punto álgido de su productividad. Desde principios de la década de 1920 se la recordaba como a una Helena de Troya, brillante y bella, la favorita de Freud[112]. Para los jóvenes estudiantes del psicoanálisis de aquella época, Berlín parecía un lugar mejor para el aprendizaje que Viena. De entre quienes rodeaban a Freud, los de mentalidad científica, como Nunberg, solían ser aburridos o bruscos, mientras que los más interesantes, como Stekel, eran volubles y heterodoxos.

Helene y Felix Deutsch eran probablemente los más vivaces del círculo psicoanalítico vienés. Todavía se recuerdan sus seminarios como experiencias memorables[113]. Ella era uno de los mejores profesores de psicoanálisis, y sus clases, que solían ser más grandes que las de Berlín, eran auténticos espectáculos. Podía oír durante horas la presentación de un caso, y después era capaz de atar todos los cabos, recordando todos los detalles que el analista había descrito. Después de una jornada entera de práctica analítica, dirigía un seminario hasta las tantas de la noche y siempre tenía el vigor y la energía para reanimarse y pasar a otro caso.

Helene Deutsch pudo frecuentar a toda una generación más joven de analistas en la década de 1920. Después de haber "triunfado" personalmente, podía ser la protectora de otros. Fundó un grupo, llamado Club de baraja "El gato negro", que se reunía todos los sábados por la noche en su casa. Entre los que acudían figuraban los Bidring, los Hartmann, los Hoffer, los Kris, y los Waelder, todos ellos unos diez años más jóvenes que Helene Deutsch y destinados a ser destacados analistas ortodoxos en años posteriores. Ella tenía reputación reconocida y "enchufe" con Freud. Aunque al final sobrevivío más que la mitad de ellos, en última instancia debía gran parte de su importancia al hecho de haber sido una figura en los comienzos de la vida profesional de quienes continuaron la escuela de Freud después de la muerte de éste.

Todos los sábados por la noche estaban dedicados a cenar y a las discusiones. Aparentemente, se reunían para jugar a las cartas, pero mientras jugaban podían centrar su atención en cuestiones psicoanalíticas.

112 Entrevista con Abram Kardiner, 12 de octubre de 1965.

113 Entrevistas con Ives Hendrick, Richard Sterna e Irmarita Putnam.

Quizás el aspecto más notable de aquel grupo fuera su exclusión de algunos de los analistas más antiguos, como Hitschmann y Federn. Helene Deutsch no se llevaba demasiado bien con ninguno de los dos, en parte por identificación con la opinión de Freud sobre sus capacidades. Federn prefería a las mujeres maternales en lugar de a las orientadas hacia la carrera profesional. También Hitschmann se sentía enfadado con ella, y posteriormente, en sus notas autobiográficas, la acusó de ser una "dictadora"[114] en la Sociedad Psicoanalítica de Boston y de ser la responsable de su expulsión de un comité de dirección de dicha sociedad. En Viena los analistas más jóvenes no deseaban relacionarse socialmente con los psicoanalistas más veteranos: pensaban que Freud no podía deshacerse de ellos porque lo habían apoyado en época tan temprana.

La preferencia de Freud por Helene Deutsch no le impidió mostrar escepticismo ante por lo menos una de las contribuciones de ésta. En una reunión de la Sociedad el 9 de noviembre de 1921, Helene presentó "una observación" procedente de dos de sus sobrinos. Los niños eran tipos físicamente muy diferentes, y el mayor era el favorito de su madre. Sin embargo, murió en la guerra y su madre se sintió desesperada por la pena; entonces, según Helene Deutsch, el más joven empezó a cambiar físicamente, creció rápidamente y se volvió más moreno, hasta que llegó a parecerse a su hermano muerto. El caso apareció descrito del modo siguiente en un informe de las actas de la Sociedad de Viena:

> Dos hermanos diferentes el uno del otro, el mayor de los cuales muere. Posteriormente el menor llega a parecerse de modo extraordinario al hermano muerto tanto física como mentalmente: deseaba ocupar el lugar del hermano mayor en el afecto de su madre; ése fue el motivo evidente de su metamorfosis [115].

Freud expreso su escepticismo con el mayor tacto posible: "Si no fuera la Dra. Deutsch quien informase sobre esto", observó, "no lo creeríamos"[116]. No obstante, añadía que era posible que el hermano mayor hubiera hecho sombra al menor y no hubieran llegado hasta éste los rayos de luz de la madre, pero con la desaparición del árbol más alto el amor de la madre lo había transformado. Era característico de Freud expresarse como su maestro Charcot, con semejante imagen visual de un proceso psicológico.

Helene Deutsch fue una discípula favorita e íntima de Freud durante sólo unos años a principios de la década de 1920, y después su esposo pareció interponerse entre ella y el maestro. En la época en que Freud contrajo el cáncer por primera vez, en 1923, Felix Deutsch era su médico personal y prefirió ocultarle la naturaleza de su mal. Freud reprochó a

114 Edward Hitschmann, "Autobiographical Notes".

115 *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 3 (1912), p. 135.

116 Entrevistas con Helene Deutsch, 22 de mayo de 1965 y 18 de noviembre de 1967. Cf. también Deutsch, *Confrontations With Myself*, pp. 60-61, 140.

Felix que no le hubiera dicho toda la verdad, y éste dejó de ser el médico de Freud[117]. Había tanta angustia, así como admiración, en la atmósfera que rodeaba a Freud, que Helene Deutsch sintió que necesitaba otro análisis. Al principio Freud le recomendó que acudiera a Ferenczi, en Budapest, pero ella descartó esa posibilidad a causa de las dificultades que podría tener su hijo con la lengua húngara; entonces Freud sugirió a Sachs, pero ella prefirió a Abraham. A pesar de que dejó a su esposo en Viena y se fue a Berlín en gran medida a causa de las dificultades que habían surgido entre él y Freud, los Deutsch apenas hablaron de aquella cuestión; como los Rank, eran un matrimonio que no comentaba algunos de los sectores más delicados de sus vidas. Helene Deutsch esperaba también enterarse de cómo se había establecido el Instituto Psicoanalítico de Berlín para saber cómo organizar la institución docente que iba a dirigir en Viena.

Estaba enfadada con Freud por hablar tan persistentemente de la conducta de su marido, pero, al mismo tiempo estaba furiosa con su marido por haber provocado la frialdad entre ella y Freud. (No obstante, ella misma había participado hasta cierto punto en la decisión de su marido). Tanto Felix como Helene Deutsch estaban encantados de su relación con Freud, pero ella había sido la que había iniciado su participación en el psicoanálisis, y Freud era inmensamente importante para ella; entonces le pareció que de algún modo su marido lo había desbaratado todo. Posteriormente Freud se reconcilió con Felix Deutsch e hizo lo que pudo por los Deutsch como pareja. Cuando ella estaba analizándose con Abraham, éste le mostró una carta de Freud en la que le decía que el de ella era un matrimonio que el análisis no debía romper[118]. La ruptura entre Felix Deutsch y Freud provocó una gran tensión en dicho matrimonio, si bien oficialmente Helene estaba en Berlín como invitada distinguida, alguien que contaba con la confianza de Freud. Helene Deutsch sintió que no desarrollaba transferencia hacia Abraham y que, después de su análisis con Freud, ningún otro era posible. Helene Deutsch se tomo a pecho la advertencia de Freud a Abraham, que equivalía virtualmente a una orden; la pareja permaneció unida hasta la muerte de Felix Deutsch en 1964.

Mientras Helene Deutsch se analizaba en Berlín (algunos pacientes la acompañaron desde Viena y se quedaron durante el año 1923-24), su marido estuvo analizándose con Bernfeld en Viena. Felix Deutsch era muy diferente de su ya famosa esposa. Mientras que muchos del círculo de Freud pensaban que actuaba como una *prima donna* y les resultaba difícil llevarse bien con ella, todo el mundo consideraba agradable y realista a su marido. A pesar de ser cordial y sentimental emotivo, también podía ser autocrático. De los dos, Felix era más capaz para curar, estaba más dispuesto a explotar su propia personalidad en favor del descubrimiento de un

117 Cf. más abajo, pp. 511-516.

118 Entrevista con Helene Deutsch, 23 de septiembre de 1967.

diagnóstico o de un adelanto terapéutico. Helene se identificaba más con Freud; podía estar satisfecha de un trabajo propio, aunque no revelara nada esencialmente nuevo, con tal de que reflejara las ideas de Freud.

Helene destacaba mucho más como psicoanalista y era mejor escritora. Felix había sido un internista, pero en los círculos psicoanalíticos no se lo consideraba un intelectual, ni pensador ni escritor. De hecho, perdió prestigio en la comunidad médica vienesa a causa de su contacto con el grupo de Freud. Hasta que no destacó como uno de los dirigentes de la Sociedad Psicoanalítica de Boston no llegó a ser un analista prominente: en el nuevo campo de la medicina psicosomática. Carecía de la capacidad de autocontrol de su esposa, pero su gama y elasticidad emocionales quizá fueran mayores.

A pesar de que Helene Deutsch se mantuvo más distante de Freud después del contratiempo entre él y su marido, aun así siguió sintiendo celos de quienes subieron en el firmamento de Freud; y, de entre ellos, quien más le desagradaba era Ruth Brunswick. Un motivo de disputa fue un paciente de Freud: el Hombre-Lobo. En 1919 Freud había terminado el análisis de Helene Deutsch, sin hacer caso de las objeciones de ésta, al anunciar repentinamente que necesitaba la hora en que la analizaba a ella[119]. El Hombre-Lobo había regresado a Viena en busca de ayuda, y Freud dijo a Helene Deutsch que ya estaba bastante analizada. Freud había sentido fascinación por el Hombre-Lobo, y evidentemente no estaba particularmente interesado en el caso de ella, a pesar de que la apreciaba como miembro de su círculo. En aquella época no tenía motivos conscientes para lamentarse, y después de su análisis tuvo algunas compensaciones; había aumentado su contacto social con Freud, y éste le enviaba más pacientes. Pero en 1923 tuvo su primera depresión, a causa del trastorno en su relación con Freud.

Cuando en 1926 el Hombre-Lobo volvió a necesitar tratamiento, Freud podría haber dado satisfacción a Helene Deutsch remitiéndole al Hombre-Lobo; siempre que le enviaba un paciente, lo hacía como demostración de su afecto. Pero en aquella ocasión, al regalar aquel paciente a Ruth Brunswick, Freud pareció haber agravado su ofensa.

Helene Deutsch consideraba a Ruth Brunswick como una rival por el favor de Freud; pero, mientras que Ruth fue llegando a estar cada vez más próxima a Freud, Helene quedó rezagada. Probablemente Deutsch tenía la mejor inteligencia de las dos, y un matrimonio más estable. Podía aceptar fácilmente como rival a alguien como Lou Andreas-Salomé, que había tenido gran belleza y amantes famosos, o a Marie Bonaparte, una princesa real; pero sentía desprecio hacia mujeres menos eminentes como Ruth Brunswick o Jeanne Lampl-de Groot, quienes, como miembros de la corte de Freud, desarrollaron hacia él lo que Helene consideró transferencias por las que se aferraban a él neuróticamente. Puede que cuando posteriormente

119 Entrevista con Helene Deutsch, 30 de septiembre de 1967.

escribió de Freud a propósito de sus discípulos, tuviera presente su propio recogimiento en silencio:

> Mientras que los menos dotados expresaron su ambivalencia en una dependencia aumentada reactivamente y en la supervaloración del análisis..., los más dotados negaron esa dependencia de forma más directa, pero aun así científica, y se separaron del grupo de modo ya ruidoso y hostil ya más velado y pasivo[120].

Observó a distancia, mientras Ruth Brunswick, de forma no del todo diferente a como lo hizo Victor Tausk antes que ella, fue aproximándose cada vez más a Freud personalmente. Comparada con su marido, Helene Deutsch podía parecer serena y reservada, pero, junto a Ruth Brunswick, parecía más una terapeuta[121] que una observadora psicológica[122]. Ruth Brunswick sabía que Freud no apreciaba los caracteres temperamentales, como el de Helene Deutsch, pero su obra científica era tan importante, que había motivos para que las dos mujeres tuvieran celos mutuos. Cuando Deutsch escribió un artículo psicoanalítico sobre Don Quijote, Freud se sintió tan contento y complacido como si alguien le hubiera ofrecido un regalo; quiso saber cómo había llegado a interesarse en ese tema[123]. Pero fue Ruth Brunswick la que recibió una sortija de Freud, a pesar de que Helene Deutsch vivió veintidós años más que ella, como uno de los grandes profesores del psicoanálisis.

En parte a causa de la hostilidad de hombres como Federn y Hitschmann fue por lo que pensó que debía declinar la oferta que le hizo Freud de la vicepresidencia de la Sociedad de Viena, cuando éste se retiró a causa de su vejez; el puesto recayó en Federn. A pesar de su orgullo y retraimiento, participaba en la celebración de los cumpleaños de Freud; ella y su marido solían enviarle orquídeas y un telegrama el 6 de mayo. (Actualmente, las conferencias que llevan el nombre de Freud en la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York se pronuncian en esa fecha.) Cuando su único hijo fue a estudiar a Suiza a la edad de diecisiete años, se consideró conveniente para él que fuera previamente a visitar a Freud con su padre; Freud dio al muchacho un telescopio y escribió algo para él en un libro[124]. Posteriormente Freud informó a Helene Deutsch sobre las actividades de su hijo en Suiza basándose en lo que había sabido en uno de sus análisis[125].

120 Deutsch, "Freud and His Pupils", p. 192.

121 Helene Deutsch recordó su aflicción por la indiferencia de Nunberg ante el sufrimiento de una mujer melancólica en la clínica de Wagner-Jauregg. Nunberg, más preocupado de la teoría que de la realidad clínica, se preguntó en voz alta: "Pero, ¿dónde está su líbido?".

122 Entrevista con Robert Jokl.

123 Entrevista con Helene Deutsch, 16 de abril de 1966. Cf. "Don Quixote and Don Quixotisms", en Deutsch, *Neuroses and Character Types*, pp. 218-251.

124 Entrevista con Helene Deutsch, 14 de mayo de 1966.

125 Entrevista con Helene Deutsch, 30 de marzo de 1965.

Helene Deutsch consideraba una cuestión de honor personal no participar en el tipo de adoración activa a Freud por parte de Ruth Brunswick. Su capacidad para la autoprotección le impidió volverse tan vulnerable como su rival. A pesar de que se dedicó a promover la causa de Freud, personalmente no quería ser como los demás. En los últimos años de Freud habría podido tener un contacto más directo y personal con él, si lo hubiera deseado.

7. Helene Deutsch: La teoría de la feminidad.

La contribución especial de Helene Deutsch fue la que hizo en el sector de la psicología femenina. Freud reconoció que ella, igual que Ruth Brunswick, fue una de las mujeres analistas que había sido capaz de descubrir, gracias a su papel de substitutas de la madre en las transferencias analíticas, la identificación primitiva de la niña pequeña con su madre. Deutsch, por ejemplo, consideró los actos de hacer de madre y de hija, respectivamente, como fundamentales para la relación homosexual femenina y adulta, y consideró la homosexualidad femenina como un problema que derivaba de un vínculo pre-edípico oral con la madre[126]. Freud había considerado anteriormente la homosexualidad femenina como consecuencia de la identificación de una mujer con su padre.

Sin embargo, la carrera de Deutsch como psicoanalista pareció contradecir sus ideas sobre la feminidad. Según las teorías de Freud, a cuya elaboración contribuyó mucho, la mujer femenina se apegaba a su marido y dependía de él, por oposición al ideal activo e independiente defendido más recientemente por Simone de Beauvoir. En parte a causa de la tradicional prominencia de las mujeres en las familias judías, pero también a causa del especial talento intuitivo de las mujeres como psicólogos, Helene Deutsch consiguió una autonomía en su vida profesional que tendía a contradecir su concepción de la feminidad.

A causa de la influencia de su estudio en dos volúmenes, *La psicología de las mujeres*, originalmente publicado en 1944 y 1945 y posteriormente reeditado muchas veces (también se tradujo a ocho lenguas y se publicó en una docena de países), sus ideas se han criticado ampliamente. Para muchos, su obra parecía una racionalización de la posición social de las mujeres en el pasado, y las escritoras del Movimiento de Liberación de la Mujer la han censurado[127]. Su objetivo era convencer a la gente para que

126 Cf. Helene Deutsch, en *Neuroses and Character Types*, pp. 165-89.

127 Kate Millet, *Sexual Politics* (Nueva York: Doubleday; 1970), pp. 176-228, y Germaine Greer, *The Female Eunuch* (Nueva Yor: McGraw-Hill, 1971).
¿Podemos hacer remontar el éxito de las mujeres analistas (se dice que es corriente que se las prefiera con mucho a sus colegas masculinos) a la naturaleza de nuestra sociedad, reaccionaria en el terreno de la sexualidad, que ha moldeado a las mujeres para que sean sensibles a los matices emocionales, y a los hombres para que lo sean al mundo exterior del poder?

"abandone la ilusión de una equivalencia del acto sexual para los dos sexos"[128]; es comprensible que algunos de los detalles de su argumento hayan molestado a las críticos feministas. Por ejemplo, parecía quitar importancia a lo que las mujeres ya habían realizado: "Muchas mujeres intelectuales son en realidad simples fugitivas, con emociones disminuidas... por regla general, esa clase de mujeres son más intelectualizantes que intelectuales"[129].

Sus convicciones coincidían con el enfoque de Freud. Este había sostenido que "la libido es invariable y necesariamente de naturaleza masculina, ya se produzca en los hombres o en las mujeres e independientemente de que el objeto sea un hombre o una mujer"[130]. Posteriormente Freud modificó su postura al decir que "sólo existe una libido, que está al servicio de las funciones sexuales tanto masculinas como femeninas. En sí misma, no podemos asignarle sexo alguno..." Pero a continuación se desdecía de su aparente retractación: "No obstante, la yuxtaposición 'libido femenina' carece de la más mínima justificación"[131].

Las actitudes de Freud hacia las mujeres tienen que valorarse a la luz de su época. Tuvo toda clase de atenciones para las mujeres destacadas de su movimiento. Mientras que otros, como Sadger, se oponían a admitir mujeres en la Sociedad de Viena, cuentan que Freud dijo que "consideraría una total incongruencia... excluir a las mujeres en principio"[132]. Era un hombre chapado a la antigua que, aunque podía pensar que el lugar de las mujeres era el hogar, también las respetaba en su profesión; tenían sentimientos más finos que los hombres, pero, como seres más débiles, necesitaban protección.

Freud admiraba la lealtad en las mujeres, y, aunque le gustaban las historias sobre mujeres infieles, no las habría tolerado en su familia. No podía concebir a una mujer como competidora suya. Tuvo mucho éxito a la hora de mantener a las mujeres en una relación de dependencia de él, y admiraba a sus discípulas. Y, sin embargo, desde el punto de vista de los criterios de aquella época, tendía a considerarse emancipadas a aquellas mujeres.

El tipo de narcisismo masculino que podemos encontrar en las teorías de Freud sobre las mujeres puede verse también en los escritos de otros de los primeros analistas. La cultura occidental de finales del siglo pasado y principios de éste generalmente despreciaba a las mujeres, que se suponía existían primordialmente para satisfacer las necesidades del hombre, dando

128 Helene Deutsch, *The Psychology of Women*, Vol. II (Nueva York: Grune and Stratton; 1945), p. 84.

129 *Ibid.*, p. 275. Cf. Deutsch, *Confrontations With Myself*, pp. 75, 209.

130 "Three Esaays on the Theory of Sexuality", p. 219.

131 "New Introductory Lectures", p. 131.

132 *Minutes*, Vol. II, p. 477.

a luz a sus hijos, y arreglando su casa. En semejante ambiente era fácil divorciar el sexo del amor. Sin embargo, algunos psicoanalistas —en particular, Karen Horney y Clara Thompson— siguieron gradualmente una línea diferente a la de Freud; intentaron diferenciar las características biológicas objetivas de las pautas de comportamiento sancionadas socialmente. Para alguien como Jones, y casi con toda seguridad también para Freud, eso parecía substituir el psicoanálisis por una pseudosociología[133].

Las ideas de Freud llegaron a ser tan influyentes, que ha tenido que soportar gran parte de las críticas feministas de nuestros días. Su colección de historias de *Schadchen* (intermediario judío en los matrimonios)[134] reflejaba la posición social profundamente dependiente de la mujer judía tradicional. Aunque hacia el final de su vida Freud reconoció que "debemos procurar... no subestimar la influencia de las costumbres sociales, que... fuerzan a las mujeres a situaciones pasivas"[135], en la práctica parece ser que consideró con todo convencimiento a las mujeres menos sexuales que los hombres. Estaba convencido de que una mujer casada necesita el sexo durante veinte años solamente[136]. (Quizás eso se basara en su experiencia con su esposa, Martha.)

Según Freud, la actividad sexual de una mujer era "esencialmente de naturaleza pasiva", y en general para él "lo activo equivalía a masculino, mientras que lo pasivo equivalía a femenino"[137]. Conociendo los sentimientos personales de desagrado de Freud hacia la debilidad y la pasividad, es difícil no considerar condescendiente su opinión sobre las mujeres. Posteriormente suavizó su postura[138], pero siguió concibiendo a la mujer

133 Carta de Ernest Jones a Anna Freud, 19 de diciembre de 1934 (archivos de Jones).

134 Aquí ofrecemos dos ejemplos: "El *Schadchen* estaba defendiendo a la muchacha que había propuesto frente a las protestas del joven. 'No me gusta la suegra', dijo este último. 'Es una persona desagradable y estúpida'. —'Pero, después de todo, no va usted a casarse con la suegra. Lo que usted desea es su hija'. 'Si, pero ya no es joven, y no es una belleza precisamente'.— 'Qué importa. Si no es ni joven ni bella, con tanta mayor razón le será fiel a usted'.— 'Y no tiene mucho dinero'.

'¿Quién está hablando de dinero? ¿Se va usted a casar con el dinero, entonces? Después de todo, lo que usted desea es una esposa'.— 'Pero, además tiene chepa'.— 'Bueno, *¿qué* es lo que quiere usted? ¿Es que no puede tener ni un solo defecto?'"

"El novio tuvo una sorpresa de lo más desagradable, cuando le presentaron a la novia; se llevó aparte al intermediario y le susurró sus protestas: '¿Por qué me ha traído usted aquí?', le preguntó en tono de reproche. 'Es fea y vieja, es tuerta, tiene la dentadura estropeada y la vista nublada...'— 'No necesitaba usted bajar la voz', le interrumpió el intermediario, 'además, es sorda'. "Jokes and Their Relation to the Unconscious", pp. 61, 64.

135 "New Introductory Lectures", p. 116.

136 Carta de Edward Hitschmann a Ernest Jones, 26 de marzo de 1954 (archivos de Jones).

137 "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 402; "From the History of an Infantile Neurosis", p. 47.

138 "Civilization and Its Discontents", p. 106; "An Outline of Psychoanalysis", ["Esquema del psicoanálisis"], *Standard Edition*, Vol. 23, p. 188.

como un hombre defectuoso. La envidia del pene era para él un constituyente esencial de la psicología femenina, como si la vagina fuera de algún modo insatisfactoria; consideró la envidia del pene como un equivalente del miedo del hombre a la lesión de sus genitales, el "complejo de castración"[139]. Al parecer, el paso decisivo en el desarrollo se produce "cuando la niña descubre su deficiencia... al ver un genital masculino"...[140] Freud redujo la función reproductiva de la mujer a la búsqueda de un hijo como compensación por la falta de un pene.

Las mujeres tenían una "comprensión más sutil de los procesos mentales inconscientes" y eran víctimas de la tendencia de la civilización a embrutecer: observó "todo el retraso artificial y la atrofia del instinto sexual femenino"[141]. Freud sostuvo que las mujeres eran más propensas a la neurosis que los hombres, especialmente a la histeria[142]. Consideraba a las mujeres en general como seres intelectualmente inferiores[143]; como carecían de la libido completa de un hombre, tenían menos energía para sublimar:

> El hecho de que haya que considerar que las mujeres tienen menos sentido de la justicia está en relación indudablemente con el predominio de la envidia en su vida mental; pues la exigencia de justicia es una modificación de la envidia y establece la condición por la que se la puede desechar. También consideramos a las mujeres más débiles en sus instintos sociales y con menos capacidad que los hombres para sublimar sus instintos[144].

Pensaba que "las mujeres han hecho pocas contribuciones a los descubrimientos y a las invenciones en la historia de la civilización..."[145] Freud escribió incluso que "las mujeres se desahogan con humor o aprecian éste con mucha menos frecuencia que los hombres"[146].

Freud dijo que el amor de un hombre por una mujer, lo que llamaba "supervaloración sexual", "sólo surge con plena fuerza en relación con una mujer que se retiene y niega la sexualidad"[147]. En las mujeres había menos desarrollo ético: "su superyo no es nunca tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes emocionales como exigimos que lo sea en los hombres"[148]. Freud podía escribir de los niños que "se

139 "The Taboo of Virginity", p. 204.

140 "Female Sexuality", p. 233.

141 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 156; "Civilization and Its Discontents", p. 103; "On the Grounds for Detaching a Particular Syndrome from Neurasthenia under the Description 'Anxiety Neurosis'", p. 109.

142 "Three Esaays on the Theory of Sexuality", p. 221; "Inhibitions, Symptoms and Anxiety", p. 143.

143 "'Civilized' Sexual Morality and Modern Nervous Illness", p. 109.

144 *Ibid.*, pp. 195, 199; "New Introductory Lectures", p. 134.

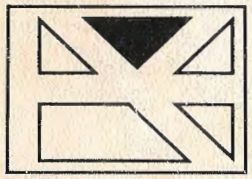
145 "New Introductory Lectures", p. 132.

146 *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 172.

147 "Three Essays on the Theory of Sexuality", p. 221.

148 "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes", p. 257.

FREUD Y SUS DISCIPULOS prosigue la investigación de PAUL ROAZEN, tan brillantemente iniciada con su libro «Hermano animal» (LB 427) a propósito de las ambivalentes y conflictivas relaciones entre el fundador de la escuela psicoanalítica y Victor Tausk, uno de sus seguidores más prometedores y capaces. El acceso a las fuentes manejadas por Ernest Jones para la «biografía oficial» y cientos de entrevistas mantenidas con más de setenta discípulos, pacientes y amigos de Sigmund Freud que le han sobrevivido constituyen un riquísimo material que permite reconstruir tanto la vida privada del «profesor» como sus tormentosas y atormentadas relaciones con sus más cercanos colaboradores. Porque Freud no fue sólo un destacado hombre de ciencia, un eficaz terapeuta y un magnífico escritor, sino también un ser humano con formidables pasiones y marcados perfiles de carácter. Esta obra cubre las sucesivas etapas de la vida y las diferentes dimensiones del creador del psicoanálisis: su infancia y juventud, los nexos familiares (las huellas dejadas por su padre y la fuerte vinculación con su madre), la etapa de aprendizaje con Charcot y de estrecha colaboración con Breuer y Wilhelm Fliess, sus actividades como investigador y terapeuta, su noviazgo y matrimonio, la influencia de su esposa Martha y su cuñada Minna, la educación de los hijos, la primera etapa de aislamiento y hostilidad en Viena, la posterior fase de ascenso y popularidad internacional del psicoanálisis, la larga enfermedad que terminó llevándole a la muerte en Londres, lugar donde le obligó a exiliarse la persecución nazi. Y, como enfoque especialmente esclarecedor, el abigarrado mundo de sus discípulos y partidarios: los rebeldes que rompieron con el maestro, como Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Carl Jung y Otto Rank; los que se mantuvieron siempre fieles, como Ernest Jones, Karl Abraham y Sandor Ferenczi; las grandes mujeres terapeutas, como Helene Deutsch, Melanie Klein y Anna Freud; los jóvenes estudiantes, como Wilhelm Reich, Erik Erikson y Erich Fromm, que siguieron luego caminos propios y divergentes.



Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil

comportan del mismo modo que una mujer inculta media en la que persiste la misma disposición polimorfa perversa''[149]. Su punto de vista implícito era el de que ''la mujer es una especie aparte e inferior al hombre''[150]. Un motivo de su odio a América era que allí las mujeres estaban menos sometidas, y a Freud no le gustaba el alejamiento con respecto a la concepción existente en el Viejo Mundo sobre la relación entre los sexos. Fue uno de los últimos defensores de la moral sexual doble. (Debemos recordar que los métodos anticonceptivos no estaban tan al alcance en su época.)

Freud tuvo que hacer frente a obstáculos semejantes en su búsqueda de una ''solución'' para los ''problemas'' de la música, la religión y la feminidad, ya que en su opinión todas ellas estaban relacionadas con lo primitivo y lo irracional. En cierta ocasión admitió francamente que ''el lado femenino'' de un problema era ''extraordinariamente obscuro para mí''; consideraba que la vida erótica de las mujeres, ''en parte a causa del efecto entorpecedor de la civilización y en parte a causa de su convencional disimulo e insinceridad... sigue cubierto por una obscuridad impenetrable''[151]. Parecía quejarse[152] de la inaccesibilidad de la feminidad a su investigación; para Freud ''el aspecto sexual de las mujeres adultas'' siguió siendo ''un 'continente misterioso' para la psicología'', un ''enigma'' que no había resuelto[153]. En 1932 concluía uno de sus pocos ensayos sobre la feminidad con la mayor cautela:

> Esto es todo lo que puedo decir sobre la feminidad. Indudablemente es incompleto y fragmentario y no siempre suena amistoso. Pero no hay que olvidar que me he limitado a describir a las mujeres en la medida en que su naturaleza está determinada por su función sexual. Es cierto que esa influencia llega muy lejos; pero no pasamos por alto el hecho de que una mujer individual puede ser un ser humano también en otros aspectos. Si el lector desea saber más sobre la feminidad, debe interrogar a sus propias experiencias, o recurrir a los poetas, o esperar hasta que la ciencia pueda darle una información más profunda y coherente[154].

Freud tenía tendencia a considerarse a sí mismo independiente y autosuficiente y también le molestaban las influencias externas sobre él; por otro lado, a veces podía quejarse de falta de dirección, como en la crítica a su padre. Pero, a pesar de las resistencias que oponía a las innovaciones de sus discípulos, Freud se dejó influir por sus discípulas; así fue como llegó a entender ''la prehistoria del complejo de Edipo'' y a

149 ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 221.
150 Puner, *Freud*, p. 285.
151 *Letters of Freud and Abraham*, p. 376; ''Three Essays on the Theory of Sexuality'', p. 151.
152 James Strachey, ''Editor's Note'', *Standard Edition*, Vol. 19, p. 243.
153 ''The Question of Lay Analysis'', p. 212; ''New Introductory Lectures'', p. 113.
154 ''New Introductory Lectures'', p. 135.

reconocer que la madre era el objeto de amor original para las mujeres igual que para los hombres[155]. En ese caso la tendencia de una mujer a la neurosis podía explicarse por el hecho de que, para establecer un complejo de Edipo, tenía que dirigir su atención a su padre, en lugar de a su madre.

''Con el paso a la feminidad'', pensaba Freud de forma bastante puritana, ''el clítoris debe ceder su sensibilidad total o parcialmente, y al mismo tiempo su importancia, a la vagina. Esa sería una de las dos misiones que una mujer tiene que cumplir en el trascurso de su desarrollo...''[156] Investigaciones recientes realizadas por Masters y Johnson han negado la existencia del hipotético orgasmo vaginal, pero el hecho de que Freud quitara importancia a las sensaciones en el clítoris y prefiriera el concepto de orgasmo vaginal subrayaba la dependencia única de una mujer con respecto al hombre. Tal como lo expresó Helene Deutsch, ''el despertar de la vagina hasta el pleno funcionamiento sexual depende enteramente de la actividad del hombre...''[157].

A través de la ''fase de su [de las mujeres] vinculación pre-edípica a la madre''[158] era como Freud esperaba aclarar el misterio de la feminidad. El prototipo era también masculino: ''la diferencia entre el desarrollo sexual de los hombres y las mujeres... corresponde a la diferencia entre una castración que se ha llevado a cabo y otra que sólo es una amenaza''[159]. Mientras que un muchacho renuncia a su porfía edípica ante una amenaza, ''en las mujeres el complejo de Edipo es el resultado final de un desarrollo bastante largo. La influencia de la castración no lo destruye, sino que lo crea...''[160] Las niñas ''consideran responsable a su madre de su falta de pene y no le perdonan por haberse visto en esa desventaja'', y así vuelven la atención hacia su padre[161]. Gracias a sus discípulas Freud reconoció que

> parece que debemos retirar la universalidad de la tesis de que el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis. Pero... podemos extender el contenido del complejo de Edipo para que incluya todas las relaciones del niño con ambos padres;... podemos tener en cuenta debidamente nuestros nuevos descubrimientos diciendo que la mujer no llega a la situación edípica positiva y normal hasta después de haber superado un período anterior en que está regida por el complejo negativo[162].

155 ''Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes'', p. 251.
156 ''New Introductory Lectures'', p. 119. Theodor Reik expresó esa clase de puritanismo en relación con los hombres: ''Cuando un hombre tiene el orgasmo, ¿dónde se localiza la sensación? Les preguntó en la segunda o tercera entrevista. ¿En la punta del pene o cerca de los testículos? Debe ser en la punta''. Freeman, *Insights*, p. 47.
157 Deutsch, *The Psychology of Women*, Vol. I, p. 233.
158 ''New Introductory Lectures'', p. 119.
159 ''Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes'', p. 257.
160 ''Female Sexuality'', pp. 226, 230.
161 ''New Introductory Lectures'', p. 124.
162 ''Female Sexuality'', p. 226.

Las teorías de Freud sobre las mujeres pueden considerarse como una defensa contra su actitud sumisa hacia ellas. Gran parte de su angustia se remontaba a su dependencia interna de su madre, que transfirió no sólo a Martha, sino también a algunas de sus discípulas: "Si Freud, como marido, no se hubiera resentido de la ausencia de un desahogo más maduro que el que la madre proporciona al hijo, nunca habría podido hablar de las mujeres como hizo en su vejez"[163]. El horror y el miedo de Freud hacia los genitales femeninos puede verse en una descripción de sus sueños. Freud consideraba a las mujeres voraces por naturaleza. Como dijo una vez a Marie Bonaparte, "la gran pregunta que nunca ha recibido respuesta y que yo todavía no he podido responder, a pesar de mis treinta años de investigación en el alma femenina, es '¿Qué es lo que quiere una mujer?'"[164] Freud pensaba que las mujeres habían conseguido no revelar su secreto, lo que pudo ser una forma de expresar su angustia con respecto a ellas.

Mantenía a distancia su propia feminidad; en algunos de sus escritos trazó divisiones rotundas entre los hombres y las mujeres, que nosotros consideramos condicionadas culturalmente y no verdades psicológicas eternas. En general, Freud temía demasiado a la pasividad. Le horrorizaba perder el control, y, por ejemplo, se abstenía de tomar whisky o aspirina. Al mismo tiempo, en su práctica clínica Freud podía relacionar la feminidad y la creatividad; como dijo a un paciente muy dotado para el arte: "Es usted tan femenino, que no lo puede evitar". Y Freud dio a entender que aquella interpretación era un cumplido.

En la última sesión analítica de Helene Deutsch con Freud, éste la animó a conservar su identificación con su padre, que Freud consideraba beneficiosa para ella. Atribuir su profesionalismo a dicha identificación era una prueba de apoyo mayor que verla en función de bisexualidad o envidia. Incluso en su vejez extrema, Helene Deutsch consideraba a su madre como una mujer terrible[165]. (A pesar de su complicación posterior, uno sospecha que Freud y los primeros analistas concebían el complejo de Edipo en una mujer simplemente como amor hacia su padre y odio hacia su madre.) Era la menor de cuatro hijos, pero había nacido casi diez años después de su hermano inmediatamente mayor; así, que, como tercera y más pequeña hija de su padre, fue como una hija única, la niña de sus ojos.

Deutsch sobrevivió a tantos pioneros del psicoanálisis, que su identificación con Freud la condujo a verse a sí misma como "la sombra de

163 Puner, *Freud*, p. 228.

164 Citado en "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 19, p. 244.

165 Entrevista con Helene Deutsch, 30 de septiembre de 1967; Marie Briehl, "Helene Deutsch", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 283. Cf. Deutsch, *Confrontations With Myself*, pp. 62-69, 30-37.

Freud". Intentó identificarse con el espíritu de la doctrina de Freud más que con el psicoanálisis como movimiento burocrático. En sus últimos años se volvió escéptica con respecto a la eficacia terapéutica del tratamiento psicoanalítico prolongado; el psicoanálisis como terapia la decepcionó, ya que con demasiada frecuencia parecía servir para necesidades regresivas de los pacientes[166]. Algunos de sus mejores análisis parecían dar los peores resultados terapéuticos, y algunos de sus mejores cambios terapéuticos siguieron a sus peores análisis. Sacó la conclusión, como había hecho Freud anteriormente en relación con la técnica hipnótica, de que la profundidad del análisis tenía poco que ver con su efecto terapéutico. A pesar de las corrientes recientes en la teoría psicoanalítica, le desagradaba la insistencia en la psicología del yo y prefería negar la existencia de las esferas libres de conflicto de que habla Hartmann[167].

A pesar de su excelente relación personal con Freud, en una ocasión se planteó ante ellos la cuestión de las prioridades. A mediados de la década de 1920 ella había enviado un artículo para su publicación, y después en el despacho de él comentaron la reciente obra de ella sobre la psicología femenina. Ese ensayo aludía a un problema especial del desarrollo de las niñas pequeñas: el hecho de que tengan que separar su libido del objeto primordial de amor (la madre) para llegar a escoger un amado heterosexual. Freud explicó que él mismo había tenido algunas de aquellas ideas, antes de leer el artículo, cuya aparición estaba prevista antes de uno suyo[168]. Ella consideró su incapacidad para insistir en que había llegado a sus ideas independientemente como una abdicación.

Helene Deutsch se sintió gravemente decepcionada cuando, en 1925, Anna Freud leyó el artículo de su padre "Algunas consecuencias psíquicas de la distinción anatómina entre los sexos" y no apareció mención alguna de ninguna de sus obras anteriores[169]. Su artículo había aparecido en la fecha prevista, y ella atribuyó a los celos de Anna Freud el hecho de que no hubiera ninguna referencia a ella[170]. Sin embargo, en la versión impresa del artículo de Freud, un párrafo de conclusión, que al parecer no figuraba en la presentación de Anna Freud, reconocía las obras de otros autores en ese sector. Conociendo la angustia anterior de Freud ante la posibilidad de que otros pudieran tomar elementos de su obra sin reconocerlo, podemos ver que aquellas batallas ya eran cosa del pasado:

En los valiosos y completos estudios de los complejos de masculinidad y de castración en las mujeres de Abraham (1921), Horney (1923) y Helene Deutsch (1925), hay muchas

166 Entrevistas con Helene Deutsch, 18 de junio y 2 de julio de 1966.

167 Entrevista con Helene Deutsch, 19 de febrero de 1966.

168 Entrevistas con Helene Deutsch, 5 de febrero y 14 de mayo de 1966.

169 Entrevista con Helene Deutsch, 3 de junio de 1967.

170 Entrevista con Helene Deutsch, 21 de diciembre de 1966.

alusiones a fenómenos próximos a los que he descrito, pero ninguna que coincida completamente con mis tesis, por lo que creo está justificada la publicación de este artículo[171].

Es difícil saber hasta qué punto respondía a la realidad el enfado de Helene Deutsch con Freud, y pudiera ser perfectamente que su reproche contra Anna Freud fuera injustificado, ya que tal vez el último párrafo de Freud no estuviera escrito, cuando ésta lo presentó al Congreso. A Deutsch no le gustaba que la citaran junto a otros dos autores, aunque los respetaba a ambos como iguales a ella por lo menos. (También le ofendió que Freud la citara junto a Jeanne Lampl-de Groot y Ruth Mack Brunswick[172].) El incidente estaba tan cargado emocionalmente, que llegó a sospechar que, incluso al citar una monografía de ella, él había desconocido la contribución anterior de ella que habían comentado en su despacho[173]. Otros discípulos de los últimos años de Freud, como Edoardo Weiss, pensaron que Freud había sacado conceptos de sus obras sin reconocerlo[174].

Y, sin embargo, aquellos discípulos estaban tan próximos a Freud, que era muy fácil que confundieran sus ideas con las de él. En un artículo publicado después de la muerte de Freud, Helene Deutsch acababa con una "anécdota absolutamente cierta" sobre la psicología de la cirugía:

> Una mañana de principios de un verano de hace muchos años, los habitantes de una pequeña ciudad universitaria alemana... hicieron el horrible descubrimiento de que todos los perros que habían estado sueltos por la noche en cierta parte de la ciudad habían perdido sus colas. Se enteraron de que los estudiantes de medicina habían estado de juerga aquella noche y que, cuando salían de la fiesta, un joven había tenido la graciosa inspiración de cortar las colas a los perros. Posteriormente, llegó a ser uno de los cirujanos más famosos del mundo[175].

Lo que había olvidado era que Freud había usado aquella anécdota en una pequeña reunión de sus estudiantes para ilustrar el concepto de sublimación[176]. (También Heine había contado ese mismo cuento, lo que probablemente Freud había reprimido también; Freud contó la historia como una que había oído de niño.)

Helene Deutsch, que disfrutó de una carrera plena de psiquiatra y psicoanalista, permaneció en actitud pasiva hacia Freud y sus conceptos.

171 "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes", p. 258.

172 "Female Sexuality", pp. 226-27; "New Introductory Lectures", pp. 130-31; entrevista con Helene Deutsch, 13 de noviembre de 1965. Cf. Deutsch, *Confrontations With Myself*, p. 138.

173 Helene Deutsch, "The Psychology of Women in Relation to the Function of Reproduction", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 6, Parte 4 (octubre de 1935), pp. 405-18.

174 Weiss, *Agoraphobia in the Light of Ego Psychology*, p. 119.

175 Deutsch, *Neuroses and Character Types*, p. 304.

176 Entrevista con Willy Hoffer.

Cuando Germaine Greer resumió la concepción de Deutsch de que "sólo la presencia de un hombre, del que dependa absolutamente, puede conferir importancia" a una mujer[177], no comprendió que el modelo de Deutsch de cómo se realiza una mujer era su relación, no con su marido, sino con Freud. Como lo expresó Deutsch:

> El requisito narcisista previo de esa identificación es la afinidad psicológica, la semejanza de los yos. A la mujer corresponde la mayor tarea de ajuste: deja la iniciativa al hombre y, por su necesidad, renuncia a la originalidad, con lo que experimenta su yo mediante la identificación. Algunas de esas mujeres necesitan sobreestimar sus objetos, y su método narcisista de hacer al hombre feliz puede expresarse en la fórmula: "El es maravilloso y yo soy una parte de él".
>
> Esas mujeres no son sólo compañeras ideales de la vida para los hombres; si poseen en grado elevado la cualidad femenina de la intuición, son colaboradoras ideales que muchas veces inspiran a sus hombres y son de lo más felices en ese papel. Parecen ser fácilmente influenciables, y se adaptan a sus compañeros y los entienden. Son las ayudantes más encantadoras y menos agresivas y quieren seguir desempeñando ese papel; no insisten en sus propios derechos, muy al contrario. Son fáciles de tratar de cualquier modo, con tal de que se las ame...
>
> Si están dotadas en algún sentido, conservan la capacidad para ser originales y productivas, pero sin participar en luchas de rivalidad. Siempre están dispuestas a renunciar a sus propias realizaciones sin sentir que estén sacrificando algo y gozan con las realizaciones de sus compañeros, que muchas veces han inspirado ellas. Tienen una necesidad extraordinaria de apoyo cuando intervienen en alguna *actividad dirigida hacia fuera*, pero son absolutamente independientes en los pensamientos y sentimientos relativos a su vida interior, es decir, en su *actividad dirigida hacia dentro*. Su capacidad para la identificación no es expresión de pobreza interior, sino de riqueza interior[178].

Cuando Freud iba a un concierto, Helene Deutsch también iba, pero se sentaba con su marido y alejada de las mujeres que se arremolinaban en torno a Freud. Su identificación con Freud no llegaba hasta el extremo de no usar su propia capacidad de juicio. En cierta ocasión le remitieron un caso de epilepsia, y Freud temía que sus enemigos harían la acusación de que el psicoanálisis pretendía curar más que el aspecto neurótico de esa enfermedad; Helene Deutsch escuchó lo que Freud tenía que decir sobre ello, pero decidió aceptar el caso. Su período creativo coincidió con la época de su contacto más estrecho con Freud, así que podemos suponer que su presencia tuvo un efecto catalítico sobre su obra.

Cuando estaba deprimida por su relación con Freud, después de que éste rompiera con su marido, su segundo analista, Abraham, le escribió en 1924 que estaba exagerando el rechazo de Freud por sus sentimientos masoquistas femeninos hacia su padre; le recomendó ser más activa hacia Freud, que estaba entonces perdiendo a Otto Rank y, por consiguiente, de acuerdo con la terminología de aquella época, tendría un excedente de

177 Greer, *The Female Eunuch*, pp. 94-95.

178 Deutsch, *The Psychology of Women*, Vol. I. pp. 191-92. Una de sus contribuciones clínicas más conocidas se refería a las vicisitudes de identificación en falsas personalidades e impostores. Deutsch, *Neuroses and Character Types*, pp. 262-81.

libido para nuevos objetos en su vida. Aunque nunca pudo superar el trauma de la desavenencia con Freud con respecto al cáncer de éste, podía rivalizar con él en cuanto a la capacidad para el trabajo intenso. Comenzaba a las siete de la mañana, recibía a once o doce pacientes por día en Viena, seis días a la semana. Un analista no podía esperar ver muchos casos en toda una vida, y, por eso, necesitaba variedad; y, además, entonces no estaba claro que el psicoanálisis fuera a perpetuarse, por lo que había que aceptar los casos que se presentaran.

A finales de 1924, Helene Deutsch pasó a ser directora del Instituto didáctico de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. No fue tanto la elegida de Freud como la elegida de la Sociedad. Comunicaba con Freud principalmente por carta, y nunca por teléfono; celebraban entrevistas para resolver las cuestiones relativas a los candidatos y a los pacientes. Desempeñó su cargo oficial durante diez años sin necesidad de organización burocrática alguna. Cuando llegó a Estados Unidos en 1934, sus sucesores le escribieron desde Viena, porque no encontraban los ficheros; pero nunca habían existido. Su fama en Viena la convirtió en una analista preferida de los americanos, cuando se presentaban allí para hacer su aprendizaje; en opinión de aquéllos, ella era la mejor, suponiendo que no pudieran analizarse con Freud.

En 1930 viajó a América con una subvención para asistir a una conferencia sobre la higiene mental. Freud le dio dinero por adelantado para comprar un regalo para Brill de su parte; compró un objeto de plata, y comprendió que un regalo presentado por medio de un intermediario significaba que Brill no era realmente un favorito de Freud. Viajó en primera clase, y, cuando llegó a Estados Unidos, recibió una impresión de la vida americana propia de las películas de Hollywood. Wittels publicó un artículo sobre ella en un periódico, en el que la describía —tal como ella recordó— como una belleza alemana, alta, y rubia (era baja, de pelo castaño, y polaca-judía), una representante de la corte de Freud. Se llevó a Viena dos cajas de puros, una para su marido y otra para Freud; cuando le robaron una de ellas, tuvo que enfrentarse a un dilema, pero su marido le dijo que diera la caja que quedaba a Freud.

En la década de 1930 dos terceras partes de sus pacientes de Viena eran americanos. Los discípulos de Freud en Viena sentían la tentación de emigrar a Estados Unidos, por seguridad política además de por seguridad económica. En 1934 Stanley Cobb, que estaba interesado en la medicina psicosomática, la invitó a trasladarse a Boston. En el otoño de 1934 llegó a Cambridge, Massachusetts, con gran acompañamiento de pacientes. Desde el otro lado del Atlántico pudo ver con mayor claridad la amenaza nazi, y a principios de 1935 convenció a su marido para que se uniera a ella. Como otros médicos emigrantes, Helene Deutsch tuvo que volver a pasar los exámenes de medicina; a causa de su trabajo sobre las mujeres,

había conservado su interés en la endocrinología, pero tuvo que prepararse durante dos años para pasar los exámenes.

Antes de decidir por fin abandonar Viena, Helene Deutsch había consultado con Freud. Felix Deutsch dejó que fuera ella quien decidiera, a pesar de que prefería que se quedara, pues él iba a tener una oportunidad como director de una importante clínica médica. Freud no quería que se fuera. Pero no quiso plantear la cuestión en función de sus necesidades personales, que era el tipo de súplica que ella esperaba. Al contrario, Freud utilizó las razones profesionales, al afirmar que la comunidad psicoanalítica de Viena sufriría con su pérdida. Aunque a ella le pareció una orden de que no fuera a América, al abandonar el despacho de Freud se sentía herida y más decidida que nunca a emigrar[179].

8. Melanie Klein: "La escuela inglesa".

Melanie Klein (1882-1960), que se formó en Budapest y Berlín antes de trasladarse a Inglaterra, tuvo sólo una ligera relación personal con Freud; y, sin embargo, sus ideas fueron un desafío a la obra de la hija de éste sobre los niños y han desempeñado un papel notable en los círculos psicoanalíticos, especialmente en Inglaterra y en Sudamérica. Melanie Klein fue una de esas personas creativas a las que un movimiento joven y no reconocido puede dar prominencia. A pesar de carecer de credenciales académicas y de formación científica, dejó su marca especial en el pensamiento psicoanalítico de su tiempo.

La principal contribución de Klein, como la de muchos otros psicólogos posfreudianos, fue la insistencia en la importancia de las capas pre-edípicas del desarrollo de la personalidad. Ruth Brunswick había intentado, bajo la dirección personal de Freud, formular la función primitiva de la madre, como habían hecho Carl Jung y Otto Rank desafiando a Freud. Harry Stack Sullivan, y en nuestro tiempo Donald Winnicott y Erik H. Erikson, han aclarado también los vínculos más arcaicos del niño con la madre.

Como hombre del siglo XIX que era, Freud no fue el único que no tuvo en cuenta la función nutricia educativa de la madre en el desarrollo del niño. John Stuart Mill no hizo mención alguna de su madre en su *Autobiografía*, y Samuel Butler, en su obra *The Way of All Flesh*, se mostró igualmente obsesionado con la relación del hijo con su padre. En el siglo XIX, con pocas excepciones, las madres no estaban consideradas como temas idóneos para los novelistas. La función materna no se consideró pertinente psicoanalíticamente hasta la década de 1920, y, en vista de la reciente insistencia en esa dirección, resulta fácil olvidar que no siempre fue una cuestión de importancia para los psicoanalistas.

Como consecuencia de la investigación más intensa de la maternidad,

179 Entrevista con Helene Deutsch, 5 de marzo de 1966.

los analistas han llegado a apreciar la importancia de la comunicación preverbal. Las primeras etapas del contacto del niño con su madre, o la substituta de la madre, no utilizan las palabras, y en la vida adulta los medios de comunicación no verbal desempeñan un papel importante, aunque no siempre evidente. El propio Freud subrayó el poder de las palabras para liberarnos de lo que no hayamos entendido, pero posteriormente los terapeutas han sido más sensibles a las limitaciones del racionalismo implícito en ese enfoque.

Una tarea terapéutica importante puede ser la de confirmar y apoyar los talentos y capacidades ya poseídos por el paciente. La experiencia de una paciente que se analizó tanto con Freud como con Melanie Klein ilustra la diferencia en sus enfoques. Dicha paciente dijo que el análisis de Freud había cambiado el sentido de su vida y que años después su interpretación caló y por fin tuvo sentido; lo que le impresionó fue el valor de Freud para hablar francamente. En contraste con la aguda inteligencia de Freud, la de Melanie Klein no era tan asombrosa; sus interpretaciones particulares no tenían nada de especial, y, sin embargo, siempre ayudaba en forma flexible. El análisis de Klein consiguió dar a la paciente más sensación de ser lo que siempre había sabido que era pero no había tenido fuerza para realizar.

Melanie Klein hizo mucho también para exponer las idealizaciones de las mujeres por parte de Freud, que desconocían sus funciones realistas como madres. Freud, que se sentía más seguro con las mujeres que con los hombres, exhibía la galantería decimonónica con las mujeres. Pero aquella actitud representaba también una desvalorización implícita de ellas, en el sentido de que ocultaba el hecho de que en gran medida los hombres y las mujeres son iguales. Describir el vínculo madre-hijo en términos tan idealistas como lo hizo Freud equivalía a negar al mismo tiempo a la mujer el derecho a tener plena satisfacción sexual con su marido.

En su época la mayoría de las ideas de Klein encontraron fuerte oposición, y dentro del psicoanálisis británico hubo feroces batallas a propósito de sus conceptos. Pero, por ambiciosa que fuera su crítica de los modos de pensamiento psicoanalíticos más ortodoxos, siempre amoldó sus ideas dentro del sistema de Freud. En lugar de decir que los seres humanos se veían acosados por otros problemas, además de los genitales o edípicos —idea propia del sentido común que los rebeldes contra Freud consideraron un gran descubrimiento—, Klein (como Ruth Brunswick) expresó su insistencia en etapas anteriores y más primitivas en el sentido de que eran precursoras del complejo de Edipo.

Melanie Klein pareció empeñada en ser más papista que el Papa, y dijo que el complejo de Edipo comienza a establecerse en el niño pequeño a la edad de seis meses, como consecuencia de la proyección de las fantasías infantiles de rabia y agresión. Si bien se ha considerado en general válida su insistencia en las fantasías preverbales en los niños, se ha criticado su

asignación de los procesos a la primera infancia por la imposibilidad de confirmarla. Sostuvo no sólo que la distinción tripartita de Freud del aparato psíquico en yo, ello y superyo era válida, sino también que cada uno de esos órganos de la mente era distinto casi desde el comienzo mismo de la vida. Interpretó literalmente el concepto de Freud del instinto de muerte, y afirmó haber seguido su desarrollo desde la infancia en adelante. Su postulado sobre la existencia de emociones innatas en el niño, como la envidia, por ejemplo, pareció a algunos una versión modernizada del pecado original.

Aunque, según dicen, no dio de mamar a sus hijos, con su insistencia en la importancia no reconocida de las funciones maternales el pecho adquirió una importancia casi metafísica. Mientras que Ernest Jones fue tan racista como para sostener que "probablemente existen más símbolos del órgano masculino que todos los demás símbolos juntos"[180], Melanie Klein señaló la importancia en los hombres de la envidia hacia los senos, además del miedo a la castración. Freud no habría reconocido la importancia en la psicología del niño de envidia hacia la madre ni de agresión hostil hacia ella, pero Klein fue la primera en llamar la atención sobre el papel desempeñado por los impulsos destructivos en el niño y por las diferentes defensas contra ellos.

En contraste con la concepción de Anna Freud sobre el análisis de los niños, Klein estaba convencida de que no era necesario cambio alguno en la técnica para establecer la situación analítica con un niño pequeño. La disputa entre Anna Freud y Melanie Klein databa de 1927, cuando ambas presentaron ponencias en el Congreso de Innsbruck sobre las diferentes formas de tratar a los niños. Klein fue la que se mostró más franca y convencida de tener razón, al aplicar de forma purista la misma técnica a los niños y a los adultos. Para ella, el material de juego era un equivalente exacto de las libres asociaciones verbales en el análisis de un adulto, y el analista de niños podía hacer atrevidas interpretaciones profundas de la vida psíquica. Cuando en cierta ocasión expresó su esperanza de que "el análisis de los niños llegará a ser una parte tan importante de la formación de cada persona como lo es ahora la educación escolar"[181], estaba recogiendo y continuando un rasgo milenario del sistema de pensamiento de Freud. En 1930 llegó hasta el extremo de sostener que "una de las misiones principales del analista de niños es descubrir y curar las psicosis en los niños"[182]. Por un tiempo Melanie Klein defendió el análisis infantil universal, en contraste con la concepción analítica más típica de los vieneses de que no todos los niños lo necesitaban. Pero muchos analistas enviaron a analizarse a sus hijos.

180 Jones, *Papers on Psychoanalysis*, p. 103.
181 Melanie Klein, *Contributions to Psychoanalysis* (Londres: Hogarth; 1948), p. 276.
182 *Ibid.*, p. 253.

El enfoque de Melanie Klein puede haber sido en algunos aspectos más útil terapéuticamente que el freudiano clásico, pero sostuvo que todos los aspectos de una personalidad debían someterse al análisis. Pensaba que la tranquilización puede ser también cruel, y propuso que el analista descubriera las angustias de un paciente y diera intepretaciones de ellas. Subrayó las dimensiones del sufrimiento infantil, mientras que Freud tenía tendencia a concebir la existencia humana con mayor escepticismo. Este adoptó una concepción más médica del análisis, y estaba dispuesto a dejar sin interpretar algunas defensas, siempre que el paciente pudiera llegar a un compromiso tolerable consigo mismo. Klein intentaba ayudar a una persona frente a sus angustias, sin dejar nada intacto, ni siquiera los problemas más primitivos.

Los seguidores de Melanie Klein hablan de análisis de diez años de duración, sin preguntarse nunca cuál puede ser la justificación terapéutica de una intervención tan imponente en la vida de otro ser humano[183]. Pero, una vez que la verdad se convierte en su propia justificación, y la investigación en el fin de la técnica analítica, están puestas las bases para la clase de moralismo que condujo a muchos analistas a menospreciar formas "inferiores" de psicoterapia.

La insistencia de Klein en las fantasías internas era simplemente una ampliación de la postura del propio Freud; pero, para ella, las fantasías inconscientes ("los objetos internos") pasaron a ser lo esencial de la vida humana, tanto las normales como las patológicas[184]. Así, la regresión durante la terapia se convierte no en una señal de peligro, sino en una señal de la profundización del análisis[185]. Mientras que la tendencia en el psicoanálisis americano ha sido la de recalcar el yo y los aspectos sanos de la obra de Freud, en Inglaterra Klein coincidió con la característica sensibilidad británica hacia el papel desempeñado por los impulsos primitivos en la vida. Mientras que actualmente la concepción de la normalidad en los círculos psicoanalíticos americanos gira en torno al concepto de Heinz Hartmann de la capacidad del yo "autónomo" para resistir a las agresiones, en Inglaterra los kleinianos han subrayado hasta qué punto el proceso de desarrollo normal va vinculado a capas psicóticas. La obra de Klein fue relativamente polémica, mientras se limitó al estudio de los niños, pero en la década de 1930 pasó a interesarse más en la psicología de los adultos e incluso en las psicosis. Como analista no médico que era, algunos podrían considerarla incompetente para hablar de los psicóticos, pero, a pesar de que no los trató, pensaba que sus conceptos eran aplicables a la comprensión de su comportamiento.

183 Entrevista con Hannah Segal, 12 de noviembre de 1966, y entrevista con Elliott Jacques, 17 de noviembre de 1966.

184 "Podemos decir que, en su descripción de los arquetipos y del inconsciente colectivo, Jung fue el precursor del punto de vista de los psicoanalistas que escriben en función de un mundo interior de 'objetos internos' ". Storr, *Jung*, p. 55; cf. también p. 41.

185 Elizabeth Zetzel, "Current Concepts of Transference", pp. 372-73.

El propio Freud aborrecía la dirección que siguió Melanie Klein. Una vez más, como en el caso del concepto de Rank del trauma del nacimiento, las concepciones de aquélla parecían una caricatura de las ideas de él, sólo que en su caso estaban provocadas por hostilidad no hacia él, sino hacia Anna. Aunque en cierta ocasión Freud aludió al "análisis de niños como excelente método de profilaxis", llegó a sentirse escéptico con respecto a la capacidad profiláctica del análisis[186]. No obstante, las declaraciones públicas de Freud sobre Melanie Klein fueron moderadas. Citó en trabajos impresos sus contribuciones junto a las de Anna, y, cuando elaboró su concepto de agresión, aprovechó la obra de Klein; en particular, Freud apreció la idea de que el superyo del niño puede reflejar sus propias fantasías agresivas proyectadas, además del comportamiento efectivo de los padres[187]. (Se ha dicho que "cuando, más adelante, Freud comentó las razones que le habían hecho pasar por alto durante años la importancia de los impulsos agresivos en el hombre, se sintió inclinado a hacer responsables de aquel retraso a sus tendencias inconscientes"[188].) Pero, básicamente, la actitud de Freud hacia Melanie Klein fue la de que sus ideas eran "ininteligibles", como las otras desviaciones del psicoanálisis[189]. Freud observó que aquélla era la primera vez que el psicoanálisis era capaz de mantener una desviación de ese tipo dentro del movimiento.

Como Anna Freud, Melanie Klein estudió magisterio; su matrimonio no fue feliz y se divorció; se analizó por primera vez con Ferenczi en Budapest y después con Abraham en Berlín. Aunque dicen que Abraham se sintió fascinado con sus ideas, parece ser que Melanie se sintió aislada como analista de niños en Berlín; además, no consiguió ponerse en contacto con Freud en Viena. Alix Strachey, que entonces estaba analizándose con Abraham en Berlín, habló de Melanie Klein en una carta a su marido James, quien, a su vez, habló de ella a Jones.

Después de que muriera Abraham, Melanie Klein aceptó la invitación de Jones para pronunciar conferencias en Londres, y en 1926 decidió establecerse allí. Dos consideraciones, una pública y otra privada, habían impulsado a Jones. Quería mejorar la calidad intelectual del grupo psicoanalítico de Londres, y "la señora Klein", como llegó a conocérsela, parecía capaz de aumentar el prestigio de la Sociedad de Londres; efectivamente, consiguió fundar una escuela de análisis infantil para competir con la de Anna Freud en Viena. Al mismo tiempo, la señora Klein fue conocida por su intuición —uno de sus colegas observó en tono de

186 Compárese "Introductory Lectures", Vol. 16, p. 365, con "The Question of Lay Analysis", p. 249. Cf. también "Editor's Note", *Standard Edition*, Vol. 23, p. 213.

187 "An Autobiographical Study", p. 70; "Civilization and Its Discontents", pp. 130, 138.

188 Ernst Kris, "The Development of Ego Psychology", *Samiksa*, Vol. 5, Nº 3 (1951), p. 159.

189 Entrevista con Eva Rosenfeld, 17 de noviembre de 1966.

admiración que habría sido una buena médium— y Jones quería conseguir un analista de niños para que tratara a sus propios hijos[190].

Freud pensaba que los partidarios de la señora Klein estaban atacando a Anna, lo que hasta cierto punto era cierto. La postura kleiniana fue defendida no sólo por un grupo respetable de psicoanalistas, sino también por académicos prestigiosos. Jones recordó que Freud se había "quejado enérgicamente sobre una campaña pública supuestamente dirigida por mí en Inglaterra contra su hija Anna, y, por tanto, tal vez contra él mismo"[191]. A Jones le parecía que Anna Freud podía tomar la iniciativa para atacar a Melanie Klein[192]. A causa de la relación de Jones con la señora Klein, por un tiempo toda la familia Freud se enemistó con él. Lo mejor que Freud pudo decir en favor de la señora Klein a Jones fue que el análisis de niños era un terreno desconocido para él:

> No considero de poca importancia nuestras diferencias teóricas, pero, mientras no exista mala intención tras ellas, no pueden producir consecuencias fastidiosas... Melanie Klein y su hija se equivocaron... en relación con Anna. Es cierto que soy de la opinión de que la Sociedad de usted ha seguido a la señora Klein por un camino equivocado, pero el dominio del que ella ha sacado sus observaciones es desconocido para mí, de modo que no tengo derecho a expresar una convicción firme[193].

Las Sociedades vienesa y británica intercambiaron conferenciantes en la década de 1930, para que pudiera presentarse a los vieneses el punto de vista kleiniano y las críticas de éstos a los ingleses. Si no hubiera sido por la guerra y la emigración de analistas vieneses a Inglaterra, es posible que la Sociedad británica hubiese quedado lo suficientemente aislada como para resultar abiertamente cismática. Cuando los nazis se apoderaron de Austria, y Jones y Freud tuvieron que decidir qué analistas austríacos se llevarían con ellos a Inglaterra, estaba claro que la fuerza de la opinión kleiniana impediría, por ejemplo, que Robert Waelder, el conferenciante vienés que participó en el intercambio a propósito de Klein, fuera invitado a trasladarse a Londres permanentemente[194].

La década de 1930 había sido un período estimulante y productivo para los psicoanalistas británicos, pero la llegada de Freud y su acompañamiento lo cortó virtualmente. Puede ser que la aparición de Anna Freud en el escenario británico forzara a Melanie Klein a sistematizar sus ideas. Los

190 Edward Glover, "Autobiographical Manuscrip", p. 16. Cf. también la carta de la Sra. Riviere a Ernest Jones sobre el Cap. 2 de su manuscrito correspondiente al Vol. III de su biografía de Freud (archivos de Jones).

En el Instituto Psicoanalítico Británico, en Londres, hay una caja que, según reza su etiqueta, contiene los juguetes usados en el primer análisis de un niño realizado en Inglaterra.

191 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 197.

192 Carta de Johann van Ophuijsen a Ernest Jones del 13 de octubre de 1927 (archivos de Jones).

193 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 197.

194 Entrevista con Willy Hoffer.

freudianos más tradicionales veían en la insistencia de Klein en lo pre-edípico una huida del complejo de Edipo, como la de los anteriores disidentes del psicoanálisis. Es difícil decir si realmente fue o no Anna Freud una amenaza semejante para Melanie Klein; pero, en la medida en que la señora Klein concebía su obra como un cambio de importancia en el psicoanálisis, podía prever los reproches de los ortodoxos recién llegados. Los refugiados europeos tuvieron la sensación de haber llegado a un grupo provinciano, mientras que en la década de 1930 los ingleses consideraban a Londres como el centro de la creatividad psicoanalítica; tenía la mayor Sociedad, exceptuando las de Berlín y Viena.

Después de 1938, Melanie Klein rehuyó la discusión pública y abierta de sus ideas y comenzó a establecer su propio sistema con sus seguidores. Entonces Edward Glover se puso a hacer realidad los peores presentimientos de la señora Klein, al atacar públicamente sus conceptos. Glover, durante años lugarteniente de Jones, era un buen polemista. Jones solía enviarlo a las reuniones públicas y profesionales a las que no podía asistir personalmente. Cuando Jones se retiró al campo durante la Segunda Guerra Mundial, la Sociedad quedó a cargo de Glover. Al principio le habían interesado las ideas de Klein, pero posteriormente llegó a considerarlas una herejía; pensaba que la sensación de inferioridad de la Sociedad británica había contribuido a explicar su receptividad a la influencia kleiniana, y temía que el poder de transferencias establecidas en análisis didácticos prolongaría sus errores en el futuro. En un artículo escrito después de que hubiera acabado la batalla, podemos oír el estrépito de la costumbre psicoanalítica de poner remoquetes a los adversarios:

> El grupo de Klein sigue a Rank al atribuir el desarrollo mental, y todas las variaciones del trastorno mental, a una situación traumática ocurrida no en el nacimiento, es cierto, sino poco después de éste; sigue a Jung al atribuir poder dinámico y de desarrollo a las fantasías arcaicas[195].

(Glover escribió un libro combativo contra Jung, pero, aun así, fue lo suficientemente independiente de la ortodoxia como para escribir un ensayo crítico sobre Hartmann.)

Fueran cuales fuesen las deficiencias de la señora Klein como teórico, tenía considerable talento como terapeuta intuitiva; pero sus críticos más

195 Edward Glover, "The Positión of Psychoanalysis in Great Britain", *On the Early Development of the Mind* (Londres: Imago; 1956), p. 358. Cf. también Edward Glover, *An Examination of the Klein System of Child Psychology* (Londres: The Southern Post Ltd.; 1945); D. W. Winnicott, "A Personal View of the Kleinian Contribution", *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*, pp. 171-78; Hannah Segal, *Introduction to the Work of Melanie Klein* (Londres: Heinemann; 1964); J. O. Wisdom, "Freud and Melanie Klein", *Psychoanalysis and Philosophy*, ed. Charles Hanly y Morris Lazerowitz (Nueva York: International Universities Press; 1970), pp. 327-62; Harry Guntrip, *Personality and Human Interaction* (Londres: Hogarth; 1961), Caps. 10-12.

severos afirmaron que ella —que era una mujer bella y majestuosa— dependía demasiado de su idealización y que no tenía en cuenta la dinámica familiar de los niños que trataba. Estar interesado primordialmente en provocar la mejoría de los pacientes no es lo mismo que ser científico, y una confrontación pública con los freudianos más tradicionales la mostró en su momento más débil, pues tenía que teorizar sobre lo que en el mejor de los casos era una destreza psicológica práctica. Melanie Klein, a pesar de ser original y creativa, no era buena expositora de sus ideas. Después de haber obtenido éxito en Londres era capaz de mostrarse —en contraste con su modesta actitud anterior— muy dominante, y llegó a creerse hasta la última palabra que había escrito.

Sin embargo, Edward Glover era la persona de quien menos se podía esperar que dirigiera un ataque en regla contra la señora Klein. Aparte de su anterior interés en la obra de ésta, personalmente era de modales suaves. Glover, que se consideraba a sí mismo un nieto intelectual de Freud, era pensador lúcido y escritor elegante; nadie habría podido predecir que iba a ser el instrumento en un intento de dividir a la Sociedad británica.

Una figura principal fue la hija de Klein, Melitta Schmideberg. Anteriormente se había puesto de parte de su madre y contra Anna Freud de un modo que Freud consideró desagradable. En 1934 un hermano suyo había muerto en un accidente de montañismo que, según el modo de pensar de su madre, fue la expresión de un deseo suicida. Melitta fue, a su vez, médico y analista (formada primero en Berlín y después analizada por Ella Sharpe en Inglaterra), y estaba casada también con un analista. Se enemistó con su madre, mientras estuvo en tratamiento con Edward Glover. Como otros hijos de padres divorciados, fue a vivir con su madre, pero aun así llevó consigo el resentimiento. Probablemente, Glover vio cómo había quedado afectada y se propuso hacer todo lo posible por ella. Desde un punto de vista personal, ella tenía cuentas que saldar con su madre, y con el apoyo de Glover tuvo una base para hacerlo públicamente. Glover había mantenido en silencio su irritación durante años como lugarteniente de Jones, y entonces pensó que, con Anna Freud y los colegas de ésta en Inglaterra, contaría con el apoyo para exponer por fin la herejía de Melanie Klein. Pues Glover se había convencido, probablemente con la ayuda de Melitta Schmideberg, de que Klein era una desviacionista como Adler y Jung.

Madre e hija se criticaron mutuamente en público con ayuda de sus respectivos aliados. Para aquellos primeros analistas las ideas eran realmente importantes, y para ellos la salvación personal iba unida ineluctablemente a los compromisos intelectuales. El hecho de que el presidente, Glover, fuera un partidario hizo difícil la labor de los pacificadores. Jones estaba más que nada de parte de la señora Klein, y pensaba que Anna Freud parecía la enemiga irreconciliable de ésta[196]. Los freudianos tradicionales

196 Carta de Ernest Jones a Max Eitingon del 14 de mayo de 1943 (archivos de Jones).

se negaron a aceptar la atención preferente presentada por la obra de la señora Klein a las angustias en conexión con impulsos pre-edípicos. Klein personalmente sufrió terriblemente a consecuencia del ataque, y en particular por el comportamiento de su hija. Por sentirse incomprendida, Melanie Klein era capaz de mostrarse colérica y cruel. En años posteriores, su hija fue alejándose del psicoanálisis, por el cual se había enfrentado a su madre. No es de extrañar que la señora Klein sintiera una necesidad cada vez mayor de justificar en sus escritos a la madre y acusar al hijo. Pero admiró inmensamente a discípulos suyos, como John Rickman y Herbert Rosenfeld.

Los partidarios de Klein habían formado un grupo aparte antes de la Segunda Guerra Mundial, pero la división entre los analistas británicos desapareció cuando la guerra dispersó a muchos miembros de la Sociedad. Entonces Glover presidió temporalmente una Sociedad "purificada", y, a pesar de que afirmó haberse opuesto a Melanie Klein en época tan temprana como 1928-31, hasta que los analistas no empezaron a regresar a Londres en 1943 no estalló la disputa pública a propósito de Klein. El período de intensidad de la pelea duró dieciocho meses, si bien muchos miembros fueron reacios a participar. Algunos miembros estaban dispuestos a combinar elementos de ideas procedentes de todas las fuentes, otros pusieron objeciones a que se sacaran los trapos sucios en público, y otros simplemente querían paz.

Para los que intervinieron activamente, se trataba de una disputa científica que requería una solución, aunque retrospectivamente las emociones en juego parecieron de naturaleza religiosa. El número de kleinianos que adoptó una postura pública en la disputa fue mayor que el de freudianos, lo que hizo temer a Glover que el primer grupo se apoderara de la Sociedad. Años después reconoció su equivocada apreciación de la fuerza de la señora Klein, pero en aquella época decidió dimitir de la Sociedad británica; uno o dos analistas más salieron con él. Glover se incorporó a la Sociedad Psicoanalítica Japonesa (lo más lejos de Londres que pudo irse); no obstante, siguió ejerciendo en Londres, y posteriormente se hizo miembro de la Sociedad suiza, pues Suiza ha sido tradicionalmente un hogar para los refugiados espirituales.

La discusión dentro de la Sociedad británica fue extinguiéndose paulatinamente. Los kleinianos habían conseguido no ser expulsados, pero Anna Freud insistió en disponer de medios para la formación de sus discípulos, de modo que éstos no se vieran contaminados por la ideología kleiniana. Sylvia Payne fue la responsable de mantener unida la Sociedad mediante su propuesta de un compromiso organizativo: Anna Freud podría tener su grupo didáctico (el grupo "B") dentro de la Sociedad psicoanalítica uniforme; el resto de los analistas pertenecerían a una facultad diferente (el grupo "A"). Incluso hoy hay en la Sociedad un pequeño grupo de kleinianos entusiastas y un grupo algo mayor de seguidores de Anna Freud. Pero el mayor número, con mucha diferencia, de analistas, aproximadamente la

mitad de la Sociedad, no pertenecen a ninguno de los dos grupos y, por esa razón, se los conoce como el "Grupo medio" o "Independientes". En general han sido los analistas británicos los que han hecho de moderadores entre los grupos europeos enfrentados, y a ese grupo de "moderadores" es al que se deben algunos de los ejemplos de pensamiento psicoanalítico más original: los mejores representantes serían John Bowlby, Michael Balint, y Donald Winnicott.

Los kleinianos fueron capaces de realizar una labor importante, por ejemplo en estética, pero esos "herejes" podían ser tan rígidos y fanáticos como los peores defensores de la ortodoxia. Los fines terapéuticos de Klein eran idealistas, si no utópicos. El impulso kleiniano había sido el propio de una cruzada, y, a pesar de que esa corriente fue un retoño dentro del psicoanálisis, todavía hay que ponerla en contraste con el enfoque más sobrio del propio Freud.

Melanie Klein apreció más que Freud los sentimientos esencialmente religiosos, y su comprensión de la que llamó la "posición depresiva" en el desarrollo del niño estaba destinada a teorizar el hecho de que nos sentimos mejor cuando somos buenos que cuando somos malos. Le preocupaban de forma especial los problemas de una persona a la hora de tolerar la ambivalencia, sin sentir demasiada angustia de que pueda ocurrir que su odio pueda superar a su amor[197]. Sin embargo, Klein fue tan franca, que hasta que murió en 1960 la situación en la Sociedad Psicoanalítica Británica fue tensa y difícil. Pero el hecho de que el psicoanálisis en Inglaterra no sea complaciente intelectualmente se debe en parte a su energía e interés por la vida.

197 Elizabeth Zetzel, "The Depresive Position", en *Affective Disorders*, ed. Pyllis Greenacre (Nueva York: International Universities Press; 1953), pp. 109-10.

Capítulo 10
LA VEJEZ

1. La enfermedad.

Freud contaba ochenta y tres años cuando murió en 1939; naturalmente, el último año de su vida hubo un proceso gradual de disminución y deterioración física. Con sus arrugados trajes de *sweed*, la presencia de Freud daba todavía sensación de fuerza. Tenía las finas manos de una abuela y porte de aspecto ligeramente femenino[1]. Seguía recibiendo a los pacientes en el mismo despacho, y los muebles antiguos reforzaban la atmósfera de seriedad. (Las decoraciones en el piso de la familia tenían también aspecto pesado y de gusto cada vez más anticuado.) En su sala de consulta estaba rodeado por los dioses y diosas de civilizaciones muertas que había coleccionado a lo largo de los años.

Durante años Freud había consultado médicamente con algunos de sus seguidores y colegas, pero el cáncer ensombreció sus últimos dieciséis años. Las fotografías de aquella época muestran el sufrimiento en torno a su boca, y su mandíbula fue empequeñeciendo, a medida que sucesivas operaciones eliminaban tejido de aspecto sospechoso. Su capacidad para hablar quedó tan dañada, que muchos pensaban que padecía cáncer de lengua.

Una vez que el mal afectó a la boca, Freud manipulaba su prótesis con

1 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 43; Robert, *The Psychoanalytic Revolution*, pp. 222-23; entrevista con Smiley Blanton.

los dedos para reajustarla en la posición correcta. Naturalmente, estaba preocupado por su boca, y llegó a resultarle difícil expresar sus pensamientos oralmente. Tendía a ser más expresivo con las manos y con gestos, para compensar sus dificultades al hablar. Además, tenía dificultad para comer. Al mediodía, la comida ligera en Viena, tomaba un huevo pasado por agua. Se mostraba más reservado, y no quería comer con personas alrededor. Comía deprisa y con frecuencia leía un periódico durante la comida.

Algunos pacientes que estaban analizándose en torno a 1930 cuentan que, al conocer a Freud por primera vez, no habrían reconocido su enfermedad. Pero para quienes habían conocido a Freud antes, se podía notar que en sus últimos años no hablaba con libertad. Hacia el final, cada palabra le hacía daño y no era fácil entenderlo.

Sin contar la extracción de dientes, Freud fue sometido a treinta y una intervenciones quirúrgicas de 1923 a 1939[2]. Además, constantemente se hacían intentos de volver más cómoda su prótesis; no podía quitársela por mucho tiempo, para que los tejidos no encogieran y no necesitara nuevos ajustes. Para agravar sus dificultades, las operaciones le habían afectado el oído derecho. Cuando Freud habla de "semanas de dolor"[3] en una carta de 1936, debió de ser muy intenso. Freud sentía molestias y dependía de los doctores constantemente, y su vida quedó bastante limitada. Aun así, escribió que "lo único que temo es la invalidez prolongada sin posibilidad de trabajar: dicho de forma más clara, sin posibilidad de ganar dinero"[4].

Su cabeza pareció reducirse, y llegó a estar más bajo y delgado, con un lado de su rostro con frecuencia encogido por el dolor. Después de describirse en 1929 como "viejo, débil y cansado", Freud decía que "probablemente no [publicaría] nada más, a no ser que me vea claramente obligado a ello"[5]. Y sin embargo, era capaz de recibir a cinco pacientes al día. Su energía estaba intacta a pesar de su mala salud, y podía sorprender a un discípulo con su andar vigoroso. Poco después de contraer el cáncer Freud declaró que

> las condiciones en que trabajo han cambiado... Antes, no era de los que no son capaces de esperar para comunicar un nuevo descubrimiento hasta que haya quedado confirmado o corregido... Pero en aquella época tenía por delante tiempo ilimitado... Pero ahora todo ha cambiado[6].

En noviembre de 1923, accedió a la sugerencia de Federn de someterse a una operación rejuvenecedora (Steinach) en los testículos, en un extraño

2 Schur, "The Medical Case History of Sigmund Freud", p. 12.
3 *Letters of Freud and Zweig*, p. 143.
4 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 121.
5 *Letters of Freud and Zweig*, pp. 5-6.
6 "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes", pp. 248-49.

intento de contener su cáncer[7]. La idea era vencer las fuerzas de la muerte movilizando el instinto vital, a pesar de que la medicina moderna sostiene que el cáncer prospera con el huésped y, por tanto, cuanto más vigoroso sea el paciente, más probabilidades hay de que sea virulento el cáncer. Por un tiempo Freud supuso que la operación, que también esteriliza, había tenido resultados rejuvenecedores, pero pudo haberse tratado de subjetivismo por su parte, pues, según él, no dió resultados duraderos.

En abril de 1923 Freud había consultado a un antiguo conocido suyo, el Dr. Marcus Hayek, sobre un tumor que tenía en la boca, algún "tejido rebelde". Hayek culpó al hábito de fumar de Freud, pero también observó que "nadie puede esperar que vivirá eternamente"[8]. Se fijó fecha para una operación de extirpación en una clínica para pacientes externos; unos días antes de la operación, Freud pidió a Felix Deutsch, que era un diagnosticador experto, que examinara el tumor. Posteriormente Felix Deutsch se especializó (igual que Groddeck y Jeliffe) en la aplicación del psicoanálisis a los pacientes con enfermedades orgánicas, el campo de la medicina psicosomática, que a Freud interesaba sólo ligeramente[9].

En la época en que mostró a Deutsch el tumor en su boca, Freud dijo: "Para lo que tengo intención de hacer necesito a un doctor. Si lo considera usted cáncer, debo encontrar una forma de desaparecer de este mundo decentemente"[10]. Para Freud, la muerte era preferible a una vida sin dignidad, y el cáncer podía significar un fin doloroso y humillante, además de lento. El cáncer no ofrecía peligro inmediato, pero, como médico, a Felix Deutsch le preocupaba la posibilidad del suicidio. Freud sólo había hecho una insinuación, pero es que en ningún caso lo habría hecho de otro modo.

Según Max Schur, que a partir de 1929 pasó a ser el médico personal de Freud, Felix Deutsch estaba analizándose entonces con Bernfeld; posteriormente Schur criticó el comportamiento de Deutsch, que ya era miembro de la Sociedad de Viena. Aunque Schur reconoció que en 1923 el

7 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 98-99. Cf. también el manuscrito de Rudolph Urbantschitsch (archivos de Jones), así como las cartas de Urbantschitsch a Ernest Jones, del 12 de junio y 31 de julio de 1956 (archivos de Jones).
8 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 89-90.
9 Felix Deutsch, ed., *On the Mysterious Leap from the Mind to the Body* (Nueva York: International Universities Press; 1959), p. 28.
10 Entrevistas con Helene Deutsch, 20 y 27 de agosto de 1956. Felix Deutsch, "Reflections on the Tenth Anniversary of Freud's Death". Carta de Felix Deutsch a Ernest Jones, 31 de enero de 1956 (archivos de Jones).
Freud había llegado ya a insistir en la importancia de un instinto de muerte autodestructivo y primordial. Posteriormente llegó hasta el extremo de afirmar: "Realmente parece como si fuera necesario para nosotros destruir alguna otra cosa o persona para no destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción". "New Introductory Lectures", p. 105.

comportamiento de Freud en relación con su enfermedad fue extraordinariamente fatalista, de algún modo Schur se sentía lo suficientemente seguro como para afirmar que "la idea del suicidio nunca pasó... por la mente (de Freud)..."[11] Schur se quejó de que Deutsch no hubiera hablado con alguien de la familia sobre lo que esperaba se descubriría en la boca de Freud; los familiares se sintieron acongojados de que Freud les hubiera mantenido en secreto su primera operación. Además, Schur pensaba que Hayek era un cirujano mediocre. Pero fue Freud, no Deutsch, quien escogió a Hayek.

Aunque Deutsch acompañó en coche a Freud hasta el hospital, la operación se realizó sin nadie a su lado, y no fue bien:

> la familia se sorprendió al recibir un mensaje por teléfono de la clínica en la que les pedían que llevaran algunas cosas que iba a necesitar para pasar la noche en la clínica. La esposa y la hija acudieron inmediatamente para encontrar a Freud en una silla de cocina en el departamento de enfermos externos con toda la ropa cubierta de sangre[12].

El tumor era canceroso, pero ni Hayek ni Deutsch se lo comunicaron a Freud (desde el principio Deutsch lo consideró un cáncer avanzado evidente). Se hicieron dos tratamientos con rayos X, que "no correspondían a la supuesta inocuidad de su estado"[13]. Además, una serie de dosis de radio produjeron efectos tóxicos graves en Freud. Hayek había actuado de forma "desenvuelta" al tratar a Freud y no había tomado precauciones contra una contracción de la cicatriz; o bien "tenía la impresión de que había hecho todo lo posible, y que probablemente el tumor no reaparecería, o por otro lado, puede que considerara el caso tan desesperado desde el principio, que cualquier preocupación especial resultaba superflua"[14].

Hayek permitió a Freud ir de vacaciones, pero Freud no quiso interrumpir su viaje a Italia para el examen que Hayek deseaba hacer a finales de julio. Un doctor local consideró que la boca de Freud estaba perfectamente, pero Freud se sentía tan mal, que su hija Anna le convenció de que escribiera a Felix Deutsch para que los visitara en Italia y lo examinara. Freud estaba también deprimido por la pérdida de un nieto muy querido que había muerto en junio. Freud había planeado un viaje a Roma con Anna, y Deutsch sabía lo importante que era para él. Deutsch, que entonces era el médico de Freud, era un hombre afable al que no gustaba dar malas noticias a la gente; creía en la necesidad de ocultar la verdad a los pacientes incurables. La petición inicial de Freud de ayudarle a abandonar la vida con dignidad fue la excusa que Deutsch necesitaba. También era persona dictatorial, y podía imaginar fácilmente que sabía lo que era mejor para una situación. Así, que, aunque comprendió la necesidad de

11 Schur, *Freud*, pp. 353, 187, 38. Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 90.
12 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 90.
13 *Ibid.*, p. 91.
14 *Ibid.*

una operación más radical, primero se confió a su amigo Otto Rank y después a los demás miembros del comité, que se habían reunido; Deutsch no dijo la verdad a Freud, aunque comunicó lo bastante a Anna para impedir a ella y a su padre que continuaran su estancia en Italia, y ella adivinó lo que ocurría[15].

En ausencia de Freud buscó a un cirujano de la boca, Hans Pichler, quien operó a Freud en ocasiones posteriores. Hayek había asegurado a Freud que la operación y los tratamientos posteriores habían sido de carácter profiláctico. Sin embargo, en el viaje de Freud a Roma, un chorro de sangre procedente de su boca, al ablandarse el tejido, no dejó "lugar a dudas sobre su significado" ni a Freud ni a Anna[16]. En el otoño se diagnosticó un tumor maligno, que exigía una segunda operación.

Muchos años después, Jones dijo a Freud en Londres que los miembros del comité reunidos en Italia habían discutido sobre si informar a Freud sobre el mal. Con "ojos encendidos", Freud preguntó: "¿Con qué derecho?"[17] Freud era el más disciplinado de los pacientes, y el hecho de que Deutsch no le hubiera dicho la verdad era terrible: significaba que Freud estaba bajo la custodia de otra persona: Se enfureció con Deutsch, y, aunque los miembros del comité habían asentido, a pesar de sus reservas, Freud acusó a su médico del engaño. En la primavera de 1939, unos meses antes de su muerte, Freud se quejó de que "las personas que me rodean han intentado envolverme en una atmósfera de optimismo: el cáncer está retrocediendo; las reacciones al tratamiento son pasajeras. No creo nada de eso, y no me gusta que me engañen"[18]. Para Freud, su independencia era preciosa, e "insistió en pagar a Pichler los honorarios completos, como hizo con todos los doctores"[19].

Para Freud el comportamiento de Deutsch significaba que había subestimado la fuerza de Freud para afrontar la verdad. Aunque en años posteriores Deutsch afirmó que habría vuelto a hacer lo mismo, Freud no le pudo perdonar. Deutsch dejó de ser el médico de Freud, aunque posteriormente él y Freud se reconciliaron. No obstante, el 6 de agosto de 1924 Freud escribió a Ferenczi que había sabido desde el principio que su tumor era canceroso[20].

Desde el punto de vista de Felix Deutsch, había sido una decisión difícil[21]. Años después Helene Deutsch recordó que, mientras Felix y ella paseaban por la playa de Riga, en el Mar Báltico, él estaba preocupado

15 *Ibid.*, p. 93.
16 *Ibid.*, p. 94. Cf. carta de Anna Freud a Ernest Jones, 7 de marzo de 1955 (archivos de Jones).
17 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 99.
18 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 241.
19 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 99.
20 *Ibid.*, p. 93.
21 Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 4 de enero de 1956 (archivos de Jones).

por lo que debía decidir en Italia. Sabía de antemano que a Freud no le iba a gustar que le ocultaran la verdad; pidió ayuda a su mujer para interpretar las intenciones de Freud y los dos temieron la posibilidad de un suicidio. Al mismo tiempo, conocían el anhelo de Freud por ir a Roma; el tumor era extraordinariamente lento y el viaje no iba a suponer ningún peligro especial

Felix Deutsch temía que Freud pudiera preferir morir a sufrir una segunda operación, así que penso que era mejor disponer lo necesario para la nueva operación a espaldas de Freud[22]. Posteriormente Schur afirmó que "fue Deutsch quien no pudo [afrontar la realidad], cuando vio la horrible lesión en la boca de Freud..."[23] Pero, según Deutsch, Freud era un luchador que no podía tolerar la debilidad en sí mismo, como tampoco en los demás[24]. A Deutsch le pareció posteriormente que Freud se enfadó con él precisamente porque aquél lo había sorprendido en un momento de debilidad[25]; el médico lo había visto como un hombre cuyos miedos y reacciones humanos normales tenían que tenerse en cuenta. En 1901 Freud había escrito a Fliess: "Me has recordado aquélla época bella y difícil, cuando tenía razones para creer que estaba muy próximo al fin de mi vida, y tu confianza me hizo perseverar. Desde luego, no actué de forma muy valiente ni sensata entonces"[26]. El incidente de 1923 fue también una señal de la vulnerabilidad de Freud; una vez que hubo reanudado su vida anterior y pudo volver a ejercer y a escribir, fue capaz de vivir heroicamente con el conocimiento y el sufrimiento de su cáncer.

Freud siguió quejándose de su antiguo médico. En una carta a su esposa en agosto de 1924, Felix Deutsch explicaba:

> Igual que antes, el Profesor habla de forma monomaníaca de que mantuve en secreto su enfermedad... Con el tiempo... ha de ver lo insostenible de su ruptura [conmigo] cuanto más intente apoyarla en otras motivaciones... Su yo no ha demostrado durante su enfermedad ser tan digno de amor ni tan fuerte como le gustaría afirmar. Y ahora, cuando se está recuperando, profundamente herido, sólo puede cumplir la tarea de restauración del yo en medio de una gran lesión orgánica que no desaparece retirando la libido de quien fue testigo de su debilidad. Intenta racionalizar su inaccesibilidad con el argumento de la incertidumbre de su enfermedad. Tiene que culpar a alguien[27].

22 Carta de Felix Deutsch a Ernest Jones, del 13 de febrero de 1956 (archivos de Jones). Sin embargo, en sus *Confrontations With Myself*, Helene Deutsch ha lanzado recientemente la nueva hipótesis de que su esposo "ocultó su diagnóstico por miedo a provocar un ataque al corazón..."; cf. p. 169. Sin embargo, el propio Felix Deutsch —en "Reflections on the Tenth Anniversary of Freud's Death" y en cartas a Jones— habló de las posibilidades de suicidio y de eutanasia, sin citar el peligro de un ataque al corazón. Cf. también Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 90, 92-93.

23 Schur, *Freud*, p. 354.

24 Deutsch, "Reflections on the Tenth Anniversary of Freud's Death", p. 7.

25 Años antes "Jung tenía la clara impresión de que Freud no podía aceptar el hecho de haber expuesto lo que consideraba su debilidad". Bennet, *C.G. Jung*, p. 40.

26 Citado en Schur, *Freud*, p. 214.

27 Entrevista con Helene Deutsch, 27 de agosto de 1966.

Al criticar reiteradamente a Deutsch, puede ser que Freud pensara que la incertidumbre inicial había hecho que le resultara más difícil sobrellevar sus aflicciones. Desde el punto de vista de Deutsch, Freud había deformado todo el episodio: Deutsch estaba convencido de que retrospectivamente Freud pensaba que debía haber sabido todo el tiempo lo que podía esperarle, de modo que estaba usando a Deutsch como chivo expiatorio, para protegerse de la autocrítica.

Deutsch observaba en aquella carta a su esposa que Freud, enfrascado en la redacción de su autobiografía y de un artículo para la Enciclopedia Británica, estaba separándose cada vez más de la gente. Puede que estuviera deprimido; pasaba el tiempo en su estudio con un telescopio, mirando las colinas de alrededor de día y la luna y las estrellas de noche. Su familia sufría con su retirada. Después de que Deutsch dejara de ser el médico de Freud, en algunas ocasiones éste le consultó sobre cuestiones médicas y lo invitó a jugar a las cartas. Anna lo conservó como médico. Posteriormente Freud le regaló personalmente un anillo, y le dijo que "nada podría habernos separado". (Mucho tiempo antes Freud había escrito a Stekel: "No creo que haya nada que pueda separarnos nunca"[28].)

Max Schur ha subrayado, como lo hizo Jones, el valor de la reacción de Freud ante el cáncer, y, cualquiera que fuera la reacción ante el tumor que Deutsch presenciase, fue heroico por parte de Freud suportar tanto sufrimiento. Durante años, por resentimiento hacia Deutsch, Freud siguió sin médico personal. En 1929 Schur, un internista, estaba llegando al final de su análisis personal, comenzado en 1925 con Ruth Brunswick[29]; para tratar a Marie Bonaparte, Schur se puso en contacto con Freud para comentar la enfermedad de ésta, y fue ella (y probablemente Ruth Brunswick) quien convenció a Freud de que necesitaba su propio médico. Freud estableció como "regla básica" de su relación que Schur no le escondiera la verdad, por sombría que pudiera ser. Aunque Freud dijo que podía soportar mucho dolor y le desagradaban profundamente los sedantes, quería estar seguro de que Schur no le dejaría sufrir sin necesidad, llegado el momento. (Cerca del fin, en 1939, Freud solía recordar a Schur aquel antiguo "pacto".) También dijo a Schur que esperaba pagar cualquier tratamiento que recibiera.

Freud fue un paciente fácil para Schur, si bien ante semejante cáncer el hecho de que fuera un fumador de puros empedernido era desalentador para el médico. Por los síntomas cardíacos, no por la boca, Freud intentaba temporalmente fumar menos; pero no podía escribir sin sus puros. La tarea principal de Schur —en la que ayudaba Anna— consistía en ajustar constantemente la placa monstruosa que debía separar la cavidad nasal de

28 Citado en Stekel, *Autobiography*, p. 142.

29 Freud calificó en 1931 a Schur y Ruth Brunswick de "'mis dos *Leibärzte*'... *Leibarzt* era el término que los reyes usaban para designar a su médico personal". Schur, *Freud*, pp. 426, 287.

Freud de su boca y de sus senos nasales y también estaba la delicada tarea de detectar nuevos tumores que podrían ser malignos. Aunque Freud solía tolerar la belladona para las deposiciones espasmódicas, sólo muy raras veces usaba piramidón o aspirina. Freud aborrecía quejarse, y fueron necesarios la devoción de Schur y el amor de Anna para cuidarlo.

* * *

En la época del comienzo de la enfermedad de Freud en abril de 1923, su nieto de cuatro años, Heinz Rudolf, "Heinerle", había estado viviendo en Viena. La hija mayor de Freud, Mathilda, no tenía hijos y quería adoptar uno. La madre del niño, la hija de Freud Sophie, había muerto repentinamente en 1920 de gripe epidémica. El niño, a partir de una infección en un oído, contrajo tuberculosis. Freud era bueno con los niños pequeños, y usaba cualquier excusa para dar un regalo. Pero aquel era su único nieto que estaba cerca de él, su madre había muerto, y para Freud, en plena enfermedad suya, la muerte del niño fue un golpe terrible.

En opinión de Freud, el niño podría haber representado a su sucesor; su hija le había dado un heredero. El niño era tan inteligente, que a Freud —cualesquiera que fueran sus ideas sobre sus propios hijos— le parecía un símbolo válido del futuro. En la muerte de Heinerle, Freud estuvo deprimido como no lo había estado desde los problemas con Jung en 1913[30]. Heinerle "era verdaderamente un chaval encantador, y yo mismo era consciente de no haber amado tanto a un ser humano, desde luego no a un niño"[31].

Quizás los sentimientos deprimidos de Freud hubieran encontrado desde siempre una expresión en su interés por el pasado, dado que estimaba enormemente su colección de estatuillas antiguas, ruinas de civilizaciones muertas[32]. Pero aquella pena a propósito de un nieto fue un momento crucial para él. Como escribió a Binswanger en 1926: "Perdí a una amada hija, que tenía 27 años, pero lo soporté bastante bien... Para mí este niño [Heinerle] había ocupado el lugar de todos mis hijos y de los otros nietos, y desde entonces, desde la muerte de Heinerle, ya no me importan mis nietos, pero tampoco gozo de la vida"[33]. En 1929 Binswanger perdió a un hijo, y la carta de condolencia de Freud mostraba que era todavía un psicólogo consumado:

> Aunque sabemos que después de semejante pérdida el estado de aflicción profunda se aplacará, también sabemos que seguiremos inconsolables y nunca encontraremos un substituto. Sea lo que fuere lo que llene el vacío, aunque lo llene completamente, aun así queda algo. Y, en realidad, así debe ser. Es el único modo de perpetuar aquel amor al que no queremos renunciar[34].

30 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, 16 de junio de 1954 (archivos de Jones).

31 *Letters*, p. 344.

32 Su nieta Sophie le parecía como una muñeca china; escribió en el álbum de recortes de la pequeña: "para la más joven pero más preciosa pieza de mi colección china".

33 Citado en Binswanger, *Freud*, pp. 78-79.

En conjunto, Freud se interesaba más por su familia psicoanalítica que por su familia natural, y es difícil estar seguro de qué fue primero: su decepción con respecto a sus hijos o la relativa falta de talento de éstos. Otros hijos de grandes hombres han descubierto que sus padres eran cargas para ellos. Probablemente lo más importante no era que Freud fuera tiránico con su familia, si bien ejercía más poder y autoridad de lo que sería concebible para un padre actual. A pesar de ser tierno, era distante y quizás desdeñoso. Para Freud los días de fiesta eran momentos para escribir, mientras que para otros padres pueden ser la ocasión para llegar a conocer a sus hijos. Freud podía ser más patriarcal con sus estudiantes que con sus hijos; para estos últimos era más el analista observador que el padre activo. A consecuencia de ello, acabó distanciado de algún modo con respecto a sus hijos, aunque más próximo a Ernst que a los demás.

Los discípulos de Freud disfrutaban menospreciando a los hijos de Freud. Martin empezó a trabajar en la editorial psicoanalítica en 1931, y substituyó a A. J. Storfer en el cargo de gerente a principios de 1932, cuando éste fue despedido por falta de sentido comercial. Freud comentó a propósito de la marcha de Storfer: "Nos sentimos como súbditos que han expulsado a su soberano, sólo que sin saber lo que éste ha hecho por ellos". Pero el hecho de que Martin se dedicara a administrar la *Verlag* era una señal de que no había sido capaz de hacer carrera por sí sólo. Vivía a poca distancia del piso de Freud, y, aun antes de trabajar en la imprenta, iba de visita dos veces al día. Como había trabajado en banca, se ocupaba de los asuntos financieros de Freud y de algunos de sus discípulos; los extranjeros necesitaban cambiar moneda y los vieneses necesitaban liquidar sus negocios, cuando emigraban.

Martin ejemplificó las dificultades del hijo de un gran hombre. Era elegante y guapo, estaba casado y tenía dos hijos, y tuvo una serie de amoríos, uno de ellos con una discípula que estaba haciendo su análisis didáctico con Freud. Martin coleccionaba mujeres, como su padre coleccionaba estatuillas antiguas. Cuando los nazis llegaron a Viena en 1938, Martin se escondió en su *pied-à-terre*, y su esposa comprendió por primera vez lo que había estado ocurriendo. La pareja se separó, y cada uno de ellos se llevó la mitad de sus libros. Por una de esas casualidades crueles, la esposa se había llevado un album de fotografías de las amiguitas de Martin; estaban tomadas en diferentes esquinas y recordaban al moderno Don Juan sus conquistas. Una vez que Freud llegó a Londres y la esposa de Martin le dejó, el hijo recibió su castigo; le quitaron la dirección de la editorial psicoanalítica y a partir de entonces pasó a ocuparla Ernst.

34 *Letters*, p. 386.

La celebración del septuagésimo cumpleaños de Freud en 1926 fue más pública que privada, a pesar de que personalmente le desagradaban esas cosas; en general "le repugnaban... las expresiones convencionales de simpatía..."[35]. Y, sin embargo, a pesar de su enfermedad Freud accedió a recibir a todo el mundo; podía ser la última ocasión de esa clase. Recibió de buen grado a quienes iban a felicitarlo y les enseñó los regalos que ya habían llegado. Le encantaban las flores, especialmente las orquídeas y las gardenias, y, para atestiguarlo, el piso estaba lleno de ellas. A Freud no le gustaba que lo fotografiaran, pero posó para un grabado, del que después podían pedirse ejemplares a la Sociedad de Viena. Se seleccionó a un pequeño grupo de sus estudiantes más jóvenes para que fueran a su piso, y Freud —como un padre dirigiéndose a sus hijos— les aconsejó encarecidamente que se llevaran bien mutuamente. "En la celebración, se dirigió a todos sus 'hijos' y les avisó que en adelante tendrían que valérselas por sí sólos"[36]. Si deseaban cambiar algo en el psicoanálisis, no había inconveniente, siempre que no fuera para agradar al público[37].

En 1929 Freud escribió que "contra el sufrimiento que pueden producirle a uno las relaciones humanas la salvaguarda más fácil es el aislamiento voluntario, manteniéndose apartado de otras personas. La felicidad que puede alcanzarse por ese camino... es la felicidad de la tranquilidad"[38]. Se volvió más callado y se dedicó a sus perros; el cariño de Freud hacia los perros fue un substituto de sus antiguas relaciones con las personas, a medida que le resultó cada vez más difícil empezar de nuevo. Puede que los *chows* fueran menos molestos que las personas para Freud, pero importunaban a su mujer. Probablemente la actitud de ésta reflejara el desagrado judío tradicional hacia los animales que vigilaban los límites de los guetos centroeuropeos. Ella se enfadaba cuando él daba su comida a los perros.

Fue explícito al comparar favorablemente los perros con la mezquindad del corrompido hombre "civilizado". Para Freud, los perros tenían cualidades de que carecían los hombres; eran honrados y sentía que podía confiar en ellos. Si un perro ama, lo demuestra; y si odia, lo hace enérgicamente. Los perros no pueden engañar como los hombres. Tal como escribió a otra amante de los animales, Marie Bonaparte, sobre el origen de su atracción por los perros: "el afecto sin ambivalencia alguna, la sencillez de la vida libre de los conflictos de la civilización, que son tan difíciles de soportar, la belleza de una existencia plena en sí misma"[39]. Freud prefería una gran belleza en un perro, aunque tuviera poco temperamento. En su vejez Freud analizaba regularmente con un perro en su sala de consulta; y otros analistas practicaban también delante de sus perros.

35 "The Psychopathology of Everyday Life", p. 155.
36 Schur, *Freud*, p. 394.
37 Entrevista con Oliver Freud.
38 "Civilization and Its Discontents", p. 77.
39 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 211.

La serenidad y armonía de Freud, incluso frente al sufrimiento, no debe ocultar el hecho de que todavía podía albergar antiguos resentimientos. Más que nada, su visión de la naturaleza humana se fue volviendo más sombría con el paso de los años. Mantuvo su "creencia totalmente acientífica en que la humanidad por término medio y en general es un atajo de seres despreciables", y, según dice, tuvo "amargas palabras de profunda decepción" sobre el futuro del análisis[40]. Tenemos que atribuir parte del mal humor de Freud a las frustraciones de un inválido, y, si a veces Freud parece arbitrario, su edad puede ayudar a explicarlo.

Le había impresionado que su creación, el psicoanálisis, hubiera "encontrado mucha desconfianza y mala voluntad"[41]. Cuando la ciudad de Frankfurt le concedió el Premio Goethe en 1930, Arnold Zweig escribió que "a fin de cuentas, el profundo pesimismo de usted sobre el futuro del análisis no está del todo justificado". Freud le contestó: "Como reconciliación con mis contemporáneos, llega demasiado tarde, y nunca he dudado de que mucho después de mi muerte el análisis acabará imponiéndose"[42]. Freud siempre tuvo en general una mala opinión de la humanidad: "los seres humanos muestran una tendencia innata al descuido, la irrregularidad y la falta de seriedad en su trabajo..."[43] Y, en particular, "los hombres no siempre se toman en serio a sus grandes pensadores, ni siquiera cuando más aparentan admirarlos"[44].

Después del cáncer, la cólera de Freud fue inseparable de su resignación. Como viejo que era y enfermo que estaba, consideraba el mundo exterior más hostil de lo que era realidad. A medida que envejecía, puede que dejara de ser tan duro personalmente, y su retirada pudo reflejar su comprensión de que no podía soportar el tipo de tensiones a que se había visto sometido anteriormente. En 1931, según Jones, Freud escribió a Eitingon que "en su tiempo libre había compuesto lo que llamó una 'lista de odios' en la figuraban 7 u 8 personas"[45]. Aunque la psicología de Freud careciera de una *Weltanschauung* propia, pensaba que tenía la posibilidad de vengarse de las otras concepciones del mundo: "La psicología es una pobre Cenicienta, y no tiene nada que dar a las otras *Weltanschauugen* y ese nada es incierto. Pero la psicología tiene la oportunidad de vengarse. Puede examinar las otras *Weltanschauungen*, y, por esa razón, ha dejado de ser inofensiva"[46].

40 *Letters of Freud and Zweig*, pp. 3, 10.
41 "The Future of an Illusion", p. 36.
42 *Letters of Freud and Zweig*, pp. 3, 10.
43 "Civilization and Its Discontents", p. 93.
44 "Group Psychology and the Analysis of the Ego", p. 91.
45 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 159.
46 Entrevista con Richard Sterba.

2. Los disidentes.

A pesar de lo que escribió Freud sobre la oposición a sus ideas, la convicción sobre su triunfo final lo sostuvo a través de la enfermedad y de la vejez. Los críticos han afirmado que Freud adoctrinaba a sus pacientes. Independientemente de lo que haya de cierto en esa alegación, Freud tenía un éxito indudable como profesor. Se ha dicho que "Freud era consciente de que en su aplicación práctica el análisis tiene que atenuarse"[47], pero se mantuvo fiel al análisis clásico, porque pensaba que sus primeros descubrimientos eran provisionales y que eran necesarias más investigaciones. Como su séquito de seguidores y parientes necesitados era enorme, y la *Verlag* siempre necesitaba fondos, en sus últimos años el dinero contribuía a su decisión de aceptar un caso. Como explicó a sus discípulos, podría no quedarle mucho tiempo más para ganar dinero y tenía que buscarse un respaldo a causa de la enfermedad.

Le gustara admitirlo o no, Freud se había convertido en el jefe de una secta. Una sociedad autosatisfecha no puede esperar nunca hacer los progresos que puede crear la competencia libre y abierta en el mercado intelectual. Por otro lado, como grupo sólido los analistas se reforzaban unos a otros con su mutua fe. Si vemos el psicoanálisis como un fenómeno en parte religioso, en ese caso no es sorprendente que los seguidores estuvieran unidos en su culto a Freud y al inconsciente. Pero, como ha observado un historiador de la religión, "las creencias raras veces se convierten en dudas; se convierten en ritos"[48].

Las reacciones que Freud inspiró son suficientes para acongojar a un lector. Al agradecer a Freud el regalo de sus obras completas, Arnold Zweig escribió sobre "este espléndido regalo: la piedra fundamental de una biblioteca y de la vida"[49]. Los discípulos de Freud que vivían en Viena seguían sus idas y venidas con atención. Cuando se representaban las óperas favoritas de Freud, muchos analistas de Viena asistían sin falta. Las últimas apariciones públicas de Freud fueron para asistir a conciertos de Yvette Guilbert, y solía ir rodeado de sus seguidores.

Ha habido quienes han sugerido que en el septuagésimo cumpleaños de Freud en 1926 "había más benevolencia que respeto en la forma como hablaba de sus seguidores. En conjunto, parecía estar cansado de su escuela y no necesitarla más"[50]. La Sociedad había aumentado, y naturalmente sentía dudas sobre algunos de sus miembros; pero seguía en contacto con los discípulos escogidos. En realidad, Freud no tuvo que retirarse de la Sociedad por razones físicas, pero pensaba que los jóvenes analistas podían

47 Deutsch, "Freud and His Pupils", p. 194.

48 Herbert W. Schneider, *The Puritan Mind* (Ann Arbor: University of Michigan Press; 1958), p. 98.

49 *Letters of Freud and Zweig*, p. 72.

50 Von Weizsacker, "Reminiscences of Freud and Jung", p. 66.

someter a su consideración demasiadas cosas a la hora de zanjar disputas. A pesar de lo mucho que había deseado triunfar, no le gustaba la idea de su influencia y le turbaba el efecto que producía en los demás. Le irritaba ver sus escritos tratados como un texto sagrado"[51].

No obstante, sus discípulos le resultaban útiles. Cuando Enrico Morselli, un profesor de psiquiatría en la Universidad de Turín, que estaba "considerado como hombre sensible y prestigioso"[52], publicó un estudio del psicoanálisis en dos volúmenes, Freud escribió a su discípulo italiano Weiss que la obra de Morselli "carece completamente de valor, su único valor es el de ser una prueba indiscutible de que es un burro". Freud pidió a Weiss que escribiera una recensión detallada del libro: "Le ruego que no deje de decirle ninguna verdad, por desagradable que sea"[53]. A Freud le gustaba pensarse a sí mismo como una persona infaliblemente veraz, pero el tacto vienés exigía que Freud dejara la polémica a cargo de Weiss. Al propio Morselli Freud le escribió que los libros constituían una "obra importante"[54]. Sin embargo, a Weiss le escribió que le había encantado la recensión: "Estoy contento de que haya mostrado usted su valor y honradez, como siempre..."[55]. En una carta de unos meses después, Freud usó invectivas contra Morselli que recordaban a las grandes batallas de antes de la guerra: "Sería interesante humanamente saber si siempre ha sido tan lerdo o si se ha ido volviendo así con la senilidad"[56].

Hacia 1926 se celebraban pequeñas reuniones dos veces al mes en el piso de Freud; posteriormente se celebraban una vez al mes. Diez o doce analistas se sentaban en torno a la mesa ovalada de la sala de espera de Freud, seis de ellos participantes regulares y el resto seleccionados de entre el grupo vienés más amplio. Era tan grande el abismo que separaba a Freud de sus discípulos, que se elevaba por encima de ellos, y se limitaba a hacer observaciones aforísticas, pero cargadas de autoridad. El procedimiento en aquellas reuniones privadas era el mismo que en la Sociedad; después de la presentación de un trabajo, había un intermedio antes de la discusión. No era raro que, al iniciarse el período de la discusión, nadie hablara, pues todos deseaban oír a Freud; así, que éste se encogía de hombros y empezaba a hablar.

Cuando había acabado, Freud solía hacer esta observación: "Ahora soy

51 Bernfeld, "Freud's Earliest Theories and the School of Helmholtz", p. 359.

52 Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, p. 755.

53 Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 53. Morselli había desilusionado ya a Weiss. Había preguntado a Weiss por la obra de Freud, había invitado a Weiss a presentar las concepciones psicoanalíticas en Trieste, y después había hablado de Freud en tono de crítica. Weiss, traicionado por sus propias esperanzas con respecto a Morselli, no esperó a que Freud le pidiera que hiciese la recensión del estudio, y escribió una crítica de él.

54 *Letters*, p. 365.

55 Weiss, *Sigmund Freud as a Consultant*, p. 53.

56 *Ibid.*, p. 58.

todo oídos para lo que tengan ustedes que decir''[57]. Pensaba que había dicho lo que deseaba decir, y después le tocaba a él aprender de los demás. No obstante, para ellos era evidente que él estaba lleno de ideas y no acababan de creerse su concesión. Pero, en función de su anterior preocupación por las prioridades, su renuencia a hablar demasiado por extenso puede interpretarse de modo diferente; al contenerse, podía controlar su angustia con respecto a la posibilidad de que le robaran sus ideas prematuramente. Y, sin embargo, estaba tan por encima de sus discípulos, que ya no corría peligro. Lo que en otro tiempo había sido un tormento para él, era ahora más que nada una broma; uno de sus discípulos escribió:

> Recuerdo que una vez encontré a Freud en el momento en que estaba leyendo un libro de uno de sus oponentes más odiados. Freud señaló un pasaje del libro y me dijo sonriendo: ''Mire, este hombre dice que soy perverso... ¡Puro plagio! Eso es algo que yo mismo publiqué hace tiempo''[58].

Freud sabía que todo lo que dijera sería recogido y usado. Podía hacer críticas a algunos trabajos, pero las hacía cortésmente; procuraba no herir los sentimientos de nadie. No tenía que alzar su voz para expresar su desagrado; casi gruñó ante el intento de Bernfeld de medir la libido cuantitativamente, y así se supo entonces que había perdido el favor de Freud. En aquellos seminarios sólo participaban partidarios incondicionales, y nadie se atrevía a oponerse a él.

Un vestigio aislado de la anterior preocupación de Freud por el plagio puede detectarse a lo largo de toda su vejez, en su participación en la controversia sobre la paternidad de las obras de Shakespeare. Freud apoyaba al conde de Oxford y no al hombre de Stratford. Freud se sintió ''casi'' irritado ante la idea de que Arnold Zweig aceptara a Shakespeare como una figura auténtica, pero después de que convenció a Zweig, éste sintió la ''tentación... de crear un personaje shakespereano, que en las últimas semanas de su vida lucha con el conde de Oxford y al mismo tiempo desea confesar: 'El es el autor de esas obras de teatro, no yo'''[59]. Freud se sintió impresionado por un libro de J. Thomas Looney que ''identificaba'' a Shakespeare como el 17.º Conde de Oxford, y prestó un ejemplar del libro por lo menos a un paciente (y también a Hanns Sachs), mencionó el tema en cartas, e incluso añadió una nota a pie de página sobre él a una edición revisada de su autobiografía[60].

57 Deutsch, ''Freud and His Pupils'', p. 193.

58 Ernst Simmel, ''Sigmund Freud'', *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 9, Nº 1 (1940), p. 172.

59 *Letters of Freud and Zweig*, p. 144.

60 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, p. 37; Sachs, *Freud*, pp. 106-07; ''An Autobiographical Study'', pp. 63-64; ''Address Delivered in the Goethe House at Frankfurt'', p. 211; Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, pp. 457-58.

De vez en cuando, discípulos fastidiosos creaban problemas en el círculo de Freud. Reich (1897-1957) fue uno de los discípulos jóvenes de Freud de más talento, pero demasiado indisciplinado (y original) como para permanecer permanentemente en la órbita psicoanalítica. Freud concebía la neurosis primordialmente como un problema del recuerdo. Reich, como Adler y Jung antes que él, intentó demostrar que la auténtica cuestión que había que estudiar y tratar no era la sintomatología, sino la personalidad total. Incluso en sus últimos años Freud intentó limitar su comprensión a la estructura y dinámica de síntomas interesantes pero aislados. En su obra sobre ''el análisis del carácter'' Reich consiguió ampliar la concepción anterior de lo que debía interesar propiamente a un analista.

Si bien Reich contribuyó al cambio de enfoque y a que se prestara atención a los medios de expresión no verbales, no logró convencer a los analistas de la importancia diagnóstica de la satisfacción sexual orgástica. Reich pensaba que la salud dependía de la potencia orgástica, y era partidario de la satisfacción sexual plena y libre. (A Freud no le gustaban lo más mínimo aquella ideas.) Reich estaba interesado especialmente en la adolescencia como fase del desarrollo de la personalidad. Como reformista práctico que era, Reich sostuvo que muchos problemas adultos nunca llegarían a surgir, si no se sofocara prematuramente la expresión sexual. Ese aspecto favorable a la liberación ha asegurado su constante popularidad.

Lo que los analistas ortodoxos llaman sublimación le parecía a Reich el producto racionalizado de las inhibiciones sexuales burguesas. Sostuvo que Freud, por presiones conformistas, estaba traicionando su postura revolucionaria original en favor de los derechos de la libido. Freud, a su vez, objetó que Reich estaba intentando hacer retroceder al análisis, limitar el concepto de sexualidad a lo que había sido antes de Freud. Cuando en 1932 Freud mencionó los movimientos ''secesionistas'', que habían tomado sólo un fragmento de la verdad, enumeró a quienes ''seleccionan el instinto de dominio [Adler], por ejemplo, o el conflicto ético [Jung], o la madre [Rank], o la genitalidad [Reich]''[61].

Incluso como relativamente neófito en el psicoanálisis a principios de la década de 1920, Reich pareció excesivamente seguro de sí mismo; en cualquier caso, Freud no podía tolerar su arrogancia. En una de las reuniones privadas en la casa de Freud, dijo a Reich: ''Usted, que es el más joven aquí, ¿quiere hacer el favor de cerrar la puerta?'' Freud mantuvo las distancias con respecto a Reich, encomendándolo a los analistas expertos de la Sociedad. Reich había insistido en que los analistas no prestaban atención a las transferencias negativas, e introdujo un cambio de gran importancia en la técnica por el cual se buscaba activamente la hostilidad del paciente hacia el analista. En el Instituto de Viena se creó un seminario permanente sobre casos clínicos en parte para controlar a

61 ''New Introductory Lectures'', p. 144.

Reich; le pidieron que mostrara, con los casos que se iban presentando, en qué estaba equivocada la técnica establecida.

Reich era también marxista y uno de los pocos analistas de su época capaz de tener puentes entre el psicoanálisis y la ciencia social. Propuso impedir la aparición de problemas edípicos en lugar de limitarse a estudiarlos y curarlos *a posteriori*. Según pensaba, la solución estribaba en mejorar el sufrimiento humano mediante cambios en la estructura tradicional de la familia occidental. A la mayoría de los freudianos, les parecía que había traicionado la pureza de su misión psicológica. Reich sostuvo que sólo la disolución de la familia burguesa conduciría a la desaparición del complejo de Edipo (y la experiencia de los *kibbutzim* israelíes iba a demostrar posteriormente que estaba en lo cierto).

Freud era escéptico, ya que había concebido el complejo de Edipo como una consecuencia de la necesidad biológica de la familia; escribió *El malestar en la cultura* como respuesta a la postura de Reich. Freud había visto antes demasiados intentos de quitar importancia al complejo de Edipo, y no quería que el psicoanálisis pareciera estar demasiado a favor de la liberación de la vida instintiva humana. Se ha sugerido que el viaje para dar conferencias que hizo Reich a la Rusia bolchevique a finales de la década de 1920, donde afirmó que, a no ser que hubiera una revolución sexual, el comunismo degeneraría en un estado burocrático, contribuyó a convencer a las autoridades soviéticas de que, si en eso consistía el psicoanálisis, mejor era proscribirlo[62]. Hasta entonces, el psicoanálisis, junto con muchos otros movimientos culturales de la Rusia de aquella época había tenido un gran florecimiento.

Reich esperaba de Freud algo que a éste no le interesaba: quería que Freud fuera un reformador social. También deseaba ser reconocido como un nuevo hijo favorito. Reich se había analizado ya con Sadger y Federn, y posteriormente se analizó con Sandor Rado; pero deseaba analizarse con el propio Freud, cosa que éste le negó. Su primera esposa afirmó que "la negativa de Freud a aceptar analizar personalmente a Reich fue lo que provocó la grave ruptura... Freud había pasado a ser... un substituto del padre para Reich. A éste el rechazo le pareció intolerable. Reaccionó ante aquel rechazo con una profunda depresión"[63]. Las doce cartas que Freud escribió a Reich[64] constan principalmente de comentarios sobre los manuscritos de Reich —le parecía que eran demasiado copiosos y que necesitaban clarificación— y sobre las dificultades de Reich con otros analistas (especialmente Federn), que lo consideraban un alborotador. Freud quitó importancia a aquellas disputas por considerarlas normales en la vida de una familia. En 1931 se negó a escribir un prefacio para uno de los libros de Reich.

62 Entrevista con Harold Lasswell.

63 Ilse Ollendorg Reich, *Wilhelm Reich* (Nueva York: St. Martin's Press; 1959), p. 14. Entrevista con Annie Reich.

64 En los archivos de Jones hay copias de ellas.

Reich creía que lo habían expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional (1934), mientras que a Jones le pareció que había dimitido[65]. Hubo otros pocos miembros del Partido Comunista que participaron en el psicoanálisis (por ejemplo, Otto Fenichel), pero Jones insistió en que Reich tenía que decidir qué era más importante para él, el psicoanálisis o la política[66]. Al intentar entender la vida instintiva humana en conjunción con las formas sociales de la dominación, Reich se expuso a ataques procedentes de ambos flancos ideológicos. Los marxistas pensaban que se ocupaba demasiado de la mera superestructura de la sociedad burguesa, y en la década de 1930 las organizaciones comunistas se deshicieron de él también.

La última parte de la vida de Reich es más discutible. Después de divorciarse de su primera esposa, una antigua paciente analítica, fue alejándose gradualmente de la corriente principal del psicoanálisis hasta la ruptura final en 1934. Sin las amarras de amigos y colegas, se sintió acosado y solo. Aunque ejerció una influencia válida en la escuela de Summerhill de A. S. Neill, Reich se dejó convertir en el dirigente de un nuevo culto. Para algunos se convirtió en "un dictador que no podía dejar que los demás hicieran una labor independiente" y temía que "le robaran algunos de sus descubrimientos..."[67]. Creó una terminología nueva que para algunos revela un sistema de pensamiento religioso. Su invención de los acumuladores de energía orgónica —afirmó haber descubierto "la energía física orgónica"— y su uso de ellos en la terapia lo enfrentó con la *Food and Drug Administration* de Estados Unidos. Si, como parece probable, estaba trastornado mentalmente en la época de su juicio, su condena a prisión es un ejemplo de la crueldad de que es capaz la sociedad moderna. El gobierno americano destruyó sus escritos, y Reich murió en una cárcel federal en 1957.

Mientras que Reich consiguió mucha popularidad y sus libros siguen publicándose muchas décadas después, Sandor Rado (1890-1972) fue un "traidor" psicoanalítico cuyas contribuciones son conocidas principalmente en el dominio médico. El 1938 Freud dijo con disgusto que "'el grupo americano [de analistas] está compuesto en su mayoría por judíos, y está dominado por Rado... mientras que los americanos' —refiriéndose a los gentiles— 'no parecen mejores'"[68]. Rado nunca consiguió semejante poder. Pero Nunberg, en sus *Memorias*, dijo que "Rado... se había alejado cada vez más del psicoanálisis, había abandonado sus principios básicos y, aun así, seguía llamándose psicoanalista". Nunberg clasificó específicamente a Rado entre los disidentes más famosos del psicoanálisis al referirse a

65 *Reich Speaks of Freud*, p. 8.

66 Carta de Ernest Jones a Anna Freud del 2 de mayo de 1933 (archivos de Jones).

67 Reich, *Wilhelm Reich*, p. 46.

68 Blanton, *Diary of My Analysis with Sigmund Freud*, p. 117.

"lo que ha equivalido esencialmente al abandono del psicoanálisis (por ejemplo, Adler, Jung, Rado, etc.)"[69].

En un tiempo Rado fue una de las eminencias más brillantes del psicoanálisis. Era húngaro y amigo íntimo de Ferenczi, y tenía una memoria fotográfica que le permitía no sólo citar a Freud exactamente sino también recordar los números de las páginas. Rado se analizó en Berlín con Abraham; a su vez, analizó a teóricos como Otto Fenichel, Heinz Hartmann y Wilhelm Reich, lo que da idea de su posición entre los analistas de mayor altura intelectual. Cuando Otto Rank dejó de ser el redactor en jefe del *Zeitschrift*, Rado ocupó su puesto, lo que le valió la envidia y la hostilidad de muchos analistas. Era capaz de realizar trabajos espléndidos: por ejemplo, su artículo sobre el problema de la melancolía, muy conocido profesionalmente[70]. Compiló dos volúmenes en honor de Freud con motivo del septuagésimo cumpleaños de éste. Resulta fácil olvidar la talla de Rado en vida de Freud, pues actualmente se citan más las contribuciones posteriores de otros que se mantuvieron en la ortodoxia del movimiento. Pero Freud le había escrito en relación con su labor de director de la revista: "Esta usted haciendo, sin comparación posible, la labor más grande y desinteresada en favor del psicoanálisis". Rado recibía respuestas larguísimas de Freud, siempre que le preguntaba algo relacionado con sus actividades en la revista. Cuando se debatió la cuestión del análisis profano, Rado guardo silencio. Pensaba que no debía oponerse a Freud, pero no podía compartir sus opiniones.

Cuando los americanos necesitaron a un profesor bien preparado y estimulante para dirigir el aprendizaje en el Instituto de Nueva York, ofrecieron el puesto a Rado. Freud dio su aprobación a la marcha de Rado a Estados Unidos en 1931. No obstante, Rado descubrió que, después de haber abandonado Berlín, sus vínculos anteriores empezaron a aflojarse. El hecho de haber sido uno de los primeros analistas significaba ser miembro de un grupo aislado en que todos dependían unos de otros. En Estados Unidos su obra fue reconocida pronto como parte de la medicina moderna. Durante sus cinco primeros años en América, Rado pasaba todos los veranos en Europa, y siempre iba a visitar a Freud. Opuso resistencia a los planes de Freud de fundar un nuevo instituto psicoanalítico internacional en Viena incluso después de que Hitler se hubiera hecho con el poder en Alemania; Freud tenía enorme miedo a encontrarse aislado en dicha ciudad[71].

Un momento crucial en la relación de Rado con Freud se produjo en 1935, cuando Jeanne Lampl-de Groot publicó una recensión crítica de uno

69 Nunberg, *Memoirs*, pp. 65, 46.

70 Sandor Rado, "The Problem of Melancholia", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 9, Parte 4 (octubre de 1928), pp. 420-38.

71 Entrevista con Sandor Rado, 4 de abril de 1967.

de los libros de Rado, después de comentarla previamente con Freud[72]. Al intentar explicar la "angustia por la castración" femenina, Rado, en opinión de la autora, había sucumbido a la tentanción de "simplificar demasiado" las complejidades del alma humana en función de una "teoría del trauma" "indemostrable" en que intervenía la lucha del yo contra el masoquismo. La necesidad de aprehender sólo un fragmento de la verdad ya había aparecido en acusaciones contra "desviacionistas" anteriores psicoanalíticos, y Otto Rank, predecesor de Rado en la dirección de la revista, también había usado una "teoría del trauma". Lampl-de Groot expresó no sólo sus opiniones, sino también comentarios críticos formulados en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Rado se ofendió ante lo que consideró un insulto: que Freud le permitiera escribir semejante recensión con sus auspicios. Después de toda la labor analítica de Rado, Freud había tratado a Lampl-de Groot con más respeto. (Evidentemente, Rado escribió a Freud sobre la recensión, y después Freud mostró a Lampl-de Groot la carta y su respuesta.) Rado había sido el más fiel de los discípulos, pero se sintió rechazado por Freud y se separó de los tradicionalistas del psicoanálisis. Después de haber considerado cada palabra de Freud como un asunto serio, repentinamente Rado había descubierto lo poco que significaba para Freud personalmente[73].

Igual que había ocurrido cuando Rank se marchó, fueron en gran medida los seguidores de Freud quienes dirigieron el ataque contra un antiguo favorito del maestro; pero Rado nunca había desempeñado un papel tan importante como Rank en la vida de Freud, y entonces Freud era ya más de diez años más viejo. A Freud le había ofendido el modo como Rado había ayudado y animado a algunos analistas europeos a marcharse a América. Anna Freud no había aprobado el entusiasmo de un escrito en conmemoración de Ferenczi que Rado había publicado en 1933[74]; también había habido una disputa entre Anna Freud y Rado sobre el comunicado relativo al Congreso Psicoanalítico de 1934[75]. Igual que otros, Rado pensó que en aquel momento una "camarilla" rodeaba a Freud; los fieles por envidia —según pensaba— intentarían hacerle aparecer como un traidor. Con la recensión de Jeanne Lampl-de Groot tuvo la sensación que el grupo de Viena le había vencido por fin.

Rado hizo contribuciones importantes independientemente. Subrayó que el ello, el yo y el superyo tenían que verse funcionando como una unidad. Aspiraba a convertir el psicoanálisis en una ciencia empírica, y deseaba

72 Jeanne Lampl-de Groot, "Review of Rado's *Die Kastrationangst des* Weibes", *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, Vol. 25 (1935), pp. 598-605.

73 Frederick S. Perls, *In and Out the Garbage Pail* (Nueva York: Basic Books; 1961), p. 539.

74 Sandor Rado, "Sandor Ferenczi", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 2 (1933), pp. 356-58.

75 Carta de Ernest Jones a Anna Freud, del 19 de diciembre de 1934 (archivos de Jones).

entender las emociones que intervienen en la motivación; no le gustaba el carácter abstracto de muchos ejemplos de teorización psicoanalítica, e insistió en el estudio de la genética como terreno de investigación legítimo para el psiquiatra psicodinámico. Como otros, Rado sostuvo que la técnica psicoanalítica clásica era demasiado racionalista, y que para los fines terapéuticos es necesario algo más que la superación de las represiones y la rememoración del pasado; el analista puede, sin advertirlo, debilitar con demasiada facilidad la confianza del paciente en sí mismo. Como otras opiniones disidentes en la historia del psicoanálisis, muchas de las concepciones de Rado mostraban más sentido común que las ideas de quienes permanecieron leales a la ortodoxia y expresaron su conformidad como miembros de la organización oficial.

En 1944 la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York impidió a Rado seguir ejerciendo el análisis didáctico, si bien éste siguió siendo miembro de aquélla. Continúo su investigación como director del Instituto Psicoanalítico de la Universidad de Columbia, y durante un tiempo colaboró en la labor independiente de Abram Kardiner. Por rebeldía (y talento auténtico) creó nuevas palabras para todo lo relativo al psicoanálisis. Al retirarse de Columbia en 1957 colaboró en la fundación de la Escuela de Psiquiatría de Nueva York de la Universidad del Estado de Nueva York.

Franz Alexander (1891-1964), húngaro también, fue otro dirigente de la izquierda en el psicoanálisis. Sin embargo, a diferencia de Rado, fue a Estados Unidos sin la aprobación de Freud. Como dijo al recordar su interés inicial en la psicología freudiana, "dedicarse al psicoanálisis significaba abandonar cualquier idea de realizar una carrera académica, para la que me había preparado desde mis primeros años escolares... En 1921 la decisión de hacerse psicoanalista colocaba a un médico fuera del gremio médico"[76]. Sin embargo, como compensación, un joven psicoanalista

recibía un refugio espiritual, una especie de ciudadanía en un grupo pequeño pero ferviente... Apenas había un centro cultural en Europa en que el joven psicoanalista, una vez reconocido por su sociedad local, no recibiera acogida amistosa de parte de los psicoanalistas locales. Entre ellos se encontraba al instante como en su casa, con la sensación de pertenecer a los pocos elegidos que estaban iluminados por las enseñanzas de Freud sobre la naturaleza del hombre y la sociedad... Ya estuviera visitando a sus colegas de Viena, Zurich, Berlín, Munich, Budapest, Roma, Amsterdam, París o Londres, la conversación pronto versaba sobre la hostilidad y prejuicio con que las sociedades médicas y las universidades trataban a los analistas locales, Pronto una anécdota bien contaba sobre un *lapsus linguae* o una observación sobre el comportamiento edípico de un hijo o hija pequeños, la descripción de un fragmento de un sueño interesante, creaba la sensación de solidaridad completa, la sensación de que todos nosotros compartíamos el mismo saber por el que el resto del mundo nos rechazaba... Uno tenía la sensación de que, fueran cuales fuesen las contribuciones propias, vivía por una causa digna y que los resultados de los esfuerzos propios seguirían vivos[77].

76 Alexander, *The Western Mind in Transition* pp. 55, 81.

77 Franz Alexander, *The Scope of Psychoanalysis* (Nueva York: Basic Books; 1961), p. 539.

Alexander, que procedía de un ambiente cultivado, fue un estudiante excepcionalmente brillante en el Instituto de Berlín. Al no haber ocupado nunca la posición de Rado en Europa, Alexander no tuvo que llegar tan lejos en la rebelión en América.

A Freud le interesaba Alexander, y existe una extensa e importante correspondencia entre ellos que todavía no está publicada (como tampoco las cartas de Freud a Rado); por eso, es difícil hablar de Alexander como discípulo de Freud salvo para decir que fue de los mejores. Primero en Boston, y después durante muchos años en Chicago y en Los Angeles, Alexander infundía vida en cualquier comunidad psicoanalítica en que participara. Dentro de la tradición de la preocupación por la técnica de Ferenczi, Alexander escribió sobre algunos de los defectos de la situación analítica, tal como la había ideado Freud, en particular sobre los peligros de dependencia y sobre la deficiencia de la visión e interpretación intelectual. El análisis de las emociones de transferencia latentes posibilita una nueva vivencia de los recuerdos pasados, que Alexander consideraba era indicio de mejoría terapéutica más que ninguna otra cosa. Analizó a Bertram Lewin y, por sugerencia de Freud, fue el primer analista de Marianne Kris; algunos decían también que Alexander había tratado al hijo de Freud, Ernst[78]. Alexander pensaba que con demasiada frecuencia se confundía la investigación etiológica con lo que era mejor para el paciente. En realidad, muchas de sus innovaciones técnicas, destinadas a mejorar los resultados terapéuticos, las había previsto Jung.

Alexander fue uno de los iniciadores de la medicina psicosomática, e intentó sacar las consecuencias del psicoanálisis para la filosofía social[79]. En ciertos sentidos, sus intenciones revisionistas fueron semejantes a las de Karen Horney (1885-1952); también ésta se formó en Berlín, pero no tuvo relación personal con Freud. Alexander la invitó a trasladarse a Chicago, pero después de unos años descubrieron que no podían trabajar juntos armoniosamente. Quizás sea destino inevitable de los disidentes el de tener que seguir sus propios caminos independientes[80]. Alexander fue un liberal psicoanalítico que en cierta ocasión escribió un ensayo favorable a Rado; Rado fue "uno de los pocos 'reformadores' que han permanecido en el redil psicoanalítico y que han intentado desarrollar, hacer avanzar el psicoanálisis desde dentro de la asociación"[81]. Alexander admiraba los esfuerzos de Rado para acabar con el aislamiento de los institutos psicoanalíticos y para hacer entrar el psicoanálisis en las universidades; sin embargo, Alexander, a pesar de estar interesado en la historia de la

78 Entrevistas con Robert Jokl y Martin Grotjahn.

79 Cf. Martin Brinbach, *Neo-Freudian Social Philosophy* (Standford: Standford University Press; 1961).

80 Cf. la crítica de Alexander del libro de Horney: *New Ways in Psychoanalysis*, en *The Scope of Psychoanalysis*, pp. 137-64.

81 Alexander, "Sandor Rado", en *Psychoanalytic Pioneers*, p. 240.

psiquiatría, se abstuvo con tacto de llegar hasta el extremo de comentar la oportunidad de la ruptura de Rado con Freud. Alexander no encaja en realidad ni en la categoría de disidente ni en la de apóstol de Freud; fue un experto en metapsicología y siguió trabajando dentro del sistema de Freud, lo que no impidió que los más ortodoxos atacaran sus contribuciones[82].

Erich Fromm, autor prolífico, puede ser conocido como uno de los críticos de Freud más agudos, pero nunca conoció personalmente a Freud. Se analizó con Sachs y se formó en la década de 1920 en el Instituto de Berlín, y durante unos diez años practicó como analista ortodoxo. Su primera esposa, Frieda Fromm-Reichmann, era una psiquiatra que trabajó durante muchos años en el sanatorio Weisser Hirch de Dresden; anteriormente había sido ayudante de Kurt Goldstein en Königsberg. En la década de 1920 el psicoanálisis alemán no tenía el tipo de controles que la organización desarrolló más adelante. Por no compartir la opinión predominante entre la comunidad analítica de Berlín que consideraba a Groddeck como una especie de bobo, tanto Erich Fromm como su esposa admiraban la originalidad de éste y su deseo de curar. En particular Frieda Fromm-Reichmann destacó en la psicoterapia de los psicóticos; pero en América, donde trabajó en Chestnut Lodge, un emisario de la Asociación Psicoanalítica Americana acudió por lo menos a uno de sus seminarios con el fin de averiguar si había estado enseñando ideas heterodoxas. Ella se sintió indignada ante lo que consideró una intrusión ilegítima[83].

Erich Fromm se desarrolló aparte de las que entonces eran las corrientes dominantes entre los analistas. Antes que la mayoría de sus colegas y en parte gracias a su afiliación marxista, Fromm intentó unificar el psicoanálisis con el pensamiento social contemporáneo. Tenía el doctorado en sociología, y su obra *El miedo a la libertad* llegó a ser un hito de la ciencia social moderna. Además, Fromm fue uno de los primeros analistas que abordó las consecuencias morales de las ideas psicoanalíticas[84].

Fromm analizó a americanos tan prominentes como Clara Thompson y David Riesman. (La noción de Riesman de "hetero-dirección" cuadra con el concepto de Fromm de "orientación de mercado".) Sin embargo, la obra precursora de Fromm le valió la intensa animosidad de los representantes más sectarios del psicoanálisis. A pesar de ser un pensador social de la mayor importancia y por derecho propio, Fromm (como Karen Horney) queda fuera del alcance de este estudio, por su falta de contacto directo con el propio Freud.

82 Eissler, "The Chicago Institute of Psychoanalysis and the Sixth Period of the Development of Psychoanalytic Technique", pp. 103-57. Cf. también Edward Glover, "Freudian or Neo-Freudian?", *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 33, N.º 1 (1964), pp. 97-109.

83 Carta que me dirigió Erich Fromm del 27 de agosto de 1970.

84 Cf. Roazen, "Introduction", *Sigmund Freud* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall; 1973).

3. Erikson y Hartmann.

Erik Erikson es uno de los más importantes herederos intelectuales de Freud. Como Reich, Fromm y Kardiner antes que él, Erik Erikson se ha interesado en unificar el psicoanálisis y las ciencias sociales, y ha sacado consecuencias generales de la obra de Freud. Fromm y Erikson han logrado ganar un amplio auditorio para el pensamiento psicoanalítico; junto con Bruno Bettelheim, ilustran la opinión de Freud de que los analistas profanos pueden contribuir enormemente a la vida del análisis.

Erikson entró en contacto por primera vez con el círculo analítico vienés en 1927, cuando era un artista que viajaba en autostop por Europa. Su antiguo amigo del colegio Peter Blos era entonces maestro en una escuela (muy cerca de la casa de Eva Rosenfeld) para hijos de pacientes analíticos y para pacientes con Anna Freud. Los hijos de Dorothy Burlingham estaban educándose en ella, y, sin su apoyo financiero, probablemente no habría podido existir la escuela. Blos puso en contacto a Erikson con la señora Burlingham para que pintara retratos de sus hijos. Blos quería irse de vacaciones durante el verano, así que Erikson pasó a ocupar el puesto de Blos como maestro. Al final del verano preguntaron a Erikson si quería hacerse analista de niños, profesión de cuya existencia no había tenido noticias antes.

Erikson, delgado y de pelo claro, nunca obtuvo títulos académicos oficiales de ninguna clase —como Anna Freud—, y posteriormente, cuando fue profesor era sensible al hecho de ser ajeno a la vida universitaria. Blos y Erikson fueron excepcionales para su época porque en aquel entonces no se esperaba de los hombres que fueran hábiles con los niños; un hombre de clase media europeo ni siquiera empujaba un coche de niño. Tanto Anna Freud como Dorothy Burlingham, deseosas de atraerse a hombres para el análisis de los niños, advirtieron la capacidad intuitiva de Erikson con los niños pequeños. Erikson, hijastro de un pediatra judío alemán, encontró en el análisis una identidad para él liberadora. Había adoptado el nombre de su padrastro —Homburguer—, y sus primeros trabajos se publicaron con ese nombre. Sus padres reales eran daneses y no judíos, y en el análisis le pareció que estaba comprometiéndose con un sistema de pensamiento que le parecía alemán; posteriormente, en América, donde inventó el nombre de Erikson, iba a centrar su atención en el problema de la formación de la identidad.

En Viena, Erikson conoció a su futura esposa Joan, una americana que estaba estudiando los orígenes de la danza moderna. También daba clases en la escuela de Dorothy Burlingham, y se analizó en Viena con Ludwig Jekels. Los Erikson eran muy pobres y dormían en un colchón sobre el suelo; Dorothy Burlingham comprendió su situación y les dió un edredón de pluma. Cuando Joan Erikson, entonces embarazada, se dejó caer y se estiró sobre el edredón, la tía Minna la reprendió, porque no hay que tenderse sobre un edredón, pues se estropean las plumas.

La única formación profesional de Erikson fue la del análisis de los niños, lo que puede explicar su deferencia a veces excesiva hacia Freud. Mientras que otros se habían esforzado por diferenciar su obra de la de Freud, lo que Erikson hacía en realidad era atribuir a Freud sus propias ideas. Erikson no siempre parece desear reconocer su propia originalidad.

Se analizó con Anna Freud y se sentaba en la misma sala de espera que los estudiantes de Freud. Anna citaba a sus pacientes cinco minutos después que los de su padre, con lo que, mientras Erikson esperaba, Freud saludaba no sólo a su propio paciente, sino también al de Anna. Poco después, el ama de llaves, Paula Fichtl, llegaba y decía: la señorita Freud está lista. Erikson pagaba sólo siete dólares al mes por su análisis. Erikson se sentía en deuda con Anna, pero pensaba que ella nunca le perdonó por no haber seguido siendo analista de niños; que fue para lo que se formó. No obstante, en aquella época se lo consideró como parte del nuevo movimiento. Cuando Freud tuvo que ir a Berlín para hacerse una nueva prótesis y Anna quería acompañarlo, ésta ofreció alojamiento a su paciente en la casa de su hermano Ernst en Berlín.

Como su padre, cuando no le gustan determinadas ideas, Anna Freud tiende a protegerse de su hostilidad considerándolas "extrañas"; ha dicho reiteradamente de la obra de Erikson que no podía entenderla demasiado. Erikson le dedicó uno de sus libros.

En los últimos años de la vida de Freud, los discípulos hacían también de criados. En cierta ocasión Erikson tuvo que hacer de chófer de Freud y llevarlo en el coche de Dorothy Burlingham durante un viaje de cuatro horas. En un momento dado corrían lágrimas por el rostro de Freud; no estaba llorando, sino que la prótesis debió de presionar sobre sus conductos de las lágrimas[85].

A Erikson la atmósfera de la Sociedad de Viena le pareció sofocante. Entre otras razones, el dominio femenino del campo del análisis de niños hacía que a un hombre como él le resultara difícil pensar independientemente. Las observaciones de Erikson sobre los niños recibían objeciones que tenían por fuerza que irritar a cualquier investigador que se respetara. Había escrito un artículo sobre el juego de los niños y le dijeron que se parecía a lo que escribía Melanie Klein. Posteriormente comentó el "conservadurismo cada vez mayor y especialmente la prohibición de determinadas corrientes del pensamiento. Esto se refería primordialmente a cualquier idea que pudiera recordar las desviaciones en que incurrieron los antiguos y más brillantes colaboradores de Freud..." Para quienes rodeaban a Anna Freud parecerse a Melanie Klein era tan malo como parecerse a Adler o a Jung. Joan Erikson animaba a su marido a salir de Viena lo antes posible; "la idea de marcharse y trabajar independientemente parecía... estimulante..."[86].

85 Entrevista con Erik Erikson, 31 de octubre de 1966.

86 Erik Erikson, "Autobiographical Notes on the Identity Crisis", *Daedalus*, Vol. 99, N.º 4 (otoño de 1970), p. 740.

Erikson se graduó en el Instituto de Viena en 1933, y pasó a ser un miembro titular de la Sociedad; y, como había hecho saber que quería marcharse, Anna Freud lo recomendó para que fuera al extranjero como analista didáctico. Primero intentó ejercer en Dinamarca, pero habría tardado años en obtener la ciudadanía danesa y, mientras tanto, no estaba claro cómo podría ganarse la vida[87]. Entonces decidió emigrar a Estados Unidos; sin embargo, los americanos se sintieron algo ofendidos de que los vieneses consideraran a Erikson competente como analista didáctico tan poco tiempo después de haber acabado su propia formación[88]. Tenían la sensación de que, a la hora de "exportar", los vieneses utilizaban criterios distintos de los que servían para su propia Sociedad; y, efectivamente, la actitud de "para los americanos es bastante bueno" caracterizaba el planteamiento de los vieneses. Y, sin embargo, Erikson era, en realidad, mejor que cualquiera de los analistas que ya tenían los americanos. Erikson fue a ver a Brill a Nueva York, pero no impresionó demasiado a éste[89]. Hanns Sachs animó a Erikson a establecerse en Bostón, donde trabajó primero en la clínica psicológica Henry Murray de Harvard.

El ascenso de Erikson fue meteórico. Tras alejarse de la presencia de Freud, un discípulo, incluso uno distante como Erikson, podía empezar a disentir, si bien no dejaba de ser una tarea difícil, cargada de sentimientos de culpabilidad. Un analista que nunca hubiera formado parte del círculo de Viena tendría más libertad para seguir su propio camino sin sentirse atormentado por conflictos sobre si había sido suficientemente leal o no. En el caso de Erikson, a diferencia del de Alexander, Freud no había sabido que aquél tuviera importancia intelectual; mientras que Alexander tuvo mayor repercusión en la práctica clínica de Norteamérica, el efecto de Erikson se ha dejado sentir en el público lector en general.

El concepto de identidad de Erikson, como la noción de inferioridad de Adler, proporcionó un nombre para una sensación que era importante para la gente. Otros analistas, como Tausk y Federn, habían trabajado con la identidad como elemento de la psicología del yo; ahora bien, la actitud de Freud hacia su obra revela lo ajena que le parecía esa idea. Aun así, cuando Erikson introdujo ese concepto en su obra citó reiteradamente el discurso de Freud ante el B'nai B'rith en que aquél hablaba de su "identidad interior" como judío. Ese ensayo es de poca importancia en la obra de Freud, y la elaboración por parte de Erikson de los problemas de identidad le habría parecido por lo menos tan difícil de seguir como a su hija. Y, sin embargo, Erikson ha sentido una gran necesidad, al innovar, de subrayar que no estaba rebelándose contra el análisis ortodoxo; aunque compartía muchas de las ideas de los primeros herejes, el movimiento

87 Carta de Ernest Jones a Anna Freud, 19 de septiembre de 1933 (archivos de Jones).

88 Entrevista con Ives Hendrick.

89 Carta de Abraham Brill a Ernest Jones del 17 de noviembre de 1933 (archivos de Jones).

había crecido y había tenido el suficiente éxito como para que nadie sintiera la necesidad de tomarse la molestia de expulsarlo. Erikson, ensalzando a veces excesivamente la imagen pública de Freud, ha intentado conferir una especie de inevitabilidad a la dirección que ha seguido dentro del psicoanálisis. Así, cuando le preguntaron si creía "que, en caso de que Freud viviera hoy, daría un nueva formulación a su teoría de la libido para adaptarla al desarrollo reciente en los dominios de la biología, la bioquímica y la fisiología", Erikson respondió: "Estoy convencido de ello"[90], a pesar de las pruebas existentes de la insistencia de Freud en su autonomía.

Uno de los medios principales con que Erikson ha revisado a Freud ha sido mediante el uso del concepto de "fuerza del yo". Aunque Erikson colocó en su contexto histórico el uso por parte de Freud de metáforas relativas a la energía, él mismo se vió obligado a atenerse a la idea de "fuerza" para describir el modo como el yo es capaz de unificar los extremos. De ese modo Erikson pudo medir la salud no desde el punto de vista negativo de los síntomas —de lo que ha quedado paralizado y sacrificado en un persona—, sino mediante el criterio positivo de cuántos extremos puede unir un hombre en sí mismo y al mismo tiempo. A partir de la importancia de las funciones "superiores", por oposición a los impulsos instintivos, Erikson ha animado al terapeuta a sancionar, confirmar y apoyar. Muchos terapeutas oponen resistencia a la concepción de Erikson, porque es halagador pensar que el éxito terapéutico se debe a la destreza y comprensión del analista en lugar de a la salud innata del paciente.

En época tan avanzada como 1922 los analistas vieneses se interesaban principalmente en la sexualidad humana[91]. Aunque a Freud era a quien se debía la introducción de la psicología del yo como parte legítima del psicoanálisis y la obra de su hija paso a ser clásica en ese dominio, los analistas más tradicionales todavía se ocupaban primordialmente de la patología, incluso cuando escribían sobre procesos del yo[92]. Erikson no se contentó con concebir el yo como un intermediario pasivo entre el ello, el superyo y el mundo exterior, tal como aparece retratado en los últimos escritos de Freud. Erikson ha intentado delinear un ciclo de desarrollo del yo, que tiene sus propias fuentes de fuerza, como la concepción por parte de Freud de la libido. Algunos han visto en el modelo de desarrollo de la personalidad de Erikson una imagen conformista del hombre, hasta el punto de que cree que todo el mundo debe pasar a través de esas etapas en su vida y por el orden trazado por él. Pero los defensores de Erikson han sugerido que en su concepción "el individuo no se desarrolla suavemente, acumulando madurez y fuerza en una línea de progresión ininterumpida;

90 Evans, ed., *Dialogue with Erik Erikson*, p. 85.

91 Entrevista con Willy Hoffer.

92 Freud señaló una vez hacia una colección de las obras de Goethe y observó: "Todo eso lo usó como medio para ocultarse a sí mismo". Citado en Sachs, *Freud*, p. 103.

al contrario, el desarrollo se produce de lucha en lucha, y cada lucha se centra en problemas vitales diferentes"[93].

Erikson, temperamentalmente ambivalente, ha ido lo más "a la izquierda" que podía sin perder la posibilidad de influir en los analistas y de que éstos le escucharan. Se ha dicho con razón que Erikson "sugiere, insinúa, da a entender. Es un hombre indefectiblemente cortés y discreto, y sus críticas más eficaces las susurra suavemente. A diferencia del rebelde Fromm, Erikson ha "desdibujado él mismo el alcance de sus divergencias con respecto al movimiento psicoanalítico"[94]. Como ha explicado él mismo con respecto a su postura sobre la técnica, un analista "sólo puede aprender realmente un método que sea compatible con su propia identidad... Así, que no se trata sólo de saber cuál método es mejor para los pacientes, sino también con cuál método se siente más familiarizado y creativo"[95].

Hay puristas que sugieren que Erikson ya no es un analista, sino sólo un psicoterapeuta[96]. Aunque Erikson ha tenido una repercusión enorme en la ciencia social, en particular a través del desarrollo de la "psicohistoria", no se ha propuesto formar a discípulos en oposición a la jerarquía psicoanalítica tradicional; en consecuencia, no ha tropezado con el odio con que se ha acogido a Erich Fromm. Puede ser que la obra de Erikson haya dejado de ser representativa de la concepción del psicoanálisis de Freud, pero lo que Erikson escribe sería inconcebible sin sus antecedentes freudianos.

Si Fromm y Erikson han contribuido a interesar al público en el psicoanálisis Heinz Hartmann (1894-1970) ha sido quizás el teórico principal dentro del psicoanálisis ortodoxo. A pesar de no ser mucho más mayor que Erikson, Hartmann estaba los suficientemente establecido en la época en que Erikson llegó a Viena como parecerle a éste un padre. Los "nietos" analíticos de Freud, que sólo tuvieron el contacto más distante con él, podían ser mucho más librepensadores que los analistas anteriores más veteranos.

Aunque Hartmann y Fromm estaban en los extremos opuestos del espectro, el primero tan ostensiblemente leal a la doctrina de Freud como irrespetuoso se mostraba hacia ella el segundo, en la obra de ambos figuran muy pocos historiales clínicos. En el caso de Fromm no es de extrañar, ya que él mismo reconoce preferir la perspectiva social y política a la clínica. Pero, en el caso de un analista que se sitúa tan explícitamente en la tradición de Freud como Hartmann, puede parecer extraordinario que sus trabajos carezcan hasta tal punto de ejemplos de casos clínicos. Hartmann estuvo en contacto con el Freud viejo y cercano a la muerte, y el carácter abstracto de gran parte del pensamiento psicoanalítico contem-

93 Yankelovich y Barrett, *Ego and Instinct*, p. 138.

94 *Ibid.*, p. 151.

95 Evans, ed:., *Dialogue with Erik Erikson*, p. 95.

poráneo, parte del cual parece una especie de metafísica, procede de los analistas que se identificaron con el Freud retraído, que intentaba consolidar en sus últimos años sus descubrimientos para el futuro. Cuanto más decaía Freud físicamente, más deseaba asegurarse de que podía destilar un corpus de descubrimientos científicos.

En sus primeros tiempos Freud necesitaba un auditorio para la confirmación de sus ideas; pero en la década de 1920, cuando Hartmann entró en contacto con él, eso ya no era tan necesario. Hartmann llegó demasiado tarde para llegar a ser el hijo en que pensaba Freud, cuando "adoptó" a Jung. No obstante, igual que Jung, Hartmann representaba el mundo de la psiquiatría académica, y era el gentil en que Freud podía confiar para impedir que el análisis fuera un asunto completamente judío. (En realidad, uno de los abuelos de Hartmann era judío.) A causa de su asociación con la clínica psiquiátrica de la Universidad de Viena, al principio Hartmann fue sospechoso para Freud; el personal de aquélla era en el mejor de los casos partidario del análisis sólo en forma ambivalente. Además, la mentalidad de Hartmann era demasiado académica para el gusto de Freud. Pero Freud le ofreció un análisis didáctico gratuito.

El interés de Hartmann en la metodología era más formalista de lo que nunca llegó a ser el de Freud. Hartmann deseaba elaborar las funciones del yo de la mente, y, aunque en formas diferentes, podemos decir que Hartmann y Erikson estaban adaptando el psicoanálisis a "muchos de los descubrimientos hechos por antiguos enemigos de Freud, los hombres que rechazaron la insistencia de Freud en la naturaleza humana dominada por el instinto"[97]. En lugar de considerar el yo como una variable psicológica dependiente, Hartmann habló de procesos del yo que eran autónomos con respecto al conflicto intrapsíquico. "Así como *conflicto* es la noción fundamental en la obra de Freud, así *adaptación* es fundamental en la de Hartmann"[98].

Como Erikson, Hartmann intentó demostrar que su punto de vista estaba implícito en la forma de concepción de Freud. No obstante, creemos que la insistencia en la esfera libre de conflictos del yo, o el yo autónomo, parece una divergencia patente con respecto al interés de Freud en la división psíquica. Hartmann sostuvo que lo que había ocurrido con el tiempo era simplemente que una función del yo, la de defensa, había pasado a ser de suma importancia a expensas de otras funciones, como la de percepción, la de atención, la de juicio, etc., con lo que había introducido en el psicoanálisis una insistencia exagerada en la patología por oposición a la psicología normal. Sin embargo, Freud escribió en 1932: "me era imposible ocultar a ustedes ese comienzo de una psicología del

96 Kurt Eissler, *Discourse on Hamlet and "Hamlet"* (Nueva York: International Universities Press; 1964).

97 Yankelovich y Barrett, *Ego and Instinct*, p. xi.

98 *Ibid.*, p. 97.

yo, y, si hubiéramos contado con ella hace quince años, habría tenido que mencionársela entonces"[99]. Sea o no la obra de Hartmann[100], como ha sugerido Glover, "estática", "un ejercicio de salón encaminado a la ampliación teórica de la adaptación del yo"[101], Freud estaba en lo cierto al predecir que "será difícil que [la psicología del yo] eluda lo que es conocido universalmente; se tratará más de nuevas formas de concebir las cosas y de nuevas formas de disponerlas que de nuevos descubrimientos[102].

Como primer ministro americano del análisis, Hartmann actuó, con los auspicios de Anna Freud, como si el psicoanálisis siguiera siendo una familia; con frecuencia publicó conjuntamente con Ernst Kris y Rudolf Loewenstein, y este triunvirato fue probablemente la fuente más autorizada de ideas analíticas en las décadas de 1950 y 1960. Gracias a su obra el psicoanálisis entró en la vida académica, no sólo en las escuelas de medicina sino también en los departamentos de psicología. Probablemente Hartmann supiera hasta qué punto había sido el genio de Freud lo que había alejado a sus mejores discípulos, y comprendió lo que aquello significaba para la futura productividad intelectual en el análisis. Mencionó la influencia inhibidora de un genio sobre los hombres más próximos a él, y consideró aquello como un aspecto principal de la historia del análisis[103].

El éxito de Freud se debe tanto a la proselitización de sus seguidores como a sus escritos. Es cierto que al permanecer unidos se citaban mutuamente más de lo necesario, y aportaron un espíritu de exégesis a la obra de Freud; al sobreestimar lo que distinguía el enfoque de Freud del de sus discípulos disidentes cultivaron una estrechez limitadora. En general consiguieron evitar las rencillas doctrinales, y, aun cuando la técnica que defendieron podía no ser la que el propio Freud practicaba personalmente, lograron ampliar la esfera de casos que él habría considerado accesibles al tratamiento psicoanalítico. Todavía es muy pronto para valorar la riqueza del legado freudiano, pero el hecho de que inspirara a personas como Erikson o Fromm siempre hablará en su favor; sin embargo, ninguno de los dos ha partido de la premisa de que para llegar a ser un buen psicólogo, basta con citar a Freud.

99 "New Introductory Lectures", p. 112.

100 Cf. Heinz Hartmann, *Essays in Ego Psychology* (Nueva York: International Universities Press; 1964).

101 Edward Glover, "Some Recent Trends in Psychoanalytic Theory", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 30, N.º 1 (1961), pp. 90, 87.

102 "New Introductory Lectures", p. 60.

103 Carta de Heinz Hartmann a Ernest Jones del 11 de noviembre de 1955 (archivos de Jones).

4. Una identidad más amplia.

Escribir sobre Freud se ha convertido en un pequeña industria. Su psicología no ha dejado de ejercer influencia, lo que puede ayudar a explicar la clase de ascendiente que tuvo sobre la gente incluso durante su vida. Una de sus nietas podía seguir refiriéndose a él, mucho después de su muerte, con el término de "Profesor", lo que indica el respeto y la frialdad con que incluso los miembros de su familia privada lo trataban.

En 1914 habían "comparado [a Freud] con Darwin y Kepler" y en 1924 Freud añadió también el nombre de Colón[104]. El "gran Darwin"[105] era un viejo ideal de Freud, y le gustaba comparar la oposición al psicoanálisis con los grandes esfuerzos anteriores de la humanidad para preservar la sensación de su propia importancia.

> En el trascurso de los siglos el *ingenuo* amor propio de los hombres ha tenido que encajar dos importantes golpes de manos de la ciencia. El primero fue cuando se enteraron de que nuestra tierra no era el centro del universo, sino sólo un pequeño fragmento de un sistema cósmico de una inmensidad apenas imaginable.

El "segundo golpe cayó cuando la investigación biológica destruyó la supuesta posición privilegiada del hombre en la creación y demostró su descendencia del reino animal y su naturaleza el carácter indeleblemente animal de su naturaleza". Darwin, Wallace, "y sus predecesores" fueron responsables de su "nueva valoración".

> Pero la megalomanía humana habrá sufrido su tercera y más hiriente golpe de la investigación psicológica que intenta demostrar al yo que no es el señor en su propia casa, sino que debe contentarse con escasa información sobre lo que sucede inconscientemente en su mente[106].

Poco después Freud volvió a comparar su obra con la de Copérnico y Darwin, si bien en la época en que ofreció esa analogía (durante la Primera Guerra Mundial) no era probable que muchos observadores independientes consideraran su obra tan trascendental como él[107].

Para uno de los cumpleaños de Freud una nuera suya encargó una tarta a un famoso pastelero vienés que representaba la lectura de diferentes libros de Freud en distintos países del mundo; aquello era halagador para los fines de Freud y para la idea que tenía de sí mismo. Podía quejarse de no recibir el Premio Nobel, disimulando su desilusión con la idea de que "sólo me importaría el dinero..."[108]. En la época en que Freud escribió

104 "On the History", p. 43.
105 "Introductory Lectures", Vol. 15, p. 76.
106 *Ibid.*, Vol. 16, pp. 284-85.
107 "A Difficulty in the Path of Psychoanalysis", pp. 139-41.
108 Carta de Rudolf von Urbantschitsch a Ernest Jones del 29 de mayo de 1956 (archivos de Jones). Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 189; cf. *ibid.*, Vol. III, p. 234, y *Letters of Freud and Zweig*, p. 163.

su autobiografía en 1924, su propia vida y la del psicoanálisis habían llegado a estar tan identificadas en su mente, que la autobiografía se convirtió en una historia del movimiento.

El compromiso de Freud con el psicoanálisis fue total, y era admirable ver a "un hombre que había entregado su vida a una idea"[109]. Como Freud consideraba su "destino"[110] el de ser analista, siempre que tenía ocasión de hablar con uno de sus seguidores de talento la conversación trataba del análisis. Aquella fascinación, que se impuso a los demás intereses de Freud, aumentó con el paso de los años. Pero incluso en 1909 estaba tan entregado a su obra, que pasó el día último de año escribiendo cartas a sus discípulos del extranjero. En una adición de 1935 a su autobiografía Freud escribió:

> Dos temas figuran en todas estas páginas: la historia de mi vida y la historia del psicoanálisis. Están íntimamente entrelazados. Esta *Autobiografía* muestra cómo llegó a ser el psicoanálisis el contenido completo de mi vida y supone acertadamente que ninguna de mis experiencias personales tiene el menor interés en comparación con mis relaciones con esa ciencia[111].

La identidad de Freud estaba tan fundida con el psicoanálisis que todo lo que hacía como parte de su práctica se volvía psicoanalítico de algún modo. Al referirse a la naturaleza y los usos de sus descubrimientos, su lenguaje se fue volviendo cada vez más ampuloso. Unos pocos años antes de su muerte Freud escribió:

> Comprendí más claramente incluso que los acontecimientos de la historia humana, las interacciones entre la naturaleza humana, el desarrollo cultural y los precipitados de la experiencia primitiva (el más prominente de los cuales es la religión) no son sino reflejo de los conflictos dinámicos entre el yo, el ello y el superyo, que el psicoanálisis estudia en el individuo: son los mismos procesos exactamente repetidos en un escenario más amplio[112].

Subrayó cada vez más sus ambiciones científicas, y mantuvo incluso que "la única preparación apropiada para la profesión de educador es una formación psicoanalítica completa"[113].

Casi antes de que Freud tuviera una oportunidad de gozar de fama mundial después de la Primera Guerra Mundial, se vio afligido por el cáncer. A partir de entonces no sólo quedaron limitadas sus actividades físicas, sino que, además, no podía permitirse el lujo de gastar sus recursos intelectuales como había hecho anteriormente. Mientras que en su juventud, cuando su obra estaba en su mejor momento, el mundo exterior

109. Henry A. Murray, "Sigmund Freud", *American Journal of Psychology*, Vol. 53 (1940), p. 135.
110 *Letters of Freud and Zweig*, p. 6.
111 "An Autobiographical Study", p. 71.
112 *Ibid.*, p. 72.
113 "New Introductory Lectures", p. 150.

no le había concedido el reconocimiento debido, su experiencia después del cáncer tenía por fuerza que reafirmarle en su desprecio de la aceptación exterior: cuanto más declinaban sus capacidades más lo aclamaba el mundo como a un genio.

Desde la muerte de Freud el movimiento psicoanalítico ha mostrado aprecio especial por algunas de las afirmaciones que hizo en el último período de su vida. Después de que Freud escapara de Viena en 1938 y se estableciera en una nueva y bella residencia en Londres, escribió con humor algo tétrico sobre "el encanto del nuevo ambiente (le dan a uno ganas de exclamar: '¡Heil Hitler!')..."[114]. Cuando los nazis visitaron su casa de Viena, y le dijeron cuánto dinero le habían cogido de su caja fuerte, Freud dijo lacónicamente: "Yo nunca he cobrado tanto por una sola visita"[115]. Freud podía seguir bromeando, incluso ante el cataclismo del nazismo; dijo a Ernst Kris que no debía escribirle en clave, porque, si no, tendría que entregar sus cartas a la Gestapo para que se las descifraran[116]. Anteriormente, cuando los socialdemócratas se ofrecieron, en nombre de la municipalidad de Viena, a donar un terreno en la Berggasse para el Instituto Psicoanalítico, pero Freud no tenía suficiente dinero para el resto del proyecto, dijo que estaba en la situación de un hombre que deseara comprar un traje tirolés y sólo tuviera las rodilleras[117].

En sus últimos años, lo que podía decir Freud no era más memorable que antes, pero hasta entonces no lo había tratado todo el mundo como un sabio cuya más mínima idea fuera digna de meditarse; desde luego, dentro de su propio círculo, la posición de Freud hacía mucho tiempo que estaba reconocida, pero Freud se sentía entorpecido y limitado por su ambiente y buscaba una identidad en una comunidad más amplia. En general, su entorno no era lo suficientemente amplio para él. Había deseado disponer de una editorial psicoanalítica para tener independencia a la hora de promover sus ideas; pero la empresa nunca había hecho dinero, a pesar de que sus propios libros fueron negocio. Gran parte de lo que ganó con sus escritos se reinvirtió para subvencionar la edición de otras obras analíticas, y con frecuencia se pedía a los autores que contribuyeran a sufragar la edición de sus libros.

Hacia el final de su vida Freud estaba en contacto personal con figuras literarias como Thomas Mann, Stefan Zweig y Romain Rolland, y él mismo era un hombre de letras europeo. El novelista Arnold W. Zweig observó conmovido en una carta a Freud: "pensar que tuviera usted que inventarse un público: usted, que va a dejar marcada esta época por el simple hecho de haber vivido en ella"[118]. Freud se jactó ante Stefan Zweig:

114 *Letters*, p. 446.
115 Citado en Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 211.
116 Entrevista con Richard Hoffmann, 2 de junio de 1965.
117 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, 8 de abril de 1954 (archivos de Jones).
118 *Letters of Freud and Zweig*, p. 51.

"En realidad... he leído más sobre arqueología que sobre psicología..."[119] Freud admiraba a Thomas Mann, aunque se sentía alejado de él a causa de los modales del novelista propios de un alemán del norte[120]; Mann escribió algunos ensayos en honor de Freud, situándolo en el contexto del pensamiento europeo. Pero, a pesar de lo mucho que Freud respetaba a los artistas y a los novelistas, temía que hicieran parecer a su obra inferior a la ciencia pura.

En 1910 Freud había escrito un bello ensayo sobre Leonardo, en el que exponía el conflicto entre el artista y el científico en un gran hombre; al final, según la versión de Freud, el científico fue el que prevaleció. A pesar de su admiración por lo que el artista puede ver intuitivamente, Freud había tenido dudas sobre sus propias facultades imaginativas. En *La histeria* había hecho una pausa para comentar: "todavía me sorprende y extraña que los historiales clínicos que escribo parezcan relatos cortos y que —como podríamos decir— carezcan del carácter serio de la ciencia"[121]. Y, sin embargo, a medida que Freud fue envejeciendo, el científico que había en él prevaleció sobre el artista, con lo que en 1926 le vemos protestar: "no intenten darme literatura en lugar de ciencia"[122]. Después del cáncer, el ser humano que había en Freud empezó a morir, e intentó cada vez más ocupar su posición en el terreno neutral de la ciencia.

Pero sus discípulos veían también a Freud como un ser humano sencillo y tímido que no se rodeaba intencionalmente con el aura de la grandeza; a veces la admiración lo turbaba, y su sencillez y aislamiento podían confundirse fácilmente con lo contrario. A pesar de lo mucho que exaltó su yo al colocarse en la línea de Copérnico y Darwin, podía mostrar modestia con respecto a sus ideas. Su teoría dualista de los instintos de vida y de muerte no había convencido a la mayoría de los analistas, pero Freud se sintió

> tanto más complacido, cuando no hace mucho encontré esta teoría mía en los escritos de uno de los grandes pensadores de la antigua Grecia. Estoy absolutamente dispuesto a renunciar al prestigio de la originalidad a cambio de esa confirmación..." [123].

Los discípulos de Freud cuentan haberlo observado en muchas actitudes de modestia; procuró no desempeñar el papel de brujo o mago. Se preguntaba en voz alta qué perduraría del psicoanálisis: "¿Qué harán con mi teoría después de mi muerte? ¿Se parecerá a mis ideas básicas?" Pero, como observó Maryse Choisy: "Con frecuencia he encontrado esa clase de

119 *Letters*, p. 403.
120 Schur, "Medical History", p. 28.
121 "Studies on Hysteria", p. 160.
122 "The Question of Lay Analysis", p. 198.
123 "Analysis Terminable and Interminable", pp. 244-245.

preocupación entre los grandes escritores o artistas, pero nunca entre los científicos''[124]. A veces las opiniones de Freud sobre su obra parecen tan modestas y cautelosas, que resulta difícil conciliar ese talante suyo con sus polémicas contra sus enemigos; en 1924 escribió:

> Así, que, al observar retrospectivamente la labor de mi vida, puedo decir que he abierto muchos caminos y he ofrecido muchas sugerencias. Algo saldrá de ellas en el futuro, aunque personalmente no puedo decir si será mucho o poco. Sin embargo, puedo expresar la esperanza de que he abierto un camino para un avance importante en nuestro saber[125].

Incluso en sus últimos años Freud siguió moviéndose en direcciones impredecibles. Su enfermedad alteró inevitablemente el equilibrio de su mente, aquella combinación especial de destreza teórica y observación clínica que había conseguido. Como escribió Freud en 1935 sobre los efectos de su enfermedad en él:

> Yo mismo descubro que se ha producido un cambio importante. Cabos que en el transcurso de mi desarrollo habían quedado atados han empezado ahora a separarse; intereses que había adquirido en la última parte de mi vida han desaparecido, mientras que los más antiguos y originales vuelven a destacar una vez más[126].

Anteriormente había protestado de que ''sólo los creyentes, que exigen que la ciencia sea un substituto del catecismo que han abandonado, acusarán a un investigador por desarrollar o incluso transformar sus concepciones''[127].

Los intereses intelectuales de Freud se dilataron hasta incluir una comprensión más amplia de la psicología del yo y un estudio más completo del papel desempeñado por las fuerzas sociales. Se puede clasificar a los analistas por la fecha en que se incorporaron al análisis en función de las ideas existentes en aquel momento, y no debe extrañar que esas dos direcciones de los últimos años de Freud —el yo y la sociedad— hayan predominado en gran parte de la literatura analítica desde la muerte de Freud. En época tan temprana como la de la Primera Guerra Mundial, Freud se había preguntado por el futuro, por ''si será posible... reconocer el papel desempeñado por el yo en los estados neuróticos y en la formación de los síntomas sin cometer al mismo tiempo el error garrafal de pasar por alto los factores revelados por el psicoanálisis''[128]. Sin embargo, hasta la década de 1920 fueron los desviacionistas del psicoanálisis —Adler, en particular— quienes se interesaron en la psicología del yo, mientras que Freud se había atenido en gran medida a los procesos de la represión y de lo reprimido.

124 Choisy, *Freud*, p. 5.
125 ''An Autobiographical Study'', p. 70.
126 *Ibid.*, p. 71.
127 ''Beyond the Pleasure Principle'', p. 64.
128 ''Introductory Lectures'', Vol. 16, p. 381.

La psicología del yo ha sido una forma de incorporar al psicoanálisis las concepciones de los estudiantes que ''abandonaron'' a Freud, e intentar mantener al mismo tiempo su insistencia en el poder de la vida instintiva humana. Resulta difícil valorar el cambio de actitud que produjo en el psicoanálisis la psicología del yo, dado que las contribuciones de Freud en ese terreno tuvieron carácter deductivo. Entonces Freud consideraba que la angustia funcionaba como una señal de peligro para el yo, como un motivo para la defensa, en lugar de ser, como en su teoría anterior, libido reactiva, transformada.

Freud no se sentía del todo satisfecho de sus últimos escritos, que en cierta ocasión calificó de ''fase de desarrollo regresivo''[129]. Dicen que hizo la siguiente observación: ''Por un corto período de tiempo... me permití abandonar la resguardada bahía de la experiencia directa para lanzarme a la especulación. Lo lamento enormemente, pues las consecuencias de esa forma de actuar no parecen de las mejores''[130]. Freud no volvió a escribir otro historial clínico, después de haber contraído el cáncer, si bien colaboró en un estudio sobre Woodrow Wilson y escribió un libro sobre el Moisés bíblico[131]. Lo que llamó su ''metapsicología'' era el aspecto filosófico de sus escritos, y en sus últimos años se entregó al desarrollo más amplio de sus ideas. Al mismo tiempo, sus escritos posteriores a 1923 representan también su despedida de las relaciones humanas.

Freud propuso que el rasgo distintivo del yo era ''una tendencia a la síntesis en su contenido''. El yo tiene la misión de maniobrar con las energías instintivas como un jinete con el caballo, y los tres ''señores tiránicos [del yo] son el mundo exterior, el superyo y el ello''[132]. A diferencia de psicólogos del yo posteriores como Hartmann y Erikson, Freud nunca llegó personalmente hasta el extremo de lanzar la hipótesis de que las funciones del yo desempeñan un papel independiente, y hasta el final subrayó la importancia de las vicisitudes de los conflictos instintivos. Para Freud, el yo era ''realmente algo superficial y el ello algo más profundo'', a pesar de que sugirió que ''grandes porciones del yo pueden permanecer inconscientes permanentemente''[133]. Se sentía incómodo a la hora de comentar su concepto del superyo:

> Si dispusiéramos de más aplicaciones de este tipo, la hipótesis del superyo dejaría de inspirarnos la más mínima extrañeza, y nos liberaríamos completamente de la turbación que todavía nos embarga, cuando, acostumbrados como estamos a la atmósfera del Hades, nos movemos en los estratos superiores y más superficiales del aparato mental. Desde luego, no suponemos que con la separación del superyo hayamos dicho la última palabra sobre la psicología del yo[134].

129 ''An Autobiographical Study'', p. 72.
130 Deutsch, ''Freud and His Pupils'', p. 193.
131 ''New Introductory Lectures'', p. 76.
132 *Ibid.*, p. 77.
133 ''The Question of Lay Analysis'', pp. 196, 198.
134 ''New Introductory Lectures'', p. 68.

Los antiguos pacientes de Freud han contado que, por lo que ellos podían decir, no le interesaban en absoluto la política, la ética o la filosofía de la vida. Aunque continuó su práctica hasta poco antes de su muerte, y se había lanzado a la especulación (como en *Tótem y tabú*) mucho antes de su enfermedad, podemos decir que en sus últimos años Freud tuvo tendencia a adoptar una visión abstracta de la personalidad humana, como objeto que había que investigar más que tratar, y recurrió a la filosofía social más que a la psicología. Freud sintió la necesidad de acabar de sacar las conclusiones de su obra anterior, especialmente en relación con la fe religiosa. A pesar de sus protestas en sentido contrario, había en él un aspecto artístico y sintetizador; pero fue en nombre de la verdad científica como denunció la religión como una ilusión.

Freud sostenía desde hacía mucho tiempo que "la sociedad... está basada en sentimientos homosexuales sublimados"[135]. Como escribió en cierta ocasión, "nuestra civilización está construida enteramente a expensas de la sexualidad..."[136]. Ser civilizado significaba estar reprimido y ser menos sexual, y, en consecuencia, la civilización ha quitado algo al individuo. Freud compartía con otros la fantasía de que las clases más bajas, y los pueblos no civilizados, disfrutaban de una expresión sexual más libre: "Entre razas con un bajo nivel de civilización, y entre los estratos más bajos de las razas civilizadas, parece ser que no se reprime la sexualidad de los niños"[137]. Al final de su vida Freud se enfrascó en las ciencias de la cultura, no tanto a partir de su investigación original cuanto a través de su lectura de las *belles-lettres*. La separación con respecto a la medicina no se produjo de una vez, sino que fue un proceso gradual. Como escribió en 1935: "Mi interés, después de haber dado un largo rodeo por las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, volvió a los problemas culturales que me habían fascinado mucho antes, cuando era un niño apenas capaz de pensar"[138].

En *Tótem y tabú* y *El porvenir de una ilusión*, Freud estaba trabajando hacia lo que imaginaba como "la solución del problema de la religión"[139]. Según pensaba, la aplicación de su método psicoanalítico no se limitaba "en absoluto a los trastornos psicológicos, sino que alcanza también a los problemas del arte, de la filosofía y de la religión"[140]. Para Freud, la sociología era simplemente una rama de la psicología: "Pues la sociología..., al tratar el comportamiento de los hombres en la sociedad, no puede ser otra cosa que psicología aplicada. Hablando en sentido riguroso, sólo existen dos ciencias: la psicología, pura y aplicada, y la ciencia natural"[141]. En opinión de Freud, su paciente había sido nada menos que "toda la especie humana"[142]. Hemos de recordar que, durante la Primera Guerra Mundial, él fue quien calificó negativamente las ambiciones proféticas de Jung. Pero en 1924 Freud sostenía lo siguiente:

> Como "psicología profunda", teoría de lo inconsciente mental, [el psicoanálisis] puede llegar a ser indispensable para todas las ciencias que se ocupan de la evolución de la civilización humana y de sus instituciones más importantes, como el arte, la religión y el orden social... El uso del análisis para el tratamiento de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones; quizás demuestre el futuro que no es la más importante[143].

A pesar de los argumentos que Freud había utilizado anteriormente en su disputa con Adler, en 1926 pensaba que "no hay razón para sorprenderse de que el psicoanálisis, que originalmente no era sino un intento de explicar fenómenos mentales patológicos se haya desarrollado hasta convertirse en una psicología de la vida mental normal"[144]. Freud, que cada vez se mostraba más prudente con respecto a los logros terapéuticos y, aun así, usaba los descubrimientos clínicos en la teoría social, se mantenía fiel de forma casi extravagante al camino de la ciencia:

> Los enigmas del universo se revelan muy lentamente a nuestra investigación; existen muchas preguntas a las que actualmente la ciencia no puede responder. Pero la ciencia es el único camino que puede conducirnos a conocer la realidad exterior a nosotros. Constituye... una ilusión abrigar la esperanza de conseguir algo con la intuición y la introspección; lo único que éstas puden aportarnos es detalles sobre nuestra vida mental, que son difíciles de interpretar, pero nunca informaciones sobre las preguntas que a la doctrina religiosa le resulta tan fácil responder[145].

Esa confianza en la ciencia era la base del optimismo de Freud sobre el futuro del hombre. Arnold Zweig adivinó correctamente los fines de Freud, cuando le escribió que "el análisis ha invertido todos los valores, ha vencido al cristianismo, ha revelado el auténtico Anticristo y ha liberado al espíritu de la vida renaciente del ideal ascético"[146]. Freud criticó específicamente el cristianismo, dado que para él "no todos los hombres son dignos de amor"[147]. Esperaba que "dirigentes superiores, inmutables y desinteresados... hagan de educadores de las generaciones futuras"[148]. La civilización se basaba en una lucha entre los instintos de vida y de muerte, y el orden era un ingrediente esencial del hombre como

135 *Minutes*, Vol. II, p. 100.
136 "The Question of Lay Analysis", p. 209.
137 *Ibid.*, P. 217.
138 "And Autobiographical Study", p. 72.
139 "The Future of an Illusion", p. 72.
140 "On the Teaching of Psychoanalysis in the Universities", ["Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad"], *Standard Edition*, Vol. 17, p. 173.

141 "New Introductory Lectures", p. 179.
142 "The Resistances of Psychoanalysis" ["Las resistencias contra el psicoanálisis], *Standard Edition*, Vol. 19, p. 221.
143 "The Question of Lay Analysis", p. 248.
144 "Psychoanalysis", pp. 266-67.
145 "The Future of an Illusion", pp. 31-32.
146 *Letters of Freud and Zweig*, p. 23.
147 "Civilization and Its Discontents", p. 102.
148 "The Future of and illusion", pp. 31, 32.

ser social; tal como lo expresa Freud, "la ley fue originalmente violencia brutal e... incluso hoy no puede prescindir del respaldo de la violencia[149].

El libro que absorbió los últimos años de Freud, y que compuso entre 1934 y 1938, fue *Moisés y la religión monoteísta*. Estaba construido de forma extraña, y el argumento de Freud no avanzaba con su habitual destreza silogística. Freud reconoció la "debilitación de las capacidades creativas que acompaña a la vejez...", y sabía que había emprendido la composición de aquel libro "con la audacia de quien tiene poco o nada que perder"[150]. Temía que, a consecuencia de la publicación del libro, "nos prohíban ejercer el psicoanálisis"[151] y reconoció la debilidad de la tesis particular que quería establecer. Pero el ascenso de Hitler había impulsado a toda una generación de judíos emancipados a afirmar su judaísmo, y, en su fase especulativa, Freud (después de haber tratado el instinto de muerte, la psicología del yo y la filosofía social) deseaba enfrentarse a los orígenes de las características culturales únicas de los judíos. A lo largo de toda la década de 1930 Freud no pudo "quitarse de encima" el problema de Moisés; como escribió en 1934, "el hombre y lo que quería hacer de él me perseguían por todas partes"[152]. El año siguiente Freud observó: "me basta con que yo mismo pueda creer en la solución del problema. Me ha perseguido a lo largo de toda mi vida"[153].

En la última fase de Freud, su preferencia por los objetos artísticos había pasado de los grecorromanos a los egipcios, chinos e indios, pero el antiguo Egipto hacia mucho tiempo que le interesaba. Freud notó que "la vida mental [de uno de sus pacientes] le impresionaba a uno en forma muy parecida a como lo hace la religión del antiguo Egipto, que es tan ininteligible para nosotros, porque preserva las primeras etapas de su desarrollo junto a los últimos productos..."[154]. Le fascinaba el viaje de Napoleón a Egipto, y, cuando comprendemos las múltiples razones para la propia identificación de Freud con la figura de Napoleón[155], sus comentarios son dignos de mención:

aquel magnífico bribón de Napoleón, que permaneció fijado en sus fantasías de la pubertad, disfrutó de una increíble buena suerte, no estuvo inhibido por otros vínculos que los de su familia, y se abrió paso por la vida como un sonámbulo, hasta que por fin su *folie de grandeur* acabó con él. Pocas veces ha habido un genio tan totalmente carente de distinción, un anti-caballero tan absolutamente típico; pero sus aires eran siempre de grandeza[156].

149 "Why War?", p. 209.
150 "Moses and Monotheism", p. 54.
151 *Ibid.*, p. 55.
152 *Letters of Freud and Zweig*, p. 98.
153 Cf. *Letters of Freud and Zweig*, p. 98.
154 "From the History of an Infantile Neurosis", p. 119.
155 Cf. más arriba, pp. 52-53.
156 *Letters of Freud and Zweig*, p. 85.

La afirmación más asombrosa de Freud en *Moisés y la religión monoteísta* era la de que el Moisés de la leyenda era, en realidad, la combinación de dos Moisés históricos, y el primero, el auténtico fundador del monoteísmo, no fue un judío, sino un aristócrata egipcio. Según la interpretación de Freud, el dirigente primitivo, supuestamente asesinado, era ambicioso y "de naturaleza irascible"; era "envidioso, severo e implacable". Además, según sostenía Freud, aquel Moisés era "torpe al hablar"[157], y con respecto a este punto la concepción de Freud coincidía con la tradición bíblica, según la cual Moisés era tartamudo. Y, desde luego, el cáncer de Freud le dificultaba el habla.

Como Freud se había visto obligado a buscar su propia familia entre los inmortales —Leonardo, Goethe, Miguel Angel, etc.— pensaba que Shakespeare debió de ser un aristócrata; a la inversa, si Freud creía la leyenda que hacía de Rómulo el "descendiente y heredero de la casa real", en ese caso "si semejante persona existió, debió de ser un aventurero de origen desconocido, un advenedizo..."[158]. Para Freud, las cosas no eran nunca lo que parecían superficialmente, y, en consecuencia, convirtio al Moisés judío, el hijo de esclavos, no sólo en un gentil, sino también en un aristócrata. Freud estaba seguro de que "dentro de algunas décadas mi nombre quedará borrado y nuestros resultados perdurarán", y, así como los judíos aceptaron las leyes que les transmitió Moisés, así también otros en el futuro prestarían atención a las creencias de Freud[159].

Según la reconstrucción hecha por Freud de los orígenes del monoteísmo, Amenofis IV fue el auténtico iniciador. Aquel Faraón "con magnífica inflexibilidad... opuso resistencia a cualquier tentación del pensamiento mágico... Con el asombroso presentimiento de un descubrimiento científico posterior, reconoció en la energía de la radiación solar la fuente de toda vida..." Si bien aquel fue "el primero y quizás el caso más claro de una religión monoteísta en la historia humana...", su pueblo no estaba preparado para él y, después de su muerte, "el recuerdo del rey hereje quedó proscrito". En opinión de Freud, "todas las novedades han de tener sus preliminares y condiciones previas en algo anterior", pero Amenofis IV, en la doctrina de la exclusividad, "introdujo algo nuevo"[160].

El primer Moisés fue un seguidor del Faraón proscrito, y (como el propio Freud al recurrir a sus seguidores suizos) "obligado por su desilusión y soledad... recurrió a aquellos extranjeros [los judíos] y con ellos buscó la compensación por sus pérdidas. Los escogió como su pueblo e intentó realizar sus ideales en ellos". A través de Jung, Freud había sido el iniciador que había elegido a un seguidor gentil; con eso Freud privó a

157 "Moses and Monotheism", pp. 32-33.
158 *Ibid.*, p. 13.
159 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 21.
160 "Moses and Monotheism", pp. 59, 20, 21-22.

los judíos de uno de sus más grandes dirigentes al afirmar que Moises fue un gentil que escogió a los judíos para que continuaran su doctrina. Pero el antiguo tema de las prioridades aparece de forma inconfundible:

> En nuestra opinión, la gran idea religiosa que el hombre Moisés representó no era suya; la había tomado del rey Akenaton [Amenofis]. Y aquél cuya grandeza como fundador de una religión está establecida inequívocamente pudo haber seguido insinuaciones que hubieran llegado hasta él —desde regiones cercanas o lejanas de Asia— por mediación de su madre o por otros medios... Así, que parece inútil intentar determinar el mérito debido a un individuo en relación con una idea nueva.

Freud afirma que Moisés, como su Faraón —y como la imagen que Freud tenía de sí mismo— fracasó, al encontrar "el mismo destino que aguarda a todos los déspotas ilustrados"[161].

Su convencimiento de que Moisés era egipcio, al plantear "la cuestión de la nacionalidad de aquel gran hombre", convirtió a su héroe en un extranjero. El psicoanálisis había sufrido de la animosidad antialemana en toda Europa, mientras que el hecho de que Freud fuera judío no era ninguna ayuda en Viena.

Quizás bajo la influencia de autores como Wilhelm Reich, en sus últimos años Freud se volvió más sensible a los factores sociológicos. En su libro sobre Moisés se opuso a quienes podrían deformar nuestra comprensión de los procesos históricos, específicamente a los marxistas. Al examinar la leyenda de Moisés, Freud se sintió impresionado por "lo difícil que es negar la influencia personal en la historia mundial de grandes hombres, [por] el sacrilegio que se comete contra la espléndida diversidad de la vida humana, si se reconocen sólo los motivos debidos a las necesidades materiales..." Pues "fue aquel hombre solo quien creó a los judíos", como Freud pensaba que había creado personalmente el psicoanálisis. Freud podía identificarse con lo que consideraba "la autonomía e independencia del gran hombre, con su divina indiferencia que puede convertirse en crueldad... con su colérico temperamento y su inclemencia"[162].

Como en "todos los avances intelectuales del tipo del" monoteísmo, (o, podemos añadir, del psicoanálisis), Freud pensaba que el partidario de ellos "se siente superior a otras personas que pueden haber seguido víctimas del hechizo de la sensualidad". La religión de Moisés era admirable para Freud precisamente porque "condena la magia y la hechicería en los términos más severos..."; "todo lo relativo a los mitos, la magia y la hechicería queda excluido de ella", en "contraste con la religión popular..." De acuerdo con su propia actitud estoica hacia la muerte, Freud aprobaba la forma como "la antigua religión judía renunció enteramente a la inmortalidad..." No obstante, Freud siguió buscando los orígenes de la ética, y pensó que "las ideas éticas [del monoteísmo] no pueden negar su

161 *Ibid.*, pp. 60, 110, 47.
162 *Ibid.*, pp. 52, 106, 109-10.

origen en el sentido de culpa sentido a causa de una hostilidad inhibida hacia Dios". A su modo, Freud era consecuente con su dogmática opinión de que "los fenómenos religiosos sólo pueden entenderse con el modelo de los síntomas neuróticos individuales con que estamos tan familiarizados..."[163].

Si Freud acabó su vida con una descripción novelesca de un dirigente político como Moisés, en lugar de con un historial clínico de un paciente o con un ensayo sobre un artista como Leonardo, eso fue en parte reflejo de su antigua ambición de llegar a ser abogado y político; pero también era claramente una respuesta al holocausto que iba a caer sobre los judíos europeos.

5. El exilio y la muerte.

Freud había opuesto tenaces resistencias a las sugerencias de que abandonara Viena; después de haber atribuido tanta importancia al antisemitismo en su vida, negó el peligro auténtico, cuando surgió. A lo largo de toda la década de 1930 sus discípulos más preocupados por su propia vida escaparon a lugares más seguros del extranjero. Herman Nunberg recordó la irritación de Freud, y que en 1932, durante la ausencia de Nunberg en Estados Unidos,

> Freud habló a mi mujer; quería que ésta me escribiera para que regresara donde me necesitaban, para que me sintiera satisfecho con lo que Viena podía ofrecerme. No veía el peligro que amenazaba. Cuando volvía a visitar Viena en 1934, y rogué a Freud que abandonara Austria, intentó incluso convencerme de que no había peligro realmente, de que el gobierno existente en Austria protegería a los judíos y no cedería ante los nazis. Por lo que a él se refería, según dijo, era un hombre viejo y enfermo; Viena era su hogar, y allí era donde estaban sus doctores, hombres que lo conocían bien y a los que él necesitaba[164].

Cuando Felix y Helene Deutsch fueron a despedirse de Freud, la señora Profesora dijo que su partida era "puro buen humor". La actitud vienesa característica consistía en considerar la cultura austríaca diferente de la de Alemania; según un antiguo dicho, en los casos en que los torpes alemanes podrían considerar una situación "grave, pero no desesperada", a los vieneses, más despreocupados, les parecía "deseperada, pero no grave".

Era fácil que Freud creyera que el nacionalsocialismo no iba a afectar a Austria. En general, Freud se había sentido ajeno a los alemanes[165].

163 *Ibid.*, pp. 115, 19, 24, 20, 134, 58.
164 Nunberg, *Memoirs*, p. 60.
165 Pero se ha citado a Freud diciendo en cierta ocasión: "Mi lengua es el alemán. Mi cultura, mis realizaciones son alemanas. Me consideré a mí mismo alemán intelectualmente, hasta

Como judío, Freud se sintió ajeno a la suerte de Alemania, cuyos ciudadanos le parecían caracterizarse por su escrupulosidad y crueldad. Consideraba a Hitler como un "oprobio alemán"[166], y eso era todo. Cuando Mark Brunswick se lamentó en cierta ocasión de la ausencia de bárbaros que pudieran aportar lozanía a una civilización en decadencia, Freud comentó que ya teníamos a los prusianos. (Según Brunswick, Freud pensaba que la Primera Guerra Mundial debería haber acabado en tablas)[167]. Freud llegó a odiar a los alemanes, y en 1932 escribió a Arnold Zweig: "puedo librarle a usted de la ilusión de que tengamos que ser alemanes. ¿No deberíamos dejar de ocuparnos de esa miserable nación?"[168]. No mucho después de que los nazis tomaran el poder, los libros de Freud eran quemados públicamente en Berlín.

Políticamente, Freud podía ser ingenuo [169], y, según cuentan, anteriormente había dicho que "una nación que ha producido a Goethe no podría echarse a perder"[170]. Sin embargo, retrospectivamente es fácil desestimar la dificultad de amoldarse a la idea no sólo de que la revolución nazi se había producido en Alemania, sino también de que iba a amenazar a toda Europa. Freud sentía cada vez más temor a quedarse solo en Viena, a medida que los analistas empezaron a escapar del peligro nazi. Después de todas sus pendencias sobre la especial hostilidad a sus ideas en Viena, hasta que no llegó a Londres no reconoció su amor a su ciudad natal: "Siempre amé intensamente la prisión de que me han liberado"[171]. Hasta el final Freud abrigó la esperanza de que quedándose en Viena podría salvar algo del psicoanálisis, aunque sólo fuera la biblioteca de la Sociedad.

Políticamente, Freud era, como una vez dijo, "un liberal de la vieja escuela"[172], lo que significaba que no simpatizaba ni con la izquierda comunista ni con la derecha fascista de su época[173]. Su hermano Alexander era mucho más conservador y odiaba a los socialistas, y Freud solía escucharle hablar de los males del socialismo con una sonrisa comprensiva[174]. En 1927, durante la primera guerra civil en Viena, los Freud permanecieron neutrales, pero, "cuando se produjo la segunda guerra civil en el verano de 1934... la familia Freud era todo menos neutral...; todas nuestras simpatías", escribió el hijo de Freud, Martin, "iban para el Canciller Dollfuss y su sucesor Schuschnig"[175]. El régimen de Dollfuss era clerical y autoritario "una especie de gobierno fascista"[176]. Si bien antinazi. Según Martin Freud, quien colgó una fotografía de Dollfuss en una pared de la *Verlag*, "la mayoría de los vieneses eran... socialistas que se habían vuelto hostiles al régimen de Dollfuss después de su derrota en la primera guerra civil"[177]. Freud no fue el único que se pasó al bando de Dollfuss. Su antiguo crítico, el satírico Karl Kraus, apoyaba entonces el régimen de Dollfuss, a pesar de que "representaba todo aquello contra lo que Kraus [como Freud] había luchado intensamente"[178].

Freud podía halagar incluso a Mussolini. El dirigente del movimiento psicoanalítico italiano, Edoardo Weiss, llevó a una paciente para que conociera a Freud, después de un período de tratamiento con relativo éxito[179]. El padre de aquella un alto funcionario del gobierno de Mussolini, pero calificado por un historiador reciente de simple "portavoz" de Mussolini, los acompañó, y, después de la entrevista, pidió a Freud como regalo uno de sus libros para Mussolini. Si Freud se hubiera negado, habría perjudicado no sólo a Weiss, sino también al psicoanálisis en Italia, pero su dedicatoria en *¿Por qué la guerra?*, dos cartas abiertas de él y de Albert Einstein, quizá fuera más efusiva de lo absolutamente necesario: "A Benito Mussolini, con el saludo respetuoso de un anciano que reconoce en el gobernante al héroe cultural"[180].

El interés de Freud en la arqueología hizo que admirara las nuevas excavaciones en Roma ordenadas por Mussolini, pero Freud no se limitó a aquello. Quizá por ingenuidad, Freud decidió sobrestimar las conexiones políticas de Weiss en Italia. Sobre una base tan endeble —el hecho de que Weiss hubiera tratado a la hija de un dirigente italiano— Freud fue capaz

que advertí el aumento del prejuicio antisemita en Alemania y en el Austria alemana. Desde ese momento, dejé de considerarme alemán. Prefiero llamarme judío". George S. Viereck, *Glimpses of the Great* (Londres: Duckworth; 1930), p. 34.

166 William G. Niederland y Jacob Shatzky, "Four Unpublished Letters of Freud", *Psychoanalytic Quarterly*, Vol. 25 (1956), p. 154.

167 Entrevista con Mark Brunswick, 25 de enero de 1966.

168 *Letters of Freud and Zweig*, p. 45.

169 Como prueba de la credulidad política de Freud, Mark Brunswick recordó que Freud se había creído todas las historias sobre las perversiones sexuales de Hitler, especialmente, la de que obtenía satisfacción con que una prostituta le orinara en la boca. Entrevistas con Brunswick. Un estudio psicológico posterior de Hitler aceptó esa idea como realidad histórica. Walter C. Langer. *The Mind of Adolf Hitler*, (Nueva York: Basic Books; 1972), p. 134.

170 Citado en Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 151.

171 Citado en *Ibid.*, p. 230.

172 *Letters of Freud and Zweig*, p. 21.

173 En febrero de 1918 Freud escribió que "lamentaba" la Revolución Rusa: "su política extremista ha quedado tan desacreditada... Lo que la bestia humana necesita sobre todo es coerción. En resumen, se va uno volviendo reaccionario...". *Letters of Freud and Andreas-Salomé*, p. 75. Sobre las opiniones de Freud en relación con las Revolución Francesa, cf. "Interpretation of Dreams", Vol. 5, pp. 495-96.

174 Carta de Mathilda Hollitscher a Ernest Jones del 16 de febrero de 1956, y carta de Ernst Waldinger a Ernest Jones del 11 de enero de 1956 (archivos de Jones).

175 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 196.

176 Schur, *Freud*, p. 450.

177 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 196.

178 *Minutes*, Vol. II, p. 383.

179 Jones. Cf. *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 180. Entrevistas con Edoardo Weiss, 5 de abril y 8 de mayo de 1965.

180 Weiss, *Sigmund freud as a Consultant*, p. 20.

de escribir en 1934 que "Weiss tuvo acceso directo a Mussolini..."[181]. En realidad, Weiss era un antifascista casi desamparado políticamente, y, sin embargo, Jones (en parte por identificación con Freud) no sólo exageró el interés de Mussolini en proteger el psicoanálisis en Italia, sino que además tuvo la fantasía de que Mussolini fue una ayuda efectiva para sacar a Freud de Viena en 1938[182]. Es cierto que durante un tiempo Mussolini intentó impedir a Hitler que ocupara Austria, lo que quizás ayude a explicar la observación de pasada hecha por Freud en *Moisés y la religión monoteísta*: "con violencia semejante" a la empleada por los comunistas rusos, "se está formando al pueblo italiano en el orden y el sentido del deber". Freud pensaba que los "experimentos" de la Unión Soviética y de Italia podían dar algún resultado positivo, mientras que sentía "alivio con respecto a una aprensión opresiva, cuando vemos en el caso del pueblo alemán que una recaída en el barbarismo casi prehistórico puede ocurrir también sin que vaya unido a idea progresiva alguna"[183].

Después de que los nazis hubieron tomado el poder en Alemania, Felix Boehm (que era gentil) substituyó a Eitingon (que era judío polaco) en el puesto de director de la Sociedad de Berlín. Durante algún tiempo la situación fue desagradable. Boehm visitó a Freud en Viena, y dijo que quería invitar a un miembro de la Sociedad de Viena para que fuera a Berlín a dar conferencias. Eligió a un joven analista, Richard Sterba, uno de los pocos gentiles prominentes en el grupo psicoanalítico de Viena. Sterba dijo que iría, siempre que se invitara primero a un colega judío. Estando ocupando el cargo Boehm, en el Instituto Psicoanalítico de Berlín se leían las obras de Adler y de Jung; Freud dijo a Boehm que estaba dispuesto a hacer sacrificios, no concesiones, lo que equivalía a una condena de Boehm por haber suavizado el psicoanálisis en opinión de Freud[184].

Cuando los nazis llegaron a Viena, todos los miembros del círculo de Freud se encontraron en un aprieto. Después de la invasión, en la última reunión de la junta de gobierno de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Freud observó que "todos estamos acostumbrados a la persecución: por nuestra historia, nuestra tradición, y algunos por experiencia personal". Después añadió que había una excepción presente, Sterba. Con una frase que posteriormente apareció en *Moisés y la religión monoteísta*, Freud dijo a sus discípulos: "Inmediatamente después de la destrucción del templo de Jerusalén por Tito, el rabino Jochanan ban Zakkai pidió permiso para abrir la primera escuela sobre la Torah en Jabneh"[185]. Para Freud, el fin del

181 *Letters of Freud and Zweig*, p. 92.
182 Jones, Sigmund Freud, Vol. III, pp. 192, 220-21. Entrevista con Edoardo Weiss, 10 de mayo de 1965.
183 "Moses and Monotheism", p. 115.
184 Entrevista con Richard Sterna.
185 "Moses and Monotheism", p. 115.

psicoanálisis en Viena señalaba el comienzo de otra Diáspora. Aunque sólo un analista vienés, Sadger —que ya había perdido el favor de Freud— pereció a manos de los nazis, eso se debió a que personas como Jones y Marie Bonaparte habían tenido el valor y la influencia suficiente como para acudir inmediatamente a Viena para proteger a Freud, en cuanto los nazis se hicieron con el poder. Con su ayuda y su dinero, además de la ayuda de William Bullit, que era entonces el embajador americano en Francia, fue posible pagar un rescate para conseguir la salida del país de Freud. Aunque muchos analistas de Viena se quejaron de que Freud había esperado demasiado, sin la protección de su prestigio es posible que las cosas hubieran ido peor incluso para algunos de los miembros de su círculo.

Desde la perspectiva de nuestra época, Freud parece en gran medida un hombre de un país extranjero y de otro siglo; aunque murió bien entrado el siglo XX en realidad fue un representante del siglo pasado. Por citar un rasgo trivial pero significativo de sus hábitos cotidianos, "un barbero acudía cada mañana para recortarle la barba y, en caso necesario, el pelo"[186]. Para sus seguidores europeos, en su vejez parecía un típico catedrático de universidad de la década de 1890; pues los círculos médicos vieneses no habían evolucionado, y vivían de las glorias de las décadas de 1880 y 1890, cuando su escuela de medicina era la mejor de Europa.

Hay que entender esos aspectos culturales del carácter de Freud, si queremos colocar sus rasgos neuróticos en la perspectiva adecuada. Por ejemplo, el aspecto obsesivo-compulsivo de Freud, su claridad así como su rigidez de pensamiento, se acentuaron a medida que fue haciéndose viejo. Como correspondía a su época, Freud era un hombre de muchos ritos, y uno de los miembros de su Sociedad, Rudolf von Urbantschitsch, demostró un instinto certero, cuando, con el fin de seducir a Freud para que aceptara el cargo de director de un nuevo sanatorio en el campo, le ofreció construir una réplica exacta del despacho de su casa[187].

En cierta ocasión Freud describió el carácter obsesivo como la forma en que "la expresión de sentimientos intensos, que, sin embargo, se han vuelto inconscientes mediante la represión, se desplaza a las acciones triviales e incluso ridículas"[188]. En sus últimos años cualquier cosa inesperada o que lo cogiera desprevenido provocaba angustia e inquietud a Freud. En cierta ocasión llamó a la puerta de la tía Minna porque quería devolverle un lápiz que ésta había dejado en su estudio. Dadas esas necesidades de exactitud, parece comprensible que Freud llegara a ser un coleccionista de sellos relativamente activo. El lavadero de su casa solía estar lleno de sellos, y a veces por la noche Freud los ordenaba en álbumes[189].

186 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. II, p. 382.
187 Carta de Rudolf von Urbantschitsch a Ernest Jones del 29 de mayo de 1956 (archivos de Jones).
188 "Leonardo da Vinci", p. 105.
189 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, del 16 de enero de 1956 (archivos de Jones).

El control intelectual siempre significó mucho para Freud, y esa necesidad estimuló su estudio de los sueños, si bien le impidió entender emociones como la "transitoriedad" y la "sensación oceánica". Freud usaba la palabra "misterioso" con bastante poca propiedad, por lo que a veces parece que cualquier cosa que no fuera puramente racional era misteriosa para él. Y, a medida que Freud fue envejeciendo, su personalidad se fue volviendo más limitada.

Esto puede ser una lección para nuestra concepción de la normalidad. Lo que es realmente falso en la imagen de Freud que nos han dado sus seguidores más ortodoxos es que nos conduce a una concepción errónea e innecesariamente burguesa de la gama de comportamientos normales. A medida que Freud fue volviéndose en cierto sentido más grande mediante su autodominio, al resistir tantos años de intenso sufrimiento físico, pudo al mismo tiempo volverse más limitado como persona. El autodominio puede cobrarse su precio en abertura humana, y, cualesquiera que sean los méritos de semejante control, también puede imponer sus propias restricciones.

El sentido del orden de Freud le facilitó efectivamente su vida cotidiana, pues su necesidad de organización le ayudó a sistematizar sus pensamientos y a escribir sus libros. Le desagradaba el saber parcial; no obstante, afirmaba que "la limitación de los propios objetivos es una prueba de maestría". Pero, si Freud se volvió tan indiferente en su vejez, fue en parte porque algo había muerto ya en él. Cuando en 1928 un joven discípulo elogió *El porvenir de una ilusión*, Freud respondió: "¡Esa es mi obra peor!... No es un libro de Freud... ¡Es el libro de un viejo!... Además, Freud ya está muerto, y, créame, el Freud auténtico fue un gran hombre. Siento que no llegara usted a conocerlo mejor"[190].

Fue aquel Freud viejo quien se convirtió en el sabio en sus últimos años. Alcanzó su gran serenidad final frente al sufrimiento angustioso. Cuando Stefan Zweig lo visitó en Londrés, pensó que "fue mi primera experiencia de un auténtico sabio, elevado por encima de sí mismo, para quien ni el sufrimiento ni la muerte contaban ya como experiencias personales, sino como cuestiones suprapersonales de observación y contemplación; su muerte fue un acto no menos moral que su vida"[191]. La olímpica resignación de Freud fue la realización de su estoicismo; una cita incorrecta favorita suya era: "Todo el mundo debe una muerte a la naturaleza" (Shakespeare había escrito: "Debes un muerte a Dios"). En fotografías tomadas en Londres, que muestran su rostro contraído por el sufrimiento, Freud se parece a muchas representaciones tradicionales de Cristo.

Hasta que la Gestapo no arrestó temporalmente a su hija Anna, no pudieron convencerlo para que se trasladara a Londres[192]. Después de su

190 Citado en Choisy, *Freud*, p. 84.

191 Stefan Zweig, *The World of Yesterday* (Londres: Cassell; 1953), p. 422.

192 La salud de Freud podría no haberle permitido ir a América. "Thoughts for the Times on War and Death", ("Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte"), *Standard Edition*, Vol. 14, p. 289.

liberación, aquélla dijo a Freud que, para liberarla, le habían puesto la condición de que se presentara diariamente a la policía. El dijo: "'Naturalmente, tú, Anna, te habrás negado a obedecer una orden tan humillante'"[193]. En aquella época proliferaron los suicidios de austríacos incapaces de afrontar la vida en el extranjero o reacios a hacerlo. Freud aconsejó a Anna que no lo hiciera.

En París, el antiguo paciente de Freud, Bullit, se había puesto en contacto con el Presidente Roosevelt en favor de Freud, pero Bullit dudaba de que Roosevelt hubiera hecho algo para intervenir. El cónsul americano en Viena sí que envío a un hombre cada día para mantener alejada a la Gestapo. Según Bullit, el embajador alemán en Francia también contribuyó a asegurar la liberación de Freud. Una vez que Freud accedió a marcharse, todavía hubo que hacer gestiones ante las nuevas autoridades de Austria, y no salió hasta el 4 de junio de 1938. Marie Bonaparte y Anna Freud pasaron el tiempo clasificando la correspondencia de Freud, y por las noches quemaban algunos papeles. No obstante, hubo que dejar allí gran parte de la biblioteca de Freud; pero el dinero que Marie Bonaparte aportó (aproximadamente cinco mil dólares, que Freud le devolvió en Londres) sirvió para conseguir que le dieran buen trato.

Aunque la familia inmediata de Freud y los analistas que deseaban marcharse consiguieron salir del país, sus cuatro hermanas todavía vivas se quedaron. Freud y su hermano Alexander dejaron dinero a sus hermanas, pero (según Jones) pareció imposible llevarlas a Inglaterra y mantenerlas allí. No eran muchos los que comprendían entonces el alcance de la amenaza nazi. Sin embargo, más adelante en aquel mismo año Marie Bonaparte intentó llevar a las hermanas de Freud a Francia, pero el papeleo burocrático obstaculizó sus esfuerzos en favor de ellas. Todas las hermanas de Freud fueron asesinadas en campos de concentración durante la guerra.

Freud consiguió sacar su colección artística, las antiguedades con que se rodeaba; cada una de ellas tenía su historia personal de dónde y cuándo la había encontrado o de quién se la había dado. La exactitud de Freud exigía siempre que las figuras de los pequeños ídolos estuvieran en el mismo orden en su mesa de despacho, y, en su casa de 20 Maresfield Gardens en Londres, "la memoria [de su ama de llaves] le permitió volver a colocar los diferentes objetos en la mesa de Freud en su orden exacto, para que se sintiera como en casa en el momento en que se sentara en ella a su llegada"[194].

Freud había visitado Inglaterra por primera vez a la edad de diecinueve años, y para él siempre fue una patria para los perseguidos. Participó en

193 Martin Freud, *Glory Reflected*, p. 217.

194 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 232.

las actividades psicoanalíticas británicas hasta el punto de asistir a dos reuniones de la redacción de *International Journal of Psychoanalysis*; escuchaba, dejaba a todo el mundo manifestar su opinión, y al final expresaba la suya, que era la que se aceptaba. Pero, esencialmente, Freud estaba entonces en completo retiro, era un huésped en una tierra extranjera. Su mente todavía estaba activa, pero no tenía energías para ponerse a escribir una nueva obra; a quienes no lo habían visto durante algún tiempo les pareció que había encogido. Le costaba trabajo hablar, pero hizo una grabación fonográfica en la que predecía que la lucha por el psicoanálisis todavía no había acabado.

Arthur Koetsler fue a visitarlo, y salió pensando que "aunque pequeño y frágil... la impresión predominante era no la de un octogenario enfermo, sino la de la vitalidad indestructible de los patriarcas hebreos"[195]. También Leonard Woolf, el editor de Freud en Londres, fue a visitarlo con su esposa Virginia, y Freud estuvo extraordinariamente cortés de modo convencional y anticuado; por ejemplo, "casi ceremoniosamente ofreció una flor a Virginia". Woolf lo considero "un hombre extraordinariamente agradable", que tenía "un aura, no de fama, sino de grandeza... Había algo en él como de un volcán semiapagado, algo sombrío, suprimido, reservado... un hombre formidable"[196].

Freud conservó su sentido del humor. Woolf le llevó un recorte de un periódico londinense relativo a un juicio; alguien había robado uno de los libros de Freud de la mayor biblioteca de la ciudad, y, al condenarlo a tres meses de cárcel, el juez había añadido: "Lo único que desearía sería poder condenarle a leer todos los libros de Freud". Freud se rió[197]. Hubo otros visitantes, como Isaiah Berlin, que pensaron que era buena idea simplemente el hecho de conocerlo. A lo largo de todo su último año de vida, seguidores que abandonaban el continente, o que llegaban de visita procedentes de Estados Unidos le rindieron homenaje. Cuando Eva Rosenfeld lo vió en 1939, observó que se había reproducido su estudio casi idéntico a como había sido en su antiguo piso de Viena. "Todo está aquí", observó Freud, "sólo yo no estoy aquí".

Freud siguió escribiendo cartas y acabo un corto "Comentario sobre el antisemitismo"; en él citaba la opinión de "un gentil" de que muchas críticas antisemitas son de hecho indebidamente condescendientes hacia los judíos:

no tenemos derecho a despreciarlos. En realidad, en muchos sentidos, son superiores a nosotros. No necesitan tanto alcohol como nosotros para hacer la vida tolerable; los delitos de brutalidad, asesinato, robo y violencia sexual son muy raros entre ellos; siempre han

195 Arthur Koetsler, *The Invisible Writing* (Boston: Beacon; 1955), p. 408.

196 Leonard Woolf, *Downhill All the Way* (Londres: Hogarth; 1967), pp. 168, 166, 197.

197 Entrevista con Leonard Woolf, 17 de agosto de 1965.

valorado mucho las realizaciones e intereses intelectuales; su vida familiar es más íntima; se preocupaban más de los pobres; la caridad es sagrada para ellos... Así que dejemos de una vez por todas de hacerles favores, cuando tienen derecho a la justicia[198].

Freud no podía recordar la fuente, y Ernest Jones y Anna Freud pensaron que se trataba de una cita de sí mismo, lo que sería una curiosa peripecia final de su preocupación por las prioridades; Freud estaba afirmando su independencia y regalando sus propias ideas a un gentil anónimo. Jones pensó que, si Freud inventó aquellos párrafos para aquella ocasión en lugar de citar a otro, en ese caso había "expresado lo que algún gentil debería haber manifestado, y su observación de que no podía encontrar el original constituiría un reproche indirecto"[199].

Una de las razones principales de Freud para no decidirse a abandonar Viena había sido la desagradable perspectiva de depender de doctores no familiarizados con su caso. Resultó que sus médicos de Londres eran muy lentos a la hora de diagnosticar la reaparición de tumores malignos. Marie Bonaparte pensó que sus doctores de Londres estaban asustados de él; su cirujano vienés, Pichler, era rudo y operaba a la primera señal de enfermedad. A finales de febrero de 1939 se consideró por primera vez su cáncer inoperable e incurable. A pesar de los tratamientos de que entonces se dispusiera, el 6 de mayo, día de su cumpleaños, tuvo dolores terribles. Pero todavía tenía tres o cuatro pacientes y siguió practicando hasta finales de julio. En junio había escrito "mi mundo vuelve a ser lo que era antes: una islita de dolor flotando en un mar de indiferencia"[200]. Cuando su médico personal, Schur, hizo un corto viaje a Estados Unidos para iniciar los primeros trámites para su nacionalización, durante un tiempo Freud lo interpretó como si Schur, como el resto del mundo de Freud lo estuviera abandonando.

Para quienes amaban a Freud era un tortura mirarlo; el comienzo del fin llegó, cuando dejó de recibir a pacientes. Durante sus dos últimos meses no pudo seguir trabajando[201]. Sin embargo, todavía podía leer. Jones y Schur han hablado en textos impresos del significado del último libro que Freud leyó, *La peau de chagrin* de Balzac; fascinaba a Freud porque todo estaba acortándose y disminuyendo para él como en la novela, y sabía que el fin no podía estar lejos. (Pero Jones se sintió desalentado al enterarse por Anna de que a Freud le encantaban las novelas policíacas, especialmente después de las operaciones; Agatha Christie y Dorothy Sayers eran sus favoritas[202].)

Entre los discípulos de Freud existe la leyenda de que estuvo perfectamente lúcido hasta el final. Los testimonios de eso proceden principal-

198 "A Comment on Anti-Semitism", p. 292.

199 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 240.

200 Citado en *Ibid.*, p. 242.

201 Carta de Anna Freud a Ernest Jones, del 15 de mayo de 1955 (archivos de Jones).

202 Carta de Anna Freud a Ernest Jones del 16 de junio de 1954 (archivos de Jones).

mente de Max Schur y Anna Freud. Otros, como la señora Profesora, lo encontraban extraño y diferente[203]. Cuando un abogado vienés amigo, el Dr. Indra, hizo un alto en su viaje a Viena de regreso de América para ver a Freud, éste dijo: "Así, que regresara usted a... ¿Cómo se llama ese sitio?" (Jones interpretó aquello, no, como había pensado Indra, como un olvido, sino como una "Supuesta amnesia para expresar su lucha por olvidar Viena")[204].

Sin embargo, no existe contradicción entre el hecho de que Freud pareciera cambiado a algunos y normal a Anna Freud y Schur. Pues estos últimos eran esencialmente quienes estaban manteniéndolo vivo, mientras que el resto del mundo estaba volviéndose cada vez más remoto. Con Anna y Schur estaría lo más despierto posible, y ellos informaron adecuadamente de lo que presenciaron. Pero Freud tendía a aislar sus respuestas, y hay que tener en cuenta la perspectiva especial desde la que Anna y Schur lo observaban.

Al escribir cartas hasta pocos días antes de su muerte, Freud parece haber estado lúcido. El principal manuscrito que dejó inacabado, *Esquema del psicoanálisis*, lo interrumpió en septiembre de 1938, de modo que no nos dice nada sobre el estado de su mente al final. No sería sorprendente que hubiera experimentado algunos síntomas tóxicos, pues, si alguien murió de auténtica muerte alguna vez, fue Freud.

Murió después de sufrimientos horribles; estaba tan viejo y enfermo, que al final era una liberación morir. Habían tenido que perforarle la mejilla desde fuera para permitir un mejor acceso médico al cáncer. De la herida empezó a emanar un olor terrible a putrefacción; en agosto su perro favorito se negaba a acercarse a él. Freud tenía grandes dificultades para tomar alimentos, había perdido el apetito; se despertaba en plena noche, y Anna miraba a ver si podía tomar algo de comida. Estaba tan dependiente como un niño, pero mostraba su cortesía habitual a su criada, Paula, que preparaba su comida. De vez en cuando, durante años había corrido peligro de morir de inanición; ahora estaba haciéndose realidad.

En todo aquello Freud aceptó muy poca ayuda médica. Sólo ocasionalmente podía tolerar una aspirina. "Prefiero pensar atormentado que no poder pensar con claridad"[205]. Hacia el final, el tratamiento con un derivado de la cocaína contribuyó a aliviar su padecimiento.

Los tiernos cuidados y asistencia de Anna Freud, su observación vigilante y protectora en busca de tumores precancerosos durante años, habían prolongado la vida de su padre. Pero en el verano de 1939 se permitió que su enfermedad siguiera su curso. Si hubiera dependido de él, Schur habría puesto fin al sufrimiento por lo menos algunas semanas antes[206]. Le resultaba doloroso ver a Freud descansar en su refugio de

203 Entrevista con Mark Brunswick, 12 de noviembre de 1967.
204 Jones, *Sigmund Freud*, Vol. III, p. 230.
205 Citado en *ibid.*, p. 245.
206 Entrevista con Max Schur.

enfermo, con un agujero abierto en la mejilla, con un mosquitero para que no se le posaran las moscas. Pero Anna Freud no podía resignarse a permitir actuar a Schur. (A aquellas alturas las opiniones de la señora Profesora no contaban para nada.) Freud se negaba a tomar morfina o no podía tomarla.

Hasta tres días antes de morir Freud pudo leer e interesarse por las cosas, pero, cuando apartó su último libro, fue la señal del fin. El 21 de septiembre de 1939, dijo a su médico: "Querido Schur, recuerda usted nuestra primera conversación. Me prometió usted que me ayudaría cuando ya no pudiera continuar por más tiempo. Ahora ya sólo es tortura y ya no tiene sentido". Schur le prometió sedantes y concedió a Freud el derecho a la eutanasia. Estaba tan débil y tan poco acostumbrado a los opiáceos, que la más pequeña dosis de morfina que le dió Schur la mañana siguiente bastó para dormirlo. Murió el 23 de septiembre. Con el consejo de sus hijos Martin y Ernst, Freud dejó una herencia (20.000 libras inglesas) a toda la familia, de la que Martha podría disponer como quisiera. La biblioteca analítica y la colección de antiguedades los legó específicamente a Anna[207]. En contra de la costumbre judía, Freud fue incinerado en Golder's Green en Londres el 26 de septiembre. Ernest Jones y Stefan Zweig pronunciaron unas palabras, y las cenizas de Freud fueron colocadas en una urna favorita suya que Marie Bonaparte le había regalado. Desde su muerte, un pequeño grupo de seguidores suyos se han reunido siempre en el crematorio, en los aniversarios de su nacimiento y de su muerte para recordarlo.

207 Cartas de Anna Freud a Ernest Jones del 18 de marzo de 1954 y del 21 de enero de 1955 (archivos de Jones); Harry Freud, "My Uncle Sigmund", en *Freud As We Knew Him*, ed. Ruitenbeek, p. 312.

LISTA DE PERSONAS ENTREVISTADAS

Dra. Hilda Abraham
Sra. de Karl Abraham
Dra. Alexandra Adler
Dr. Michael Balint
Dra. Therese Benedek
Dr. E. A. Bennet
Sir. Isaiah Berlin
Sr. Edward Bernays
Sta. Hella Bernays
Dr. Bruno Bettelheim
Dr. Carl Binger
Dr. Smiley Blanton
Sta. Berta Bornstein
Dr. John Bowlby
Dr. David Brunswick
Prof. Mark Brunswick
Sra. Stephanie Dabo
Dra. Helene Deutsch
Dr. H. V. Dicks
Dr. Kurt Eissler
Prof. Erik Erikson y Sra.
Sr. Ernst Federn
Dr. Michael Fordham
Dr. Thomas French
Sra. de Alexander Freud
Sta. Anna Freud
Dr. Esti Freud
Sr. Oliver Freud y Sra.
Dr. Erich Fromm y Sra.
Dr. William Gillespie
Dr. Edward Glover
Sr. Geoffrey Gorer
Dr. Roy Grinker, Padre
Dr. Martin Grotjahn y Sra.
Dr. Heinz Hartmann
Dr. Leston Havens
Dra. Paula Heimann
Sra. Judith Bernays Heller
Dr. Ives Hendrick
Sr. Albert Hirst
Sra. de Edward Hitschmann
Dr. Willi Hoffer
Dr. Richard Hoffmann y Sra.
Sra. Mathilda Freud Hollitscher
Dr. Otto Isakower
Dra. Edith Jackson
Dr. Jolandi Jacobi
Dr. Elliott Jacques
Dr. Robert Jokl
Sra. de Ernest Jones
Dr. Abram Kardiner
Dr. Anny Katan
Prof. Hans Kelsen
Sr. M. Masud Khan
Dra. Marianne Kris
Dr. Edward Kronold
Dr. Lawrence Kubie
Dra. Jeanne Lampl-de Groot
Prof. Harold Lasswell
Sra. Elma Laurvik
Prof. Natham Leites
Sra. Kata Levy
Dr. John Mack
Sra. Nada Mascherano-Tausk
Prof. Heinrich Meng
Dr. Emmanuel Miller
Dr. Fritz Moellenhoff
Dr. Roger Money-Kyrle
Sra. de Merrill Moore
Prof. Henry Murray
Dr. Herman Nunberg
Sra. Ochsner
Prof. Talcott Parsons
Dra. Sylvia Payne

Prof. Lionel Penrose
Dra. Irmarita Putnam
Dr. Marian Putnam
Dr. Sandor Rado
Sra. Beata Rank
Dr. J. R. Rees
Dra. Annie Reich
Dr. Theodor Reik
Prof. David Riesman
Sra. Eva Rosenfeld
Dr. Charles Rycroft
Sra. de Hanns Sachs
Dr. Philip Sarasin
Dr. Raymond Saussure y Sra.
Dra. Melitta Schmideberg
Dr. Max Schur
Dra. Hannah Segal
Dr. Rene Spitz
Dr. Richard Sterba
Dr. Anthony Storr
Sr. James Strachey y Sra.
Dr. John Sutherland
Dr. Marius Tausk
Dr. Victor Hugo Tausk
Dr. Alan Tyson
Sra. Helene Veltfort
Dr. Robert Waelder
Dr. Richard Wagner
Dr. Edoardo Weiss
Dr. Allen Wheelis
Prof. Robert White
Dr. George Wilbur y Sra.
Dr. Donald Winnicott
Dra. Martha Wolfenstein
Sr. Leonard Woolf
Dra. Elizabeth Zatzel